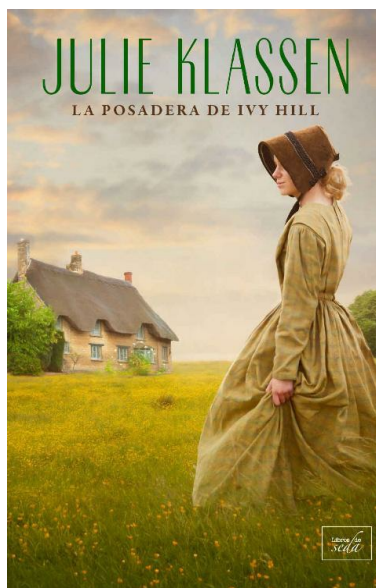


JULIE KLASSEN

LA POSADERA DE IVY HILL



Libros de
seda



Un amor, una apuesta y una muerte misteriosa que dejan a la que fue una gran dama en la disyuntiva de luchar por seguir adelante o dejarlo todo.

En Ivy Hill, un pueblecito situado en una colina, está Bell Inn, la posada que es el alma del pueblo, allí donde se detienen los coches de postas, donde llegan las noticias, el correo, los viajeros y los productos más diversos.

Jane Bell vive junto a la posada, el negocio de su marido. En tiempos fue una gran dama, pero lo dejó todo por amor, para casarse con el posadero. Él le prometió que la trataría como una reina y que nunca tendría que trabajar... Pero al morir en extrañas circunstancias, ella se ve sola, con un negocio que no sabe regentar y una deuda que, si no paga pronto, hará que lo pierda todo. ¿A quién pedir ayuda? Su suegra nunca la quiso; su cuñado quería el negocio para sí; y ese extraño recién llegado... ¿Qué intenciones alberga? ¿En quién confiar? ¿No sería mejor volver a su antigua vida y dejar atrás el legado de su marido?

LA POSADERA
DE IVY HILL

La posadera de Ivy Hill. Libro 1 de la serie *Historias de Ivy Hill*

Título original: *The Innkeeper of Ivy Hill, Tales of Ivy Hill 1*

Copyright © 2016 by Julie Klassen

Originally published in English under the title:

The Innkeeper of Ivy Hill

by Bethany House Publishers,

a division of Baker Publishing Group,

Grand Rapids, Michigan, 49516, U.S.A.

All rights reserved

© de la traducción: Juan Carlos Postigo Ríos (capítulos 1 a 15); Laura Fernández (capítulos 16 a 44 y nota de la autora).

© de esta edición: Libros de Seda, S. L.

Estación de Chamartín s/n, 1ª planta

www.librosdeseda.com

www.facebook.com/librosdeseda

@librosdeseda

info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Mario Arturo

Maquetación: Rasgo Audaz

Conversión en epub: Books and Chips

Imágenes de cubierta: © Lee Avison/Arcangel Images

Primera edición digital: mayo de 2019

ISBN: 978-84-16973-94-1

Hecho en España – *Made in Spain*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

HISTORIAS DE IVY HILL



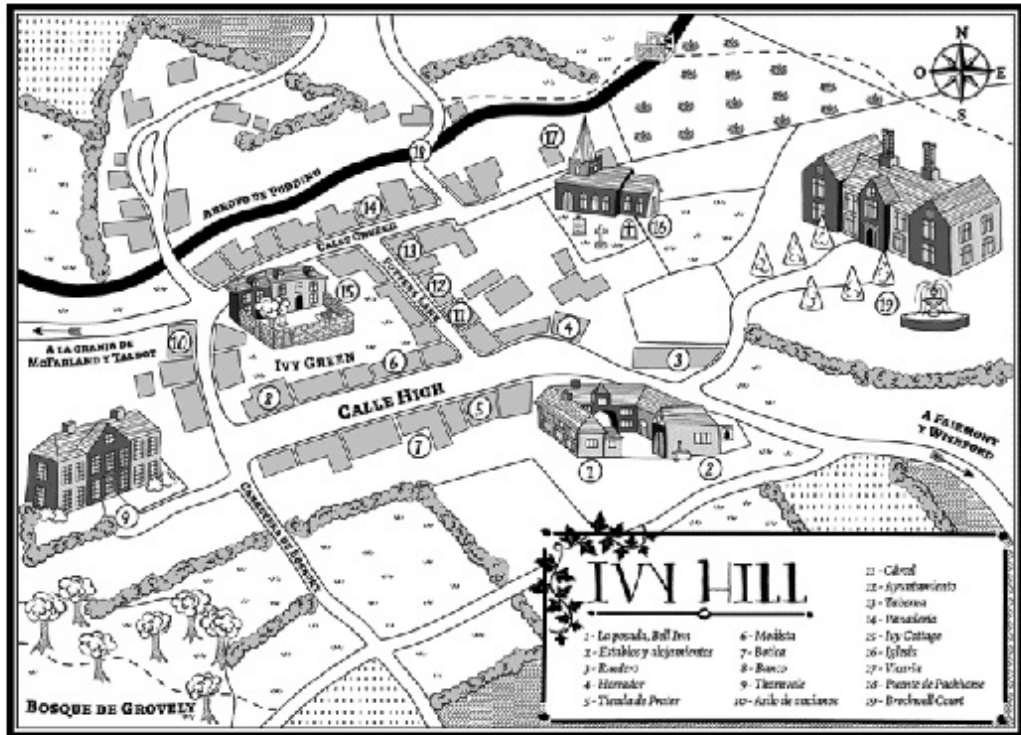
LA POSADERA
DE IVY HILL

JULIE
KLASSEN

Libros de
seda



*Para Stacey,
por los buenos recuerdos de nuestra amistad de juventud,
y las horas que pasamos sentadas en las ramas de sutil balanceo
de los árboles de hoja perenne en la granja de tu abuelo,
compartiendo secretos y sueños.*





IVY HILL

- | | | |
|---------------------------|--------------------------|--------------------------|
| 1 - La posada, Bell Inn | 6 - Medicina | 11 - Cátedra |
| 2 - Estable y aljofaroter | 7 - Bañia | 12 - Ajuntamiento |
| 3 - Escuela | 8 - Banco | 13 - Tabacosa |
| 4 - Hermandad | 9 - Terraza | 14 - Pasadizo |
| 5 - Tienda de Proser | 10 - Anillo de canchales | 15 - Ivy Cottage |
| | | 16 - Iglesia |
| | | 17 - Fuente |
| | | 18 - Fuente de Padriense |
| | | 19 - Brecknell Court |



The Crown era una posada de postas cuya licencia pertenecía a una viuda de nombre Sarah Smith. «La señora Smith merece especial encomio y apoyo, pues fue la primera... en sumar al alojamiento de los visitantes toda clase de comodidades, pulcritud y atención doméstica».

Powell's Guide, 1831

.....

LA HIEDRA

Cubre y trepa
Asciende rígida
Este terco disfraz de hoja perenne.

Las paredes por las que serpentea
Con enredaderas trepadoras
La acogen con agrado, como si quisieran esconderse.



¿Qué tesoros oculta y qué secretos yacen
en las paredes que la hiedra escala?

ANNA PAULSON

.....

Yo soy la vid, vosotros los pámpanos;
el que permanece en mí, y yo en él,
lleva mucho fruto;
porque separados de mí nada podéis hacer.

JUAN 15:5





CAPÍTULO

I

27 de mayo de 1820

Ivy Hill, condado de Wilts, Inglaterra

Jane Fairmont Bell estaba sentada a solas en la cabaña del guarda que en otro tiempo compartió con su marido. Se dispuso a tomarse sola el desayuno que le había llevado una criada de la posada de postas situada al otro lado del camino. Su posada. Todavía le costaba creérselo.

Jane comía con exquisitos modales, como si estuviera en una cena formal —o como si a su lado se sentara su anciana institutriz de vista aguda—. En realidad, ya llevaba un año comiendo sola. El tintineo de la porcelana y la cubertería parecía sonar más fuerte de lo normal; a esa hora del día el patio estaba sorprendentemente tranquilo.

Al pensarlo, echó un vistazo a la ventana más próxima, enmarcada por la hiedra. Las frondosas enredaderas habían crecido desenfrenadas y tapaban parte del cristal. Podía cortarla un poco, pero le gustaba la privacidad que le brindaba. Y que limitase la vista de la posada, con frecuencia caótica.

Jane se levantó y fue hasta el dormitorio. Desde la ventana la vista era más apacible. Había un roble cubierto de hiedra y un muro de piedra. Y en la distancia, si las buscaba, se encontraban las altas chimeneas de ladrillo de Brockwell Court. La elegante mansión pudo haber sido su casa si la vida hubiera tomado otro rumbo. Más allá había un mosaico de granjas, pastizales, colinas de arcilla blanca y pequeños pueblos.

Un suave golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos.

—Adelante —gritó, mientras volvía a la sala de estar.

Cadi, la joven doncella que la ayudaba a vestirse y le llevaba la comida, entró, como siempre, con rostro alegre.

—Veo que ha terminado el desayuno.

—Sí, gracias. —Jane dirigió la mirada hacia las flores: al florecimiento de la primavera en el jardín se unía el de otras plantas que había adquirido en el invernadero—. ¿Te importaría llevártelas? Esta para el vestíbulo y esa para la mesa de la entrada.

—Con mucho gusto. Son preciosas. Debería venir a ver cómo alegran la vieja casa.

—Ponlas en el lugar de siempre, por favor. Yo solo estorbaría.

—En absoluto. Ahora usted es la dueña y es más que bienvenida.

—Tal vez en otro momento. —Jane se había ofrecido a ayudar con la posada desde el principio de su matrimonio, pero John insistió en que su lugar estaba aquí, en la pequeña y apartada casa que había construido para ellos. Después de todo, las damas no «trabajaban». Tras varios intentos, Jane dejó de ofrecerse. Y pronto surgieron otras preocupaciones...

—Esta mañana tengo que hacer un recado —añadió.

—¿Un recado? —La mirada de la chica pasó de la indumentaria negra de Jane a la caja alargada del aparador—. Entonces... ¿le gustaría ponerse el vestido nuevo?

Jane negó con la cabeza.

—Solo voy al cementerio.

Cadi suspiró, claramente decepcionada.

—Muy bien. —Llevó los jarrones a la puerta—. Volveré a por la bandeja del desayuno.

Jane asintió y alcanzó un gorro hondo y negro de la percha. Se colocó frente al alargado espejo para atarse las cintas y luego se puso los guantes.

Unos minutos más tarde, salió de la posada con un ramo de flores en la mano. Mientras pasaba por el arco de carruajes que llevaba al establo, le llamó la atención algo que se movía. El herrador estaba parado en el patio, con los fuertes brazos cruzados, conversando con un mozo que no aparentaba

tener más de dieciséis años. Creía que se llamaba Joe. Al verla pasar, el joven conductor se quitó la gorra para saludarla y ella le correspondió con una amable sonrisa.

El herrador le hizo una reverencia con la cabeza.

—Señora Bell.

Jane asintió pero no lo saludó. Había algo en ese hombre... Verlo siempre le despertaba malos recuerdos. Al fin y al cabo, había sido él quien condujo el cadáver de John a Ivy Hill.

Ella siguió caminando, pasó por delante de la posada, antes de cruzar la calle High para evitar al cotilla del tendero organizando los canastos de frutas y verduras. Afortunadamente, a esa hora de la mañana las demás tiendas aún estaban en calma. Subió por la angosta Potters Lane, dejó atrás la cárcel y el ayuntamiento y luego giró hacia la calle Church. Al final de esta, empujó la puerta del camposanto y entró, pasando entre antiguas tumbas y lápidas desdibujadas hasta que llegó a una más reciente.

John Franklin Bell
Amado hijo y esposo
1788-1819

Le había parecido apropiado realizar una visita en el primer aniversario de la muerte de John. Pero su marido no era el único ser querido al que había perdido.

Jane se había detenido en ese punto en concreto porque no suscitaría ninguna habladuría. Cualquiera que la viera ante la tumba de su marido pasaría de largo sin echar un segundo vistazo.

Se apretaba el modesto ramo contra el abdomen como para sofocar el dolor así y luego se agachó. Dividió el ramo y esparció sobre la tumba seis flores, una sola rosa rosa y cinco verdolagas blancas.

Jane echó un vistazo al lugar para asegurarse de que no miraba nadie, luego se besó los dedos y tocó la lápida. «Lo siento», susurró.

El chirrido de una bisagra le sobresaltó y levantó la vista.

Un anciano salió de un cobertizo aledaño empujando una carretilla de la

que sobresalía el mango de la pala. Vestía un abrigo descolorido y una boina que le tapaba el pelo gris desaliñado. Era el sacristán, el hombre que cuidaba la iglesia y cavaba las fosas. Dejó la carretilla en el suelo y agarró la pala con manos nudosas.

Sintiéndose de pronto cohibida, Jane se enderezó mientras lo observaba por el rabillo del ojo.

Una puerta de la iglesia se abrió y salió el reverendo Paley. Al ver a Jane, se desvió del camino y se acercó a ella.

—Hola, señora Bell. Siento interrumpir su momento de intimidad, pero quería expresarle mis condolencias. Sé que este debe de ser un día muy duro para usted.

—Gracias, señor Paley.

El vicario miró de reojo al sacristán, que se apoyaba en la pala.

—¿No tiene trabajo que hacer, señor Ainsworth?

El anciano gruñó y empezó a arrancar un zarzal que crecía entre las lápidas. El párroco siguió observando al sacristán por un momento.

—Ese hombre es una de las criaturas... más interesantes de Dios. Lo he oído hablar con los ratones de la iglesia más de una vez. Se niega a poner trampas, así que voy a tener que hacerlo yo —dijo en voz baja.

Jane había oído que el sacristán era muy raro. Por lo visto, los rumores eran ciertos.

El párroco dejó escapar un suspiro y después le sonrió con tristeza.

—De acuerdo. Debo dejarla. Por favor, avíseme si cree que puedo ayudarla en algo. La señora Paley y yo rezaremos por usted... especialmente hoy.

Jane volvió a darle las gracias. Él hizo una reverencia y siguió su camino.

Tras un último vistazo a la tumba de John, salió del cementerio con poco consuelo por la visita. Detrás de ella, la puerta quedó colgando de las bisagras. Le hubiera gustado que el sacristán arreglara el cerrojo. No se mantenía cerrada, hiciera lo que hiciese.

En el camino de vuelta, pasó por la vicaría, la taberna y la panadería sin verlas realmente, pues iba con la cabeza gacha en un intento de pasar inadvertida. Llegó a la calle High sin tener que hablar con nadie. Bell Inn

estaba justo al otro lado de la calle. Casi había llegado.

A su derecha, la puerta del taller de la modista se abrió y la señora Shabner, que fabricaba mantones y sombreros, asomó la cabeza.

—¡Señora Bell!

Jane se estremeció. Nunca le había gustado que la llamaran así. «Señora Bell» era la madre de John. Al escucharlo, reprimió el impulso de darse la vuelta y ver si su suegra andaba cerca con una mirada de desaprobación en el rostro.

—¿Qué le parece el nuevo vestido? Sé que lo recibió, porque mi chica se lo entregó en su casa —preguntó la modista.

—No he pedido un vestido nuevo, señora Shabner —respondió Jane, amable pero con firmeza.

—Querida, lleva ya un año vistiendo de luto. Debería cambiar a medio luto, al menos.

La anciana llevaba un vestido de brillantes rayas amarillas y azules y un gorro con plumas. La expresión «vejestorio emperifollado» le vino a la mente y se reprendió a sí misma por aquel pensamiento grosero.

—Lo lamento, pero no necesito un vestido nuevo en este momento.

—Sí, sí que lo necesita, querida. Mire esa antigualla. Los codos se le transparentan y tiene los ojales deshilachados. Cuando lo hice, todavía no me faltaba ni un diente.

—Está exagerando.

—Pruébeselo al menos —le pidió la señora Shabner—. Creo que el lavanda le quedará muy bien. Lo hice siguiendo las medidas que ya tenía, pero estaré encantada de modificarlo cuando sea necesario. Ya sabe que tengo la puerta siempre abierta, aunque muy pocos la crucen. —Suspiró—. Creo que debería retirarme. O irme a Wishford, donde apreciarían mejor mi talento.

La mujer estaba siempre amenazando con trasladarse. Jane cerró los ojos con fuerza, conteniendo un suspiro.

—Si está pensando en otra clienta para el traje, entonces no se hable más, se lo mandaré de vuelta cuanto antes.

—No, no. En estos momentos es la única viuda reciente en la ciudad. Tómese su tiempo. Pero cuando se lo pruebe, verá que tengo razón.

Jane se alejó con un saludo y cruzó la calle.

Al llegar a Bell Inn, se detuvo tras ver el letrero de «Habitación libre» que colgaba de una sola cadenita, mientras que la otra pendía en vano. Una brisa soplaba colina arriba y el cartel giraba lentamente sobre la cadena, cuyas palabras no dejaban de dar vueltas ante sus ojos.

«Habitación libre»... «Habitación libre»...

Aquel letrero se colocaba con mayor frecuencia en los últimos tiempos. Y simbolizaba perfectamente cómo se sentía Jane.

Vacía.

Apartó la mirada y volvió al refugio de su cabaña.



Tres días después del triste aniversario de la muerte de su hijo, Thora Stonehouse Bell viajaba apoyada contra la ventana de un carruaje mientras el hombro huesudo de un joven clérigo se clavaba en el suyo a cada instante. En el asiento de enfrente iba una pareja de ancianos: él roncaba y ella se abanicaba con un ejemplar del *Lady's Monthly Museum*.

Thora se metió un caramelo de jengibre en la boca para que se le pasara la sensación de tener el estómago revuelto. Le ofreció uno a la mujer, que aceptó con desgana.

El clérigo que iba a su lado había guardado el Nuevo Testamento hacía media hora y ahora leía una guía de viaje. Al notar que Thora la ojeaba, le preguntó:

—¿Es la primera vez que visita esta zona?

Vaciló. Era la primera vez que volvía —la primera vez que se sentía como una visitante en su ciudad de origen, y probablemente no recibiría una bienvenida calurosa.

—Sí, supongo que sí.

Los ojos le brillaban de entusiasmo.

—Entonces permítame compartir lo que he leído. Ahora nos encontramos a unos ciento cuarenta y cinco kilómetros al suroeste de Londres, en el condado

de Wilts, famoso por sus caballos blancos grabados en colinas de arcilla, la catedral de Salisbury y antiguas maravillas como Stonehenge. Parece que estamos de suerte por nuestra próxima parada. —Pasó los dedos por la página impresa y leyó:

—Bell Inn es una antigua y agradable posada, con licencia de John Bell y administrada de forma experta por su madre viuda. Aloja a los viajeros con toda clase de comodidades, pulcritud y atención doméstica.

—Al parecer, su guía está desfasada —dijo Thora secamente—. Será mejor que se concentre en las Escrituras, reverendo. Aparte de eso, no puede creerse todo lo que lee.

Él la miró confuso —arrugó el ceño y la boca— pero ella no se molestó en darle una explicación. Antes bien, le dio la espalda, desalentándolo a proseguir con la conversación.

Miraba por la ventana pero en vez de ver pasar la campiña, los recuerdos pasaban ante sus ojos y la tristeza la oprimía con fuerza.

«Pobre John»...

Su primogénito había fallecido hacía más de un año. Aquel pensamiento le sajó el corazón. Parecía haber pasado una eternidad desde que ella, Frank y sus hijos habían vivido todos juntos bajo el mismo techo. Sabía dónde estaban ahora Frank y John. Enterrados en el cementerio de St. Anne. Pero desconocía dónde podía estar Patrick. El más joven. Su chico de ojos azules. De pequeño era un ángel, pero como hombre fue un fiasco. Se preguntaba qué impulso perseguiría ahora, si gozaría de buena salud y si estaría fuera de peligro. Susurró una oración. En ese momento era todo lo que podía hacer por él.

Muy pronto volvería a la posada que en otra época había pertenecido a sus padres, luego a su marido, más tarde a su hijo mayor y ahora a su nuera. Se preguntaba qué recibimiento le brindaría Jane y dudaba que fuera cálido. Esperaba que Talbot, al menos, se alegrara de verla.

Thora respiró hondo e inspeccionó el entorno. El carruaje cruzó el puente del río Wylde y pasó por el pueblo de Wishford, con su alto y almenado campanario. Después, comenzaron a ascender hasta Ivy Hill, lo que le ofreció un panorama bastante fiel de la llanura de Salisbury por una ventana y del bosque de Grovely por la otra.

Casi no podía creerse que estuviera volviendo después de menos de un año. Cuando se marchó, había imaginado tontamente que viviría con su hermana —dos mujeres independientes juntas— el resto de sus días. Pero no tardó en ver cómo se desvanecían esos sueños irrealizables.

«Puedes sacar a la mujer de la posada, pero no dejará de ser posadera», meditó.

Sin embargo, Diana lo había logrado. Su hermana había odiado crecer en una posada y se había ido en cuanto pudo, sin volver la vista atrás. Lo mismo había resultado más difícil para Thora.

¿Qué se encontraría a su llegada? Esperaba que la cocinera, la señora Rooke, hubiera exagerado en su última carta, en la que decía que sin ella el lugar estaba empezando a deteriorarse.

En todo caso, no se arrastraría. Diría que solo había ido de visita. No admitiría que el futuro con su hermana —y la situación que vivía— había tocado a su fin.



CAPÍTULO

2

Cadi abrió la puerta de la cabaña de un empujón con la cesta de la ropa de la lavandería.

—Antes de que se me olvide —dijo—, el señor Bell me ha pedido que le recuerde que tiene una reunión en Wishford esta mañana.

Jane hizo un gesto de asentimiento. No se acordaba de que su cuñado hubiera mencionado nada de una reunión, pero le alegraba dejar los tratos comerciales en sus manos.

—Y la señora Snyder dice que lo lamenta, pero que no puede conseguir quitarle la mancha a su crepé negro.

—¿De veras? ¡Oh, no! —se quejó Jane.

—Tal vez sea una señal, señora. ¿Sabe que nunca la he visto de otro color que no fuera negro? Porque yo llegué después de que... —La sonrisa de la criada decayó por una vez y dejó la frase sin terminar mientras extendía los camisones, atuendos y medias limpias en la cómoda.

Luego volvió junto a Jane.

—La señora Shabner piensa que debería tener un vestido nuevo. Dice que el negro no le favorece a su tez.

Jane entornó los ojos.

—La señora Shabner diría cualquier cosa para ganar una venta.

—Por favor, pruébeselo, señora. ¿Lo haría por mí?

Jane echó un vistazo a la caja del vestido y suspiró.

—Ay, está bien. Hoy no voy a ir a ninguna parte. Solo por esta vez.

Cadi chilló de placer y se apresuró a ayudar a Jane a ponerse el vestido de color lavanda.

El tafetán asargado le cayó sobre el corsé y la enagua con una suave ondulación, como cae la tela de excelente calidad. Mientras Cadi estaba detrás de ella, abrochándole las presillas, Jane analizaba su reflejo en el largo espejo. El suave tono lavanda le daba brillo a la piel algo amarillenta y destacaba el verde de sus mudables ojos de color miel. La ajustada cinta debajo del pecho acentuaba su figura. El vestido hacía que pareciera más joven. Más femenina. Aunque necesitaba peinarse el pelo castaño y empolvase la nariz, el atuendo mejoraba claramente su aspecto.

—Está hermosa, señora.

—Reconozco que es un vestido precioso.

—Todavía no es suyo, pero debería serlo —se burló Cadi—. Le queda muy bien.

De la calle llegó el sonido de un bocinazo. Con desinterés, Jane dio un paso hasta la ventana y vio que el carruaje amarillo giraba hacia la entrada y el ruido que producía retumbaba a través del pasaje abovedado. Vio al cochero con el abrigo de múltiples capas, al guardia en la parte trasera y a varios pasajeros en la de fuera. Y dentro de la diligencia, una cara echada contra la ventana. Una cara que Jane reconoció sobresaltada. Era Thora Bell, cuyos ojos se clavaron en ella.

El pánico le recorrió el cuerpo.

—Tengo que cambiarme inmediatamente.

—¿Cómo? ¿Por qué?

Jane dio un paso atrás, el corazón se le aceleró, rezando porque Thora no la hubiera visto. O al menos... lo que llevaba puesto.

—No quiero que mi suegra me vea con esto.

Cadi la siguió hasta el dormitorio con el rostro pálido.

—Lo siento, señora. Si hubiera sabido que venía hoy, no le habría insistido en que se lo probara. Debería haberme dicho algo.

La joven se apuraba detrás de Jane y empezó a desatar los cordones y los pequeños botones de perlas con dedos temblorosos.

Jane tampoco mostraba el pulso firme.

—No tenía ni idea de que venía. Estoy tan sorprendida como tú.

Se decía a sí misma que probablemente Thora entraría primero en la posada, hablaría con la señora Rooke y se asearía en su vieja habitación antes de buscarla; al menos eso esperaba.

El tejido lavanda se le escurrió por la cadera y Jane salió de un salto del círculo que la tela formaba en el suelo. Cadi llevó el vestido a la salita e intentó volver a meter toda la tela a la fuerza en su caja.

—Ponle la tapa —dijo entre dientes Jane.

Cadi se apresuró a hacerlo, luego volvió corriendo a ayudarla con el traje negro. Pero antes de que pudiera, en la puerta de la cabaña sonó un golpe seco. Las dos mujeres jadearon. El tejido temblaba en las manos de Cadi.

—Demasiado tarde. —Jane se subió el batín y metió los brazos por las mangas.

—¿Respondo? —preguntó Cadi.

—No, quédate aquí —dijo Jane. Sabía que a su suegra no le haría ninguna gracia que llamara a una de las empleadas del servicio para que abriera la puerta por ella. Tampoco quería que la joven doncella se metiera en ningún lío con la señora Rooke.

Mientras se arreglaba el cabello, Jane caminó hasta la puerta con la esperanza de aparentar calma. Abrió y se encontró a la madre de John y Patrick, la señora Thora Bell. La mujer llevaba un sencillo vestido de monótona lana negra. Aquel cálido día de primavera debía de sentirse muy incómoda con él.

La cofia de Thora era tan oscura como su apariencia —aunque el gorro que llevaba debajo era de encaje blanco tradicional—. Bajo el gorro, el oscuro pelo no mostraba ni rastro de gris. Era de estatura media, pero su porte seguro hacía que pareciera más alta. Los rasgos, al igual que la figura, eran duros. Unas líneas severas le bordeaban la boca y los ojos; tenía unos impresionantes ojos azules que hacían que la gente mirara dos veces.

Obseó desconfiada a Jane de pies a cabeza una y otra vez.

—Estás horrible.

—Gracias, Thora. —Jane forzó la sonrisa—. Yo también me alegro de verla. No la esperábamos.

—Naturalmente. —Thora examinó la salita, demorando la mirada en la caja del vestido—. Se me ocurrió hacerte una visita para ver cómo estabas.

—Estoy bien. Gracias.

—¿De veras? —Thora vio que Jane llevaba el batín atado de forma descuidada y arqueó las cejas.

—Sí. ¿No quiere pasar y sentarse?

—No, gracias. No me quedaré mucho tiempo. —La suegra nunca había pasado más tiempo de lo estrictamente necesario en la cabaña del guarda, y apenas había puesto un pie en el lugar desde la muerte de John—. ¿Dónde está Talbot? Me ha sorprendido que no recibiera la diligencia.

—Talbot ya no está.

—¿Ya no está? —Se llevó la mano al pecho.

—No ha muerto —se apresuró a aclarar Jane—. Simplemente dejó nuestro servicio, hace ya unos cuatro meses.

—¿Por qué se fue después de todo este tiempo?

—Se ha hecho cargo de la granja de su familia.

—Walter Talbot... ¿agricultor? No me lo puedo creer.

—El viejo hogar es suyo ahora que ha muerto su hermano. Y su cuñada está muy enferma, tengo entendido.

Thora frunció el ceño.

—¿Bill murió? No tenía noticia. Pobre Nan... —Por un momento parecía perdida en sus pensamientos, pero luego recuperó la compostura—. ¿Quién está llevando la posada en lugar de Talbot?

—Bueno, hace poco he contratado a Colin McFarland, pero...

—¿McFarland? —Abrió la boca sin poder creérselo—. ¿Por qué demonios has hecho eso?

Jane se encogió de hombros.

—Mercy me dijo que necesitaba el trabajo. Me pidió que le diera una oportunidad para que demostrara su valía.

Movió la mano con expresividad.

—De acuerdo, algo demostraré... que fue un error contratarlo. Además, no puede tener más de... ¿cuántos?, ¿diecinueve años?

—Veinticuatro o veinticinco, creo. Y con suerte, aprenderá con el tiempo.

Mientras tanto, Patrick está aquí y ayuda donde sea necesario.

Thora parpadeó.

—¿Que Patrick está aquí?

—Sí... Lo siento, pensé que le habría escrito.

—¡Qué optimista eres! Nunca fue de los que escriben cartas. —Volvió a fruncir el ceño—. Pensaba que Patrick estaba dando la vuelta al mundo en un buque mercante.

—Así era. Regresó hace un mes más o menos.

—¿Por qué?

—Se enteró de lo de John y volvió para echar una mano. Y es más que bienvenido.

Jane se dio cuenta de que la mujer tenía la mirada fija en algo y se giró para ver qué le había llamado la atención. Un puño de color lavanda asomaba por debajo de la tapa de la caja. «¡Oh, no!», pensó.

Pero mirándolo mejor, Jane se percató de que aquello no era lo que había atraído a su suegra. Tenía la vista clavada en el pequeño retrato de John que había encargado para ella como regalo de boda.

Lo descolgó y se lo entregó.

Thora le echó un vistazo rápido y se lo devolvió con brusquedad.

—Qué joven parece.

Ella observó el cuadro. Casi había olvidado lo joven y guapo que era John cuando se casaron. Con esa edad se parecía a Patrick de una forma increíble.

Mientras colocaba el retrato en su sitio, Jane preguntó:

—¿Cómo está su hermana?

—Está bastante bien, gracias. Un poco chiflada, pero bien de salud. —Se enderezó—. Bueno. Voy a dejaros. Siento mucho lo del hermano de Talbot. Pronto iré a darle el pésame. Eso suponiendo que me invites a quedarme.

—Por supuesto, Thora. Quédese todo el tiempo que quiera. —Jane confiaba en no tener que arrepentirse del ofrecimiento. Añadió:

—Su antigua habitación está como la dejó.

—Ah, ¿sí? —Cerró los ojos con desaprobación—. ¡Qué despilfarro de espacio!

La mujer dejó a su nuera y cruzó el patio. Sintió el estómago revuelto por una mezcla de sentimientos contradictorios, pero decidió no mostrar ninguno de ellos.

Durante su ausencia, no había duda de que el lugar no había mejorado. Ni su relación con la mujer de John.

En la entrada, el letrero de habitación libre colgaba de una sola cadena, de un modo descuidado. ¿Por qué no lo había reparado nadie? ¿Y por qué había una habitación libre un martes... que por lo general era un día ajetreado? La posada necesitaba una mano de pintura cuando ella se fue, y ahora era más patente; la madera al natural estaba salpicada de pintura desconchada, sobre todo en el marco de la ventana. Las macetas que flanqueaban la puerta tenían buen aspecto, reconoció a regañadientes. Trabajo de Jane, no cabía duda. Y el establo, aunque demasiado tranquilo, parecía perfectamente arreglado. Ya era algo. Tal vez la señora Rooke había exagerado cuando le escribió sobre el lamentable estado del lugar.

La cocinera y ama de llaves la estaba esperando en el vestíbulo, con unas caderas tan anchas como sus enormes hombros.

—¿En su alcoba, como siempre?

—Sí.

—¿A esta hora del día? —preguntó la fornida mujer.

Sin Talbot, Jane tendría que haber recibido las diligencias y supervisado al personal, no durmiendo hasta tarde o probándose nuevos vestidos o lo que sea que hubiera estado haciendo.

—No es la patrona que era usted, señora Bell. No es de ninguna ayuda que yo pueda ver. ¿Sabe...? ¡El carnicero redujo mi último pedido debido a que se le debe dinero!

—No.

—Sí —insistió la señora Rooke—. Debo decirle que me alegro de verla. Ahora comprenderá por qué escribí esa carta.

Thora asintió. Sabía que no debía tolerar las críticas a su nuera, pero cedió a la tentación de sumarse:

—Con razón el sitio se está deteriorando, sin posadera que lo vigile ni reciba a los huéspedes.

Una joven criada pasaba con una cesta vacía.

—El señor Bell se ha ido a Wishford, señora, o sin duda hubiera recibido la diligencia —dijo la chica.

La señora Rooke miró con mala cara a la muchacha.

—Sigue con tu trabajo, Cadi. No tienes que hablar a menos que te pregunten.

La criada subió las escaleras a toda prisa y desapareció.

Thora no la reconoció.

—¿Qué le ha pasado a Mary? —preguntó discretamente.

—Huyó con un recaudador.

—Vaya. —Se volvió hacia la leal sirvienta—. Me pregunto por qué no mencionó que Patrick había regresado.

La cocinera levantó un hombro carnosos.

—No tengo asuntos pendientes con el patrón Patrick.

—¿Otra vez usando mi nombre en vano, señora Rooke? —dijo Patrick mientras irrumpía en la sala y se quitaba el sombrero. Se dirigió con una sonrisa a su progenitora:

—¡Madre! Me pareció oír su voz. ¡Qué sorpresa!

—Hola, Patrick. —Recibió con frialdad el beso que le dio el hijo en la sien. Cuando este se apartó, la madre lo escudriñó, regocijándose mientras lo contemplaba. Qué guapo era, como su padre. Más alto de lo que recordaba. Tenía el pelo oscuro, igual que ella. Los ojos azules, como los suyos. El corazón se le ablandaba a medida que en su cabeza titilaban imágenes de su pequeño. Las manos entre las suyas. Rodeándole el cuello con sus bracitos... Pero después recuperó su dureza—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Hizo una mueca burlona mientras los ojos azules le centelleaban.

—¿Que qué estoy haciendo aquí? Crecí aquí, como usted sabe mejor que nadie. He vuelto para ayudar ahora que John no está... y usted tampoco.

Abrió la puerta del despacho y la sostuvo para que pasara.

Thora le hizo un gesto con la cabeza a la señora Rooke y a continuación lo siguió adentro.

—¿Por qué?

Él mostró cierta indiferencia:

—Lo echaba de menos. Llevo la posada en la sangre después de todo.

—¿Igual que hace unos años llevabas en la sangre navegar, y la importación antes de eso?

—Usted gana, madre. —Extendió las manos, y en las mejillas se dibujaron dos hoyuelos—. Pero el hijo pródigo ha vuelto a casa.

—Desde que John murió esta ya no es nuestra casa.

Patrick se sentó a la mesa y se recostó en la silla.

—Claro que lo es. Mi hermana me ha hecho sentir bien recibido.

Thora entrecerró los ojos.

—¿Qué andas buscando?

Él levantó ambas manos.

—Nada de nada. Aunque una cama que no baile con cada oleaje del mar es un cambio interesante, no lo niego.

Sus ojos recorrieron la cara del hijo y él sostuvo firmemente la mirada. ¿Estaba hablando en serio? La madre quería creerlo.

—¿Cuánto llevas aquí?

—Un mes y medio.

—Y el lugar no es que esté prosperando precisamente.

—Aún no. Todavía estoy acostumbrándome a la tierra firme, por así decirlo. ¿Y usted, madre? Creía que se había ido a vivir con la tía Di.

—Así es. He venido solo... de visita. Me enteré de que las cosas no estaban yendo bien y pensé que debía venir.

—¿Le han alertado sus espías, verdad? La señora Rooke, seguro. ¿O tal vez el propio Blomfield? —preguntó, levantando una ceja.

¿Por qué le iba a escribir el banquero? Thora quería saberlo, pero no reveló su fuente. Miró por todo el despacho desordenado.

—¡Menudo lío! Aún no puedo creerme que Talbot se marchara. Dime que Jane no le obligó a que se fuera.

—¿Obligarle a que se fuera? ¿Jane? Lo dudo mucho. Fue decisión de él. ¿Y por qué no? Heredó la propiedad de su familia cuando murió el hermano —añadió sin rodeos—. Como una vez creí que me pasaría a mí.

La mujer decidió hacer caso omiso de aquello.

—¿Y no advertiste a Jane sobre la contratación de Colin McFarland?

Patrick se encogió de hombros.

—Ya estaba aquí cuando volví. *Un fait accompli*.

—¿Y no dijiste nada? ¿No recuerdas que tu padre prohibió a los McFarland venir a la Bell Inn?

—Liam McFarland, puede, pero eso fue... ¿cuánto hace...? ¿diez años ya?

—Doce.

—Bueno, por lo visto Colin no tenía ni un penique para ganarse la vida y Jane quería darle una oportunidad.

Thora hizo un gesto hacia la mesa desordenada.

—Ya veo lo bien que va.

—No todo es culpa suya —la defendió—. La señora Rooke dijo que después de que se fuera Talbot, nadie entró en este despacho excepto para echar más facturas sin abrir en la mesa. Parece que a Colin le pareció demasiado abrumador y dejó que el papeleo siguiera apilándose. Ha estado sirviendo mayormente como porteador y ayudando en la cochera. Tiene mucho que aprender, pero se está esforzando.

La mujer lo dudaba. Meneó la cabeza y apretó los labios.

—Un McFarland en Bell Inn... Tu padre estará revolviéndose en su tumba.

Patrick hizo un gesto de disgusto y se puso en pie.

—Iré a decirle a Jane que está aquí.

—A advertirla, supongo que querrás decir. No te molestes. Ya he hablado con ella.

—Sin duda se habrá alegrado de verla.

—Ahórrate el sarcasmo. Sabes que nunca nos hemos soportado. John dejó claro que no quería que estuviera aquí.

—¿De veras? Eso me sorprende.

—A mí también me sorprendió entonces, teniendo en cuenta que nunca mostró ningún interés en trabajar como posadera o ama de llaves.

—Tal vez John exageró o usted lo malinterpretó.

—No quiero pensar que dejé mis raíces por un mero malentendido.

—Creía que se había ido porque quería vivir más allá de estas paredes.

—En parte era eso. Diana me pidió que fuera. Decía que se sentía muy sola. —«Pero ya no está sola...», pensó.

Patrick se cruzó de brazos y se apoyó contra el marco de la puerta.

—¿Cuánto tiempo estará de visita? ¿O piensa quedarse e intentar salvarnos de la ruina?

—Confío en que estés exagerando. —Volvió a escrutar el descuidado despacho donde se apilaban las facturas. «Pero tal vez no», meditó.

Tomó aliento y respondió con sinceridad:

—Todavía no lo he decidido.



CAPÍTULO

3

Thora entró en sus antiguos aposentos —dormitorio y salita de recepción— y se quedó en silencio por un momento. En cierto sentido se sentía como si nunca se hubiera ido. Pero al mismo tiempo era como si hubieran pasado años en vez de solo diez u once meses. Dejó la maleta y se dirigió a las ventanas para abrir los postigos. Cuando lo hizo, se levantó una fina nube de polvo. Esa era otra de las cosas que habían cambiado. Ella siempre había mantenido sus dependencias impecables.

Se acercó hasta el espejo de cuerpo entero para quitarse la cofia, hizo una mueca de dolor y se estremeció ante el reflejo que le devolvía la mirada. Sus cincuenta y un años recaían sobre ella como un pesado yugo cargado sobre sus hombros. Ya no tenía las mejillas rosadas tan altas ni redondas como en otros tiempos. La mandíbula no se le definía. Arrugas a modo de apóstrofes marcaban el espacio entre las cejas y las líneas que le perfilaban la boca y los ojos eran bastante profundas. Disimular la presencia de canas entre los cabellos oscuros se había convertido en una tarea cada vez más laboriosa. Su fuerza y vigor tampoco eran los de antaño. Los meses de brazos cruzados con su hermana hicieron que se volviera blanda.

Y «blanda» era una palabra que nadie había usado nunca para describir a Thora Stonehouse Bell.

Su hermana, Diana, era tan solo unos años más joven, pero aparentaba algunos más. Se esmeraba con su cutis, untándose las últimas cremas que se anunciaban en *La Belle Assemblée*. Su criada le arreglaba el pelo según la

moda y le aplicaba cosméticos con destreza: un toque de polvos y colorete.

Ella nunca se había preocupado por nada de eso. Siempre había estado demasiado ocupada para la parafernalia femenina. Quizá debería haberse cuidado. Le dio la espalda al espejo con un suspiro. Preocuparse excesivamente por la propia apariencia era una pérdida de tiempo, se dijo. Sobre todo a su edad.

Durante los primeros cincuenta años, solo conoció la vida de la posada. Había crecido aquí. Había conocido a su marido aquí. Y juntos habían dirigido el negocio después de que se retiraran sus padres, que murieron más tarde. Aquí había criado a sus hijos. E incluso después de que muriera Frank, se había quedado para ayudar a John a ocupar el lugar del padre. Era su deber. Pero en los últimos años se había vuelto cada vez más impaciente.

Diana le había pedido que se fuera a vivir con ella más de una vez, o al menos que la visitara, pero siempre había estado demasiado ocupada para aceptar. Sin embargo después de la inesperada muerte de John —y de su imprevisto testamento—, al final hizo la maleta y reservó un viaje en una diligencia que se dirigía hacia el oeste.

Su hermana había heredado una modesta casa adosada de una tía también soltera, así como una renta anual lo suficientemente grande como para vivir de forma independiente y cómoda en Bath.

Al principio a Thora le había gustado la vida refinada. Daba largos paseos por la hermosa ciudad. Se entretenía en los espectáculos de teatros y auditorios. E incluso leía novelas. Ay. Aquello no era para ella. Lo consideraba una frivolidad poco práctica.

Con el tiempo las largas vacaciones empezaron a crisparle. No había nacido para la ociosidad. Así que empezó a hacer proyectos. «Vamos a preparar mermelada y encurtidos para el invierno. ¿Por qué hay que darle tanto dinero al tendero?». «No metas esa enagua en el cajón de los trapos. Si le echas un remiendo con esmero, podrías usarla otro año más». No había tardado mucho más de un año en crispar los nervios de Diana.

—Thora, deja de darme órdenes continuamente —le decía—. Ya no soy la hermana menor a tu mando.

Thora era autoritaria; no podía negarlo. Esa característica le había sido

muy útil en la posada. Había dirigido a la cocinera, a las criadas y al mozo con soltura. Pero era más complicado controlar la lengua.

Cuando su hermana empezó a andar en compañía de un capitán de barco retirado, comenzaron las críticas y advertencias: «Sí, el hombre es razonablemente respetable. Pasa tiempo con él si quieres. Pero no te cases. No a tu edad. ¿Por qué perder tu independencia? ¿Es que no sabes lo que pasa cuando una mujer se casa? ¿No conoces la ley?». Se había cerciorado de que la hermana la conociera, tanto si deseaba ponerse al corriente como si no.

Una soltera o una viuda tenían derecho a poseer bienes y realizar contratos en su propio nombre. Pero, a menos que ciertos acuerdos se dispusieran jurídicamente de forma previa, cuando la mujer se casaba todo lo que poseía pasaba inmediatamente a ser propiedad de su marido. En definitiva, se convertía en propiedad del marido. Una mujer casada no poseía nada.

Era una lección que Thora aprendió cuando se casó con Frank Bell. Una dura lección.

Pero su hermana no hizo caso de sus advertencias y aceptó la propuesta del capitán. La pensión anual y la acogedora casa de Diana le pertenecían ahora a él.

Después de recibir la carta de Bertha Rooke, permaneció en Bath para asistir a la boda y luego volvió a Ivy Hill sin más dilación.

Se le daba una cosa bien en la vida: servir como gobernanta en la posada de su familia. ¿Jane aceptaría su ayuda? Al menos debía intentarlo.

Ahora estaba ahí, de vuelta en su antigua habitación en Bell Inn. Pero algo le decía que ya no era posible volver a su antigua vida. Si las cosas iban tan mal como aseguraba la señora Rooke, tal vez nadie tendría allí un techo donde resguardarse mucho más tiempo.



Thora se encontró de frente con Colin McFarland al día siguiente cuando bajaba las escaleras. Apenas lo reconoció pero se quedó perpleja ante el joven veinteañero al compararlo con el adolescente al que recordaba. Era de

estatura media, con pelo castaño peinado perfectamente hacia atrás. Su rostro ancho acababa en una barbilla puntiaguda. No era mal parecido, reconoció la mujer. Eso sí, se preguntaba cuánto tiempo pasaría hasta que la vida disoluta arruinara su aspecto, como le ocurrió a su padre.

—Así que eres el hijo de Liam McFarland —empezó.

Él levantó una mano con una chispa de tímida gracia en los ojos.

—Culpable de los cargos.

Vestía un abrigo oscuro, chaleco y pantalones y un par de zapatos viejos pero bien lustrados. El cuello podría lucir más blanco, pero estaba sorprendentemente bien cuidado. Por lo menos parecía un mozo de Bell.

—¿Tu padre te metió aquí para que encontraras trabajo... y ver qué diablura hacías?

Una mueca le arrugó la cara.

—No sé a qué se refiere, señora Bell. Estoy aquí para trabajar, eso es todo.

—Mmm... Ya lo veremos. —Sin duda, lo vería, porque estaría observándolo.

Pero primero quería hablar con Walter Talbot. Así que fue al establo y le pidió a Tuffy que preparara un caballo para la calesa.

El viejo y flacucho mozo de cuadra puso mala cara.

—¿Esa antigualla destartalada, señora? No es muy seguro, diría yo.

Profirió un suspiro.

—Muy bien. Iré a pie.

Por suerte, esa mañana se había puesto botas robustas, además de un sombrero.

El ejercicio le vendría bien, se dijo. Y si la memoria no le fallaba, el paseo hasta la granja no era demasiado largo.

La memoria no le falló. Tampoco su vestido de lana. Se acaloró y le entraron picores bastante antes de llegar. Al pasar por delante de la casa de los McFarland, arrugó la nariz. Mientras contemplaba el destartalado cobertizo, las malas hierbas del jardín y la escombrera, recordó que había visto corrales para ovejas mejor mantenidos.

Al llegar por fin a la granja de Talbot, entró por la puerta de madera. Por delante tenía un camino empedrado que llevaba hasta la casa; a la izquierda,

una bodega para la leña y el granero, y a continuación, campos y pastizales. Oyó un repicar metálico y vio a un hombre agachado cerca del granero, golpeando algo con un martillo. Llevaba una camisa con las mangas remangadas, tirantes, pantalones y botas de trabajo. Una pequeña gorra de lana le cubría la cabeza. Uno de los hombres contratados, pensó. Tal vez Talbot estaba en el granero. Probaría allí en primer lugar. No quería llamar a la puerta, pues dudaba de si la cuñada de Talbot estaba lo suficientemente bien como para responder por sí misma, o podía estar durmiendo.

El hombre, concentrado en su trabajo, no la vio acercarse. La sombra de la visera le caía en la cara. Thora observó sus musculosos antebrazos cuando este levantó el martillo y lo dejó caer con golpes diestros y efectivos. Él levantó la vista y miró de nuevo, deteniendo la herramienta en las manos. Cuando subió del todo la cabeza, ella pudo ver su rostro y se paró en seco por la sorpresa.

—¿Talbot? —dijo con la voz entrecortada. Walter Talbot siempre había vestido como un caballero: abrigo, chaleco, pantalones y zapatos lustrosos, cuando era recepcionista jefe y encargado. No llevaba ropa de obrero. No lo veía con las mangas de la camisa remangadas desde que era adolescente, y mucho menos con lino fino pegado a los hombros y el pecho sudorosos.

—Hola, señora Bell.

—No te he reconocido —respondió ella, curiosamente molesta—. Desde lejos creía que debías de ser el jornalero.

—El jornalero ha ido a la ciudad a por una pieza. Estoy intentando arreglar esta hoja del arado, pero es tan testaruda como... mi último jefe. —Dejó la herramienta, sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó el cuello y la frente—. Disculpe mi aspecto. No esperaba invitados.

Ella despachó la excusa con un gesto.

—No te preocupes por eso. Acabo de volver... de visita... y me ha dolido enterarme de lo de Bill.

Él asintió con cara de cansancio:

—A mí también. Estaba poniendo al día la agenda cuando llegó la noticia. Debí haber estado aquí.

—Me sorprendió enterarme de que habías dejado la posada.

—No quería dejar a Jane sola. Pero ahora la granja es responsabilidad mía. Es un trabajo duro, aunque está bien saber que lo que hago con las manos sirve para algo.

—Tu trabajo en la posada servía para mucho. —Thora meneó la cabeza—. Solo que irte así, después de tantos años...

—Usted se fue. Cuando le convino.

El resentimiento de la voz sorprendió a la mujer, que respondió:

—Jane no quería que estuviera allí. Y la verdad es que no me ha recibido con los brazos abiertos.

—Si ha venido acusando, con cara larga y criticando, no me extraña.

Antes tenía una relación sincera con Talbot, pero ahora notaba una falta total de servilismo por su parte.

—No he atacado... precisamente. Aunque estaba preocupada, claro. Me llegaron noticias de que el lugar se iba a la ruina. Tenía que venir.

—¿Llegó el rumor hasta Bath? Seguro que fue Bertha Rooke.

—Así es. —Thora continuó diciéndole lo que sabía, lo de la pérdida de varias líneas de carruajes y las facturas por pagar—. ¿Conocías los... problemas de Bell Inn?

—No hasta ese punto. —Negó con la cabeza y apretó los labios—. Pero no culpe a su nuera. Al menos no solo a ella. No quiero hablar mal de los muertos, pero John...

—Entonces no lo hagas —protestó airada—. No quiero escuchar una palabra en su contra.

Talbot agachó la mirada ante el tono incisivo de Thora y pateó un terrón.

—Como quiera.

—¿No sabes a quién ha contratado para «intentar» sustituirte...? A Colin McFarland.

—Sí, eso he oído. —Levantó la barbilla y la observó con los ojos entrecerrados—. No olvide que Colin no tiene nada que ver con aquel accidente del tejado, ni con todo lo que vino después. En aquella época no era más que un crío.

—Lo sé, pero sigue siendo hijo de Liam McFarland. —Volvió a menear la cabeza—. Viniendo de donde viene... ¿Cómo se supone que sabrá mantener

adecuadamente un lugar, no digamos ya llevar el registro y la agenda y todo lo demás? Patrick ha vuelto y está intentando ayudar. ¿Te has enterado también de eso?

Talbot asintió, pero no hizo ningún comentario.

—Tiene mucho trabajo por delante. Ni te imaginas cómo está tu mesa —añadió la mujer.

—Ya no es mi mesa. Ni su posada para que se ande preocupando.

—Ya. Pero la posada es parte de mí, como uno de mis hijos. Y una madre nunca deja de preocuparse por uno de los suyos.

—Puedo entenderlo. —El hombre bajó la mirada pensativo, escarbando otra vez con la punta de la bota en la tierra—. Puedo pasarme por allí de vez en cuando y enseñarle a Colin un par de cosas. Si nadie se molesta.

—¿Molestarse? Te estaría eternamente agradecida. Y Jane también, si no es tonta de remate.

—Jane no es ninguna tonta. Desinteresada, sin experiencia, ignorante en el peor de los casos. Aunque sin duda lo suficientemente inteligente, si quisiera aprender.

—Nunca entenderé por qué Jane cortejó a John si no tenía ningún interés en la posada —dijo la mujer, tras resoplar.

—Ella no cortejó a John. Nunca he visto a un hombre ir tras una mujer como John tras Jane Fairmont.

La mujer negó con la cabeza.

—Pero era totalmente incompatible e inadecuada. Bueno... nadie me pidió mi opinión. No es novedad.

Se percató de que debía de parecer una arpía. Ceder a la amargura era un desperdicio de energía. Tomó aire y suavizó la voz:

—¿Cómo está Nan?

—No muy bien. Lleva mucho tiempo enferma, como ya sabe. Y de hecho la muerte de Bill la ha dejado incapacitada. Tisis, dice el doctor Burton. La visita cuando puede, pero no puede hacer mucho.

—Siento oír eso.

Talbot asintió.

—Sadie Jones ayuda a cuidarla. Y el párroco y la señora Paley vienen a

menudo para rezar por ella.

—¿Le resulta... extraño... vivir en la misma casa con Nan ahora que su hermano ha muerto?

—Al principio un poco. Pero no puede vivir sola. —Ladeó la cabeza y la miró con recelo—. No me diga que nos va a señalar, como hacen los cotillas mezquinos. No está pasando nada indecoroso. Dios santo, la mujer está inválida. Sadie tiene que ayudarla en todo.

—Hubo un tiempo en que admirabas a Nan —dijo con cuidado.

Él se levantó el sombrero y se pasó agitado la mano por el cabello pelirrojo.

—De eso hace veinte años. Antes de que eligiera a mi hermano. Ahora es como una hermana para mí. Una hermana enferma que me necesita.

«Te necesito». Esas impactantes palabras le pasaron por la cabeza a Thora, pero se mordió la lengua. ¿De dónde había salido «aquello»?

Walter Talbot hizo una mueca y se volvió a poner el sombrero.

—Parece que tengo un don para admirar a mujeres destinadas a casarse con otros hombres.

—No te has perdido gran cosa... salvo bastantes dolores de cabeza y frustración. El matrimonio da más problemas que satisfacciones —dijo con burla.

—No estoy de acuerdo, Thora. En el pasado, e incluso hoy, echo... muchas cosas de menos.

Ella lo miró, no muy segura de a qué se refería. Qué extraño era escuchar su nombre de pila pronunciado con aquella suave voz después de tantos años de «señora Bell» o «señora». Pero ella no puso objeciones.

Talbot tomó aire y recuperó la compostura.

—¿Te gustaría entrar y ver a Nan? Creo que la casa está hecha un lío, pero...

—En otra ocasión, Talbot. Si te parece bien. Dale recuerdos de mi parte y dile que le mando saludos.

—Por supuesto.

¿Era imaginación suya o parecía aliviado de que no se quedara más tiempo?

—Bueno, adiós, Talbot.

—Que tengas un buen día, Thora. Y no te preocupes demasiado. Iré por allí en los próximos días y hablaré con Colin.

—Gracias. ¿Seguro que tienes tiempo?

—Sacaré tiempo.



CAPÍTULO

4

Jane acababa de sentarse al piano cuando llamaron a la puerta. Fue un golpe firme y decidido. ¿Ya había vuelto Thora de su paseo? Jane suspiró, augurando otro encuentro desagradable.

Se levantó del banco y se descubrió retorciéndose las manos. Las bajó, alisándose la falda mientras avanzaba, y abrió la puerta.

No era su suegra. El banquero, el señor Blomfield, apareció al otro lado. Era un hombre de corta estatura, pero de algún modo inquietante, vestido con su traje negro. Tenía una cara de sabueso tan triste como la de una plañidera profesional, enmarcada por largas y pobladas patillas. Jane no lo conocía muy bien. Había tenido que firmar algunos documentos cuando murió John, pero el abogado se había encargado por ella de la mayor parte del desagradable asunto. Sin embargo sabía quién era. Y tenía el presentimiento de que la visita no sería agradable.

Él hizo una reverencia.

—Señora Bell... —Esbozó una sonrisa: la cortesía revestía la determinación—. Perdón por la interrupción, pero como no ha respondido a ninguna de las cartas que le he enviado, primero por correo y luego mediante mi secretario, en las que le pedía que viniera al banco, no me ha quedado otra opción. Me he tomado la libertad de reservar uno de los salones privados de la posada y he pedido té. No me iré hasta que me conceda media hora de su tiempo.

La mujer asintió con gravedad.

—Lamento mucho haberle causado molestias, señor Blomfield. Permítame unos minutos para recoger mis cosas y me reuniré con usted enseguida.

Él asintió secamente y se dio la vuelta.

Jane no abrió la puerta cuando un joven empleado intentó entregarle una carta la semana anterior. Él la dejó en el umbral. Cuando se marchó, Jane la abrió pero no leyó más allá del primer párrafo. Le resultaba un poco difícil comprender —y no tenía ganas— el lenguaje financiero o legal. Dejó la carta en el despacho, encima de un fajo con el resto de correspondencia relacionada con el negocio. Tenía la esperanza de que Patrick les hiciera frente, aunque Colin no lo hubiera hecho. Sin embargo, las pilas de papeles abarrotaban la que antes había sido la mesa de Walter Talbot. Una posada más grande hubiera contratado a un recepcionista jefe y a un registrador de reservas que gestionaran los aspectos de alojamiento y transporte. En Bell Inn, el hábil Talbot se había encargado de todo. Pero se había ido. Y ni ella ni, por lo visto, Colin o Patrick asumieron sus funciones.

Con dedos temblorosos, Jane se puso una cofia de encaje negro —con la esperanza de que hiciera que pareciese más madura y capaz de lo que se sentía — y siguió los pasos del hombre hasta la posada, contestando a su citación.

Cuando entró en el salón privado, la segunda criada, Alwena, estaba colocando una bandeja de té, y Jane notó su tensa expresión. ¿Sabía algo que ella desconocía? ¿Lo sabían todos los criados? ¿Escucharían a escondidas?

—¿Les sirvo? —preguntó Alwena.

—Sí, gracias —respondió Jane, que desconfiaba de la firmeza de sus manos.

Cuando la criada se marchó, el señor Blomfield se puso los anteojos en aquella nariz más bien delgada que tenía y abrió la carpeta de cuero que yacía junto a la taza. Le preguntó:

—¿Le gustaría que hubiera alguien más presente durante nuestra reunión?

Jane parpadeó.

—No lo sé. —¿De veras quería enfrentarse... a lo que fuera esto... sola? Por un momento pensó en la recién llegada Thora, pero no tardó en descartar la idea. No quería que su suegra supiera lo descuidada que había sido con los asuntos del banco, así como con todo lo demás. Tragó saliva—. ¿Puedo

pedirle a mi cuñado que nos acompañe?

—Si así lo desea... Aunque usted es la parte legalmente responsable.

«¿Legalmente responsable de qué?», pensó con pavor.

Se puso en pie.

—Sí, creo que le pediré que se una a la reunión, si a usted no le importa. Tiene mucha más experiencia que yo, y ha estado desempeñando las funciones de gerente ahora que se ha ido el señor Talbot.

Él hizo un gesto de asentimiento y Jane se levantó y abrió la puerta. Pero apenas se había cerrado tras ella cuando vio a Patrick en el pasillo, apoyado en la pared. Al verla, se enderezó totalmente desgarbado. Ella estaba desconcertada y algo molesta por verlo merodeando, pero ¿quién era ella para quejarse?

Ajeno a su enfado, la recibió con su habitual sonrisa fácil.

—He pensado que podías querer refuerzos.

A su pesar, le devolvió la sonrisa.

—Me gustaría, sí. El señor Blomfield ha venido y tiene noticias... malas noticias, por lo que parece.

—Imagino que sí. Traía una cara horrorosa cuando ha llegado. —Le hizo un gesto para que lo precediera hasta el salón.

El banquero se levantó cuando Jane entró. Él y Patrick se saludaron y se miraron fijamente. Entre ellos pasó algo, observó Jane, pero no pudo identificar el qué.

Volvió a ocupar su silla y los hombres la imitaron.

El primero en hablar fue el señor Blomfield:

—No necesito recordarle, señor Bell, que está presente únicamente en calidad de asesor. La señora Bell no necesita su permiso o acuerdo para ninguna decisión que tome. ¿Lo ha entendido? Es la dueña legal de la posada, de acuerdo con el testamento de su hermano.

—De lo que estoy muy al tanto —respondió Patrick, sin alterarse.

Jane no estaba segura de si veía resentimiento en sus ojos azules o no. Sin duda, Thora debió de quedar consternada y disgustada cuando se leyeron la última voluntad y el testamento de John. El anuncio había despertado emociones parecidas en Jane, pero su cuñado ni siquiera estuvo presente. No

esperaba sentado con la ilusión de heredar. ¿Quién habría podido predecir que John moriría tan joven?

Por un momento, el señor Blomfield echó un vistazo a las páginas que llevaba en la carpeta y luego entrelazó los dedos y la miró por encima de los anteojos.

—Confío en que recuerde que su marido recibió un préstamo para financiar las mejoras que pensaba hacer en la posada.

Jane frunció el ceño. No, no se acordaba de aquello. O John no se lo había mencionado, o ella no había prestado mucha atención, ya que había dejado los asuntos del negocio en sus manos.

—El pago del préstamo está vencido —continuó el señor Blomfield—. Solicité una ampliación a los socios cuando el señor Bell murió y ellos amablemente prorrogaron en doce meses el plazo previsto, pero ya ha pasado el tiempo.

—Pero... es la primera noticia —farfulló Jane. Miró a Patrick. ¿Estaba él igual de sorprendido que ella?

—Le he enviado cartas, señora Bell —dijo el señor Blomfield—. Cartas discretas y diplomáticas, espero. Aunque, pensándolo bien, tal vez demasiado discretas. —Se aclaró la garganta—. En esa época estaba de luto. Y me pareció inapropiado pedirle una reunión. Pero no puedo posponerlo más. Me han dado autorización para concederle tres meses más, pero eso es todo.

—¿Cuánto debemos? —preguntó Jane, apretando los puños.

—¿No lo sabe? —El banquero la miró con escepticismo.

Jane negó con la cabeza.

—¿Su marido nunca le mencionó la cantidad, o no le mostró una copia de los documentos del préstamo? —preguntó el señor Blomfield.

—No. Como le he dicho, esta es la primera noticia que tengo.

El banquero volvió a mirar a Patrick, quien también negó con la cabeza.

—Quince mil libras —aclaró el banquero.

Jane se quedó boquiabierta. Le pidió que repitiera la cifra. Pero la cantidad no cambió.

Se sintió como si estuviera dando tumbos justo después de despertarse de uno de esos sueños pesados, en que se apresuraba por llegar al hostel para ver

si había llegado la diligencia y se daba cuenta de que había olvidado la maleta. O se enfrentaba a una estricta maestra el día del examen final sin haber podido estudiar e incapaz de responder a una sola pregunta.

La diferencia, observó Jane, es que ahora estaba despierta.

Se quedó mirando fijamente al banquero, con la mente en blanco, mientras este le hacía una pregunta tras otra. ¿La posada era rentable? ¿Qué mejoras se estaban llevando a cabo o qué planes había para futuras renovaciones? ¿Ella podría devolver el préstamo en la fecha prevista?

Se obligó a salir de aquel trance de estupefacción.

—No... no lo sé. No tenía conocimiento del préstamo, ni de la gravedad de la situación.

Volvió a mirar a Patrick, que observó a Blomfield con el ceño fruncido. Este se encontró con la mirada inquisitiva de ella.

—El negocio se ha reducido —dijo su cuñado—. Sobre todo desde que se terminó el nuevo puesto de peaje.

—¿Y nuestros beneficios?

—Muy poco en los últimos tiempos. —Se llevó una mano al pelo—. No lo sé exactamente. Todavía estoy aprendiendo a llevar los libros. Volví hace menos de dos meses, recuerde.

—¿Puede al menos calcular las ganancias que tuvo la posada el mes pasado? —preguntó el banquero.

Patrick soltó una larga bocanada y luego pronunció una cifra. Una cifra desalentadoramente baja.

—Estás bromeando —repuso la mujer.

—Ojalá fuera así. Pero a no ser que cambie algo, no tenemos posibilidad de devolver ese préstamo en un plazo de tres años, y mucho menos en tres meses.

—Las cosas pueden mejorar —matizó ella. Intentaba pedirle a Patrick con la mirada que no divulgara cada detalle de sus penosas circunstancias al hombre que tenía en las manos sus destinos.

Pero su cuñado continuó despreocupadamente:

—No veo cómo. Sobre todo ahora que varias líneas han decidido evitar por completo Ivy Hill, al igual que un puñado de arrieros y carreteros. Quién

sabe cuántos más harán lo mismo.

El señor Blomfield extendió las manos.

—Dadas las circunstancias, mi conciencia no me permite ver a los socios y pedirles una prórroga más amplia. Tiene tres meses, señora Bell para pagar el préstamo o documentar sus planes para hacer que el negocio sea rentable. Si es capaz de demostrar que Bell Inn es una inversión que vale la pena, les pediré a mis socios que lleguemos a un nuevo acuerdo sobre el préstamo. Si no, el banco la embargará y venderá la propiedad hipotecada para recuperar las pérdidas sufridas.

—¡Pero...! Seguramente la posada valga más que el capital pendiente del préstamo.

—En otro tiempo, sí. ¿Pero actualmente...? No puede negar que se ha deteriorado en los últimos años.

«¿De verdad?». Jane apenas lo había notado...

—¿Qué me aconseja que haga? —preguntó al banquero.

—Venderla antes que tengamos que hacerlo nosotros. —Cerró la carpeta de golpe—. Si usted es capaz de venderla por más dinero del que debe, incluidos los intereses y los recargos por demora, todo lo que quede será suyo, como heredera de John, para hacer con ello lo que le plazca.

—Pero entonces... —Tenía tantas preguntas en la cabeza. «¿Dónde iba a vivir? ¿Y Patrick? ¿Quien la comprase mantendría al personal que hay ahora?».

Acto seguido, sus pensamientos giraron en dirección contraria. «Podré ser libre. Dejar atrás la posada y el alboroto, los recuerdos y las preocupaciones... ¿Tendría suficiente para vivir? ¿Adónde iría? ¿Iba a ser capaz de comprar la antigua casa de su familia, que estaba vacía y abandonada?».

—¿Está seguro de que no puede concedernos más tiempo? —preguntó ella, odiando lo desesperada que sonaba su voz.

—Si aún no hubiera solicitado ninguna ampliación, tal vez. Pero hoy por hoy, no. No sin pruebas contundentes de rentabilidad.

El señor Blomfield se levantó.

—Lamento ser el portador de tales noticias, señora Bell. Mi relación con la

familia Bell ha sido dilatada y amistosa, y me duele imaginar su final. Si puedo serle de cualquier otro tipo de ayuda, no dude un instante en venir a verme.

El banquero se marchó, prometiendo —o amenazando con— que volvería en un plazo de tres meses.

Jane se levantó y, aturdida, lo acompañó hasta la puerta; Patrick iba tras ella. En el pasillo se encontraron a la señora Rooke, haciendo como que le quitaba el polvo a los lúgubres marcos de los cuadros que colgaban allí, normalmente descuidados.

—Ya puede volver a la cocina, señora Rooke —le dijo Patrick con una sonrisa irónica—. Si se le ha pasado algo, le informaré más tarde. Solo le costará un bistec.

—Patrick... —dijo entre dientes Jane.

—Bueno, de todos modos Rooke acabará sabiéndolo todo.

Patrick esperó hasta que la cocinera y ama de llaves jadeó y caminó con dificultad antes de añadir:

—Usted sabe que no hay secretos entre estas paredes.

—No, no lo sé —insistió Jane.

Patrick alzó la cabeza y la miró con sorpresa.

—¿Hay secretos? ¡Qué delicia...!

—No lo creo. Estoy hablando del dinero que John pidió prestado. ¡Quince mil libras! ¿Qué diablos hizo con él?

Jane pensó en los trajes nuevos, las tarjetas de visita, los viajes a los mercados de caballos y a Londres para reunirse con algunos arquitectos. Pero tras varias temporadas fuera había vuelto sin nuevos caballos y convencido de que las renovaciones recomendadas por los profesionales serían demasiado caras para llevarlas a cabo y que no obtendría ningún beneficio de la inversión. Jane asentía sin protestar, aliviada porque las escapadas terminaran, o al menos fueran menos frecuentes. Pero en esa época, no sabía nada del préstamo. ¿En qué había gastado el resto?

Patrick miró a su alrededor.

—Está claro que no lo invirtió todo en la posada. ¿Puede que lo ocultara en alguna parte?

Aquella posibilidad no se le había ocurrido. Aún no había sacado las cosas de John de la cabaña. ¿Escondería algo allí o en otro lugar de la posada? Lo dudaba.

—¿Has visto algo en los libros que justifique semejante suma? —preguntó Jane.

Patrick negó con la cabeza.

—No. Pero no supe lo del préstamo hasta... hace poco. ¿Estás segura de que no hay una copia del documento? Blomfield ha mencionado que John podría tener dos.

—No que yo sepa. Puedes buscar en el despacho, si quieres. Aunque no sé si servirá de algo.

Le abrió la puerta lateral y salió con ella para acompañarla por el camino.

—No te preocupes, Jane —la tranquilizó—. Pensaremos en algo.

Ella lo miró dubitativa.

—¿Sí?

—Ahora estoy aquí y te ayudaré.

—Gracias.

Se detuvieron en la puerta de la cabaña.

—Por cierto —dijo él—, ayer pasé por delante de Fairmont House. Qué pena verla así de vacía.

—Sí...

—¿Has pensado en algún momento en reclamarla? Esta humilde casita no te conviene.

¿Patrick le había leído la mente? No cabía duda de que la cabañita no era tan grande como la casa en la que había crecido. Jane se encogió de hombros.

—Ya me he acostumbrado. Además, Fairmont está fuera de mi alcance.

—¿De veras? Bueno, no te preocupes —la consoló él—. Ya se nos ocurrirá algo. Si no hay otro remedio, tal vez yo pueda encargarme de la posada.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Tú? ¿Tienes una fortuna que desconozco?

—No exactamente. Pero soy un hombre, y..., por favor, no te ofendas, pero los banqueros se sentirían más seguros invirtiendo en la posada si hay un hombre al mando. No estoy diciendo que esté de acuerdo con ellos, pero es la

triste realidad.

—Mmm... Está claro que tienes más experiencia que yo, pero ya has oído al señor Blomfield. Aún tenemos que demostrar que Bell Inn es una inversión rentable.

—Juntos lo haremos. —Patrick extendió la mano y se la pasó por la mejilla—. No te preocupes, hermanita. Te ayudaré.

Jane se detuvo, sorprendida por la muestra de afecto de Patrick e impresionada por el cariñoso «hermanita». Nunca antes la había llamado así. Nadie lo había hecho. No tenía hermanos. Esas palabras le produjeron una dulce melancolía.

Un movimiento al otro lado del arco llamó la atención de Jane. Echó un vistazo y su cuñado también se dio la vuelta. El herrador estaba en el patio del establo observándolos.

—Ahí está Locke —indicó él—. Quiere presentar una queja contra uno de los cocheros. Hablamos más tarde, ¿de acuerdo?

Jane asintió en silencio y vio cómo se alejaba.

Gabriel Locke tenía cara de muy pocos amigos. ¿Aquella mirada sombría iba dirigida a ella o a su acompañante? Pero un momento después, la expresión se le aclaró y levantó una mano saludando a Patrick, que se acercaba. Quizá no se había percatado de que ella estaba allí. Probablemente ese gesto hosco que creyó ver fuese fruto de su imaginación. La notificación del señor Blomfield lo había teñido todo de tonalidades lúgubres.



CAPÍTULO

5

Necesitaba hablar con una amiga de confianza tras la visita del banquero, y Jane fue a ver a Mercy Grove. Vivía con su tía Matilda en una casa llamada Ivy Cottage, aunque era más grande y más imponente que una simple cabaña de campo. Mercy se había criado allí, pero después de alcanzar la mayoría de edad, y de que su hermano se embarcara en una carrera que lo tenía alejado de casa, su padre les había confiado la propiedad a la hija y la hermana soltera. Él y la señora Grove preferían vivir en Londres. Ahora Ivy Cottage acogía no solo a las dos mujeres y a unos cuantos criados, sino también un internado y escuela para niñas que había gestionado Mercy durante varios años.

Cuando Jane llamó a la puerta, el criado de las Grove, el señor Basu, le abrió la puerta, la saludó y desapareció de nuevo con su habitual discreción.

Poco después, Mercy apareció en el vestíbulo de la mano de su alumna más pequeña. Recibió a Jane con una cálida bienvenida, luego se agachó y le pidió a la niña que se reuniera con las demás, que ya estaban fuera, para el descanso de la mañana. Sin rechistar, pero sin entusiasmo, la cría obedeció.

Su amiga se enderezó e invitó a Jane a la salita de recepción. Las dos mujeres se sentaron e intercambiaron cumplidos hasta que la dinámica tía de Mercy llevó la bandeja con el té.

—Hola, Jane. ¡Qué alegría verte! —dijo Matilda Grove—. No hemos disfrutado de tu compañía muy a menudo. Bueno, ahora hablad largo y tendido. Yo estaré fuera vigilando a las niñas. ¡Hace un día espléndido!

—Gracias, tía Matty.

Cuando la mujer las dejó solas, Mercy sirvió el té y le pasó a Jane un plato con galletas de anís tan duras como piedras. Sonrió como pidiendo disculpas y bajó la voz:

—La tía Matty ha vuelto a cocinar. No tienes que comerte ninguna. O mójala en el té primero. No quiero que te rompas un diente.

Mercy Grove era alta, esbelta y un año mayor que ella. Tenía la cara angulosa, la nariz grande, labios finos y el cabello castaño común y corriente. La consideraban retraída, y Jane lo sabía. Pero para ella era encantadora, y sus bonitos e inteligentes ojos marrones eran su mejor atributo. Cuando era más joven, su madre se había lamentado muchas veces de la altura y la «desdichada» figura de la chica, preocupada porque no atraería a ningún pretendiente. Mercy no solo era más alta que muchos hombres, sino que tenía poco pecho y una espalda desproporcionadamente generosa. Ahora que tenía casi treinta años, por lo visto, la madre por fin había renunciado a intentar emparejarla.

—¿Has visto a Rachel últimamente? —preguntó Mercy.

Jane negó con la cabeza, sintiendo aquel viejo dolor bajo el esternón.

—¿Y tú?

—Tengo entendido que estos días pasa más tiempo en casa. La última vez que la visité, el padre no estaba muy bien.

La culpa invadió a Jane. Debería haberla visitado antes.

Mercy eligió una galleta y la examinó.

—Tienes que mojarla un rato en el té caliente. —La sumergió y luego miró a Jane—. Bueno, ¿cómo te va todo?

Le explicó la situación: el impacto del enorme préstamo y el plazo del banquero.

La escuchó atentamente y después respondió:

—Vaya, Jane. Siento oír eso.

—No entiendo en qué estaba pensando John. Pedir un préstamo tan elevado sin decirle nada a nadie y poner en riesgo la posada de esa manera. Y ahora yo tengo que encargarme de todo.

Mercy meneó la cabeza; los ojos le brillaban de compasión.

—Siempre insistió en que no quería que yo trabajara en la posada. Quería

una mujer refinada que mantuviera la casa y criara a sus hijos para que recibieran una buena educación y aprendieran modales —continuó tras dar un sorbo al té—. Claro, en aquel entonces contaba con su madre y con Talbot para que le ayudaran a gestionar el negocio. Creo que John pensaba que su madre nunca se marcharía. ¿Te has enterado de que ha vuelto de visita?

—Sí, sí. ¿Cómo va?

—No muy bien. Las cosas nunca han sido fáciles entre nosotras y la tensión no hizo más que empeorar tras la muerte de John. O mejor dicho, después de que leyeran su testamento. Sé que me ve como un fracaso en muchos sentidos.

—Seguro que no. La señora Bell debe de tener cierta confianza en tus capacidades, o dudo que hubiera dejado la posada para irse a vivir con la hermana.

Jane se encogió de hombros.

—Imagino que pensó que Talbot se quedaría y controlaría el negocio mientras viviera, siempre había estado ahí. No le guardo rencor por irse. Por fin tiene la oportunidad de volcarse en algo de su propiedad. Eso debe de ser satisfactorio.

—Sí, ciertamente puede serlo. Y ahora tú también tienes la oportunidad de vivir eso.

—Ay, Mercy, no tengo ni idea de cómo llevar la posada. Menos mal que Patrick ha vuelto y ha prometido ayudarme.

Mercy titubeó. Dio un sorbo al té y luego dijo:

—Me sigue sorprendiendo que Patrick Bell haya vuelto a Ivy Hill. Creía que estaba viajando por el mundo y haciendo fortuna o algo así.

—Así es. Pero se enteró de lo de John y regresó para echar una mano.

—¿Tiene intención de quedarse?

—Creo que sí.

Mercy volvió a dejar la taza en el platillo.

—Ten cuidado, Jane.

—¿Cuidado? ¿Por qué?

—Sabes que no me gusta hablar mal de nadie, pero no puedes fingir que no conoces la reputación de tu cuñado.

—¿Te refieres a que es un libertino? ¿Te preocupan las criadas o nuestras

huéspedes? Desde luego, por mí no debes preocuparte.

—Me preocupo por todas.

—¡Ay, por favor! Es casi mi hermano.

—Mmm...

—¿Adónde quieres llegar? Sé que es algo zalamero, pero estoy totalmente a salvo, te lo aseguro.

Mercy abrió la boca, la volvió a cerrar y cambió de táctica.

—No importa. Estoy segura de que tienes razón. Además, ¿quién soy yo para decir nada acerca de la conveniencia de implicar a familiares en el negocio de cada uno? —Golpeó la taza con una galletita dura para dar énfasis y las dos mujeres compartieron una sonrisa.

Jane mordisqueó una galleta empapada en té y prosiguió:

—Tal vez el señor Blomfield tenga razón y deba vender el lugar antes de que lo haga el banco.

—Ay, Jane, no te precipites. Creía que te gustaba tu cabañita.

—La cabaña no está tan mal, pero cuando me enteré de que John me había dejado toda la posada, fue como si me echaran un ancla al cuello. Y ahora, con mayor razón. Le dije a John cuando se declaró que esta vida no era para mí. Y eso no ha cambiado. —Se sorprendió al notar que los ojos se le llenaban de lágrimas de frustración—. Ay, Mercy, ¡se la dejó a la persona equivocada!

Su amiga le ofreció un pañuelo y ella se enjugó los ojos antes de continuar:

—Una parte de mí solo quiere... irse de aquí. Dejar atrás negocios, beneficios y préstamos. Vivir en algún lugar a solas y en paz, sin bocinas de diligencias sonando a todas horas. Sin trabajadores descontentos con los que lidiar... —Se sonó la nariz—. ¡Mi madre se hubiera quedado pálida al saber que su hija se dedicaría a esto! Pero... perdóname, Mercy. No quiero poner en entredicho tu colegio. Sabes que admiro lo que haces aquí, espero.

Mercy asintió:

—Es mi vocación, sí. Y doy gracias a Dios por encontrarla.

Sin embargo, Jane sabía que la madre de Mercy tampoco estaba contenta con la carrera que había elegido su hija.

La puerta del jardín se abrió y sonaron las pisadas de muchos pares de botas sobre el suelo de madera entre el parloteo de las niñas.

Jane respiró hondo.

—No quería parecer desconsiderada. Es que no sé qué hacer.

Mercy le estrechó la mano.

—Entonces rezaré por ti. Para que tengas la sabiduría y la perspicacia para tomar la decisión correcta. Y para que los banqueros tengan compasión.

—Eso necesitará un milagro, pero gracias.

Se puso en pie, sabiendo que su amiga tenía que volver a clase, pero antes la acompañó hasta la puerta y la ayudó a ponerse el manto.

—Los fondos que poseo están comprometidos con el colegio —dijo Mercy—. Pero si puedo ayudarte de alguna otra forma, por favor, dímelo.

—Ya me has ayudado —agradeció, con una sonrisa insegura—. Solo con escucharme.

Puso rumbo a la posada sin saber qué debía hacer. Tomó un camino diferente, un atajo que cruzaba Ivy Green.

Mientras se acercaba a Bell Inn, observó el establecimiento como si fuera la primera vez. El farol de la entrada. Las mugrientas cortinas en las ventanas. La pintura desconchada. El letrero descolorido, con las letras y la campana doradas, necesitaba una mano de pintura. Al igual que todas las paredes. ¿Cuántas veces había pasado por allí sin darse cuenta de ello?

Las terribles noticias del banquero por fin le habían abierto los ojos y habían hecho que despertara de su letargo.

Mientras permanecía allí, se acercó un caballero alto vestido con una elegante levita verde y unos pantalones de cuero. Un hombre conocido.

Jane tragó saliva. «*Sir Timothy*».

Al verla allí, él se paró en seco.

—Jane... mmm... señora Bell. ¡Qué alegría verla!

¿Se lo imaginaba o demoró la mirada de ojos oscuros en su indumentaria negra? Por un momento, de forma irracional, deseó haber llevado el vestido lavanda.

Se quedó allí, incómoda. ¿Debía pasar de largo con una vaga sonrisa o a él le apetecía hablar?

El caballero se aclaró la garganta y empezó diciendo:

—Tal vez quiera saber que...

¿Sería ese el día en que haría el tan esperado anuncio? Hubo un tiempo en que lo esperaba a diario. Pero los años habían pasado y seguía sin tener mujer.

»... mi hermana ha pasado una temporada en Londres con Richard y los Sharington y mañana vuelve a casa.

—¿Justina?, ¿una temporada? Cielos, ¿tanto ha crecido?

—Tiene dieciocho años.

Los padres de Justina la habían tenido siendo muy mayores, y *sir* Timothy había sido más un guardián que un hermano desde que murió su padre, sobre todo porque se llevaban más de diez años. Su hermano mediano, Richard, vivía en Londres, pero casi nunca lo veían.

—No puede ser. Qué mayor me siento —murmuró Jane.

—Imagínese cómo me siento yo.

«Ojalá pudiera», pensó Jane.

—Dele saludos de mi parte.

—Claro, no lo dude, pero tal vez pueda hacerlo usted misma, si... —se interrumpió, observando la posada—. Supongo que el negocio la tiene bastante ocupada.

En realidad había hecho muy poco... hasta ahora.

—Las cosas han estado muy tranquilas últimamente —repuso con ambigüedad.

—¿Cómo? Resultado de la nueva carretera, imagino. —Dejó ver una mueca en el apuesto y aristocrático rostro.

—Sí, pero estoy segura de que eso no le interesa.

Bosquejó un ademán de indiferencia.

—Puesto que tiene que ver con usted y su bienestar, me interesa. Y el bienestar de Ivy Hill, por supuesto.

Como magistrado, *sir* Timothy Brockwell se sentía responsable del pueblo y sus ciudadanos.

—Estoy perfectamente bien, gracias —le aseguró Jane, con más entusiasmo del que sentía. Se sintió aliviada porque él no le insistiera en detalles sobre el estado de la posada. No quería admitir su fracaso. O que él se sintiera obligado a ofrecerle ayuda. Una ayuda que no aceptaría de ninguna manera.

Un decidido taconeo les llamó la atención. Él dejó enseguida de prestarle atención y ella se dio la vuelta.

La mujer, con un elegante sombrero más calado de lo habitual, bajaba la mirada. No mantenía los hombros rectos en su postura perfecta de siempre. Pero mantenía su paso seguro. La pequeña nariz asomaba bajo el ala. Aquella figura envidiable caminaba con un vestido exquisitamente confeccionado. Era evidente que iba sumida en sus pensamientos. Al parecer su viejo amigo todavía no la había reconocido. Ella alzó la vista y aminoró la marcha.

—Hola, Rachel —dijo Jane con delicadeza. Con cautela.

—Señorita Ashford —añadió *sir* Timothy, con una expresión súbitamente sombría. La saludó con una reverencia.

Rachel miró a uno y a otro.

—Que tengan buenos días.

Parecía lista para seguir su camino, pero *sir* Timothy volvió a dirigirse a ella:

—Sentí mucho enterarme de que su padre no está bien. Espero que no haya empeorado.

—Pues me temo que así es. Ahora iba de camino al boticario a por las pastillas que necesita. Con su permiso.

Sir Timothy arrugó la frente.

—¿No podía hacerlo una de las criadas...?

—Claro que sí —respondió ella bruscamente—. Pero necesitaba un poco de aire.

—Ah —asintió comprensivo—. No hay duda de que el paseo le vendrá bien. Velar a un enfermo puede ser agotador, lo sé.

—Sí. Pero le ruego que no piense que no estoy cumpliendo con mi deber. Solo que...

—Por supuesto que no. No tenía intención de insinuar que lo está evitando. Por favor, dele recuerdos a su padre de mi parte.

—Eso haré. Bien. He de dejarles... —Hizo un gesto vago con la mano enguantada a uno y a otro.

Jane sintió una punzada de desazón en el estómago.

—Hemos coincidido en la calle y solo nos estábamos saludando —se

defendió—. Bueno, será mejor que yo también me vaya. Pero rezaré por su padre. O... podría ir a hacerle compañía, si lo desea.

Rachel inclinó fríamente la cabeza para responder:

—Gracias, pero no es necesario.

Sir Timothy se movió con rapidez para abrirle la puerta de la botica y la señorita Ashford entró.

Él la observó mientras entraba en el establecimiento, luego se volvió hacia Jane, evitando su mirada.

«Adiós», susurró Jane para sí. Otra vez. Más de una vez se había preguntado qué habría pasado entre ellos si no se hubiera casado con John. Pero eso fue hace mucho tiempo.

No conocía la situación espiritual de su marido el día que murió: si estaba preparado para encontrarse con el Creador y resucitaría al fin de los tiempos. Pero estaba segura de que algunas cosas nunca resucitarían.



Cuando la puerta se cerró tras ella, Rachel Ashford cerró los ojos y respiró hondo el aire penetrante y medicinal de la botica: alcanfor, camomila y consuelda.

Esperó a que los latidos del corazón recuperaran el ritmo normal. Siempre se le aceleraba un poco al ver a *sir* Timothy Brockwell. ¿Y al verlo con Jane? Aquello le había provocado un nudo en el estómago y le hizo recordar todas las esperanzas frustradas y la amistad rota.

Solo estaban hablando, se dijo a sí misma. Era una tontería dejar que aquello le molestara. Tenía cosas más importantes por las que preocuparse, como su padre enfermo. Y de qué pasaría con ella una vez muriera su progenitor.

Echando hacia atrás los hombros, Rachel se acercó hasta el mostrador y le compró al señor Fothergill aquello a por lo que había ido. Él, amablemente, le preguntó por su padre. Le contó al boticario que sus remedios y los tratamientos del doctor Burton hacían que se sintiera mejor y le agradeció su

interés. Pero ambos sabían que poco se podía hacer para alargarle la vida al enfermo.

Cuando Rachel se dio media vuelta para irse, se detuvo para mirar por el escaparate para asegurarse de que Timothy y Jane se habían marchado. No quería que se repitiera su embarazoso encuentro.

Los tres habían pasado mucho tiempo juntos durante su adolescencia y el comienzo de la edad adulta. Entonces no había ninguna tensión entre ellos. Rachel era unos años más joven que Jane y, además, maduró tarde. Sabía que Timothy la veía como una niña —como una hermanita fastidiosa o algo así—. Era amable con ella, pero era evidente que prefería la compañía de Jane. Pero todo aquello cambió el verano después del baile de presentación de Rachel. A mejor, y luego... a peor.

Allí de pie, un dolor de pérdida se apoderó de ella, como si todo hubiera pasado un día antes en vez de ocho años atrás. Se preguntaba si Timothy esperaba tener otra oportunidad con Jane ahora que era viuda. Porque él nunca había buscado una segunda oportunidad con ella.

Rachel salió sintiendo las piernas como si fueran de plomo y volvió a subir la calle High. Al final, cruzó la carretera de Edsbury y atajó por la pradera para llegar antes a Thornvale.

Ya en el vestíbulo, el ama de llaves la saludó con tristeza.

—Su padre ha estado preguntando por usted, señorita.

La culpa le invadió.

—Subiré enseguida.

Subió las escaleras, llamó con suavidad y entró en la habitación del padre.

En cuanto entró, sintió que la habitación se le caía encima: postigos echados y ventanas cerradas para evitar cualquier viento fresco. Pilas de libros se amontonaban en la mesita de noche y levantaban columnas en el suelo. Se abrió camino con cuidado entre ellos hacia la cama. El padre se negaba a que las criadas los devolvieran a la biblioteca. Quería tener sus favoritos cerca, como si fueran viejos amigos. El olor a rancio del cuero seco y el papel viejo pesaba en el aire, que ya estaba húmedo y oscuro por el olor agrio de un cuarto de enfermo. Su madre jamás hubiera permitido semejante desorden mientras estaba viva. Pero Rachel, al igual que sus criadas, se había

dado por vencida.

—Aquí estás, querida. —El padre levantó una mano débil para saludarla —. Me preguntaba qué había sido de ti.

—Solo he ido a la tienda de Fothergill. —Levantó el paquete como prueba.

—Ah. ¿Has visto a alguno de nuestros amigos mientras estabas fuera?

La pregunta le recordó que en otro tiempo su padre fue un hombre sociable y muy querido.

—Pues... sí, sí —respondió la hija—. Jane Bell y *sir* Timothy le mandan recuerdos.

—¿Jane y Timothy?

—Ajá —respondió distraída, dejando el bolso en la mesa junto a otro paquete de Royal English Drops, aún lleno—. Y al señor Fothergill, claro.

El cuerpo de *sir* William estaba fallando, pero tenía la vista muy clara. Ella evitó la mirada del padre.

—¿Le traigo algo, padre? ¿Té? ¿Algo de comer?

—No, gracias. Pero esperaba que me leyeras de nuevo.

Ella asintió con la cabeza.

—Compré el número más reciente de *Gentleman's Magazine* la última vez que estuve en la calle High. He pensado que podría leerlo para variar. Algunos artículos parecen bastante divertidos.

El padre frunció el ceño.

—Me temo que he perdido el interés en los temas de actualidad. Ahora son los libros antiguos los que me hablan y me alivian el alma.

Trató de alcanzar el grueso tomo que tenía a su lado en la cama pero el pesado volumen le temblaba en las manos.

Ella se acercó a toda prisa.

—Ya lo tengo, padre. Permítame.

—Gracias, Rachel. ¿Puedes leérmelo? ¡Qué consuelo me ofrecen los libros!

La hija le correspondió con una sonrisa tensa. «Sin duda».

A ella los libros no le ofrecían ningún alivio. De hecho, todo lo contrario. A veces pensaba que su padre quería más a sus libros que a ella. Desde luego les dedicaba más tiempo y atención.



CAPÍTULO

6

Thora llevaba varios minutos de pie en la ventana del vestíbulo, esperando con impaciencia mientras Jane hablaba con la señorita Ashford y *sir* Timothy Brockwell en la calle. Su nuera antes era una más del grupo —hasta que accedió a casarse con un posadero—. Por lógica, debería haberse casado con *sir* Timothy, o alguien como él. Todo el mundo pensaba que así sería. Sí, John era encantador, competente y estaba seguro de sí mismo. Pero pocos pensaron que tendría oportunidad de conseguir la mano de la preciosa señorita Jane Fairmont, y Thora menos que nadie.

Ahora quería hablar con Jane sobre la noticia que Patrick le había confiado cuando volvió de la granja de Talbot. Hizo memoria, intentando recordar qué había dicho John acerca de pedir un préstamo. Sabía que había contemplado una remodelación, pero al final decidió no hacerlo. Después de todo, ella le dijo que tenía dudas de que la inversión fuese a producir buenas ganancias. Y él respetaba su opinión, o eso pensaba ella. Por lo general solía hacerlo, salvo cuando se trató de elegir esposa. Y, por lo visto, cuando acudió al banco.. ¿Jane le había dicho a John que pidiera un préstamo? ¿Para financiar vestidos nuevos o un viaje al extranjero, tal vez...? Dudaba de que lo que hubiera hecho con el dinero tuviese que ver con el interés de la posada. Lo más probable es que sirviera para algo personal.

Cuando *sir* Timothy se alejó, Thora abrió la puerta y le hizo señas a Jane.

Su nuera no parecía muy contenta al verla, pero aceptó la invitación a entrar, dejando que la condujera hasta el despacho.

Allí, echó a Colin McFarland con un gesto displicente. Luego cerró la puerta y empezó de inmediato:

—¿Qué vas a hacer con lo del préstamo?

Jane suspiró.

—Patrick se lo ha contado, ¿no?

—Claro que sí. Me lo deberías haber dicho tú.

—El señor Blomfield vino esta misma mañana. He estado intentando pensar. Supongo que todos saben el aprieto en el que estamos.

—O lo sabrán, tarde o temprano.

—E imagino que todo el mundo me echará la culpa a mí, cuando yo acabo de enterarme también de lo del préstamo.

Thora no estaba convencida de eso.

—Iré a hablar con Arthur Blomfield en persona. Veré si puedo hacer algo. A no ser que rehúses mi ayuda.

—Por supuesto que no. No pretendo tenerlo todo bajo control.

Eso estaba bien, reconoció la señora Bell sin expresarlo. No cabía duda de que era difícil que la orgullosa hija del caballero admitiese que había fracasado, o lo rápido que la posada había caído en la ruina sin ella o Talbot para gestionarla.



Thora caminaba con decisión por la calle High en dirección al edificio de piedra y ladrillo que había al final; pisando fuerte a cada paso con sus recias botas. Entró en Blomfield, Waters y Welch. Un joven secretario, al que encontró comiéndose una magdalena, se levantó de forma brusca, limpiándose las migajas de la boca con el dorso de la mano.

Conocía a aquel muchacho desde que iba en pañales.

—No te preocupes, Todd, me anunciaré yo misma.

—Pero...

La mujer abrió la puerta con el letrero «Don A. Blomfield» y pasó.

El banquero levantó la mirada de la mesa y exclamó:

—Ah, ¡señora Bell! ¡Qué sorpresa!

—¿Seguro que te sorprende mi visita, Arthur? ¿Cuándo le has dado a mi nuera unos meses para devolver un préstamo enorme?

—Ni... ni siquiera sabía que estabas en la ciudad. Te marchaste el año pasado.

—Habría vuelto antes de haber sabido la magnitud del problema. Me siento decepcionada porque no me escribieras en persona, por cortesía profesional, teniendo en cuenta la dilatada relación que tiene el banco con mi familia.

El hombre tragó saliva.

—No sabía que... seguías involucrada en la posada.

Thora podía sentir la inquietud que rezumaban las palabras. «Claro», pensó. Arthur Blomfield le tenía miedo. Siempre se lo había tenido. Y no le faltaba razón al temer una reprimenda o algo peor si se atrevía a atacar el establecimiento de su familia.

—¿No pensaste que me gustaría saberlo? ¿Tener la posibilidad de intervenir?

—Bueno... Pensé que tu nuera o tu hijo te informarían como consideraran oportuno.

—¿De veras?

Se arregló el nudo de la corbata y dijo con voz débil:

—A nadie le gusta inmiscuirse en los asuntos familiares.

—Nunca te he visto huir de una pequeña intromisión si había algún interés de por medio, Arthur. De hecho, para empezar, me decepciona que no te metieras «antes» de conceder este espantoso préstamo. Pensaba que ofrecerías algún consejo amistoso para hacerles desistir.

El banquero abrió la boca para defenderse, supuso Thora, pero ella se adelantó:

—Lo hecho, hecho está. He hablado brevemente con Jane y Patrick, pero quiero que me cuentes los detalles tú directamente.

Él asintió con la cabeza.

—Si has hablado con Jane, entonces conoces la cantidad adeudada. Retrasada desde hace algún tiempo. Por desgracia, el banco debe perseguir la compensación si esa deuda no es pagada en tres meses o si tu nuera no puede

demostrar una rentabilidad considerable o sus planes para conseguirlo... con lo que podría pedir otra ampliación a los socios. Deduzco después de hablar con Patrick que no es probable que eso pase, sobre todo sin un jefe experimentado al mando. Creí que no querrías involucrarte.

—¿Que no querría involucrarme? Todo lo que afecte a la posada me afecta a mí. Siempre ha sido así y siempre lo será. Por lo menos querría tener la oportunidad de dar consejo o brindar ayuda en un momento tan decisivo.

—Pero Jane Bell es ahora la dueña, no tú.

—¿Crees que no lo sé? —espetó ella—. Pero no puedo quedarme de brazos cruzados sin hacer nada mientras la lleva a la ruina. ¿En qué se ha empleado el dinero? No veo las mejoras. ¿En qué lo ha dilapidado?

Él la miró durante un largo rato. Abrió la boca y después la volvió a cerrar. Metió la mano en el cajón inferior del escritorio y sacó un documento encuadernado de varias páginas. Señaló con el índice un punto concreto y deslizó el documento por la mesa hasta ella.

La mujer se acercó, inclinó la cabeza y entrecerró los ojos, reconociendo la firma y frunciendo el ceño.

—No se trata de un préstamo nuevo, Thora. Como puedes ver, John mismo lo firmó, más de un año antes de que muriera. Por lo que sé, su mujer no tuvo nada que ver con esto. De hecho, parecía sorprendida al informarle de su existencia.

—Igual que yo... —susurró Thora. Jane se lo había dicho, pero no la había creído. Notó una punzada de culpabilidad, seguida de un mal presentimiento. «¿Qué otra cosa no me dijo mi hijo?». Se humedeció los labios.

—¿John especificó qué pensaba hacer con el dinero?

El banquero volvió a señalar los documentos.

—Está todo ahí. Proyectos de renovación para la posada, caballos nuevos para las diligencias y cosas por el estilo.

—¿Nunca hablaste con él? ¿No le pediste informes de cómo se estaban utilizando los fondos?

El señor Blomfield cambió de posición.

—En un primer momento no. No tenía motivos para dudar, a juzgar por los tratos del pasado con tu familia. Pero cuando venció el primer pago, John me

dio largas. Tenía excusas convincentes —las reformas seguían en marcha— y solicité una prórroga a mis socios, prometiéndoles que los pagos llegarían en breve y asegurándoles que los Bell eran antiguos clientes y de fiar. Pero cuando los pagos prometidos no llegaron, me preocupé. —Tomó aire, buscando en su memoria—. Entonces John empezó a evitarme. O al menos eso me parecía a mí... Pasaba cada vez más tiempo fuera.

Sí, Thora había estado preocupada por todos aquellos viajes. Pero dijo:

—John nunca se desentendió de su deber. «O eso había pensado yo».

El banquero entrelazó los dedos sobre la mesa.

—No tengo ninguna intención de hablar mal de él, y menos ahora. Pero tampoco puedo, siendo justos, dejar que le echés la culpa a tu nuera. Aparte, quizá, de la demora y la apatía.

—Esos ya son suficientes errores.

—¿Sí?

Thora lo observó con los ojos entrecerrados.

—¿Puedo preguntarte por qué incluiste a Patrick en la conversación sobre el asunto?

—Estaba allí porque Jane lo invitó.

—¿Porque lo invitó o porque tú lo sugeriste?

Él se encogió de hombros.

—Pude sugerirle que tal vez quisiera que la acompañase alguien, para afrontar la situación.

—¿Le escribiste mientras se encontraba fuera? —preguntó Thora.

Él volvió a encogerse de hombros.

—He mantenido el contacto con Patrick todos estos años. Tuvo una o dos oportunidades de inversión que presentarme de vez en cuando. Puede que en algún momento... le mencionara mis inquietudes sobre la posada.

Thora preguntó maliciosamente:

—¿Y he de suponer que Patrick ha hecho una fortuna con estas especulaciones y oportunidades que depositó aquí, en Blomfield, Water y Welch?

Arthur Blomfield se aclaró la garganta.

—Aún no. Pero me parece un joven con potencial. Estoy convencido de que

podría hacer mucho con un negocio como Bell Inn. Le sobran las ideas.

Sí, Patrick siempre tuvo grandes ideas. Si seguía llevándolas a cabo o no era otro asunto, pero ella no difamaría a su hijo ante aquel hombre. Ni ante nadie.

—¿Y exactamente cómo debe demostrar esa «rentabilidad considerable»? ¿Qué clase de proyectos convencerían a tus socios para que le concedieran otra prórroga?

—Aumentando los beneficios a un ritmo de al menos el diez por ciento al año. O un plan escrito sólido que incluya renovaciones y nuevas fuentes de ingresos que resulten convincentes en cuanto al retorno de la inversión.

—¿Y si no se reembolsa el préstamo o no se presenta un plan satisfactorio a tiempo?

—Entonces no me quedará más opción que vender la posada, que John usó como aval para el préstamo.

—Bell Inn vale mucho más que eso, y lo sabes.

—Tal vez hace cinco años. Incluso hace tres, antes de que se aprobara la nueva carretera. ¿Pero ahora...?

—Eso no es justo.

—¿Es justo que prestáramos una suma considerable de buena fe y no recibir un penique como reembolso en más de dos años?

Thora irguió la barbilla.

—¿Y quién crees que la comprará si es una inversión tan mala como afirmas?

—En realidad, ya hemos recibido una oferta que asume la deuda a cambio de la propiedad.

—¿Que asume la deuda? Bueno, sí —dijo sarcástica—. Cualquiera asumiría esa deuda a cambio de un establecimiento que vale varias veces esa cantidad. Dime, ¿quién ha hecho esa prematura oferta?

—No estoy autorizado a decirlo.

—¡Y un cuerno! ¡No te creo! ¿De qué lado estás, Arthur?

—Querida señora Bell. Tal vez nuestra relación se remonte a mucho tiempo atrás, pero debo anteponer el bien de mi propia organización a cualquier otro. Tal como harías tú si nuestras situaciones se invirtieran.

Ella lo rechazó con una réplica ardiente:

—Está bien. Has decidido que el negocio no tiene otra oportunidad, ¿no? Bien, ya lo veremos.

Regresó ofendida a la posada e inmediatamente buscó a Patrick. Lo encontró hurgando en la oficina y rebuscando en los cajones de la mesa.

—No hay quien encuentre una maldita cosa aquí —se quejó.

Su madre cerró la puerta.

—Patrick, acabo de venir de ver a Arthur Blomfield. ¿Qué estás tramando?

—Solo quiero ayudar.

No disimuló su desconfianza:

—¿Ayudarte a ti mismo?

Patrick escondió la barbilla, como dolido.

—Madre..., me juzga mal.

—¿Sí? —inquirió ella, con la esperanza de que fuera verdad.

—Sí. El señor Blomfield sugirió que tener a un hombre a cargo, y encima a un Bell con experiencia, contribuiría en gran medida a aumentar la confianza de sus socios. No ha prometido nada, pero cree que es más probable conseguir una prórroga si se me transfiriera la propiedad.

—¿Tú eres el que quiere asumir la deuda?

—Es solo una idea. Sabe que a Jane no le interesa dirigir el lugar. Me parece que sería un alivio para ella quitarse de encima esa responsabilidad.

—¿Y crees que estás a la altura?

—¿Por qué no? He trabajado aquí de una forma u otra desde que era un muchacho, desde mozo a portero o registrador de reservas, he hecho de todo.

—No solo.

Patrick se levantó y le puso a su madre las manos en los hombros.

—No estaré solo. Usted estará conmigo, ¿de acuerdo, madre? Con mis ideas y su experiencia, reviviremos este viejo lugar en poco tiempo. Le daremos una nueva vida.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—No sabía que estuviera muerto.

—Todavía no. Pero lo estará si no hacemos algunos cambios mientras podamos.

—¿Qué clase de cambios? ¿Te refieres a un chef francés y parafernalia inútil con la que le gustaba jugar a John?

—No. Algo más revolucionario.

—¿Como qué?

Patrick se dispuso a responder, pero reconsideró lo que estaba a punto de decir:

—Todavía le estoy dando vueltas, madre. Y por supuesto que quiero su consejo antes de completar mis planes.

—¿Y Jane? —preguntó ella.

—Jane es una dama encantadora y con un gran corazón —dijo Patrick—. Un hermoso elemento decorativo para el lugar, no se puede negar. Pero ¿en serio cree que puede dar buenos consejos o ayudar a planificar un cambio beneficioso?

—S... supongo que no. —Thora se sorprendió por la punzada de deslealtad que sintió al coincidir con la afirmación de Patrick.

—Entonces, ¿está conmigo, madre? —Él la agarró de los brazos afectuosamente. Era lo más cercano a un abrazo que habían compartido desde que muriera Frank.

—Aún no he escuchado el plan —respondió—. Cuando lo haga, tendrás mi respuesta.

La mujer se dirigió hacia la puerta y luego se dio la vuelta.

—Por cierto, ¿qué estabas buscando cuando he entrado?

—Los papeles del préstamo. El señor Blomfield dijo que debía de haber una copia por alguna parte.

—No te molestes. He visto la copia del banquero y la firma de John. —Miró el escritorio que en otra época compartieron John, Talbot e incluso ella—. Ya que tu hermano nunca quiso que me enterara del asunto, dudo que dejara aquí prueba de ello. Lo más probable es que esté en la cabaña, si es que no la destruyó.

Al igual que el préstamo podía destruir la posada de forma definitiva.



CAPÍTULO

7

Al día siguiente, Thora estaba en el mostrador de recepción, recorriendo el registro con el dedo en busca de las reservas de las semanas posteriores. Reconocía los nombres de algunos clientes asiduos, pero veía, desalentada, que los huéspedes que pasaban allí la noche eran muchos menos de los habituales.

Fuera sonó una bocina que anunciaba la llegada del correo de la mañana. Sintió un pequeño sobresalto en el corazón por la expectación. «Insensata», se recriminó a sí misma. Se acercó hasta la ventana y vio que Patrick salía a recibir la diligencia. Le agradó verlo despierto y vestido tan temprano. En ese momento parecía su padre: bien arreglado, apuesto y seguro. Orgullosa de recibir a los pasajeros en su posada, tanto si era para una comida rápida como para pasar la noche. Sintió un chispazo de orgullo maternal y tuvo la esperanza de que su hijo por fin estuviera madurando.

Inmediatamente después se recordó que, aunque pareciera preparado para aceptar la responsabilidad, no serviría de nada, puesto que aquella no era su posada. Era de Jane. A menos que... ¿Debía apoyar a Patrick en su empeño por asumir la deuda? Tendría que pensar bien el asunto.

Por costumbre, volvió a la oficina... la oficina de Talbot durante muchos años. ¿Cuántas veces lo había buscado para pedirle su opinión sobre cientos de temas? Pero él no estaba allí para preguntarle. Quizá podría volver a la granja en busca de consejo.

Le asaltó un pensamiento. Hablando de Talbot... ¿dónde se suponía que

estaba su sustituto? Echó un vistazo al reloj y frunció el ceño. Colin llegaba tarde. Poco podía esperar de un McFarland.

El traqueteo de una diligencia la llevó de nuevo a la ventana. El correo de Devonport, apodado *Quicksilver*¹ por su notoria velocidad, apareció tan elegante y lustroso como recordaba. Las ruedas de color escarlata relucientes soportaban el carruaje rojo oscuro y negro, con la puerta de pasajeros estampada con el escudo real y «Devonport Londres» en letras doradas. En la parte trasera se encaramaba el guardia, con el correo protegido en el portaequipajes que tenía bajo los pies. Justo delante de él, como sabía Thora, se situaba el compartimento del trabuco Mortimer para ahuyentar a los asaltantes de caminos. Cuando el coche llegaba con estruendo a una parada, el guardia bajaba la saca de correos.

En la parte delantera del vehículo, el cochero del Correo Real le daba la espalda, conversando con los mozos mientras estos desenganchaban los fatigados caballos, de modo que lo único que veía era la oscura cabeza, el sombrero y el benjamín —un abrigo marrón con varias capas en los hombros para permitir que escurriera el agua—. Pero esas ropas eran las que solía llevar la mayoría de cocheros. ¿Era él? ¿O había cambiado la ruta en los meses transcurridos desde entonces?

El hombre dejó a un lado la fusta y se bajó. Pudo vislumbrar su rostro por debajo del sombrero de ala ancha.

Charlie Frazer.

Otra vez aquel sobresalto de expectación. Otra vez aquel reproche mudo. No había nada entre ellos, se recordó a sí misma. Él era un mujeriego, eso es todo. En su atractivo rostro siempre se dibujaba una sonrisa cada vez que la veía. Se quitaba el sombrero y se lo apretaba con dramatismo contra el corazón, soltaba alguna lisonja, como que su presencia le cortaba la respiración, y elogiaba su supuesta belleza con su discreto acento escocés. Ella sabía que posiblemente haría lo mismo con las demás patronas que se encontraba a lo largo de toda la ruta.

Y, claro, lo despachaba con un gesto y le decía que se callara y dejara de hacer el tonto, aunque en su interior le gustaba la atención que le prestaba. De vez en cuando exageraba y la avergonzaba frente a un huésped o su hijo mayor,

cuando vivía. Pero John siempre se reía al verla incómoda y le ofrecía una pinta a Charlie, disfrutando al comprobar que alguien osaba burlarse de su madre. El cochero era uno de los pocos hombres que no parecían intimidarse por la rudeza de Thora. Ella se había sorprendido al echarlo de menos mientras había estado fuera. No había pensado demasiado en mucha gente, pero había extrañado a Charlie, al igual que a Talbot, más de lo que había imaginado.

Colin McFarland pasó a toda prisa y corrió hasta el patio. Balbuceó una disculpa a Patrick antes de apresurarse a abrir la puerta del *Quicksilver*.

Thora puso los ojos en blanco.

Los pasajeros empezaron a bajar, adormecidos y estirándose. Ella observaba mientras Charlie ayudaba a los mozos a cambiar el tiro de caballos y luego rodeaba la diligencia, inspeccionando las ruedas y los resortes. El cochero de relevo, uno nuevo al que ella no conocía, salió de las caballerizas ajustándose el pañuelo del cuello mientras caminaba. El piso superior del edificio tenía habitaciones para los conductores, así como cuartos separados para los trabajadores de la posada: herrador, mozos y postillones.

Thora se apartó de la ventana. No estaría allí como una colegiala engreída esperando un cumplido por un vestido nuevo... Era hora de dejar de perder el tiempo y hacer algo útil.

Saludó a los pasajeros que llegaban y los acompañó hasta el comedor, donde Alwena y Cadi les servirían el desayuno que la señora Rooke y su pinche llevaban preparando desde las cinco. Después volvió al mostrador de recepción.

La puerta lateral se abrió quedamente. Al no oír que se cerrara, levantó la mirada y vio a Charlie Frazer de pie en el vano, mirándola.

—Cierra la puerta antes de que entren todos los insectos del condado. Cierra la boca mientras estás ahí —dijo Thora.

Él procedió despacio con la mirada fija en ella.

—Thora Bell... —murmuró—, mientras viva y respire...

Su voz profunda conservaba un débil acento escocés, aunque llevaba viviendo en Inglaterra la mayor parte de su vida.

—Hola, Charlie.

Era un hombre de hombros anchos y corpulento, de algo más de cincuenta años. Tenía la cara curtida, pero todavía era apuesto. Bajo el abrigo vestía una chalina, un chaleco a rayas y botines de jinete, un estilo que copiaban los caballeros deportistas en todas partes.

Se quitó el sombrero y dijo, escueto:

—Has vuelto.

—Como puedes ver.

No se hicieron cumplidos. Charlie se quitó los guantes.

—¿Por cuánto tiempo? ¿Es solo de visita o...?

Había hecho bien en reprocharse sus estúpidas expectativas. Probablemente se habría olvidado por completo de ella después de que se marchara.

—Aún tengo que decidirlo.

Él hizo una mueca como si la noticia no le gustara.

Thora arqueó el ceño.

—¿No te gusta verme?

—En absoluto. No... precisamente.

¿Qué significaba aquello?

—Me alegra ver que sigues conduciendo el *Quicksilver*.

—¿Sí?

—Sí. Hemos perdido unas cuantas líneas de diligencias ahora que han terminado la carretera. No me gustaría que pasara lo mismo con el Correo Real.

—No me he enterado de nada de eso... oficialmente.

La mujer vio que le evitaba la mirada; pero antes de que pudiera sonsacarle más información, Charlie cambió de tema.

—Y claro que sigo conduciendo. ¿Qué pensabas que estaría haciendo? ¿Que me había largado y me había hecho rico mientras no estabas? Sabes que no.

—Oh, vamos, Charlie. Nadie consigue tantas buenas propinas de sus pasajeros como tú.

—Tal vez antes sí. Pero ahora viajo con un nuevo guardia deslumbrante. Tocando su impresionante bocina y con su hermosa voz, se saca más propinas

que yo. —Charlie señaló por la ventana. El joven guardia del Correo Real con el uniforme rojo oficial instaba al cochero de relevo a darse prisa—. No es que le tenga envidia. Es el mejor guardia que he tenido desde el viejo Murphy. Escucharlo hace que el paso de las horas sea más agradable.

—Me alegro de que os llevéis bien. Es bueno tener un compañero valioso.

—Sí. Un buen compañero es fundamental en la vida. —La miró con la sonrisa torcida y en el pícaro destello de sus ojos Thora vio parte del viejo Charlie.

—Charlie... —le advirtió levemente ella, meneando la cabeza.

El cochero tomó aire y continuó:

—Es un gusto verte, Thora. No tengo nada en contra de la nueva hostelera, claro, pero no le llega ni a la suela de los zapatos a la anterior.

El halago le agradó, aunque intentó que no se le notara. Su padre había sido el último hombre en elogiar sus aptitudes, y las palabras la animaron y le calaron hasta los huesos.

—Entra y siéntate, Charlie. Te traeré algo de desayunar.

—¿Me acompañas?

Dudó. No le había parecido oportuno antes, cuando servía como ama de llaves de la posada. ¿Pero ahora?

—¿Por qué no? Podría comer algo.

Charlie abrió los ojos con sorpresa y placer.

—Dudo que pueda probar bocado con tanta belleza ante mis ojos.

—¡Venga, no digas bobadas! —atajó ella, con un palmetazo en su dirección.

El viejo Charlie Frazer había vuelto en buena forma.

En el patio, el guardia volvió a tocar la bocina. En el comedor, los agobiados pasajeros daban los últimos bocados a las tostadas o al huevo y se levantaban, saldando a toda prisa la cuenta. Momentos después, volvían a salir en tropel para reclamar su asiento dentro o en lo alto del *Quicksilver* antes de continuar su camino en dirección suroeste hacia Exeter, Devonport y lugares intermedios.

Cuando el bullicio cesó y la puerta se cerró tras el último pasajero, Charlie le indicó a Thora con un gesto que lo acompañara hasta la cafetería, donde por

lo general comían el personal, los cocheros y los guardias, separados de los pasajeros.

—Después de ti.

Se sentaron juntos en una pequeña mesa y Thora llamó con la mano a Alwena. Con una mirada de curiosidad a ambos, la discreta criada se acercó a tomarles nota.

—Café para el señor Frazer y té para mí, por favor, Alwena. ¿Quieres el desayuno completo de la señora Rooke, Charlie?

—Por supuesto. —Él se dio unas palmaditas en el estómago, quizá más abultado que en otro tiempo.

—Huevos y tostada para mí —añadió la mujer.

Alwena sirvió café y té y fue a entregar la comanda en la cocina.

Cuando Thora miró a Charlie, se lo encontró observándola muy de cerca.

Él meneó la cabeza.

—Sigo sin creerme que la más bella de Bell Inn haya vuelto. ¿O debería decir, el ángel de la posada del Ángel...?

—Tampoco. No he sido la más bella de nada en años. Y «nunca» he sido un ángel.

—Subestimas tus encantos.

—Y tú sobreestimas los tuyos.

—Veo que sigues teniendo la lengua tan afilada como siempre. —Sonrió—. Esto no ha sido lo mismo sin ti.

—Eso veo a dondequiera que mire. Por eso estoy aquí.

—¿Para poner el lugar en orden y luego volver a casa de tu hermana?

Thora ladeó la cabeza.

—¿Tanta prisa tienes por librarte de mí?

—En absoluto. Es solo que... Creía que pensabas quedarte en Bath.

—Así es, pero las cosas cambian. ¿Nunca has deseado cambiar? ¿O has pensado en lo que podrías hacer un día cuando te retires?

—¿Retirarme? No soy tan mayor, te lo aseguro, por muy deteriorada que tenga la cara después de años a la intemperie. Aún estoy fuerte y joven aquí.

—Se llevó la mano al pecho—. Que es lo que cuenta.

—Sí, muy joven —dijo ella secamente.

—¿Dudas de mi plenitud, Thora? Por ahí no me vas a hacer daño. No veo ningún motivo para ir por ahí como un vejestorio. Preferiría disfrutar de la vida.

Charlie dio un sorbo al café, luego echó la cabeza a un lado para observarla mejor y continuó:

—De todas formas, llevo un tiempo pensando hacer un cambio. Una ruta diferente, tal vez.

—Vaya, ¿y eso por qué?

—Un cambio de escenario. Nuevos entornos... igual que tú, imagino, cuando te fuiste de Ivy Hill. —Clavó los ojos en ella, que apartó la vista dando un largo sorbo al té, cohibida por su mirada.

—Deja de mirarme así, Charlie. Sé que estás estudiando cada una de mis arrugas como una nueva ruta.

—En absoluto, Thora. Siempre has sido una mujer preciosa. Y siempre lo serás. Dios te bendijo con la belleza y una mente sagaz.

—Bendecida es lo último que me siento —resolló.

Dios le había arrebatado a su marido y a su hijo. John le había dejado la posada a su refinada mujer, a quien no le importaba un comino el negocio. Y ella se quedó sin nada. Ni una casa propia. Ni seguridad.

Él observó su rostro.

—Has perdido más de lo que te tocaba, Thora, lo sé. ¿Pero de veras es tan mala la vida?

Sus miradas se encontraron.

—No eres mujer, Charlie. No puedes entenderlo.

¹ N. del Trad.: *Quicksilver* es un término arcaico en inglés para referirse al mercurio.



CAPÍTULO

8

El sábado por la tarde, Jane llenaba los bidones de agua en el surtidor cercano al potrero. Vio dos gatos al lado del establo —uno gris con rayas negras y el otro atigrado y anaranjado— acurrucados bajo el sol. Se acercó un paso, pero cuando la vieron, dieron un brinco y desaparecieron a través de un agujero en el enlucido. John no toleraba a aquellas criaturas indómitas e inquietas, pero a ella le parecía que sería agradable tener uno como mascota.

Cuando llenó los cubos, los llevó hasta la parte delantera de la posada. Mientras estaba allí, regando las macetas que flanqueaban la puerta, le llamó la atención un alegre jaleo que procedía de dentro. Walter Talbot estaba en el vestíbulo, rodeado de risueños mozos y alegres criadas que lo abrumaban con preguntas y saludos. Había sorprendido a todos apareciendo por la tarde, trayéndole a la señora Rooke espárragos recogidos de sus propias tierras. No había vuelto a la posada desde que dejó su trabajo, tal vez para evitar la sospecha de que estaba controlando a su sucesor, o porque estaba demasiado ocupado en la granja y cuidando a su cuñada enferma.

Al ver a Jane detenida en el umbral, Talbot la saludó respetuosamente con la cabeza.

—He pensado que podría hablar con Colin y responder las dudas que le hayan surgido desde que me fui. Solo si no le importa. —Miró al joven—. Y solo si crees que sería de ayuda, hijo —añadió con delicadeza, evitando sugerir que el joven hubiese fracasado.

Jane lo admiró por su tacto.

—No me importa en absoluto, señor Talbot —intervino la mujer—. Es muy amable por su parte.

Colin insistió:

—Eso sería de gran ayuda, señor. Le estaría muy agradecido.

—Un placer. En cuanto dejes de hablarme de usted y me llames Talbot, como todos los demás.

—A la orden... mmm... señor Talbot.

Los demás se despidieron y volvieron a sus puestos. Pero Jane se quedó.

Talbot retomó la conversación:

—Bueno, ¿en qué puedo ayudarlos?

Ella observó que el antiguo encargado tenía la mirada perdida en la puerta abierta del despacho, la pila del escritorio y la mesa vacía que había dentro. Thora había ido al mercado. No sabía dónde estaba Patrick.

Colin siguió la mirada de su antecesor, pero después se fijó en la escalera, preguntándole cuál era la mejor manera de recibir a los huéspedes y llevarlos hasta sus habitaciones.

—Una pregunta excelente —respondió Talbot—. Es importante causar una buena primera impresión.

—¿Os importaría si voy? —propuso Jane—. Me gustaría aprender también.

El señor Talbot la animó con una sonrisa.

—Por supuesto que puedes acompañarnos.

Empezaron por el mostrador de recepción: un pequeño rincón adyacente a la oficina que también servía como escritorio para reservar diligencias.

Explicó cómo habían trabajado él, Frank y Thora, pero matizó amablemente:

—Solo puedo mostrar cómo solíamos hacer las cosas, pero si la señora Bell ha solicitado algún cambio, sin duda sus instrucciones tienen prioridad.

Jane le aseguró que no.

Después de detallar el proceder con el libro de registro, la asignación de las habitaciones y las llaves, y los servicios añadidos que ofrecer —baño de agua caliente, periódicos, café, té y chocolate servido en la habitación, entre otros—, junto con las tarifas, eligió dos llaves y se dirigió en cabeza al piso de arriba. La subida, explicó, era una buena oportunidad para dar el horario de

las comidas y preguntar si el huésped necesitaba recurrir a la lavandería o que le limpiaran las botas. Luego abrió la puerta a una de las estancias más grandes de la posada, con una salita anexa, y señaló las características a destacar; después hizo lo mismo en un cuarto más modesto.

Jane casi nunca ponía un pie en las habitaciones de los huéspedes y se sorprendió al ver una figurita angelical en el frontón que había sobre cada puerta.

—No los había visto nunca. ¿Hay un ángel en cada habitación?

Talbot miró la talla en cuestión.

—Sí. La he visto tan a menudo a lo largo de los años que ya casi ni las noto. La estatua del ángel del tejado tampoco.

—Ah, es verdad —recordó Jane, que la había descubierto de niña, hacía años.

—Yo también me he estado preguntando por eso —añadió Colin.

—¿No lo sabéis? —Talbot miró a uno y a otro—. Supongo que sois muy jóvenes para recordarlo. Bell Inn antes se llamaba la posada del Ángel.

—¿Por eso...? —murmuró Colin, con los ojos perdidos en sus pensamientos.

Jane había oído aquella historia en algún momento, pero había pensado poco en ella en su momento.

—¿Cuánto hace de eso?

Talbot apretó los labios, pensativo.

—Ya hace más de treinta años. Se llamó posada del Ángel hasta que Thora se casó con Frank Bell.

—Ah... —Jane pensó que debía haberlo imaginado—. ¿El cambio de nombre fue idea de ella o de él?

—Creo... que eso tendrás que preguntárselo a Thora. Entonces yo solo era un empleado novato, como Colin ahora. —Le dio una palmada amigable al muchacho en el hombro.

Terminó el circuito y las instrucciones y volvieron a bajar a la oficina con la intención de revisar también la rutina de salida y de pagos. Thora y Patrick estaban en la puerta de la oficina cuando los tres bajaron las escaleras juntos.

La mujer miró a su antiguo colaborador y después a sus acompañantes.

—Hola, Talbot.

—Thora, ¿cómo estás? —Saludó con la cabeza al hijo—. Patrick...

—Hola, Talbot, viejo amigo —contestó Patrick—. ¿Qué estás haciendo aquí? Pensaba que te habías sacudido el polvo de este lugar de los zapatos... ¿o debería decir de las botas de trabajo?

—Solo me pasaba para ver cómo le iban las cosas a Colin por aquí.

El joven Bell levantó las cejas.

—Un poco tarde para eso, ¿no?

—Tonterías, Patrick —sentenció la madre—. Nunca es demasiado tarde para aprender. —Le dirigió una mirada a su nuera—. ¿Verdad, Jane?

La aludida sintió que le ardía el cuello.

—Claro que no.

Tal vez al notar la tensión familiar, Walter Talbot recuperó el sombrero de la percha que había junto a la puerta.

—Bueno, será mejor que me vaya a casa. Volveré a pasar cuando tenga oportunidad... para ver si te han surgido más preguntas.

—Gracias, señor —aceptó el chico.

Jane repitió el agradecimiento y Thora añadió:

—Te acompañaré a la puerta.

Salieron por el lateral y Colin también se despidió.

Patrick se cruzó de brazos y se reclinó en el mostrador.

—Me alegra verte en la posada, Jane. Le aportas cierta elegancia a este viejo lugar. De hecho, ¿por qué no te quedas a cenar con mi madre y conmigo?

—No... no podría. No voy vestida adecuadamente. Cielo santo, me he olvidado de que todavía llevo el delantal del jardín.

—No importa. Aquí somos muy campechanos. Cámbiate si quieres, pero por favor únete a nosotros para cenar en familia. Ha pasado mucho tiempo.

Nunca había sentido un vínculo familiar entre ella, su cuñado y su suegra.

—No sé si tu madre querría...

—¿Qué es lo que no querría? —preguntó Thora, que entraba de nuevo.

—Le estaba pidiendo a Jane que cenara con nosotros. ¿No tendría nada que objetar a eso, verdad, madre?

—Por supuesto que no. Tenemos mucho de qué hablar.

Jane volvió a la cabaña a quitarse el delantal, lavarse la cara y las manos y arreglarse el pelo. No llamó a Cadi para que la ayudara a cambiarse de vestido... no con el ajetreo de la cena... y menos estando su suegra esperando. Sí añadió un *fichu*² de encaje negro en el cuello del vestido de día, abrochándolo con un camafeo de dijes y aljófares que tenía desde que murió su madre.

Incomprensiblemente nerviosa, se unió a Thora y a Patrick en la cafetería, donde ya habían arreglado una mesa para los tres. Patrick se levantó y le retiró la silla, y a continuación volvió a su asiento junto a su madre. Mientras se pasaban la cesta del pan, la señora Bell trató enseguida de llevar la conversación al asunto del préstamo, pero su hijo le dio largas con dulzura:

—Esta noche no, madre. Por esta noche, disfrutemos simplemente de la compañía. Tal vez recordemos viejos tiempos.

Thora resopló y metió la cuchara en la sopa sin hacer ruido. Jane hizo lo mismo. Y así dio comienzo la extraña y tensa cena.

Sin inmutarse, Patrick se mostró encantador, sacando poco a poco a su madre de su hosco silencio al recordar historias de la niñez con su hermano.

—John nació para los negocios. ¿Sabéis una cosa? Cuando tenía menos de diez años, empezó a sacarle seis peniques a las mujeres que se alojaban en la posada por ver si había ratones en sus habitaciones.

—¡No es verdad! —protestó Thora. Pero la nuera vio indulgencia en su media sonrisa. Él prosiguió el relato:

—Y, Jane, me imagino que tu marido nunca te confesó la vez que espiamos a una glamurosa actriz que se hospedó aquí.

Ella negó con la cabeza, sintiéndose un poco incómoda y con la esperanza de que la historia no fuera inapropiada.

»Había un agujero en la pared entre el cuarto de las sábanas y la número seis. John y yo nos encerrábamos en el cuartillo con la intención de ver por el agujero a la hermosa señorita Lacey mientras se bañaba.

—Ay, no... —musitó Jane.

—Veíamos un tobillo bien formado cuando de repente un ojo lleno de arrugas se pegó al agujero y una voz dijo: «Y este es el final del espectáculo, muchachos. Ahora, acostaos antes de que llame a vuestra madre». Bueno,

aquello nos dio un susto de muerte, como os podéis imaginar. —Hizo un guiño a su progenitora.

Ella frunció el ceño y meneó la cabeza, aunque con un ligero destello de humor en sus ojos.

»A la semana siguiente volví a la escena del crimen, lo confieso, y me encontré el agujero tapado. Como usted nunca nos dio un guantazo, madre, supongo que la señorita Lacey se lo dijo discretamente a Talbot y él tapó el hueco sin divulgar nuestro secreto.

—Más bien vuestro padre se rio de aquello como una travesura inofensiva de niños. Pero Talbot no la hubiera dejado pasar sin regañaros. Estaba orgulloso de que la posada del Ángel fuera un lugar seguro para viajeros. Libre de salteadores de caminos, ladrones o —añadió con guasa— los niños lascivos.

El desliz de Thora le recordó a Jane lo que le había oído decir a Talbot.

—Hoy he visto las tallas de los ángeles en las habitaciones de los huéspedes. Se me había olvidado que se llamaba la posada del Ángel.

—A ti y a todo el mundo.

—No se olvide, madre —precisó Patrick—. Lleva siendo Bell Inn desde antes de que John y yo naciéramos.

—Es cierto —respondió cortante—. ¿Me pasas el salero, por favor? Parece que la señora Rooke se ha olvidado de sazonar la carne otra vez.

Observó el rostro de su suegra con interés. Parecía tranquila, pero ¿esa mandíbula apretada...? ¿La agudeza de su voz...?

Escogió las palabras con cuidado:

—Debió de llevar tiempo acostumbrarse al cambio de nombre. A todo el mundo.

Patrick asintió:

—El letrero de Bell Inn lleva colgando ahí fuera toda mi vida, pero a veces algún anciano se refiere al lugar, o a madre, como el Ángel.

—Calla.

—¿Sus padres la llamaron así? —preguntó Jane.

—Mis bisabuelos —respondió, negando con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué cambiarlo?

A la mujer se le encendieron los ojos y se mordió los labios.

Su nuera deseó haberse mordido la lengua.

—Lo siento. Si es un tema sensible, no es asunto mío.

—No tienes por qué pedir disculpas —replicó Thora—. Todo lo relacionado con la posada ahora es asunto tuyo.

Jane intentó encontrar su mirada, pero la mujer agachó la cabeza para cortar la carne.

—Supongo que era natural que quisiera darle su toque personal cuando usted y padre se hicieron cargo después de que se jubilaran los abuelos —intervino Patrick.

—Bell es un nombre bonito y tradicional para una posada —agregó Jane amablemente—. Y teniendo en cuenta que era el apellido de Frank, imagino que fue una elección obvia.

—Sí, bastante obvia —masculló Thora con aire burlón, pero no se extendió en su respuesta—. Venga, acabemos la comida antes de que se enfríe todo.



Después de cenar, Thora se excusó con bastante brusquedad, pensó Jane, mientras que ella y Patrick se entretenían con el café. Fuera sonó una bocina que la sobresaltó.

Su cuñado miró el reloj de bolsillo.

—Esa será la de Southampton a Bristol. Yo me encargaré. Tú quédate y termínate el café.

Se levantó, dobló la servilleta y ella se lo agradeció con una sonrisa.

Mientras salía de la sala, llamó al porteador:

—¡Colin, ven! Prepara sidra, y hazlo rápido.

Las puertas se abrieron y se cerraron. Las ruedas del carruaje crujían sobre los cascajos del patio. Retumbaban voces y un cochero arisco les pedía ayuda a los mozos para que se hicieran cargo de sus caballos.

Jane se terminó el café y luego regresó a la oficina, haciendo una pausa para mirar por la ventana.

Su cuñado estaba fuera hablando con el cochero de la diligencia que acababa de llegar, mientras Colin el joven empleado ofrecía un vaso de sidra a los pasajeros, puesto que esta diligencia en particular no se detenía el tiempo suficiente como para comer. Algunos se bajaron para estirar las piernas o apresurarse hasta la letrina, o se agachaban desde el carruaje para aceptar un vaso. El guardia le pasó una maleta al único viajero que desembarcaba.

El señor Bell saludó al hombre, pero se quedó fuera, y Colin estaba ocupado aceptando monedas a cambio del refrigerio, así que la mujer se metió tras el mostrador de recepción para recibir al recién llegado. Esperaba recordar las instrucciones que le había dado Talbot.

—Buenas noches, señor. ¿En qué puedo ayudarle?

El caballero, de estatura media y porte seguro, dejó la maleta en el suelo.

—Quisiera una habitación para unos días, si es tan amable.

Aquello despertó su interés. La mayoría de los huéspedes se quedaban una sola noche de camino a algún sitio. Pero con tantas habitaciones vacías, no iba a quejarse.

—Le doy la bienvenida —dijo, esperando no sonar demasiado ansiosa. Abrió el libro de registro y le acercó el tintero y la pluma al cliente.

El hombre tomó la pluma con las manos limpias y bien cuidadas y se dobló sobre el registro para dejar su garabato. Ella aprovechó para examinarlo. Rondaba los treinta y cinco años y era apuesto, de pelo y patillas castaños. Vestía con la ropa elegante de un caballero pero sin aspecto de dandi. La corbata no tenía un aire ostentoso. No llevaba joyas, monóculo ni bastón. Tenía un buen aspecto y rasgos armónicos: nariz recta, labio inferior definido y unas arrugas verticales que le enmarcaban la boca.

Alzó la vista y la encontró observándolo. Esbozó una sonrisa cómplice y el gesto risueño que hizo destacaba sus ojos verdes.

Jane apartó la mirada rápidamente, fingiendo buscar una habitación disponible y seleccionando la llave en un cajón. Luego acercó hacia sí el registro, lista para añadir el número de habitación en la columna indicada.

—¿Y cuántas noches se quedará con nosotros?

—¿Puedo decírselo más tarde? No estoy seguro de cuánto estaré.

—Por supuesto. Avíseme cuando se decida. Le daré la número siete, señor... —Echó un vistazo al registro y se inclinó para ver más de cerca. No conseguía entender el nombre. James D... algo.

—Mis amigos me llaman JD.

Lo miró de cerca, reprimiendo una respuesta. Recordó que ya no era una joven noble a la espera de una presentación adecuada.

—Bien, señor «JD» —respondió, sin ocultar del todo la reprobación de su voz—. Espero que esté cómodo con nosotros.

—Gracias. ¿Y usted es...?

—La señora Bell.

—Ajá. La misma posadera.

—Ese era el apellido de mi marido —negó automáticamente, con recato.

—¿Eh? Creía haber leído que la señora Bell era la propietaria de esta posada.

¿Dónde había leído aquello?

—Bueno, supongo que lo soy, oficialmente. Aunque es un negocio familiar.

—Ah... —asintió él, mirando por la ventana en dirección a Patrick—. Apenas he hablado con el señor Bell cuando he llegado, pero...

—Mi cuñado —aclaró—. Mi marido murió el año pasado.

—Ya veo. —Recorrió el vestido negro con la mirada—. Lo siento.

—Gracias. —Jane rodeó el mostrador deseando que Colin estuviera allí para atender al hombre.

—Bueno, por aquí. Tenga cuidado con la cabeza —añadió la mujer, que pasó por el arco y subió las escaleras—. ¿Tiene amigos o familia en Ivy Hill?

—Estoy aquí por negocios. —Su tono de voz era educado pero no invitaba a más preguntas.

—Vaya.

—Bueno...

Al no extenderse en la respuesta, Jane decidió que sería grosero seguir indagando.

—Tenga cuidado con este escalón —avisó ella—. Hay que repararlo. Y la barandilla está un poco floja aquí. Por favor, no se apoye.

Al llegar al descansillo, se percató de que el papel estampado se estaba

despegando de la pared y una enorme telaraña cubría el candelabro que tenían encima. No se había dado cuenta antes. Pero de repente, con aquel elegante caballero a sus espaldas, cualquier rastro de suciedad o grieta en la pared parecían un grito de abandono. También se sintió incómoda preguntándose si tendría las posaderas a la altura del hombre mientras subía las escaleras. Esperaba que no estuviera mirando. Tendría que haber propuesto que fuera él delante.

Llegó a la habitación número siete e introdujo la llave, desconcertada al ver que le temblaba la mano. Qué estúpida. La puerta no cedía.

—Un poco dura, me temo.

—Permítame.

Jane se apartó y él le dio un empujón con el hombro en condiciones y la puerta se abrió de par en par.

—Después de usted —insistió Jane.

Dentro, señaló la palangana y las toallas, indicó el lugar del baño de fuera, repitió los horarios de las comidas y ofreció los servicios complementarios:

—Le pediré a Alwena que traiga agua caliente. Si necesita lavar alguna prenda, ella se la llevará a la lavandería. Con cualquier otra cosa que necesite mientras está aquí, avísenos.

—No tenga duda, señora Bell.

—El suelo se inclina un poco; por favor, tenga cuidado con los escalones —añadió Jane, que sabía que tenía que irse pero se estaba entreteniéndolo.

—No está tan mal —respondió él afablemente—. ¿Cuándo construyeron la posada?

—No lo sé exactamente, pero tiene más de cien años. —Dejó escapar una risita avergonzada—. Y probablemente los aparente.

—No sé... —murmuró él—. No está en el primer rubor de la juventud, se lo garantizo. Pero tiene buenos huesos. Sigue siendo bonita.

Jane echó un vistazo y se quedó desconcertada al ver que el hombre posaba la mirada en ella. ¿Seguro que no se refería a...? Tragó saliva y alcanzó la portezuela, volviendo por la antesala.

—Debería dejarle para que se ponga cómodo. Disfrute de su estancia.

Él sonrió y las arrugas de las mejillas se le acentuaron.

—Creo que eso haré.

2 N. del Trad.: Un *fichu* es un pañuelo o chal grande y cuadrado o rectangular que llevaban las mujeres para rellenar el escote debajo de un corpiño y cubrirse los hombros y el cuello. Se comenzó a usar en el Reino Unido en el siglo XVIII y fue muy popular allí y en Francia hasta el siglo XIX con muchas variaciones.



CAPÍTULO

9

Aquella mañana de domingo, las bancadas de St. Anne estaban ocupadas por la mayoría de los feligreses habituales, aunque Jane observó que faltaba una persona en particular. Ella y Thora se sentaron juntas cerca de la mitad de la nave y vestían de riguroso luto. Patrick se había ofrecido a quedarse en la posada y ocuparse de todo. Lo dejaron en la cafetería, repantigado con una taza de té recién hecho y los periódicos de Londres.

En la fila de delante se sentaban *sir* Timothy, su hermana Justina y la madre, *lady* Brockwell. Al otro lado del pasillo estaba el cajón³ donde solía sentarse Rachel sola durante los meses en los que la enfermedad del padre lo retenía en casa. Pero hoy, el banco de los Ashford estaba vacío. Dos filas por detrás se sentaban la señorita Grove y sus alumnas. Aunque no poseían título, la familia Grove gozaba de aprecio y respeto por ser una de las fundadoras del pueblo.

De niña, Jane había ido a la iglesia con sus padres en el vecino Wishford, puesto que la casa Fairmont se adentraba unas millas en el campo, a medio camino entre esa localidad e Ivy Hill. Y aquello le vino muy bien, había pensado con frecuencia. Porque en Wishford, su familia disfrutaba de una posición de honor entre la alta burguesía. Qué raro habría sido tener que dejar su prominente asiento y retrasarse varias filas después de casarse con John Bell.

Volvió a mirar hacia el banco de la familia Brockwell. Desde donde estaba sentada podía ver parte del perfil de *sir* Timothy. Le vio unas cuantas canas más en las patillas y en el cogote. Solo tenía treinta años, pero recordaba que

su padre tenía todo el pelo canoso cuando cumplió los cuarenta. Se preguntaba por qué el pelo blanco en los hombres quedaba bonito, mientras que en la mayoría de mujeres solo era un signo revelador de madurez. No era justo, pensó divagando, que los hombres se volvieran más distinguidos, mientras que las mujeres solo envejecían. Se preguntaba si Timothy la miraba alguna vez sorprendido al ver que su amiga de la infancia ya era viuda —y no de las jóvenes—. Casi no podía creer que estuviera acercándose a los treinta.

Aquella mañana el señor Paley estaba dispuesto a mostrar lo que valía, enérgico en el sermón y ferviente en sus oraciones. Al final, condujo a la congregación hasta el último himno, mientras que el señor Erickson tocaba el órgano, apartado y fuera de la vista en la parte trasera de la nave. El órgano era una reciente incorporación a St. Anne de la que todos estaban enormemente orgullosos.

Después de concluir el servicio, Jane esperó hasta que el señor Paley, su familia y los ocupantes de las bancadas delanteras salieran por el pasillo antes de hacer lo mismo.

—Voy a hablar con Mercy —le susurró a Thora, que estaba aguantando estoicamente los saludos y las preguntas curiosas de varias mujeres que se acababan de enterar de su regreso.

Por delante de Jane, las señoritas Grove conducían a la media docena de niñas a su cargo por el vestíbulo y el porche de entrada. Un coro de obedientes «Gracias, reverendo» y «Que tenga un buen día, señor Paley» anunciaba su salida.

Jane esperó turno para darle las gracias al vicario, luego se apresuró a alcanzar a Mercy, que ya caminaba por el sendero del camposanto.

—Hola, Mercy. —Aceleró el paso para mantener el ritmo de su amiga, que era más alta. Luego se dio la vuelta para sonreír a la joven alumna que iba de la mano de Mercy—. Hola, Alice.

La niña agachó la cabeza con timidez.

Mercy sonrió a Jane.

—Me ha gustado volver a ver a Thora en la iglesia. Pero me ha extrañado no ver a Rachel en su asiento de siempre.

—Sí. El otro día me la encontré en la calle High. Me dijo que el padre se

había puesto mucho peor.

Mercy suspiró.

—Lamento oír eso. Tendré que hacerles otra visita. Podríamos ir juntas, si quieres.

—Oh, está bien. Pero tú ve por tu cuenta. No creo que mi presencia sea un consuelo.

—¿Estás segura? En otro tiempo estabais muy unidas.

—Estoy segura.

Cerca de allí, Matilda Grove saludaba a la modista, la señora Shabner, que tenía casi su edad. Las dos mujeres charlaban divertidas con los brazos enlazados mientras subían la calle Church. Las estudiantes se adelantaron. La joven Alice, sin embargo, permaneció al lado de Mercy, aferrada a su mano.

—¡Niñas, más despacio! —gritó la profesora—. Después de todo, es domingo. Y no queremos otra reprimenda de *lady* Brockwell —añadió en voz baja.

Al llegar al cruce con Potters Lane, las alumnas se apiñaron contra el escaparate de la panadería, señalando y gritando por los tesoros que había dentro. Las dos mujeres las alcanzaron. Por el cristal, Jane vio panes, galletas heladas y una tarta de tres pisos decorada con ribetes glaseados y flores de azúcar.

—Niñas, no peguéis la nariz contra el cristal o la señora Craddock tendrá que limpiarlo por la mañana. —Al ver que no se apartaban, repitió en voz baja:

—Niñas, vámonos. Antes de que la tía Matty nos vea y se le meta otra vez en la cabeza ponerse a hornear...

Demasiado tarde. Matilda Grove se disculpó, dejó a la modista y corrió para unirse a las niñas en el escaparate de la panadería.

—¡Oooh! Mirad esas flores de azúcar. Todos los colores de la primavera. Me pregunto cómo pintan el azúcar así. Bueno, niñas, ¡elegid algo que os llame la atención e intentaré crearlo en nuestra propia cocina! ¿Qué decís?

Las mayores intercambiaron miradas cómplices, mientras que las más pequeñas se sorprendieron y señalaron el pastel de tres pisos.

—¡Parece que la tarta!

La sobrina suspiró.

—Pobre Mercy —se burló su amiga.

—¡Vamos a casa por el camino más largo, chicas! —La maestra las llamó y luego se volvió hacia Jane—. ¿Paseas con nosotras? Hace un día muy bonito. Y los jardines de Brockwell Court ya deben de estar maravillosos. A las niñas les vendrá bien el ejercicio y a mí el aire.

—A mí también, ahora que lo pienso, después de una misa tan larga.

Así que en vez de continuar por la calle Church, subieron por la estrecha Steeple Lane, pasaron varias casitas y cruzaron el puente de Packhorse sobre el arroyo de Pudding. No tardaron en caminar por una verde ladera salpicada de ovejas y algunas vacas, con una granja y un granero en la distancia.

Al ver cuatro corderos que saltaban y retozaban, las chicas corrieron hacia las adorables y ágiles criaturas. Matilda Grove las siguió, corriendo tras las ovejas como una niña más. Jane y Mercy se miraron perplejas y empezaron a reírse a carcajadas.

Luego Mercy se giró hacia la pequeña que aún le sujetaba la mano.

—Ve, Alice. Ve a ver las ovejas.

Le dio un empujoncito y después de mirar con seguridad a Mercy por encima del hombro, la niña corrió a unirse a las demás.

—Está muy apegada a ti —observó Jane.

—Sí —respondió su amiga con un suspiro, entre pensativa y preocupada.

—¿No tiene familia?

—No... familia cercana no. La madre murió hace unos meses —vaciló.

—¡Qué pena! ¿Y el padre?

—Se fue hace muchos años, tengo entendido. Un marino mercante que murió en el mar.

—¿Entonces quién le paga las tasas del colegio, el alojamiento y la comida?

Se mordió el labio y no respondió.

—Mercy... —la amonestó Jane—. No tengo mucha experiencia, pero hasta yo sé que esa no es la manera de llevar un negocio.

—Creo que todos los niños, chicos o chicas, deberían recibir educación, independientemente de la familia o de las circunstancias económicas —alegó,

mientras bajaba la cabeza.

—Es muy noble. ¿Pero puedes permitirte?

Se encogió de hombros.

—La mayoría de mis alumnas tienen familiares que les pagan las tasas. Pero me conmueven las que no tienen casa. Cuando visité por última vez a mis padres en Londres y vi a todos aquellos niños callejeros... Ojalá pudiera meterlos en un carro y traerlos aquí.

—No puedes rescatarlos a todos.

—Imagino que no.

Llegaron a Brockwell Court y pasearon por el camino de herraduras admirando los jardines de la finca, las casas de tejo y la poda artística. El terreno había cambiado poco desde aquellos viejos tiempos en los que Jane era una invitada frecuente.

—¿Por qué no vienes casa a cenar? —propuso Mercy—. La señora Timmons hizo un asado el domingo y la tía Matty cocinó más de sus... mmm... galletas «especiales».

Jane sonrió.

—Aunque suena muy tentador, no, gracias. —Estiró la tela gruesa y cálida del vestido—. Creo que debería volver a mi cabañita, quitarme este luto triste y dormir una siesta de domingo por la tarde a solas.

Su acompañante la miró y luego dijo con cariño:

—No te sientas tan mal contigo misma. Recuerda que «tuviste» marido... un hombre que te amó y cortejó. Más de un hombre te pretendió, si mal no recuerdo.

Jane se estremeció.

—Lo siento, Mercy. He sido muy desconsiderada. Pero al menos tienes a tus niñas.

—No son más. En realidad no. —Miró a lo lejos—. Ninguna me llamará jamás madre.

Extendió la mano y apretó los largos dedos de Mercy. Con voz ronca, susurró:

—Tenemos eso en común.

3 N. del Trad.: Tipo de banco cerrado usado en Inglaterra y en otros países protestantes desde el siglo XVI hasta principios del XIX.



CAPÍTULO

10

A la mañana siguiente, Jane puso un platillo de arenque que había sobrado del desayuno en su puerta con la esperanza de atraer a uno de los gatos del establo. Esperó y, tras varios minutos, el atigrado gris y negro se acercó escabulléndose con desconfianza desde el patio. Iba más despacio a medida que se aproximaba, vacilante al verla.

Jane se inclinó.

—No pasa nada. No voy a hacerte daño.

El animal olfateó y, al no poder resistirse al olor a pescado, se deslizó hasta el escalón. Mientras empezaba a mordisquear el arenque, ella se acercó poco a poco para intentar acariciarlo, pero el gato volvió a toda prisa por el arco hasta la seguridad de las caballerizas.

Se irguió suspirando. «Ay, bueno. Ha sido un comienzo».

Tras recoger los dos floreros que había arreglado antes, cruzó el patio con ellos camino de la posada para ver si podía ser de ayuda. Sentía curiosidad por ver si se encontraba al hombre llamado JD. Tras poner uno de los jarrones en la mesa del vestíbulo y el otro en el escritorio, echó un vistazo al comedor y lo vio sentado a una mesita de un rincón, apartado de los pasajeros de la diligencia que acababa de llegar. El guardia entró para avisar de que quedaban diez minutos para reemprender el viaje. En el comedor, los pasajeros refunfuñaron. Uno intentó agarrar a Alwena por el brazo para que le sirviera mientras esta iba de un lado para otro con la tetera.

Jane observó las mesas. Hasta ese momento solo habían servido pan y

mantequilla. La breve escala en el camino terminaba y los pasajeros empezaban a impacientarse.

Jane respiró hondo para armarse de valor mientras avanzaba por el pasillo y se detuvo ante la puerta de la cocina. Dentro, la cocinera estaba en su tiempo libre, bebiendo té en la encimera.

—Señora Rooke, los pasajeros tienen que salir en unos minutos y aún no se les ha servido. ¿A qué se debe este retraso?

—Solo me estoy asegurando de que la sopa está bastante caliente.

Cruzó el umbral para mirar en la olla abierta, sorprendida al ver que el contenido echaba humo y borboteaba.

—Esto está más que caliente.

—Eso es discutible. Thora Bell siempre insistía en servirla bien caliente.

—¿Demasiado para comérsela? —cuestionó.

—Exactamente.

Se asombró al entender el mensaje. ¡El retraso era intencionado! En ese momento, Thora pasó por la puerta de la cocina y se paró en seco ante la presencia de su nuera.

Al verla, Jane señaló la olla exasperada.

—¡Thora! ¿Usted está de acuerdo con esto?

—Lamento que tu delicada sensibilidad se ofenda —respondió fríamente—. Así es como lo hemos hecho siempre; así se hacen las cosas en la mayoría de las posadas. Y con los problemas financieros que hay, deberías darle las gracias a la señora Rooke en vez de quedarte ahí como la viva imagen de la indignación moral.

Alwena entró, ayudó a la señora Rooke a servir cuencos de humeante sopa y los colocó en una bandeja.

Dirigiendo la mirada a Jane, la cocinera le indicó a la criada:

—Toma, Alwena. Sirve estos.

Siguió a la sirvienta hasta el comedor. La tensión disminuyó cuando se colocó un cuenco ante cada cliente hambriento.

—Esta sopa está demasiado caliente —se quejó inmediatamente una mujer.

—Dentro de poco se enfriará —suavizó Jane con una sonrisa.

—Tenemos que partir de inmediato. Será mejor que nos traigan el resto de

la comida ya —protestó un caballero, tras consultar su reloj de bolsillo.

—Veré lo que puedo hacer —respondió ella, tragando saliva.

El guardia dio otro aviso:

—Pasajeros de South Way. Hora de tomar asiento. La diligencia sale en cinco minutos.

La gente volvió a refunfuñar. Algunos intentaron tomarse la sopa, soplando y sorbiendo entre muecas.

Al final, Alwena trajo la carne con patatas, pero el guardia dio el último aviso desde la calle. Los pasajeros se levantaron, hurgaron en busca de chelines para pagar la cuenta, murmuraron sobre el servicio tan deficiente y salieron a toda prisa, marchándose, sin duda, con casi tanta hambre como llegaron.

Cuando el comedor se vació, Alwena fue por las mesas recogiendo los cuencos de sopa, que apenas habían tocado. Jane supuso que se volvería a verter en la olla.

Observó que JD seguía sentado en la mesa del rincón a solas, mirándola. Removía lenta y pacientemente la sopa.

Esperó hasta que Alwena dejó la sala con la bandeja y se dirigió a ella:

—Ese es el truco más antiguo, ¿lo sabe?

—¿Cuál es? —dijo a la defensiva, avergonzada como dueña del establecimiento.

Los ojos de JD se iluminaron.

—Oh, venga, lo sabe muy bien. Los pasajeros tienen un tiempo limitado. Los empleados de las posadas les toman nota y les cobran, luego sirven sopa hirviendo, demasiado caliente como para tomársela, y no llevan el resto de la comida hasta que el guardia toca la bocina. Después aprovechan la comida sobrante para los siguientes pasajeros. Sin embargo, he visto que su sirvienta no ha cobrado el dinero por anticipado. Eso le podría haber salido caro. Los clientes se podrían haber negado a pagar, dadas las circunstancias, ¿y qué hubiera hecho usted entonces?

—No ha sido idea mía. Mi suegra me ha dicho que así es como hacen las cosas la mayoría de posadas, así que al parecer los viajeros no esperan mucho más.

—Así era como muchas «solían» hacer las cosas, sí. Pero los tiempos cambian. Atrás quedaron los días en que los albergues podían dar un servicio deficiente y esperar que los clientes siguieran yendo. Los rumores vuelan, ¿sabe? Eso viaja por toda la ruta con las diligencias. Las líneas privadas buscan clientes satisfechos. En cuanto haya repetidas quejas sobre una posada, cambiarán el itinerario y se detendrán en otra. Ahora que la carretera le ha quitado parte del tráfico, no se puede permitir espantar a los que siguen viniendo aquí.

—Parece que sabe mucho de esto.

—Visito muchas posadas por trabajo. —Se encogió de hombros.

—Puedo repetirle lo que me ha dicho a mi suegra. Insiste en que las viejas formas son las mejores.

—Entonces dudo que me quiera escuchar —dijo él, con una sonrisa bonachona—. Ni a nadie.

Jane inclinó la cabeza hacia un lado y lo miró atentamente.

—¿Pero cree que «yo» escucharé?

—Sí, creo que sí. Es joven y no está influida en la tradición ni paralizada por los viejos hábitos. La vida y los negocios están sometidos al cambio, señora Bell. Debemos aceptar el cambio o morir.

—Suenas bastante radical. ¿Puedo usar esa frase?

—Desde luego. —Señaló la silla que tenía enfrente—. ¿Quiere sentarse?

Ella vaciló:

—... Será mejor que no, pero gracias por el ofrecimiento.

JD se levantó y le acercó la silla.

—Venga, señora Bell. Mire a su alrededor. Soy su único cliente ahora mismo. No me haga sufrir comiendo solo, por favor.

—Yo suelo comer sola y no he sufrido efectos dañinos, se lo aseguro.

—¿Ni siquiera... soledad?

—En absoluto. Disfruto de la soledad. —«¿Es verdad eso?», se preguntó.

—Yo creo que la soledad es algo raro en una posada.

—Diría que sí. —Jane estaba de pie, vacilante—. Deme solo un minuto.

En la cocina se encontró a su suegra ayudando a Cadi a vaciar el último cuenco de sopa, mientras que Alwena y la señora Rooke devolvían la carne y

las patatas al estante calentador.

—Thora, nuestro huésped me ha pedido que le acompañe en el comedor. He intentado negarme, pero insiste en que...

—¿Por qué lo has rechazado? —interrumpió—. John y su padre solían sentarse con los huéspedes adinerados para asegurarse de que era todo de su gusto.

Se sorprendió de que la animara a comer con el cliente. Pero «sentía» curiosidad por escuchar qué más había aprendido JD de las posadas de éxito mientras desempeñaba su trabajo.

—Si usted lo dice... Cadi, esta tarde no hace falta que traigas bandeja a la cabaña.

—Muy bien, señora.

Jane regresó al comedor, dejó que el hombre le retirara la silla y se dobló una servilleta sobre el regazo. Cadi sacó otro plato para ella. Notó el destello de interés en los ojos de la sirvienta, que imaginaba algo romántico donde no había nada.

—¿Le gusta vivir en una posada, señora Bell?

Ella tomó el cuchillo y el tenedor y cortó la carne.

—¿Por qué me lo pregunta?

—No parece que le guste mucho.

—Espero que mi disfrute o falta de él no estropee su estancia, señor JD —respondió, con un tono más agrio de lo que pretendía.

En la cara del hombre se dibujó lentamente una sonrisa.

—Me llamo James Drake, por cierto, si prefiere no llamarme JD. —Observó la reacción de la mujer.

—Gracias, señor Drake.

¿Esperaba él que reconociera su nombre? No era así. Jane se llevó un pequeño bocado a la boca y después continuó:

—Nunca entró en mis planes trabajar aquí, en la posada. Pero cuando murió mi marido... —Dejó que la frase se desvaneciera—. Hay quien dice que debería venderla —admitió.

—¡Vaya! ¿Y usted qué dice?

—No lo sé. Lo único que sé seguro es que tenemos que encontrar una

manera de aumentar los beneficios.

James dio un sorbo y dejó el vaso.

—¿Aceptaría un consejo?

—Claro que sí.

Él asintió reflexivo:

—Sus tarifas son bajas comparadas con otras posadas de la ruta. Podría subirlas un chelín, tal vez incluso media corona, sin que afectara a la demanda.

—¿De veras? Esa sugerencia no la harían muchos huéspedes de pago.

—Normalmente no soy un huésped de pago. —Se encogió de hombros con indiferencia.

—¿No? ¿Es que recibe alojamiento gratis a cambio de sus valiosos consejos?

James soltó una risita.

—En absoluto. Vivo en un pequeño hotel que tengo.

Se sorprendió y se quedó algo intranquila.

—Ya veo. Podría haber dicho eso antes. ¿Y dónde está su hotel?

—En Southampton.

—Me sorprende que pueda escaparse.

—Tengo un director y un ama de llaves competentes —dijo, agitando la mano con desdén.

—¿Y qué otro consejo me daría? Si la posada fuera suya, ¿qué haría?

James respiró e hizo una pausa para ordenar las ideas.

—Contratar a un excelente cocinero. Incluso francés. Ofrecer buena comida en esta sala, así como en estancias privadas para los clientes acaudalados. También cobrar bien por ello. Pero ofrecer al mismo tiempo comida barata y básica —estofado, pan, pasteles de carne— que se sirviera de inmediato en la cafetería para aquellos clientes con menos dinero o poco tiempo. ¿Cuántas salas privadas tiene usted?

—Tres. Pero me han dicho que rara vez se utilizan. Me parece que una se ha convertido más o menos en un trastero. Y he visto que nuestro mozo se echa la siesta en la otra.

Él sonrió y continuó:

—Bueno, puede buscar la influencia de los viajeros acaudalados

cumpliendo los altos niveles de calidad de una posada privada, o si eso le parece improbable por causa de la carretera y por su clientela habitual, le sugeriría que abriera al menos uno de esos salones que no usa y ampliara este comedor. Añada tal vez algunos de esos reservados con sillones de respaldo muy alto para quien los quiera. También puede convertir el segundo salón sin usar en un baño de aseo para caballeros que sepan apreciar un lugar para un lavado y afeitado rápidos, aunque no pasen la noche. Cobre una cantidad modesta por el jabón y las toallas.

Se limpió la boca con la servilleta y después prosiguió:

—Lábrese una reputación de servicio de confianza, comida excelente, habitaciones limpias y camas cómodas. La gente que viaja con frecuencia se lo agradecerá, volverá y se lo dirá a sus conocidos. A los propietarios de las líneas de diligencias les llegará la voz y seguro que Bell Inn mantiene o hasta amplía el negocio.

—¡Madre mía! ¿Eso es todo? —respondió Jane, con tono de incredulidad.

—No exactamente. Necesita un buen rótulo, que lo pinte un profesional, en buen estado de mantenimiento. Es el mejor anuncio que tiene y les dice a los clientes lo que espera dentro.

Jane se estremeció al pensar en la pintura desconchada del rótulo y ese triste letrero de habitación libre.

—Sí que lo ha pensado bien —reconoció ella.

—Es mi profesión, después de todo —repuso, con un gesto de indiferencia.

Cadi volvió con el pretexto de rellenar los vasos, pero Jane no se dejó engañar. Menuda fisgona estaba hecha.

—Bueno, tal vez en una ciudad como Southampton, la gente espera y está dispuesta a pagar semejantes delicadezas, ¿pero aquí en el pequeño Ivy Hill...?

—Se sorprendería, creo yo. No olvide que por esa puerta entran personas que le traen las líneas de diligencias desde muy lejos. Viajar en diligencia es caro, así que lo suele hacer principalmente gente con recursos. Los pasajeros que vienen esperan, o al menos aprecian, un servicio más cuidado, rapidez y comodidad, no solo en los vehículos, sino también en los albergues del camino.

Jane sopesó aquello y preguntó:

—¿Le importaría mucho si les pido a mi suegra y a mi cuñado que nos acompañen? Me gustaría que escucharan su opinión directamente de usted. Me temo que no lo creerán si se lo cuento yo.

—Claro que puede decirles que vengan. Pero... ¿trabaja usted para ellos, o ellos para usted? —La miró fijamente.

Jane agachó la cabeza.

—Sobre el papel la posada es mía, sí. Pero Patrick creció aquí. Y de hecho, Thora también. El negocio lleva generaciones perteneciendo a su familia. Así que su opinión cuenta para mí.

—Entiendo. Es sensata por no querer descartar la experiencia y la sabiduría de sus mayores, señora Bell, pero no olvide sus propias ideas y opiniones. Es inteligente y educada. Puedo verlo. Tiene ideas propias y no debería dudar en aplicarlas.

Aquel elogio hizo que Jane se ruborizara y el placer que sintió la animó. John a menudo halagaba su belleza, pero Jane no conseguía recordar la última vez que alguien había ensalzado su inteligencia.

Alguien entró en el comedor. Jane echó una ojeada y el rostro se le encendió de nuevo al recordar que estaba comiendo a solas con un hombre al que apenas conocía.

Sir Timothy Brockwell se detuvo al verlos a los dos.

—Jane, eh... Perdonen, no quería interrumpirles.

La mujer forzó una sonrisa y mantuvo un tono despreocupado:

—No pasa nada, *sir Timothy*. Solo estábamos hablando de posibles mejoras en la posada. —Jane se volvió educadamente hacia su compañero—. *Sir Timothy Brockwell*, permítame presentarle al señor James Drake. Señor Drake, un viejo amigo, *sir Timothy*.

James saludó con la cabeza.

—¿Cómo está, señor?

—¿Drake...? —correspondió *sir Timothy*—. ¿Tiene relación con los Hain-Drake?

James abrió la boca. La cerró y luego contestó con modestia:

—Somos parientes lejanos.

—Ah.

Jane se explicó:

—El señor Drake es propietario de un hotel en Southampton.

—¿El Drake Arms? Yo mismo he comido allí. Un establecimiento exquisito. Hay que felicitarle.

—Es muy amable. Pero todo el mérito se lo lleva mi chef, se lo aseguro. —
Se dirigió de nuevo a la mujer:

—Jane, solo venía a ver si podríamos convencerla para que nos acompañe mañana en la cena. Justina decía esta mañana que lleva siglos sin aparecer por la finca.

—Qué detalle por su parte. Dele recuerdos de la mía. Pero me temo que me será difícil escaparme.

—Claro. Pensábamos que ahora... Bueno. No importa. Dígale a Justina cuándo tendrá un par de horas libres. Sé que quiere verla. Bien, no les haré perder más el tiempo. Tengan buen día. —Hizo una leve reverencia, se dio la vuelta y salió de la habitación.

Ella se quedó mirándolo hasta que la puerta se cerró tras él.

Sentía que el señor Drake la miraba. Este dijo en voz baja:

—Creo que lo ha decepcionado.

«No», pensó Jane. «Me ha decepcionado él a mí...».



CAPÍTULO

11

Jane dejó otro plato de arenques al día siguiente y esta vez lo puso justo en la entrada de la cabaña. Efectivamente, el gato de rayas negras y grises llegó corriendo del establo y subió el escalón.

La mujer esperó en silencio en la puerta. El animal olisqueó y, seducido por el prometedor olor, se coló poco a poco por el umbral. Cuando empezó a mordisquear el pescado, devorando después el regalo, Jane se agachó y le pasó un dedo por el lomo. El gato soltó un pequeño gruñido, pero al ver que no intentaba arrebatarse la comida, cesó y ella disfrutó acariciando su suave pelaje.

El minino dejó que le tocara la cabeza y luego se marchó como una flecha por la puerta. Quizá la próxima vez se quedara más tiempo.

Ella se levantó y vio cómo escapaba a toda velocidad.

—Dígame que no está alimentando a los gatos del establo.

Asombrada, Jane alzó la vista y se encontró al herrador, el señor Locke, que la miraba con desaprobación desde el camino de entrada al establo con los brazos en jarras.

Sorprendida con las manos en la masa.

—Solo a este, ¿por qué? —dijo ella a la defensiva. ¿Qué había de malo en darle un poco de pescado a un gato?

—Se supone que son cazarratones, no mascotas.

—¿Por qué no pueden ser ambas cosas?

—Se pondrá demasiado gordo y fondón para cazar ratones.

—¿El establo está infestado?

—Todavía no.

—Bien. —Estaba a punto de cerrar la puerta, pero vio que el hombre no se movía del sitio—. ¿Algo más?

—Últimamente no se la oye mucho tocar el piano. Los mozos, los postillones y yo lo echamos de menos.

Ella lo miró con dureza.

—¿Pueden escucharme tocar desde el establo?

—En los momentos de más actividad no, pero sí durante la tarde o cuando el patio se calma tras la cena.

Jane se abochornó.

—Ojalá lo hubiera sabido. No habría tocado durante los momentos de silencio.

—¿Por qué? Es un placer oírlo. No lo deje porque me haya equivocado al comentárselo. Tuffy y Tall Ted no me lo perdonarían jamás.

—¿Tuffy y Tall Ted? —preguntó ella—. ¿Son caballos?

—¡No! Mozos de cuadra —aclaró él, con una extraña sonrisa que le iluminó la cara sombreada por las patillas.

—Ah.

—Un malentendido comprensible —la tranquilizó—. No diré nada.

—Gracias. Volveré a tocar... pero últimamente he estado ocupada.

—Ya me he dado cuenta.

¿Reflejaba sorpresa su tono, o desaprobación o...? Su expresión también era difícil de interpretar.

—Por cierto —añadió él—. He visto a Patrick entrando en la posada con el señor Gordon hace un momento. Es el agente de la propiedad de aquí, creo. ¿Hay alguna reunión importante?

—Ah. —Jane no quiso admitir que no sabía nada, o que la habían dejado al margen de esa reunión—. Sí, gracias —susurró—. Discúlpeme.

Jane cruzó el patio hasta la posada. Una vez dentro, abrió la puerta del despacho, interrumpiendo a Patrick y al visitante, que estaban conversando en tono serio.

—Hola. ¿Qué está pasando?

Patrick sonrió.

—Hola, Jane. El señor Gordon me estaba hablando ahora mismo de un comprador potencial interesado en la posada. Como no estabas aquí, me ha dado los detalles a mí.

—Estaba en la cabaña. Podrías haber mandado que me avisaran.

—No quería molestarte.

—Si está relacionado con la posada creo que debería participar. —Jane se volvió hacia el agente—. Le pido disculpas, señor Gordon, pero me temo que he de pedirle que repita lo que ha dicho.

—No hay problema, señora Bell. Será un placer.

—Solo un momento, por favor. Me gustaría que Thora también oyera esto —Jane se excusó. Encontró a su suegra en la cafetería, donde estaba tomando una taza de té con Charlie Frazer.

—Perdonen la interrupción, Thora, señor Frazer. Thora, me gustaría pedirle, por favor, que nos acompañe en el despacho.

La mujer se levantó de inmediato.

—Por supuesto. Discúlpame, Charlie.

Cuando regresaron a la oficina, Patrick le cedió la silla a su madre y arrastró otra para su cuñada.

Entonces, el señor Gordon comenzó:

—Como ha dicho Patrick, he recibido una oferta por la posada de un comprador potencial. Conociendo el interés del banco por el lugar, he pensado proponerle la oferta a Blomfield, pero pensé que quizá podía ver si les interesa primero a ustedes.

Thora miró con enfado a su hijo.

—¿Es que todo el mundo sabe que el banco amenaza con vender la posada delante de nuestras narices?

—No todos —respondió el señor Gordon, antes de que pudiera hacerlo Patrick—. Pero dado que en el pasado he llevado a cabo ventas de este tipo para el banco, naturalmente estaba informado.

—Bueno, el banco todavía no es propietario del negocio —espetó la mujer mayor.

Su nuera añadió con más tacto:

—Apreciamos que haya venido aquí primero, señor Gordon.

Él asintió.

—Me gustaría tratar mis honorarios directamente con usted, señora Bell. Pero solo puedo darle dos días para que se decida.

—¿Dos días? ¿Por qué tanta prisa?

Patrick sonrió.

—Tal vez Gordon esté preocupado porque su comprador pueda examinar con más detalle este viejo lugar y cambie de idea.

—No —dijo el agente—. Pero el comprador también contempla otras propiedades.

—¿Qué precio se ofreció? —preguntó Jane.

Él le dio una cifra y Thora frunció el ceño.

—Eso es demasiado bajo.

Su hijo ladeó la cabeza e intervino:

—Gordon, ya que estás aquí, me pregunto si podrías decirnos el precio que piden por Fairmont House, solo por curiosidad, claro.

Jane ya no tenía nada que ver con Fairmont House. Después de que ella se casara, su padre sorprendió a todo el mundo vendiéndosela a un almirante retirado. Pero el viejo marino murió poco después, y a su heredero no le interesaba una remota casa de campo, así que la puso a la venta. Pero nadie la compró.

El señor Gordon dio una cifra, ante la que Jane meneó la cabeza.

—Eso es menos que la cantidad por la que mi padre la vendió en un principio, pero sigue estando muy por encima de mis posibilidades. —Aunque pudiera comprarla, sabía que nunca podría permitirse el mantenimiento del aquel lugar.

El agente se levantó.

—Bueno, espero su respuesta.

Después de que el visitante se despidiera, Jane se volvió hacia Patrick desconcertada.

—¿Por qué le has preguntado por Fairmont House? La única manera que tengo de comprarla es si le vendiera la posada a alguien a muy buen precio. ¿Eso es lo que quieres?

—Estaba pensando en ti, Jane. Sé que nunca serás feliz aquí. ¿Acaso lo niegas?

Sentía la mirada de Thora y no pudo evitar una oleada de desazón.

—No... no lo sé.

—Bueno, yo sí —insistió su cuñado—. Y me gustaría verte feliz viviendo en Fairmont o en alguna otra parte. ¿Y quién sabe? Si vendes la posada, el nuevo propietario tal vez quiera un administrador competente y me mantenga.

Era posible, y ella lo sabía. La madre, sin embargo, no parecía muy convencida.

Thora observaba la expresión de Patrick. ¿Qué estaba tramando? ¿Realmente intentaba ayudar a Jane? Detestaba sospechar permanentemente de su hijo. ¿Lo estaba preparando para el fracaso esperando siempre lo peor de él?, ¿o estaban justificadas sus preocupaciones?

En el pasado, había dado motivos para no confiar en él.

La pillería, la mentira, la manipulación... ¿Habían terminado o acababan de empezar? Sufría por él. Era tan parecido a su padre que resultaba tentador echarle la culpa a Frank, pero sabía que ella tampoco había sido una madre perfecta. Se casó siendo muy joven y sin tener ni idea de cómo educar a los chicos para que fueran trabajadores y responsables. Sin embargo, John había salido muy bien en general, ¿no?

Se removió en su asiento. Quería darle una oportunidad justa. Quería creer que había cambiado. Pero la vieja sospecha le carcomía.

¿Por qué se había reunido a solas con el señor Gordon? ¿Y qué estaban cocinando juntos Arthur Blomfield y él?

«Ay, Dios, por favor, no dejes que se meta en nada ilegal o inmoral... Padre misericordioso, por favor, protégelo, mantenlo en el buen camino. Y dame sabiduría, porque nunca he sabido qué hacer en lo que a Patrick se refiere, y menos ahora».



CAPÍTULO

12

Había pasado una semana desde que el banquero reveló que los pagos del préstamo estaban atrasados y Jane todavía no había decidido qué hacer al respecto. Buscando un cambio de escenario para aclararse las ideas —y deseando en secreto volver a ver Fairmont House—, al día siguiente salió a las caballerizas, armándose de valor para hablar con el señor Locke. Dentro se encontró al hombre poniéndole las herraduras a un viejo jamelgo.

—¿Me deja un caballo? —le preguntó.

—Por supuesto —dijo el señor Locke—. Después de todo, son suyos.

—Tal vez, pero no querría dejar a los mozos de cuadra sin cambios suficientes. ¿Hay algún caballo decente para montar entre los de las diligencias?

—Aquí siempre tenemos al viejo *Ruby* —sugirió, con una leve mueca en la boca—. Es lento y testarudo, pero es seguro.

—Si es el único disponible, entonces ese mismo.

El señor Locke se levantó y se quedó mirándola con unos ojos que le brillaban con aire inquisitivo.

—¿Tiene experiencia montando a caballo, señora Bell?

—... Tenía. Aunque no he montado mucho desde hace tiempo. Y nada en este último año.

Él miró de nuevo al jamelgo.

La mujer se apresuró a añadir:

—De pequeña tenía mi propia yegua, una purasangre muy enérgica que se

llamaba *Hermione*. Estaba siempre subida encima cuando no me obligaban a estar en clase.

—¿Una purasangre? —replicó, levantando una de sus pobladas cejas.

—Una descendiente de *Trumpator* —asintió.

Él arrugó los labios, o impresionado o dubitativo.

—¡No me diga!

—Pues sí. De hecho, mi padre usó muy bien esa información cuando la vendió una semana después de mi boda.

—Lo siento.

Ella se encogió de hombros.

—Sin duda se vendió por un buen precio. Supongo que pensó que estaría muy ocupada ejerciendo de esposa y madre como para montar. Pero la eché de menos. Ojalá le hubiera preguntado quién se la compró, pero no lo hice.

El herrador entrecerró los ojos pensativo.

—En ese caso, quizá me pueda hacer un favor.

—¿Qué favor? —quiso aclarar ella, con recelo.

—Estamos cuidando un caballo para un hombre que en este momento no está en casa. Podría ejercitarlo por mí.

—¿Qué hombre? ¿Debería conocerlo? —planteó Jane, pensando en James Drake, pero luego recordó que llegó en diligencia.

—Es poco probable —dijo el señor Locke—. Es de Pewsey Vale.

—¿Puedo montarlo de lado? —preguntó Jane.

—No es su estilo preferido, pero está muy bien entrenado.

—Pues echémosle un vistazo.

Locke señaló la dirección en el establo y se detuvo en una de sus muchas cuadras. Dentro había un caballo alto, castaño con una marca blanca en la frente. El animal miraba a Jane con inteligentes ojos oscuros.

—Este es *Sultán*.

—Es precioso. —Respiró con emoción y algo azorada. Esperaba poder manejarlo.

Media hora después, con su viejo traje de montar —afortunadamente con un discreto Devonshire marrón—, regresó al establo. El caballo brincó un poco cuando el señor Locke la ayudó a montar de costado, pero tras varias vueltas

por las caballerizas, encontró el ritmo.

—¡Es fantástico! —gritó ella.

En respuesta, el señor Locke abrió la puerta.

—No se aleje. No estando sola.

—Tranquilo. Solo iré a Wishford y volveré.

Jane montó en el fogoso *Sultán*, bajó la colina y llegó al camino que iba a Wishford. Se tranquilizó y el placer se apoderó de ella. Ay, la emocionante libertad de cabalgar a lomos de un caballo. Cuánto lo había echado de menos. Miraba a su alrededor mientras avanzaba, disfrutando de la belleza de la primavera en el condado de Wilts —parajes verdes, arbustos de madreselva tiñéndose de rosa y blanco y campos salpicados de florecillas amarillas.

Pasados cinco o diez minutos, dirigió al caballo para que siguiera por el camino nuevo. Cuando pasó por la conocida puerta de Fairmont House, oyó la reveladora llamada de un cuco.

Detuvo a *Sultán* en la entrada semicircular y observó la casa donde había nacido y vivido durante sus dos primeras décadas de existencia. Qué extraño era ver su reducida valla y la puerta tan cerca de la nueva carretera, en vez del camino rural que marcaba antiguamente el acceso. Crecía maleza entre la gravilla de la entrada y brotaba hierba alta cargada de semillas. Los setos habían perdido su forma y simetría por falta de poda. La vivienda tenía mejor aspecto, pero una de las ventanas delanteras presentaba una enorme grieta y otra la marca de un golpe. ¿Algún vándalo le había tirado una piedra? La rabia se apoderó de ella y volvió a recordar que su familia ya no era dueña de aquella casa desde hacía años. No debería molestarle que estuviera abandonada, deteriorándose o desluciéndose.

Pero le molestaba.

Allí donde miraba, surgían recuerdos como plasmados en imágenes de color sepia. El campo de hierba donde sus amigas y ella habían jugado con la raqueta de bádminton y el volante. El jardín de flores que le encantaba a su madre. Y más arriba, por encima del segundo nivel de ventanas, la habitación que había sido la suya —la que había guardado sus muñecas, sus libros y sueños—.

Se dirigió a la parte trasera de la casa, moviendo la rama de un pino que se

balanceaba y agachándose para pasar por debajo. El fuerte y dulce olor de ese árbol le recordó cuando ella y Rachel trepaban por los troncos de niñas, sentándose en las ramas más altas y hablando de sus sueños para el futuro — con quién se casarían y cuántos hijos tendrían—. Había deseado tener una familia grande, pero los sueños no siempre se hacían realidad.

Miró hacia las caballerizas, donde pasó tantas horas cepillando a *Hermione*. Y después al estanque que había detrás de la casa, donde Timothy había intentado enseñarle a pescar. Y el sendero que atravesaba el bosque, por donde tanto habían paseado juntos a caballo.

Qué lejano resultaba todo aquello. Pero enseguida le pareció como si solo hubieran pasado unas semanas. Podía recordar con nitidez las bromas bonachonas de Timothy por su superioridad al montar y los retos para competir en una carrera. La euforia de galopar por el campo a lomos de su amado caballo, acompañada de su amigo. Había pensado entonces, con la candidez de la juventud, que la vida siempre sería tan feliz y despreocupada. Que siempre serían amigos. Y que podía predecir el futuro. Qué equivocada estaba. Jamás habría podido prever la situación actual. Ni en cien años. Tal vez no debería haber declinado tan precipitadamente su invitación.

—¿Soñando despierta? —dijo una voz interrumpiendo su ensimismamiento.

Se dio la vuelta y se sorprendió al ver al hombre de sus pensamientos sentado tranquilamente en su caballo. Tenía la sonrisa torcida y el sombrero calado. Las manos, embutidas en elegantes guantes de cuero, agarraban las riendas con actitud despreocupada. Con aquel *blazer* y lustrosa arpillera, era la viva imagen de un terrateniente de cuna.

—Recordando —admitió ella.

Él alzó la vista a los oscuros ventanales.

—Es triste verla vacía, ¿verdad?

—Sí.

—Bien. Al menos debes estar contenta porque haya un comprador interesado.

Ella respiró hondo.

—¿Por Fairmont House? No lo sabía.

—Lo he oído de pasada. Podría equivocarme —indicó, con un gesto de

precaución.

Jane tuvo sentimientos encontrados. Debería estar contenta, pero no estaba del todo lista para renunciar al sueño irrealizable de recuperar un día la casa.

—¿Cabalgamos juntos? ¿Por los viejos tiempos? —*Sir* Timothy hizo un gesto hacia el sendero arbolado.

Jane se sacudió aquella ilógica decepción y lo miró. Sabía que tal vez no debía, pero no quería rechazar otra invitación de su viejo amigo.

—¿Por qué no? —respondió, con una sonrisa.



Cuando regresó al establo, el señor Locke la estaba esperando.

—Ha estado fuera mucho tiempo. Empezaba a preocuparme.

—Lo siento. Me he encontrado con un viejo amigo.

—¿Le ha dado problemas el caballo?

—En absoluto. Es maravilloso. Felicidades al propietario.

Locke sonrió.

—Se las haré llegar.

Se estiró y la agarró de la cadera para ayudarle a bajar. Desprevenida, se apoyó en sus hombros —anchos y musculosos—. En cuanto tocó suelo, retiró las manos.

Su mueca se desvaneció y volvió a ponerse serio.

—Señora Bell, espero que no le importe, pero me he enterado de la situación en la que se encuentra con el banco.

Jane resopló exasperada.

—¿Lo saben todos?

—Creo que la mayoría de nosotros, sí. Pero tengo la necesidad de advertirla.

—¿«Tiene» la necesidad de advertirme? —preguntó ella tajantemente—. ¿Qué sabe de eso?

—Por favor, no se ofenda. No pretendo entrometerme, pero considero mi deber alertarla de algo.

—¿De qué está hablando?

Él dudó:

—Según tengo entendido, está estudiando dejar que el hermano de John asuma la deuda a cambio de la posada.

Jane levantó el mentón.

—Es una posibilidad. ¿Qué ocurre?

—Me pregunto si le ha preguntado a Patrick qué planes tiene para el lugar.

—¿A qué se refiere? Es una posada, como muy bien sabe.

—Sí, lo ha sido todos estos años. Pero sé que tiene algo totalmente diferente en mente para la propiedad si se convirtiera en el dueño.

Esto era nuevo para Jane.

—¿El qué, exactamente?

—He oído hablar de un club privado de caballeros, como los que hay en Londres. O dividir el edificio en residencias privadas y alquilarlas como casas adosadas.

—¿Un club de caballeros en Ivy Hill? ¿Viviendas privadas? Debe de haber oído mal.

—¿Y si no es así?

—Bueno, confieso que la idea de un club de caballeros suena disparatada, pero no veo nada malo en lo de las casas adosadas...

Gabriel negó con la cabeza.

—Piénselo, señora Bell. Le guste o no, el futuro de la posada no solo les afecta a usted, a Patrick y a Thora Bell. Le afecta a todo el mundo.

—Está preocupado por su empleo.

—No es mi empleo. Son docenas de empleos. Quizá más. Las casas adosadas necesitarían menos trabajadores en las cuadras. Un caballerizo, tal vez, pero no mozos de cuadra ni postillones. Ni porteador ni recepcionista. Los residentes probablemente contratarían a sus propios criados. Así que Patrick le daría empleo a muy poco personal doméstico, a menos que mantenga la cocina abierta.

—Ya veo... —musitó Jane, con un torbellino de pensamientos en la cabeza.

—Y eso es solo la punta del iceberg. Esta posada da empleo y comercio no solo a los que vivimos y trabajamos entre sus muros, sino también a muchas

otras personas de Ivy Hill.

Jane se le quedó mirando un momento midiendo sus palabras. Luego recuperó la compostura.

—Bueno. Me ha dado mucho en qué pensar, señor Locke. Espero no descubrir que todo es un rumor injurioso.

—Yo espero que sí. Sería un gran alivio estar equivocado.

Jane encontró a Patrick en el despacho y no perdió un segundo en plantear el asunto.

—¿Es verdad que piensas convertir la posada en un club privado o en residencias?

Patrick le restó importancia:

—Puede. Si no se la vendes a nadie. ¿Y por qué no? —se defendió, reclinándose en el respaldo—. Los señores acaudalados que pueden permitirse viajar con el correo o en silla de posta no vacilarían en pagar más por alojamiento exclusivo. Un lugar para disfrutar de buena comida, jugar a las cartas o al billar y relacionarse con sus iguales en vez de codearse con cada marinero, carpintero y mercachifle ambulante que atendemos hoy por hoy.

Se echó hacia delante y le tomó la mano con fuerza.

—No me mires así, Jane. Solo es una idea que me he estado planteando. Suponiendo que no le vendas la posada a algún extranjero, intento pensar en cómo cambiar con los tiempos y salvar este viejo lugar.

Jane negó con la cabeza.

—No me gusta la idea de un club. Tampoco me apasionan las casas adosadas. ¿En serio dividirías el edificio? ¿Permitirás que termine como una posada de segunda?

—¡Imagina cuánto se reduciría el trabajo! ¡Mucho menos personal al que pagar y ni una habitación más vacía! Piénsalo. Ingresos regulares, menos gastos. ¿Cómo no va a aumentar los beneficios?

—¿Pero no se perderían muchos empleos?

—Algunos sí, pero no todos. No te preocupes, Jane. No voy a hacer nada sin tu consentimiento. Pero tenemos que hacer algo para incrementar los beneficios y devolver el préstamo. A menos que... ¿Has decidido aceptar la

oferta de Gordon, por baja que sea? ¿O has encontrado dinero escondido entre los calcetines de John?

—No, me temo que no. —Pero tampoco había mirado. En un lugar tan pequeño como la cabaña, consideraba muy improbable que John pudiera haber escondido algo más que unas cuantas monedas sin que ella se hubiera enterado a estas alturas. ¿Y por qué iba a hacer eso?

—¿Y qué hay de los papeles del préstamo a los que se refirió el señor Blomfield? Aquí no los encuentro.

—Han volado junto con el dinero perdido, imagino —respondió ella, con un suspiro.

Patrick se levantó y rodeó la mesa bajando el tono de voz:

—Jane, he estado pensando. Si dejas que asuma la deuda a cambio de la propiedad, me aseguraré de que tengas una casa aquí todo el tiempo que quieras. En realidad no tendrás que cambiar nada. Podrías seguir viviendo en la cabaña como ahora. Libre de las cargas de dirigir una posada.

Ella lo miró con aire dubitativo.

—No me lo ofreciste antes, cuando intentabas convencerme para que me trasladara a otro lugar.

—Cierto, pero eso fue antes de que me diera cuenta de que Fairmont House o un sitio similar era inasequible. A menos, quizá, que vuelvas a casarte.

—¡Cielos! No tengo intención de hacerlo hoy por hoy. John murió hace poco más de un año —meditó un momento—. Pero ¿no te gustaría vivir en la cabaña del guarda, como sería tu deber como dueño?

—Ah, algún día tal vez, si me casara. Pero tampoco pienso en eso en este momento. Por ahora, podríamos continuar como hemos estado estos últimos meses, tú en la cabaña y yo aquí, pero con algunos cambios en las responsabilidades y los aspectos legales casi imperceptibles para los demás.

La idea era un poco tentadora en cierto modo. Sobre todo si pasarle las riendas a Patrick aseguraba una ampliación para el préstamo y el futuro del negocio. Pero no había garantía alguna. Y si el banco de todas formas terminaba vendiendo la posada en sus narices, perdería su parte de los beneficios derivados, así como la cabaña.

—No creo, Patrick —le dijo con una sonrisa irónica—. Pero gracias por

ofrecerme que pueda vivir en mi propia casa.



CAPÍTULO

13

Jane no volvió a hablar con el señor Locke hasta la mañana siguiente. Mientras cruzaba el patio, lo vio dándole instrucciones a los mozos de cuadra que cepillaban un tiro de caballos cansados a los que acababan de desatarles los aparejos. Al verla, se apartó para saludarla.

Sin más preámbulo, le preguntó:

—¿Patrick ha negado sus planes?

—No. Simplemente está sopesando sus opciones si toma el control del lugar. El señor Blomfield señaló que sus socios estarían más dispuestos a ampliarle el crédito a él que a mí.

—No me fío del banquero.

—¿Por qué no?

—Un amigo mío hizo negocios con él en una ocasión. Y solo una vez. —Se encogió de hombros.

—¿Qué ocurrió?

—Solo lo sé indirectamente, así que preferiría no decir nada. ¿Y el acuerdo de su matrimonio? —preguntó él de repente—. ¿Eso no se resolvió en el banco de Blomfield?

—¿Mi... acuerdo de matrimonio? —intentó disimular su sorpresa—. ¿Qué sabe usted de eso?

—John me lo mencionó una vez. Se ofendió porque su padre insistió en establecerlo, como si John no pudiera mantenerse con sus propios medios.

—Parece que sabe más de mis asuntos personales que yo misma. —Frunció

el ceño. Notó su tono mordaz, pero no hizo nada por reprimirlo. En realidad, su desazón se debía a que su padre no la había incluido en aquellas conversaciones y nunca había valorado su opinión sobre nada relacionado con su matrimonio, aparte de la planificación del menú de la boda.

—No sé nada con seguridad. Solo estoy recordando lo que me dijo John. Debería hablar con Blomfield. O mejor aún, con su abogado —sugirió el hombre.

Jane hizo memoria y con tono más suave explicó:

—El señor Coine mencionó algo después de leer el testamento. Yo estaba tan aturdida por la muerte de John, y por enterarme de que me había dejado el negocio solo a mí, que no recuerdo los detalles. Asumo que si mi marido me dejó alguna otra cosa, se incluyó en la herencia de la posada.

—Tal vez tenga razón —reconoció Locke—. ¿Ese señor Coine es de la zona?

—Tiene el despacho en Wishford.

—He hecho algunas reparaciones a la vieja calesa en la cochera y me gustaría ver cómo funciona. Tengo asuntos que atender en el banco de Wishford esta tarde, casualmente, y podría llevarla.

—¿Asuntos de la posada o personales?

—Personales. —Sus ojos oscuros centellearon—. Pero no se preocupe, esta noche me quedaré hasta tarde trabajando para recuperar el tiempo.

—Sí, lo sé —dijo ella con arrogancia. El pretencioso herrador estaba siendo demasiado informal con ella.

Jane entró en la posada, saludó al señor Drake de pasada y luego encontró a su suegra en el despacho. Thora levantó la vista del periódico cuando entró.

—Thora, ¿esta tarde puede estar pendiente de la posada? Patrick ha ido al cervecero, pero debería volver pronto. Yo voy a ir a Wishford a ver a mi abogado.

La mujer se irguió y se quitó las gafas.

—Sí, claro. ¿Ocurre algo?

—No que yo sepa. Solo quiero hacerle unas cuantas preguntas.

—¿Cómo vas a ir?

—El señor Locke me llevará. Dice que también tiene asuntos que atender

en Wishford.

—¿Qué clase de asuntos tiene nuestro herrador allí?

—Algo en el banco.

—¿Y qué hay de malo en el banco de Ivy Hill?

—Por lo visto no se fia del señor Blomfield.

Thora dio un respingo.

—Lo entiendo perfectamente.

—¿Usted sabe algo del acuerdo de matrimonio entre mi padre y John? — planteó, después de vacilar un instante.

—No mucho. Mi hijo no habló conmigo de eso. Seguramente imaginaba que no aprobaría que se desviara dinero de la posada.

—Contribuí con una dote a nuestro matrimonio, usted lo sabe —protestó.

—Sí, fue algo.

Tal vez Jane no debió mencionar el acuerdo después de todo. No tenía sentido hablar de un dinero que probablemente no existía.

—Bueno, no sé si queda algún cabo suelto. El señor Locke solo me sugiere que lo confirme.

—¿Una «parte» de la propiedad del marido no es una provisión de viudedad? —señaló Thora—. John te dejó «toda» la posada, Jane. ¿Qué más podía haber? Yo no me haría muchas ilusiones.

—Estoy segura de que tiene razón. Solo quiero preguntar.

Su suegra levantó una mano como dando permiso y volvió al periódico.



Esa misma tarde, Jane salió al patio con el vestido negro para el carruaje, sombrero y un bolso en la muñeca.

Gabriel Locke y un mozo estaban junto a la calesa esperando.

—He reforzado el eje y asegurado la rueda que estaba suelta lo mejor que he podido. Creo que aguantará.

—¿Y si no aguanta?

—Entonces daremos un agradable paseo a pie. —Le ofreció la mano y ella

dudó un momento antes de apoyar la suya enguantada. Él la agarró con firmeza y la ayudó a subir, luego rodeó el caballo para ascender por el lado opuesto. Un mozo desgarrado que el herrador le presentó como Tall Ted tomó las riendas. En cuanto Gabriel se hubo sentado, el joven se las entregó y saludó con la gorra a Jane.

—¿Estarás de vuelta para las cuatro en punto? —preguntó el mozo, con un aire preocupado en la cara.

—Así es, si Dios y el eje quieren. Pero tú y Tuffy sabéis qué hacer. Confío plenamente en vosotros.

—Gracias, Gable. Eso te convierte en uno de nosotros.

El señor Locke agradeció sus palabras con un guiño, luego levantó las riendas y apremió al caballo para que empezase a caminar.

—*Ruby* está mayor pero es constante. A ver qué tal se porta. Es esto o sopa de carne de caballo —dijo al cruzar el arco, entre el ruido del carruaje.

—Ay, espero que no llegue a eso. Tal vez no sea de una sangre excelente, pero es dulce.

—Usted no le dé la espalda o le dará un mordisco en las posaderas.

Jane sintió que se sonrojaba con solo pensarlo.

—No se me olvidará.

—Perdóneme. Supongo que ha sido descortés decirle eso.

—Prefiero recibir el aviso que las consecuencias.

Gabriel estimuló a *Ruby* por la carretera de Wishford. Parecía más interesado en los hierbajos y el pasto del arcén que en avanzar, pero con un agarre firme y hábil y un chasquido de lengua, el herrador mantenía al jameigo por su camino.

—¿No es exactamente un ganador, no? —murmuró él.

—No, hoy no va a ganar ninguna carrera, señor Locke.

El hombre pareció ponerse tenso. ¿Qué había dicho? ¿Estaría sentada demasiado cerca y lo estaba incomodando? Jane se apartó un poco más en el asiento estrecho.

Al llegar a las afueras de Wishford, intentó que la nostalgia no le afectara. De niña, ella y sus padres frecuentaban las tiendas de la localidad, además de asistir a la iglesia. Tenía una campiña preciosa, negocios animados y casas

bien cuidadas. El pintoresco río Wylve rodeaba la ciudad, atrayendo la belleza y el comercio en barcazas.

Se había topado con el recelo de algunos habitantes de Ivy Hill cuando se casó con John. No solo por haberse casado con un posadero —siendo hija de un caballero—, sino también porque muchos la consideraban ciudadana de Wishford y daban por sentado que los miraría por encima del hombro. Ella y Rachel —y en menor medida Mercy— ya se conocían. Los Brockwell, Winspear, Ashford, Fairmont, Bingley y Grove eran las principales familias de la zona. Habían comido juntas. Se habían invitado a sus respectivas cenas de Navidad, a las celebraciones de la Noche de Reyes y bailes de presentación. Compartir estatus social importaba más que el hecho de que sus casas estuvieran próximas a poblaciones distintas. Pero la distancia era mucho más acusada en otros aspectos.

A lo largo de los años en Ivy Hill, había llegado a entender e incluso compartir el resentimiento de sus vecinos de Wishford, quienes reclamaban para su ciudad mayor prestigio que su humilde hermana, agazapada en su colina.⁴ No podía negar los encantos de Wishford.

El señor Locke condujo al caballo por calle High y le dio el alto a *Ruby* con un suave «So, bonito». Ató las riendas y se bajó de un salto, acercándose para ofrecerle la mano a Jane.

—Volveré y la esperaré aquí cuando termine mi recado. No tardaré mucho. Pero no tiene que darse prisa. Tenemos tiempo de sobra.

Ella asintió y salió a la acera empedrada que había frente al bufete de abogados y la floristería colindante, que impregnaba el aire con el aroma de los guisantes de olor y los lirios. Vio que el herrador se alejaba y doblaba la esquina; se quedó un momento para admirar las brillantes flores. Sintió curiosidad. Las preguntas al abogado podían esperar unos minutos más. Caminó hacia la calle South para dar un breve paseo y estirar las piernas antes de entrar —eso era lo que le diría a Locke si por casualidad la veía.

Se detuvo en la joyería de la esquina fingiendo buscar algo en el bolso y luego echó un vistazo. En el banco, Gabriel volvió a darle el alto a *Ruby*. Un adolescente, muy sonriente, corrió a tomar las riendas. El hombre se bajó, le dijo algo al chico, que amplió la sonrisa, y le lanzó una moneda de plata.

—¡Gracias, señor!

Un recepcionista abrió la puerta y dio la bienvenida al visitante. Jane se acercó, se paró de nuevo en las ventanas del banco para colocarse el bolso y miró disimuladamente en el interior. Llegó justo a tiempo para ver a un elegante señor mayor recibir al señor Locke con la mano extendida. Le hizo un gesto para que entrara en su despacho con una palmadita en el hombro. Ella no podía imaginarse al adusto señor Blomfield tratando a ningún cliente con tanta cordialidad. Tal vez debía considerar la posibilidad de cambiar de banquero.

El muchacho, el recepcionista y el anfitrión obviamente conocían al herrador, por lo que no había duda de que había ido allí más de una vez. «El hombre debe establecer su propio horario», pensó sarcásticamente. No le había prestado atención a sus idas y venidas hasta ahora —hasta que había tomado medidas para preocuparse por la posada y los que trabajaban en ella—. Pero tal vez tenía que empezar a hacerlo.

—¿Puedo ayudarla, señora? —dijo el chico que sujetaba a *Ruby*.

Dio un paso atrás, como sintiéndose culpable.

—Soy... soy amiga del señor Locke. ¿Puedes decirme si es cliente del banco desde hace mucho?

—Medio año, me parece —respondió el muchacho.

—Pero parece que lo conoces bien.

—Es un hombre generoso. —Dejó escapar una mueca.

—Ah, eso explica todo. —Devolvió la sonrisa al joven. Pero ¿eso lo «explicaba» todo?

Volvió al bufete y entró. Un empleado con gafas levantó la vista y se puso de pie. El señor Coine, corpulento y de mejillas coloradas, estaba saliendo de su despacho con la cabeza gacha sobre un legajo de documentos. Miró y dudó a medio camino.

—¡Señora Bell! No la esperaba. No me diga que me he olvidado de una cita.

—No, señor Coine. Me gustaría preguntarle algunas cosas, si no tiene inconveniente.

—En absoluto. —Le entregó los documentos al empleado e hizo un gesto señalando el despacho—. Venga, venga. ¿Puedo ofrecerle algún refrigerio?

—No quiero nada, gracias.

Se sentó en la silla que le ofreció al otro lado de la mesa. Él apartó a un lado una pila de documentos, entrelazó los dedos y se echó hacia delante.

—Pues bien. ¿En qué puedo ayudarla?

—¿Qué puede decirme acerca del... eh... el acuerdo de matrimonio que pactaron mi padre y mi marido?

—Lo que quiera. Lo dije después de leer el testamento, ¿no? Por favor, dígame que no se me olvidó hacerlo.

—Estoy segura de que lo hizo todo bien, pero debo confesar que recuerdo muy poco de lo que contó después de oír que había heredado toda la posada.

—Ah... —Hizo un gesto de comprensión—. Y usted estaba ocupada con los preparativos de la boda cuando redactamos las condiciones originales.

Jane asintió. Había firmado unos documentos antes del enlace, pero les había prestado poca atención: tenía la cabeza en la ceremonia, el banquete de bodas y el viaje posterior.

—Perdóneme, señor Coine, pero ¿podría repetirme los detalles?

—Por supuesto. A usted se le otorgó la cantidad de dos mil libras en caso de viudedad. Su padre lo consideró suficiente, si fuera necesario, pues podría vivir cómodamente, aunque de forma sencilla, de los intereses. Por la forma en que los precios han subido en los últimos años tal vez fuese demasiado optimista. Pero, de todas maneras, son unos buenos ahorros.

—Pero John me dejó la posada a mí sola. ¿Seguro que eso no invalida cualquier otra compensación por viudedad?

—Ese dinero no era de John, sino de su padre. Era una parte de su dote reservado para su futuro. Su padre insistió. ¿Qué sería de usted si John moría, si la posada salía ardiendo o se le legaba a otra persona, o fracasaba económicamente?

Tenía acelerado el corazón. Ella y su padre nunca disfrutaron de una relación muy cordial, y a ella le habían molestado muchas de las cosas que él había hecho, como vender su caballo, su casa y los objetos que contenía sin ni siquiera pedirle permiso. Y luego esto. Pero ahora comprendía que después de todo había pensado en el bienestar de su hija. Tal vez debería haberle dado las gracias en vez de guardarle rencor. Pero ya era demasiado tarde.

Permaneció un rato sin decir nada, y el señor Coine continuó:

—Como no preguntó en ese momento ni desde entonces, supuse que planeaba no tocar esos depósitos de momento, sino guardar el dinero para cuando se retirara o...

—¿Para cuando esté chocheando?

—Bueno, algo así, sí.

La cantidad no era suficiente para liquidar el préstamo ni para comprar Fairmont. ¿Sería posible vivir de los intereses, como pensó su padre, si lo invertía con cordura?

—¿Qué tipo de interés razonable podría esperar?

—Depende del mercado y de cómo se invierta el dinero: rentas vitalicias bancarias o bonos, el cinco por ciento de la Marina, acciones... Calculo el cuatro por ciento al año. Tendría que hablar con el banco.

¿Podría vivir con ochenta libras al año por su cuenta en alguna parte? Eso significaba no contar con caballos ni carruaje y solo una criada o dos —tal vez una amable pareja casada— que desplumaran las aves, cortaran madera y encendieran la chimenea. Pero ¿era posible? Tenía dudas. Tendría que pedirle a Mercy que la ayudara a calcular el coste de la vida.

—¿Quién invirtió el dinero por mi padre? ¿El banquero de aquí, de Wishford?

El señor Coine frunció el ceño.

—No. Su padre eligió al señor Blomfield, dado que usted estaría viviendo en Ivy Hill.

—Señor Coine, no sé si lo conoce bien, pero...

—No conozco sus tratos, señora Bell. Lo conocí a él y a sus socios en Salisbury, pero no somos colegas cercanos.

—En ese caso, debería decirle que hace poco el señor Blomfield me informó de una gran deuda contraída con su banco: un préstamo impresionante que John pidió sin que yo lo supiera.

El hombre la miró con una mueca.

—Siento oír eso.

Jane meneó la cabeza.

—Bueno, ¿me equivoco al pensar que ya no tengo derecho a las dos mil

libras, puesto que le debo al banco eso y miles más?

—No, Jane. Este acuerdo no está sujeto a las deudas de su marido. Se reservó de su parte para su uso personal. Podría utilizar ese dinero para la deuda, si lo desea, pero es decisión suya, no del banco.

—Entonces, me sorprende que el señor Blomfield no mencionara ese dinero.

—Es sorprendente.

Jane se quedó pensativa tramando oscuras sospechas.

El señor Coine intentó razonar:

—Tal vez solo pensaba que usted no desearía usar su dinero personal para hacer frente a las deudas del negocio.

—Quizá. Pero creo que debería hacerle una visita al señor Blomfield y preguntárselo yo misma.

El abogado asintió:

—No cabe duda de que lo encontrará todo en orden. Pero si tiene algún problema, no dude en volver a verme. O envíeme un mensaje e iré yo cuando usted quiera.

—Gracias, señor Coine. Así lo haré. —prometió, con un gesto de asentimiento.

El señor Locke estaba esperando junto al caballo cuando Jane salió del bufete del abogado. La ayudó a subir y en cuestión de minutos dejaban atrás Wishford, atravesando un prado y ascendiendo la colina.

—¿Qué ha podido saber? —empezó él, con tono animado.

Ella lo miró con aire irónico.

—Que es usted muy preguntón.

Azuzó a *Ruby* para que subiera a más velocidad.

—Podría decir lo mismo de usted, lo sabe.

Ella le echó una ojeada y él sonrió.

—La he visto fuera del banco.

Las excusas que tenía preparadas se evaporaron con la sonrisita de complicidad de Gabriel.

—La calle es pública. Y confío en que no tiene nada que esconder,

¿verdad?

Al ver que no respondía, Jane continuó:

—He podido saber también que le conocen sorprendentemente bien en Wishford. Y que su banquero parece tener un carácter mucho más alegre que el mío.

Gabriel Locke se rio entre dientes.

—Sí, Matthews es un buen hombre. Me cae muy bien. Confío mucho en él.

—La volvió a mirar—. ¿Y el acuerdo?

—Es como dijo. Mi padre dejó un dinero para mí antes de que me casara. Pretendía que tuviera unos ahorros para el futuro, por si pasara lo peor, aunque dudo que la cantidad sea suficiente para mantenerme mucho tiempo. Es decir, suponiendo que...

—¿Suponiendo que...?

—Nada. Estaré mucho más segura de su existencia después de hablar con el señor Blomfield otra vez. Él y sus socios supuestamente invirtieron el dinero por mi padre. Pero nunca me lo ha comentado.

Jane no estaba segura de por qué le estaba contando aquello al señor Locke, cuando él ya desconfiaba del banquero. Suponía que esperaba que la tranquilizara diciendo: «Claro que el dinero sigue ahí. Yo no me preocuparía si fuera usted».

En cambio, propuso:

—¿La llevo allí directamente? —propuso el hombre.

—No. Iré yo sola más tarde. Debería ver si Thora necesita algo primero.

Él asintió y desde la cima de la colina dirigió a *Ruby* hacia el patio de la posada.

El acuerdo económico en su nombre, si existía, brillaba en el horizonte como un oasis. Parecía representar su última oportunidad de independencia: librarse del peso de intentar salvar un negocio que en realidad ella nunca había querido.

[4](#) N. del Trad.: *Colina* en inglés es *hill*. La autora hace un juego de palabras intraducible con el nombre de la población.



CAPÍTULO

14

Al ver que estaba todo bajo control, Jane fue al banco y llegó justo antes de que cerrara. Decidió ser cortés y, con suerte, evitar que el hombre que decidiría el destino de la posada se enfadara.

—Hola, señor Blomfield. He venido a hablar de mi asignación.

El hombre se detuvo y la miró con sus diminutos ojos sin expresión.

—¿Cómo?

—He de decir que me sorprende que usted no pensara decirlo antes, conociendo los problemas económicos que tenemos.

Levantó las manos con indiferencia, pero su expresión y actitud eran cualquier cosa menos relajadas.

—Usted no preguntó.

—Se lo estoy preguntando ahora. ¿Cuál es el saldo actual?

—Tendría que comprobarlo.

—Entonces, hágalo, por favor. —Se sentó, aunque él no la invitó a hacerlo.

El banquero se encogió de hombros.

—Si no me falla la memoria, puede que unas mil libras.

—Pero el señor Coine me dijo dos mil. —Frunció el ceño.

—¿De veras?

—Sí, he estado hoy en Wishford hablando con él.

El señor Blomfield se reclinó en la silla.

—Puede que esa fuera la cantidad original, pero eso fue hace ocho años.

—Entonces, ¿no habría acumulado intereses?

—Al contrario. Hemos sufrido muchos años complicados, guerras y escasez. Por no mencionar los desplomes del mercado y quiebras bancarias.

—¿Está usted diciendo que en realidad puede... que la cantidad haya disminuido? —Tensó el pecho.

—Eso es exactamente lo que estoy diciendo.

Con razón no había mencionado el acuerdo.

—El señor Coine creía que podía contar con el cuatro por ciento.

—Ese podría haber sido el caso si estuviera todo en rentas del Estado, pero su padre nos confió el dinero a nosotros, y nosotros optamos por un enfoque diversificado.

Ella respiró profundamente, tratando de mantener la calma.

—Pero ¿por qué invirtieron la asignación de una mujer en una aventura que entrañe riesgos?

—Las inversiones siempre conllevan riesgos, señora Bell. Como muy bien sabemos mis socios y yo. —Le dirigió una mirada elocuente.

Jane se obligó a mantener la barbilla alta.

—En todo caso, me gustaría saber el valor actual. Por favor, compruébelo, señor Blomfield. Esperaré.

—¿A qué se debe esta repentina prisa? ¿Ha decidido vivir por su cuenta y dejar que Patrick Bell asuma la deuda? ¿O vender la posada y comprar otra propiedad?

—No he decidido nada, señor Blomfield. ¿Cómo voy a hacerlo cuando me está negando la información que le estoy pidiendo?

—Por favor, no se disguste, usted...

—No me he disgustado. Usted sí. ¿Vuelvo con el señor Coine? Se ofreció amablemente a interceder si había algún problema con el dinero.

—No hay necesidad de importunar a Alfred Coine —dijo el señor Blomfield, con gesto torcido. Se levantó—. Estoy seguro de que podemos arreglar esto satisfactoriamente por nuestra cuenta. Por favor, espere aquí, señora Bell. Volveré lo antes posible.

El banquero regresó diez minutos después con un libro de contabilidad. Lo abrió.

—Debo recordarle la naturaleza de esta firma. La gente deposita dinero, el

cual invertimos mis socios y yo con la esperanza de ganar una tasa de rendimiento lucrativa. Sin embargo, debido a unas inversiones desafortunadas, sobre todo un préstamo en particular... —Tosió dos veces—. En vez de rentabilidad, la cuenta ha perdido dinero. El valor ya supera con poco las mil libras.

«Mil libras...». No son suficientes para invertir en rentas del Estado y vivir de los intereses. No es suficiente para mantenerse durante mucho tiempo.

A él se le dibujó una sonrisa de suficiencia en la cara.

—Esa cantidad, sumada al beneficio de la posada si la vende, daría una suma considerable a fin de cuentas. ¿Hablo con el señor Gordon en su nombre para proceder con la venta...?

Jane negó con la cabeza.

—Tal vez sea mujer, señor Blomfield, pero no soy ninguna estúpida. No venderé la posada por menos de lo que vale. Puede transmitirle «eso» al señor Gordon de mi parte.

—¿Entonces avanzará la asignación para el préstamo?

—No. Pero me gustaría llevarme cada penique en efectivo o cheque bancario.

—Pero... —Enrojeció y se le marcaron los músculos del cuello—. Señora Bell, no es así como funciona. No tengo todo ese dinero guardado en una caja fuerte en la trastienda. Parte está repartido en préstamos, fondos consolidados y otras acciones. Tampoco se recomienda sacar semejante suma. La mayoría de las señoritas en su situación invierten el capital y solo se gastan los intereses.

—¿Qué intereses? La inversión ha perdido dinero. Al parecer, haría bien en sacar el resto antes de que desaparezca más.

—Entonces le ayudaré a transferir lo demás a una pequeña pensión anual segura.

—No, gracias. Prefiero confiárselo al banco de Wishford. El señor Matthews parece muy atento.

—¿Lo ha conocido? —Empezaba a derrumbarse.

—Parece un hombre más agradable —respondió. Quería que Blomfield pensara que había estado en Wishford para conocer al banquero.

Jane se puso en pie y añadió:

—Le daré hasta final de mes para que reúna toda la cantidad. —Confiaba en que él no se percatara de que le temblaba la voz—. Si no lo hace, enviaré al señor Coine para que lo recupere por mí. Que tenga un buen día, señor Blomfield.

Se marchó antes de que él pudiera objetarle algo más.



Al día siguiente, Jane fue en busca del señor Drake con la esperanza de volver a hablar con él. Todavía se hospedaba en Bell Inn, según tenía entendido, pero no lo había visto desde el día anterior. Ahora tampoco estaba en ninguna de las salas públicas. Le preguntó a Colin, quien le informó de que había visto al hombre salir aquella mañana pero todavía no había vuelto.

La mujer del vicario se pasó por allí y preguntó si le apetecía llevar flores para el púlpito el próximo domingo. Una de las mujeres más ancianas que ayudaban en la iglesia acababa de renunciar a su puesto hacía poco. Jane se mostró de acuerdo. Podía conseguir ramos fácilmente a esas alturas del año.

La señora Paley le dio las gracias y salió con la misma rapidez con la que había entrado, sin duda para poder cumplir con una docena más de obligaciones de la parroquia.

Después de que la mujer se marchara, Jane pasó una hora en su pequeño jardín de la parte trasera de la casita, quitando las cabezuelas marchitas, arrancando las malas hierbas y regando con vistas al encargo para la siguiente semana.

Avanzada la tarde, volvió a la posada. Echó un vistazo en el bar y vio al señor Drake sentado y relajado, con una pinta en la mano y hablando amigablemente con el tabernero, Bobbin, mientras el camarero recogía los vasos y las jarras que había en las mesas.

Bobbin torció el gesto, levantando la mirada al techo de vigas, mientras respondía:

—¿La señorita Payne...? No, no puedo decir que me suene el nombre. Pero

vamos, no me relaciono mucho con mujeres.

El tabernero la vio en el vestíbulo y añadió:

—Mire, ahí está la señora Bell. Señora, ¿conoce a alguna señorita Payne por aquí?

—Me parece que no... No.

El señor Drake se dio la vuelta hacia ella y se levantó.

—Buenas tardes, señora Bell.

—Buenas tardes. Siento interrumpir.

El señor Drake ofreció una sonrisa cálida.

—En absoluto. Solo estábamos pasando el rato.

—Quizá si me dice el nombre de pila de la señorita Payne, pueda... — propuso ella.

James rechazó su ofrecimiento con un gesto de la mano.

—No importa. Tenemos noticias más felices de las que hablar.

—¿Cómo?

Entró una pareja de agentes de la milicia y, mientras Bobbin les tomaba nota, el señor Drake indicó un tranquilo rincón junto a la chimenea.

—Venga a tomarse una copa conmigo, Jane. Acompañeme en la celebración.

—¿A celebrar el qué?

Él abrió los brazos.

—Tiene ante usted al nuevo propietario de Fairmont House.

Jane se quedó boquiabierta y al final pudo decir:

—¿«Ha» comprado Fairmont House? El corazón se le aceleró.

—Espero que no esté disgustada.

—Yo... no sé qué pensar. —Se dejó caer en el sillón de respaldo alto—.

¿Y qué pasa con su hotel de Southampton?

Él se sentó justo enfrente.

—También lo mantendré. Tengo un director competente, como le dije.

A Jane le daba vueltas y le retumbaba la cabeza. Pero pudo llegar a una desagradable conclusión:

—¿Usted era el que hizo una oferta por la posada! De hecho, una oferta bastante baja.

—Sí, era yo. Confieso que vine aquí con esa idea. Cuando vi los planes para la carretera, pensé que podría adquirirla a buen precio. Pero después de conocer a su encantadora dueña, retiré la oferta.

—Después de que yo la rechazara, querrá decir. Ayer le dije al señor Blomfield que no vendería a un precio tan bajo.

—Hace bien —aprobó él—. Pero en ese momento ya le había echado el ojo a otro lugar. Pensé en comprar tierras y construir algo a tal efecto. Pero parecía poco probable que una inversión así produjera rendimientos rápidamente. Así que decidí aprovechar una propiedad ya existente que contara con toda la majestuosidad señorial y elegantes detalles arquitectónicos, con tanta frecuencia pasados por alto en los edificios modernos. Llevará todavía tiempo y dinero, sobre todo porque el lugar ha estado mucho tiempo vacío. Pero al final creo que valdrá la pena, más teniendo en cuenta su ventajosa ubicación.

—Espere... ¿Está diciendo que planea convertir Fairmont House... en un hotel?

—Claro. ¿Qué creía que pensaba hacer?

—Vivir ahí, como una persona normal.

Él soltó una risita.

—No hay beneficio en eso. Además, ya tengo una *suite* estupenda en Southampton si solo quisiera una morada.

—Pero... pero... —farfulló ella—. Es una mansión. Con una larga historia. Hecha para una familia...

—Señora Bell... Jane —dijo, frunciendo el ceño—, me sorprende su reacción. El agente mencionó que había crecido allí y detestaba ver cómo se arruinaba. Pensé que se sentiría aliviada.

—¿Aliviada? ¿Por ver la casa de mi familia convertirse en un albergue para extraños?

—Pero su familia la vendió hace años. No tenía ni idea de que todavía se sintiera con derecho a reclamar el lugar.

—Yo... —Jane agachó la cabeza, consciente de lo absurdos que eran sus sentimientos. Si su padre hubiera podido prever el futuro, ¿habría vendido el lugar de manera tan repentina?

—¿Tenía intenciones respecto a la propiedad? —preguntó él.

Ella alzó el mentón.

—Había pensado que podría comprarla algún día.

—¿De veras? No tenía ni idea. Lo siento. Iré a ver al señor Gordon y me desdiré, si es posible.

—No. No. Gracias, pero no haga eso. Estoy siendo una completa estúpida. Recuperar el lugar solo era un sueño de niña. No tengo medios para hacerlo, ni es probable que los tenga nunca. Por favor, olvide lo que he dicho. — Consiguió sonreír—. Le deseo que sea feliz en su nueva aventura.

Él la miró fijamente y luego susurró:

—Qué valiente es, Jane.

—¡Oh, no! ¡No solo será el dueño de mi antiguo hogar, sino que también será mi nueva competencia! ¿Quiere robarnos el negocio, eh, JD? —dijo, al comprender el significado de todo aquello.

—Venga, vamos, Jane. ¿No tendrá miedo de un poco de sana competencia, no?

—Miedo es justo lo que siento. Sabe que ya lo estamos pasando mal.

—También sé que ha perdido varias líneas de diligencia y que nunca le ha gustado mucho el tráfico de calesas. Espero hacerme con las líneas que ha perdido y también buscar viajeros privados que vayan con el correo. Un lugar como Fairmont atraería a la clase alta, tiene que admitirlo.

No podía negarlo.

—Y, claro, le dará la espalda a nuestros clientes actuales —alegó, en tono sarcástico.

—Jane, deje a sus clientes satisfechos y no tendrán motivo para abandonarla. Al menos, en cuanto se pase la novedad —respondió, guiñándole el ojo.

—¡Si nos queda algún cliente para entonces! ¿Cuándo abrirá?

—No estoy seguro. Tengo que reunirme con un arquitecto y contratar a un constructor. Pero la mantendré al tanto.

—¿En serio? ¿Por qué? —repuso, con curiosidad.

—No veo motivo por el que no podamos llevarnos bien, incluso podemos ser rivales amistosos.

—¿No? Su optimismo es alentador.

—Vaya, gracias. Hago lo que puedo. —Sonrió, lo que acentuó los profundos surcos a ambos lados de la boca, masculinos y atractivos.

—Me trasladaré a Fairmont en cuanto pueda —añadió—. Tengo pensado residir allí mientras superviso la construcción de los nuevos establos y las reparaciones en otras partes de la casa. Por cierto, conozco a un constructor en Salisbury, pero si puede recomendarme a uno bueno de la zona, le estaría muy agradecido.

—Los hermanos Kinsley lo construyen casi todo por aquí: desde mi cabañita al invernadero de Thornvale. Todo el mundo habla muy bien de ellos.

—Excelente. Gracias.

—Tengo algo que preguntarle: ¿por qué aquí, de entre todos los lugares? No somos el único pueblo amenazado por la carretera. Debe de haber mejores sitios para abrir un hotel.

—Tengo mis razones.

Ella abrió la boca para responder, pero antes de que pudiera insistir, James Drake se le adelantó:

—Razones personales —añadió, tocándole la nariz con el dedo índice.



El domingo, Jane salió de la iglesia acompañada de Mercy, mientras que la tía Matilda iba por delante con las alumnas. Rachel había vuelto a faltar esa mañana, sin duda se había quedado en casa cuidando al padre. El señor Paley había rezado por *sir* William durante la misa. Al parecer, por el día estaba debilitado, aunque mantenía el buen ánimo y seguía disfrutando de sus libros favoritos.

Jane pensó en su padre. Mientras caminaban, le habló a Mercy de la asignación que le había dejado y admitió que de algún modo tal vez lo había juzgado mal.

—Me alegra oír eso, Jane. Sé que hizo cosas que te hirieron, pero espero que esto te ayude a perdonarlo.

«¿Perdonarlo?», pensó Jane. «¿Por la casa, y *Hermione*, y traicionar la memoria de mi madre?». Además, ya no estaba allí para perdonarlo.

—Bueno... ¿vendrás con nosotras? —preguntó su amiga, al parecer por segunda vez.

—¿Eh?

—La Sociedad de Damas Té y Labores se reúne mañana por la noche.

—¿La Sociedad de Damas Té y Labores? —repitió Jane vacilante—. No sé, Mercy.

—Ay, ven, Jane. Creo que te parecerá... edificante.

—Cielos. Eso parece serio.

—Lo es, pero también agradable.

—Llevo años sin hacer punto. Puedo coser, pero...

—No tienes que hacer punto. Es algo más simbólico. Aunque algunas traen las labores de punto para pasar el rato.

—¿Pasar el rato? ¿Tan aburridas son esas reuniones?

—No son nada aburridas, qué va. Pero a algunas mujeres les gusta mantenerse ocupadas mientras hablamos sobre los problemas y proponemos ideas. Además, con el precio de los textiles, nunca falta algo que remendar.

—¿Qué clase de problemas? ¿Problemas de mujeres?

Mercy se rio.

—No. Problemas de negocios, mayormente.

—¿De qué tipo de negocios hablas? —preguntó Jane, cada vez con mayor cautela.

—De toda clase. El caso es que somos un grupo de mujeres que tienen negocios de uno u otro tipo, aunque mantenemos ese aspecto muy en secreto. Suele incomodar a los hombres. A algunas mujeres también.

—¿Entonces el punto es solo un pretexto?

—Básicamente —convino Mercy, con ojos centelleantes.

—¿Y el té? ¿Eso también es un pretexto?

—Por Dios, no. El té es obligatorio. ¿Qué harían las mujeres sin té en una reunión? Organizamos turnos para llevarlo y así compartir los gastos. Por suerte, el precio ha bajado, aunque todavía está caro.

—No puede haber muchas mujeres con negocios en un pueblo del tamaño

de Ivy Hill.

—Quizá te sorprendas. Solemos asistir entre ocho y diez. No todas quieren venir. Y algunas asisten solo a veces, cuando tienen tiempo. La tía Matty se ocupa de las chicas por mí para que pueda escaparme. Ven solo a una reunión, a ver qué te parece.

—Vale, muy bien —aceptó Jane—. Aunque no me considero una mujer de negocios. «Aún no, al menos».



CAPÍTULO

15

El lunes por la noche, la Sociedad de Damas Té y Labores se reunió en un saloncito del ayuntamiento. Colocaron una docena de sillas a un lado de la sala, mientras que al fondo, Mercy ponía varias cucharadas de té en la tetera y esperaba a que la olla hirviera en una estufa.

—¿Puedo hacer algo? —preguntó Jane.

—Sí, pon estas galletas en un plato, por favor.

Jane se puso a hacerlo, aliviada por estar ocupada y concentrar su atención en otra cosa que no fueran los nervios que sentía en el estómago. Empezaban a entrar las mujeres, algunas hablando entre sí y otras en silencio, como para evitar llamar la atención. Todas la miraron con curiosidad.

A la modista, la señora Shabner, la conocía. Y a la lavandera, la señora Snyder. También había coincidido brevemente con la señora Burlingame, quien transportaba productos de establecimientos alejados. Reconoció otras caras, pero no recordaba el nombre de todas.

Se quedó allí, como fuera de lugar, mientras Mercy hacía las presentaciones, precisando la actividad de cada una. Se sorprendió al conocer la variedad de negocios que había en manos femeninas. Había una fabricante de velas de cera y sebo, una vendedora de pollos, una pintora de casas y letreros y una afinadora de pianos, entre otras profesionales.

Jane observaba la sala mientras entraba el resto. Qué raro era verse en un evento social con gente a la que solo había visto o con la que únicamente había hablado antes desde el otro lado del mostrador —y que no consideraba

sus iguales—. ¿Cómo la verían? Creyó detectar un indicio de censura, o tal vez solo incredulidad, en un gesto de la señora Barton, que contraía la boca. ¿Podía culparla? Tal vez la había tratado con condescendencia —ojalá no con descortesía—, cuando habían hablado por última vez de un pedido de queso. La señora Bushby, jardinera, florista y propietaria del invernadero, le dirigió una leve sonrisa de aceptación. Hablaban a menudo de plantas y semillas, y le compraba flores de invernadero para el cementerio, y a veces para la posada, cuando su jardín aún no estaba en flor.

¿Conocían estas mujeres los problemas financieros de la posada? La vendedora de aves probablemente sí. Hace poco había acudido a cobrar lo que se le debía, pero, al no poder pagar la factura, la señora Rooke la había despachado con las manos vacías.

Y lo que era peor, se preguntaba si la lavandera recordaba la última vez que había hablado con ella en privado, pidiéndole si podía ayudarle a quitar unas manchas complicadas de su camión favorito. Manchas de sangre.

—He de decir que me sorprende verla aquí —alzó la voz la señora Barton, la lechera—. De Thora Bell podría entenderlo, aunque nunca ha venido. Pero no sé si somos lo bastante elegantes para el gusto de la antigua señorita Fairmont.

—¡Bridget! —la reprendió Mercy.

La mujer de rostro rubicundo levantó la mano.

—No quiero faltarle al respeto, pero aquí siempre hemos sido francas y lamentaría ver que eso ahora cambiara.

Su amiga la miró y, al ver que no intentaba hablar por ella misma, respondió con delicadeza:

—Quizá no lo sepas, Bridget. Pero Jane es la propietaria de Bell Inn, y lo ha sido desde que murió su marido.

—Bueno, tener el nombre en una escritura no siempre indica que está haciendo el trabajo, ¿verdad, chicas?

En la sala hubo gestos afirmativos y varias miradas de complicidad.

Mercy continuó:

—He pensado que tal vez podríamos ayudar a Jane. Algunas sabéis que la posada está atravesando dificultades. Y no puede tardar mucho en decidir si

encargarse de la gestión para hacer que sea rentable o venderla. Pero esta noche —su primera reunión—, he pensado que simplemente podíamos dejar que observe y haga las preguntas que desee, pero sin sentirse presionada a participar hasta que esté cómoda.

Se oyeron murmullos de asentimiento, salpicados de unas cuantas quejas, y la reunión dio comienzo.

El primer asunto que surgió fue la masificación de los puestos del mercado y la tendencia del Consejo municipal a asignarle los mejores puestos a los hombres, residieran o no en Ivy Hill. Mercy se ofreció a hablar con *sir* Timothy en nombre de todas, para ver si podía convencer al Consejo para que fuera más justo con los comerciantes, ya fueran varones o mujeres.

—¿Qué toca ahora? —preguntó.

La vendedora de pollos, la señorita Featherstone, se levantó.

—Iba a pedirles consejo sobre qué hacer cuando un cliente no paga, pero como la señora Bell está aquí hoy, me guardaré la pregunta para otra ocasión.

Se volvió a sentar y Jane agachó la cabeza avergonzada.

Después, cuando terminaron de rellenarse la taza de té y tomar alguna galleta, Jane se armó de valor y se acercó a la señorita Featherstone, prometiéndole pagar la cuenta ella misma tan pronto como le fuera posible.

Luego buscó a la señora Klein.

—Lamento mucho lo de su marido. Era nuestro afinador de piano en Fairmont House.

—Sí, lo recuerdo. Por desgracia, su padre no quiso continuar conmigo después de que muriera el señor Klein, aunque intenté garantizarle que mi marido me había enseñado bien.

—No sabía que usted compartiera sus conocimientos —respondió. Su padre empezó a contratar a un hombre de Salisbury: una propuesta carísima y Jane continuó contando con él después de casarse con John. Quizá debería replanteárselo.

La mujer dejó ver que lo comprendía:

—Muchos dudan de mi habilidad.

La puerta se abrió de golpe y la mujer del vicario entró agitada, sin respiración.

—Siento llegar tan tarde.

—Señora Paley, ¿debemos recordárselo de nuevo? —regañó ligeramente Bridget Barton—. Usted «no» tiene un negocio.

La señora Paley echó el sombrero en una silla, tenía el peinado ladeado y la cara encendida.

—¿No? —dijo desafiante, y con voz inusitadamente exasperada—. Me ocupo de los asuntos de Dios a diario, por no mencionar las cosas de la iglesia. Es verdad, mi marido está a la cabeza y yo soy la ayudante, pero él no puede hacerlo todo —o como dice, no gran cosa— sin mí. ¿Quién dirige la cofradía de la caridad y las donaciones de ropa para la parroquia? ¿Quién hace que el señor Paley tenga la ropa blanca como la nieve, que sus hijos se comporten adecuadamente y evita que su pelo parezca un arbusto salvaje? ¿Quién trata con los feligreses descontentos y se pelea todos los días para satisfacer sus expectativas, que a veces son irrealizables? Vaya, soy algo más que una mujer de negocios. Soy política, profesora, médica, redactora, estiro el presupuesto, gestiono... y más suave que una pluma.

Observó las caras de sorpresa y se desplomó en una silla, agotada, pero prosiguió:

—Perdonadme. Aparte de mi casa, este es el único lugar donde puedo ser quien realmente soy y no tengo que morderme la lengua a cada instante. Pero siento parecer una mártir. Soy afortunada, lo sé. Es que ha sido una semana difícil.

—Lo entendemos, señora Paley —intervino Mercy, con delicadeza.

La mujer del vicario se volvió hacia Jane con aspecto abatido.

—Y señora Bell, lo siento otra vez. ¡Menudo comienzo más acalorado su primera reunión! Espero que no sea su última vez. No por mi culpa.

Tal vez fuera la última, pero ni mucho menos por la esposa del vicario, quien de hecho le caía muy bien.

A medida que avanzaba la reunión, Jane volvió a mirar a las presentes, de diferentes edades, con vestidos de distintos estilos —ninguno muy a la moda—. Y las manos. ¡Ay, las manos de aquellas mujeres! Eran eruditas, como Mercy, artesanas, como la fabricante de velas y la afinadora de pianos, y humildes, como la lechera y la lavandera. ¿Podía ser como ellas? ¿Capaces e

independientes, trabajadoras y de manos deterioradas? ¿Quería serlo?

La señora Bushby se levantó y dijo que su invernadero había sido destrozado —le habían disparado y roto los cristales— por unos cazadores furtivos borrachos, suponía ella, porque la época de caza aún no había comenzado.

—¿Has hablado con el magistrado? —preguntó Mercy.

—Sí, pero no puede hacer nada sin pruebas. Mientras tanto, el cristalero exige el pago por adelantado para cambiar las vidrieras y no tendré dinero suficiente hasta fines de la temporada de cultivo. ¡Quiere seis libras!

—¡Seis libras! —Se escandalizaron las mujeres.

La señora Paley intentó morder una galleta y luego, con discreción, la puso en el plato.

—El jardín de la vicaría está descontrolado. Tal vez podrías trabajar por mí para conseguir esa cantidad —propuso.

La señora Bushby negó con la cabeza.

—No necesito caridad, señora.

—¿Caridad? Dudo que lo sea. ¡No has visto mi jardín!

La señora Klein se levantó.

—Mi caballo está enfermo, y sin él no puedo viajar muy lejos. Dios sabe que no hay suficientes pianos en Ivy Hill y Wishford para mantenerme ocupada.

—Te puedo prestar mi burro, que ya hemos sembrado —ofreció la dueña del invernadero.

—O puedo llevarte hasta Codford y Wilton en mi ruta semanal —añadió la arriera, la señora Burlingame.

A Jane se le ocurrió ofrecer los servicios de Gabriel Locke, que parecía veterinario autodidacta. Pero al final, se quedó callada, pues no estaba segura de que su ayuda —o interferencia— fuera bien recibida.

—Tengo una pregunta —dijo una de las hermanas Cook—. ¿Creéis que está mal que la señorita Morris deje el nombre del padre en su tarjeta y anuncios, como si él estuviera todavía trabajando?

Becky Morris, la hija de un pintor fallecido, protestó:

—¡Al menos así tengo trabajo que hacer!

—Damas, estamos aquí para ayudarnos, no para juzgarnos.

—Últimamente no es la única que me ha estado criticando. La señora Prater me echó una reprimenda justo la semana pasada. Decía que subir escaleras para pintar casas y letreros es impropio de una dama e indecente. ¡Indecente! Cuando nunca antes se ha quejado. ¡Bueno, me he enterado de que han visto al joven Delbert Prater mirándome debajo de la falda, el muy granuja! —protestó la señorita Morris.

Las mujeres rechistaron con comprensión y algunas se rieron.

—Espero que lleves ropa interior, Becky —dijo la señora Shabner.

—Ahora sí —respondió la aludida.

Jane se mordió el labio para ahogar una risa. Después sonrió a Becky Morris. Al instante, se sintió culpable. Había visto la elegante caligrafía y pintura en el escaparate de Prater's y había pensado que lo habría hecho un hombre. Al parecer, tenía mucho que aprender. En más de un sentido.

Después de la reunión, Mercy y Jane caminaron juntas hasta la calle High.

—¿Qué te ha parecido?

—No sé. Admiro la forma en que se ayudan las mujeres, y lo duro que trabajan. Pero sigo queriendo volver a mi antigua vida.

—¿A tu antigua vida? ¿Qué vida es esa?

—Sabes a lo que me refiero. —Señaló la posada al otro lado de la calle—. No me criaron para esto. No me siento preparada.

—¿Esa «antigua vida» que idealizas es tan perfecta? Mira Rachel Ashford. Su padre ha caído en desgracia y está agonizando. Y ella va a perder la casa en cuanto él muera. ¿Te cambiarías por ella?

Jane soltó un suspiro.

—No.

—Esa antigua vida ya no existe.

—Para mí no —aceptó Jane—. No aquí.

—¿Crees que si te mudaras a otro sitio serías feliz? —planteó Mercy con seriedad—. ¿Sentada sola en alguna habitación alquilada, leyendo y tocando el piano todo el día para entretenerte? ¿No te aburrirías? Por no hablar de estar sola...

Así era básicamente como había estado viviendo el último año. Había estado sola y aburrida desde que murió John. E incluso antes, tenía que admitirlo.

Mercy continuó:

—Y no me parece que vivir con la tía Matty y conmigo sea tampoco la solución. Tengo que tener disponible el dormitorio de mis padres, aunque raramente me visiten. Y ya le he ofrecido la habitación libre a Rachel, para cuando llegue el momento. Sabes que es orgullosa y odia pedir ayuda. Pero aunque tuviéramos otra habitación disponible, ¿de verdad querrías retirarte en una existencia de ermitaña ahora que por fin has empezado a salir?

¿Querría?

Su amiga le apretó la mano; los ojos le brillaban bajo el farol.

—Gestiona la posada, Jane; sálvala. Ten una misión en la vida. Date cuenta de que lo que hace que el trabajo merezca la pena es más que el beneficio y el esfuerzo. Se trata de emplear los dones y habilidades que te han dado para servir al prójimo y complacer al Creador.

Se paró, impresionada por aquellas palabras. Tragó saliva y dijo:

—Santo cielo, Mercy. Deberías ser reformista.

El rostro de la señorita Grove cambió con una sonrisa lenta.

—¿Y quién dice que no lo sea?

Sus caminos se separaron y cada una se dirigió a su casa. Cerca ya de la cabaña, Jane vio por el arco de entrada de la posada a Gabriel Locke sentado en el banco de fuera, tallando algo.

Cuando vio que la mujer se acercaba, alzó la vista.

—Hola, señora Bell. ¿Cómo es que está fuera tan tarde?

Jane se acercó aún más.

—He ido a mi primera reunión de la Sociedad de Damas Té y Labores.

—¿Té y Labores? —Arrugó la frente.

—¿Sabe guardar un secreto?

—Sí.

Ella bajó la voz:

—Las participantes son todas mujeres con negocios.

Él levantó las oscuras cejas.

—¿De veras? Entonces, usted está decidida, ¿no?

—No me he deci...

—Me alegro —continuó él, sin dejarla terminar—. Me estaba temiendo que le pasaría a Ivy Hill si perdiera su única posada... su punto de comunicación con el mundo y el puesto de trabajo de tantos de los que vivimos aquí. —Abrió los brazos—. No solo el personal, sino también el panadero, el carnicero, la fabricante que nos suministra las velas y esos largos cirios para las lámparas de la diligencia. Las granjas que nos abastecen de caballos para los carruajes. El ruedero, los carreteros que entregan las mercancías, por no mencionar las compañías teatrales y los predicadores. Los ha acogido durante años. Y todos los que trabajan o se benefician de la posada, a su vez son clientes de los negocios que quedan y aportan a la cofradía de la caridad y a los pobres.

Hizo un círculo con las manos y prosiguió:

—La vida en un pueblo es como una enredadera que trepa por un gran roble. Cortas la cepa por la raíz y las hojas se marchitan por todo el árbol. Estamos todos relacionados.

Por un momento, Jane se quedó mirándolo, desconcertada por su largo y apasionado discurso, cuando por lo general era un hombre de pocas palabras, incluso distante con ella.

—¡Dios mío, eso ha sido casi poético!

—No. Es la pura verdad. Entiendo que en cierto modo le sería más fácil vender o pasarle las riendas a Patrick. Pero en esta situación tiene más cosas en que pensar aparte de usted misma.

—Y eso «no» ha sido poético, sino una lección —dijo ella fríamente—. Una lección que no he pedido. —¿Quién se creía que era ese hombre para hablarle de forma tan crítica?

Gabriel hizo una mueca.

—Sé que no es mi función, pero con John muerto, yo...

—Por favor, dígame que no pretende ocupar su lugar.

—Claro que no. Pero deje de lado por un momento su orgullo herido y piense esto: John podría haberle dejado la posada a Patrick. Pero no lo hizo.

Se la dejó a usted. Por un motivo.

—Porque tenía la obligación de mantenerme.

Gabriel negó con la cabeza.

—Si fuera ese el caso, podría haber aumentado su asignación o convertir su manutención en una condición legada a Patrick. Pero no lo hizo. Se la dejó a usted porque pensó que era la mejor persona para el trabajo.

—Lo dudo —dijo Jane. «Me la dejó solo porque quería que la posada acabara en manos de sus hijos por medio de mí. Pero no hay hijos», pensó.

Como si le leyera el pensamiento, Gabriel bajó la voz:

—Recuerde, John podría haber cambiado su testamento en cualquier momento.

—Tal vez quiso pero no le dio tiempo —repuso Jane, que luego suspiró—. Escuche. Sé que John lo consideraba un amigo. Y que le ofreció un puesto de trabajo aquí, supongo que por eso. Pero «yo» no le conozco lo suficientemente bien como para...

—¿Para confiar en mí? —terminó él.

—¿Me lo reprocha?

Gabriel se puso en pie.

—No. Es una mujer sabia, señora Bell. Su marido «sí» confió en mí, y mire adonde lo llevó.

Lo miró fijamente.

—¿Qué quiere decir con eso?

Él le puso la mano, encallecida por el trabajo, en la cara.

—No importa. Perdóneme. Ha sido cruel decir eso.

—¿Pero qué significa eso? —repitió.

Gabriel se volvió hacia las caballerizas.

—Significa que es hora de darle las buenas noches.

Jane volvió a la cabaña con una maraña de ideas en la cabeza. Se quitó los guantes y se sentó en la vieja mesa de John. Era hora —un poco tarde— de tomar una decisión.

Volvió a pensar en el préstamo pendiente, la pérdida de las líneas de diligencias, la nueva competencia de James Drake. Sería más fácil abandonar.

O cedérsela a Patrick.

Pero entonces pensó en lo que había dicho Gabriel Locke. «Todos los que trabajan o se benefician de la posada, a su vez son clientes de los negocios que quedan y aportan a la cofradía de la caridad y a los pobres. La vida en un pueblo es como una enredadera que trepa por un gran roble. Cortas la cepa por la raíz y las hojas se marchitan por todo el árbol. Estamos todos relacionados».

Cuando pronunció aquellas palabras, ella no las había comprendido del todo. Pero ahora, sentada allí y pensando otra vez en las cepas y las hojas, no pensaba en los aldeanos y tenderos a los que veía de paso, gente a la que no conocía personalmente y que no le preocupaba. Ahora pensaba en la señora Bushby, la señora Klein y la señorita Morris. En el panadero y la fabricante de velas y la de queso. El carretero, la lavandera y la vendedora de aves. Y por su puesto en el personal de su negocio. Todos prestaban servicio a la posada o a los que atravesaban sus puertas. ¿Iba a cerrarles las puertas a todos? ¿O amenazaba Patrick con hacerlo?

No. Ella no lo haría. No si podía evitarlo.



A la mañana siguiente, Jane cruzó el patio de la posada, resuelta a contarle a Thora lo que había decidido. No estaba segura de cómo reaccionaría, pero sabía que a Patrick no le haría ninguna gracia. Se tragó el miedo y entró en el despacho. Su suegra estaba sola.

Antes de que pudiera decir nada, Thora empezó:

—Jane, ¿has decidido qué hacer con la venta? ¿O dejar que Patrick asuma la deuda? Has escondido la cabeza como un avestruz demasiado tiempo. Es hora de afrontar la realidad.

Las emociones se apoderaron de Jane: enfado, rabia, dolor. Repelió las duras palabras que le vinieron a la boca. En cambio, se armó de valor y respondió:

—Tiene razón. De hecho, he decidido quedarme la posada.

—Bien.

—Me sorprende. Creía que le gustaba la idea de que Patrick fuera el dueño de la posada en vez de yo, o en vez de algún extraño.

—Patrick es mi hijo, y por supuesto que quiero para él lo mejor. Pero tiene muchas formas de ganarse la vida. Otros lugares donde puede vivir. ¿Dónde vivirás «tú» si perdemos esto? Lo cual aún puede ocurrir, ya lo sabes.

—Sí, lo sé. Sin embargo, espero que Patrick no se lleve una gran decepción cuando se lo diga.

—¿Decirme el qué? —preguntó Patrick, que aparecía por la puerta con el libro de tarifas en la mano.

—Jane ha decidido intentar salvar la posada ella sola —explicó su madre. Él hizo un gesto de sorpresa.

—¿De veras?

—Bueno... no «yo» sola —intervino rápidamente—. Espero que vosotros dos me ayudéis.

—Ya veo... —Su cuñado dejó el libro en la mesa y se cruzó de brazos—. Pues nada, buena suerte.

Jane lo observó con recelo, resultaba difícil decir si estaba siendo sincero o no.

—Ahora que te has decidido —dijo Thora—, ¿qué piensas hacer?

—Creo que deberíamos sentarnos todos y hablar de lo que es preferible. Su suegra negó con la cabeza.

—No quieres que esté.

—Sí quiero. Valoro su experiencia y sus opiniones. —«La mayoría de las veces», se dijo a sí misma—. Y tú también, Patrick.

—Entonces creo que deberíamos incluir a Walter Talbot también. Sabe más que nadie sobre la administración de la posada —propuso Thora.

—¿Más que usted, madre?

—Él estuvo más implicado en los aspectos del transporte de lo que jamás lo estuve yo. ¿Y qué pasa con Gabriel Locke? Para cualquier mejora que haga falta en el patio de caballerizas...

—No sé si el señor Locke sabe mucho sobre el negocio, aparte de herrar caballos y cuidar a los que están enfermos —dudó Jane.

—Al contrario, parece saber mucho de caballos y de dirigir a mozos de cuadra —dijo Thora—. Ambas cosas son claves para que la posada tenga éxito.

—Muy bien. Si cree que puede contribuir... ¿Y Colin?

Su suegra puso mala cara.

—Si es necesario... Aunque alguien debería quedarse en el mostrador de recepción, por si acaso.

—Supongo que tienes razón —asintió Jane.

Se preguntó de nuevo qué tenía esa mujer contra Colin McFarland, pero desechó aquel pensamiento. En ese momento, lo que le preocupaba era la reunión que debía planificar.



CAPÍTULO

16

Cuando Jane salió del despacho, Patrick tomó la factura atrasada del carnicero y le echó un vistazo; Thora se acercó a la ventana.

Pasaron algunos minutos en silencio. Después, la madre preguntó:

—¿Qué sabes sobre Gabriel Locke?

Él se encogió de hombros, con los ojos clavados en el papel.

—No mucho. ¿Por qué?

Ella se volvió de nuevo hacia la ventana y miró hacia el fondo del patio, donde el herrador estaba hablando con Jane, al lado de un caballo amarrado. Ya los había visto conversar en algunas ocasiones últimamente y le venían preguntas —y sospechas— a la mente.

—¿Dónde trabajaba antes?

—No lo sé. Ya estaba cuando yo vine. ¿No trabajaba aquí antes de que se marchara usted a casa de la tía Di?

—Sí. Pero pensé que era algo temporal. No imaginé que se quedaría tanto tiempo.

Patrick levantó la vista.

—Ah. ¿Y eso?

—Era amigo de tu hermano. Se conocieron en Londres, me parece. Me había hablado muy bien de él, pero no lo conocí en persona hasta que murió John. El señor Locke estaba con él cuando sucedió.

Su hijo frunció el ceño.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Estaban juntos en Epsom cuando ocurrió el accidente. Y él trajo el féretro a Ivy Hill.

El dolor atravesó el corazón a Thora al pensarlo. Aquel terrible y sombrío recuerdo. La conmoción, el horror y el dolor de perder a su primer hijo.

Tragó saliva. Su periodo de luto había terminado, se recordó con dureza.

Respiró hondo para tranquilizarse y continuó:

—Talbot fue quien me dijo que el señor Locke se quedaría trabajando de herrador durante un tiempo. Cabot nos había dejado porque le había surgido una oferta mejor, en la posada Crown, Wishford, y todavía no habíamos encontrado sustituto. Jake Fuller venía a hacer algunos trabajillos siempre que podía y Talbot intentó ocuparse del establo, además de seguir atendiendo el resto de sus obligaciones. Pero era demasiado. Dijo que la llegada de Locke había sido un regalo divino.

—¿El viejo Cabbage se marchó a trabajar a la posada Crown? —preguntó Patrick incrédulo. De pequeño había malinterpretado el nombre de Cabot creyendo que se llamaba Cabbage⁵ y ya nunca se volvió a referir a él con otro apelativo.

La mujer asintió.

—Yo recordaba que John había mencionado que Locke entendía de caballos, así que no cuestioné la decisión en aquel momento. Tu hermano ya no estaba, y los caballos eran lo último en lo que pensaba.

—Claro, madre. Vuelvo a pedirle disculpas por no haber estado aquí.

Ella asintió.

—Intenté avisarte cuando ocurrió. Pero me devolvían las cartas.

—Debería haberme preocupado más de informarle debidamente de mi cambio de dirección.

—Bueno. Ahora estás aquí.

—Exacto.

La madre entornó los ojos al recordar.

—Creo que incluso llegué a comentarle algo a Talbot antes de partir. Le pedí que averiguara cuánto pensaba quedarse Locke para que tuviera tiempo suficiente de buscar un sustituto. Es difícil encontrar buenos herradores.

Patrick asintió.

—Le exigía usted demasiado a Talbot. Siempre lo ha hecho.

—Bueno, sabía que a Jane no se le iba a ocurrir hacerlo. —Cuando asimiló las palabras de su hijo, ladeó la cabeza y lo miró con atención—. ¿A qué te refieres con eso de que le exigía demasiado a Talbot?

Él encogió un hombro y frunció los labios.

—Pues lo que he dicho. Le pedía demasiado. Le asignaba más responsabilidades de las que tiene cualquiera de los gerentes o jefe de porteadores que yo conozca. No me extraña que se marchara.

—¿Me estás diciendo que yo tengo la culpa de que se marchara?

—No exactamente. Pero cuando tuvo la oportunidad la aprovechó, ¿no? Y a toda prisa.

—Walter Talbot heredó la granja de su familia cuando murió su hermano. Por eso se marchó.

—Si usted lo dice... Nunca imaginé que acabaría viendo a nuestro instruido señor Talbot convertido en el propietario de una granja. Pensaba que alquilaría las tierras. Sobre todo teniendo en cuenta que la esposa de su hermano seguía viviendo en la granja. O quizá fue ese el motivo por el que se marchó a vivir allí...

—No empieces, Patrick. Esos rumores son maliciosos y falsos.

Él levantó la mano.

—Tampoco lo juzgaría de ser así. En algunas culturas se espera que un hombre se case y mantenga a la viuda de su hermano, no que se olvide de ella, como hacemos aquí. —Le dedicó una sonrisa traviesa a su madre y arqueó las cejas—. Y yo simpatizo con la idea.

—Pues no lo hagas —le ordenó—. A ojos de la ley y de la Iglesia, Jane es tu hermana.

—Ya lo sé, madre. Lo digo porque me gusta provocarla. En fin, ¿por qué se está haciendo tantas preguntas sobre Locke precisamente ahora?

—Últimamente lo veo hablar mucho con Jane.

Patrick asintió.

—Es muy obstinado, nuestro señor Locke. Los caballos nunca han descansado lo suficiente ni se han alimentado bastante para nuestro quisquilloso herrador. Siempre se está quejando de algo. Yo no le doy mucha

importancia a nada de lo que dice, y debe de estar quejándose a Jane.

Notó que su hijo la miraba y él continuó:

—¿Qué le preocupa? En este momento un herrador irritable parece el último de nuestros problemas.

Se acercó a ella y se puso a su lado junto a la ventana para observar lo que estaba mirando. En el establo, el herrador estaba cepillando a un impresionante caballo castaño mientras Jane hablaba. No podían escuchar la conversación, pero Locke asintió a lo que ella le hubiera preguntado, quizá hubiese aceptado asistir a la reunión. Jane sonrió agradecida y se lo quedó mirando un momento.

Patrick murmuró:

—Ah... Ya veo.

Thora preguntó:

—¿Cuánto le pagamos a nuestro querido herrador?

Patrick frunció los labios.

—No lo sé. Solo llevo dos meses aquí. Todavía no he liquidado pagos trimestrales. —Volvió al escritorio—. Déjeme ver.

Abrió el libro de contabilidad y empezó a pasar las hojas. Cuando encontró la página deslizó el dedo por una columna de números... y frunció el ceño acercándose a los apuntes.

—¿Qué? —urgió Thora.

En lugar de contestar, Patrick pasó algunas páginas más hasta llegar al trimestre anterior.

—Qué raro.

—¿El qué?

Ella se acercó al escritorio y se inclinó para ver lo que había sorprendido tanto a su hijo.

—Locke cobra lo mismo que los mozos de cuadra —dijo—. Es mucho menos de lo que le pagábamos al viejo Cabbage.

La mujer frunció el ceño.

—Déjame ver eso.

Le dio la vuelta al libro de contabilidad para que su madre pudiera comprobarlo.

—Sí que es raro... —Advirtió que la columna de pagos más reciente la había iniciado Jane, dado que entonces hacía poco tiempo que Talbot se había marchado. Pasó algunas hojas más—. Jane podría haber cometido un error, pero en los trimestres anteriores figura la misma cantidad, y esas anotaciones las inició Talbot.

—Y Talbot es infalible, ¿no?

—Está claro que no.

Patrick preguntó:

—Pero ¿por qué Locke no se quejó cuando no le pagaron como correspondía? Se queja de todo lo demás.

—Puede que lo hiciera.

—No hay ningún registro de que Talbot hiciera ningún reajuste o le pagara más en otro momento. Podría preguntarle a Locke, pero teniendo en cuenta nuestra situación actual, no soy partidario de sugerir un aumento de sueldo.

—Te entiendo —contestó ella—. Creo que se lo preguntaré directamente a Talbot. Tengo que invitarlo a la reunión de planificación de todas formas, y quiero saber cómo está Nan.



Thora se acercó a la granja de Talbot aquella misma tarde. No vio a nadie en el patio, y las puertas del granero estaban cerradas, así que pasó por la entrada lateral y se acercó a la casa.

Fue Walter Talbot en persona quien salió a abrir la puerta: vestía unos pantalones y una camisa, y llevaba un trapo en la mano.

—Hola, Thora. No esperaba verte hoy.

—¿He venido en mal momento?

—En absoluto. Pasa. Solo estaba limpiando.

Le sostuvo la puerta para que entrara.

—Pensaba que Sadie se encargaba de eso.

—Y así es. Pero hoy está ocupada con Nan. Y he decidido limpiar yo.

—¿Nan ha empeorado?

—Me temo que sí.

Talbot la guio hasta la pequeña sala de estar que había junto a la cocina.

—Entonces no me quedo —contestó—. Tienes cosas más importantes de las que ocuparte.

—No importa. Ya estás aquí. Nan está en buenas manos, y los platos pueden esperar.

Por lo visto ya llevaban un buen tiempo esperando. Podía ver la cocina, que tenía la puerta abierta. En el aparador había una montaña de platos, y aquello estaba hecho un desastre, con un montón de sartenes y cacerolas sucias. Al pensarlo se dio cuenta de que Talbot tampoco parecía muy aseado; nada que ver con su pulcro aspecto habitual.

—Te invitaría a pasar al salón, pero Sadie ha empezado a dormir ahí para poder escuchar a Nan por las noches. Y te ofrecería una taza de té, pero, mmm...

Miró el desorden de la cocina.

—No, gracias.

Talbot le sacó una silla, limpió el asiento con el trapo y le hizo señas para que se sentara. Él tomó asiento delante de ella.

—¿Qué ocurre? ¿Tenéis problemas con McFarland?

—Siempre. Pero no he venido por eso. Nos gustaría que asistieras a una reunión de planificación en Bell Inn. —Le detalló los pormenores—. Y ya que estoy aquí, me gustaría preguntarte por Gabriel Locke.

—¿Qué ocurre? Soy incapaz de imaginar que haya causado algún problema.

—En absoluto. Patrick y yo hemos advertido algo raro en el libro de contabilidad. El señor Locke ya lleva casi un año trabajando en la posada. Y nos hemos dado cuenta de que su sueldo es demasiado bajo para un herrador.

Talbot levantó la barbilla.

—Vaya. No creía que el hecho de que un hombre esté dispuesto a trabajar a cambio de un sueldo bajo fuera motivo de queja.

—No me estoy quejando, Talbot. Solo siento curiosidad. ¿Por qué le ofreciste un sueldo tan modesto? ¿Tenías intención de subírselo cuando hubiera demostrado su valía? Si no, ¿por qué querría trabajar a cambio de tan poco?

—No quería que le pagara nada. —Se inclinó hacia delante y entrelazó las manos sobre el regazo—. Era amigo de John y se sentía fatal por lo que había pasado. Era consciente del vacío que había dejado tu hijo y de que la posada se resentiría con su ausencia. Por eso se ofreció a quedarse para poder ayudar. No recuerdo si ya sabía que estábamos teniendo problemas por no tener un herrador a tiempo completo o si se lo dije yo. Pero no podía rechazar su oferta. Ya sabes que es muy difícil encontrar buenos herradores desde la construcción de la nueva carretera.

—Pero... estoy segura de que debió de dejar algún trabajo mucho mejor pagado que este. Me sorprende que se marchara para venir a trabajar aquí. Recuerdo que tenía muchas ganas de ayudarnos durante aquellos primeros días tan horribles, pero nunca esperé que se quedara tanto tiempo. Y mucho menos sabiendo lo que le estamos pagando.

El hombre asintió.

—No creo que tuviera mucha experiencia como herrador. Aunque sí tenía mucha maña con los caballos en general. Quizá por eso insistió en que no aceptaría más dinero que los mozos de cuadra. Probablemente no supiera lo mal que les pagamos a los chicos. O que sus sueldos los complementan con las propinas que los cocheros comparten con ellos.

»Yo le habría subido el sueldo tanto si le gustaba como si no —añadió—. Pero entonces murió Bill, y bueno...

Alzó la mano con impotencia.

—Es muy probable que Jane no lo supiera —sugirió Thora—. Simplemente se limitó a pagar a todo el mundo la misma cantidad que el trimestre anterior.

—Tiene sentido. No puedo culparla. Se me olvidó explicarlo. Pensé que si quería un aumento lo pediría. Creo que se sentía mal aceptando dinero de la viuda de su amigo. Trabajar para alguien cambia la relación que se tiene con esa persona. Es imposible que no sea así, yo lo sé muy bien.

Ella ladeó la cabeza.

—¿A qué te refieres?

—Lo sabes muy bien. Y no es culpa de nadie, las cosas son así.

Thora lo pensó un momento. Ella y Walt Talbot habían sido amigos de pequeños. ¿Le estaba diciendo que eso había dejado de ser así cuando él había

empezado a trabajar para la familia?

—Eso me recuerda que Patrick me ha dicho que dependía demasiado de ti, que te exigía demasiado. ¿Es verdad? Ya sé que se te abrió una puerta cuando murió Bill. Pero... ¿yo te empujé a cruzarla?

Él asintió lentamente.

—Siempre me estabas dando órdenes... —Entonces levantó una mano con gesto apaciguador—. Pero entonces tú ya no estabas, Thora. Cuando se abrió la puerta, como tú dices, ni siquiera estabas allí para darme el empujón que me ayudara.

—Nunca lo hubiera hecho, y lo sabes.

Él se tranquilizó.

—No me importa que dependieras de mí. Estaba encantado de poder ayudarte. Pero cuando te marchaste, yo... Bueno, puedes estar segura de que no añoro las continuas correcciones e indicaciones.

¿Era eso lo que había querido decir? Thora le preguntó:

—¿Y ahora que he vuelto? Imagino que estarás encantado de haberte librado de una controladora como yo.

—No echo de menos tu lengua viperina, de eso no hay duda. Pero lo que sí añoro es...

Se abrió la puerta y entró la rolliza Sadie Jones con una bandeja en la mano.

Talbot se dirigió a la recién llegada:

—¿Ha comido algo?

—Me temo que no, señor. La he convencido para que tomara un poco de caldo, pero eso es todo. Oh, disculpe... Buenos días, señora Bell.

La robusta mujer la saludó inclinando la cabeza.

—Hola, Sadie. —Thora volvió a mirar a Talbot—. ¿Te parece bien que entre a saludarla? ¿O Nan prefiere no tener visitas?

Él se levantó.

—Es muy amable, señora Bell. Mmm... Deme unos minutos para asegurarme de que está presentable.

—Si no lo está dímelo directamente. No seas cortés solo por mí.

Asintió y salió de la estancia.

Temiendo la visita, y sin estar muy segura de qué decirle a Nan, la mujer se levantó y empezó a pasear por la sala de estar. A medida que iban pasando los minutos, se preguntaba si el hombre estaría intentando convencer a su cuñada de que la recibiera. Acababa de tomar la decisión de marcharse cuando él regresó.

—Ven, Thora. Nan te recibirá.

—¿Estás seguro? Has tardado bastante rato.

—Claro que sí. Y lo más importante es que ella también quiere verte.

—Ah, ¿sí? Bueno, qué bien.

Avanzó sintiéndose muy incómoda. Talbot abrió la puerta del dormitorio de la enferma y ella entró en la estancia.

—Os dejaré hablar tranquilas.

Thora lo miró con desconfianza. Había dado por hecho que él se quedaría, no que le haría cargar con todo el peso de la conversación. Nunca se le había dado bien encontrar las palabras en situaciones complicadas. Pero Talbot cerró la puerta con delicadeza.

Se armó de valor y miró hacia la cama. Temía que su expresión la delatara. Charlie Frazer siempre bromeaba respecto a su estoico gesto, ya estuviera irritada o contenta. Se le llenó el corazón de ternura cuando vio a Nan Talbot tan frágil y débil. A fin de cuentas, tenía casi su misma edad y también era viuda, aunque ella y Bill no habían recibido la bendición de los hijos. Qué cambiada estaba. Qué deteriorada. Tenía la piel de color ceniza. El rostro demacrado y los brazos y las piernas muy delgados. Y el pelo —que había sido de un color dorado tan maravilloso que incluso Thora había admitido lo bonito que era— se veía apagado y ralo, enmarcando los huesos de un rostro que en su día fue muy hermoso. Pero tenía los ojos abiertos y parecía muy alerta. En ellos vio vestigios de la vieja Nan. Amable, divertida y llena de vida.

—Hola, Nan.

—Siento haberte hecho esperar, Thora. Walter quería limpiar esto un poco. Y también me quería arreglar a mí. —Sonrió—. Sabía que yo querría cepillarme el pelo y lavarme la cara antes de volver a verte después de tanto tiempo. Ahora estoy segura de que estoy estupenda.

Extendió las manos, con un brillo en los ojos.

—¿Cómo te encuentras?

Tal vez fuera una pregunta absurda. Nunca sabía qué decirles a las personas enfermas, o a las que estaban a punto de morir. Y no parecía muy probable que Nan volviera a salir de aquella a casa excepto para entrar en el paraíso.

—Me encuentro peor de lo que parece. ¡Y eso ya dice muchas cosas!

Volvió a sonreír, pero Thora advirtió cómo le temblaban los labios. Admiraba el buen humor que tenía aquella mujer y el esfuerzo que estaba haciendo por tranquilizar a su invitada.

—¿Necesitas alguna cosa? —preguntó, sentándose en la silla que había junto a la cama—. ¿Te puedo traer algo o...?

Nan negó con un gesto débil.

—No. Tengo todo lo que necesito. Si noto apetito en algún momento, quizá te pida uno de tus famosos pasteles de ternera y jamón. Pero no tengo hambre.

—Haré que te traigan uno directamente.

—No. O... bueno, si quieres... Sé que Walter los echa de menos.

—Muy bien, pues lo enviaré.

La enferma ladeó la cabeza.

—Sí que hay algo que puedes hacer por mí.

—Lo que sea.

Esperaba no tener que lamentar aquella respuesta.

—Cuando yo me marche, no dejes que Walter se suma en la tristeza él solo. Thora apretó los labios y bajó la voz.

—Ya sé que siempre te ha tenido cariño, Nan. No tengas duda de que si ocurre lo peor, como temes, se quedará muy triste.

—Nos queremos mucho, sí. Como hermanos. No me mires así, y no me digas que no has escuchado los rumores.

—No tenía que escuchar los rumores para imaginármelo. Ya sé que en su día le gustabas mucho. Y no como a un hermano.

—Eso fue hace mucho tiempo, Thora. Y sí, cuando me casé con Bill la situación se volvió un poco tensa entre nosotros. Pero cuanto más tiempo pasábamos juntos, más cómodos estábamos. Llegó a conocerme tal como soy, con todos mis defectos y rarezas, y se dio cuenta de que no era tan perfecta

como él había imaginado. ¡Ahora nos reímos de ello! De lo mal que nos habría ido si hubiéramos acabado como marido y mujer. Nos llevamos muy bien como hermanos, y como los buenos amigos que somos. Pero vosotros ya erais amigos. Y podéis volver a serlo ahora que él es un hombre independiente.

—¿Te gustaba? ¿O siempre fue Bill?

—Pues claro que me gustaba. Era un hombre alto e imponente. Creo que todavía es atractivo, a su manera. Pero no me malinterpretes. Bill fue el hombre que me robó el corazón para siempre. Y a Walter le gusta otra mujer, ha sido así durante muchos años.

Thora parpadeó, pero no preguntó a quién se refería. Se obligó a sonreír y se despidió de Nan prometiéndole volver en cuanto tuviera la ocasión.



Thora estaba en la sala de estar aquella noche cuando Charlie Frazer entró con muy buen aspecto, se había lavado la cara y se había cepillado el pelo. Como Ivy Hill era su última parada, hacía un alto allí a menudo, desayunaba, dormía algunas horas en la habitación de las literas, y después partía hacia Bagshot preparado para empezar de nuevo al día siguiente. Desde que ella había vuelto, habían recuperado la vieja costumbre que tenían de desayunar juntos, y después compartían una cena a última hora, antes de que él volviera a la carretera.

Sonrió mientras se sentaba en su sitio habitual delante de la mujer.

—Thora, mi ángel, ¿cuándo aceptarás casarte conmigo y me aliviarás este pesar?

Le brillaban los ojos, y ella se dio cuenta que volvía a bromear, por lo menos en parte.

—Querrás decir que aumente tus pesares —contestó—. No tengo ninguna intención de volver a casarme.

—¿No? Pues yo pienso mucho en ello, desde hace años. Ya hace mucho tiempo que nos conocemos.

—Pero no nos conocemos muy bien.

—Mejor de lo que tú conocías a tu marido cuando te casaste con él, estoy seguro. A mí me has visto por las mañanas y por las noches, en mis mejores momentos, o irritado y de mal humor cuando tus mozos se retrasan, o cuando tu cocinera les sirve esos platos tan horribles a mis pasajeros, cosa que merma la cantidad de mis propinas al final del viaje, tengo que decírtelo. Y yo ya te he visto enfadada y he sufrido el ataque de tu lengua viperina las veces suficientes como para saber en qué me estoy metiendo.

Le guiñó el ojo.

Ella le contestó con sequedad:

—Eres un adulator.

El hombre se rio.

—¿Lo ves? Me haces reír, y sé que te estás esforzando todo lo que puedes para no reírte tú también. —Se inclinó para acercarse un poco más a ella—. Soy encantador, admítelo.

Thora vio un brillo en sus ojos negros. Olía bien. Desprendía una combinación de alguna clase de loción para el afeitado aromática y la fragancia masculina del cuero desgastado. Cuando la miraba de esa forma ella volvía a sentirse mujer. Deseable. Lo bastante joven como para que la piropearan pero lo bastante mayor como para tomarse sus palabras con cautela.

—Eres encantador, Charlie. Lo admito.

Él sonrió y se inclinó hacia delante para besarla.

Ella puso la mano entre los dos.

—Tan encantador que probablemente tengas una esposa en Bagshot, donde pasas todas las noches. Y una admiradora en todas las posadas de tu ruta.

—Claro que no.

—¿Qué clase de vida sería esa para cualquier mujer? Esperándote al final de la ruta mientras tú te marchas una y otra vez, probablemente a los brazos de otra, sin que ninguna de las dos tenga ni idea de la existencia de la otra. Esperando a que vuelvas para poder gozar de algunas horas de compañía y unos cuantos ronquidos, y verte partir poco después.

Charlie le lanzó una mirada dolida.

—Si así es como piensas que soy, Thora Bell, me sorprende que me dejes

dormir bajo tu techo, y mucho menos que me consideres tu amigo.

—Bell Inn ya no se puede permitir el lujo de ser tan exigente como en otros tiempos —contestó. Después aguardó a que Alwena les hubiera servido la cena y bajó la voz—. Claro que te considero un amigo, Charlie. Y siempre espero con muchas ganas tu compañía y poder conversar contigo.

—Siempre que sigamos siendo... ¿solo amigos?

—Que las cosas sigan como están, sí.

—¿Y qué pasaría si dejara de trabajar en el Correo Real o cambiara de profesión?

Se quedó mirándolo.

—Charles Angus Frazer ¿colgando el látigo para siempre? Eso es imposible.

—No puedo pasarme toda la vida conduciendo.

—Pero no te imagino cambiando de profesión. No hasta que la vejez o la enfermedad impongan ese cambio. Te encanta la carretera.

Charlie se miró las manos.

—Me conoces mejor de lo que creía. Sabes que cuando te trasladaste a Bath pregunté...

Vaciló.

—¿Qué preguntaste?

Charlie carraspeó y cambió de idea.

—¿Me has echado de menos?

—Me conoces de sobra como para esperar que me preocupe por esas tonterías románticas.

—Yo podría hacerte feliz, Thora. Si me dejaras.

Ella lo miró muy seria mientras notaba cómo la añoranza empezaba a aflojar el lazo con el que sujetaba sus emociones. Pero se mordió el interior del carrillo y respondió:

—Esa tarea no está al alcance de ningún hombre mortal, Charlie. Ni siquiera de ti.



La señorita Rachel Ashford se sentó a escribir una carta que sabía que tendría que escribir desde hacía bastante tiempo, pero temía hacerlo. Hizo de tripas corazón, hundió la pluma en la tinta turbia y empezó a escribir:

Querida Ellen:

Papá ha fallecido. Me hubiera encantado que estuvieras aquí conmigo.

Rachel vaciló. ¿Eso era verdad? Ella y su hermana no se llevaban bien y hacía muchos años que no estaban unidas. En realidad, Ellen le resultaba muy molesta, y no había ninguna duda de que era recíproco. ¿De verdad habría querido que hubiera estado allí con ella?

«Sí», comprendió.

El doctor Burton me ha asegurado que han hecho todo cuanto ha sido posible por él y que papá no sufrió al final. Se marchó de esta vida de un modo bastante apacible con una lágrima en cada ojo.

¿Habría sufrido y eso explicaría las lágrimas? ¿Incluso a pesar de que hacía ya tanto tiempo que estaba ido como para emitir sonido alguno? Esperaba que no. Tenía la esperanza de que le hubieran llorado los ojos debido a alguna leve sensación física como la sequedad. La teoría del sacerdote era que quizá su padre hubiera visto a Dios cuando dio el paso a la vida eterna. O a algún ser querido que se hubiera marchado antes que él, como su esposa. Rachel se había esforzado para esbozar una pequeña sonrisa ante aquella idea, pero en realidad no se la creía. ¿Su padre había estado en paz con Dios? No estaba segura. No era un hombre perfecto ni mucho menos, y había hecho cosas por las que había tenido que pagar —ella había tenido que pagar— mucho. ¿Habría pedido el perdón de Dios al final de su vida? No lo sabía. Pero lo que sí sabía era que no había pedido el suyo.

Rachel suponía que sus faltas —malas inversiones, negocios cuestionables, haber perdido su fortuna, y el escándalo resultante— eran menudencias cuando

uno se enfrentaba a la eternidad. Pero ella no las había sentido como menudencias. Habían trastocado todo su mundo. Su idea sobre el carácter de su padre. Su idea sobre sí misma y el lugar que ocupaba en la vida. Y las posibilidades que tenía con *sir* Timothy Brockwell.

Ellen, casada y haciendo su vida lejos de Ivy Hill, había escapado a las habladurías y al peso de las circunstancias, pues habían tenido que vender el carruaje y los caballos, y tuvieron que despedir a algunos sirvientes. Ella no había tenido que soportar la compasión, las burlas o el placer que habían sentido algunas personas al enterarse de su mala fortuna. Lo que más odiaba Rachel era la compasión.

Cuando papá todavía estaba consciente, le leí tu carta en más de una ocasión. Ya sabes que le encantaba que le leyera. Así que debes estar tranquila, porque él sabía que pensabas en él y hubieras deseado poder volver a verlo, si la maternidad no te hubiera impedido venir. Comprendo que tener que cuidar de William y Walter dificulta mucho la posibilidad de viajar. Y papá también lo entendía. Pero espero que puedas hacer todo cuanto esté en tu mano para venir pronto a Thornvale, mientras todavía sea nuestra. En este momento será un verdadero consuelo poder verte a ti y a mis queridos sobrinos.

*Sinceramente:
Rachel*

[5](#) N. de la Trad.: En inglés, *Cabbage* significa col.



CAPÍTULO

17

Jane estaba sentada al escritorio de John en la cabaña, tomando unas cuantas notas y haciendo una lista de algunas ideas para mejorar la posada. Ya habían pasado dos semanas desde que Blomfield les había impuesto el plazo. Le gustaría poder tener más tiempo.

También escribió las preguntas que quería formularle a Charlie y a su guardia, además de a un vendedor de Wedgwood que estaba alojado con ellos en aquel momento. Aquel hombre viajaba por todo el país llevando una maleta de piel llena de muestras de azulejos de cerámica. No tenía duda de que se habría alojado en muchas posadas y podría darle buenas ideas.

Una hora después, empezó a impacientarse. Dejó la pluma, se levantó y empezó a pasear por la sala de estar mientras pensaba. Se detuvo delante del pianoforte y tocó algunos acordes distraídamente. Entonces recordó que los mozos del establo podían escucharla, se sintió avergonzada y dejó de tocar. Alguien llamó a la puerta; cruzó la estancia para abrir.

Thora aguardaba a la entrada.

—Ayer falleció *sir* William Ashford. Me lo acaba de decir la señora Mennell.

—Oh, no. —Se le encogió el estómago—. Lamento escucharlo.

—Imagino que lo conocías bien —quiso saber su suegra.

—De niña pasé bastante tiempo en Thornvale. Aunque conocía mejor a la señora Ashford y, como es evidente, a Rachel y a su hermana. Aunque él siempre se mostró amable conmigo.

Thora asintió.

—He pensado que querrías saberlo.

Esperaba que la portadora de la mala noticia hiciera algún comentario desagradable sobre la caída en desgracia de *sir* William, o que sacara a relucir a su propio padre, pero por suerte no lo hizo. Si las cosas hubieran sido distintas, habría ido a darle el pésame a Rachel en persona. Sin embargo, aclaró:

—Gracias por decírmelo. Le haré llegar mis condolencias a Rachel de inmediato.

Cuando Thora se marchó, escribió y mandó enviar una carta muy sentida a su antigua amiga, y después prosiguió con los preparativos para la inminente reunión sobre la posada.



Dos días después Patrick, Thora, Talbot y el señor Locke se reunieron con ella en el salón privado al que tan poco uso daban.

Había pedido que les trajeran una bandeja con el té y un plato con galletas para la ocasión, y la señora Rooke accedió a regañadientes, pues estaba resentida por que no la hubieran convocado al encuentro. Había oído sin querer cómo su suegra había intentado apaciguarla diciéndole que sus obligaciones eran demasiado importantes, y que la reunión probablemente se alargaría y sería aburrida, una pérdida de tiempo. También le prometió que ella o Jane le explicarían todo lo que decidieran relacionado con la cocina cuando terminara.

Jane sirvió té para todos los presentes, les ofreció galletas, y después volvió a sentarse. Abrió un portafolio de piel, un regalo de Mercy. Tenían una pluma y un tintero preparados para tomar notas.

Cuando se dio cuenta de que le temblaban las manos las apoyó en el regazo.

—Gracias a todos por venir, en especial al señor Talbot, que ha dejado de atender su propia granja para estar aquí.

El aludido asintió agradecido y miró a Thora, que estaba sentada en el otro

extremo de la mesa.

—Como ya saben —comenzó a decir Jane—, les he pedido que vengan para comentar y acordar la mejor forma de aumentar el rendimiento de Bell Inn en un diez por ciento, lo suficiente como para demostrar al banco que somos una buena inversión y conseguir una prórroga del préstamo que todavía tenemos pendiente.

—Todavía me sigo preguntando adónde fue a parar ese dinero —despotricó Patrick.

Ella decidió no hacerle caso y continuó:

—Solo tenemos una hora hasta que llegue la siguiente diligencia, así que vamos a empezar.

Consultó la hoja que tenía delante, carraspeó y añadió:

—He hecho una lista sobre posibles mejoras después de comentarlas con el señor Drake, propietario de un hotel con mucho éxito en Southampton, y con algunos viajeros habituales, cocheros y un guardia del Correo Real, con el objetivo de saber qué clase de experiencias han tenido en otros establecimientos y nosotros podríamos reproducir.

—Bell Inn nunca ha tenido que copiar a otros hospedajes —objetó su suegra—. Con nuestra fórmula de siempre hemos tenido mucho éxito durante décadas.

—Eso era antes. Pero por desgracia ya no es así. La posada se ha quedado rezagada. —Con la esperanza de disipar la actitud defensiva de la mujer, prosiguió con actitud magnánima:

—No es culpa de nadie. Los tiempos han cambiado, y nosotros debemos hacer lo mismo.

Thora apretó los labios.

—Mi padre y mi abuelo nunca fueron partidarios de perseguir modas pasajeras.

Jane apretó los puños y se esforzó por conservar un tono de voz agradable.

—Ellos no tuvieron por qué hacerlo. Esta es la posada más antigua del distrito y, durante muchos años, fue la única que había en varios kilómetros a la redonda. Pero después de la inauguración de la posada Crown en Wishford y la próxima apertura del nuevo hotel del señor Drake, nuestros clientes tienen

más opciones entre las que elegir.

—¿Te has escuchado, Jane? Pareces todo un hombre de negocios. Estoy impresionado.

Patrick le dedicó una sonrisa rebotante de astucia, pero a ella no le gustó su tono. Si quería tener alguna posibilidad de conseguir su objetivo, necesitaba ganarse la confianza y el respeto de los presentes, sin olvidar el del personal y los banqueros. Y las bromas de su cuñado no iban a ayudar.

—Solo me he nutrido de la opinión de otras personas con más experiencia que yo y he reflexionado mucho sobre el asunto —contestó con frialdad—. Aunque, por supuesto, todavía tengo mucho que aprender, en especial de los aquí presentes.

—Lo está haciendo muy bien, señora Bell —comentó Talbot, tratando de animarla.

—Gracias. Bien, como punto de partida he pensado en algunos posibles cambios... —Reformas. Sabía que Thora odiaba esa palabra y la cambió a toda prisa—. Mejoras que podríamos aplicar con cuatro objetivos: fortalecer nuestros servicios, actualizar nuestra imagen, disminuir costes y aumentar los ingresos.

Miró la lista y se humedeció los labios secos.

»Para empezar, el señor Drake dice que todas las pensiones importantes están mejorando las comidas para dar servicio a los viajeros habituales y exigentes. Por eso pienso que podríamos ofrecer carne de más calidad y servir la sopa a la temperatura adecuada.

Thora resopló.

—La carne es cara.

—Sí, motivo por el que deberíamos cobrar más por ella. Pero ese es otro asunto, luego volveremos a él. El señor Drake también sugiere que tiremos esta pared y ampliemos nuestro comedor actual, además de añadir un lavabo.

Patrick alzó las manos.

—Ese hombre hace unas sugerencias con las que conseguirá que nos gastemos hasta el último penique y nos arruinemos en dos días.

Su madre asintió y añadió:

—Además, esto no es Bath ni Londres. Esto es Ivy Hill. Aquí no tenemos

por qué ser tan pretenciosos.

—Pero nuestros clientes vienen de Londres, Salisbury y Exeter. Y las demás pensiones que hay por el camino ofrecen esa clase de comodidades.

Thora se cruzó de brazos, pero no siguió protestando.

Jane continuó:

—Para mejorar el aspecto del edificio deberíamos pintar, pedir que nos hagan un cartel nuevo o que algún profesional pinte el antiguo. Contratar a los hermanos Kingsley para que arreglen las balaustradas rotas y las paredes agrietadas, y al señor Broadbent para que eche un vistazo a los desagües que gotean. —Tomó aire y siguió adelante—. Podríamos poner jarrones con flores en las mesas del comedor. Comprar una buena alfombra turca para la entrada y lámparas de latón para que el vestíbulo se vea más luminoso y acogedor. Hacer que nos pinten la calesa, ahora que el señor Locke la ha reparado. Ofrecer sus servicios a cambio de un precio.

Cuando volvió a detenerse para tomar aire, Talbot aprovechó para hablar:

—Bueno, yo no sé nada sobre adornos, flores y esas cosas, pero creo que la idea de alquilar la calesa es muy buena. —Entrelazó sus larguísimos dedos—. Ha habido muchas ocasiones en que no he podido aceptar a algún viajero porque necesitaba alquilar un carruaje para llegar a algún pueblo de la zona. Y comprar un coche nuevo sería demasiado caro, pero renovar el antiguo no tiene por qué ser tan costoso. Tal vez incluso se pueda alquilar un cochero para que lo lleve, en caso de que el cliente no quiera hacerlo personalmente... o la clienta. Estoy seguro de que alguno de nuestros postillones estará encantado de tener un poco de trabajo extra ahora que el tráfico de correos ha disminuido. Bien pensado, señora Bell.

—Gracias, señor Talbot.

Gabriel Locke decidió intervenir:

—Pero necesitaremos otro caballo, o tal vez un par —apuntó—. La mayoría de los que tenemos son para carruajes más pesados y no sirven para tirar de coches con un solo arnés. Aunque estoy seguro de que podré encontrar al animal adecuado.

—¿Comprar un caballo? —se burló Patrick—. ¿Teniendo un establo lleno? Eso no tiene sentido.

—Tengo un... socio que me debe un favor. Por no mencionar una buena suma de dinero. Tiene bastantes caballos de esa clase, y cualquiera de ellos serviría para saldar nuestra deuda.

—¿Hay una persona que te debe mucho dinero? —preguntó Thora—. Eso corresponde a muchas horas de herrajes y demás.

—Como ya he dicho, es un hombre que tiene muchos caballos.

—Eso da igual, señor Locke —protestó Jane—. Ese socio suyo no nos debe nada a nosotros. No puede aceptar el pago de esa deuda en nombre de Bell Inn. Se lo reembolsaremos.

Locke se encogió de hombros.

—Si la cosa sale bien, puede devolvérmelo después. Y si no, me limitaré a vender el caballo y así la deuda quedará liquidada.

—Bien. Eso es muy generoso, señor Locke. Y no estoy en posición de rechazar su oferta. Gracias. Pero por lo menos deberá dejarnos costear los gastos del viaje. Patrick, por favor, ocúpate de que lo paguemos con las reservas que tenemos en efectivo. Deberíamos tener suficiente para el viaje en carruaje y una noche o dos de hospedaje, ¿no?

—No necesito hospedaje —comentó el señor Locke—. Puedo quedarme con un amigo.

Patrick se revolvió en su asiento.

—Mmm... tendré que comprobarlo. No estoy seguro de que tengamos tanto dinero en efectivo.

—Pues más vale que lo haya —terció Thora—. Tenemos que pagar los sueldos trimestrales la semana que viene.

—Ya hace tiempo que quería comentárselo —admitió su hijo—. Pero podemos hablarlo después. En privado.

La madre frunció las cejas oscuras con aire amenazador.

—Si hay algún problema con los sueldos será mejor que lo discutamos ahora mismo.

Patrick miró a Jane.

—¿Podemos garantizar que se quede entre los que estamos en esta habitación?

—Sí —le concedió—. Por lo menos de momento.

—No hay bastante dinero. Ni para pagar los sueldos ni las facturas más urgentes.

Thora volvió a fruncir el ceño.

—¿Cómo es posible? Nunca hemos dejado de pagar a nuestros empleados. Es imposible que nuestros ingresos hayan disminuido tanto.

—Pues sí.

La mujer negó con la cabeza.

—Entonces no podemos gastar dinero en frivolidades como pinturas, cortinas y caballos especiales. Lo primero es pagar a los empleados. Los banqueros y los cerveceros tienen muchos clientes y pueden esperar sin problema. Pero nuestros empleados, con esos sueldos tan modestos...

Entonces Patrick sugirió:

—Podemos esforzarnos al máximo para aumentar nuestras reservas y pagar los dos trimestres juntos la próxima vez.

—¿Sugieres que no les paguemos nada a las doncellas, los mozos y los postillones durante tres meses? ¿Y de qué van a vivir?

—Les damos alojamiento y comida, ¿no? —contestó él—. Nadie pasará hambre. Y si alguien tiene alguna urgencia especial, podemos ocuparnos de esos casos según se vayan presentando.

Su madre lo fulminó con la mirada.

—Me encantaría estar presente cuando le digas a Bertha Rooke que no le vas a pagar.

—Oh. Jamás osaría dejar sin sueldo a la vieja Rooke. Prefiero vivir, gracias. Pero yo no cobraré este trimestre, claro.

—Gracias. Pero tenemos que seguir hablando sobre las mejoras —insistió Jane.

Patrick levantó las manos.

—No tiene sentido gastar dinero en este momento.

El señor Locke comentó con cautela:

—A veces hay que gastar dinero para ganar dinero.

Thora abrió los ojos como platos.

—¡Y hay que gastar dinero para terminar endeudado!

Su hijo arguyó:

—¿Para qué vamos a gastar dinero haciendo reformas que a cualquier comprador potencial podrían no gustarle o que podría acabar cambiando de todas formas? Si no conseguimos salir de esta, el próximo propietario podría derribar la posada y empezar de cero.

—¡Destruir la posada! —repitió Thora—. Cuando dices eso es como si me clavaras un cuchillo en el corazón, Patrick.

—Oh, no sea tan dramática, madre. Usted se marchó, ¿recuerda? Esa conexión ya se cortó hace tiempo.

—Pero ahora he vuelto. No vuelvas a mencionar la palabra «derribar», ¿me oyes?

Él suspiró.

—Está bien.

—¿El próximo propietario? —repitió Jane—. ¿Esa es la fe que tienes en nuestras posibilidades, Patrick? Me decepciona escucharlo. Todavía no lo hemos intentado siquiera. Es demasiado pronto para abandonar.

—Estoy de acuerdo —intervino Talbot—. Tenemos que hacer mejoras y esperar a que hagan efecto. Tenemos menos de tres meses. Continúe, Jane —la animó.

Se sintió cohibida y vulnerable cuando llegó el momento de compartir el resto de sus ideas. Seguro que las descartaban por considerarlas tontas, sobre todo dado el estado financiero en que se encontraban. Aún así, prosiguió:

—Reemplazar los colchones viejos por camas de plumas. Por lo menos en las mejores habitaciones.

Thora alzó una ceja al escuchar aquello, pero ella continuó:

—Encargar toallas y ropa de cama nueva para sustituir las que tenemos, que están hechas jirones...

—¿Y de dónde va a salir todo ese dinero? —planteó su cuñado.

—Buena pregunta. Eso nos lleva a la siguiente asunto: formas de ganar más dinero. Como ya he dicho antes, creo que podríamos ofrecer una selección de comidas de mayor calidad con un pequeño recargo. Además, el señor Drake dice que las tarifas de nuestras habitaciones son bajas y que podríamos aumentarlas. También podríamos empezar a cobrar por cosas como encender la chimenea, las toallas o el jabón.

—Eso no me parece bien —murmuró Talbot, eran sus primeras palabras de discrepancia.

—Ya lo sé —contestó ella—. Pero podríamos arreglarlo. Quizá podríamos ofrecer jabón de soda gratis o, a un precio bajo, jabón floral con una fragancia más agradable, de elaboración local.

Pasó la página y siguió hablando:

—También tengo ideas para ahorrar dinero. Aunque no estoy segura de que sean viables.

Thora propuso:

—Una de las cosas que he advertido desde que he vuelto es que compramos el pan y las pastas en Craddock. Imagino que sin duda empezamos a hacerlo para que la señora Rooke no tuviera tanto trabajo mientras yo no estaba. Pero ahora que he vuelto y puedo retomar mis responsabilidades, la señora Rooke y Dotty podrían volver a encargarse de hacer el pan y las pastas ellas mismas.

Jane recordó que Gabriel le había dicho que allí dependían los unos de los otros. Lo miró un segundo desde el otro extremo de la mesa y comentó con delicadeza:

—O podríamos seguir comprando en la panadería, pero negociar mejor precio. He pensado que incluso podríamos ofrecer en la posada los productos de la pastelería que sean más susceptibles de consumirse en la carretera; a cambio de alguna ganancia, claro.

Gabriel aguantó su mirada y en sus ojos brilló... algo. ¿Aprobaba su propuesta o pensaba que ella había llevado demasiado lejos su comentario?

Patrick enseguida dejó claro su desacuerdo:

—¿Estás sugiriendo que vendamos los productos de Craddock en recepción? ¿Quieres que invitemos al señor Prater a exponer sus mercancías? Y quizá la señora Shabner quiera montar aquí su taller de costura...

El señor Talbot tomó la palabra.

—Me gusta la idea de participar de las ganancias de Craddock. Muchos viajeros salen corriendo a la panadería en busca de algún capricho antes de que el guardia toque la bocina. Creo que esa idea merece más consideración.

Jane lo miró con agradecimiento.

—Gracias, señor Talbot.

Él añadió:

—También sería un buen momento para renegociar con los proveedores para ver si podemos conseguir mejores condiciones.

—Una idea estupenda. Y la señora O'Brien es una excelente fabricante de velas, y está en las afueras de Ivy Hill. Podríamos comprárselas a ella en lugar de seguir yendo a Wishford para adquirirlas en Foster.

—¿Todavía las compramos en Wishford? —cuestionó Thora—. No me había dado cuenta. Estoy completamente a favor de enviar la menor cantidad de dinero de Ivy Hill a ese sitio.

Gabriel Locke intervino después:

—Si le parece bien que me tome unos días libres el mes que viene, señora Bell, iré a visitar a mi socio. Veré qué caballos tiene disponibles.

—En julio se celebrará una subasta en Salisbury —comentó Talbot—. Eso está más cerca.

—Sí, pero no tengo contactos en Salisbury. Además, tengo otros asuntos que atender en el norte y así puedo matar dos pájaros de un tiro. Quizá incluso tres...

—Pero ¿qué haremos si algún caballo necesita sus atenciones?

—He pensado que podría marcharme un sábado y volver un domingo, cuando tenemos menos clientela. El señor Fuller vendrá a sustituirme.

—¿Qué otros asuntos le requieren en el norte? —indagó Jane.

—Tengo un amigo que gestiona la posada Marqués de Granby, en Epsom. Los mozos que trabajan allí son capaces de cambiar los caballos que tiran de un carro en solo dos minutos. He pensado que podría pasar unos días con él para ver qué puedo aprender que nos sirva aquí para aumentar nuestra agilidad.

—¿Y por qué querría ese hombre compartir sus métodos con usted? —repuso Jane.

—Es muy... Es muy generoso en ese sentido.

Ella sintió que un cosquilleo de sospecha le trepaba por la espalda.

—Si no le importa que se lo diga, señor Locke, parece usted tener muchas ganas de marcharse.

Patrick le dio un golpecito por debajo de la mesa y ella lo miró. Él meneó la cabeza, fue un movimiento discreto pero elocuente. Una advertencia. ¿Por qué? Se dio cuenta de que intercambiaba una mirada con Thora, y después sonreía al herrador.

—Si Locke quiere disponer de un poco de tiempo libre, estaremos encantados de permitirselo, ¿no? Ha trabajado muy duro durante estos últimos meses y no hay duda de que se lo ha ganado.

—Oh... —contestó Jane, sorprendida de la respuesta de su cuñado—. Bueno, pues que así sea.

Durante el cuarto de hora siguiente estuvieron debatiendo varias ideas y después calcularon los costes y beneficios de cada una de ellas, justo hasta que sonó la bocina a lo lejos anunciando la llegada del siguiente carruaje.

Thora fue en busca de Jane después de la reunión.

—¿Y por qué punto de toda esa lista quieres empezar?

—Por las camas, me parece. El señor Drake mencionó que necesitan renovarse.

—¿Tan mal están? Antes de que yo me marchara, Alwena y yo rellenamos los colchones con heno nuevo y hierba sanjuanera para que olieran bien y evitar que aparecieran bichos.

—Y se lo agradezco. Pero encima solo tenemos fundas viejas de pelo de caballo y borra. Por lo visto, las mejores posadas tienen colchones de plumas de ganso o incluso de plumón.

—Las plumas son caras.

—¿No las guardamos cuando desplumamos las aves?

—Claro. Pero servimos mucho más pollo que pato o ganso, y ya hace tiempo que dejamos que la señora Rooke vendiera las plumas.

A lo que Jane contestó:

—Entonces tendremos que comprar lo que necesitemos al pollero para confeccionar los colchones de plumas nosotros mismos.

—Nuestro personal ya tiene muchas obligaciones.

—Pues los haré yo misma.

Su suegra la miró de reojo.

—¿Lo has hecho alguna vez? Imagino que el ama de llaves de Fairmont pagaba a alguien para que os proporcionara fundas y colchones a ti y a tu familia.

—Supongo que sí.

—No tienes ni idea de la cantidad de trabajo que conlleva.

—No. Pero algo me dice que está usted a punto de iluminarme.

Colin, que aguardaba tras la recepción, intervino:

—Disculpenme, pero ¿han comentado que necesitamos fundas nuevas?

Jane asintió.

—Mi madre es costurera —afirmó—. Estoy seguro de que para ella será una tarea sencilla siempre que le faciliten los materiales.

—¿De verdad? —Jane advirtió la protesta que ya se estaba formando en los labios de Thora, pero contestó antes de que pudiera hacerlo ella—. Qué bien, Colin. ¿Cuándo crees que podría tener, digamos, las cuatro primeras?

El chico se puso muy contento.

—En unos cuantos días, supongo. Hablaré con ella y le contestaré cuanto antes.

—Espera. —Se acercó a la recepción—. Deja que te anote las dimensiones para que puedas comprarle los materiales. —Tomó un trozo de papel y escribió los datos con rapidez—. Aquí tienes las medidas: el largo, el ancho y el grosor que quiero que tenga cada funda. —Le tendió la nota—. Con estos datos podrás calcular los metros de tela que necesitas.

El chico se quedó mirando la nota como si estuviera escrita en sánscrito.

—No sé cómo se calcula... lo de las telas. No es lo mío. Pero conociendo a mi madre, le aseguro que ella lo calculará sin equivocarse ni un centímetro.

—Está bien, pues que se encargue ella. Pero avísame si tiene alguna duda. Y en cuanto al pago, digamos... ¿cuatro chelines por funda?

—Me parece justo.

El chico le dio las gracias y se apresuró hacia la puerta trasera nota en mano, ansioso por compartir las noticias.

Thora lo observó marchar frunciendo los labios con desaprobación.

—Ya sabes que si das dinero a los McFarland terminará en el gajnate de Liam en forma de licores.

—Thora, no debería usted decir eso —la reprendió Jane. Esperaba que no fuera cierto.

Su suegra cambió de tema.

—Bueno, ¿le cuentas a la señora Rooke los cambios que tienes pensado hacer en la cocina o se lo explico yo?

—He escuchado lo que le ha dicho antes sobre que la reunión sería una completa pérdida de tiempo, así que me temo que no tengo mucha confianza en el entusiasmo con el que le trasladaría usted lo que hemos acordado.

—Estaba intentando tranquilizarla. Igual que he hecho durante todos estos años.

—Bueno, supongo que ahora esa tarea me corresponde a mí.

Sin embargo, diez minutos después, estaba lamentando haber tomado la decisión de enfrentarse personalmente a la señora Rooke.

Le había pedido a la cocinera que se reuniera con ella en el despacho y le explicó los planes con el mayor entusiasmo del que fue capaz.

Pero la mujer se levantó y se plantó las manos llenas de masa en las caderas.

—¿Me está diciendo que no cocino bien? ¿Qué ahora tengo que pensar menús nuevos? Resulta que tal como están las cosas no tienen dinero suficiente para pagar al carnicero ni al pollero, pero ¿me está diciendo que tengo que encargarles carne de mejor calidad? El señor Cottle no regala los cuartos de pollo, ¿sabe? ¿Y quién se va a encargar de cocinar el doble de sopa? Yo no tengo tiempo. Mi cocina fue lo bastante buena para la primera señora Bell, y debería serlo también para usted. ¿Qué dice Thora de todo esto? Ella siempre ha pensado que no hay que cambiar las cosas.

—Es posible. Pero ella ya no es la propietaria. Ahora lo soy yo.

—Pues es una lástima.

—¡Señora Rooke! —interrumpió Thora, con brusquedad, desde la puerta.

La miraron sorprendidas, pues no se habían dado cuenta de que estaba allí.

La cocinera señaló a Jane con el dedo.

—¿Acaso no ha escuchado lo que me está pidiendo que haga? ¡Lo que me está ordenando, más bien! Ya me gustaría saber con qué presupuesto. Esta chica solo quiere las ventajas. Ella, que no ha movido un dedo jamás en la

vida excepto para hacer sonar una campanita...

—Señora Rooke, ya es suficiente —la regañó.

La aludida levantó las manos.

—No me irá a decir que está de acuerdo con toda esta tontería. Cuando queramos darnos cuenta estaremos sirviendo lengua de paloma y ojo de tritón. ¡Qué barbaridad! Jamás había escuchado algo semejante. No será en mi cocina.

Thora apretó los labios.

—Aunque aprecio su lealtad, ahora trabaja usted para Jane. Mi padre jamás habría permitido que ningún empleado demostrara tal falta de respeto por su señora.

—Ah, ya veo. Ahora se pone de su parte. Se ha dado usted cuenta de que le conviene, ¿no? Pues llamemos a las cosas por su nombre.

—Estás olvidando el lugar que ocupas en esta casa, Bertha —le advirtió Thora—. Y tus modales.

La mujer se echó la mano a la espalda, se desabrochó el delantal y se lo quitó de un tirón.

—En ese caso quizá este ya no sea mi lugar. Me iré a trabajar para el señor Drake.

Hizo una bola con el delantal y lo arrojó sobre el escritorio.

Jane empezó a decir:

—Señora Rooke, no hay ninguna necesidad de...

Pero se marchó del despacho hecha una furia. Unos segundos después se escuchó un portazo en el pasillo.

Su suegra suspiró.

—Ha ido bien. —Miró a Jane con tristeza—. Espero que sepas cocinar.



CAPÍTULO

18

Poco después de la desastrosa conversación con Bertha, Jane entró en la cocina casi con timidez, recordándose que era verdad: ella era la propietaria de aquel lugar, incluyendo la cocina. Pero siempre había tenido la sensación de que aquella estancia, la trascocina y la despensa estaban fuera de su alcance, eran los dominios de la señora Rooke.

La cocina era más grande que la bodega donde se había aventurado a entrar de vez en cuando de niña, para ayudar a preparar mermeladas, licores y cosméticos, o para secar hierbas y flores. Y era gigantesca comparada con la cocinita de la cabaña, donde solo había unos fogones diminutos, un armario y un fregadero metidos en una alcoba en un extremo de la sala de estar, donde preparaba el té, hervía huevos, tostaba pan y recalentaba la cena de los domingos.

Desde los primeros días de su matrimonio, la mayoría de sus comidas procedían de la posada. A John le había gustado alejarse de allí y disfrutar de sobremesas tranquilas con ella, pero nunca había visto la necesidad de instalar una cocina completa en la casita de madera. No había necesidad de duplicar el trabajo. Utilizaba palabras como «económico» y «eficiente». Sin embargo, Jane siempre se había sentido como una invitada en su propia casa, adonde traían todos aquellos menús que ella no había elegido. De vez en cuando disfrutaba preparando cenas sencillas a base de queso, que fundía en una plancha sobre el fuego. Pero esa era toda su experiencia culinaria.

La señora Rooke solía preparar platos sencillos, como ternera o cordero

asados, pescado y estofados y sopas bien sustanciosas. A veces echaba de menos una cocina más sofisticada, como la de Fairmont House. Ragú de ternera, estofado de pollo, carrillera de buey y pasta rellena, verduras acompañadas de salsas delicadas, frutas y ensaladas, seguidas de pudín, helados o tartas de queso. A Jane le rugió el estómago al recordarlo.

Sin embargo, en cuanto echó un vistazo por la cocina de la posada, perdió todo el apetito.

Sobre la larguísima mesa de trabajo que dominaba el espacio vio cuatro conejos listos para ser despellejados, tres pollos que había que desplumar y una docena de pescados, que parecían mirarla fijamente con ojos vidriosos.

Jane fue la primera en apartar la vista.

En una de las paredes había una parrilla que consistía en un buen fuego con asadores y rejillas. Justo al lado se situaba un armario calentador con ruedas. En otro lado, un fogón de hierro negro con teteras, cacerolas y sartenes para preparar salsas y acompañamientos, y urnas con grifos donde conservar el café y el té calientes y listos para servir. En una mesa reposaban un par de balanzas para medir ingredientes en grandes cantidades, además de algunos morteros con sus correspondientes manos de distintos tamaños.

Todo era enorme y abrumador. No le extrañaba que la señora Rooke se sintiera allí como una reina en sus dominios.

En la trascocina adyacente, encontró a la sirvienta Dotty, que estaba observando el menú colgado en la pared. Cuando entró, se volvió hacia ella con expresión sorprendida.

—Lo siento, señora. Pero yo no puedo hacer todo esto. Y menos sola.

Jane suspiró.

—Ya lo sé.

—Por eso estamos aquí, Dotty —dijo Thora, entrando también.

Agarró dos delantales que colgaban de sendos ganchos en la pared, le lanzó uno a Jane, y se anudó el otro sobre su vestido negro mientras cruzaba la estancia. Se detuvo junto a la sirvienta y le echó un vistazo al menú.

—¿Qué preparamos primero?, ¿la sopa? —planteó Jane.

—Sí. Tenemos que poner a hervir los pollos para hacer un caldo. Después debemos desollar los conejos y meterlos en el estante calentador. Hay que

pelar los nabos y las patatas, y empezar con el pudin de zanahoria.

Su suegra se volvió hacia ella.

—¿Qué prefieres hacer? Tú eliges.

Jane miró los conejos peludos y apartó la vista enseguida. Se tropezó con los ojos de las truchas y tragó saliva.

—Yo pelaré los nabos y las patatas.

Comenzó con su tarea; la montaña de vegetales era desalentadora.

Al poco Dotty la miró y suspiró.

—A este ritmo estaremos aquí hasta medianoche. ¿Por qué no se ocupa usted de vaciar las truchas, señora? Solo hay doce.

—Está bien. Pero alguna de las dos tendrá que explicarme lo que tengo que hacer.

Jane se subió al palé de madera que había bajo la mesa para no mancharse mucho los zapatos.

Thora le dio un cuchillo.

—Clávalo por debajo de las branquias. Presiona. Y ya está. Desde esa aleta hasta más o menos ahí.

Hizo una mueca de dolor cuando le clavó el cuchillo al primer pescado y salió disparado un chorro de sangre.

—Ahora sácale las tripas con los dedos. Córtale las entrañas. Exacto. Y eso es todo.

«Qué asco», pensó. Pero desde luego no era ni la mitad de desagradable que despellejar conejos, cosa que su suegra hacía sin inmutarse y con una eficacia impresionante, por lo menos por lo que podía apreciar gracias a las reticentes miradas que le lanzaba desde el otro lado de la mesa.

Cuando terminó con su tarea, se apresuró hasta el fregadero de la trascocina y se lavó la sangre de las manos. Después decidió guardar algunos de los restos del pescado para el gato gris y negro que solía visitar la cabaña últimamente.

Un postillón llamado Ned asomó por allí en busca de algo que llevarse a la boca, y Thora lo puso a desplumar las gallinas. Dotty se apiadó de él y le ofreció un cuscurro de pan con mantequilla. El joven lo engulló y después se sentó en el porche trasero a quitar plumas, tarea que evidentemente ya había

hecho en otras ocasiones.

Dotty se volvió hacia Jane.

—Señora, ¿por qué no pela y pica esas cebollas para la sopa? Sería de gran ayuda. Y después las espinacas, el perejil y esas especias.

—Claro. ¿Cómo de finas?

Empezó a preparar la sopa siguiendo las instrucciones que le iban dando las dos mujeres mientras se afanaban a su alrededor. Añadió las verduras, le quitó los huesos al pollo asado cuando estuvo tierno, y retiró la grasa que flotaba en la superficie. Se dio cuenta de que se trataba de una tarea entretenida pero muy sencilla. Llegó la hora del último paso: agregar el espesante.

Cuando hubo terminado, Thora se acercó y sumergió el cucharón para comprobar cómo había quedado.

—¿Qué es esto? ¡Se suponía que tenías que añadir un poco de sopa caliente a las yemas de huevo y al vinagre, poco a poco!

Pero los huevos para el espesante se habían hervido.

—Oh, no —se lamentó Jane—. Tendré que empezar de nuevo.

—No hay tiempo. Tendremos que servirla tal como está.

—Pero tiene mal aspecto.

—La llamaremos sopa de pollo y huevo, y nadie se dará cuenta.

Lo dudaba mucho, pero agradeció que a su suegra se le hubiera ocurrido una solución con tanta presteza.

—La próxima diligencia llegará pronto, y sus ocupantes esperarán que podamos servirles un plato de sopa caliente —comentó Thora.

—Muy caliente —murmuró Jane lanzándole una mirada cargada de ironía.

Al poco, Colin llamó al marco de la puerta y observó al personal de la cocina con una mirada recelosa.

—Siento interrumpir, señora Bell, pero acaba de llegar la señorita Grove.

Jane dejó la cuchara.

—Vuelvo en un minuto —aseguró.

Salió al pasillo limpiándose las manos en un trapo de cocina mientras avanzaba.

Mercy abrió los ojos como platos cuando la vio con aquel delantal lleno de manchas.

—He pasado para asegurarme de que habías escuchado lo de *sir* William, pero...

—Sí, ya me he enterado y le he hecho llegar mis condolencias a Rachel. Lo lamento, Mercy, pero no tengo tiempo de hablar por muchas ganas que tenga. Nuestra cocinera ha dimitido.

—¡Oh, no!

—Thora, Dotty y yo estamos intentando sustituirla lo mejor que podemos.

—Ya veo.

Mercy le quitó el trapo de las manos y le limpió un poco de huevo de la cara.

Jane gimoteó.

—En lugar de mejorar la cocina de Bell Inn, la estoy empeorando.

Su amiga reflexionó un momento.

—Nuestra señora Timmons podría venir a echaros una mano, aunque es una cocinera muy vulgar y a su edad lo hace todo bastante despacio. No creo que encajara en el frenético ambiente de una posada. Mi tía podría haceros el pan, pero...

—Compramos la mayor parte del pan y las pastas en Craddock.

Mercy sonrió.

—Dios aprieta pero no ahoga.

—Bueno, si sabes de alguien que pueda venir a ayudarnos, aunque solo sea durante unos cuantos días, mientras intentamos encontrar una cocinera nueva, avísame.

—Se lo preguntaré a las mujeres de la Sociedad de Damas Té y Labores.

En la cocina se oyó el estruendo de un montón de sartenes al caer al suelo y a Thora exclamando:

—¡Por todos los santos!

Jane volvió a mirar a Mercy.

—Por favor, con premura.

—Lo haré ahora mismo —asintió.



A la mañana siguiente, Jane se encaminó con fastidio hacia la cocina, resignada a afrontar otro día de trabajo duro y preguntándose qué plato estropearía en esa ocasión. Cuando llegó a la puerta se detuvo en seco al ver a Bertha Rooke removiendo una cacerola llena de gachas. Antes de que pudiera mediar palabra, apareció Thora, que la agarró del brazo y se la llevó por el pasillo adonde nadie pudiera escucharlas.

—Silencio. No queremos arriesgarnos a que vuelva a enfurecerse tan pronto.

Se quedó mirando a su suegra con la boca abierta.

—¿Qué ha hecho para conseguir que vuelva, Thora?

—Nada.

—Ha debido de hacer o decir algo para tranquilizarla.

La mujer negó con la cabeza.

—No. Cuando he bajado a primera hora ella ya estaba aquí. Está claro que su amenaza de marcharse a trabajar para el señor Drake solo fue un farol.

—Pero Cadi me dijo que ayer la vio paseando por la carretera de Wishford vistiendo sus mejores galas.

Thora asintió.

—Lo sé. Y mi hijo me explicó que la había escuchado presumiendo de lo mucho mejor que paga el señor Drake. Al parecer ella había visto un anuncio suyo para encontrar una cocinera.

—Tal vez Patrick la convenciera para que se quedara —opinó Jane—. Si alguien puede conseguirlo es él.

Su suegra la observó con atención.

—Yo pensé que quizá tú habías convencido a tu amigo, el señor Drake, para que no contratara a nuestra cocinera.

—No. La verdad es que no se me ocurrió intentarlo.

Ya hacía varios días que Jane había visto al señor Drake por última vez, desde que pagó la cuenta en la posada y partió hacia Fairmont House. ¿Habría contratado a otra cocinera por deferencia hacia ella? Le creía perfectamente capaz de algo así.

—Bueno, sea como fuere, a caballo regalado...

—Ya lo creo...

Thora se reunió con Charlie en el comedor para desayunar. Había creído que no podría volver a hacerlo hasta que no encontraran otra cocinera.

—Bertha Rooke ha vuelto a su puesto y la verdad es que estoy muy agradecida. Había olvidado el trabajo que puede llegar a dar esa cocina —le explicó.

—El trabajo duro es bueno para nosotros, Thora. Nos mantiene jóvenes.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué sabes tú del trabajo duro? —lo desafió, mientras se extendía la servilleta sobre el regazo.

Charlie tomó la taza de café.

—Pues mucho.

—Venga ya... ¿Desde cuándo cuenta como trabajo duro el oficio de sentarse en un banco en la calle durante horas?

Él negó con la cabeza.

—Thora, me decepcionas. ¿Cómo puedes haber crecido en una posada y desconocer los rigores de la vida de un cochero? ¿En especial de un cochero del Correo Real? —Tomó un sorbo de café—. Hago muchas más cosas aparte de estar sentado. Inspecciono la carroza y los arneses a conciencia antes de partir, eso es extremadamente importante. Una correa rota puede provocar que el coche se detenga o incluso hacerlo volcar. Debo estar alerta y saber cuándo tengo que rotar a los caballos para evitar que les salgan callos en la comisura de la boca. Tengo que saber cuándo puedo presionarlos y cuándo es necesario dejarlos descansar para no extenuarlos, como suele hacer mi homólogo, el muy pícaro.

Miró a la mujer y continuó:

—No pareces convencida. Te diré lo que podemos hacer: vente conmigo a Salisbury el próximo martes y así me verás en acción. Te mandaré de vuelta a casa en otro carruaje conducido por Jeb Moore y así podrás hacer la comparación por ti misma.

Ella negó con la cabeza, resuelta a rechazar su propuesta, pero entonces vio algo en su expresión que la detuvo.

Charlie estaba esperando que ella lo rechazara.

—¿El próximo martes, eh? ¿A qué hora tengo que estar preparada?

Valió la pena solo por ver la expresión de sorpresa en su rostro.



Rachel Ashford estaba sentada al escritorio, que tenía delicadas patas torneadas y la superficie muy bien pulida. Se sentía cansada. ¿Cuánto tiempo más podría disfrutar de los muebles de su casa?

Solo era cuestión de tiempo que vinieran a echarla del único hogar que había conocido. Bueno, Thornvale nunca le había pertenecido. En realidad no. Siempre había sabido que era una propiedad vinculada a un mayorazgo masculino. Pero esa realidad nunca le había parecido demasiado trágica. No era algo de lo que se hubiera preocupado mucho. Como buena joven optimista, siempre imaginó que su padre viviría muchos años. Y que ella se casaría con un caballero atractivo y rico y se convertiría en la señora de su elegante hacienda.

Se había equivocado.

Rachel suspiró, sacó una hoja de papel, destapó la tinta y hundió la punta de la pluma.

Querida Ellen:

El funeral ha terminado. Las visitas se han marchado. Ya han leído el testamento.

No, no me molesta que no hayas venido a casa para el funeral. Y tienes razón al pensar que las mujeres no suelen asistir a estas cosas. Pero habría sido de gran ayuda tenerte aquí para ayudarme con los preparativos, las visitas y las condolencias. Me he cansado de excusarme en tu nombre, pero lo he hecho, no te preocupes. Y te equivocaste al asumir que Jane y yo nos hemos reconciliado, y que ella y Mercy me harían compañía en tu

ausencia. Mercy viene a visitarme cuando sus responsabilidades en la escuela se lo permiten, pero a Jane no la veo mucho. Aunque eso no ha cambiado mucho en los últimos años. No desde...

Rachel dejó de escribir con su acostumbrada caligrafía tan pulcra y tachó las últimas dos palabras. No había motivos para explicarlo. No tenía sentido recordar el vergonzoso episodio otra vez. Y menos cuando su hermana tenía un marido perfecto, un matrimonio perfecto, y un hogar perfecto.

En la última carta preguntabas si en el testamento figuraba alguna propiedad que no estuviera vinculada al mayorazgo. Espero que no esperaras que hubiera dinero. El señor Blomfield ha dejado bien claro que lo poco que queda se utilizará para pagar las deudas de papá. Por suerte tú recibiste tu dote hace años. Papá también te ha dejado lo que quedaba de las joyas de mamá: su anillo de topacio, el camafeo, los granates y las perlas. Son demasiado valiosas para mandarlas por correo, pero yo te las guardaré.

Su madre no había dejado testamento ni instrucciones, por lo que todas sus pertenencias pasaron a ser de su marido, quien podía disponer de ellas como mejor se le antojara. Durante aquellos años habían tenido que vender algunas de sus posesiones más preciadas para sanear la economía de Thornvale, pero ¿por qué le había dejado a Ellen todas las joyas que quedaban? ¿Por qué no le había dejado algo a ella? Su hermana podía quedarse con las perlas y las gemas. Pero ¿no podría haberse quedado ella el camafeo, por lo menos, que tenía menos valor?

Papá me ha dejado sus libros...

No mencionó lo mucho que le había afectado la decisión de su padre. Se decía a sí misma que le había dejado el mejor legado, y quizá debería sentirse

agradecida. Pero aquella biblioteca compuesta por tomos tan cultos se le antojaba una pesada rueda de molino atada al cuello. Ya sabía lo que pensaría Ellen. Probablemente su hermana iría a buscar al librero más cercano para averiguar lo que podía valer la biblioteca, se aseguraría de que Rachel no había heredado más que ella. Los libros eran caros. No se trataba de ejemplares finos encuadernados con papel barato. Eran gruesos volúmenes de piel con los bordes dorados: historia, biografías, textos científicos y ensayos filosóficos. Sin embargo, solo eran valiosos si podías venderlos. Y su padre había dejado estipulado que Rachel recibiría su biblioteca con la condición de que no la vendiera ni se fuera desprendiendo de los tomos poco a poco. Debían permanecer juntos, la biblioteca intacta. Y si, al final de su vida, no tenía descendencia a quien dejársela, podía legarla en su totalidad a la universidad en la que él había estudiado, o a la institución de educación superior que más los valorase y accediera a conservarlos para la posteridad.

... con la condición de que no los venda, y conserve la biblioteca tal como está. ¿Y dónde se supone que voy a conservarla? Me encantaría saberlo.

¿En qué habría estado pensando su padre? ¿Acaso sus facultades mentales se habían apagado antes que su cuerpo? Tenía que recordar que la mansión que contenía la biblioteca se convertiría en la prioridad de su heredero, el hijo de una prima al que apenas conocía. Y que ella tendría que buscar otro sitio donde vivir. ¿Cómo podría permitirse una casa o unas dependencias lo bastante grandes para conservar tal cantidad de libros? Tal vez el heredero de su padre le permitiese dejar los libros donde estaban por el momento. Tenía la esperanza de que así fuera. La idea de empaquetar y trasladar aquel centenar de volúmenes le resultaba intimidante, por no mencionar que sería infructuoso. ¿Trasladarlos adónde? Mercy y su tía le habían ofrecido una habitación que tenían de sobra. Pero la estancia era demasiado pequeña como para contener siquiera una parte.

Rachel sabía que su abogado, el señor Nickel, había escrito al heredero de su padre. Había visto su nombre impreso. Pero aparte de eso sabía bien poco

del hombre que ahora era el propietario de Thornvale.

El testamento estipula que cada una de nosotras debe quedarse uno de los juegos de porcelana de la abuela. Como sé que prefieres el de rosas, yo me quedaré el de los saucos. El resto de la porcelana y la plata, además de los muebles y las obras de arte, se los quedará junto a la casa el heredero de papá, el señor Nicholas Ashford. ¿Lo conoces? Yo no recuerdo haberlo conocido. Si sabes algo sobre él, por favor, escíbeme para contármelo.

¿Sería un tirano?, se preguntó Rachel. ¿Sería un zafio avaro sin conocimiento alguno acerca del valor de aquella casa, los muebles que contenía o la historia que había tras ellos? Se le revolvió el estómago al pensar que un desconocido se quedaría con Thornvale. Un desconocido que tal vez no sentía ningún aprecio por la casa o la familia que había vivido y muerto entre aquellas paredes.

Pensó en la vivienda de la infancia de Jane Bell. Vendida, abandonada y olvidada desde hacía mucho tiempo.

«¿Qué destino sería peor?», se preguntó Rachel. No estaba segura.



El domingo, Jane llegó pronto a la iglesia para entregar las flores que le habían encargado: un ramo de caléndulas de colores alegres, claveles y alhelíes, con algunas dedaleras para darle altura.

Colocó el jarrón delante del púlpito y dio un paso atrás para contemplar su creación. Satisfecha, se dio media vuelta y recorrió el pasillo para ocupar su sitio de siempre. Le apetecía sentarse rodeada de aquel respetuoso silencio y poder pensar y rezar. Miró el arco del presbiterio, los rayos del sol se colaban por los tres ventanales góticos y realzaban el altar con un brillo dorado. «Precioso».

La puerta de la sacristía se abrió y Jane miró esperando ver al señor Paley, pero era el sacristán, el señor Aisworth, que llevaba un candelabro de latón.

Utilizó las velas para encender el farol del facistol, y siguió caminando en dirección al púlpito sin darse cuenta de que alguien le observaba. Se detuvo a medio paso, distraído por algo que vio en el suelo.

—Vaya... Buenos días, Jerome.

Jane no vio a nadie. ¿Estaba hablando solo? Era imposible que se dirigiera a Dios por ese nombre. Intentó recordar lo que la señora Paley le había explicado sobre aquel hombre.

El sacristán levantó la vista y Jane fingió buscar algo dentro del bolso para ahorrarle el bochorno.

El ruido de unos pasos decididos resonó por la nave, seguido de la voz de la señora Paley.

—Gracias, señor Aisworth. ¿No es casi la hora de tocar la campana?

—Sí, señora —murmuró, y siguió avanzando.

Cuando pasó por su lado, percibió una mezcla de olor a sebo, puros y abrillantador de muebles.

La esposa del reverendo se dio cuenta de que estaba allí.

—Ah, Jane. Buenos días.

—Hola, señora Paley.

Esperó a que el señor Ainsworth desapareciera por la escalera de la torre del campanario y entonces añadió:

—Acabo de escuchar al sacristán saludar a alguien llamado Jerome, pero no he visto a nadie.

Camilla Paley hizo un gesto despreocupado con la mano.

—Probablemente estaba hablando con los ratones otra vez. Para él son animales de compañía. Espero que no la haya asustado.

—No.

—Me alegro. Ni se imagina la de veces que he pensado que estaba sola en la iglesia y de repente aparece él y me da un susto de muerte. Pero es inofensivo. —La mujer del vicario se volvió hacia el púlpito—. Qué bonitas quedan tus flores, Jane. Buen trabajo.

—Gracias. Ha sido un placer.

—Por cierto, imagino que ya habrás oído que *sir* William falleció a principios de semana.

—Sí, ya me comunicaron la triste noticia.

La única respuesta de Rachel a la carta de condolencia de Jane, en la que además le ofrecía su ayuda, se había limitado a una fría nota de agradecimiento por el pésame donde añadía que no necesitaba nada.

—Muy triste, sí, pero era de esperar —comentó la señora Paley. Después la observó—. Imagino que la pérdida de su amiga le recuerda a usted a su padre. Ya me he dado cuenta de que no habla de él. Supongo que es un tema doloroso.

Jane se encontró con la especulativa mirada de la mujer y apartó la vista.

—Sí.

Notó cómo la esposa del vicario continuaba observándola un rato más.

—Bueno, será mejor que vaya a ver si mi marido está listo. Gracias otra vez por las flores.

Jane asintió y, mientras se apagaba el eco de los pasos, cerró los ojos para disfrutar de aquel respetuoso silencio una vez más. Agachó la cabeza para rezar en busca de sabiduría, orientación y favores. También rezó por Rachel.



CAPÍTULO

19

El lunes, Jane estaba subida a una silla del vestíbulo, bajando las cortinas para lavarlas, con la esperanza de que un buen saneamiento les daría más brillo hasta que pudieran permitirse comprar unas nuevas.

Patrick salió del despacho.

—Necesito las llaves de John para entrar en la bodega, Jane. ¿Las tienes tú?

—Están en la cabaña. Te las traigo dentro de un rato.

Patrick se pasó la mano por la cara.

—Tengo un poco de prisa. ¿Te importa si me acerco en un momento y las traigo yo mismo?

—Supongo que no. Están en el escritorio de la esquina.

Confió en no haber dejado a la vista nada personal o alguna prenda de ropa interior.

—Gracias.

Su cuñado se marchó a toda prisa, decidido a cumplir con su tarea.

Pasados unos minutos, Mercy entró por la puerta principal y se quedó de piedra al verla allí subida.

—Jane... ¿quieres que te ayude?

—Pues la verdad es que sí. ¿Podrías soltar esa esquina? Se ha quedado enganchada en algo.

Mercy levantó el brazo y, como era más alta, soltó con facilidad el extremo atascado.

—Gracias.

Metió la cortina en un cesto lleno de ropa.

—Vengo de Thornvale —le contó su amiga.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo está Rachel?

—La verdad es que está bien. *Sir William* sufrió una larga enfermedad y ha tenido mucho tiempo para prepararse.

Rachel había asistido a la iglesia el día anterior, Jane se había dado cuenta, aunque se marchó en cuanto terminó el servicio sin mediar palabra con nadie, aparte del vicario.

—Me sorprendió no ver a su hermana en la iglesia ayer. ¿Te ha contado el motivo de que Ellen no haya venido?

—Solo me ha dicho que está ocupada con sus dos hijos pequeños. Y hablando de estar ocupada, no he tenido suerte con lo de encontrarte una cocinera nueva.

—Oh, tendría que habértelo dicho ayer. La señora Rooke ha vuelto.

—Me alegra oírlo. Por cierto, esta noche hay una nueva reunión de la Sociedad de Damas Té y Labores. ¿Volverás a venir conmigo?

—¿Otra reunión? —Jane intentó reprimirse para no fruncir el ceño—. Me temo que ahora estoy muy ocupada aquí. Cuando termine con las cortinas tengo que ponerme a quitar el polvo de las alfombras, y después me toca hacer colchones de plumas.

—¿De verdad?

Jane asintió.

—La señora McFarland está cosiendo las fundas. Y Julia Featherstone me va a proporcionar las plumas de ganso. —Recordó la última reunión y añadió un tanto avergonzada:

—Y no temas, esta vez le he pagado por adelantado.

Mercy asintió comprensiva.

—¿Cuándo piensas empezar a rellenarlos?

—Mañana por la tarde. Si las fundas están listas.

—Vendría a ayudarte, pero tengo exámenes todo el día.

Jane esbozó una sonrisa traviesa.

—Mercy Grove, ¿alguna vez en tu vida has rellenado una funda?

—No. Pero una mujer puede aprender cualquier cosa que se proponga.

Estrechó la mano de su amiga.

—Esa es exactamente la virtud con la que cuento.

Thora cruzó el arco de camino al mercado con un cesto en la mano. Vaciló un momento junto a la cabaña, le remordía la conciencia. Debía pedirle a su nuera que revisara su lista de la compra antes de gastar dinero de la posada. Le molestaba tener que pedir permiso para hacer lo que había hecho cuando y como le había venido en gana en el pasado, pero sabía que debía hacerlo. Ahora era Jane quien estaba al mando, para bien o para mal.

La puerta de la casita estaba entreabierta, por lo que Thora llamó una vez y entró directamente. Se quedó de piedra cuando vio a Patrick inclinado sobre el escritorio de la esquina. Su hijo volvió la cabeza, cerró el cajón a toda prisa y, si no se equivocaba, lo vio esconder algo en el bolsillo del abrigo.

—¿Patrick? ¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido a buscar las llaves de John. —Se volvió y las hizo ondear en el aire—. Jane estaba ocupada bajando las cortinas, ¿se lo puede creer?

Sonrió, pero ella vio algo en su mirada que le provocó un cosquilleo de alerta. ¿Qué husmeabas por el escritorio? ¿Debería pedirle que le dejara mirar en el bolsillo, como la madre de un niño que esconde caramelos? ¿O volvía a sacar conclusiones precipitadas?

—¿Y usted, madre? —repuso Patrick, recuperando su habitual expresión de buen humor—. ¿Cómo es que ha entrado sin avisar?

Ella abrió la boca.

—Yo... —¿A qué había venido? Se había quedado muy confusa al sorprender a su hijo revolviendo entre las cosas de su nuera—. Solo quería preguntarle a Jane lo que pensaba de esta lista de la compra. Pensaba que estaba aquí.

—No. Únicamente estoy yo. —Señaló la puerta—. ¿Salimos?

Thora le lanzó una mirada inquisitiva.

—Tú primero.



El martes por la mañana, Jane estaba sentada tras el mostrador de la recepción cuando apareció Ned Winkle. El postillón carraspeó.

—Siento molestarla, señora. Pero a la señora Rooke le gustaría hablar con usted.

—Por supuesto —contestó Jane, aunque por dentro temió otra pelea.

Se levantó de la silla y se encaminó hacia la cocina. Advirtió que Ned se escabullía en dirección contraria.

Al final del pasillo vio a la señora Rooke en la puerta de atrás; y fuera, a una mujer con un niño apoyado en la cadera.

—¿Me ha mandado llamar, señora Rooke?

La robusta cocinera tenía un saco en una mano y con la otra señalaba la puerta.

—Ya le he dicho que no le podíamos pagar hoy, pero quiere hablar con usted.

La menuda mujer, de cuarenta y pocos años, llevaba un gorrito que ocultaba parte de su apagado pelo color caoba. Tenía un rostro enjuto acentuado por unos pómulos altos y sombras bajo los ojos. La criatura que llevaba en brazos aparentaba dos o tres años, una niña muy bonita que observaba a la cocinera con recelo.

La señora Rooke le acercó el saco, y al primer vistazo reconoció dentro las telas a rayas dobladas: eran las fundas que había encargado. Levantó la vista para mirar a la mujer que las había confeccionado y esbozó una sonrisa nerviosa.

—Hola. Supongo que usted es la señora McFarland, ¿no?

La mujer asintió con una mirada preocupada.

Jane no quería dejar que se marchara con las manos vacías. Pensaba pagar a la señora McFarland, aunque tuviera que vender algo, pero ya había utilizado las últimas diez libras de su propio dinero para las plumas. La vieja Kelly Featherstone le había traído los sacos con su carro tirado por asnos a primera hora de la mañana.

Jane miró a la señora Rooke y se esforzó por sonar despreocupada.

—Tiene que haber algún error. Ayer había dinero suficiente.

—Pues el señor Patrick dice que hoy no hay. No hay para eso y para pagar

al cervecero lo que se le debe.

Jane notó cómo se acaloraba, avergonzada de no ser capaz de pagar a cambio de un trabajo tal como había prometido. Dejó el saco en el suelo y se obligó a mirar a aquella mujer a los ojos.

—Espere aquí un momento, por favor, señora McFarland. Ahora mismo vuelvo.

A su espalda oyó resoplar a la señora Rooke, que se había marchado enfadada a la cocina.

Cuando llegó al despacho dijo:

—Patrick, dame dieciséis chelines, por favor. Ya te dije la semana pasada que necesitaría esa cantidad.

—La factura del cervecero era más alta de lo que esperaba.

—El cervecero cobra muy bien. Puede esperar.

Su cuñado se volvió sorprendido.

—¿Lo mando a hablar contigo cuando venga hecho una furia?

Jane tragó saliva al pensar en aquella fornida bestia.

—Si es necesario...

Él chasqueó la lengua.

—¿Las plumas antes que la cerveza, Jane? Y yo que había pensado que tenías madera de mujer de negocios.

La mujer alzó la barbilla.

—El señor Drake dice que una buena comida y una buena cama son los pilares básicos de una buena posada.

—El señor Drake esto... el señor Drake aquello... Me estoy cansando de escuchar ese nombre. —Suspiró—. Pero tú eres la jefa... —Abrió la caja y sacó unas cuantas monedas—. Aquí tienes medio soberano nuevecito y seis chelines.

—Gracias.

Se dio media vuelta y salió del despacho. Advirtió que Colin había ocupado su sitio en la recepción, pero en ese momento estaba demasiado avergonzado como para mirarla.

Regresó a la puerta de atrás y le entregó las monedas a la mujer.

—Aquí tiene, señora McFarland. Gracias por esperar. —Agarró el saco y

pasó el dedo por una costura—. Las puntadas parecen excelentes. Es probable que le pida más fundas, aunque tal vez tengamos que esperar para comprar las plumas. He descubierto que son carísimas.

La mujer asintió comprensiva.

—Estaré encantada de coser o arreglar cualquier cosa que necesite, señora. Aunque me temo que no podré hacerle nada muy elegante.

—Lo tendré en cuenta. Con el tiempo necesitaremos más ropa de cama, y quizá cortinas y mantelerías también.

—Sí, señora. Eso sí que lo puedo hacer. Y a mi Susie cada vez se le da mejor, así que lo haremos el doble de rápido.

—Gracias, señora McFarland. Mmm... Colin está en recepción, por si quiere pasar a saludarlo.

—No pasa nada. Ya sé que está ocupado. Será mejor que volvamos, su padre está esperando.

Hizo saltar a la niña sobre la cadera.

Jane se preguntó cuántos años se llevaría Colin con aquella niña. Pero solo añadió:

—Muy bien. Ya le diré a Colin que la avise cuando tengamos más trabajo para usted.

La señora McFarland le dio las gracias y se marchó a toda prisa.

Estaba convencida de haber hecho lo correcto. Aun así, volvió al despacho y le escribió una dulce nota de disculpa al belicoso cervecero.



Cuando llegó el momento, Thora empezaba a tener dudas sobre aquello de irse de ruta con Charlie Frazer.

Se abrochó los botones de la pelliza sobre el vestido de paseo gris, puso unos cuantos caramelos en el bolso y bajó las escaleras algo nerviosa y preocupada. Al ver a Patrick y a Jane en recepción, dudó:

—Debería quedarme para ayudarte a hacer los colchones de plumas.

—No. Puedo hacerlo sola, y Ned me traerá los sacos. Usted vaya con

Charlie y páselo bien.

—¿Estás segura?

—Del todo.

Desanimada, la mujer se miró en el espejo del vestíbulo y se ató las tiras del sombrero.

—No sé por qué estoy haciendo esto —murmuró.

—Porque es una aventura, por eso —contestó Jane—. Después de haber pasado todos estos años trabajando en una posada, ¿nunca ha montado con el cochero?

—No lo he vuelto a hacer desde que era niña, cuando el viejo Ollie Wakefield me dejaba guiar sus caballos por el patio.

—Pues ya es hora. Además, he oído decir que la Red Lion es la posada más elegante de Salisbury, muy conocida por su excelente servicio. Así podrá analizarla y tomar apuntes por mí.

Thora resopló.

Patrick se cruzó de brazos y dijo:

—La verdad es que Charlie Frazer me cae bien. Podría estar con alguien mucho peor, mamá.

—Yo no estoy con nadie —espetó. Le vino a la cabeza aquella frase: «para bien o para mal». ¿No estarían pensando que aquello era alguna especie de cortejo? Esperaba que Charlie no lo viera de esa forma.

—Me recuerda a papá en algunas cosas —añadió él.

Thora se quedó mirando a su hijo.

—Ah, ¿sí? ¿En qué?

—Es ingenioso, desenfadado, encantador. Popular entre las damas. O por lo menos con una dama en particular.

Le guiñó el ojo a su madre.

Entonces abrió la puerta lateral y cruzaron juntos el patio hasta donde aguardaba el carruaje.

Mientras Colin ayudaba a los pasajeros y el guardia guardaba el correo, Charlie rodeó a los caballos y verificó que todos los arneses estuvieran en su sitio y bien sujetos. Les dio las gracias a los mozos de cuadra y después agarró las riendas con una mano y se sentó en su sitio.

Cuando estuvo sentado, alargó la mano que tenía libre hacia Thora para ayudarla a subir al banco, mientras Patrick la empujaba por detrás. Por lo menos no tuvo que sufrir la humillación de que la subieran utilizando el soporte que habían sacado con ese fin, herramienta que solían emplear para ayudar a subir a las ancianas y a los hombres con sobrepeso.

Se sentó en el banco junto a Charlie, que, como de costumbre, iba muy elegante: el abrigo con capa, el sombrero calado en un ángulo desenfadado y una sonrisa pícaro en su atractivo rostro.

—¿Estás preparada para el mejor paseo de tu vida, muchacha?

—Completamente.

Jane salió y se los quedó mirando desde el porche con una sonrisa en los labios.

—Reza por mí, Jane —gritó Thora—. Estoy tomando el mando de mi vida.

—No, la está poniendo en manos de Charlie Fraser —razonó Patrick sonriendo—. ¡Que es mucho peor!

Subieron más pasajeros y la altísima diligencia se tambaleó mientras ascendían y el guardia subía el equipaje de los nuevos ocupantes. Entonces Jack Gander subió en la parte posterior y tomó la bocina para tocar la señal de partida y avisar para que despejaran la carretera.

Los mozos soltaron los caballos y Charlie gritó: «adelante», «moveos». A los pocos minutos ya estaban doblando la esquina y descendiendo por la colina.

—¡Sujeta bien tus dientes, Thora! —aulló Charlie al viento, a medida que iba aumentando la velocidad.

Cuando llegaron a los pies de la colina, doblaron una esquina muy deprisa. Ella se agarró el sombrero con una mano y al brazo de Charlie con la otra.

Él rio encantado.

—¡Sabía que esto era una gran idea!

Por detrás de la señora Bell y sobre el techo del carruaje, un hombre perdió el sombrero y una mujer gritó y se agarró a un marinero.

Ella no estaba tan segura de que hubiese sido una gran idea.

Al finalizar la cuesta, Charlie se recostó en el asiento y aflojó las riendas.

—Cuando el camino es llano, lo mejor es dejar que los caballos elijan la

velocidad —comentó.

Los animales adoptaron un ritmo regular y el cochero se relajó, solo agitaba las riendas cuando parecía que los caballos aminoraban el paso.

—Ahora te toca a ti, Thora.

Le ofreció las riendas.

—¿Estás seguro de que es una buena idea?

—No es exactamente reglamentario, pero la mayoría dejamos que algún pasajero con ganas de probar conduzca de vez en cuando, siempre que no haga mal tiempo o el tramo de carretera sea especialmente peligroso.

La mujer tomó las correas y sintió la euforia de asumir el control, o por lo menos la ilusión de hacerlo, pues cada uno de aquellos caballos pesaba diez veces más que ella. Aquello le provocó una sensación de vértigo en el estómago, una sensación de poder, libertad y diversión.

Charlie la miró y la sorprendió sonriendo.

—La mayoría de las personas que conducen por primera vez agarran las riendas con tanta fuerza que los nudillos se les quedan blancos y ponen cara de concentración. ¡Pero ya debería haber imaginado que Thora Bell no se dejaría intimidar por una tarea tan mundana como la conducción del Correo Real de su majestad!

Le guiñó el ojo y ella sonrió.

Y él agregó:

—Muchos hombres ricos pagan buenas cantidades de dinero a cambio del privilegio de conducir, ¿sabes? —Se acercó a ella—. Lo único que te pediré a ti es un beso...

Ella le apartó dándole un golpe con el hombro.

—¡Eres una mujer sin corazón! —exclamó, con tono jocoso—. ¿Sabes cuanto tiempo hace que me muero por besar a la bella de Bell Inn? —Volvió a acercarse—. En una o dos ocasiones pensé que quizá tendría alguna oportunidad. Pero entonces te marchaste para siempre. O eso creí.

Notó cómo él la miraba, pero clavó los ojos en la carretera y no contestó.

Al rato, le devolvió las riendas y se recostó cómodamente para disfrutar del paseo desde aquella posición tan privilegiada.

Cuando redujeron la velocidad para cruzar Wilton, vio a tres niños rubios

haciendo payasadas junto a la carretera, sin duda esperando a que les dieran alguna recompensa. Los dos pequeños hacían volteretas en la hierba, mientras que el hermano mayor hacía la rueda. Sacó algunos caramelos del bolso y se los tiró cuando el carruaje pasó por su lado. Los chicos la saludaron y sonrieron encantados.

Cuando llegaron a la posada Red Lion de Salisbury, Charlie hizo llamar a un mozo para que ayudara a bajar a Thora.

—Me encantaría poder quedarme contigo, Thora, pero tenemos que partir en cuanto cambiemos los caballos.

—Lo comprendo.

—Tienes tiempo de disfrutar de una buena cena antes de que pase el otro carruaje. Te recomiendo el rosbif.

—Gracias. Y gracias por el paseo, Charlie. Me lo he pasado muy bien.

—¿Lo suficiente como para darme un beso?

—Nunca te rindes, ¿verdad?

—No si puedo evitarlo. —Ladeó la cabeza—. ¿No? Vaya. Tal vez en otra ocasión. Adiós, Thora.

Sonrió y se llevó los dedos al sombrero.

—Adiós.

Thora entró en el comedor y, una vez sentada, observó en silencio mientras el camarero le servía plato tras plato: rosbif caliente, pollo frío, guisantes, ensalada y tarta de grosellas. No pudo evitar compararlo con las exiguas comidas que servían en Bell Inn a los apresurados pasajeros de los carruajes. Cuando vio aquel despliegue ante sus ojos, algo le removió la conciencia. Quizá Jane tuviera razón después de todo.



CAPÍTULO

20

Ned Winkle ayudó a Jane a extender una lona en el porche, donde tenía pensado ponerse a trabajar. Después, el joven extendió la primera funda mientras ella abría una bolsa de plumas.

«¿Tan difícil será?», se preguntó. Solo hay que ir relleno hasta que la funda esté llena, y después cerrarla. Se colocó unas cuantas plumas sobre el regazo cubierto por el delantal, para tenerlas más a mano, tomó un puñado y las metió por la abertura de la tela. Después lo hizo otra vez. Y otra.

El gato se acercó a investigar, tal vez atraído por las plumas y la posibilidad de que pudiera haber algún pájaro entre ellas.

—Ya te puedes ir olvidando —le advirtió al gato atigrado—. He pagado mucho dinero por ellas; no son para ti.

—¿Preparo otra funda, señora? —preguntó Ned.

Como no vio al gato, tropezó con él y aterrizó encima del saco, vertiendo parte del contenido sobre la lona.

Justo en ese momento, por el arco entró una ráfaga de viento que hizo volar las plumas.

—Oh, no...

Con las prisas por recuperar las esparcidas, olvidó las que tenía en el regazo, se levantó, y fue repartiendo más a su paso.

De pronto cuatro mujeres cruzaron la arcada como si las hubiera traído también el viento. Todas iban ataviadas con gorros y delantales y mostraban una actitud resuelta. Jane reconoció a la carretera, la señora Burlingame, y a

las solteras de mediana edad, las señoritas Cook. Iban lideradas por Julia Featherstone, que parecía una gallina con sus pollitos, y eso que era la más joven del grupo.

No tenía tiempo para ninguna visita social.

—Hola, señoras. Me temo que estoy un poco ocupada.

—Por eso hemos venido —le explicó la señora Burlingame, con acento de Cornualles—. Mercy nos explicó que iba a ponerse con esto hoy y hemos venido a ayudarla.

—Dios mío... —La más joven de las Cook, Judith, frunció el ceño al ver el relleno por el suelo—. Me parece que las plumas van dentro de la funda.

—Ya lo sé, pero el viento las ha esparcido por todas partes.

—¿No podía haberlo hecho dentro? —preguntó su hermana Charlotte.

—¿Y ponerlo todo perdido? —arguyó Jane.

—¿Y no es lo mismo que ha pasado aquí?

La señorita Featherstone se enderezó.

—Bueno, lo arreglaremos. Ned, tú puedes marcharte. —Le hizo un gesto con la mano—. Ya nos encargamos nosotras.

Jane vaciló.

—Gracias, pero había planeado hacerlo sola para ahorrarme el gasto de...

Charlotte Cook chasqueó la lengua.

—No hemos venido a ganar dinero, señora Bell.

—No se ofenda, señorita Cook, pero ¿alguna vez ha rellenado una cama de plumas?

—No. Judith y yo somos más de encajes, como ya sabe. Pero queríamos ayudarla de todas formas.

La señorita Judith suspiró.

—Adoro mi cama de plumas, en especial cuando llegan las primeras heladas. Charlotte ahorró y ahorró y me regaló una hace algunos inviernos.

Su hermana asintió.

—Yo no soporto el plumón. Me provoca estornudos. Pero me alegro de que estés contenta con tu cama, Judith.

Jane miró a la mujer, divertida.

—Si la tarea le va a provocar estornudos, señorita Cook, no estoy segura

de que deba...

—Yo no necesito tener una cama de plumas —intervino la señora Burlingame—. El señor Burlingame desprende más calor que un ladrillo caliente todo el año.

La anfitriona reprimió una sonrisa.

El gato volvió a aparecer y se frotó con los bajos de la falda de Charlotte Cook. Y ella estornudó.

Judith corrió hacia ella.

—Pobre hermana. Espera, me llevaré el gatito.

Sostuvo al animal en brazos. A Jane le sorprendió que la nerviosa criatura se lo permitiera.

—¡Oh, mira qué simpático! —comentó acariciándolo—. A mí me encantan, pero hacen estornudar a Char, y nunca he podido tener uno. ¿Tiene un poco de leche para darle, señora Bell?

Charlotte frunció el ceño.

—Deja el gato, Judy, que así no nos ayudas.

Pero su hermana se sentó en el banco y siguió acariciándolo.

—Dígame, ¿cómo se llama?

—No lo sé —contestó Jane—. Llevo un tiempo pensando en llamarlo *Kipper*, como su golosina preferida.

La señorita Judith asintió encantada.

—Perfecto. Yo evitaré que *Kipper* persiga las plumas. Parece a punto de saltar sobre ellas.

Su hermana suspiró.

—Está bien. Venga, vamos a recogerlas antes de que...

Pero ya era demasiado tarde, el viento volvió a soplar y volvieron a levantarse y a caer por todas partes como si fueran copos de nieve.

—¡Mis plumas limpias! —aulló Julia, corriendo para atraparlas antes de que aterrizaran en el barro del patio.

Las demás mujeres también salieron corriendo y extendían los delantales para atrapar todas las que podían.

Entonces Jane vio a Gabriel Locke al otro lado del patio, plantado delante de la puerta del establo y negando con la cabeza.

Ella analizó la rocambolesca situación en la que se encontraba y, en lugar de abochornarse, notó una inesperada alegría al observar a aquellas mujeres, dos de ellas tan mayores que podrían ser su madre, corriendo como niñas pequeñas cazando mariposas blancas o intentando atrapar copos de nieve antes de que llegaran al suelo. Se le escapó una carcajada y corrió para unirse a la cacería.

Volvieron a meter en el saco todas las plumas que pudieron y separaron las que se habían manchado a causa del incidente; tendrían que lavarlas. Después rellenaron dos fundas y prometieron regresar al día siguiente para terminar con la tarea. La buena de Dotty les trajo té sin que nadie se lo pidiera y —Jane estaba convencida— sin la aprobación de la señora Rooke.

Se sentaron a tomar el té y charlar, las mayores en el banco y la silla de madera, y la señorita Featherstone sobre una de las fundas ya llenas; parecía tan cómoda como una gallina clueca en su nido.

—¿Saben lo que dijo la señora Barton cuando Mercy anunció que iba a hacer camas de plumas y preguntó si alguien podía venir a ayudarla? Dijo: «Yo no quiero camas de plumas, gracias. Si mis vacas tienen bastante con sus camas de paja, yo también» —contó Charlotte Cook.

La señora Burlingame se rio.

—Típico de Bridget. La verdad es que les tiene mucho cariño a sus vaquitas.

Julia Featherstone alzó una de las fundas vacías y examinó las costuras.

—Estas puntadas están muy bien. Las ha cosido Eileen McFarland, ¿verdad?

—Sí. Su hijo Colin mencionó que su madre trabaja a destajo, cosiendo cualquier cosa con la que pueda sacar un dinerillo.

—Y con un poco de suerte con ese dinero comprará comida antes de que su marido se lo gaste en bebida.

—Silencio... Colin podría escucharlo.

Julia hizo un gesto con la cabeza en dirección a la puerta.

La señorita Judith suspiró.

—Ojalá pudiéramos ayudarla.

—¿Y qué podemos hacer? —planteó Phyllis Burlingame, en voz baja—. Su marido se emborracha cada día antes de mediodía y culpa a todo el mundo de sus problemas. Y Eileen es una mujer orgullosa y no le gusta aceptar caridad.

Charlotte tomó un sorbo de té.

—¿Sus hijas no pueden buscar algún trabajo con el que poder ayudarla?

—¿Y qué pueden hacer? —quiso saber la señorita Judith—. Todavía son muy pequeñas, ¿no?

Phyllis asintió.

—Eileen tuvo a Colin cuando estaba recién casada. Entonces Liam empezó a trabajar como mampostero en una iglesia —creo que estaba en el norte— y pasó varios años sin aparecer apenas por casa. Cuando volvió, tenían tres hijas más. Creo que las niñas tienen dieciséis, trece y diez, más o menos. Y después está la pequeña, que todavía no tiene los tres años. Imagino que su llegada sería una sorpresa para todos.

La niña que Jane había visto sentada sobre la cadera de la señora McFarland. Se alegraba de haber seguido el consejo que Mercy le había dado hacía ya varios meses, cuando le había dado una oportunidad a Colin McFarland.

Charlotte Cook tomó la iniciativa:

—Bueno, de momento veamos, por lo menos, si podemos encontrarle más trabajo de costura a la señora McFarland.

Cuando la conversación empezó a decaer, Jane les dio las gracias a las mujeres y añadió:

—Pero no tienen que volver mañana. Ya han hecho más que suficiente. Terminaré yo las que faltan. Gracias a su ayuda, creo que ahora ya sé cómo se hace.

La señora Burlingame negó con la cabeza.

—Vendremos de todas formas. Resulta muy satisfactorio terminar un trabajo.

—Solo si me dejan darles algo a cambio de su tiempo —insistió Jane.

—Señora Bell —la regañó Charlotte Cooke—, ya hemos dicho que no hemos venido a ayudarla para ganar dinero.

—Exacto. —A la señorita Featherstone le brillaron los ojos—. Pero

siempre he querido comer en una posada.

—Oh, eso sería maravilloso —jadeó la señorita Judith.

Las demás sonrieron al escucharla.

Jane notó cómo se le dibujaba lentamente una sonrisa en los labios.

—Creo que eso podremos solucionarlo.



Después de comer en la posada Red Lion, Thora le dio las gracias al propietario, pagó la cuenta, y a continuación encontró un sillón cómodo en el salón público donde sentarse a esperar. Buscó entre una selección de periódicos y revistas que habían dejado allí para que los pasajeros pudieran leer, todos con fechas recientes. Otra cosa que faltaba en el establecimiento de Ivy Hill.

Cuando anunciaron la llegada de la diligencia un rato después, se levantó y salió al patio. Delante de ella vio un vehículo granate con el nombre «Exeter» estampado en el lateral. Descendieron algunos de los pasajeros que viajaban en la parte de fuera del carruaje, y el cochero se bajó y se colocó delante de su guardia, tendiendo la mano sin un ápice del tacto o el buen humor que había visto demostrar a Charlie cuando trataba de conseguir las propinas habituales. Aquel debía de ser el tal Jeb Moore al que se había referido su amigo. El hombre frunció el ceño cuando vio que las monedas que le entregaban no eran tantas como él esperaba y se quejó en voz bien alta para que todo el mundo lo escuchara.

Mientras los mozos cambiaban los caballos, el cochero desapareció tras la puerta de la posada en lugar de quedarse a supervisar todo el proceso. Salió un rato después limpiándose la boca con el reverso de la mano, como si acabara de comer o beber algo. Tropezó con los adoquines irregulares, soltó algunas palabrotas por lo bajo y después eructó. Cuando se dio cuenta de que Thora lo estaba mirando se tocó el ala del sombrero con las puntas de los dedos.

—Señora...

Ella le contestó inclinando la cabeza, temiendo tener que hacer el viaje de vuelta con aquel hombre a cargo de las riendas.

Charlie le había reservado un asiento en lo alto de la diligencia, con la intención de que pudiera ver a otro cochero en acción. Aquella plaza le pareció mucho más precaria que la que había ocupado delante con el señor Frazer. También se dio cuenta de que el conductor no inspeccionaba los arneses como había hecho él antes de tomar las riendas. El carruaje se balanceó bajo su peso cuando subió al banco y aplastó al flaquísimo dandi que había pagado por el privilegio de sentarse a su lado.

—¿Le gustaría conducir, joven? Media corona a cambio de la experiencia más emocionante de su vida.

—¡Pues claro! Pero ¿no deberíamos esperar a llegar a algún tramo más recto?

—¿Y eso qué tiene de divertido? Usted quiere una experiencia emocionante, ¿no?

—Bueno... ¿y no será peligroso?

—¡Pues claro! ¡Eso es lo emocionante!

El cochero dio salida a los caballos y a continuación le pasó las riendas al joven. El chico las tomó, encogido de hombros, mirando hacia delante, en alerta.

Pasaron varios kilómetros sin ningún incidente. Entonces el carruaje se aproximó a una curva pronunciada y se tambaleó peligrosamente. Thora tuvo que agarrarse a la barra del techo para no caerse.

El cochero no parecía preocupado, iba hundido en su asiento, con la cabeza agachada y la barbilla pegada al pecho...

Comprendió asombrada que el hombre ¡estaba durmiendo! Se balanceó cuando el carruaje dobló la esquina demasiado rápido y dos de las ruedas se separaron un poco del suelo. El guardia de la parte de atrás debió de darse cuenta también, porque en ese momento hizo sonar la bocina con fuerza. Ella no reconoció la señal, no era una de las habituales. Pero era demasiado tarde. El cochero dio un bandazo hacia un lado, se desplomó en la carretera y rodó, dando un par de vueltas antes de detenerse. El joven gritó alarmado y se le escaparon las riendas.

—¡Detenga los caballos! —chilló Thora.

—¡No sé cómo hacerlo!

La señora Bell suspiró y le dio un golpecito al anciano clérigo que tenía sentado al lado.

—Deme la mano —le ordenó.

El hombre hizo lo que le pedía y ella, agarrada a su mano firme, pasó del techo a la parte delantera.

El carruaje se balanceó y ella se agarró al banco para no perder el equilibrio, después le quitó las riendas a aquel inútil joven asustado.

—¡Sooo! —gritó, tirando de las correas—. ¡Soooo de inmediato! —vociferó, con el tono más autoritario del que fue capaz.

Los caballos aminoraron el paso y acabaron deteniéndose. Los pasajeros que viajaban en el techo la vitorearon. El guardia bajó y corrió a socorrer al cochero, que se puso en pie un tanto agitado y magullado, pero sin grandes lesiones.

Cuando volvió a sentarse en su sitio algunos minutos después, el cochero reprendió al joven, como si hubiera sido culpa suya, y evitó la mirada de Thora.

—Siéntese usted en el techo —le dijo ella al chico—. Yo me quedaré aquí por si acaso.

Él asintió y obedeció sin rechistar.

El cochero lo fulminó con la mirada.

—Ahora tendremos que recuperar el tiempo perdido.

Empezaron a subir por la primera colina y los caballos se esforzaban por cargar el peso del carruaje lleno. Cuando llegaron a la cima, el cochero no se detuvo para que los animales pudieran descansar un momento, sino que siguió adelante y empezaron el descenso. Se retorcían contra los frenos que llevaban en la boca. Jeb Moore se enfadó, sacó una pequeña fusta que llevaba debajo del asiento y les dio sendos latigazos a modo de castigo. Thora se dio cuenta, con repugnancia, de que se trataba de una clase de látigo que el Correo Real había prohibido por considerarla una herramienta demasiado cruel. Los cocheros respetables hacían crujir las puntas de fustas largas por encima de los lomos de los caballos, pues el mero sonido ya conseguía que los caballos

aceleraran el paso, y nos les hacían ningún daño ni les dejaban marcas. Pero aquellos látigos cortos provocaban ambas cosas. Ella miró hacia atrás y vio cómo el guardia apretaba los labios en señal de desaprobación, pero cuando la vio mirar apartó la vista y fingió no haber visto ninguna infracción. Si él no pensaba hacer nada, lo haría ella.

—Si no deja de hacer esto ahora mismo, se lo contaré al jefe de correos adjunto —amenazó.

—¿Y qué le va a contar? —quiso saber el cochero, que la miraba con rabia.

—Lo de su pequeño amigo, el látigo —contestó Thora con frialdad.

—No tengo ni idea de lo que está diciendo, señora.

—Pues estoy convencida de que Hugh Hightower lo entenderá muy bien cuando le detalle todo lo que he visto hoy, señor Moore.

No le gustaba utilizar el nombre del jefe de correos adjunto, pero decidió que en ese momento podría serle útil.

El cochero bajó el látigo y la miró entornando los ojos.

—¿Quién es usted? ¿Aparte de un demonio enviado para atormentarme?

—No soy un demonio. Soy un ángel.

Más tarde, cuando por fin llegaron a Bell Inn, se agarró agradecida a la mano de Tall Ted y bajó del carruaje. Le dio las gracias y empezó a cruzar el patio.

Se detuvo ante el porche sorprendida y observó las fundas llenas de plumas y a la reunión de mujeres que tomaban el té. Miró a Jane y negó con la cabeza muy despacio.

—Qué ha pasado con eso de que lo podías hacer sola, ¿eh?

—Nos hemos ofrecido a ayudarla, Thora —replicó Charlotte Cook.

—Pues yo también —contestó—. Pero sois más que bienvenidas a hacerlo. Ahora, si me disculpáis...

Entró en la posada con la cabeza bien alta, esperando que nadie se diera cuenta de que las piernas le temblaban como si fueran de gelatina.

Las damas se levantaron y se marcharon. Jane vio que algunos pasajeros entraban en la posada detrás de su suegra y los siguió para ver si podía ayudar

en algo.

Dos hombres pasaron al comedor en busca de algún refrigerio, mientras un tercer caballero echó un vistazo a los pocos periódicos que tenían a la venta.

Eligió un ejemplar de *The Times*, le dio una moneda a Jane y después la volvió a mirar clavándole los ojos en el pelo.

—Muy decorativo —dijo.

—¿Mmm? —murmuró Jane sin saber a qué se refería.

Cadi la había peinado como de costumbre aquella mañana, ¿no? Se pasó la mano por el peinado y solo notó las horquillas.

El hombre se limitó a sonreír y se marchó.

Algunos minutos después, Gabriel Locke le abrió la puerta lateral a Colin, pues el mozo llevaba un par de maletas.

El señor Locke alzó la mano para saludarla. Después se acercó a ella con una mirada traviesa y una sonrisa de medio lado.

—¿Qué? —le preguntó ella, cohibida bajo su escrutinio.

Él levantó una mano muy despacio y la acercó a su oreja. Ella se quedó muy quieta sin saber qué se proponía. Notó que algo le rozaba el pelo y entonces él retiró la mano para enseñarle la pluma que le había quitado del pelo. Se la quedó mirando un buen rato.

Ella recuperó la pluma, avergonzada.

—Gra-gracias —murmuró.

—En recuerdo de un trabajo bien hecho —respondió él, y se volvió para marcharse.



Al día siguiente, Jane y Ned Winkle colocaron los nuevos colchones de plumas en las mejores habitaciones. Ella no pudo resistirse a probar uno, se tumbó en una de las camas y se dejó arrullar por el cálido abrazo de las fundas. «Oooh...».

Su suegra apareció en la puerta y se llevó la mano a la cadera.

—¿Qué estás haciendo, Jane?

Dio una palmada en el espacio que quedaba libre a su lado.

—Tiene que probar esto, Thora.

La mujer vaciló un momento, pero negó con la cabeza.

—Con que una de las dos se eche a dormir la siesta en pleno día ya es suficiente.

Jane suspiró y se puso en pie a regañadientes. Tenía que volver al trabajo de todas formas. Ya había vuelto a colgar las cortinas lavadas en el vestíbulo, y quería continuar con las del comedor y las habitaciones. Como le debían dinero a la lavandera, decidió hacerlo ella misma.

Pero cuando se hizo de noche, todavía estaba lavando las del comedor, y las de las habitaciones no se habían secado del todo. Tenía las manos rasposas y le dolía la espalda de pasar tantas horas agachada sobre las tinas. Quizá debería haberle pagado a la señora Synder.

Al anoecer, Thora salió y se la encontró junto a los tendederos que había detrás de la posada.

—Jane, dos de los huéspedes se han quejado. Quieren irse a dormir, pero no tiene la privacidad necesaria para quitarse la ropa porque no tienen cortinas en las ventanas.

—Lo siento. Todo me ha llevado más tiempo del que había imaginado. — Se apartó un mechón de pelo de la cara con el reverso de la mano—. No podemos... ¿colgar una sábana o algo así?

Thora puso los ojos en blanco.

—Sí, claro. Eso quedará estupendo. —Agarró una de las cortinas húmedas—. Ven, vamos a colocar las de las habitaciones por lo menos. Así se arrugarán menos.

Siguió a su suegra arrastrando los pies y juntas colgaron las cortinas de las habitaciones; terminaron mucho más tarde de la hora en que solían retirarse a la cama. Le temblaba el brazo. No había estado tan cansada en toda su vida.

Al día siguiente colgaron también las del comedor. Algunas no habían quedado del todo limpias. Esperaba poder cambiarlas por otras nuevas en algún momento, además de la vieja ropa de cama y los manteles manchados.

Con aquella idea en mente, se acercó a la tienda de Prater y examinó las telas que tenían, deseando que la calidad fuera más alta y los precios más

bajos. Entonces se le ocurrió una idea. Cruzó la calle hasta la tienda de la señora Shabner y le preguntó a la modista si tenía retales que estuviera dispuesta a vender a un precio más reducido. A la señora Shabner pareció complacerle su humilde petición y le ofreció metros de tela sin coste alguno. Cuando Jane protestó, la mujer no le hizo caso y le dijo que a cambio quería verla con su vestido violeta de alivio luto.

Volvió a la posada cargada con sus nuevas adquisiciones. Patrick alzó las cejas al ver las telas femeninas y coloridas, tan distintas de las apagadas sábanas que habían tenido siempre.

Thora tocó los paños doblados, con el ceño fruncido.

—Algodón estampado, muselina floreada, lino... ¿Esto es para vestir la camas o para que los huéspedes se lo pongan para dormir?

—A buen hambre no hay pan duro —recitó, con tono defensivo.

Su suegra tomó un trozo de batista.

—Cielo santo, nuestras cortinas van a parecer enaguas.

El joven Ned tocó la tela fina con una sonrisa distraída.

—Sí...

Thora le dio un manotazo en los dedos.

—Cierra la boca y ve a limpiar las jarras.

Jane se marchó decidida a no tomarse en serio las críticas.

Le encantaría poder ir a las tiendas de telas de Salisbury y comprar piezas enteras de los mejores tejidos. Pero los números no se lo permitían. Se recordó que aunque hubiera recibido el dinero de sus capitulaciones matrimoniales, su padre lo había dispuesto pensando en su futura seguridad, no para que comprara cortinas para una posada.



CAPÍTULO

21

Llegó el siguiente día de pago, festividad de San Juan y solsticio de verano, el 24 de junio. Como ocurría en la mayoría de haciendas y negocios importantes, siempre había sido tradición en Bell Inn reunir al personal para el pago del sueldo. Y Jane ya se había dado cuenta, después de todos aquellos años, de que era una fecha que todo el mundo esperaba con ansiedad. Pero en esa ocasión iba a ser distinto.

Temía la tarea que tenía por delante. Después de discutir la situación con Thora y Patrick, había decidido volver a la tranquila privacidad de la cabaña para prepararse y planear lo que iba a decir. Y para rezar para no perder a todos sus empleados aquel día.

Gabriel Locke se encontró con ella cuando cruzaba el patio. Y le dijo en voz baja:

—Dele mi paga a quien más la necesite. Pero no diga nada. Tengo un poco de dinero ahorrado y no me importa pasar un tiempo sin cobrar.

—Pero...

—Se lo digo muy en serio, señora Bell. No estoy siendo galante.

«Pues a mí sí me lo pareces...», pensó Jane, pero se limitó a responder:

—Gracias, señor Locke.

Jane siguió caminando hasta la casita y se quedó de piedra cuando vio un ratón muerto en la puerta. *Kipper*, el gato gris y negro, estaba sentado con orgullo al lado de su presa, era el segundo «regalo» que le hacía en los últimos dos días. Jane pensó en el sacristán y el cariño que les tenía a los

ratones de la iglesia, un cariño que ella no compartía. «Qué asco». Tendría que ocuparse del ratón más tarde. De momento, pasó por encima, y entró para recoger algunas cosas y recobrar la compostura.

Un rato después, Patrick apareció en la puerta.

—Todo el personal está esperando en el salón —le anunció.

—¿Ya?

—Saben que es final de trimestre. Muchos de ellos han estado contando los días.

Ella suspiró.

—Qué bien...

Su cuñado la miró con compasión.

—Yo se lo comunicaré, Jane. No tienes por qué hacerlo tú.

—¿Y por qué tendrías que hacerlo tú? No creo que te vaya a resultar más fácil a ti que a mí.

—No, pero yo soy más duro. Tú tienes un corazón demasiado bondadoso.

—Ah, ¿sí? —Se sintió tentada. Muy tentada. Le encantaría no tener que decir aquellas temidas palabras. Ver las expresiones de decepción de sus trabajadores. Escuchar las quejas y los reproches...

Jane se puso recta.

—Gracias, Patrick. Pero es mi responsabilidad. No pienso escabullirme.

Alargó la mano para alcanzar la manecilla de la puerta, pero él la detuvo, agarrándole la muñeca.

—Jane, ¿por qué te estás haciendo esto? Sabes muy bien que no tienes madera para esta clase de vida. Tú nunca quisiste este lugar ni las cargas y exigencias que implica. Deja que me lo quede yo. Según tengo entendido tienes que recibir algún dinero, redactasteis unas capitulaciones matrimoniales, ¿no? Qué bendición. Odio verte esclavizada en este lugar, desperdiciando tu belleza. ¡Mira como tienes las manos!

Patrick levantó una de las manos de la mujer y, aunque no era el reflejo del arrugado apéndice de una lavandera experimentada, desde luego tampoco era lo suave y pálida que fue en su momento.

—No tienes por qué convertirte en un burro de carga, Jane —prosiguió—. Ni en una de esas posaderas toscas que van todo el día con el delantal puesto.

Tú eres una dama. Te han educado para tener una vida mejor. Deja que yo alivie tu carga. Podría comprenderlo si sintieras que no tienes elección. Pero pronto dispondrás de los medios para establecerte por tu cuenta en otro lugar. Una casita elegante con jardines llenos de flores que cuidar y horas de paz para tocar el pianoforte, sin tener que soportar que no dejen de parar carruajes ante tu puerta a todas horas.

Por un momento se permitió imaginarlo. Pero entonces se recordó que ya había tomado una decisión. Parpadeó para borrar los últimos vestigios de ese sueño y tiró del brazo para obligar a Patrick a soltarle la mano.

—¿Quién te ha contado lo de las capitulaciones matrimoniales?

Él frunció los labios.

—Lo he oído en alguna parte.

Lo observó entornando los ojos.

—Solo hay dos personas en la posada que lo sepan. Y dudo mucho que ninguna de esas dos personas te lo haya mencionado. —Negó con la cabeza—. No sabía que tú y el señor Blomfield fuerais tan buenos amigos.

—Bueno... no somos amigos. Pero me ve como un posible socio. Un medio para recuperar sus pérdidas.

—¿Eso es todo?

—Sí.

¿Había visto un brillo de duda en sus ojos azules? ¿Le estaba escondiendo algo? No tenía tiempo para averiguarlo. Su personal la estaba esperando.



Algunos minutos después, cruzó el patio con las manos sudadas y el corazón acelerado, completamente aterrorizada.

«Lo entenderán», se dijo. Tenían que hacerlo.

Cuando entró en la guarida del león, las personas que aguardaban dentro se fueron callando, las conversaciones se fueron apagando una a una, y la miraron muy expectantes. Con solemnidad. Probablemente ya hubieran escuchado rumores. Las dificultades financieras de la posada no eran un secreto muy bien

guardado. Y menos desde que el señor Prater y el señor Cottle hubieran recortado sus pedidos y el verdulero se negase a hacerles más entregas hasta que le pagaran todo el dinero que le debían.

Los mozos de cuadra y los postillones estaban al fondo, junto a la puerta lateral, y Gabriel Loche aguardaba detrás de ellos. Las doncellas, Alwena, Cadi y Dotty, esperaban todas juntas en la parte de delante. Junto a ellas estaban Ned Winkle y Bobbin, los camareros. Colin estaba cerca de la puerta principal, anticipándose, tal vez, a la posibilidad de tener que salir corriendo de allí. La señora Rooke estaba sola a un lado, con un puño apoyado sobre la oronda cadera, y apretaba los dientes con agresividad, y eso que Jane todavía no había dicho ni una sola palabra.

Patrick se situó junto a su cuñada cerca de la puerta del despacho, y Thora se puso al otro lado. Pilares en los que sostenerse. Jane agradecía aquella muestra de apoyo.

Tomó aire y empezó:

—Como ya sabréis todos, estamos pasando una época bastante complicada. Tenemos más gastos que ingresos y eso, sumado a la deuda de un préstamo, nos ha llevado a endeudarnos con acreedores y proveedores. Como también sabréis, estamos haciendo algunas mejoras, recortando costes, y añadiendo algunos servicios que nos ayuden a volver a tener beneficios. Pero, entretanto, lamento mucho tener que decir que, por primera vez en la historia de Bell Inn, no disponemos de los fondos suficientes para pagaros el sueldo completo.

Los empleados se quedaron boquiabiertos. Un murmullo de quejas sofocadas circuló por toda la estancia y le pareció oír un exabrupto. Ella levantó la mano.

—Ya sé que no es justo ni correcto. Estoy de acuerdo. Y soy consciente que os servirá de poco consuelo, pero ninguno de los miembros de la familia Bell recibirá dinero alguno este trimestre. —Se obligó a mirar hacia delante sin detenerse en el señor Locke—. En lugar de pagar a unos sí y a otros no, hemos... yo he decidido abonaros a cada uno una parte de vuestro sueldo habitual. De momento será una cantidad pequeña; con suerte, lo suficiente para sacaros del apuro. Y tenemos intención de entregaros el resto tan pronto como podamos. Si alguno de vosotros tiene alguna necesidad urgente, por favor,

venid a comunicármelo en privado y haré todo cuanto esté en mi mano para ayudaros. No queremos que nadie lo pase mal.

Thora añadió:

—Por favor, recordad que aquí tenéis alojamiento y comida, por lo que nadie pasará hambre hasta que podamos pagaros el resto.

Su nuera asintió.

—Espero que intentéis entenderlo y que lo llevéis lo mejor posible dadas las circunstancias. Juntos podremos luchar contra la tormenta y emerger más fuertes. —Respiró hondo—. ¿Hay alguna pregunta?

—¿Cuánto dinero es «una parte»? —preguntó Tuffy, el mayor de los mozos de cuadra.

—Aproximadamente un tercio de vuestro sueldo habitual.

Hizo una mueca de dolor.

—Se acabaron las medias pintas.

Los demás mozos se rieron.

Jane se dio cuenta de que Colin se había quedado pálido. El chico abrió la boca para protestar, supuso Jane, pero la volvió a cerrar y se miró las manos con tristeza.

La cocinera estaba en jarras.

—¿De verdad espera que siga trabajando aquí por un tercio de mi sueldo cuando podría estar trabajando en la posada Crown, en Wishford, por el doble de lo que cobro normalmente?

—¿El doble?, debe de estar exagerando, señora Rooke.

—Claro que no. Me hicieron esa oferta hace un tiempo y ahora me siento más tentada que nunca a aceptarla. Sobre todo por lo vacía que está aquí la despensa.

Jane no sabía nada sobre la posada Crown, pero sí había visto el anuncio del señor Drake en el periódico buscando cocinera. El sueldo que ofrecía estaba por encima de lo que pagaban allí. ¿La señora Rooke no había tratado de conseguir ese puesto después de haber «dimitido» hacía unos días pero pretendía hacerlo ahora?

«Otra vez no», se lamentó para sí, temiendo tener que volver a la cocina.

—Seamos sinceros, señora Rooke —canturreó Patrick con dulzura—. Aquí

es usted quien corta el bacalao. Pero en la posada Crown estaría usted a las ordenes de la señora Philips. Y el señor Drake quiere una especialista en cocina francesa. A usted no le gustaría aquello.

—Estoy segura de que podremos llegar a algún acuerdo amistoso, señora Rooke —añadió Jane.

—Está usted muy segura de eso, ¿no?

—Tengo la esperanza de que así sea —se corrigió.

Se percató de que su suegra no decía nada.

Se dio la vuelta y volvió a dirigirse a la asamblea.

—Espero que os quedéis todos con nosotros. Soy consciente de que todavía tengo mucho que aprender. Pero prometo trabajar duro y hacerlo lo mejor que pueda. Confío en que vosotros haréis lo mismo.

Entonces entró en el despacho, se sentó al escritorio y abrió el libro de contabilidad. Al lado tenía una bandeja de madera con varios sobres.

Miró el primer nombre que tenía apuntado en la lista y anunció:

—Ned Winkle.

—Sí, señor. Digo, señora.

El joven postillón entró en el despacho con el sombrero en la mano.

Jane empezó una columna nueva de apuntes y le entregó su parte.

—Te entrego dieciséis chelines, y nueve peniques y medio.

—Muchas gracias.

El chico salió del despacho.

—El siguiente es... Robert Booth.

Se inclinó hacia delante para ampliar su vista del salón. Nadie se movió.

—¿Robert Booth? —repitió insegura, pues no recordaba quién era ese empleado.

En la estancia, Ned le dio un codazo al camarero, y el hombre se tambaleó en dirección al despacho.

—Oh, disculpe, señora. Hace tanto tiempo que me llaman Bobbin que casi me olvido de que era yo.

Algunos se rieron.

Ella sacó el sobre correspondiente.

—Te entrego dos libras, un chelín y seis peniques, que es un tercio de la

suma total que te debemos.

—Exacto. Ya me apañaré. No se preocupe.

—Gracias, Bobbin.

El camarero salió del despacho y Jane anunció el siguiente nombre de la lista.

—Colin McFarland.

Entró con aspecto nervioso.

—Y un tercio de tu sueldo es... una libra, dieciocho chelines y cuatro peniques.

El joven miró a su espalda y bajó la voz.

—Lo siento, pero necesito más. El dinero de las fundas ayudó, pero no es suficiente. A mí no me importaría, pero mi madre depende de mí, ella y mis hermanas.

—Lo entiendo. ¿Cuánto necesita?

El chico dijo una cifra y Jane la escribió sintiéndose aliviada por que el señor Locke se hubiera ofrecido a ceder su sueldo.

El chico aceptó el dinero y asintió, agradecido y avergonzado.

Jane fue llamando a sus empleados uno a uno hasta que le llegó el turno a Gabriel Locke. Como sabía que él quería mantener el secreto, lo nombró como a todos los demás. Y él entró en el despacho alzando las cejas oscuras con incertidumbre.

—Tengo algo para usted.

—Pero...

Ella levantó la mano para interrumpir sus quejas y bajó la voz.

—Algo de John.

Le entregó un sobre con su nombre escrito. Dentro había algo pesado, pero no era dinero.

El señor Locke lo abrió y miró lo que había dentro.

—Los he encontrado en su mesita de noche.

El hombre sacó primero el denario romano de plata que John había encontrado de niño, con la imagen de Diana en un lado, y una hacha y una mazorca de maíz en el otro.

—Pero esto debe de ser valioso.

Jane le hizo un gesto con la mano para quitarle importancia.

—Hubo un tiempo en que había muchas como esta por aquí. Los niños las coleccionaban.

Después sacó una pieza de cobre grabada con la inscripción «La colección de fieras del conde» y la miró con extrañeza.

—He supuesto que debisteis de visitarla juntos, porque yo nunca he ido a un sitio de esos.

—Ah. A John le gustaban mucho, ya lo recuerdo.

Se dio cuenta de que no confirmaba ni negaba haber ido con él. Volvió a meter los objetos en el sobre.

—Gracias, señora Bell —dijo lo bastante alto como para que lo escucharan desde el salón.

La última en entrar fue Bertha Rooke.

Con el resto del sueldo del señor Locke, pudo entregarle la mayor parte de lo que ganaba. La mujer soltó un gruñido, pero volvió a la cocina aparentemente más tranquila.

Jane cerró el libro de contabilidad dejando escapar un gran suspiro. Necesitaba un baño caliente y acostarse bien pronto.



Rachel había pasado la semana contestando correspondencia y recogiendo la ropa de su padre para donarla a la casa de beneficencia. La encargada, la señora Mennell, se había mostrado muy agradecida.

A finales de semana, recibió la respuesta de su hermana.

Querida Rachel:

¡Qué terrible lo que has tenido que pasar! ¡Pobrecilla! No me cambiaría por ti por nada del mundo. Aunque debo decir que algunos días tu situación parece mucho más fácil de llevar que la mía, pues tengo que cuidar de dos niños, por no mencionar un perro carlino muy travieso y un marido igual de travieso. La

niñera casi no puede con William y Walter, ¡y yo tampoco! Estoy de los nervios.

Hay días que envidio tu soledad en la querida y vieja Thornvale. Es una pena lo del mayorazgo, pues si fuera nuestra, estoy segura de que podría convencer al señor Hawley para cambiar este lugar por Thornvale. Y tú podrías haber vivido con nosotros y haber sido la querida tía de mis hijos. Vaya... El destino no ha sido generoso con nosotras en ese sentido. Quizá pueda conseguir convencer a Robert para que me deje ir sola a Ivy Hill, pues no puedo soportar la idea de viajar con estos dos granujas. ¿Saber que estaré atrapada durante horas con sus continuo parloteo y sus mocos? Dios, no. Quiero mucho a mis hijos, claro, no me malinterpretes. Pero no niego que me apetece mucho darme un respiro de las continuas exigencias de la maternidad. Además, me encantaría conocer a ese distante primo nuestro. Y asegurarme de que no es un viejo avaro que viene con intenciones de seducirte. ¡Asegúrate de que no se deshace de Jemima para dejarte sin carabina!

Sí, será mejor que vaya a ver qué clase de hombre es. También te ayudaré a organizar la fiesta que papá siempre quiso que se celebrara en su honor después de morir. Temo que si te dejo sola no lo harás. Además, así también podré recoger las joyas y la porcelana aprovechando que voy. Espero que los platos no se rompan. ¿Serás tan amable de preguntarle a la señora Fife de qué forma me sugiere que los embale? Y supongo que me tendré que esconder las joyas bajo las innombrables por si acaso nos asaltaran los bandoleros. ¡Qué emocionante sería! Te aseguro que la vida de madre de dos bribones me ha preparado para esa clase de cosas. ¡Me paso el día fulminándolos con la mirada, escondiéndoles sus pistolas preferidas y mandándolos a la cama sin tomar té con galletas!

Bromeo para entretenerte, querida. Espero que lo sepas. No soy tan boba como para olvidar que sin duda estarás triste y

temerosa de enfrentarte a un futuro tan incierto. ¡Ojalá nuestra pequeña casa fuera más espaciosa! Pero tenemos muy poco sitio. Sobre todo ahora que la madre de Robert vive aquí y que tenemos otro hijo en camino. ¡Vaya! Quería esperar para decírtelo en persona y que pudieras ser la primera en felicitarme. Me pondré manos a la obra con lo de convencer a Robert y volveré a escribir cuando tenga una fecha para mi visita. Tendrá que ser pronto, dado mi estado. Mi doncella odia viajar, pero es inevitable. No dejará de suspirar durante todo el camino, pero por lo menos no me tirará de la falda repitiendo sin parar: «mamá, mamá», hasta que me vuelva loca.

Hasta entonces, recuerdos de tu hermana:

Ellen

A Rachel le sorprendió que se le saltaran las lágrimas, incluso mientras negaba con la cabeza al comprobar el dramatismo de su hermana. No había llorado cuando había fallecido su padre. Ni siquiera lo hizo el día del funeral. Pero ahora se estaba deshaciendo en lágrimas. Qué raro. Jamás habría imaginado que la despreocupada carta podría provocarle esa reacción. Pero aquello era lo más parecido al apoyo que había recibido de su familia, por muy irritante que fuera Ellen. Sus palabras la habían conmovido... Bueno, algunas de ellas. Ya tendría tiempo después de leer entre líneas y lamentarse del egocentrismo y las insignificantes preocupaciones de su hermana. Para sentir el disgusto de que no le hubiera ofrecido, aunque fuese sin ningún entusiasmo, la posibilidad de hacerle un sitio en su casa. Pero de momento, se pegó la carta al pecho y se rindió al llanto.



CAPÍTULO

22

A medida que se sucedían los días del verano, endulzados por la luz del sol y las altas temperaturas, Jane pasaba más tiempo trabajando en la posada. Poco a poco, el peso de la responsabilidad se convirtió en emoción, al tiempo que conseguía algunas mejoras y planeaba otras para el futuro, siempre deseando poder llevarlas a cabo enseguida. Y aunque seguía sumida en un mar de dudas, encontraba algún atisbo de esperanza.

Uno de los momentos de mayor satisfacción en aquellos largos días de duro trabajo fue cuando una tarde cruzó la puerta abierta de una de las habitaciones. Allí estaba su suegra, tumbada sobre una de sus nuevas camas de plumas, profundamente dormida.

Uno de los tablones de madera del suelo crujió y Thora despertó de golpe, parpadeando sin parar.

—Solo estaba probando las camas nuevas...

Jane sonrió.

—Y por lo visto funcionan de maravilla.

El primer domingo de julio, las dos fueron juntas a la iglesia. Delante de ellas, Rachel estaba sentada sola en su banco, con la cabeza alta, el perfil sereno, con una apariencia de absoluta compostura.

Después del servicio, *sir* Timothy y su hermana se detuvieron a hablar con ella. Justina la abrazó por impulso y él le reiteró su pésame en voz baja. Rachel les dio las gracias con estoicismo y les aseguró que estaba bien. *Lady*

Brockwell la saludó inclinando la cabeza con frialdad, pero pasó de largo sin decir una sola palabra.

Algunos minutos después, mientras Jane esperaba su turno para darle las gracias al vicario, clavó los ojos en la capilla de la nave sur. Allí vio al sacristán, el señor Ainsworth, que se agachaba para recoger algo del suelo. Vio que sostenía una trampa para ratones de madera con un animalillo atrapado.

El sacristán respiró hondo y se lo quedó mirando horrorizado.

—Pobre Jerome... —gimoteó.

Cuando escuchó aquel lamento, sintió un nudo en el estómago.

A su lado, Thora se volvió para ver qué la tenía tan concentrada. Jane esperaba que hiciera algún comentario crítico, pero su suegra negó con la cabeza con una mueca triste en los labios.

—Qué criatura más lastimera —murmuró.

No estaba del todo segura de si se refería al ratón o al hombre.

Apartó la vista del sacristán, le dio las gracias al vicario, y cruzó el patio de la iglesia. Pero durante el resto del día recordó una y otra vez la expresión afligida de aquel hombre.



Rachel estaba sentada en el salón el domingo por la tarde, todavía confusa por una carta que había recibido el día anterior. La doncella entró y anunció que la señorita Mercy Grove acababa de llegar. Se levantó sintiéndose repentinamente animada.

—Por favor, hazla pasar, y trae un poco de té en cuanto puedas.

Mercy entró. Su sonrisa dulcificaba sus preciosos ojos marrones. Lucía un sencillo vestido azul, y en las manos llevaba un pastel curiosamente ladeado, cubierto de un glaseado de un tono indeterminado entre marrón y rojizo. Imaginó que sería obra de la tía Matilda.

—Rachel, querida, ¿cómo estás?

Su amiga se acercó a ella para darle un beso en la mejilla. Su voz era un

bálsamo para los oídos. Después dio un paso atrás y la observó con una mirada escrutadora.

—Estoy bien —confesó, haciéndole señas para que se sentara—. Y más ahora que estás aquí. He pedido que nos traigan té.

—Gracias. —Dejó el pastel en la mesa con una sonrisa juguetona—. La tía Matty me ha pedido que te traiga este pastel de su parte y te dé recuerdos. Creo que acompañado de un poco de té estará comestible.

Rachel sonrió.

—Por favor, dale las gracias de mi parte.

—Lo haré. Y... sé que Jane también quería venir.

—Ah, sí. Me escribió para ofrecerse, pero le dije que no se preocupara. Ya sé que está ocupada.

—No para ti...

Mercy guardó silencio mientras la doncella entraba y les dejaba una bandeja delante. Cortó y les sirvió el pastel antes de marcharse.

Vio la carta encima de la mesa.

—¿Has tenido noticias de tu hermana?

Asintió y sirvió el té.

—Recibí carta de Ellen la semana pasada. Pero esta es de Nicholas Ashford, el heredero de Thornvale.

La señorita Grove abrió los ojos como platos por encima de la taza de té.

—¿Sí?

Rachel tomó la carta y paseó la vista de nuevo por aquella audaz y elegante caligrafía.

—¿Te la leo?

—Por favor.

Carraspeó y empezó a leer:

Querida señorita Ashford:

Lamenté mucho enterarme de la noticia del fallecimiento de su padre. Por favor, acepte mis más sinceras condolencias. Y créame cuando le digo que la noticia no ha suscitado la interesada

expectación que resultaría tan desdeñosa y desagradable tanto para usted como para cualquier persona con sentimientos y conciencia. Después de haber perdido a mi querido padre hace dos años, comprendo, por lo menos en parte, su dolor. Le confieso que enterarme de que yo era el primero en la sucesión del mayorazgo de Thornvale me ha provocado una gran inquietud. Y no por los recientes infortunios de su padre, sino porque imagino que el mayorazgo debe de ser una fuente de vejación y dolor añadido para usted y para su hermana.

Yo he tenido suerte en los negocios y estoy en posición de mantener Thornvale. Así que, por lo visto, el destino nos ha sido propicio después de todo, aunque soy consciente de que para mí es fácil decirlo y, para usted, probablemente, sea difícil de ver. No me agrada provocarles ningún dolor a usted y a su hermana, pero en especial a usted, pues según tengo entendido su hermana está casada y vive en otro lugar.

Espero que no le resulte presuntuoso por mi parte que se lo pregunte, pero ¿puedo pedirle permiso para hacerle una visita y convencerla de mi disposición a compensarla por la circunstancia presente? Si no tiene ninguna objeción en recibirme, le propongo que fijemos como fecha el 8 de julio, sobre las cuatro de la tarde. Si no le fuera bien, por favor, escíbame a la dirección que encontrará a continuación y sugiérame una alternativa.

Hasta entonces, queda a su entera disposición:

Nicholas Ashford

Cuando terminó de leer, miró a su amiga esperando su reacción.

—¿El día 8? Para eso falta menos de una semana. ¿Lo vas a recibir?

—Supongo que debo hacerlo.

—La carta está bien redactada y ha expresado sus condolencias —
consideró Mercy.

Rachel la dobló presionando el sello una y otra vez.

—Parece un hombre meticulado y educado —admitió.

Su amiga asintió y añadió:

—Puede que al final te convenga conocerlo. Sobre todo si está dispuesto a compensaros a ti y a tu hermana.

—A Ellen le encantaría, y no seré yo quien lo impida. Aunque cuesta imaginar qué clase de compensación cree que...

—¿Te cuesta? —preguntó con delicadeza.

—¿A qué te refieres? No puede evitar ser el primero en la línea de sucesión del mayorazgo. No me debe nada.

—Ya tiene mérito que se haya ofrecido. Yo ya estoy predispuesta a sentir simpatía por él. ¿Sabes cuántos años tiene?

Negó con la cabeza.

—No. No recuerdo haberlo conocido.

—Ya se ha hecho rico, qué suerte. Imagino que no será muy joven —observó Mercy.

Rachel se encogió de hombros. ¿Y qué importancia tenía la edad de Nicholas Ashford? El quid de la cuestión es que él era el heredero legal y ella tendría que buscarse una casa nueva y una forma de ganarse el sustento. Suponía que era muy amable por su parte que se ofreciera a compensarlas de alguna forma. ¿Pretendería darles unas cuantas libras o ayudarla a establecerse en otro sitio? Siempre le había molestado la idea de tener que aceptar caridad. Y su orgullo se resentía ante la mera idea de hacerlo en esa ocasión. Eso de que un desconocido se ofreciera a darle una parte de lo que ya parecía suyo... ¿O estaría pensando en cederle alguna renta anual de ese éxito financiero en los negocios, fueran los que fuesen, que anunciaba con tanto orgullo? Se estremeció solo con pensarlo.

Decidió que sería mucho mejor para todos tener sus planes hechos para cuando llegara él. No iba a encontrarla allí sentada y cabizbaja, una figura solitaria toda vestida de negro, encorvada sobre las manos entrelazadas, esperando a que llamara a la puerta, cargada de lamentos y preocupaciones y dispuesta a hacerse la víctima indefensa o la agradecida destinataria de su benevolencia. No. Su destino no estaba en sus manos.

Por un momento pensó en Jane y deseó poder acudir a ella en busca de consuelo y consejo. Pero se volvió a concentrar en Mercy y se obligó a hacerle la humilde petición.

—Mercy, ya te has ofrecido antes, y si la oferta sigue en pie... ¿podría irme a vivir contigo y con tu tía? Podría pagar algo a cambio del alojamiento y el sustento. Bueno, muy poco. ¿Necesitáis ayuda en la escuela? No es que yo sea una persona muy instruida, pero sé un poco de francés y mi madre solía alabar mis delicados bordados. Y conozco muy bien las normas del protocolo.

Su amiga sonrió como pidiendo disculpas.

—Querida Rachel, la mayoría de nuestras alumnas se convertirán en vendedoras o serán esposas de granjeros, no damas refinadas.

—Ah...

Se desanimó. ¿También la estaba rechazando?

Pero su interlocutora se inclinó hacia delante y le estrechó la mano.

—No quiero que me malinterpretes, si quieres venir a vivir con mi tía Matty y conmigo, eres más que bienvenida. Pero ya confirmaremos los detalles más adelante, ¿de acuerdo?

Asintió aliviada, y Mercy levantó el tenedor cargado de pastel.

—Por lo menos ahora ya sabes a qué atenerte —comentó sonriendo.

Le devolvió la sonrisa y tomó un bocado de aquel pastel tan difícil de apreciar. Pensó que si quería acatar la voluntad de su padre de celebrar una fiesta en su honor en Thornvale, tendría que hacerlo pronto. ¿Se atrevería a celebrar una fiesta estando de luto?

—¿Debería cumplir con el deseo de mi padre? ¿O debería tener en cuenta las reglas sociales que prohíben participar de esa clase de entretenimiento cuando una está de luto?

Mercy pensó en su dilema.

—No hay duda de que la gente chismorreará. Pero, tal como yo lo veo, honrar los deseos de tu padre es más importante que honrar las convenciones sociales.

—Ellen piensa igual que tú. Pero yo temo las inevitables habladurías y la censura de mis vecinos.

—Quizá lo mejor es que le pidas consejo al señor Paley.

—Gracias. Creo que lo haré.



El día acordado, Rachel aguardaba en la sala de estar con las manos entrelazadas sobre el regazo. Nunca había sido nerviosa, pero en ese momento tenía que esforzarse mucho para mantener la calma. Nicholas Ashford estaría a punto de llegar.

Volvió a preguntarse cómo sería. Quizá fuera tan simpático en persona como lo parecía por carta, pero albergaba la duda. Se moría por saber que Thornvale quedaría en buenas manos. Miró el reloj mientras se alisaba la falda negra. Llegaría en cualquier momento.

Pocos minutos más tarde, se oyó el ruido de unos pasos y una doncella anunció:

—El señor Nicholas Ashford.

El caballero que entró era más joven de lo que ella esperaba y, por un instante, pensó que quizá su ayuda de cámara hubiera entrado antes que él. Pero entonces se fijó en el elegante chaleco a rayas que vestía, la immaculada corbata y el chaqué, y cambió de opinión.

Era más alto que la media de los hombres; y delgado, lo que quizá le hiciera parecer de mayor estatura. Tenía el pelo castaño claro y los ojos de color verde azulado.

Rachel se levantó y él pareció vacilar. Se quedó quieto a algunos metros de distancia con la boca abierta. Paseó la mirada por la estancia y después hizo una gran reverencia.

Ella inclinó la cabeza y flexionó un poco las rodillas.

—Usted debe de ser el señor Ashford —comentó.

—Así es. ¿Y usted es... la señorita Ashford?

—Sí. Aunque supongo que puede llamarme por mi nombre de pila. A fin de cuentas somos primos.

—Solo lejanos.

Se sintió un poco dolida por ese comentario.

—Solo lejanos, sí. Por favor, tome asiento. Pediré que traigan té. Espero que no le parezca presuntuoso por mi parte. Ahora esta es su casa y las personas del servicio son sus empleados.

—En absoluto.

Hizo sonar la campana.

—Supongo que querrá contratar nuevo personal. Algunos de nuestros sirvientes están un poco preocupados, como podrá imaginar.

—No tengo intención de reemplazar a nadie de momento.

Rachel asintió aliviada.

—Tenía la esperanza de que mi hermana estuviera aquí a tiempo para conocerle, pero no llegará hasta la semana que viene. Quiere ver la casa por última vez. Seguro que lo entiende.

—Por supuesto.

Aguardaron compartiendo un silencio incómodo. Él no paraba de hacer crujir su huesuda rodilla. Y alternaba la mirada entre Rachel y la estancia.

—¿Ocurre algo? —preguntó—. ¿No le gusta la sala de estar?

—Mmm. Oh, no, es preciosa. Mucho más bonita de lo que esperaba o de lo que me habían hecho creer.

—¿Quiere que le enseñe la casa?

Él se puso en pie rápidamente.

—Pues sí, la verdad. No querría ser grosero. Pero me gustaría pasear un poco. Llevo mucho tiempo sentado en el carruaje.

—Claro.

—Por favor, no me malinterprete. No es que esté ansioso por conocer mis nuevos dominios o algo parecido.

—Sería lo más normal. Pero si cree que se sentirá más cómodo sin mí, no tengo ningún problema en pedirle al ama de llaves que se la enseñe. Ella ha vivido aquí desde antes de que yo naciera y conoce la historia mejor que yo.

—No, no. Prefiero que lo haga usted. Es que... por favor, enséñemela. O también podemos pasear un poco por fuera antes. Me ha parecido ver que había un pequeño jardín y un laberinto...

—Sí. A mi madre le encantaban las flores. Y diseñó ese laberinto ella misma.

El señor Ashford bajó la cabeza con el rostro sonrojado, y ella continuó:

—No lo he dicho para hacerle sentir mal, señor Ashford. De verdad.

—Es usted muy buena, señorita. Muy... comprensiva.

—Ya he aceptado la situación. No tiene por qué estar incómodo.

Él levantó la vista lentamente y la miró a los ojos. Rachel le sonrió.

—Venga, deje que le enseñe la parte de fuera, espero que la disfrute tanto como lo he hecho yo.

Mientras guiaba al señor Ashford por el pasillo y cruzaba la galería, Rachel sintió una presión en el pecho. ¿Cuántas veces habría recorrido ese mismo camino hasta el jardín de su madre? Desterró ese pensamiento.

Salieron de la casa en dirección al camino adoquinado. Ella miró al señor Ashford para valorar su reacción. Le vio arquear las cejas, cosa que satisfizo el orgullo que sentía respecto a aquel entorno, siempre había considerado que era lo mejor de Thornvale. Y aquella tarde, con el sol regando con su luz la pradera, se veía especialmente bonito, tanto el laberinto ornamental como el jardín rebosante de flores veraniegas.

—Hemos tenido que recortar las horas de trabajo del jardinero, y ya no está tan bien cuidado como antes. Pero sigue siendo maravilloso, ¿verdad?

La miró un momento y después apartó la vista.

—Ya lo creo —murmuró.

Cuando se acercaron al arco del jardín enmarcado por una cascada de clemátides blancas, él carraspeó.

—Debo decir, señorita Ashford, que no es usted como yo esperaba.

—¿No? ¿Esperaba usted encontrarse con una bruja amargada y resentida?

Él esbozó una mueca.

—Por lo menos una mujer de cierta edad. Como su padre era un poco mayor que el mío, había dado por hecho que tendría usted algunos años más que yo.

—Se casó con mi madre cuando ya era bastante mayor.

—Ah. Ahora lo entiendo.

Rachel observó su juvenil aspecto.

—Aunque imagino que tengo algunos años más que usted.

—Muy pocos, si es el caso.

—Bueno, ¿y qué importancia tiene la edad? —comentó ella.

—En este caso tiene mucha.

—¿Y eso?

—Cuando contestó usted a mi carta, me invitó usted amablemente a alojarme en Thornvale durante mi visita. Y yo acepté sin darle mayor importancia.

—¿Y por qué debería vacilar? Ahora esta es su casa, o lo será muy pronto.

—Sí, pero tenemos una edad..., señorita Ashford. No es usted ninguna tía soltera. Usted es... —Guardó silencio y volvió a sonrojarse. Se apresuró a continuar—: No sería adecuado que me quedara en esta casa a solas con usted.

—Por Dios, señor Ashford. ¿Está preocupado por la reputación?

—La mía no, pero jamás me perdonaría que se convirtiera usted en el objeto de las habladurías de los demás por mi culpa.

Ella abrió la boca para protestar, pero guardó silencio. Quizá tuviera parte de razón.

—Entonces me marcharé enseguida.

—¡No! ¡Por todos los cielos, no! No me refería a que deba marcharse. Lo que pretendía decir es que quizá debería alojarme en una pensión de momento. La diligencia ha parado en un lugar llamado Bell Inn cuando he llegado a Ivy Hill, y...

Rachel alzó la mano.

—No creo que sea necesario, señor Ashford. No es que yo vaya a estar sin carabina, pues mi doncella está siempre aquí, y también el ama de llaves y la sirvienta. Sin embargo, si usted cree que es mejor, me parece bien. Pero por lo menos quédese a cenar esta noche. La cocinera se quedaría desolada si el cordero con alubias se echara a perder. Por no mencionar el postre.

—Está bien.

—Y no se preocupe, me habré marchado cuando usted vuelva para vivir aquí de forma permanente.

Siguieron paseando y le mostró una altísima malvarrosa, un montón de rosas trepadoras y un arbusto repleto de capullos anaranjados.

—Todavía es un poco pronto para que empiecen a florecer las rosas. Pero dentro de algunas semanas podrá admirar las flores preferidas de mi madre

justo en esta parte del jardín.

—En ese caso le llevaré un ramo.

Rachel lo miró sorprendida.

—Yo... Gracias.

Cuando terminaron de recorrer el resto del jardín y el laberinto de setos, volvieron a la casa. Ella le mostró todas las plantas de la vivienda, sus estancias preferidas y los retratos de los ancestros comunes que colgaban de la pared.

Un poco más tarde, mientras saboreaban el cordero con alubias y el resto de la excelente cena, Rachel miró a su alrededor con aprobación. Era evidente que la señora Fife había seguido las instrucciones con el objetivo de impresionar a su invitado, pues había puesto un mantel blanquísimo y sirvió la comida de forma muy meticulosa en la porcelana fina y con la cubertería de plata que reservaban para las ocasiones especiales.

A la luz de las velas, Rachel observó al hombre que tenía sentado delante con renovado interés.

—Hábleme de sus negocios, señor Ashford. Ha mencionado antes que le iba muy bien.

—Espero que no haya sonado demasiado presuntuoso. Solo pretendía darle a entender que dispongo de los recursos suficientes como para mantener Thornvale como merece.

Aunque con discreción, aludió al hecho de que su padre había perdido toda su fortuna. Sin medios propios, Nicholas Ashford hubiera heredado la propiedad, pero no habría tenido la capacidad de mantenerla.

Y añadió:

—Hoy en día abundan los aristócratas con muchas propiedades y poco dinero. No estoy diciendo que yo sea ningún aristócrata...

Rachel asintió.

—Mi padre consiguió su fortuna haciendo negocios. Pero cuando lo nombraron caballero, prefirió pasar por alto ese detalle. Todos lo hacíamos.

La joven suspiró y miró a su alrededor: las carísimas velas de cera, las bandejas llenas de comida y los sirvientes. Continuó:

—Sí, si no tuviera dinero tendría que casarse con alguna heredera rica para

poder mantener una propiedad como esta.

Él tragó saliva y dejó la copa de vino en la mesa tosiendo un poco.

—Bueno, supongo que suele hacerse...

Rachel notó cómo el rubor le trepaba por el cuello.

—Discúlpeme. Quizá haya pensado en hacerlo de todas formas. No es de mi incumbencia.

La joven se dio cuenta de que él no hizo ademán de comentar que no tuviera planeado casarse con nadie en aquel momento. Pero la curiosidad que sentía acerca de los futuros habitantes de Thornvale fue más fuerte que su habitual actitud reservada.

Y le preguntó:

—Siento entrometerme, pero si no le importa que le pregunte, ¿tiene pensado casarse? Quizá ya esté comprometido.

—No. No estoy prometido... Aunque espero casarme algún día. —Vaciló un momento y después preguntó—: ¿Y usted, señorita Ashford? ¿Espera casarse algún día?

A ella se le encogió el estómago.

—Hubo un tiempo en que tuve la esperanza de hacerlo, sí. Pero a mi edad...

Dejó que sus palabras se apagaran, encogiendo los hombros.

—No olvide que somos casi de la misma edad.

—Tal vez, pero usted es un hombre, y los hombres pueden casarse a cualquier edad, tal como demostró mi padre. Si embargo, las mujeres como yo que no están casadas nos quedamos para vestir santos.

—Eso es ridículo. No puede usted tener más de veinticinco años.

—Claro que sí. Algunos más. Y no es ridículo, se lo aseguro. Pero, por favor, dejemos de hablar de este tema tan tedioso.

—Como usted prefiera.

Por suerte, el alboroto que organizaron los sirvientes cuando se acercaron a servir el postre la salvó y el señor Ashford no siguió presionándola.

Cuando terminaron el pastel, el señor Ashford la miró con una sonrisa en los labios mientras tomaba un sorbo de café.

—Le agradezco mucho lo de hoy, señorita Ashford. Ha sido usted muy

amable.

—No hay de qué, señor Ashford. Ha sido un placer.

—Estoy deseando presentarle a mi madre cuando regresemos dentro de quince días.

Rachel se limpió los labios con una servilleta.

—Y yo tengo muchas ganas de conocerla.

Lo que había dicho era completamente cierto, aunque la idea de tener una nueva señora en Thornvale le provocó una amargura que prefería no admitir.

—Espero que le dé el tiempo suficiente para... prepararse.

Rachel se obligó a esbozar una sonrisa valiente y le aseguró que sí.

Cuando se despedía de ella en la puerta, el señor Ashford volvió a darle las gracias, elogió la cena y le estrechó la mano.

—Buenas noches, señorita Ashford.

—Adiós.

A pesar de lo cansada que estaba, Rachel le sonrió con sincera calidez. Al parecer, Nicholas Ashford era el hombre amable que ella había deseado que fuera. Y el poco tiempo que le quedaba en Thornvale, se consolaría pensando en eso.



CAPÍTULO

23

Thora despertó una radiante mañana de julio y vio a un hombre mirando por la ventana de su dormitorio.

Se incorporó de golpe. «¿Qué diantre...?»

Se levantó a toda prisa, se puso una bata y se acercó para ver qué pasaba. Vio la escalera y cómo las piernas del hombre desaparecían en lo alto del tejado. Supuso que se trataba del corpulento señor Broadbent, el fontanero. Arreglar las tuberías estaba en la lista de las futuras reparaciones, pero teniendo en cuenta cómo estaban las finanzas, pensaba que habían decidido posponerlo por el momento. Por lo visto no lo recordaba bien, o quizá hubiera aparecido alguna gotera nueva desde el día anterior.

Mientras hacía la cama, Alwena entró a traerle agua caliente y se marchó. Se aseó y se vistió ella misma, pues ya hacía mucho tiempo que había decidido usar corsés y vestidos que pudiera ponerse y quitarse sin ayuda. Se cepilló el pelo, se lo recogió en el moño que siempre solía llevar y bajó la escalera.

Se encaminó hacia la cocina para tomar su habitual taza de té y comprobar cómo se las apañaba la señora Rooke con las limitaciones de la despensa. Cuando llegó al umbral se quedó de piedra al ver una mesa repleta de cajas y bolsas de comida.

—¡Cielo santo! —exclamó—. ¿El verdulero ha cambiado de idea?

Dotty asintió.

—Eso parece, señora. Y el señor Pretter también.

La señora Barton entró con un queso gigantesco. Bertha Rooke asomó la cabeza desde el interior de la despensa.

—Aquí dentro, Bridget. Gracias.

En el patio vio a un joven que empujaba una carretilla repleta de carbón en dirección al cobertizo, y Colin McFarland le explicaba a otro hombre cómo debía apilar unas latas de pintura cerca de la puerta de atrás.

Thora se dio media vuelta y entró en el despacho.

Encontró a Jane con una pila de facturas nuevas, escribiendo y sumando números en el libro de contabilidad.

Y le espetó:

—¿Qué has hecho?

—¿Mmm? —murmuró sin levantar la vista.

—El señor Prater, el señor Holtman y la señora Barton han traído los pedidos esta mañana después de haberse negado la semana pasada. El carbonero está aquí, el ferretero ha traído la pintura que faltaba y el señor Broadbent está arreglándonos las tuberías y los desagües mientras hablamos.

—Ya llevaba un rato preguntándome qué serían esos ruidos —comentó su nuera, con tono despreocupado. Demasiado despreocupado.

—Jane...

—Solo he actualizado nuestras cuentas —explicó—. No podemos funcionar si no tenemos carbón en las estufas, comida para los caballos e ingredientes para la señora Rooke.

—Sí, soy muy consciente. Pero...

—Y usted estaba en la reunión en la que decidimos hacer varios arreglos y mejoras.

—Sí. Pero Patrick no paraba de decir que no podíamos asumir las facturas. Ni siquiera nos llegaba para pagar una parte de los sueldos, y mucho menos para hacer arreglos. Te lo volveré a preguntar, ¿qué has hecho? Dime que no has recuperado todo el dinero de tus capitulaciones y lo has invertido en esta antigualla.

—Ahora podremos pagar el resto de los sueldos —comentó Jane como si tal cosa—. Y hacer todas las mejoras que nos propusimos.

—Pero ¿no vas a pagar el préstamo?

—No. No había suficiente para eso.

—Jane, ese dinero te garantizaba una seguridad en el futuro. Era tu refugio. Todavía podemos perder la posada, y entonces ¿qué pasará contigo? ¿De qué vivirás?

Se levantó de golpe.

—Ya cruzaremos ese puente cuando lleguemos a él.

Su envalentonamiento no engañó a la suegra. Enseguida vio el brillo de la incertidumbre en sus ojos.

—¿Y si el puente se cae? —preguntó en voz baja.

—Rezaremos para que eso no pase.

Cuando Thora le explicó a su hijo lo que había hecho Jane, reflejó en su rostro una avalancha de emociones: sorpresa, rabia y reacia admiración. Entonces se le ocurrió algo y ladeó la cabeza. ¿Sería una especie de afirmación engreída?

Frunció los labios y se cruzó de brazos.

—Qué gran gesto por parte de Jane el de invertir su dinero en el negocio familiar. Una maniobra muy feudal. La viuda responsable invirtiendo sus fondos en la propiedad ruinosa de su marido. Qué capacidad de sacrificio. Bueno, sus pérdidas son ganancias para Bell Inn.

—Todavía podría perder la posada, podría perderlo todo —le recordó la mujer.

—Exacto.

Thora frunció el ceño.

—Patrick...

—Eso es lo que convierte su gesto en un sacrificio, madre —comentó con calidez—. Si tuviera el éxito garantizado, hacerlo sería lo que más le convendría. Pero el riesgo, la apuesta, es lo que lo convierte en un acto tan noble.

—Quieres que pierda —concluyó Thora, en voz alta y sintiendo un nudo en el estómago.

—Madre... —la reprendió él, poniendo cara de niño dolido—. Yo nunca le desearía ningún sufrimiento a Jane. Usted ya lo sabe. Hablaré con ella e intentaré que entre en razón antes de que sea demasiado tarde. No puede

haberse gastado ya todo el dinero.

En ese momento oyeron el tintineo de un carro que procedía del patio. Desde la ventana vieron que el carnicero llegaba con una pieza de ternera.

Le lanzó una mirada irónica a la mujer.

—O quizá sí.



Jane aguardaba delante de la posada y miraba hacia arriba para ver al señor Broadbent subido a la escalera. Esperaba que no se cayera. Por desgracia, le había explicado que había visto varias losas del tejado rotas mientras estaba arreglando las tuberías. Y eso significaba que pronto tendrían que reponerlas.

Advirtió una presencia a su espalda y cuando se volvió vio a Gabriel Locke mirando también hacia arriba con los brazos cruzados. El herrador le dijo:

—No me cabe ninguna duda de que Patrick se estará felicitando. Piensa que usted fracasará y que él se quedará con la propiedad, y ahora, además, la recibirá recién pintada y con las tuberías nuevas.

—Creo que piensa demasiado mal de él —contestó—. Me ha apoyado mucho desde que ha vuelto. Ha trabajado muchísimo para ayudarme, y sin cobrar ni un penique.

—Así que no cobra, ¿eh? En ese caso me pregunto de dónde sacará el dinero para pagar tantas rondas en el pub.

—¿Está usted insinuando que es un mentiroso?

Locke la miró y vio algo en su rostro que le hizo cambiar el discurso.

—No, señora Bell. Pienso que cree que es todo lo que usted dice de él.

La mujer cambió de tema, concentrándose en el viejo ángel del tejado que había mencionado Talbot. La piedra esculpida representaba una figura angelical que vestía una túnica, y su cabello rizado le daba una apariencia femenina. Por desgracia, tenía una grieta en el rostro y le faltaba un trozo de ala.

—Estaba pensando en pedirle que quite ese ángel roto aprovechando que

está ahí arriba. Como tiene la cara rota, parece más una gárgola que un ángel. Probablemente lo alcanzara un rayo en más de una ocasión.

—Una vez —contestó Tuffy, que se había acercado cojeando—. La segunda vez fue cosa de Liam McFarland.

Jane lo miró sorprendida.

—¿A qué se refiere?

En ese momento Colin McFarland salió de la posada y Tuffy se llevó un dedo a los labios y se marchó.

Colin traía una hoja de liquidación.

—Señora Bell, ¿podría ocuparse de la factura del señor Wagner? Está a punto de marchar. Yo tengo que ir a servir la sidra para los pasajeros de la próxima diligencia.

—Claro. Enseguida voy.

El chico asintió y volvió adentro.

Gabriel Locke seguía mirando hacia arriba, en dirección a la estatua.

—Es muy probable que sea difícil o incluso imposible arreglarla.

Jane coincidía con él.

—Y tampoco creo que tenga sentido invertir dinero y esfuerzo en ello. Y menos teniendo en cuenta que ya hace más de treinta años que el lugar no se llama la posada del Ángel.

El herrador asintió y la miró de reojo.

—Hablando de ángeles, me han dicho que su adorado gatito ha dejado otro regalo en la puerta.

Ella lo miró y apartó la vista sin contestar.

—Joe me ha dicho que le ha pedido que se encargue de retirarlo por usted. Me sorprende que no me lo pidiera a mí.

—Esperaba ahorrarme las bromas —comentó con ironía—. Es evidente que no lo he conseguido.

Después, Jane hizo el cálculo de la factura por Colin y el señor Wagner la pagó. A continuación, volvió a la casita de madera sintiéndose intranquila. ¿Se había precipitado al retirar el dinero del acuerdo matrimonial con el propósito de utilizarlo para pagar a los proveedores y financiar las reparaciones? Todavía no se lo había gastado todo, pero probablemente lo habría hecho para

cuando terminaran con todo lo que habían planificado. ¿Estaba siendo una tonta por hacerlo, como había parecido sugerir Thora?

Había pensado que su suegra apreciaría el gesto, pero esa no era la emoción que había visto reflejada en el rostro de la mujer. Recordó lo que le había dicho hacía solo un momento: «Dime que no has recuperado todo el dinero de tus capitulaciones y lo has invertido en esta antigualla. Ese dinero te garantizaba una seguridad en el futuro. Era tu refugio. Todavía podemos perder la posada, y entonces ¿qué pasará contigo? ¿De qué vivirás?»

Se le hizo un nudo en el estómago. ¿Llegaría un día en que se arrepentiría de haber tomado esa decisión? ¿El banco terminaría por quedarse la posada? De pronto se sintió más vulnerable que nunca.

Empujada por la posibilidad de convertirse en una viuda arruinada sin techo bajo el que cobijarse, volvió a pensar en el dinero desaparecido del préstamo y en lo que había sugerido Patrick, la posibilidad de que John lo hubiera escondido en algún sitio. Quizá lo había guardado junto a la copia del contrato del banco, donde fuera que estuviese. Y decidió registrar toda la cabaña por si acaso.

Supuso que de todas formas había llegado la hora de poner orden en las cosas de su marido, aunque la idea la aterrorizaba. Tal vez debería reunir la ropa de John y preguntarle a Patrick si quería alguna de sus prendas y, en caso de que no las quisiera, venderlas a alguna tienda de segunda mano o donarlas a la casa de beneficencia.

Ya había encontrado algo en la mesita de noche de John y se lo había dado a Gabriel Locke en lugar del salario. En esta ocasión miró más a conciencia, y en más sitios.

Empezó revolviendo en su arcón, después miró detrás de una pequeña colección de libros que había en la biblioteca, y a continuación tras los cuadros enmarcados de las paredes. Abrió una caja de cedro que había a los pies de la cama y repasó los recuerdos de juventud de John: carteles antiguos, tarjetas de visita de huéspedes importantes, piezas para jugar al *whist* ⁶, una entrada a las carreras de Newmarket, y una moneda romana como la que le había dado al señor Locke, en la que se veía una imagen del emperador. Leyó un artículo amarillento de un periódico en el que anunciaban que él había

pasado a ser el nuevo propietario de Bell Inn; después tomó un trozo de lazo rosa y se quedó pensativa un momento. Recordó que John había cortejado a otras mujeres antes que a ella, incluyendo a la señorita Prater, probablemente perteneciera a alguna de ellas y nunca había llegado a deshacerse de él.

En el fondo encontró una piedra pesada y rota. Por la forma y las plumas que vio grabadas en ella supuso que habría formado parte de una ala, quizá incluso fuera del ángel del tejado. Ahora solo era una parte del trabajo de alguien, de la vida de alguien. Igual que todas aquellas cosas que había conservado John. Pero no encontró nada que tuviera valor económico.

Se levantó y revisó todo lo que había sobre el escritorio de su marido, que estaba en la esquina de la sala de estar, y después abrió el cajón. Ya lo había hecho en alguna ocasión para buscar algún abrecartas o un poco de cera para lacrar sobres, pero no se había entretenido en revisar el contenido. Esta vez sacó el taco de papeles que encontró dentro —notas, cartas, tarjetas de visita y facturas—, que había considerado documentos viejos sin ninguna importancia, y los repasó de nuevo. John solía trabajar sentado al escritorio del despacho, pero allí guardaba un recordatorio de su padre para que aumentara el pedido de carbón cada año, una nota de agradecimiento del cervecero por los negocios, una factura del afinador de pianos de Salisbury, una carta que había enviado Jane aquella vez que se marchó a Londres con Mercy, y un sobre con el sello de Blomfield, Waters y Welch. Lo abrió, pero dentro solo encontró la tarjeta del señor Blomfield. Qué raro...

Al final de la pila encontró otro documento, una carta que se había doblado con esmero en más de una ocasión. La letra de fuera estaba un poco borrosa, pero consiguió leer el destinatario: «Señor John Bell», y la dirección de la posada. Desdobló la hojita y leyó:

Estimado señor Bell:

Me sorprendió mucho recibir su carta ofreciéndome su ayuda. En especial después de cómo terminó todo. Sí, me encantaría volver a verle. Si insiste en ofrecer alguna recompensa, me reuniré con usted el día 27 como ha propuesto. Me encontrará en Gilded Lily,

en Epsom. Estaré libre a las cinco de la tarde.

*Atentamente:
Hetty Piper*

Jane frunció el ceño y releyó la nota mientras olvidaba la tarjeta del banquero. Otros pensamientos inquietantes empezaron a retumbar en su cabeza como si de las campanas de la iglesia se tratara. ¿Quién era Hetty Piper? El nombre le resultaba vagamente familiar. ¿Sería una antigua empleada? Le vino una imagen a la cabeza, una pelirroja exuberante con una gran sonrisa, pero se desvaneció enseguida. ¿Por qué John se habría ofrecido a ayudarla? ¿Una recompensa a cambio de qué? Estaba convencida de que la primera idea que le vino a la cabeza no podía ser acertada. ¿Qué clase de establecimiento era el Gilded Lily? Y lo del día 27 en Epsom... John había muerto el día 27 de mayo en Epsom...

Se le revolvió el estómago y un sabor a bilis le trepó por la garganta. Estaba convencida de que le estaba dando demasiada importancia a todo aquello. No podía ser. John había ido a reunirse con Gabriel Locke en busca de caballos y para ir juntos a las carreras. A divertirse, le había dicho su marido. Para hacerle compañía a su amigo el herrador. No había mencionado a ninguna mujer, pero ¿no sería normal que la esposa fuera la última en enterarse? Jane apretó los ojos con fuerza, presa otra vez de las náuseas. ¿Todo lo que le había dicho no eran más que mentiras? ¿John tenía una aventura y ella no sabía nada? Ciertamente su matrimonio había tenido sus altibajos, y aquellos últimos años había pasado por horas bajas. Pero ella nunca había pensado... No. John no. No así. No habría sido capaz.

¿O sí?

Jane rugió, el dolor y el miedo enseguida dieron paso a la indignación. «¡Dime que no acabo de invertir todo mi dinero en tu posada y tú me has estado engañando!». Si era así, Thora tenía razón: acabaría por arrepentirse. Allí estaba, intentando salvar el negocio de su marido, su legado, para recibir a cambio de su lealtad aquel cubo de agua fría.

¿Lo sabía todo el mundo? ¿Se estaban riendo todos a su espalda? «Primero la dote, ahora el fondo del acuerdo matrimonial. Desde luego nos hemos

aprovechado bien de esa necia...».

«No te precipites», se dijo Jane con dureza. Primero descubriría la verdad y después ya iría cambiando sus planes en consecuencia. Si se demostraba lo peor, reuniría todo el dinero que le quedase, vendería hasta la última tubería y la pintura que había comprado, y dejaría que Bell Inn se pudriera sin mirar atrás. Le daría igual que se la quedara el banco, o Patrick. Le daría igual que se quemara entera.

[6](#) N. de la Trad.: el *whist* es un juego de naipes.



CAPÍTULO

24

Se encontró a su suegra sentada en el antiguo escritorio de John en el despacho, con los anteojos puestos y rebuscando entre los papeles del cajón.

—¿Thora?

—¿Mmm? —murmuró sin dejar de buscar.

Jane rascó un trozo de cera seca del escritorio con la uña e intentó hablar con un tono despreocupado.

—¿Quién es Hetty Piper?

—¿Hetty?

La miró por encima del borde de los anteojos.

—Ajá.

Entornó los ojos al pensar.

—Trabajó como sirvienta aquí durante un tiempo corto. ¿Por qué?

—Por curiosidad. ¿Era esa chica pelirroja? ¿Una que era muy guapa?

—Sí . Demasiado guapa para que las cosas le fueran bien.

—¿A qué se refiere?

—La contratamos para limpiar y cambiar las camas, no para atraer miradas. Y te aseguro que tentó a más de uno.

—¿A huéspedes o al personal?

—A ambos.

Jane se clavó las uñas en las palmas de las manos. No era la respuesta que buscaba.

—¿Y por qué se marchó?

—Pues porque la despedí, por eso. La mandé a paseo. Daba demasiados problemas.

—¿Y eso cuándo fue?

Se encogió de hombros.

—Quizá haga dos años. Podría buscar la fecha exacta en los libros de contabilidad, si necesitas saberlo por algún motivo en concreto.

—No. No es necesario.

Su suegra la observó con los ojos entornados.

—¿Por qué preguntas por Hetty Piper ahora, después de tanto tiempo?

—Mmm... he leído su nombre en alguna parte, eso es todo. Y solo tenía curiosidad. ¿Qué está buscando? ¿Una copia del contrato del préstamo?

La mujer seguía mirándola, haciendo caso omiso al cambio de tema de conversación

Jane siguió hablando:

—Acabo de revisar el escritorio de John en la cabaña y he encontrado un sobre del banco. Pensaba que había encontrado los papeles del préstamo, pero dentro solo he visto una tarjeta del señor Blomfield.

Thora frunció el ceño al escucharlo, cerró el cajón y se quitó los anteojos.

—Qué pena. Patrick piensa que podría ser importante. Por cierto, el verdulero lo engañó aprovechando que no estaba Talbot. He encontrado una factura por una piña, nada menos.

Hizo ondear la factura.

Pero Jane contestó:

—Me temo que se la pedí yo. Estaba deliciosa. Pero eso fue antes de tomar conciencia de lo caros que eran todos esos lujos.

—Ya veo.

Thora guardó la factura.

—Bueno, la dejo trabajar. —Jane forzó una sonrisa.

Pensó en ir a preguntarle a Patrick sobre Hetty. Pero cuando llegó al bar, se lo encontró enfrascado en una animada conversación en compañía de otros hombres y no quiso provocar comentarios inapropiados sobre la infame pelirroja.

Así que decidió ir en busca de Gabriel Locke. Lo encontró en el establo

arreglando las pezuñas de un caballo.

Apoyó los codos en la puerta.

—¿Qué es el Gilded Lily, señor Locke?

Él la miró sorprendido por encima del hombro y frunció el ceño.

—Un establecimiento donde jamás me aventuraría a entrar. ¿Por qué lo pregunta?

«¿Y John sí?», se planteó. Pero le formuló otra pregunta:

—Usted estaba con mi marido el día que murió, ¿verdad?

El herrador hizo una mueca.

—Ya sabe que sí.

—¿Entonces sabe que planeaba reunirse con una mujer llamada Hetty Piper en Epsom? ¿En un lugar llamado Gilded Lily?

El señor Locke se quedó mirándola fijamente un momento y después bajó los ojos.

—Me parece que mencionó algo sobre reunirse con una antigua empleada, pero no me comentó los detalles. —La miró de nuevo, con recelo—. ¿A qué viene todo esto?

—He encontrado una carta entre las cosas de John. —Se sacó el papel del bolsillo del delantal—. La señorita Piper escribió que se reuniría con él sobre las cinco en punto el 27 de mayo.

Gabriel arrugó la frente.

—¿A las cinco?

—Sí. Pero ¿John murió...?

—Alrededor de las cuatro, más o menos.

—¿Entonces se supone que ese encuentro nunca llegó a producirse?

Él soltó la pata del caballo y se puso derecho.

—¿Me permite ver la carta?

Jane frunció el ceño, repentinamente enfadada con él.

—Nunca me había mencionado nada sobre este encuentro. Ni tampoco que John conociera ninguna mujer en Epsom. ¿Tenía una amante? ¿Ese es el motivo de que pasara tan poco tiempo en casa durante el último año de su vida?

Gabriel miró a su alrededor para asegurarse de que nadie escuchaba, y después se pasó la mano por la cara.

—Jamás lo vi encontrarse con ninguna mujer. Aunque también es verdad que no estábamos siempre juntos. Pero no lo creo, no mientras estuvo casado con usted.

—No soy ningún chollo. Y nuestra relación no era en absoluto como debería. Pero aún así, jamás pensé...

Agitó la carta un segundo y se dio media vuelta.

El herrador la llamó.

—¿Y qué va a hacer?

—Por lo visto me voy a Epsom —gritó.

—Jane. Señora Bell. No lo haga. Ese sitio no es lugar para una dama.

Jane siguió caminando pero él la alcanzó.

—Por favor, no vaya. No vaya ahora, y mucho menos sola. A finales de semana viajaré al norte para reunirme con ese hombre con el que negociaré el asunto del caballo, ¿recuerda? Podría investigar por usted. Y si quiere ir, por lo menos permítame acompañarla.

—No, señor Locke. Algo me dice que si quiero saber la verdad, usted no será el hombre que me ayude a descubrirla.

Volvió a parecer herido y avergonzado. Y dijo:

—En general, soy un hombre honesto, pero he aprendido de la peor manera que aquellos que buscan la verdad suelen terminar añorando vivir en el desconocimiento. La verdad, como ocurre con los medicamentos, es mejor tomarla en pequeñas dosis.

—No estoy de acuerdo. Y no necesito su protección, señor Locke. Ni para decidir qué cantidad de verdad puedo asimilar, ni para viajar. Iré en el Correo Real acompañada de una doncella. —Hizo una pausa y añadió con tono irónico:

—Me parece que conozco a alguien que trabaja en una posada de postas y puede ayudarme a organizar el viaje.

Se dio media vuelta y se marchó con paso ligero, sin sentir ninguna satisfacción y afligida por miedo de que él tuviera razón: era muy poco probable que le gustaran las respuestas que fuese a encontrar.

Jane se dirigió rápidamente al mostrador de recepción. Allí se encontró a

Patrick ante varias hojas de rutas y horarios.

Cuando empezó a preguntarle, él la miró de reojo.

—¿Adónde dices que quieres ir?

—A Epsom.

Su cuñado la miró con atención y preguntó:

—¿Quién hay en Epsom?

Ella siguió hablando como si no hubiera escuchado la pregunta:

—Está al sudoeste de Londres.

Patrick no dejaba de mirarla fijamente.

—Ya sé dónde está.

—Ah, ¿sí?

—Claro. —Le acercó el plano de las rutas—. Tengo el mapa aquí mismo.

Por un momento Patrick olvidó sus preguntas y le enseñó hasta dónde podía llegar con el Correo Real y dónde tendría que bajarse y comprar un billete para otra diligencia con la que poder hacer el resto del recorrido.

—La carretera de Brighton pasa por Epsom pero, por desgracia, no está en el paso de la ruta entre Exeter y Londres.

Jane tomó nota mental de todo lo que le había dicho e insistió en pagar los billetes con su propio dinero.

Una vez tuvieron los pasajes reservados, él apoyó los codos en el mostrador y volvió a mirarla con un brillo extraño en los ojos.

—Tengo curiosidad, Jane. Locke vino a verme la semana pasada y me preguntó cuál era la mejor forma de llegar a Epsom. Y ahora tú también quieres ir más o menos al mismo tiempo. Hay quien pensaría que es una coincidencia sospechosa. Aunque no seré yo, claro.

—Me alegro de saberlo —contestó con sequedad—. Odiaría pensar que me conoces tan poco como para sospechar que podría tener una cita secreta.

—Claro que no. —Sonrió—. Eso no sería propio de la formal *lady* Jane.

Ella le devolvió la sonrisa con amargura.

—El señor Locke quiere reunirse con su socio para hablarle de ese caballo del que hablamos en la reunión, ¿te acuerdas? Mientras que el recado que quiero hacer yo es algo que ha surgido de repente. Te aseguro que no tienen ninguna relación.

—¿Y qué clase de recado es?

—Patrick, Epsom es donde murió John. ¿No podemos dejarlo así?

Se le borró la sonrisa y sus bonitos ojos perdieron el brillo.

—Lo siento, Jane. No pretendía ofenderte.

No solía verlo sin su clásica sonrisa juguetona en los labios. Y mucho menos con aquella expresión sinceramente triste.

Le dio una palmadita en el brazo.

—No te preocupes, Patrick. Ya sé que te gusta bromear.

Él puso la mano libre sobre la de su cuñada.

—Eso es verdad. Pero nunca he querido hacerte daño, querida Jane.

—Eso ya lo sé, Patrick.

¿De verdad lo sabía? Recordó las advertencias de Locke acerca de él, pero no quería pensar en eso. No era el hermano Bell que más le preocupaba en ese momento.

Cuando cruzó el patio en dirección a la cabaña, advirtió que *Kipper* la estaba esperando en la puerta. Antes de que pudiera llegar, el señor Locke la alcanzó. Jane aminoró el ritmo a regañadientes y él se plantó delante de ella en unas cuantas zancadas.

—¿Todavía quiere ir?

—Sí. Y usted... ¿cuándo se marcha?

—El viernes.

—Estupendo. Cadi y yo nos marchamos el jueves.

El señor Locke abrió la boca para protestar, pero ella alzó la mano para impedirselo.

—Hemos reservado los dos últimos asientos que quedaban, y es lo mejor. No es necesario, ni sería apropiado, que viaje usted con nosotras.

Él inspiró con rabia y se le dilataron las aletillas de la nariz, después soltó el aire con fuerza.

—Muy bien. Pero ¿me promete que irá con cuidado?

—Siempre voy con cuidado, señor Locke —le aseguró.

Después Jane abrió la puerta de la casita de madera y, mientras miraba desafiante al señor Locke, dejó entrar al gato.

Pero en cuanto la puerta se cerró, se le borró el gesto de seguridad. Se

agachó y acarició a *Kipper*, consolándose al sentir el contacto de su suave pelo. Estaba nerviosa por tener que viajar a una ciudad desconocida con una misión tan desagradable. Pero estaba decidida a ocultarle su miedo a Gabriel Locke. Y a ella misma también.



El día siguiente, Jane tomó la calle High en dirección a la tienda del señor Prater y oficina de correos, para enviar una carta atrasada al señor Coine, agradeciéndole la ayuda que le había prestado con el asunto de su fondo de viudedad y para informarle de lo que había decidido hacer con el dinero. El establecimiento del señor Prater había hecho las veces de servicio postal durante años, pues Ivy Hill era demasiado pequeño como para tener un edificio independiente para ese fin. Recordaba que a John le hubiera gustado conseguir que las gestiones de correos se realizaran en la posada, pero nunca llegó a hacer nada para conseguirlo.

Cuando se acercaba, miró los escaparates. En uno de ellos había una exposición de escobas y cepillos, y cestos en otro. Debajo del nombre de la tienda y escrito con letras decorativas se leía: «Ferretería, telas, menaje y mercería». Ya había visto ese cartel en otras ocasiones, pero esta vez, tras conocer que lo había escrito la señorita Morris, se acercó un poco más para admirar las elegantes letras. Tenía pensado pedirle que repintara también el letrero de la posada.

Justo delante de ella vio a un varón muy corpulento —le pareció el carretero—, que abrió la puerta de la tienda. Rachel Ashford apareció por el otro lado al mismo tiempo, con una carta en la mano. Jane la saludó asintiendo con la cabeza y juntas siguieron al hombre dentro de la tienda.

Rachel abrió la boca para decir algo, pero calló ante la conversación que estaban manteniendo al otro lado del mostrador. Las damas que había en el establecimiento no debieron de verlas entrando detrás de aquel hombre de espaldas tan anchas, porque después de echarle una rápida mirada mientras él se dirigía a la sección de ferretería, Thora y la señora Prater siguieron

hablando con normalidad.

—Usted jamás haría una cosa como esa, ¿verdad, señora Bell?

—¿El qué?

—Lo que va a hacer la señorita Ashford. Celebrar una fiesta cuando no hace ni un mes que ha fallecido su padre.

Rachel se puso tensa y se escondió detrás de un expositor lleno de teteras y cazuelas de cobre para que no la vieran. Jane hizo lo mismo.

—¿Una fiesta?

—Sí, una cena. El señor Holtman ha estado aquí hace un rato presumiendo del gran pedido que le han hecho para el evento. Y no me cabe duda de que el carnicero habrá recibido otro igual.

—¿Y a usted no le han hecho ningún encargo, señora Prater?

Distinguió el tono irónico en la voz de su suegra, pero su interlocutora no se dio ni cuenta.

—No. Aunque tampoco querría formar parte de una fiesta de ese tipo. En pleno periodo de luto. Eso no está bien.

—Estoy segura de que tendrá sus motivos.

Jane miró a la aludida y advirtió que se había ruborizado, avergonzada. «Pobre Rachel», pensó. Por lo menos, Thora no se había sumado a las críticas.

La señora Prater terminó de pesar el café que había comprado su clienta.

—¿Alguna cosa más, señora Bell?

Señaló uno de los tarros llenos de dulces.

—Esos bombones de limón, ¿a los niños les gustan?

—Sí, aunque mis nietos prefieren los tofes. Pero... usted no tiene nietos, ¿verdad, señora Bell?

Jane contuvo la respiración.

—Ya sabe que no —contestó Thora, con frialdad.

—Mi Lydia tiene tres niños bien fornidos. Todos con muchísimo apetito. ¡No envidio sus facturas en comida! Por suerte a su marido le va muy bien; es agente inmobiliario. Cuando pienso en lo mal que lo pasó todos aquellos años...

Jane se puso tensa. Notó que Rachel la estaba mirando y fingió interesarse por una tetera muy brillante.

—Sí, todos nos alegramos de que su hija escapara al terrible destino de casarse con mi hijo —contestó, con sequedad.

—Querida Thora, yo no pretendía...

—Sí, Hilda. Eso es exactamente lo que pretendía decir.

Entonces fue Jane la que se sintió aludida pues al final fue ella quien se casó con John y la que no fue capaz de darle nietos a aquella mujer. Con las orejas bien rojas, se escabulló de la tienda sin haber hecho su recado, y con la esperanza de que su suegra no la viera salir. Se preguntó por qué la señora Prater querría atacar a Thora. Ya debía de saber que la señora Bell habría preferido que John se casara con su hija. Fue él quien eligió a Jane, no su madre. Y sin duda, no pasaría ni un solo día en que ella no lamentase la decisión de su hijo.

La puerta de la tienda tintineó a su espalda y Jane siguió caminando, con la cabeza gacha, convencida de que se trataba de Thora. Pero fue Rachel quien la llamó:

—Jane, espera.

Se detuvo a regañadientes justo cuando la joven la alcanzaba.

—Puede que no te lo creas, pero había pensado en ir a verte después de pasar por la oficina de correos.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué?

—He oído decir que Fairmont House se va a convertir en un hotel y quería...

—¿Regodearte?

La señorita Ashford se quedó de piedra, parpadeando, y Jane deseó poder retirar sus palabras. Era la primera vez que Rachel iba en su busca después de todos aquellos años y... ¿ese era el recibimiento que le daba? Se preparó para recibir alguna respuesta cortante o verla marchar.

—No. Para decirte que lo siento. ¿Cómo podría alegrarme cuando yo también estoy perdiendo mi casa?

—Por lo menos Thornvale no se va a convertir en una hospedería para completos desconocidos.

—No. Solo en la casa de otra persona, gracias al mayorazgo.

Jane se sintió avergonzada.

—Lo siento. No tengo derecho a quejarme de perder mi antigua casa cuando tú estás perdiendo la actual.

Rachel se miró las manos.

—Supongo que te alegras un poco de verme así.

—No. —Hubo un tiempo en que podría haber sentido cierta satisfacción, pero ya no—. ¿Cuándo tienes que marcharte?

—A finales de la semana que viene —respondió, tras respirar hondo.

—¿Te irás a vivir con Mercy? Me dijo que cabía la posibilidad.

—De momento, sí. —Guardó silencio y volvió a mirar en dirección a la tienda—. Sin duda habrás oído lo que ha dicho la señora Prater sobre la fiesta. Supongo que tú me juzgarás con la misma dureza.

Ella negó con la cabeza.

—No es de mi incumbencia.

—Ni de nadie. Pero mi padre siempre decía: «Cuando yo muera no quiero que os pongáis tristes. Lo que quiero es que celebréis una gran fiesta en mi honor. Prométemelo. Antes de marcharte de esta casa, ¡organiza una gran cena y vacía la bodega!».

Jane se las arregló para esbozar una leve sonrisa.

—¿Sabes?, yo recuerdo haberle oído decir eso.

—Pues no iba a hacerlo —le explicó Rachel—. Mi hermana y yo estamos de luto. Pero Ellen insiste. Y hablé con Mercy, con el señor Paley y... he decidido cumplir su petición antes de marcharme de Thornvale.

—Lo entiendo. Y quiero insistir en que lamento tu pérdida.

Rachel levantó la carta que llevaba en la mano.

—Tenía intención de mandarle una invitación al señor Nickel, el abogado y compañero de cacerías de papá. Si tu padre siguiera entre nosotros, también le habría invitado. —Se mordió el labio—. Supongo que... ¿no querrás venir?

Jane era incapaz de deducir, por la actitud vacilante de Rachel, si había querido invitarla y había anticipado la negativa, o si no tenía ninguna intención de contar con ella, pero, dado que había escuchado la conversación sobre la fiesta, se había sentido obligada a preguntarle si quería asistir.

Ella dudó.

—También voy a invitar a *sir* Timothy, a su madre y a su hermana. A Mercy

y a su tía, con quien mi padre tanto disfrutaba bromeando. A Ellen, claro, aunque su marido no pueda escaparse. Y al señor y la señora Paley. Somos demasiadas mujeres para los hombres que vienen, así que he dejado de intentar igualar los números. ¿Tú crees que debería hacerlo? —añadió Rachel.

—Invita a quien quieras, pero no lo hagas por mí.

—Entonces me limitaré a invitar a viejas amigas.

«Viejas amigas...». ¿Ella y Rachel seguían siendo amigas después de todo aquel tiempo y de tanta frialdad? Se dio cuenta de que había buscado la manera de mencionarle que también había invitado a *sir* Timothy. ¿Habría sido una forma de advertirle que sería incómodo que ella acudiera? Estaba segura de que después de todo aquel tiempo podían comportarse de forma educada y amistosa. Pero ¿de verdad quería sumarse a la ansiedad de Rachel cuando la joven todavía no tenía claro si debía o no celebrar aquella fiesta?

—No lo sé... —dijo al fin—. ¿Cuándo se celebrará el gran evento?

—El día 21.

Vaciló mientras pensaba en sus planes. En función de lo que descubriera en Epsom, dudaba que tuviera ganas de asistir a ninguna fiesta cuando volviera.

—Me marcho unos días del pueblo y no sé cuándo volveré, o si Thora y Patrick podrán sustituirme cuando lo haga.

—Ah. Lo entiendo. Bueno, que tengas buen viaje.

—Gracias —contestó, aunque lo dudaba mucho.

Rachel se marchó presa de la culpabilidad y la decepción. No le había pasado por alto la vacilación de Jane, la vaga naturaleza y duración de su supuesto viaje, que, sin duda, era una excusa. ¿Y qué esperaba?, se preguntó. Ella llevaba varios años rechazando las invitaciones de su antigua amiga. Había hecho caso omiso a sus propuestas para que fuera a visitarla, para tomar el té, o para asistir a una obra de teatro en Salisbury. Había rechazado su apoyo mientras duró la enfermedad de su padre y después de su muerte. Ella había sido respetuosa, pero distante. Era extraño que Jane hubiera aguantado tanto. «¿Cómo no va a pensar que no quiero que forme parte de mi vida?».

Rachel se planteó si sus rechazos del pasado habrían herido tanto a Jane como las reticencias de esta a ella ahora. En la tensa distancia que las

separaba imaginó las peores situaciones posibles: la que fuera su amiga la odiaba. No tenía ningún interés en recobrar su amistad. Probablemente se hubiera quejado a otras personas de lo mal que la había tratado. A Mercy o, peor aún, a Timothy.

«Lo siento, Jane» pensó. «No quería hacerte sentir como me siento yo ahora. Lo lamento, Dios. Sé que mi comportamiento resentido y mi superioridad egoísta no deben de haberte gustado. Sé que amas a Jane y que su valor como persona no ha disminuido debido al hombre con quien se casó, o porque Timothy la quisiera a ella más que a mí...».

Miró atrás por encima del hombro y se sorprendió de ver que ella seguía allí, con su vestido negro, viéndola marchar. Podrían haber sido hermanas, las dos de luto. Estaba segura de que Jane dejaría de vestirlo pronto. Ya hacía más de un año que su marido había muerto. ¿O acaso lo llevaba como si fuera una armadura?

«Por favor, perdóname por cómo la he tratado», rezó. «Por favor, ayúdame a reparar el daño que he causado. Ayúdala a ella para que también pueda perdonarme. Oh, padre caritativo que estás en los cielos, ayúdame a dejar de ser tan egocéntrica, pues no dejo espacio para más personas. Y lo peor, no dejo espacio para que estés tú».



CAPÍTULO

25

El día de su partida, Jane se reunió con Thora para repasar algunos detalles y las tareas que deberían atenderse en su ausencia y la de Cadi. No se atrevía a pedirle a su suegra que le diera de comer al gato del establo, pero Joe le había prometido que le llevaría algún capricho a *Kipper* de vez en cuando mientras ella no estuviera.

Cuando terminaron, Thora dejó la pluma y se quitó los anteojos.

—Explícame otra vez por qué vas a Epsom.

—Yo... siento que necesito algunas respuestas sobre John.

—¿Te refieres a los motivos de su muerte?

«Eso también», pensó Jane, pero se limitó a asentir. No quería decirle lo que verdaderamente quería —necesitaba— averiguar. No podía soportar la idea de explicarlo, y menos a ella.

—Vuelvo a pedirle disculpas por llevarme a Cadi y dejarla tan corta de personal.

—Nos las apañaremos.

Pero en la mirada brillante de la mujer, Jane vio preguntas y sospechas. Volvió a pensar si Thora sabría por qué Hetty se trasladó a Epsom cuando se marchó de Ivy Hill. Por lo visto, y con suerte, no sabía nada.

Su suegra rebuscó en el bolsillo del delantal y sacó unos cuantos tofes envueltos en papel ceroso.

—Por cierto, dale estos caramelos a Cadi cuando hayan pasado unas cuantas horas. Le encantan.

Los aceptó con educación, pero en silencio se preguntó por qué no le daba nada para ella.



Thora aguardaba junto a la ventana observando la escena que se desplegaba ante ella en el patio. Jane esperaba con su vestido negro, un sombrero y una maletita en la mano, una imagen tan triste como si se tratara de una viuda reciente. Pensó en los vestidos tan prácticos que llevaba ella. ¿Seguiría de luto por su causa? Esperaba que no.

Junto a la figura serena de Jane, Cadi apenas podía estarse quieta, no paraba de gesticular, emocionada ante la perspectiva de su primera salida del condado de Wilts y su primer viaje con el Correo Real, cosa que estaba muy por encima de las posibilidades de una doncella. «Jane sigue gastándose su dinero. ¿Y para qué?».

Al otro lado del patio vio a Gabriel Locke delante de la puerta abierta del establo, con un delantal de cuero sobre los pantalones y una camisa, apoyando el brazo en el marco de la puerta. No dejaba de mirar a su nuera, que por un momento le sostuvo la mirada. Él no sonrió ni la saludó con la mano. Sencillamente se quedó allí, observándola. Jane fue la primera en apartar la vista.

¿Qué habría alterado tanto a Jane? ¿Y qué habría detrás de esta repentina excursión? Su nuera no había viajado mucho aquellos últimos ocho años, a excepción de una salida o dos con su amiga Mercy. Y nunca había acompañado a John después de la luna de miel, a pesar de que él había viajado a menudo en la última etapa de su vida. Volvió a preguntarse por qué no habría ido con él. En aquella época, Thora daba por hecho que el matrimonio no era el lecho de rosas que John había imaginado. Pero ahora ya no estaba tan segura. ¿Jane se habría negado a ir con él? ¿O tal vez su hijo no le pedía que lo acompañara?

Recordó la conversación que habían mantenido hacía unos días, la inesperada pregunta que le había planteado Jane sobre Hetty Piper. Hacía

meses que no pensaba en aquella chica. La pelirroja había trabajado en la posada durante un periodo de tiempo muy breve y, por lo que sabía, ella y Jane solo se habrían visto de pasada, pues Hetty trabajaba en los pisos superiores y su nuera no solía salir de la cabaña. ¿La inesperada pregunta estaría relacionada con ese viaje? ¿Qué relación podría haber?

Pero mientras aguardaba allí, observándola con su vestido negro, dejó de pensar en Hetty y pensó en el destino de Jane. Epsom. El lugar donde había muerto John, y de aquella forma tan absurda.

Al pensarlo en ese momento, cosa que raramente se permitía hacer, se le formó un sofocante nudo en la garganta que le incendió el pecho, le costaba respirar. Su hijo. Asesinado de esa forma. En una ciudad desconocida tan lejos de casa. Debería haber estado allí. Algún ser querido tendría que haberlo acompañado. Gabriel Locke era una especie de amigo para él, aunque no desde hacía mucho tiempo. Aquello le servía de consuelo. Pero no era de la familia.

Tragó saliva. Sí, podía comprender las dudas de Jane. Los deseos de ver el lugar donde había muerto John. Si le hubiera pedido que la acompañara, en lugar de elegir a Cadi, habría aceptado. Pero no se lo había pedido.

Y era lo mejor, se dijo respirando hondo y poniéndose recta. Si la propietaria se marchaba a pasear por el país, alguna persona con la cabeza en su sitio tenía que quedarse allí para supervisarlo todo. En especial ahora que su herrador también se marchaba unos días.

Patrick había mencionado la coincidencia con una sonrisita maliciosa, pero Thora rechazó la sugerencia. Conocía lo bastante a aquella mujer como para saber que estaba escondiendo algo, sí. Pero no compartía las teorías de su hijo, estaba convencida de que los planes de Jane no tenían nada que ver con Gabriel Locke.

Pero ¿cuáles eran los planes del herrador? De eso estaba menos segura.



Jane le tenía mucho cariño a Cadi. Esa era la verdad. Pero después de una

hora con ella tuvo que reprimir el impulso de agarrarle la mano para que dejara de sacarla por la ventana para señalar esto o lo otro, y pedirle que se estuviera calladita. La chica, que como era comprensible estaba muy emocionada por su primer viaje, parloteaba y no dejaba de hacer preguntas, cosa que a ella le estaba provocando dolor de cabeza y, probablemente, también al resto de pasajeros.

De pronto recordó los tofes que llevaba en bolso. Cuando Thora se los había dado le había sentado mal que solo pensara en Cadi. Pero ahora lo entendía todo. Sonrió para sus adentros al pensar en la inesperada consideración y el sentido del humor de su suegra, y le ofreció a la doncella uno de aquellos dulces tan blanditos. La chica aceptó encantada y, como era demasiado educada para hablar con la boca llena, todos disfrutaron de algunos minutos de maravilloso silencio.

Tras la primera etapa del viaje con el Correo Real se bajaron de la diligencia y comieron en una posada del camino. Y allí tenían que esperar otra hora para poder hacer la siguiente etapa del recorrido hasta Epsom. Se sentaron en el vestíbulo, en un banco acolchado, una junto a la otra. Cadi dejó de parlotear tanto y empezó a hacer algún comentario ocasional sobre lo buena que estaba la comida de aquel lugar: «Nunca había comido tan bien, pero no se lo diga a la señora Rooke»; siguió opinando sobre la limpieza y se preguntó cómo serían las habitaciones.

Cuando Jane dejó de contestar, la joven guardó silencio. Jane no pretendía ser grosera, pero no dejaba de pensar en el motivo de su viaje, esperaba poder encontrar a Hetty Piper. ¿Conseguiría encontrarla en aquel establecimiento de mala muerte después de un año? Y si no fuera el caso, ¿encontraría a alguien que pudiera decirle dónde podía estar? ¿Cómo iba a contestar las preguntas que pudieran hacerle sobre su relación con aquella mujer?

Poco después de subir a la diligencia de camino a Epsom, Cadi, exhausta al fin, se durmió con la cabeza apoyada en el hombro de Jane. Esta suspiró aliviada y rezó para tener la fuerza y la elegancia necesaria para enfrentarse a lo que le aguardara.

Cuando llegaron a Epsom y se detuvieron ante el Marqués de Granby, una posada de dos pisos construida con ladrillo rojo, ya era bastante tarde. Pidió

una habitación, y las dos se prepararon para ir a la cama. Cadi se quedó dormida enseguida, pero ella durmió inquieta en aquel cuarto desconocido, asediada por sueños extraños.



Por la mañana se levantaron, se vistieron y bajaron. Jane encontró a un mozo y le pidió que le explicara cómo llegar hasta el Gilded Lily, y preguntó si estaba lejos. El hombre la miró con desconfianza, de arriba abajo, sin duda valorando sus elegantes aunque anticuadas ropas de viuda.

—No está lejos en absoluto, señora. Solo hay un paseo. Aunque ese no es lugar para una dama como usted.

Le dio las gracias sin darle explicaciones, y entró junto a Cadi en la cafetería.

—Espérame aquí. No tardaré.

«Eso espero».

—Pero, señora, se supone que debería acompañarla.

—Y lo has hecho, con mucha eficacia. Pero ya has escuchado al mozo. Está aquí mismo.

Echó una ojeada por la animada cafetería, llena de parejas que charlaban con entusiasmo, caballeros bien vestidos, y una madre que viajaba acompañada de dos niños.

—Aquí estarás a salvo hasta que yo vuelva.

—Pero ¿usted estará a salvo? He oído decir que los hombres opinan que ese no es lugar para las damas.

—Nadie se atreverá a molestar a una viuda como yo. —Se esforzó por sonreír y le dio unas cuantas monedas a la chica—. Desayuna. Pide lo que te apetezca. ¡Estás de vacaciones!

Abrió los ojos como platos cuando vio las monedas, y Jane le señaló la pizarra del menú. La chica empezó a leerlo automáticamente. Se alegró de que la doncella supiera leer. No todas sabían. Cuando se marchaba, se detuvo junto a la esposa del posadero y le pidió que le echara un ojo a su joven amiga

mientras ella salía a hacer un recado. Cuando le aseguró que Cadi consumiría algo, la mujer aceptó hacerle el favor.

Siguió las indicaciones que le había dado el mozo y subió por la calle High. Cuando llegó a las tabaqueras, giró a la derecha por una callejuela estrecha. Al final encontró el edificio, que estaba sorprendentemente bien conservado, con entramado de madera y con un pequeño y discreto cartel de madera mucho mejor conservado que el de Bell Inn.

«Gilded Lily».

Jane tomó aire y abrió la puerta. Sus ojos tardaron un poco en habituarse a la oscuridad de dentro. Encontró un vestíbulo muy bien amueblado con divanes tapizados y sofás de terciopelo, cortinas en las ventanas, alfombras gruesas en el suelo, y una elegante escalinata curva que conducía a los pisos superiores. Cerca de los pies de la escalera, tras un gran escritorio dorado, vio a una robusta mujer muy maquillada y encorvada sobre una revista femenina. Detrás de la silla había una pila de periódicos y revistas de más de un metro de altura.

Jane respiró hondo y dijo:

—Disculpe. Estoy buscando a Hetty Piper.

—Tú y una docena de caballeros, querida.

—¿Disculpe?

La desaliñada mujer levantó la vista y la miró con atención frunciendo el ceño por entre las cejas pintadas.

—¿Y tú quién eres?

—Una... una amiga de casa —mintió, esbozando una débil sonrisa.

«Que Dios me perdone».

La mujer se la quedó mirando un rato más y después señaló las escaleras con el pulgar.

—Está ahí arriba, limpiando habitaciones. O debería... Si la sorprendes holgazaneando dile que Goldie ha dicho que se ponga a trabajar.

Jane asintió y empezó a subir la escalera levantándose los bajos de la falda para no tropezar. Desde el rellano avanzó lentamente por el pasillo,

percibiendo un fuerte aroma a humo de pipa, perfume francés y olor corporal.

Cuando llegó a una puerta abierta se detuvo y miró con cautela. Dentro de la habitación vio a una mujer con un delantal, agachada con un cepillo en la mano y cerca de una caja llena de productos de limpieza. Vio varios mechones de pelo rojo que escapaban por debajo de su gorro.

—¿Hetty? —preguntó en voz baja, esperando no asustarla.

Sin dejar de limpiar, la mujer murmuró:

—¿Quién lo pregunta?

—La señora Bell.

El cepillo dejó de moverse y la mujer volvió la cabeza a toda prisa con expresión sorprendida. Entonces se irguió y se situó frente a ella.

La joven se llevó la mano a su considerable busto.

—Me ha dado un susto de muerte. Por un momento pensé que era Thora Bell.

Suspiró aliviada.

No era la reacción que esperaba Jane.

—¿Sabe quién soy?

—Claro. La veía de vez en cuando por el patio o con sus flores. Aunque me sorprende que usted sepa quién soy yo, y que me reconociera solo por el trasero.

Se rio.

Jane no contestó a eso, suponiendo que habría más de un hombre que identificaría esa imagen.

Hetty continuó:

—¿Qué hace aquí? ¿En un sitio como este?

—Yo podría hacerle la misma pregunta.

La joven se encogió de hombros.

—Thora Bell me despidió sin darme recomendaciones. Y ninguno de los establecimientos respetables quiso contratarme. Solo trabajo como doncella aquí, no se preocupe, no soy una fulana. Aunque me lo han pedido muchas veces, créame, pero rechacé el trabajo con total claridad. Al final el viejo Wigglebottom decidió contratarme de todas formas, solo para limpiar. Le gusta que me ponga a barrer la calle y a limpiar los cristales de las ventanas cuando

abrimos. Así atraigo a los señores y después les proponen a alguna de las otras chicas. Pobres. Pero mejor ellas que yo. Ya sé que es terrible decir eso, pero... bueno, es lo que hay.

La chica vaciló, no dejaba de mirar a Jane de arriba abajo, como si de pronto se hubiera dado cuenta de que iba de luto.

—¿Ha muerto alguien?

Jane se puso tensa.

—Pues sí. Mi marido.

La chica se la quedó mirando con la boca abierta.

—¿Qué? ¿El señor John ha muerto? No puede ser.

Se preguntó si la chica lamentaba la muerte de alguien a quien había tenido cariño o si solo estaba sorprendida.

Hetty se sentó en la cama hecha.

—Que me cuelguen, me he quedado sin habla. ¿Cuándo fue?

—El mayo pasado, el mismo día que tenía que reunirse con usted, por lo menos, según pone en esta carta.

Jane la sacó del bolso para demostrarle que tenía pruebas. ¿Intentaría negarlo? ¿Le ofrecería alguna alternativa para explicar la reunión, con suerte algo que resultara verosímil?

Hetty tomó el papel con suavidad y miró la dirección.

—¿De dónde ha sacado esto?

—La he encontrado entre las cosas de John.

—¿El señor John la había conservado?

La desdobló mientras negaba con la cabeza muy despacio y leyó recordando lo que ella misma había escrito.

—Entonces ese es el motivo de que no llegara a aparecer aquel día.

—¿Alguna vez... había venido a verla antes?

—No. No le había vuelto a ver desde que me marché de Ivy Hill.

La chica respiró hondo de pronto y abrió los ojos como platos.

—¿Fue el hombre al que atropelló un carruaje ese día?

Jane asintió.

—Oooh... lo siento mucho, señora. Oí decir que había muerto un hombre, pero jamás pensé que podía ser el señor Bell.

Hizo acopio de fuerzas y se esforzó por formular la pregunta:

—¿Estaba embarazada, Hetty? ¿Ese es el motivo por el que necesitaba la ayuda de John?

Aguardó, completamente tensa, temiendo la respuesta de la joven.

Hetty se acercó a la puerta, miró a ambos lados del pasillo y la cerró susurrando:

—Goldie no nos deja hablar de niños aquí. —Se volvió de nuevo hacia Jane y bajó la vista, avergonzada—. Sí, lo estaba.

Levantó la mirada y continuó:

—Y pensará que fui avariciosa, supongo, pero estaba más que dispuesta a aceptar cualquier ayuda que el señor Bell quisiera darme, pues vivo aquí atrapada.

—¿Y dónde está el niño ahora?

Hetty agachó la cabeza con los dedos entrelazados.

—Tuve que darlo en adopción, ¿sabe? Tenía que trabajar. Después de que el señor Bell no me ayudara cuando... bueno, ya sabe por qué.

Jane, temblorosa, tomó una bocanada de aire.

—¿El señor Bell era... responsable?

—Escribió que se sentía responsable. —La chica hizo un gesto despreocupado con la mano—. En especial después de que su madre me despidiera de esa forma, sin darme un chelín o una carta de recomendación.

Pensó que se iba a marear, pero tragó saliva con sabor a bilis y dijo:

—¿Se querían?

—¿Yo y el señor Bell? Nooo. Pero era muy atractivo y encantador, eso hay que admitirlo.

—Yo... —Qué incómodo y humillante le resultaba hablar de los encantos de su marido con otra mujer, ¡su amante nada menos! Hetty, sin embargo, no parecía sentir ningún escrúpulo—. John siempre fue... muy... bueno conmigo, sí.

«O eso pensaba».

De pronto Hetty se quedó de piedra y separó los labios.

—¡Cielos! No pensará que estaba hablando de John, ¿no? ¡Cielos, no! No hablo de ese señor Bell. Hablo de Patrick Bell. —Se acercó a Jane—. El

señor John contestó a mi carta y me dijo que su hermano se había marchado del país, pero que él se sentía responsable y quería ofrecerme alguna recompensa en nombre de Patrick.

Estrechó la mano de Jane y prosiguió:

—¡Por todos los santos! No me extraña que estuviera tan pálida y nerviosa. No, señora. Es posible que el señor John sintiera que debía ayudarme, pero no fue el hombre que me puso en ese aprieto.

—Oh... —Jane soltó el aire y, tras el alivio, sintió una enorme vergüenza—. Debe de pensar que soy una tonta.

—En absoluto. Al leer esta carta ahora entiendo que pensara eso. Pero no fue el señor John, ¡lo juro! Él era el único hombre que no me miraba de esa forma. Bueno, él y el señor Talbot.

El alivio quedó empañado por la decepcionante revelación sobre el carácter de Patrick. ¿Ese era el motivo por el que había dejado la posada, y el país, en aquella época?

—Siento que debo disculparme con usted en nombre de mi cuñado.

—Oh... —vaciló—. No fue culpa suya, la verdad.

—Debe compartir la culpa, por lo menos, aunque eludiera la responsabilidad. —Se quedó pensativa y al poco se decidió—. Yo le escribiré una carta de recomendación, Hetty. Y le daré el dinero que llevo encima, aunque me temo que no será mucho. O... ¿por qué no vuelve conmigo? Le daré trabajo en la posada.

La chica se mordió el labio inferior.

—¿Thora Bell sigue allí?

—Sí. Pero desde que murió John, yo soy la propietaria.

—¿Y Patrick?

—Ha vuelto hace poco.

Se estremeció con dramatismo.

—Podría enfrentarme a la vieja leona si tuviera que hacerlo. Trabajar para Goldie me ha hecho más dura. Pero no creo que fuera capaz de volver a ver a Patrick. No habrá ganado unos cuantos kilos y perdido varios dientes, ¿no?

Jane negó con la cabeza.

—¿Sigue siendo igual de atractivo y encantador?

—Me temo que sí.

Aunque ahora que sabía cómo había actuado con una mujer que trabajaba para ellos, le parecía mucho menos encantador.

—En ese caso, creo que prefiero buscarme la vida con una carta de recomendación por aquí.

—Muy bien. Pero si no consigue encontrar un puesto decente, prométame que volverá a la posada. Escríbame y yo le mandaré el dinero para el viaje.

—Es muy buena conmigo, señora Bell.

—Ojalá me mereciera ese cumplido. Mi marido intentó ayudarla el último día de su vida. ¿Cómo podría hacer menos?



Cuando Jane salió del Gilded Lily, se detuvo desconcertada al ver a un hombre que deambulaba por la calle y se apoyaba en una farola.

Estaba mirando su reloj de bolsillo y el ala del sombrero le ocultaba el rostro. ¿Un posible cliente a aquella hora? Iba bien vestido, pero podía ser una estratagema. Tal vez fuese un ladrón. Fuera quien fuese, probablemente no se propusiera nada bueno, en especial estando delante de aquel lugar. Se sintió avergonzada de que alguien la viera salir de allí, y confió en que nadie la relacionara con las cosas que ocurrían dentro. Alzó la barbilla decidida a parecer una dama sin preocupaciones.

Entonces el hombre levantó la cabeza y le vio la cara. Un rostro que conocía muy bien.

Gabriel Locke.

Se detuvo donde estaba y le lanzó una severa mirada.

Iba mejor vestido que de costumbre, con pantalones, abrigo, un pañuelo anudado al cuello y sombrero. Le habría parecido guapo si no la estuviera fulminando con la mirada él también.

Cerró el reloj de bolsillo con un clic.

—Un minuto más y hubiera entrado a buscarla.

Jane entornó los ojos.

—¿Qué está haciendo aquí? Supongo que me ha seguido, ¿cómo ha llegado tan rápido?

—Salí antes de lo previsto.

—Y por lo visto no tomó ninguna diligencia.

No contestó.

Y ella añadió:

—Ya le dije no necesitaba que me acompañara, señor Locke. Soy una mujer adulta.

—Sí. Una mujer que ha crecido en un nido rodeado de protecciones y que no tiene ni idea de los peligros que acechan en una ciudad como esta, repleta de jugadores y libertinos.

—En realidad he pensado que era usted un ladrón cuando lo he visto. Aunque un ladrón muy bien vestido, eso sí. ¿Lleva usted el traje de los domingos?

—Algo así, sí. No tiene mucho sentido vestirse con ropas elegantes cuando uno se pasa el día calzando caballos y limpiando establos.

—Esto de espiar a su señora le debe de resultar muy divertido.

—¿Ha encontrado lo que buscaba?

—Sí. Y más cosas.

Él se puso tenso.

—¿A qué se refiere?

—Solo le diré que John no tenía ninguna aventura amorosa con Hetty Piper.

—Me alegro de escucharlo. Entonces, ¿puedo preguntarle por qué le ofreció su ayuda? ¿Solo era por amabilidad con una antigua empleada? O por... ¿algún maltrato que sufriera mientras trabajaba en Bell Inn?

Ella repitió la vaga respuesta que él le había dado hacía un momento.

—Algo así, sí.

Jane no veía ningún motivo para denigrar la reputación de Patrick cuando el señor Locke ya tenía tan mala opinión sobre él.

—¿Y usted, señor Locke? ¿Ya ha hablado con sus socio sobre ese caballo?

—Todavía no. He quedado más tarde con él. Primero quiero pasar un rato con mi amigo en la posada, después de acompañarla hasta allí.

—Muy bien.

El señor Locke hizo un gesto en dirección a la calle y se colocó a su lado.

Jane recordó algo de pronto y le agarró de la manga.

—Ya que está usted aquí, enséñeme dónde ocurrió.

Él le lanzó una mirada recelosa, en alerta, pero no tuvo que preguntarle a qué se refería.

—¿Está segura?

—Sí. Por favor.

Gabriel asintió y cuando llegaron a la calle High torció a la derecha en lugar de dirigirse hacia la izquierda en dirección a la posada.

Mientras caminaban, ella dijo:

—Ya sé que me explicó algunas cosas la primera vez que vino a Ivy Hill para darme la noticia. Pero le confieso que los recuerdos son muy borrosos. La conmoción, la incredulidad. Recuerdo sentirme casi... enfadada con usted.

—Se rio de sí misma—. Tenía ganas de matar al mensajero, como si usted tuviera alguna culpa.

—Yo me sentía culpable. Por lo menos en parte.

Jane alzó las cejas.

—Ah, ¿sí?

—Estaba con John cuando ocurrió. Me sentía responsable.

—Usted no conducía el carruaje que lo atropelló —le recordó.

—No. Y le doy las gracias a Dios por ello. O no podría seguir viviendo.

Se detuvo delante de una tienda de periódicos.

—Estábamos paseando por aquí. Aquel día había mucha gente por la calle, acababan de empezar las carreras. Levanté la vista y vi un carruaje que venía disparado hacia nosotros. John dio un traspié, o alguna persona de la calle le dio un golpe... No lo sé. Alguien que estaba cerca de nosotros debió de ver el coche un segundo antes que yo y me apartó de la trayectoria. Pero no apartó a John. Yo intenté avisarle, pero ocurrió todo en un segundo.

—¿No encontraron al conductor?

—No. Se marchó a toda prisa sin parar.

Jane suspiró.

—Todavía me siento culpable.

—¿Usted? ¿Por qué?

—Porque no estaba con él cuando murió. Me he preguntado muchas veces... ¿podría haberlo evitado? Podría haber insistido en venir con él. Intento no hacerlo, pero muchas veces me sorprende imaginando la escena. Me debato entre la esperanza de que muriera rápido —con poco tiempo para sentir dolor o miedo— y la posibilidad de que tuviera algunos segundos para prepararse para encontrarse con el Creador. Recuerdo que me dijo usted que él había dicho que me quería. ¿Es así?

—Sí.

—Señor Locke, por favor, explíquemelo todo otra vez. Todo lo que recuerde. Usted estuvo con él hasta el final. No estuvo solo...

—No estaba solo. —El herrador se miró las manos enguantadas—. No sintió mucho dolor. Creo que estaba entumecido por la conmoción. John vivió unos cuantos minutos más. Grité pidiendo que alguien fuera a buscar a un médico, un cirujano, a quien fuera. Y el vendedor de periódicos salió corriendo. Pero yo me quedé, me arrodillé a su lado y le tomé la mano.

—¿Y qué le dijo?

Al señor Locke se le quebró la voz.

—«Dile a Jane que lo siento. Lamento haberla dejado tantas veces sola» — vaciló—. «Y... espero que Dios perdone todo lo demás. Pero la quiero. Mucho. Díselo».

—¿Lo demás? No recuerdo esa parte. ¿Cree que se referiría al préstamo?

—No lo sé.

A Jane se le llenaron los ojos de lágrimas y se le hizo un nudo en la garganta.

—Yo también lo quería. El último año o quizá dos... las cosas no fueron muy bien entre nosotros. Me siento muy aliviada al saber que todavía me quería.

Gabriel asintió.

—Sí. Su nombre fue lo primero y lo último que pronunció.

La mujer repasó las palabras mentalmente.

—Me alegro de que John pidiera perdón. Me gustaría pensar que se sentía más próximo a Dios al final de su vida. Sería un gran consuelo.

—A mí también me gustaría pensarlo.

Cuando regresaron a la posada del Marqués y entraron en la cafetería, Jane vio a un hombre sentado delante de Cadi. Un soldado. Estaba claro que la mujer del posadero no la había vigilado muy bien.

Antes de que pudiera alcanzar la mesa, el oficial se levantó y se volvió hacia ella.

—Solo le estaba haciendo compañía. Alguien tenía que hacerlo.

Le guiñó un ojo a Cadi, saludó inclinando la cabeza y se marchó con paso ligero.

La chica se despidió con la mano de hoyuelos sonrosados. Después miró a Jane.

—Oh, no lo interprete mal, señora, solo estaba siendo agradable. Me ha salvado del aburrimiento, se lo aseguro. ¡Oh! Señor Locke, no esperaba verle aquí.

—He llegado a la ciudad antes de lo planeado y me he encontrado a la señora Bell en la calle. He pensado que podía acompañarla.

—Me alegro mucho. No me ha dejado hacerlo a mí. —Entonces le preguntó a Jane:

—¿Cómo era ese sitio? ¿Era tan escandaloso como ha insinuado el mozo?

—No... no estaba tan mal. Lo importante es que ya he hecho lo que tenía que hacer y ya podemos volver a casa.

—¿Hará con nosotras el viaje de vuelta, señor Locke? —preguntó Cadi, con un brillo especulativo en los ojos mientras alternaba la mirada entre él y Jane.

—No, todavía tengo cosas que hacer aquí, algunos recados pendientes. Pero las veré muy pronto a las dos.

Se despidió agachando la cabeza y se marchó.

La chica miró cómo se iba, aún con aquel brillo en la mirada.

—Qué coincidencia que se haya encontrado con alguien de Bell Inn en Epsom.

Pero Jane sabía que no era ninguna coincidencia.



CAPÍTULO

26

De camino al despacho, Thora pasó junto al espejo del vestíbulo —que habían colocado allí para que, al llegar, los caballeros y las damas pudieran atusarse el pelo revuelto por el viento— y se quedó parada al ver su propio reflejo. No estaba preocupada y, sin embargo, tenía una arruga en la frente. Se acercó un poco más y volvió a mirarse, y la arruga se hizo todavía más pronunciada. Su marido la había descrito como una mujer bella, y Charlie solía alabar su aspecto. Pero ella no veía eso.

Se dio cuenta de que la expresión «neutra» que tenía en el rostro mientras realizaba sus actividades cotidianas era... triste. Pensó que vivía esperando que la vida la decepcionara. Tenía una mirada precavida y los labios ligeramente curvados hacia abajo. Se dijo que se debía a su carácter exigente. Así no había ninguna necesidad de cambiar de expresión. Estaba preparada para fruncir el ceño en todo momento. La vida no le había tratado demasiado bien.

Pensó en otras mujeres que se paseaban por ahí con expresiones igual de intimidantes y quienes, según su criterio, no tenían mucho derecho a lucirlas. Le vino a la cabeza el nombre de *lady* Brockwell. Y también había sorprendido a su nuera con un gesto similar. Sí, había perdido a su marido. Pero no había perdido ningún hijo. Ella había perdido ambas cosas. Y más.

También conocía a algunas mujeres que siempre sonreían sin motivo. Vivían esperando cosas buenas a la vuelta de cada esquina. La verdad es que resultaba molesto. Si nunca habían sufrido, era normal que sonriesen

aguardando, con ingenuidad, que la vida siempre les diera todo lo que deseaban envuelto para regalo. Pensó en la joven señorita Brockwell. Hermosa, adinerada y aún no había cumplido los veinte años. Ella todavía no sabía lo cruel que podía ser el destino. También le vino a la mente la señora Paley, la esposa del vicario. Quizá sintiera que era su deber parecer siempre feliz. Un anuncio de carne y hueso en nombre de Dios y de la Iglesia.

No, eso no era justo, se corrigió Thora. La señora Paley parecía sinceramente contenta la mayor parte del tiempo.

Y después estaban las pocas mujeres que tenían todo el derecho a estar tristes, y no lo parecían. Mujeres que aparentaban esperar cosas buenas contra toda lógica. Como Mercy Grove, a la que Thora admiraba por encima de las demás. Mercy no se paseaba por ahí como una tonta con una sonrisa absurda en los labios. Pero siempre parecía preparada para dibujar una expresión de alegría en su largo y sereno rostro, como si estuviera aguardando a que alguien le diera un motivo para iluminarse un poco más. Cuando te miraba, te dabas cuenta de que sus ojos brillaban con luz propia. Como si lo que le dijeras conllevara la promesa de algo bueno, ya estuvieras haciendo una lista de las prendas que ibas a lavar o concediéndole uno de sus deseos más preciados.

Mercy era sencilla, no albergaba muchas expectativas, y trabajaba sin descanso para enseñar a niñas que jamás podrían pagarle su entrega. Y, sin embargo, según Thora, esa desbordante disposición a encontrar el bien donde fuera que mirase le iluminaba el cutis y hacía que pareciera más hermosa que esas chicas a las que todo el mundo consideraba auténticas bellezas. Por suerte, los hombres no solían advertir esa belleza interior y profunda que poseía. Por lo que la joven no tenía pretendientes y, probablemente, se evitaría los inconvenientes del matrimonio.

Pensó en Jane. Quizá debería advertirle. Ya se había dado cuenta de las atenciones que recibía del señor Drake, *sir* Timothy y el señor Locke, y no quería que cometiera el error de volver a casarse.

Si se casaba, la posada pasaría a manos de su marido, a menos que encontrara un buen abogado que le redactara un contrato prematrimonial. Y si protegía a Jane, estaría protegiendo el establecimiento, en cierto modo. La única unión que resultaría beneficiosa sería con algún posadero decidido a

convertir la posada en un negocio próspero, o algún hombre rico que estuviera dispuesto a invertir dinero en arreglarla. Para Thora, ninguno de esos pretendientes cumplía los requisitos. Lo más probable era que el señor Drake vendiera el viejo alojamiento e invirtiera las ganancias en su nuevo hotel. Un herrador no tendría la experiencia ni el dinero para mejorar el establecimiento, y dudaba mucho que un *baronet* se casara con una posadera, pero si lo hacía, su primera decisión sería alejar a su querida dama del trabajo y vendería el negocio o buscaría algún dandi remilgado que lo dirigiera en su nombre. Horroroso.

Sí, buscaría un buen momento para ofrecerle a Jane un consejo amistoso; esperaba que la joven no se molestase, y que la escuchara un poco más de lo que lo habían hecho sus hijos.



De vuelta a Ivy Hill, la diligencia pasó por Fairmont House al cruzar la nueva carretera. Jane vio a James Drake en la puerta acompañado del señor Kingsley, los dos inclinados sobre un papel que tenían extendido ante ellos. Entonces llegó un carro cargado de madera y el nuevo propietario le hizo gestos al conductor para que lo llevara a la parte de atrás de la casa.

Apartó la vista y se encontró con los ojos de Cadi. Cuando advirtió la confusa mirada de la doncella, esbozó una sonrisa tranquilizadora.

Cuando llegaron, la chica se ofreció a llevarle la maleta a la cabaña, convencida de que Jane querría entrar enseguida para saber cómo iban las cosas en la posada. Jane asintió, apreciando su considerado gesto, y volvió a agradecerle que la hubiera acompañado en aquel viaje.

De pronto apareció *Kipper* y se paseó entre los tobillos de Jane, maullando en protesta por su ausencia. Se agachó para rascarle la cabeza.

—Me has echado de menos, ¿verdad, *Kip*? Te traeré algo para comer en cuanto pueda.

Cuando entró se encontró a Thora hablando con Patrick, que ganduleaba en recepción.

Su suegra levantó la cabeza y la miró intrigada.

—¿Cómo ha ido?

—La verdad es que ha ido mejor de lo que me esperaba.

—¿Y eso?

Jane miró a su cuñado.

—He descubierto que estaba equivocada respecto a algo.

Él entrelazó las manos por detrás de la cabeza.

—¿Y eso es bueno?

—En este caso sí.

Thora preguntó:

—¿Has conseguido las respuestas que buscabas?

—Sí. Y otras cosas. Me topé con Gabriel Locke cuando estaba allí y me enseñó el lugar exacto donde ocurrió el accidente.

Se dio cuenta de que Patrick alzaba una ceja y le lanzaba una mirada cómplice a su madre, pero ella fingió no verla.

Jane se explicó:

—Había ido a Epsom para hablar con un amigo que trabaja en una pensión de allí, ¿recordáis?

Su cuñado sonrió.

—Lo que tú digas, Jane.

No había decidido si iba a contar lo que había descubierto sobre el hermano de su marido en Epsom, pero se dio cuenta de que no podía quedarse callada ante sus descaradas insinuaciones.

—He visto a una chica que trabajaba aquí. Creo que te acordarás de ella. ¿Te suena el nombre de Hetty Piper?

Se le borró la sonrisa automáticamente.

—Ella te recuerda muy bien —añadió.

Su suegra alternó la mirada entre los dos. Jane esperaba que volviera a decir alguna maldad sobre la joven, pero al final la mujer no dijo nada.

Y ella prosiguió:

—He descubierto que John había ido a Epsom con la intención de ayudar a Hetty, pero murió antes de poder hacerlo.

—¿Ayudarla? ¿Por qué querría John ayudar a Hetty Piper? —dudó su

suegra.

—Eso es lo que quería averiguar. Puede estar tranquila, no había nada entre ellos, pero podemos consolarnos sabiendo que pretendía hacer una buena acción el día que murió.

Thora alzó las manos exasperada.

—¿Y entonces por qué no lo salvó Dios?

—No lo sé.

—Los buenos siempre mueren antes... —murmuró Patrick, citando al poeta Wordsworth.

Su madre lo miró frunciendo el ceño y se volvió de nuevo hacia Jane.

—¿Has descubierto alguna cosa más sobre John?

Quería aferrarse a lo que había descubierto y guardarlo para sí. Pero cuando vio aquella inusual expresión vulnerable en el rostro de su suegra se dio cuenta de que ella no era la única mujer que necesitaba respuestas sobre la muerte de John.

Jane respiró hondo y eligió sus palabras con cautela:

—La mayoría de cosas ya las sabíamos, aunque me ha gustado volver a escucharlas. John no estaba solo cuando murió. Gabriel Locke estaba con él, le tomó de la mano, se quedó con él hasta... —Tragó saliva—. Me ha asegurado que no sufrió mucho, más bien estaba conmocionado. Cosa que en este caso es una bendición. Vivió algunos minutos después del accidente. Lo suficiente como para disculparse por haber viajado tanto. Y para decir que me quería.

—Claro que te quería —asintió la madre.

—A usted también la quería, Thora, lo sé. La tenía en muy alta consideración y la respetaba muchísimo.

A la mujer se le llenaron los ojos de lágrimas, pero las borró con un parpadeo.

Jane hizo memoria y añadió:

—John también dijo algo como «espero que Dios perdone el resto». Y me gustaría pensar que se puso en paz con el Creador antes de morir.

—A mí también —concedió su suegra.

Justo en ese momento, Talbot y Colin salieron del despacho y vacilaron al verlos enfrascados en una conversación seria.

—Disculpen.

Thora se enderezó, agradeciendo la interrupción. Ya había tenido emociones suficientes.

—No pasa nada. Jane nos estaba contando su viaje.

—Ah —asintió Talbot—. ¿Y la posada del Marqués de Granby es como había dicho Locke?, ¿los cambios rápidos, el servicio excelente...?

Las mujer miró a su nuera. Dudaba que hubiera prestado mucha atención al alojamiento teniendo en cuenta lo concentrada que había estado en descubrir los detalles que rodearon la muerte de John.

—Yo... Me pareció muy bonita. No tiene la personalidad de la nuestra, pero las habitaciones eran cómodas y la comida magnífica. Estoy segura de que el señor Locke podrá comentar detalles más específicos sobre los cambios en las diligencias cuando vuelva.

—¿Y cuándo será eso? —quiso saber su cuñado.

—No lo sé exactamente. Mencionó que tenía que hacer varios recados, entre ellos la compra del caballo, así que imagino que tardará varios días. ¿Cómo le va al señor Fuller sustituyendo a Locke?

—Una pregunta excelente. —Patrick miró a su porteador—. Colin, ¿por qué no me acompañas a hablar con Jake? Vamos a ver si tiene todo lo que necesita.

—Buena idea, señor Bell.

—Me parece que yo también me retiraré —comentó Jane—. Necesito aseoarme después del viaje. Dormir un poco. Nos vemos por la mañana.

—¿Estás segura?

—Sí.

Cuando se marchó, Thora se acercó a la ventana. Desde allí observó a Patrick y a Colin cruzando el patio. Y entonces le preguntó a Talbot con tono irónico:

—¿Cómo le van las cosas a don MacFarland?

Talbot apretó los labios.

—Trabaja duro, Thora. Y no tiene nada que ver con su padre, como Patrick. Se quedó boquiabierto mirándolo, sin respirar. Una cosa era que ella

hablara mal de su marido o de su hijo en privado, pero ¿Walter Talbot...?

—Pero tú piensas que sí, ¿verdad? —le preguntó, un tanto alterada—. Ves a Frank en Patrick y por eso desconfías de él.

—Thora, no tenía ninguna intención de decir nada contra nadie. Solo quiero darle una oportunidad a Colin.

Dolida, susurró:

—La manzana no suele caer muy lejos del árbol.

—En ese caso esperemos haber encontrado una excepción a la regla, en ambos casos.

La mujer respiró hondo. Hora de cambiar de tema.

—¿Cómo está Nan?

Talbot se encogió de hombros.

—Igual, más o menos. Sé que le encantaría que volvieras a visitarla. Nos sorprendiste en muy mal momento la última vez. Yo con la ropa de trabajo y ella con el gorro de dormir. La casa estaba hecha un desastre. Sería justo que volvieras y nos dejaras causarte una mejor impresión. Ven después de misa. Ven a vernos el domingo. Te enseñaré la granja como es debido. Tú y Jane no sois las únicas que están planeando hacer reformas, ¿sabes? Prepararé algo para comer, pondré un asado en el horno.

Thora negó con la cabeza.

—No.

Él alzó las cejas.

—¿No?

—No hace falta que te tomes tantas molestias. Asa un pollo. La ternera es demasiado. Y yo llevaré algo de acompañamiento. La señora Rooke todavía me deja utilizar la cocina, y recuerdo muy bien cómo apañarme.

—Gracias. Estoy seguro de que nos encantará.

—¿Hay algo en especial que prefiera Nan? ¿O algo que no pueda comer?

—El médico no le ha impuesto ninguna restricción alimentaria, solo debe evitar tomar cosas que sean mucho más fuertes que unos cuantos sorbos de vino, cosa que le alivia la tos. Sadie y yo hemos intentado ofrecerle de todo, desde las clásicas comidas para enfermos hasta los platos que más gustan a los mineros, pero nada parece abrirle el apetito.

Frunció el ceño meditabunda.

—Ya...

—Aunque también es verdad que todavía no le hemos dado una de tus famosas tartas de cerdo y ternera —arguyó Talbot.

—Es verdad. Nan me dijo que te gustaban mucho.

—Bien cierto.

Le brillaron los ojos cuando le sonrió, y Thora se descubrió devolviéndole la sonrisa. Era una sensación rara pero muy agradable.



Al día siguiente, cuando iba por el pasillo, Jane vio a Thora en la cocina.

—¿La señora Rooke ha vuelto a dimitir?

Su suegra señaló la despensa.

—¿Me acercas el saco de azúcar, por favor?

—Claro.

Se dirigió a la despensa y se sobresaltó cuando encontró a Colin dentro revisando los estantes. El chico se volvió a toda prisa cuando la oyó entrar.

—¿Necesitas algo, Colin? —preguntó Jane.

El porteador se sonrojó.

—Ah., bueno, he pensado que podría ayudar a Dotty con el inventario.

Por detrás de Jane se oyó la voz áspera de Thora.

—Es muy amable por tu parte teniendo en cuenta que hoy Dotty ha ido a visitar a su tía enferma.

El chico se ruborizó todavía más.

—Le ruego que me disculpe, señora Bell... y, mmm... señora Bell. Será mejor que vuelva al patio.

Pasó por detrás de las dos mujeres y se marchó a toda prisa.

Se hizo con el azúcar y se lo pasó a su suegra, que seguía mirando a Colin con los ojos entornados.

—¿Qué te dije? No se puede confiar en los McFarland.

—No sabemos si estaba haciendo algo malo.

—Si tú lo dices...

La siguió de vuelta hasta la mesa de trabajo.

—¿Algún día me explicará lo que tiene contra los McFarland?

Thora la miró sorprendida.

—¿John nunca llegó a contártelo?

—No que yo recuerde. Aunque Tuffy mencionó algo sobre el ángel del tejado. ¿Fue Liam McFarland el culpable de que tenga esa... cara tan desafortunada?

—No exactamente. —Iba amasando mientras se explicaba—. Al ángel lo alcanzó un rayo hace muchos años. Liam McFarland nos aseguró que podía arreglar los daños que había sufrido la estatua, o por lo menos, conseguir que se notara menos. Es albañil, pero también había hecho tallas de piedra, y Frank aceptó.

»Pero cuando llegó aquí para hacer el trabajo estaba completamente borracho. No quiso atender a razones y se subió al tejado de todas formas, pues quería que le pagáramos a toda costa. Empezó a trabajar con el martillo y el cincel, pero resbaló y se cayó. No acertó a agarrarse bien, golpeó la cara del ángel con el cincel y terminó rompiéndole una ala.

Golpeó la masa con fuerza para dar mayor énfasis a su discurso, y Jane pensó en el trozo del ala de ángel que había encontrado entre las cosas de John.

Thora prosiguió:

—Al final consiguió agarrarse al canalón, que amortiguó la caída. Fue un milagro que ese necio no se matara. Aunque se rompió el brazo. Frank accedió a pagar la factura del doctor Burton y compensar las pérdidas de Liam mientras se recuperaba, pero McFarland no quedó satisfecho. No paraba de volver a por más. E incluso cuando el médico afirmó que ya estaba bien, Liam no dejaba de quejarse de lo mucho que le dolía el brazo cuando llovía y culpaba al accidente, y a nosotros, de no poder trabajar.

Le brillaban los ojos de rabia.

»Empezó a aparecer muy a menudo por nuestro bar y consumía mucho, después se negaba a pagar porque decía que se lo debíamos. Al final, Frank terminó por hartarse y le prohibió el paso a nuestra propiedad. Después se

produjeron varias situaciones muy desagradables. Por suerte, el jefe de policía y nuestros clientes habituales se pusieron de parte de Frank y Liam dejó de venir, aunque juró vengarse.

Jane negó con la cabeza muy despacio.

—Es un milagro que permitiera que Colin empezara a trabajar aquí.

—Probablemente fuera él quien lo enviase. Una nueva forma de seguir aprovechándose de Bell Inn, o de vengarse de alguna manera.

—No me imagino al chico haciendo una cosa así.

—¿No? Pues eso quiere decir que no lo tienes bien calado. —Extendió una mano llena de harina pegada—. Pásame la sal, por favor.

Jane no compartía la mala opinión que Thora tenía sobre Colin, pero por lo menos ahora comprendía a qué se debía.

Le pasó el plato y se quedó mirando cómo cortaba la masa en porciones con forma de hoja. ¿Pasta decorativa? Aquello parecía demasiado refinado para aquella pragmática mujer.

Aunque sabía que debía volver al despacho, se quedó allí observando con curiosidad cómo le daba forma a la masa y cortaba la ternera en tiras muy finas.

—Vaya. Este plato parece demasiado elegante para servirlo en nuestro comedor.

—No es para nosotros.

—¿No? ¿Estamos esperando algún cliente importante?

Su suegra contestó sin levantar la vista de la mesa de trabajo.

—El papel de entrometida no te va nada, Jane.

La mujer metió dos tartas de carne en el horno y después paró un momento para abanicarse con el delantal.

—Aquí hace un calor de mil demonios.

—¿Usted cree? Quizá sea porque está trabajando demasiado. ¿Quiere que abra la ventana?

—Gracias. Últimamente me da la sensación de que siempre tengo calor. Ya verás, Jane. Algún día te pasará a ti también. Por primera vez en mi vida me muero de ganas de que llegue el invierno.

Ralló un poco de azúcar por encima de las tartaletas de frambuesas que ya

estaban frías, las metió en una lata y fue a buscar un cesto del estante de la trascocina.

Jane alzó las cejas sin darse cuenta.

—¿Está preparando un picnic, Thora?

Su suegra puso la lata dentro del cesto.

—Esto no es un picnic.

—Pues tiene todo el aspecto de serlo.

—Solo estoy preparando algunos platos que pienso que pueden abrirle el apetito a Nan Talbot.

Miró aquellos platos tan succulentos. No parecían las típicas comidas ligeras para enfermos, pero decidió que era mejor no mencionarlo.

—Voy a ir a la granja a hacerle una visita cuando salga de la iglesia mañana —añadió su suegra.

—Es muy amable de su parte. ¿Y el señor Talbot también estará?

—Claro. Es su casa, ¿no? ¿Por qué lo preguntas?

Se encogió de hombros.

—Por nada. Es que me ha parecido que era muchísima comida para una enferma.

—Espero que Talbot y su ama de llaves también coman algo. A ver, ¿qué me falta...?

Se limpió las manos y miró por la cocina.

—¿La esperan o se va a presentar sin avisar?

—Walter me pidió que fuera. Para visitar a su cuñada y porque quiere enseñarme las mejoras que han hecho en la granja. Pero a nadie le gusta presentarse en casa ajena con las manos vacías.

—Está claro que no será así. Casi siento ganas de que me hubieran invitado a mí también. Todo tiene un aspecto delicioso.

Thora no hizo ningún comentario.

A Jane no le ofendió que no la invitara a sumarse a ellos. Al contrario, reprimió una sonrisa.



CAPÍTULO

27

Thora se vio algo en la cara mientras se cepillaba el pelo el domingo por la mañana. Se frotó la marca con el dedo, pero no desapareció. «Estupendo...», murmuró con un tono ácido. Le había salido un lunar en la sien. Resopló. ¿Qué sería lo siguiente? Tendría que haber seguido los consejos de su madre y haberse esforzado más en protegerse la piel.

Alguien llamó a la puerta.

—Adelante.

Alwena asomó la cabeza. La tímida doncella le traía agua caliente por las mañanas, pero ese día ya lo había hecho y esperaba que volviera a sus aposentos.

—¿Qué ocurre, Alwena?

—Mmm... espero que no le importe que se lo pregunte, señora, pero esperaba que me ayudara con algo.

—¿Eh? ¿Con qué?

—Bueno, ya sabrá que a Cadi cada vez se le da mejor hacer peinados, ¿no? Pues me ha estado enseñando. La señora Bell cree que debería practicar y que así podría ofrecerme a peinar a las señoras cuando se presente la ocasión. He pensado que podría practicar peinándola a usted, si me lo permite.

—Hay muy pocas damas que no viajen con sus respectivas doncellas, Alwena. Jane ya debería saberlo. Es una idea absurda y una pérdida de tiempo.

La chica se vino abajo.

—Sí, señora. Siento haberla molestado.

Se marchó de la habitación.

—Espera —rectificó; se le había ocurrido algo—. Supongo que no hay nada malo en ello. Aunque solo me estoy preparando para ir a la iglesia... Si me haces un buñuelo tampoco importará, me pondré un sombrero. Y siempre que tengas cuidado con el rizador caliente. —Hizo un gesto de advertencia con el dedo—. Y nada de tijeras.

—Claro, señora. Gracias.

Alwena se acercó a ella sin apenas poder reprimir una sonrisa de alivio. Jane era una necia por dejar que la chica se hiciera ilusiones. No tenía mucho sentido para una doncella que trabajaba en una posada de postas como la suya.

Se sentó al tocador y la joven empezó a trabajar. Le soltó la melena lisa y empezó a cepillarle el cabello negro, que le llegaba hasta los hombros.

—Tiene un pelo muy bonito, señora, si no le importa que se lo diga. Y además tiene mucho.

—¿Esto forma parte del servicio? ¿Cumplidos y un buen cepillado? ¿O los piropos se pagan aparte?

—No, señora.

La doncella se sacó un botecito del bolsillo del delantal y lo destapó.

—¿Qué es eso? —inquirió Thora, con el ceño fruncido.

—Solo un poco de cera. Le da un poco más de cuerpo.

«Qué más da», pensó. Si no le gustaba cómo le sentaba aquel potingue se lavaría el pelo esa misma noche. Esperaba que no oliera mal. Respiró hondo y se sintió aliviada al no percibir una fragancia muy intensa.

Alwena trabajaba con destreza; aplicó la cera en las raíces del pelo y se lo cepilló hacia delante, después le recogió una parte de la melena en la coronilla dándole un poco de altura. Le enroscó el resto del pelo por detrás de la cabeza y aflojó un poco el cabello de los lados antes de sujetárselo. Después se puso delante de la mujer y le soltó algunos mechones de cada sien para hacerle unos cuantos tirabuzones con ayuda de la cera y un pequeño rizador que había puesto a calentar sobre una lámpara de aceite.

—Por favor, no me peines como si fuera un caniche, Alwena. Ni como un carnero disfrazado de borrego.

—No, señora. En absoluto.

—Y date prisa. No quiero llegar tarde a la iglesia.

La doncella se apartó y volvió a colocarse detrás de Thora, ambas miraron su reflejo en el espejo.

—Y bien, ¿señora?

Se había dicho que sería amable y que se esforzaría en encontrar algo positivo que decirle. Pero se quedó mirando su reflejo parpadeando asombrada. La altura y el cuerpo del peinado le enmarcaban el rostro y le ensalzaban los pómulos, mientras que los delicados tirabuzones le dulcificaban los rasgos y le disimulaban la nariz.

—Estoy... Es decir, yo... me gusta. Lo has hecho muy bien.

La chica se sonrojó complacida.

—Gracias. Está usted preciosa, si me permite decirlo. ¿Puedo probar una última cosa?

—¿Hay más?

—Es solo... He estado experimentando, ¿sabe? Y he preparado un carmín...

—No. Nada de carmín. —Alzó la mano—. No soy una furcia. Y te recuerdo que voy a la iglesia, no a un baile.

—Bueno, me refiero precisamente a eso. Preparé un bálsamo para suavizar los labios. Pero la señora Rooke dice que no le he puesto suficiente bermellón, y no es muy oscuro, apenas se ve. Pero no me gustaría que se echara a perder. ¿Podemos probarlo? Si no le gusta siempre se lo puede quitar.

—Admito que tengo los labios secos. Si me los va a suavizar y no se nota, me parece bien.

La chica le quitó el tapón de corcho al botecito y se lo ofreció.

—Solo tiene que mojar un poco el dedo y extenderse por los labios. Y mire, una cosa más...

Antes de que Thora tuviera la ocasión de protestar, la doncella le puso algunas gotas del preparado en las mejillas y después lo difuminó con un poco de algodón.

—Es solo un toque, ¿lo ve, señora? Ni siquiera el vicario se dará cuenta. Y, sin embargo, parece usted cinco años más joven.

La mujer se observó de perfil, después del otro lado, y terminó por mirarse de frente. El carmín le había dado un ligerísimo brillo rosado, tanto en los pómulos como en los labios. No era ni excesivo ni de mal gusto. Y era verdad que parecía más joven. Y más guapa.

Alzó la mano y a Alwena se le borró la sonrisa. Aceptó el algodón y se quitó el carmín de las mejillas.

—Lo has hecho muy bien, no me malinterpretes. Pero por ahora bastará con el peinado. No queremos que nadie se me quede mirando. O que no me reconozcan. Pero ¿crees que podríamos volver a probarlo cuando salga de la iglesia?

La joven suspiró aliviada.

—Encantada.

Al final, decidió no ponerse la cofia que solía llevar a la iglesia y, en su lugar, eligió un gorrito más pequeño de paja negra que se anudó en la parte posterior de la cabeza. Como tenía la visera levantada, se le veía un poco la parte delantera y los laterales del pelo. A fin de cuentas, no había por qué echar a perder el trabajo de la chica.



Cuando salió de la iglesia, Thora subió un momento a su dormitorio para dejar el librito de oraciones y la capa negra. Alwena llamó a la puerta con una caja bajo el brazo.

—Espero no haberme metido en un lío, señora. La señora Jane Bell me pidió que le diera esto hace algunos días, pero no lo he recordado hasta ahora.

—¿Y qué es?

—Algunas cosas que usted le dio antes de que ella empezara el luto. Pensó que usted querría recuperarlas ahora que ha vuelto.

La doncella abrió la tapa. En lo alto había un chal violeta con las costuras doradas que caían en cascada.

—Qué chal más bonito —jadeó Alwena—. Es un color muy delicado.

—Sí...

La mujer tocó la elegante tela de lana, recordando los colores que en su día fueron sus preferidos.

—Esto le quedaría muy bien con el vestido gris, señora. Si no le importa que se lo diga. Y dentro hay más cosas. —Dejó la caja a los pies de la cama—. Se lo dejaré aquí. No tiene por qué decidir nada ahora.

Se sentó y la chica se acercó a ella para volver a aplicarle el carmín.

Mientras lo hacía le preguntó con timidez:

—¿Alguien la ha encontrado diferente en la iglesia?

—A la iglesia se va a alabar al Señor, Alwena —la regañó con dulzura—. No a esperar alabanzas de los demás.

—Ya lo sé, señora. Solo era curiosidad.

—Me han hecho uno o dos cumplidos, ahora que lo mencionas —admitió de mala gana—. La señora Paley me ha lanzado algún piropo. Y también la señora Grove.

—Me alegro de escucharlo.

Le retocó el peinado y después se marchó.

Cuando la puerta se cerró, se acercó a la caja y sacó su chal violeta. Lo extendió sobre la cama y admiró la cenefa dorada de ambos lados pensando que se conservaba muy bien después de todos aquellos años. Después se lo probó sobre los hombros y miró en el espejo cómo le quedaba. Apenas se reconocía, con aquel peinado tan bonito y ese... color en ella. Siempre le había encantado aquel chal. Era uno de los pocos lujos que se había permitido. Lo había comprado en el mercado, a un hombre que llevaba un turbante. La prenda había viajado desde Cachemira hasta la India, y desde allí a Inglaterra, eso le explicó. Encarnaba la imagen de la moda y la riqueza, cosas que significaban muy poco para ella. Pero también representaba todos esos lugares exóticos y hermosos que jamás llegaría a ver. Lo había lucido muy a menudo antes de que muriera Frank.

¿Debería ponérselo? ¿Se atrevería? Un momento... ¿Desde cuándo a Thora Stonehouse Bell le faltaba el valor para ponerse una prenda? ¿Desde cuándo le preocupaba lo que pudieran pensar los demás? Dejó que el chal le resbalara por los hombros.

Quizá pudiera llevarlo, doblado sobre el brazo, por si acaso empezaba a

hacer frío cuando volviera a casa aquella noche. Solo era una forma de protegerse del frío, eso era todo. Completamente práctico.

Talbot se había ofrecido a venir a buscarla con su carruaje, pero ella se negó. No quería que la vieran paseando por ahí con él como si fueran una pareja en pleno cortejo. Ya había llegado caminando hasta la granja en más de una ocasión y volvería a hacerlo, aunque tal vez el cesto pesara un poco.

Pero cuando lo recogió de la cocina y cruzó el vestíbulo de camino a la salida, Patrick la detuvo.

—Espere, madre. Le pediré a Colin que la lleve. Se ha ofrecido a ir a buscar un pedido de velas en O'Briens, y Talbot no está muy alejado de ese camino. Va a utilizar la calesa, ahora que está arreglada.

Se esforzó para no poner morros y negarse. Si Colin se parecía en algo a su padre seguro que tendría pensado pasar por el bar. Probablemente se acabaría cayendo como aquel cochero borracho y Thora tendría que ocuparse de las riendas. Suspiró. «Y qué más da. Ya lo he hecho otras veces...»

Jane salió a despedirla.

—Disfrute de la velada.

Thora asintió.

—No quemes la posada mientras yo no estoy.

—Haré lo que pueda.

Patrick la ayudó a subir, mientras Colin trepaba por el lado opuesto y agarraba las riendas. Parecía aseado, como de costumbre, aunque su sombrero estaba más desgastado que su ropa.

Empezaron el trayecto en relativo silencio. Cuando salieron del pueblo empezó a soplar el viento y la mujer se envolvió en su chal. Había sido un acierto llevarlo.

Cuando se acercaron a casa de los McFarland, volvió a observar el lugar con amargura. En las ventanas faltaban algunos cristales y habían tapado los agujeros con papel. La puerta verde tenía más parches de madera desnuda que pintura. El tejado de baldosas de piedra y la chimenea de ladrillos demostraban que aquella estructura había sido el hogar de un hombre de negocios con un éxito razonable en la vida. El problema: se había dado a la

bebida.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó Thora.

—Agradecida de estar ocupada, varias mujeres del pueblo le han encargado costura.

—¿Y tu padre? ¿Goza de buena salud?

—No, señora. No está... bien.

—¿Tiene trabajo?

Colin negó con la cabeza.

—No ha sido... capaz de trabajar.

«Mmm...», pensó. «¿No ha sido capaz o no le ha dado la gana?».

—¿Qué opina tu padre de que trabajes en la posada? Supongo que se pondría contento cuando se enteró de que conseguiste el trabajo, ¿no?

—No, todo lo contrario. En realidad, esa fue la única vez que...

El joven dejó de hablar de golpe.

Thora le miró y se dio cuenta de que estaba apretando los dientes.

—Que... ¿qué? —le presionó.

—No importa. Digamos que no le hizo gracia. Pero mi madre está contenta de que yo tenga trabajo.

En el patio vio a tres niñas muy mal vestidas. Se sobresaltó al reconocer en una de ellas un viejo vestido amarillo que había donado a caridad hacía una década; ahora estaba sucio y descolorido, y a la chica le quedaba tan largo que lo iba arrastrando por el suelo. Otra iba descalza, con un áspero vestido marrón y un delantal harapiento. La tercera llevaba una falda verde demasiado corta para que la luciera una adolescente con las piernas tan largas, unas botas llenas de rozaduras y un par de medias de distinto color; encima de la falda tenía un chal de lana roja por donde metía las manos para protegerlas del frío.

Como si estuvieran esperando la aparición de la calesa, las muchachas corrieron hacia ella muy animadas, pero entonces se pararon de golpe, y una corrió a esconderse detrás de su hermana cuando vio a Thora. Se les borró la sonrisa de la cara. Por lo visto habían estado esperando a Colin. Y solo a Colin.

Se dio cuenta de que el joven intentaba hacer marchar a las niñas con discreción, y levantaba el dedo índice como para decirles que esperasen. La

mujer empezó a desconfiar y miró hacia la parte posterior de la calesa, donde vio un saco de arpillera en una esquina.

Después volvió a mirar a Colin y se dio cuenta de que el chico había seguido la dirección de sus ojos. Vio como la nuez subía y descendía por su cuello.

¿Estaba robando en Bell Inn? ¿Era eso lo que hacía en la despensa? Ella lo había sospechado.

—Me parece que tus hermanas te estaban esperando —comentó—. O quizá esperaban algo de ti.

—Oh, no importa, señora. Ya vendré a verlas después.

—No, por favor, detengámonos ahora —insistió, con un tono desafiante.

—Por favor, señora. Yo... Deje que la lleve hasta su destino. Puedo pararme a la vuelta, o... también puedo no parar, si lo prefiere.

—Cielos, no. No las hagas esperar por mí.

El chico hizo parar al caballo, ató las riendas y se bajó, mientras, de mala gana, les hacía gestos a las niñas para que se acercaran.

Thora también se bajó y lo siguió hasta la parte posterior de la calesa. Él agarró el saco con la intención de entregárselo a sus hermanas sin abrir.

—Adelante. Ábrelo —lo animó. Se acercó a un barril y dio unos golpecitos en la superficie—. Veamos lo que les has traído. ¿Parte de la cubertería de la posada, o tal vez una cuchara de plata? Espero que te las paguen bien. ¿O quizá traes un poco de beicon o té robado?

Obedeció y volcó el contenido del saco sobre el barril.

Pero en lugar de las cucharas de plata, la carne cara o el té que Thora estaba esperando ver, lo único que salió de la bolsa fueron curruscos de pan duros como piedras, algunas patatas arrugadas y unas manzanas marchitas de la cosecha del año anterior que la señora Rooke había sacado del sótano el día anterior.

El joven McFarland apartó la mirada.

—Solo son lagunas cosas que he reservado de mi propia comida, señora. O cosas que Dotty dijo que se echarían a perder. No he robado nada, lo juro.

La vergüenza se apoderó de Thora. Vergüenza y culpabilidad, a causa de sus sospechas y sus humillantes acusaciones.

Miró los delgados y asustados rostros de las niñas y, por primera vez, advirtió las hendiduras de las avergonzadas mejillas de Colin. Se dio media vuelta y empezó a caminar con decisión de vuelta a la calesa.

—Por favor, no me despida —suplicó el chico—. No volveré a hacerlo.

—Claro que lo harás —le ordenó—. Es más, toma esto. —Le dio una de sus tartas—. No necesitamos dos. Talbot engordaría demasiado. Y no es caridad, te lo mereces por haber tenido que esperar a que te pagáramos el sueldo.

Se la quedó mirando fijamente un momento y ella se dio cuenta que estaba apunto de rechazarla. Entonces una de las niñas lo agarró de la mano.

El chico carraspeó.

—Pues... muchas gracias, señora. Le aseguro que les va a encantar. —Se volvió hacia sus hermanas—. Dadle las gracias a la señora...

—No. —Alzó la mano—. No tenéis nada que agradecerme. Solo llévame hasta donde necesito ir y con eso basta.

Volvió a subirse a la calesa y esperó a que Colin la siguiera.

Pensó que le había costado mucho hacer esa tarta, pero era mucho más fácil ofrecer eso que una disculpa. Además, las disculpas no alimentaban a nadie.



CAPÍTULO

28

Cuando Colin guio a la yegua para que se internara por el camino de la granja, Walter Talbot salió a recibirlos vestido de un modo muy parecido al del chico, con su abrigo, chaleco, corbata y pantalones, todo de negro, y muy bien peinado. El elegante Talbot de los viejos tiempos.

—Hola, Thora. Colin...

El joven lo saludó inclinando la cabeza.

—Señor...

Talbot extendió la mano para ayudar a la señora Bell a bajar de la calesa y le quitó el pesado cesto enseguida.

—Gracias, Talbot.

¿Se suponía que debía llamarlo Walter ahora que ya no trabajaba en la posada? Le costaría un poco hacerlo. Se volvió hacia Colin.

—No hace falta que vuelvas a buscarme. Volveré caminando. Cuando el cesto esté vacío ya no será tan pesado.

—¿Está usted segura, señora? No me importa.

—Sí. Vete. Tienes cosas más importantes que hacer.

Le hizo un gesto con la mano para indicarle que obedeciera y el empleado azuzó a la yegua.

—Por cierto —dijo ella mientras lo veían marchar—, todavía no creo que Colin sea el muchacho indicado para el trabajo, pero me equivoqué dudando de él y pensando que podía tratar de aprovecharse de nosotros de la misma forma que lo había hecho su padre.

Talbot la observó y después asintió con solemnidad.

—Es un comienzo.

La guio por el camino y le abrió la puerta.

—Espero que el viento deje de soplar. Quería enseñarte la granja después de cenar.

—No saldré volando, Talbot.

Él volvió a mirarla de arriba abajo.

—Estás... bueno... Hacía años que no veía ese chal. Te sienta muy bien ese color. Y te has hecho algo diferente en el pelo.

No había esperado que se diera cuenta, y menos que lo comentase. Sintió cómo se le acaloraba el cuello y se quitó el chal en cuanto entraron en la casa.

—No quería ponérmelo, pero hacía mucho aire.

—Ven, deja las cosas. Aquí hay algo que huele muy bien.

El hombre dejó el cesto encima de la mesa mientras ella se quitaba los guantes.

—Nan está despierta, pero todavía está en la cama —comentó—. He pensado que podemos ayudarla a venir a la mesa cuando lo tengamos todo preparado.

Asintió comprensiva.

—¿Puedo ir a saludarla?

—Claro. —Se acercó a la puerta entreabierta de la habitación, llamó y asomó la cabeza—. Thora está aquí y le gustaría saludarte.

—Dile que pase —contestó Nan.

Él se dio la vuelta y sonrió al tiempo que abría la puerta de par en par.

—Empezaré a prepararlo todo en la cocina.

Thora tomó el chal en un impulso.

La enferma estaba sentada sobre la cama hecha, apoyada en un montón de almohadones y con una mantita sobre las rodillas. Tenía un aspecto un poco más lucido que la última vez que había ido a visitarla, y se le veía más color en la piel. Llevaba un coqueto gorrito con volantes y un vestido de día. Sonreía.

—Hola, Nan. Me alegro de verte sentada y vestida.

—Yo me alegro de encontrarme lo bastante bien como para poder hacerlo.

—He pensado que podría gustarte este chal —dijo, alzando la prenda.

—Oh, no, Thora. Es demasiado elegante para mí.

—En absoluto. Es una antigualla. Se lo dejé a Jane cuando yo estaba de luto, pero no creo que se lo pusiera ni una sola vez. Y alguien debería hacerlo. Te dará calor cuando sople viento, cosa que parece frecuente por aquí.

—Pero es tuyo.

—Nan, sé que no me he esmerado con las visitas, y significaría mucho para mí que lo aceptaras.

—Está bien. Lo acepto. —Le guiñó el ojo—. Si eso hace que te sientas mejor...

Dejó que la ayudase a ponérselo sobre los hombros y extendérselo por el cuerpo hasta llegar al regazo. Acarició la suave lana de la prenda y la sedosa cenefa.

—Oh, qué bien. Ahora estaré muy elegante cuando reciba visitas. ¡Estoy segura de que el doctor Burton anunciará que me he curado en cuanto me vea con esto puesto! —exclamó sonriendo.

A continuación se inclinó hacia la mesita de noche.

—¿Qué necesitas? —le preguntó Thora, acercándose a ayudarla.

—Acércame esa cajita, ¿quieres?

Se la dio y de su interior Nan sacó un broche con un camafeo. Cruzó los dos extremos del chal y lo utilizó para unirlos sobre el pecho.

—Ahora el viento ya puede soplar todo lo que quiera, ya no lo notaré. —Pasó el dedo por encima del broche—. Esto fue un regalo de bodas que me hizo mi marido. —Miró el cuello y las muñecas desnudas de Thora—. Tú no llevas joyas, ¿verdad? Aparte del anillo de casada, quiero decir.

—No acostumbro a hacerlo. Aunque no es porque me parezca mal. Simplemente no me apetece estar pendiente de eso. Me han regalado algunas cosillas a lo largo de los años, pero no suelo ponérmelas. —Se miró la mano, la sencilla alianza, la muñeca libre de adornos—. Una vez Frank me hizo un regalo, una elegante pulsera de oro con un corazón de esmalte azul colgado. Me dijo que era para que recordara que para él yo era mucho más que su ayudante y su ama de llaves, que también era una mujer atractiva. Estaba convencida de que enseguida rompería la delicada cadena. El corazón

repicaba sobre el escritorio cada vez que escribía algo en el libro de contabilidad. Así que volví a meterla en la caja y allí se ha quedado desde entonces.

Nan contestó con delicadeza:

—A todas nos han hecho regalos, Thora, y no deberíamos esconderlos. Nos recuerdan que somos afortunadas y que hemos sido amadas. Hacen felices a quienes los ven, en especial a las personas que los han regalado.

—Bueno, Frank ya no está aquí para verlo.

—No, pero su hijo sí. Y tú también.

La enferma alargó la mano y le estrechó el brazo con suavidad. Se esforzó para no apartarse.

—Me parece que ha llegado la hora de sacar tu corazón azul de su escondite. Deja que los demás lo vean y lo aprecien. Y tú también.

—Bueno, gracias —contestó con sequedad—. Intentaré recordar tu consejo. Nan se relajó sobre los almohadones.

—No lo harás. Además, eres una obstinada...

De pronto sus ojos parecían pesados y a punto de cerrarse.

—¿Nan? ¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

—Solo descansar un poco. A veces me agoto de repente. A menudo me sucede en los momentos más inoportunos.

—Pero pensaba que ibas a cenar con Tal... Walter y conmigo.

—No creo que pueda. Pero guárdame unas raciones de tu famosa tarta, ¿quieres? Les diré que me traigan una bandeja a la habitación un poco más tarde. Pero, de momento, me temo que necesito dormir un rato.

La invitada se levantó.

—En ese caso será mejor que yo también me vaya. Podemos cenar juntas otro día.

—No, Thora. Walt se ha tomado muchas molestias en limpiar la casa y encontrar una buena gallina. No lo decepciones solo porque yo soy una blandengue, ¿quieres?

—No sé...

—Sé que no me esmeré con las visitas cuando murió Frank y después John, y significaría mucho para mí que cenaras con Walter.

Se dio cuenta de que había repetido las mismas palabras que había dicho ella y esbozó una sonrisa.

—Está bien. Me quedaré —aceptó—. Si eso te hace sentir mejor...

—Sí... Mucho mejor...

Y se le cerraron los ojos.

Thora salió de la habitación decepcionada y sintiéndose un poco incómoda ante la idea de tener que cenar a solas con Walter Talbot en su casa. No estaba muy segura del motivo por el que se sentía así. No le preocupaba el decoro y no creía que nadie fuera a pensar nada raro porque compartiera mesa con un antiguo empleado mientras su cuñada enferma dormía en la habitación de al lado. Aunque tal vez omitiera ese último detalle si alguien le preguntaba por su visita.

Nunca se le había dado bien hablar de cosas sin importancia, y suponía que la cena iba a ser incómoda y la conversación forzada. A lo largo de los años, ella y Talbot habían mantenido cientos de conversaciones, breves y profesionales, o a veces tensas cuando las cosas se ponían complicadas o las diligencias llegaban tarde, pero nunca se había sentido a disgusto. Esperaba encontrar algo que decir.

El hombre levantó la vista cuando ella entró en la cocina y paseó los ojos por su vestido gris.

—¿Has olvidado el chal?

Negó con la cabeza.

—Se lo he dado a Nan. He pensado que podría ayudarla a entrar en calor.

—Qué amable. ¿Ya está lista para venir?

—No. Quiere dormir, pero insiste en que cenemos sin ella. Dice que comerá en su habitación más tarde, y me ha pedido que le guardemos un poco de tarta.

—Claro.

En su rostro se reflejó la decepción y algo más.

—¿Puedo confiar en que no te la comerás toda? —bromeó la mujer, para animarlo.

Talbot la miró y la tristeza desapareció de sus ojos.

—Por Nan prometo demostrar un módico autocontrol.

Le hizo señas para que pasara ella primero al comedor. Thora se preguntó si se sentarían con toda formalidad a ambos extremos de la mesa, como una pareja de casados. ¿De dónde había salido aquel pensamiento? Se reprendió mentalmente por su necedad.

Pero Walter había puesto dos platos, uno a la cabeza y el otro justo al lado. Le retiró la silla que había en la cabecera.

—Estoy segura de que ese es tu sitio —protestó ella.

—No hay ninguna necesidad de que nos andemos con formalidades. Además —añadió sonriendo—, sé que te gusta ser la señora de todo cuanto ves.

La mujer no le devolvió la sonrisa. ¿Acaso Talbot aspiraba a que se convirtiera en la señora de su casa? Jamás le había dado esa impresión. Aquello le resultaba cada vez más incómodo. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Qué estaba haciendo él?

Se sintió tentada de marcharse inmediatamente. Pero entonces recordó lo que le había pedido Nan y se sentó. Además, no quería que toda aquella comida se echara a perder. Se moría de ganas de ver cómo le había salido la tarta.

Alargó el brazo para alcanzar la servilleta, pero Talbot le tomó la mano.

—¿Damos las gracias por la comida?

—Ah. Como quieras.

A fin de cuentas, era domingo. Aunque ella no estaba acostumbrada a rezar antes de comer.

Talbot cerró los ojos y con voz grave entonó:

—Padre que estás en los cielos, te damos las gracias por la comida que vamos a tomar y por nuestra salud. Por favor, apiádate de Nan y de su enfermedad. Dale fuerzas y alívala. Ya conoces las debilidades de nuestra naturaleza y las tentaciones que nos rodean. Ayúdanos a tomar conciencia de nuestras muchas bendiciones; pues no deberíamos merecer el perderlas a causa de tu descontento o indiferencia. Amén.

Thora le observó el rostro cuando levantó la cabeza.

—¿Algunas de las cosas que has dicho iban dirigidas a mí? —preguntó,

poniéndose a la defensiva.

La miró fijamente.

—No intencionadamente. Pero si hay algo que te haya remordido la conciencia, tal vez...

—¿Si la oración encaja, aplícatela? —concluyó por él, modificando el viejo dicho.

—Algo así. A decir verdad, estaba pensando en mis propias bendiciones, defectos y tentaciones, pero te guste o no, tú también eres humana, Thora. Y me atrevería a decir que tú también tienes alguna de esas cosas.

Por supuesto que tenía faltas. Pero no le gustaba que él las señalara.

—Estoy segura de que el responsable Talbot no tiene muchos problemas para escapar de la tentación.

Él le sirvió un muslo de pollo, recordando, con mucha consideración, que era la parte que más le gustaba.

—Podría nombrar una tentación con facilidad —dijo, levantando el cuchillo—. Está sentada justo a mi lado. O quizá sería más exacto llamarla sufrimiento.

Sabía que le estaba tomando el pelo y se dijo que no debía seguirle el juego. Si de verdad la viera como un sufrimiento no la habría invitado a su casa. ¿Y una tentación? Era imposible.

Se metió una porción de tarta de cerdo y ternera en la boca para evitar una respuesta que pudiera lamentar.

El hombre siguió su ejemplo y tomó un bocado de tarta.

—Deliciosa, Thora. Justo como la recordaba. —Cerró los ojos, como para recrearse en el sabor—. No. Mejor.

—Me alegro de que pienses eso.

Ella comió otro bocado y se tomó unos segundos para disfrutar de la combinación de sabores: picante, salado y dulce. Estaba realmente deliciosa. Esperaba que las hijas de los McFarland disfrutaran de la que les había dejado.

Siguieron conversando de cosas sin importancia, sobre la posada, de sus clientes habituales preferidos, y de los progresos y esfuerzos de Colin. La charla era animada y distendida. La comida, deliciosa y nutritiva.

Cuando terminaron de cenar recogieron la cocina juntos, aunque Talbot insistió en que él fregaría los platos más tarde. Quería enseñarle la granja antes de que tuviera que marcharse.

Empezaron por la casa y hablaron en voz baja para no despertar a Nan.

—Me gustaría construir algo más —comentó él—. Un pequeño estudio o una galería con ventanales con vistas al jardín.

—¿Qué jardín? —preguntó ella, y enseguida deseó haberse mordido la lengua. ¿Por qué la crítica era siempre su primera respuesta?

—Todavía no tenemos un gran jardín, de momento es solo un pequeño huerto. Pero estoy planificando uno. Salgamos y te lo enseñaré.

Cuando llegaron al terreno Talbot dijo:

—La señora Bushby ha venido a aconsejarme, e incluso se ha ofrecido a compartir conmigo algunos esquejes de sus plantas perennes. Dice que el terreno es fértil, aunque podría venirle bien un poco más de abono...

—Pues parece que ya se ha abonado bastante —murmuró ella.

—¿Mmm?

—Da igual.

Thora sabía que la señora Bushby también era viuda. ¿De verdad tenía tantas ganas de ayudar o es que su interés por el granjero soltero iban más allá de sus fértiles tierras?

Le hizo un gesto para indicarle que lo siguiera.

—Ven, te enseñaré el resto.

Pasaron por el perímetro de la granja y la mujer advirtió que las paredes de piedra y las vallas de madera estaban muy bien conservadas. Talbot había estado ocupado. A continuación le enseñó el granero y le explicó sus planes: añadirle una forja para poder mantener a sus caballos bien herrados y reparar las instalaciones.

Cuando pasaron por la verja principal de la casa, ella comentó:

—Este lugar necesita un nombre. La mayoría de granjas y casas de campo que hay por aquí tienen uno, además de las mansiones, claro. Ivy Cottage, Fairmont, Thornvale, Grange, Lane...

El propietario se encogió de hombros.

—Siempre nos hemos referido a ella como la granja. O la casa.

—No es muy original.

—¿Crees que debería encargarme un cartel para colgarlo en la puerta?

La mujer asintió.

—Mi padre siempre decía que un buen cartel es importante.

—En ese caso, lo añadiré a mi interminable lista de cosas que todavía tengo por hacer.

Llegaron a un montículo y se quedaron allí juntos admirando los campos aledaños. Talbot le señaló los límites de su propiedad.

—Podrías arrendar parte de la tierra, ¿sabes? O contratar personal para aumentar la cosecha, y utilizar el dinero para comprar la granja de Lane. He oído decir que está pensando en venderla —sugirió ella.

Esbozó una sonrisa de medio lado.

—Esta es mi Thora. Nunca está satisfecha. Siempre pensando en conquistar nuevos territorios.

—¿Y tú? ¿Te sientes satisfecho siendo un granjero con una propiedad? Yo te he visto organizar a un montón de personal y atender a docenas de pasajeros que bajaban de treinta diligencias al día, además de controlar los ingresos y los gastos.

—El dinero y el éxito no lo son todo. Quiero hacer mejoras, sí, pero no tengo ninguna necesidad de convertirme en un terrateniente poderoso. Quiero tener tiempo para pescar. Leer. Pasar tiempo con las personas a las que estimo.

La miró.

—¿Y qué hay de ti, Thora? ¿Qué esperas de la vida ahora que la posada está en manos de Jane?

—¿Qué quiero yo? Haces que parezca que puedo elegir de una carta muy extensa.

—Bueno, ¿has pensado en volver a casa de tu hermana?

Lo miró parpadeando. Había olvidado lo alto que era.

—Yo... supongo que depende de lo que ocurra con la posada.

—Ah, ¿sí? —Se acercó un poco a ella y bajó la voz—. Thora...

Guardó silencio al escuchar el sonido de un carruaje y un caballo que se acercaban.

Volvieron a la entrada de la casa justo a tiempo de ver llegar a los Paley. Intercambiaron saludos, y la mujer advirtió que el vicario y su esposa la miraban con curiosidad.

Talbot se explicó:

—Justamente le estaba enseñando la granja a la señora Bell.

El señor Paley asintió comprensivo.

—No suspendan la visita por nosotros. Solo hemos venido a visitar a Nan.

—Ustedes sigan con su visita —añadió su esposa.

El anfitrión ató al caballo, los acompañó hasta el interior de la casa y después volvió con su invitada.

—¿Dónde estábamos?

Empezaron a caminar.

—También quiero plantar árboles. Estoy pensando en arces. Para tener un bonito color en otoño.

—¿Árboles? ¡Cielo santo! Sí que piensas en el futuro. ¿Cuánto tiempo esperas vivir?

—Me ves como un viejo, ¿verdad? Solo tengo un año más que tú, Thora. No lo olvides.

—No me olvido. Soy consciente de cada uno de mis años. Y no tengo ninguna intención de plantar árboles que no veré crecer.

—Madre mía, Thora. Hablas como si ya tuvieras un pie en la tumba. Solo tienes cincuenta y un...

—Calla.

—Y estás como una roca, por lo que veo. Vivirás otros veinte o treinta años.

—Solo para fastidiarte.

—Nada me haría más feliz. Espero que vivas hasta los noventa. Y que yo lo vea contigo.

Lo fulminó con la mirada.

—Oh, pienso sobrevivirte, anciano, no te quepa ninguna duda.

—Esa es mi Thora. Dispuesta a ganar cualquier competición.

Estuvo a punto de decir: «yo no soy tu Thora». Pero se reprimió justo a tiempo. Solo era una expresión común. Pero... la invitación, la cena, el hecho

de que se hubiera preocupado tanto por su aspecto, el orgullo que demostraba enseñándole la granja, y eso de que se anticipara a todas sus reacciones... «No, no, no». Estaba segura de que eran imaginaciones suyas.

Como la mujer no contestaba, él continuó:

—La señora Bushby dijo que los árboles florales le darían mucho encanto a la granja. Me dijo que podría venirme bien un toque femenino, y lo cierto es que estoy de acuerdo con ella.

«Otra vez esa mujer». ¿Acaso Martha Bushby se estaba ofreciendo para el puesto?

—Nan lleva muchos años viviendo aquí, y si ella no ha querido potenciar el encanto de la granja en todo este tiempo, dudo mucho que nadie sea capaz de hacerlo.

—Ha estado enferma la mayor parte del tiempo. Pero no estaba hablando solo de decoración femenina. Ya sabes que hace mucho que admiro tu capacidad para gestionar una propiedad y al personal, Thora. —La miró de reojo—. Por no mencionar tu habilidad para preparar tartas.

—¿Quieres contratarme como ama de llaves? —preguntó con aspereza—. Si la posada fracasa podría aceptar tu oferta. Necesitaré alguna forma de ganarme el sustento.

Un destello de irritación brilló en el rostro del hombre.

—No, no quiero contratarte, Thora, yo...

En ese momento se abrió la puerta de la granja y salieron los Paley.

La señora Bell se esforzó por sonreír y se acercó a ellos.

—¿Cómo habéis encontrado a Nan?

—Débil, me temo —respondió el vicario—. Pero se la ve animada.

—Está muy orgullosa del chal que le has regalado —añadió su esposa. La pincelada de color le va muy bien a la cara.

El señor Paley alternó la mirada entre ellos.

—Vamos a volver a la ciudad, Thora, si quiere podemos llevarla. O... ¿quizá no han terminado con la visita?

—Oh, creo que sí hemos terminado —contestó Talbot, con sequedad—. Te ayudaré a recoger tus cosas.



CAPÍTULO

29

Rachel observó el comedor de Thornvale, iluminado por los candelabros, dispuesto con la porcelana fina de la familia y las copas de cristal, y decorado con un centro de mesa realizado con frutas y flores. Su cocinera había preparado una cena exagerada, para la que había empleado todas las soperas y las bandejas de plata, porque estaba convencida que sería la última vez. Aunque el señor Ashford decidiera mantenerla a su servicio, lo más probable era que el joven no valorara las comidas elegantes y prefiriese que le sirvieran asados y gachas en platos de peltre, había vaticinado la mujer con tristeza.

No celebraban una fiesta desde antes de que su padre cayera enfermo y empezaran sus problemas económicos. Habían tenido que despedir al mayordomo cuando les cambió la suerte, y Casper, que ya tenía sesenta años, se había retirado a la ciudad vecina de Wishford. Pero había vuelto para aquella cena especial en honor a su antiguo señor. El chaleco le iba un poco grande, pero todavía proyectaba imagen de autoridad. También habían contratado a dos sirvientes.

Rachel se volvió hacia el vestíbulo para esperar a sus invitados justo cuando su hermana bajaba por la escalera. Estaba muy elegante con su vestido de noche de seda negra, mucho más moderno —y escotado— que el que lucía ella. Había llegado con su doncella unos días antes, justo a tiempo para recoger la porcelana que el padre le había dejado, las joyas y algunos recuerdos, y para ayudar en detalles de la fiesta. Le encantaba estar en casa

con Ellen, aunque fuese por última vez. Su jovial conversación le hacía olvidar el triste destino que le esperaba.

—¿Estás preparada? —preguntó Ellen.

—Preparada.

Su hermana la miró.

—¿Te resultará difícil estar con él aquí?

Rachel no tenía que preguntarle a quién se refería.

—No. Fue hace mucho tiempo. Estoy bien.

Sonrió con la esperanza de resultar convincente.

Ellen le dio unos golpecitos en el brazo.

—Sé fuerte, hermana. Esta noche no podemos ponernos tristes, ¿eh?

Cuando Casper anunció la llegada de *sir* Timothy y la señorita Brockwell, Rachel se agarró a una silla para sostenerse, y evitó la mirada de su hermana. Timothy estaba guapísimo con su traje de noche negro, el chaleco blanco y la corbata. Él la saludó inclinando la cabeza y ella hizo una reverencia, agradecida de tener una oportunidad de bajar la vista.

—Mi madre me ha pedido que les diga que la excusen —comentó—. Se ha quedado en casa con un poco de tos, no quiere que la sufran también los demás.

Rachel se sintió aliviada. *Lady* Brockwell la intimidaba.

Ellen le dio un codazo y sonrió de oreja a oreja a los hermanos.

—Bienvenidos. Gracias por venir.

Rachel se concentró en la joven Justina, que estaba hermosísima con su vestido de seda rosa pálido. Elogió su elegante peinado, y la chica admitió avergonzada que se lo había hecho la doncella de su madre. Aquello le dio una idea a Rachel, que se preguntó si *lady* Brockwell estaría dispuesta a considerar la posibilidad de contratar a Jemima como segunda doncella para Justina. Dudaba mucho que pudiese darle trabajo cuando se marchara de Thornvale. Pero ya tendría tiempo de preocuparse de eso más adelante.

A continuación llegaron Mercy y su tía. Su amiga llevaba un vestido de noche pasado de moda, de unos tonos muy apagados malva y marfil. Matilda Grove, al contrario, lucía un brillante vestido violeta con una pluma teñida del mismo color anidada entre sus ralos rizos grises. El alegre rostro de la mujer

brillaba tanto como su indumentaria. El viejo señor Nickel, muy elegante con su traje de noche, la tomó del brazo y la acompañó hasta una silla, y los dos se enfrascaron en una distendida conversación. Rachel se alegró de ver que sus dos invitados mayores disfrutaban de la mutua compañía, y se felicitó por haberles invitado a la fiesta.

Cuando vio a Justina, Matilda sonrió con modestia y dijo:

—Me ha dicho tu madre que pronto tendremos otro motivo de celebración, ¿no es cierto?

Justina agachó la cabeza, pero no contestó.

Timothy respondió por ella:

—Me parece que puede decirse que sí.

Alternó una mirada sonriente entre Matilda y Justina, pero la joven no levantó la vista.

Ahora no, Timothy, por favor.

—Tienes razón. Hoy tenemos que pensar en *sir* William.

—Y no hay nada definitivo —insistió ella. Después se volvió hacia Rachel—. Señorita Ashford, hemos oído decir que hace poco ha recibido la visita de un pariente suyo...

—Sí. —Cuando vio la suplicante mirada de la chica, ansiosa por cambiar de tema, Rachel decidió explicarse un poco—. Mi primo segundo, Nicholas Ashford. Parece un joven muy agradable, aunque un poco tímido. Pero estoy segura de que será un buen señor para Thornvale. Con el tiempo.

No estaba segura en absoluto, pero sentía que era su deber dejar al heredero en el mejor lugar posible. Fuera o no un usurpador, eran familia, aunque un poco lejana.

—El señor Ashford y su madre llegan mañana —añadió Rachel—. Tengo muchas ganas de conocerla a ella también.

—Y yo —se sumó Ellen—. Todavía no he conocido a ninguna de las personas que pronto vivirán en Thornvale.

—Hablando de nuevos residentes —intervino el señor Nickel, con su voz ronca—, ¿ya se han enterado de que Fairmont House está ocupada por fin? ¿Y que pronto se convertirá en un hotel?

—Me pregunto cómo se sentirá Jane Bell —reflexionó Justina—. ¿Va a

venir esta noche, por cierto?

—Me temo que no podía acompañarnos —explicó Rachel—. Por lo que sé está ocupada con viajes y la posada.

—Lamento oír eso —confesó la señorita Brockwell—. No he vuelto a hablar con ella desde que regresé de Londres. Aunque Timothy sí, en más de una ocasión.

—Solo de pasada —puntualizó él.

Rachel se puso tensa.

Casper anunció:

—El reverendo, señor Paley, y la señora Paley.

La aparición del vicario y de su mujer completó su fiesta íntima.

Cuando avisaron de que iba a comenzar la cena poco después, Rachel se dio cuenta de que *sir* Timothy la miraba para que le diera alguna indicación de cómo debía proceder para pasar al salón. En lugar de entrar por rangos, la anfitriona eligió a la dama más anciana.

Lo miró y le dijo:

—¿*Sir* Timothy, sería tan amable de acompañar a la señora Matilda?

Él sonrió con aprobación.

—Por supuesto, con mucho gusto.

Si Ellen —la hermana mayor y de facto la señora de la casa— se ofendió, no lo demostró. También ayudaba que todo el mundo le tuviera tanto cariño a la señorita Matty.

Sir Timothy acompañó a Matilda Grove a su sitio y se sentó a su lado a la cabeza de la mesa. Los demás fueron ocupando sus asientos.

Era un auténtico placer ver el salón con tan buen aspecto y adornado con todos aquellos rostros familiares. Volver a tener a todos sus viejos amigos reunidos de nuevo. Ojalá Jane estuviera con ellos.

Qué agrídulce le resultaba estar sentada tan cerca de *sir* Timothy. Ellen se había reservado el otro extremo de la mesa en calidad de anfitriona. Rachel podría haber discutido con ella, insistir en que era su sitio de honor, dado que su hermana tenía casa propia y ella había vivido más tiempo en Thornvale, además de ser su última habitante. Pero no había objetado nada. Con *sir* Timothy a la cabeza, no estaba segura de poder soportar verlo allí cada vez

que mirase al otro lado. Como si fueran anfitrión y anfitriona. Marido y mujer, como en un tiempo que pensó que serían. Ya iba a resultar bastante duro saber que estaba allí, pero de esa forma no tendría contacto visual con él mucho tiempo. Quería sonreír sin dificultad y esperaba que no se apreciara cómo le temblaban los labios.

Conseguiría superar aquello. Por su padre, e incluso por ella. Le demostraría a Timothy y se demostraría a sí misma que estaba bien y que lo había olvidado.

Cuando por fin estuvieron todos sentados, se levantó con las piernas temblorosas, pues no estaba acostumbrada a ser el centro de atención de tantas miradas. Ni a dar discursos.

—Gracias a todos por venir. Al mirar esta mesa ahora, que tantas veces he compartido con mis padres y mi hermana, me conmueve ver tantos rostros queridos. Me gustaría que hubiera más coetáneos de mi padre, pero por desgracia la mayoría de sus amigos más íntimos también han fallecido, o perdieron el contacto con él después de sus... problemas. Por eso significa tanto para nosotras que estén aquí, señor Nickel y señorita Matilda. También quiero darles las gracias al señor y a la señora Paley por acompañarnos. El señor Paley vino a visitar a mi padre muy a menudo durante sus últimos días de vida, y nunca olvidaré lo amables que han sido con nosotros. La mayoría de vosotros ya sabéis que mi padre no era un hombre preocupado por las convenciones sociales. Pero le encantaban las fiestas. Así que, por favor, brindad conmigo.

Todos levantaron sus copas.

—Estamos aquí para honrarte, *sir* William Ashford. Amado padre, marido y señor de Thornvale. No fuiste perfecto, pero ¿quién lo es? Así que esta noche celebraremos tu vida y tu recuerdo. Siempre serás recordado, jamás te olvidaremos. Por *sir* William.

—Por *sir* William —repitieron los invitados, alzando las copas.

Los sirvientes quitaron las tapas a los platos y empezaron con el primero: sopa y pescado acompañado de salsa picante.

—¿Recuerdan todas esas fiestas que papá celebraba a mediados de mes con bailes y charadas, en las que él siempre hacía de rey? —intervino Ellen.

—A mí siempre me daba el papel de la señorita impaciente o Fanny la Fantasiosa. El muy granuja... Cómo le gustaba bromear —comentó la señorita Matilda, con un brillo en los ojos.

—Recuerdo aquel año que pasó por aquí una compañía de teatro. Frank Bell no les invitó a actuar en la posada, y *sir* William montó un escenario al aire libre aquí y representaron el *Sueño de una noche de verano* de Shakespeare, con la condición de que él pudiera interpretar el papel de Puck —rememoró Timothy.

Rachel se rio, conmovida al comprobar que *sir* Timothy se acordaba.

—Y fue un Puck maravilloso —opinó Mercy, que citó la última intervención del personaje en la obra:

—«Por lo que os deseo buenas noches gustoso. Ea, vuestras manos. Dadme una mano de amigo, que de este modo Robin adiós dice arrepentido».

Ella y Rachel, una a cada lado de la mesa, compartieron una sonrisa.

El señor Paley miró a las dos hermanas.

—Yo también recuerdo aquel día, aunque un tanto diferente. *Sir* William sabía que vuestra madre se moría por ver esa obra. Y por eso se tomó las molestias de montar la representación. Habría hecho cualquier cosa por ella. Era la luz de su vida, junto a vosotras dos.

A Rachel se le hizo un nudo en la garganta. Miró a Ellen y se conmovió al ver que tenía lágrimas en los ojos.

El señor Paley le tendió una mano a Rachel y otra a Matilda, que estaba sentada a su lado. Y con una triste sonrisa en los labios repitió en voz baja:

—«Por lo que os deseo buenas noches gustoso. Ea, vuestras manos. Dadme una mano de amigo, que de este modo nosotros adiós diremos arrepentidos».

Todos los invitados se dieron las manos. A Rachel se le llenaron los ojos de lágrimas y las llamas de las velas se convirtieron en bolas borrosas de luz.

El señor Nickel se puso en pie.

—¡Por *sir* William! —reiteró, alzando de nuevo la copa, y así disipó el emotivo momento antes de que se volviera demasiado incómodo. Todos volvieron a brindar y se animaron un poco.

Justo en ese momento, Casper entró en el salón y anunció:

—El señor Nicholas Ashford y la señora Ashford.

Rachel se sobresaltó, sintió que se le iba a salir el corazón del pecho. ¡No los esperaba hasta un día después! Todos los invitados volvieron la cabeza hacia la puerta.

Nicholas Ashford entró y se paró en seco, tan sorprendido de entrar en un comedor lleno de gente como Rachel de verlo allí.

Junto a él estaba la señora Ashford, una hermosa y rolliza mujer con la nariz fina y mirada incisiva. Miró hacia la mesa, clavó los ojos oscuros en las copas llenas y arqueó una ceja.

—Ya veo que están ustedes vaciando la bodega.

—Madre... —siseó Nicholas entre dientes. Saludó a Rachel inclinando la cabeza—. Disculpe la interrupción.

Rachel se levantó y dio un paso adelante.

—Pensé que había usted dicho que volverían mañana. Yo...

—Sí, bueno... —Lanzó una mirada elocuente a su madre—. Hemos decidido venir una noche antes de lo programado. No imaginamos que interrumpiríamos ninguna celebración.

La señora Ashford frunció los labios.

—No puedo decir que me sorprenda.

Rachel no hizo caso del comentario y esbozó una sonrisa. Ya que el señor Ashford no la había presentado, decidió hacerlo ella misma.

—Señora Ashford, todavía no nos conocemos. Soy la señorita Rachel Ashford. —Hizo una reverencia y después se volvió hacia Ellen—. Y aquella es mi hermana, la señora Ellen Hawley.

Ellen se levantó de su silla, inclinó la cabeza en dirección a la mujer y sonrió a su hijo.

—¿Cómo están?

Nicholas volvió a inclinar la cabeza.

Entonces Rachel dijo, con más calidez de la que sentía:

—Bienvenidos a Thornvale. Espero que sean muy felices aquí.

—No tanto como había imaginado —comentó la señora Ashford—. Venía con la esperanza de poder disfrutar de una cena tranquila y un buen sueño reparador entre unas sábanas limpias. ¿Hemos llegado demasiado pronto también para eso?

Rachel advirtió que su hermana Ellen fruncía el ceño y abría la boca para protestar. Pero Mercy se apresuró a estrecharle la mano para impedirselo.

—En absoluto —contestó Rachel, con delicadeza, acercándose a la puerta—. Le diré a la señora Fife que han llegado.

Sir Timothy se levantó.

—Señorita Ashford, por favor, quédese. A fin de cuentas, esta es su última noche en esta casa. Y hemos venido a recordar la vida de su padre. Tal como él habría querido.

—¿Mientras están de luto? —repuso con escepticismo la señora Ashford.

Sir Timothy le sonrió, pero con frialdad. Un gesto que Rachel ya había visto antes y conocía lo suficiente como para alegrarse de no ser la destinataria. Entonces el hombre se volvió hacia ella y le pidió:

—¿Sería tan amable de presentarnos?

—Por supuesto. Señora Ashford, permítame que le presente a *sir Timothy Brockwell*, *baronet*. *Sir Timothy*, estos son la señora Ashford y su hijo, el señor Nicholas Ashford.

Normalmente Rachel no lo habría presentado de esa forma, su título, pero en aquel momento sintió que debía hacerlo así.

—Señora Ashford, señor Ashford —empezó a decir *sir Timothy* con solemnidad—, nos hemos reunido esta noche para cumplir la última petición de *sir William*: que no lo recordáramos llorando, sino con una buena cena y tomando buen vino. Sus hijas han tenido la amabilidad de invitar a algunos viejos amigos para que las acompañemos en estos momentos tan difíciles.

—Nos encantaría que se sumasen —añadió Rachel, aliviada al ver que *sir Timothy* la estaba defendiendo, y consciente de que su título y su galante forma de dirigirse a ellos habían impresionado a la señora Ashford. Parte de su cólera había desaparecido de sus ojos.

—No querríamos entrometernos en su celebración —intervino Nicholas.

—Tonterías —insistió Rachel—. Ustedes también son de la familia. Y Thornvale es su casa. —La joven se volvió hacia la mesa—. De hecho, permítanme que les presente a algunos de sus nuevos vecinos. Este es su vicario, el señor Paley, y su mujer, la señora Paley.

—¿El vicario? Estoy sorprendida. ¿Usted aprueba que se celebre una fiesta

cuando hace tan poco que alguien ha fallecido?

El aludido sonrió.

—En este caso sí. Verá, yo tuve el privilegio agrídulce de visitar a *sir* William en varias ocasiones durante su enfermedad, y le oí pedir a su hija que hiciera exactamente lo que está haciendo. Nuestro *sir* William no era un hombre muy tradicional. Y tampoco le gustaban los actos solemnes ni las caras largas. ¿Usted lo conocía, señora?

—Coincidió con él en una o dos ocasiones. Mi marido lo conocía mejor, y mi hijo no tuvo el gusto.

—Entonces quédense a cenar con nosotros. Todos compartiremos con ustedes nuestros mejores recuerdos de papá, y así podrán conocerlo, aunque sea de esta forma —sugirió Ellen.

—Sí, quédense. La cocinera ha preparado una cena excelente, y tenemos comida y bebida de sobra —añadió Rachel. Cuando vio que la señora Ashford se ablandaba, les hizo señas a los sirvientes—. Añadan dos platos, por favor.

Nicholas parecía a punto de aceptar, pero su madre levantó una mano decidida.

—No. No se molesten por nosotros. Sigán con su velada privada. Nicholas y yo nos retiraremos pronto. ¿Son tan amables de hacernos subir una cena modesta?

—Por supuesto —contestó Rachel.

En ese momento apareció la señora Fife y se ofreció a enseñarles sus habitaciones a los recién llegados. Cuando se marcharon, la cena continuó con incómoda precaución y cierto decoro. Después, la fiesta concluyó pronto. Una decepción para todos, y una preocupación para Rachel, que no había planeado llevarse sus cosas a casa de Mercy hasta el día siguiente. Temía volver a toparse con los Ashford, pero en particular con la temible madre de Nicholas.

Para Ellen también era su última noche, y cuando subían las escaleras hacia sus respectivas habitaciones, la hermana mayor le susurró que ella y su doncella recogerían lo poco que le quedaba por guardar y se marcharían a primera hora de la mañana.

En el rellano, Ellen alargó el brazo y estrechó la mano de Rachel.

—Estarás bien viviendo por tu cuenta, ¿no?

—Sí —contestó con más seguridad de la que sentía. ¿Qué otra opción tenía?



CAPÍTULO

30

Al día siguiente, Rachel se levantó al alba y despertó a una exhausta Jemima para que la ayudara a vestirse. La diligencia de Ellen se marchaba muy temprano, y quería salir a despedirla.

Cuando su hermana estuvo preparada, la acompañó desde Thornvale hasta Bell Inn, mientras la pobre doncella de Ellen las seguía como podía cargada de paquetes.

Una vez estuvieron enfrente de la posada, Rachel abrazó a su hermana y le deseó un buen viaje.

—Dales muchos besos a mis sobrinos de mi parte.

—Descuida. —Señaló la puerta del establecimiento—. ¿Entras a esperar conmigo?

—Será mejor que no. Tengo que volver a recoger mis cosas.

La miró con gesto cómplice.

—¿Antes de que despierte la mujer dragón?

—Algo así.

—Espero no ver a Jane ahí limpiando el suelo o algo así. Qué incómodo.

—Ellen... —siseó—. Eres más arrogante que yo.

Su hermana esbozó una sonrisita.

—¡Y eso ya es decir!

—No olvides que fuiste tú quien la animó para que empezara su relación con el señor Bell.

—¡No necesitó que la animara nadie! —contestó Ellen—. Pero si lo hice,

desde luego esperaba que las cosas os fueran mejor a las dos.

Y dicho eso, le dio un beso en la mejilla y desapareció por la puerta de la posada.



Rachel volvió a Thornvale poco después, entró lo más silenciosamente que pudo y cruzó el vestíbulo de puntillas.

La señora Fife la detuvo cuando ella empezaba a subir la escalera.

—El señor Ashford quiere verla en la biblioteca en cuanto pueda.

Se le hizo un nudo en el estómago. No le había salido muy bien su plan de escabullirse para no enfrentarse a los nuevos dueños. Tragó saliva.

—Gracias. Dígale que bajaré dentro de unos minutos.

Volvió a sus aposentos y, con los dedos temblorosos, empaquetó los pocos efectos personales que había utilizado aquella mañana —el cepillo de dientes, los polvos, el perfume y cosas así— y los metió en una maletita. Su arcón, la maleta de viaje y las sombrereras ya estaban preparadas en la puerta para trasladarlas a Ivy Cottage.

Miró a su alrededor observando su pulcro dormitorio: la cama alta con sus cortinas con borlas, el tocador y el papel pintado de las paredes con rosas estampadas; sintió una punzada de nostalgia. Lo iba a añorar. Todo. Respiró hondo y se irguió. Era la hija de *sir* William Ashford. Sus antepasados no habían sido buenos administradores y la fortuna de la familia había ido menguando con cada generación. Su padre había tenido que salir a buscarse la vida para hacer fortuna. Y ella haría lo mismo. Una asustada voz interior le recordó que su progenitor también había perdido su riqueza, su buen nombre, y la salud, pero no quería pensar en aquello en ese momento.

Con la espalda bien recta y muy decidida, se ató los lazos del sombrero bajo la barbilla, se puso los guantes y tomó la maleta. Salió de la habitación con la esperanza de que su vestimenta daría a entender que tenía la intención de marcharse de inmediato y, por tanto, disuadiera de una posible conversación demasiado larga, o cualquier reprimenda.

Entró en silencio en la biblioteca y vio a un inquieto señor Ashford aguardando delante de los ventanales, con las manos entrelazadas a la espalda, haciendo girar los pulgares con impaciencia o, quizá, a causa de los nervios. ¿Estaría temiendo el final de la situación tanto como ella? Rachel tenía un poco de dinero. Suponía que podía ofrecerse a reponer el vino que habían sacado de la bodega, aunque le fastidiaba mucho no poder compartir con quien quisiera las botellas que su padre había coleccionado a lo largo de los años.

Rachel carraspeó y él se volvió bruscamente. Dejó la maleta en el suelo con la intención de aclarar las cosas: «¿Lo ve? Ya estoy a punto de salir por la puerta...».

El señor Ashford tragó saliva y la nuez resbaló por su pálida garganta.

—Señorita Ashford. Rachel. ¿Puedo llamarla Rachel?

—Claro. Como prefiera.

Qué forma tan extraña de empezar una reprimenda.

—¿Quiere... quiere sentarse?

Señaló a una silla sacudiendo la mano con agitación antes de entrelazar los dedos de nuevo.

—No, gracias. Como verá, estoy a punto de marcharme.

—Ya veo. Pero... —Apretó los labios secos—. De eso quería hablarle precisamente.

—No se preocupe. Enseguida desapareceré de su vista. Mi arcón y la maleta ya están fuera, y aquí llevo lo que me faltaba por empaquetar. Espero que no le importe que deje aquí los libros de mi padre de momento hasta que les encuentre otro sitio.

—No me importa en absoluto. Y no tiene que desaparecer, como ha dado a entender. —Esbozó una mueca al darse cuenta de que había hecho una rima sin querer, y después se pasó la mano por la cara—. Por primera vez en mi vida, más don de la palabra es lo que desearía tener.

Rachel se esforzó en ayudarlo para concluir aquella incómoda conversación lo más rápido posible.

—Ya sé que su madre no aprobó la cena que celebré ayer por la noche. No me cabe duda de que pretendía usted darle un buen recibimiento en su nueva casa. Lamento que su llegada se estropeará de esa forma tan desagradable.

—Señorita Ashford, no le he pedido que venga para hablarle de eso. Por lo que a mí se refiere, no hizo usted nada mal. Y no la he llamado para trasladarle ninguna queja. Lo lamento si le he dado esa impresión.

—Ah... ¿Y entonces...?

—Le he pedido que venga para... para pedirle que se case conmigo.

Rachel se quedó boquiabierta. Frunció el ceño.

—Disculpe, ¿cómo?

—Soy consciente de que esto es muy repentino y que apenas nos conocemos. Pero creo que no está bien que tenga que marcharse usted de su casa. Una mujer sin protección. ¿Cómo podría vivir aquí felizmente sabiendo que yo soy la causa de su... infelicidad? Por no mencionar las molestias e incomodidades, y las posibles privaciones que espero que no tenga que sufrir. Cuando vine a Thornvale pensé que podría dejar que siguiera viviendo usted en una de las habitaciones. Como si fuera usted una querida tía soltera. Sin problemas y sin faltar al decoro. Pero entonces la conocí. Una preciosa joven. Y me... me quedé de piedra. Tenía que pensar. Y esta es la conclusión a la que he llegado. Espero que la idea de casarse conmigo no le repugne.

Rachel se quedó mirándolo perpleja. Cuanto más tiempo pasaba ella sin hablar, más rojo se ponía él. El joven bajó la mirada para clavar los ojos en sus manos entrelazadas y añadió:

—Pero ya veo que así es.

Ella se obligó a hablar:

—No me repugna... exactamente, pero me sorprende.

Él dejó escapar una triste risita.

—No exactamente —repitió desolado.

—Somos primos... —protestó ella.

Era una objeción absurda. Deseó no haber dicho eso en cuanto pronunció las palabras.

—Hay primos mucho más cercanos que nosotros que se casan.

Ella entornó los ojos.

—¿Esto es idea de su madre?

—Ah... no —contestó él, resoplando incrédulo antes de arquear las cejas.

—No le gusto —afirmó Rachel.

—No la conoce.

—Usted tampoco me conoce.

—Pero lo haré, y ella también. Y me da igual que a mi madre le guste usted o no.

—Pero que usted y yo nos gustemos sí que importa.

El señor Ashford esbozó una mueca de desánimo.

—Soy consciente de que no poseo las cualidades necesarias para hacer amigos con facilidad.

—Yo... eso no lo sé. No he tenido tiempo para formarme una idea de su manera de ser.

—¿Está rechazando mi oferta?

—Creo que debo hacerlo. No deseo hacerle daño. Me siento honrada por su proposición. Pero no tiene usted por qué sentirse responsable de mí. Ni creer que es su deber...

—¿No soy su pariente masculino más cercano?

—Supongo que sí, a excepción de mi cuñado. Y es muy amable por su parte que quiera ayudarme. Pero ¿casarse conmigo...? Eso está muy lejos de lo que esperaba dada la situación, por muy dura que pueda ser.

El hombre agachó la cabeza. Ella se dio cuenta de que le había hecho daño y lo había avergonzado.

—Señor Ashford. Nicholas. No tiene por qué preocuparse por mí. Me voy a vivir con una amiga a la que tengo mucho aprecio y con su tía. Son personas perfectamente respetables. Es cierto que no disfrutaremos de cenas lujosas como la de ayer por la noche. —Se rio, un poco cohibida—. Pero no sufriré. Ya está todo organizado. Y tienen una habitación preparada para mí.

Era una estancia pequeña y espartana, pero eso no se lo mencionó.

—¿No cambiará de opinión? —le preguntó con tristeza—. ¿Cambiaría esos... planes y se quedaría aquí?

Ella negó lentamente con la cabeza.

—Creo que no. Es demasiado repentino.

Él apretó los dientes.

—Ya veo. Tiene usted razón. Dado que cuenta usted con un lugar seguro y respetable donde vivir, no tenemos por qué precipitarnos. Pero ¿me haría el

honor de no rechazar mi oferta tan rápido? ¿Se lo pensaría y me permitiría visitarla de vez en cuando? ¿Dejaría usted que nos conociéramos mejor antes de tomar una decisión?

Rachel se dio cuenta de lo mucho que le costaba pronunciar aquellas palabras. El calor y la vergüenza que se reflejaban en las mejillas normalmente pálidas, sus nerviosos e inquietos ojos. Rachel tenía veintisiete años, y todavía nadie se le había declarado nunca, a menos que contara aquella ocasión en que casi ocurrió, hacía más de ocho años. Sería una necia si lo rechazaba. Un hombre con éxito. Un hombre bueno. Por no mencionar que era el dueño de su querida Thornvale.

Se humedeció los labios.

—Está bien. Pensaré en lo que me ha dicho y en su proposición. Le agradezco que comprenda mis reservas.

El señor Ashford la miró casi inexpresivo, como si temiera creer lo que estaba escuchando. Y entonces suspiró.

—Bien. Gracias. Entonces nos... veo que nos entendemos. Le daré un poco de tiempo para que se instale en su nueva casa y después iré a visitarla. Entretanto, si necesita cualquier cosa, por favor, no dude en pedírmela. Y no piense que eso la comprometerá con cualquier... compromiso futuro.

Hizo una mueca de resignación. La mujer sintió lástima por él. Alargó el brazo por impulso para tranquilizarlo, y posó la mano enguantada encima de su manga. Él observó el gesto con la boca entreabierta. Y antes de que ella pudiera reaccionar, posó la mano sobre la suya.

Rachel forzó una sonrisa y se despidió con delicadeza:

—Que tenga un buen día, señor Ashford.

—Buen día, señorita Ashford. Y adiós. Por ahora.

Fue a despedirse de los sirvientes y después volvió a cruzar el vestíbulo en silencio. La puerta de la biblioteca estaba entreabierta y oyó dentro la voz ronca de la señora Ashford, junto a los murmullos más apagados de su hijo.

—¿No te ha aceptado, hijo? ¿Y quién se cree que es para tener esos aires? Una chica que vivía en esta casa con tan pocos sirvientes y sin diligencia. A su padre solo lo ordenaron caballero porque le hizo un regalo caro a un rey demasiado agradecido. Un hombre que perdió su fortuna y su buen nombre, y

mancilló el de sus hijas de paso. Me gustaría saber dónde cree que encontrará otro hombre como tú, con un corazón tan noble. Y no importa que yo sea tu madre, yo no estoy ciega como ella.

Rachel se escabulló por la puerta con las orejas ardiendo y dejó atrás Thornvale y aquellas venenosas palabras.

Cuando llegó a Ivy Cottage, le dio las gracias a la conductora del carrito, la señora Burlingame, que iba acompañada de un hijo pequeño.

Matilda Groove la estaba esperando con la puerta abierta y cuando la vio extendió los brazos.

—Bienvenida, querida.

Le dio un cálido abrazo y el bonito gesto arrancó unas inesperadas lágrimas a la recién llegada.

Parpadeó para reprimirlas.

—Gracias, señorita Matty.

—Ven, te acompañaré a tu habitación y dejaré que te instales. En cuanto Mercy acabe con sus clases de hoy nos sentaremos las tres para tomar el té y compartir una buena charla.

—Me encantaría.

Matilda la guió escaleras arriba y siguió por un pasillo estrecho inclinado por el paso del tiempo. Abrió una puerta y dijo:

—Aquí está. Ojalá fuera más grande, o tuviera mejores vistas.

—Tonterías. Es preciosa, y estoy muy agradecida.

—Ya basta. Sabes que estamos encantadas de que estés aquí.

El señor Basu, el callado sirviente negro de las señoritas Grove, ayudó al hijo de la cochera a bajar el arcón y la maleta de Rachel para llevarlo todo hasta la habitación. Sabía muy poco sobre aquel sirviente, solo que venía de las Indias. A pesar de las muchas veces que había ido de visita a Ivy Cottage, todavía no le había oído mucho más que un saludo o agradecimiento, aunque Mercy aseguraba que hablaba muy bien el inglés.

Cuando el señor Basu le trajo la última maleta y las sombrereras, Rachel le dio las gracias y él se marchó tan silenciosamente como había venido.

Observó la pequeña habitación donde iba a vivir. ¿Durante cuánto tiempo?

¿Sería para siempre?

En la estancia había una cama estrecha, una mesita de noche, una cómoda, un lavamanos, y una biblioteca donde cabría una minúscula parte de los libros de su padre.

Quizá aquello fuera lo mejor.

Mientras deshacía las maletas, volvió a sentir una punzada de resentimiento al recordar que su padre le había dejado a Ellen todas las joyas de su madre, pero intentó pensar en otra cosa. Dejó sus productos de aseo personal en el lavamanos y colocó el retrato de su madre y la Biblia en la mesita de noche, agradecida de, por lo menos, conservar aquellos recuerdos.

Después volvió junto al arcón y sacó lo más grande que llevaba. Un retrato de las tres —su madre con Ellen y ella—, que había estado colgado durante años en el dormitorio de su padre. Le había dado igual que él no lo hubiera incluido en el testamento. Era evidente que le pertenecía, o a Ellen. Pero no a Nicholas Ashford, y menos a su madre.

Observó la imagen de Lavinia Woodgate, que en la foto no era mucho mayor que Ellen en el presente. Su hermana mayor, morena como su padre, podía haber heredado las joyas maternas, pero Rachel había heredado su aspecto. Su cabello dorado y sus brillantes ojos azules. Incluso la forma de la cara, ahora que había perdido los infantiles rasgos redondeados.

Le pediría al señor Basu que la ayudara a colgarlo. Dominaría toda la estancia, pero no le importaba. Tenerlo allí la ayudaría a sentirse menos sola. Se sentiría menos huérfana.



—¿Te ha pedido que te cases con él? —repitió Mercy, tan perpleja como se había quedado Rachel al escuchar la propuesta del señor Ashford.

Asintió y tomó un sorbo de té en la sala de estar de Ivy Cottage.

—Me he quedado de piedra, como te imaginarás.

—Pero solo lo habías visto una vez, ¿no?

—Bueno, lo conocí hace quince días y volví a verlo ayer por la noche. Y si

nos habíamos encontrado en alguna reunión familiar cuando éramos pequeños, no lo recuerdo.

—Cielo santo —exclamó Mercy, negando lentamente con la cabeza.

—¿Crees que está enamorado de ti? —intervino Matilda Grove, a quien la esperanza le dulcificaba la voz.

—¿Cómo podría estarlo? Tampoco ha dicho que lo estuviera, cosa que le honra, porque no me lo hubiera creído. Sobre todo después de la horrible escena de la cena.

—¿No crees en el amor a primera vista? —insistió la señorita Matty.

—En este caso, no.

—Espero que no lo rechazaras por pensar que tenías alguna obligación con nosotras —comentó Mercy, con delicadeza.

—No pensé eso. ¿Preferirías que no lo hubiera rechazado?

—Claro que no. Estamos encantadas de tenerte aquí. ¿Verdad, tita?

—Ya lo creo. Cuantas más seamos mejor lo pasaremos. ¿Qué supone para nosotras tener una chica más bajo nuestro techo? ¡Aunque tendremos que ponerte a trabajar!

A Matty le centellearon los ojos.

—¿Trabajar? —Rachel miró la mancha de harina que Matilda tenía en la mejilla y el delantal lleno de salpicaduras. A la mujer le encantaba hacer pasteles, pero se le daba terriblemente mal; era un desastre—. Pues claro. Estaré encantada de ayudar. Me temo que no tengo ninguna experiencia en las tareas domésticas, ni cocinando ni limpiando, pero aprendo rápido.

—Oh, no nos referimos a que tengas que ponerte a limpiar —explicó Mercy—. Más bien pensamos que podrías enseñar a las niñas a hablar y comportarse adecuadamente. Incluso las dependientas y las sirvientas pueden aprovechar de esa clase de instrucción.

—Ah... —Suspiró aliviada—. Tampoco tengo experiencia enseñando, pero lo intentaré encantada.

Entonces Rachel recordó algo, agachó la cabeza y añadió:

—El señor Ashford me dijo que le gustaría... venir a visitarme una vez esté instalada. ¿Será mucha molestia? Estoy segura de que aquí tenéis reglas acerca de los caballeros que puedan venir de visita, y por motivos evidentes. —

Señaló hacia la puerta, donde se veían los gorritos de las chicas—. Si os parece inapropiado puedo escribirle para hacérselo saber. —En parte casi esperaba encontrar un motivo para poder rechazar los encuentros. ¿Si la visitaba querría decir que la estaba cortejando? Cielo santo. No estaba preparada para eso.

—Pues claro que puede venir a verte —respondió Mercy—. Esto no es ningún convento. Apenas. —Compartió una irónica sonrisa con su tía—. Podrás recibirlo en la sala de estar, el mismo sitio donde nuestras alumnas reciben a sus invitados. Sé que serás un ejemplo de modestia y elegancia para nuestras chicas. Eso no lo he dudado nunca.

—Gracias —murmuró Rachel, entre aliviada y preocupada.

Esperaba poder satisfacer las altas expectativas de las señoritas Grove ahora que estarían juntas día sí y día también. Ella no era siempre tan dulce y educada como parecían creer sus anfitrionas. Tenía sus defectos, como todo el mundo, y no había duda de que todas tomarían conciencia de las faltas de las demás en poco tiempo. Confiaba en que no se arrepintieran de haberle pedido que se quedara con ellas.



CAPÍTULO

31

Jane estaba tras el mostrador de recepción cuando James Drake entró vestido con una levita y sombrero de copa. Lucía también su atractiva sonrisa. Hacía varias semanas que no hablaba con él.

—Hola, señor Drake. Hacía tiempo que no le veíamos.

—¿Me ha echado de menos? —preguntó, quitándose el sombrero.

Sí que lo había añorado, pero no pensaba admitirlo.

—He estado ocupado en el Fairmont —explicó—. Y veo que usted también ha tenido trabajo. El cartel nuevo y la pintura quedan muy bien.

—Gracias. Todavía tenemos que hacer todas las reparaciones y ampliar el salón comedor, pero parece que los hermanos Kingsley están demasiado ocupados en Fairmont House.

Él se rio con cierta vergüenza.

—Sí. Tiene que venir a ver nuestros progresos. De hecho, insisto. ¿Quién mejor que usted, que ha conocido la casa en su momento de mayor esplendor?

—¿Tanto la ha cambiado?

—No se preocupe, el exterior sigue conservando toda su antigua elegancia. Pero, evidentemente, hemos tenido que hacer bastantes cambios dentro. Dígame que vendrá y me permitirá que se lo enseñe todo.

Jane sentía curiosidad. Y era mejor ir a verlo por sí misma que intentar imaginarse la transformación mediante el relato de terceras personas.

—¿Puede hacer un descanso? Hace un día precioso.

—Está bien. Thora ha ido al mercado, pero puedo ir cuando vuelva.

Él sonrió complacido.

—Estupendo.



Aquella tarde, Jane cabalgó hasta Fairmont. Se llevó a *Ruby*, pues el caballo al que solía recurrir, *Sultán*, no estaba allí, y el señor Locke no había vuelto para proponerle una alternativa. Empezaba a preguntarse por él. Ya llevaba fuera más de una semana —varios días más de lo esperado—, aunque había mencionado que tenía que hacer algunos recados antes de regresar. El señor Fuller estaba contento de tener un poco más de trabajo en la forja, pero los demás mozos ya habían protestado. Preferían trabajar con Gabriel y les inquietaba la posibilidad de que no volviera. Ella también estaba preocupada. Patrick no dejaba de decir que era muy probable que hubiera encontrado algún trabajo mejor pagado.

Ruby bajó como pudo la colina y después empezó a avanzar a un trote que le estaba destrozando los huesos. A cada paso que daba el animal, más añoraba un caballo mejor. Si cerraba los ojos todavía podía rememorar lo que sentía montando a *Hermione*. La preciosa *Hermione*...

Recordaba el día que ella y John regresaron de su viaje de bodas. Él había retrasado la vuelta algunos días porque no le apetecía retomar la rutina.

Su padre fue a verlos a la posada aquella misma tarde y le dijo que había vendido su yegua la noche anterior.

—Ya sé que te habría gustado despedirte de ella, pero no regresaste el día que dijiste —se justificó, con tristeza en los ojos.

Se había quedado demasiado perpleja para contestar y se quedó mirándolo como si fuera un desconocido.

—Lo siento, Jane. Esperé todo lo que pude. Pero me queda poco tiempo...

Un pájaro negro graznó alarmado y ella regresó al presente.

Cruzó a lomos de su caballo la entrada de Fairmont y James salió a recibirla. La ayudó a desmontar y un joven mozo se ocupó del animal.

—Jane, gracias por venir —dijo el señor Drake, con calidez—. Permítame

mostrarle mi nueva tarjeta. Será usted la primera en recibir una, recién salida de la imprenta.

Le entregó el papel blanco impreso en elegante caligrafía negra:

James Drake
Hotelero
Drake Arms & Fairmont

—¿De veras piensa llamarlo Fairmont?

—Sí. A menos... ¿le importa?

—Supongo que no. Es agradable ver que se conserva algo del legado de la familia.

—Esperaba que le complaciera.

Jane asintió y él comenzó enseguida con la visita guiada.

—Como puede ver, estamos construyendo un establo nuevo donde poder aparcar más diligencias y donde quepan más cuadras. Me había planteado la posibilidad de hacerlo con ladrillos, pero con madera es más rápido. Y hemos derribado el antiguo retrete, estaba en muy mal estado. Hemos habilitado unos servicios nuevos fuera para el personal y estamos instalando agua corriente y letrinas dentro.

—Cielo santo. Ese debe de ser carísimo.

—Pero le aseguro que vale la pena. Los clientes compartirán un lavabo muy espacioso y retretes que habrá en cada uno de los pisos, y dos de las mejores habitaciones contarán con servicios privados.

Señaló al jardín y continuó:

—Le he pedido a uno de los alumnos de Capability Brown que venga a asesorarme con el entorno. Tiene pensado desplazar la zona de rosales que hay en el lateral, detrás de la casa, y trasplantar las hortensias...

A Jane se le hizo un nudo en el estómago. ¿Trasladar el jardín? ¿Trasplantar las rosas y las hortensias? ¿Después de que su madre y el difunto señor Bushby hubieran pasado años abonando la tierra con cal, combatiendo las plagas y podando los árboles para que entrara mejor la luz del sol...?

Pero se limitó a contestar:

—Interesante.

El señor Drake la acompañó dentro de la casa, donde los recuerdos la asaltaron de inmediato.

Cuando entraron al vestíbulo, él explicó:

—Hemos tenido que quitar el viejo biombo, y los tapices se habían dejado demasiado tiempo al sol y están descoloridos, por lo que los hemos llevado al desván.

—Ya veo.

—Con el tiempo acabaremos convirtiendo este enorme vestíbulo en una recepción, con zonas para sentarse y una cafetería.

«El precioso vestíbulo...».

Jane sintió una punzada en el corazón, pero se limitó a asentir comprensiva.

—Empecemos por los pisos inferiores —sugirió él—. Las zonas de trabajo doméstico.

«Buena idea», pensó Jane. No tenía ningún vínculo especial con las cocinas y las despensas.

Pero se equivocó.

Bajaron por la escalera de atrás y pasaron de largo por la despensa de carne y productos lácteos sin detenerse. Jane se detuvo en la puerta de la cocina y señaló hacia una pila de escombros que trasladaban unos cuantos trabajadores afanosos y la nueva puerta de ladrillos que daba a la salita adjunta, el lugar donde ella y su madre habían pasado tantas tardes agradables, secando flores o preparando conservas, agua de rosas y remedios como el sirope de marrubio que su madre tomaba para esa tos que cada vez sonaba peor.

—Hemos eliminado esa salita auxiliar para ampliar y modernizar la cocina, donde hemos instalado fogones y un asador nuevos para poder cocinar la carne suficiente como para ofrecer un banquete si es necesario —justificó él.

Se asomó a la cocina. Todo estaba brillante, limpio y reluciente, desde la nueva vaporera para púdines hasta la docena de ollas de cobre y moldes para gelatina que había alineados junto a la pared.

—Impresionante. Por cierto, gracias por no contratar a la señora Rooke como cocinera.

El señor Drake asintió.

—Estoy tentado de hacerle creer que ha sido un gran sacrificio por mi parte, un gesto galante con el que ganarme sus favores. Pero la verdad es que Bertha Rooke no es la persona que quería trabajando en mi cocina. No se ofenda.

—En absoluto.

—Aquí quiero ofrecer una comida más elegante, más continental. Platos franceses, estilo francés.

—Le deseo buena suerte. Es difícil encontrar cocineros así en esta zona.

—Ya lo he visto. He tenido que poner anuncios en otras ciudades. Pero estoy encantado de poder comunicarle que acaba de llegar *monsieur* Poulet y ya está cocinando para mí, para los pocos sirvientes que he contratado hasta ahora y para los otros empleados. Aunque se queja de tener que trabajar en plena remodelación del hotel.

—¿*Monsieur* Poulet? —repitió Jane—. Debe de estar bromeando.

James se inclinó hacia ella con aire conspirador.

—Entre usted y yo, su nombre real es John Poole. Pero estoy intentando encontrar un nombre más elegante para nuestro «chef francés».

—Pues siga buscando.

Le guiñó el ojo.

—*Touché*.

Volvieron a la planta principal.

En la enorme estancia donde ella y sus padres habían comido juntos y sus amigos se habían reunido para compartir con ellos los banquetes propios de las fiestas señaladas, ya no había ninguna mesa. Estaban dividiendo aquel espacio en tres salones privados para invitados de alta alcurnia que desearan comer sin tener que mezclarse con el pueblo.

—Quiero que derriben todas las paredes antes de abrir para no molestar a los clientes.

—Muy considerado —opinó Jane—. ¿Habrá también un salón comedor público o los clientes utilizarán la cafetería?

—¡Ah! —El señor Drake levantó el dedo—. Por aquí... —La guio hasta la biblioteca de su padre y ella tuvo que reprimirse para no gritar. El señor

Drake había quitado todas las estanterías que había entre los enormes ventanales de la estancia—. Ahora es mucho más luminosa y tiene mejores vistas, con todas estas ventanas al estanque y al jardín ornamental. El antiguo comedor era demasiado oscuro.

Tal vez tenía razón, aunque a ella nunca le había parecido sombrío. Como siempre estuvo lleno de candelabros, personas y conversaciones, se le había antojado un lugar luminoso.

—Ya le entiendo.

El hombre hizo un gesto para indicarle que siguiera adelante.

—Ahora subiremos a ver las habitaciones de los clientes.

Cruzaron juntos el vestíbulo en dirección a la escalera.

Ella miró hacia arriba y vaciló. La barandilla era la misma, pero los escalones estaban cubiertos con moqueta roja. Y habían retirado los cuadros de la pared. Todos aquellos retratos familiares con marcos dorados. Sus ancestros. Desaparecidos. El muro de yeso aparecía repintado con un brillante tono dorado.

Al advertir que se paraba, James aclaró:

—Los retratos también están en el desván, ¿querrá llevarse alguno?

—Gracias —contestó. ¿Pero dónde iba a ponerlos?

Tragó saliva y empezó a subir la escalera sin hacer ningún otro comentario.

Cuando llegó a lo alto miró hacia abajo, al vestíbulo. La estructura era la misma con sus vigas, paredes y ventanales. Pero la imagen era muy diferente. No estaban los tapices ni los recios muebles de madera de caoba, sustituidos por conjuntos de sillones tapizados en colores brillantes, sillas dispuestas alrededor de mesitas de té, y algunas mesas donde poder jugar al ajedrez o a damas. Apartó la vista.

A continuación entraron en el que había sido el dormitorio de sus padres, ahora irreconocible. Habían quitado la enorme cama con dosel, a la que Jane se tenía que subir con ayuda de una banqueta. Se preguntó por primera vez qué clase de colchón la había convertido en una cama tan alta: ¿sería de haya, de pelo de caballo, borra o plumas? Oh, cuántas mañanas de invierno se había metido junto a su madre debajo de las mantas para hablar sobre los planes del día, explicarle algún sueño raro, o compartir sus fantasías para el futuro...

—El suelo estaba inclinado y hundido, y los hombres del señor Kingsley lo han tenido que reforzar desde abajo. Aquí haremos dos habitaciones de lujo en lugar de la que hay.

Cuando se dio cuenta de que ella no hacía ningún comentario, el evidente orgullo y la emoción de sus ojos se apagó mientras la miraba.

—¿Jane? ¿No lo aprueba?

—Oh, yo... no soy yo quien debe decidir.

—¿Este era el dormitorio de sus padres?

Asintió con un nudo en la garganta.

—El suelo de madera estaba podrido. Y el techo lleno de humedades. Y...

—Lo sé. —Levantó la palma de la mano para evitar que siguiera hablando—. Sé que toda la casa estaba en mal estado. Ya se había deteriorado cuando yo vivía aquí, y después su estado empeoró. No le culpo por hacer los cambios que considere oportunos y salve este lugar de convertirse en un montón de ruinas. —Se esforzó por adoptar un tono alegre—. De hecho, debería darle las gracias.

—Venga. Hay una habitación que sé que le encantará ver. No he cambiado nada, solo he pedido que arreglaran el yeso de la pared y una ventana torcida.

La guio por el pasillo y fueron esquivando las bolsas de herramientas que se iban encontrando, una montaña de restos de madera o un cubo de yeso. Cuando llegaron a la entrada de la estancia, al final del pasillo, contuvo la respiración.

James le abrió la puerta. Ella entró en el dormitorio y respiró despacio. Contempló la cama, con su medio cabecero grabado y las cortinas de color verde esmeralda, el lugar donde su madre había entrado tantas veces a arroparla y a escuchar sus oraciones. El asiento tapizado junto a la ventana con vistas a la fuente seguía allí. La puerta que daba a la habitación contigua estaba entreabierta, dentro vio una levita de caballero en el lugar donde ella solía guardar los vestidos. Y también seguían allí la silla y la banqueta colocadas delante de la chimenea, donde se acurrucaba bien calentita mientras leía libro tras libro con el gato en el regazo. Lo único que faltaba era el tocador. En su lugar había un escritorio muy masculino y otra silla.

—¿De quién era esta habitación? —preguntó él en voz baja.

—Mía.

—Lo suponía.

Jane lo miró, pero él apartó la vista y observó el dormitorio con satisfacción.

—Es perfecta. He decidido quedármela para mí. La *suite* del propietario, como siempre había sido.

—¿Tiene intención de vivir aquí?

—Sí. De momento.

—¿Y su otro hotel?

—Por ahora está en orden. El tráfico de pasajeros es estable. Los empleados son de fiar. Mi gerente me escribirá si necesita alguna cosa, y yo iré de visita de vez en cuando para asegurarme de que todo va bien. Pero es importante que siga por aquí hasta que el Fairmont también esté en funcionamiento.

—¿Y cuánto tiempo le llevará?

—Eso solo Dios lo sabe.

Volvió a contemplar su antigua habitación, hasta que se dio cuenta de que él la estaba mirando.

Dio un paso hacia ella y bajó la voz.

—Jane, si quisiera volver aquí para... quedarse...

Con la cabeza inundada por los recuerdos de sus padres y sus amigos de infancia, se quedó de piedra. No podía estar hablando en serio. Fingió no haber entendido lo que él pretendía decir y contestó:

—Dudo mucho que necesite quedarme en un hotel viviendo tan cerca de aquí, pero le agradezco mucho la visita, señor Drake. Y le felicito por sus progresos. Impresionantes. Bueno, será mejor que vuelva ya.

Su expresión reflejó decepción, pero no la presionó, y le hizo un gesto para que saliera ella primero.

Un cuarto de hora después, cuando cruzó el arco de Bell Inn, Tall Ted la ayudó a desmontar y se llevó a *Ruby* al establo. Al otro lado del patio, Thora y Patrick miraban hacia el tejado y hablaban con el encargado de repararlo sobre las baldosas rotas y la estatua estropeada.

Patrick la miró.

—¿Cómo está tu antigua casa? ¿Tenemos alguna oportunidad?

Jane hizo acopio de ánimo.

—Es impresionante. Nos va a costar competir con eso. Podemos dar gracias a Dios por el Correo Real o nos hundiríamos.

—¿Hubieses querido quedarte? —bromeó Patrick.

—No. No... mucho —contestó.

Jane se dio cuenta de que Thora no decía nada, y la observaba con sus sombríos ojos y una fijeza desconcertante.

Apartó la mirada y levantó la vista al tejado, donde se encontró con el ángel roto.

—¿Sabéis? He cambiado de opinión sobre ese viejo ángel. No quiero bajarlo. Dejémoslo ahí.

—¿Estás segura? —le preguntó su cuñado.

—Del todo. —Se quitó el sombrero—. Me reuniré con vosotros dentro de un rato. Dejad que recoja algunas cosas.

El hombre se despidió con la mano y se volvió hacia los demás.

Ella entró en la cabaña, dejó el sombrero en la mesita y se quitó los guantes.

En su dormitorio, se apoyó sobre la puerta, y rompió a llorar.



CAPÍTULO

32

Después de ir a la iglesia al día siguiente, Jane volvió a su casa para descansar un poco. *Kipper* se acurrucó en un rinconcito soleado junto a ella. Después tocó un rato el pianoforte, hacía mucho tiempo que no lo hacía. Empezó con una melodía irlandesa y siguió con una sonata de Pleyel. Cuando se apagaron las últimas notas, oyó el ruido de los cascos de un caballo y levantó la vista hacia la ventana. Vio pasar a Gabriel Locke: por fin había vuelto. Se levantó y se acercó para ver mejor. Se dio cuenta de que montaba a *Sultán*. Ahora comprendía por qué no estaba. Entonces vio que lo seguía una impresionante yegua joven. «¡Cielo santo!» Aquello no era una humilde bestia de tiro.

Salió rápidamente y, con las prisas, olvidó el sombrero y los guantes.

—Hola, señora Bell —dijo Gabriel al desmontar—. Siento haber tardado más de lo previsto. Pero he traído a alguien que quiero que conozca.

La mujer rodeó lentamente a la joven yegua, admirando su brillante pelaje rojizo y la crin negra, al igual que la cola, las patas y las orejas.

—Es preciosa.

—Me alegro de que usted también lo piense.

La mujer extendió la mano con delicadeza y el animal le pasó su hocico de terciopelo por la palma.

—¿De dónde viene? ¿De quién es?

—Es suya.

Frunció el ceño, entre la esperanza y la confusión.

—¿Mía?

—Sí. John me explicó que siempre lamentó usted perder su caballo cuando se casó con él. Tenía pensado buscar alguno antes, pero después de su muerte yo...

—¿John le habló de comprarme un caballo? —Jane contuvo la respiración. Sus antiguas reticencias desaparecieron. ¿Le pidió él que la comprara? ¿Era lo que estaban haciendo en sus viajes? La verdad es que John era bastante misterioso. Y eso lo explicaría, quizá quisiera que fuera una sorpresa. Acarició el terso cuello del animal y añadió:

—No sabe lo mucho que he añorado tener un caballo. Mi *Hermione* sería ya una ancianita, pero esta joven belleza me recuerda a ella.

Gabriel carraspeó.

—Sí, bueno... Debería haberlo hecho antes, pero como estaba usted de luto y eso...

Sus palabras se fueron apagando y él encogió los hombros.

—Es usted muy considerado. Y John también. Fue idea de John, ¿no?

Jane percibió el tono casi desesperado de su voz y, sin embargo, fue incapaz de reprimir la sonrisa entusiasta que asomó en sus labios temblorosos. No podía aceptar un regalo como aquel del señor Locke, pero si fuera de su marido *in absentia*...

El hombre tenía una mirada distante.

—John hablaba mucho de usted y me pidió consejo sobre caballos.

—¿Lo consideraba un experto?

—Supongo que sí.

—¿Y tenía pensado usted encontrar un caballo para mí cuando se marchó al norte?

—Era uno de mis objetivos, sí.

—Podría habérmelo dicho cuando nos encontramos en Epsom.

—¿Y echar a perder la sorpresa? Espero que no se sienta decepcionada al descubrir que he vuelto con ella en lugar de traer un caballo de tiro.

—¿Decepcionada? Más bien lo contrario. Aunque Thora y Patrick no aprobarán el gasto que nos supondrá.

Él hizo un gesto de negación con la mano.

—Mantener un solo caballo es caro, desde luego, ¿pero cuando tenemos un establo lleno y compramos la comida en cantidades industriales? El gasto adicional ya no es tan alto en este caso.

La mujer asintió con la esperanza de que su suegra y su cuñado lo vieran de la misma forma.

—¿Y cómo se llama?

—*Athena*.

—*Athena*... Me gusta. ¿De dónde la ha sacado?

—Mencionó usted el linaje de su anterior yegua, ¿recuerda? Pregunté por ahí hasta que descubrí el nombre del criador que la compró. Me llevó más tiempo del que esperaba. Sin embargo, cuando lo encontré, descubrí que su *Hermione* había dado a luz a una prometedora potrilla llamada *Athena*, que ahora tiene cuatro años y medio.

Jane se quedó mirándolo con la boca abierta. Volvió la vista al animal y negó con la cabeza, asombrada.

—¿Me está diciendo que no solo se parece a mi *Hermione*, sino que además es hija suya? —Se le quebró la voz.

—Sí.

Se le inundaron los ojos de lágrimas y notó una oleada de calor que le trepaba por la garganta. Se dio media vuelta para que él no la viera llorar.

Gabriel dijo en voz baja:

—Ya está bastante bien entrenada, y tiene un buen carácter. Tendremos que darle un tiempo para que se adapte. Y entonces la ayudaré a trabajar con ella, si no le importa.

—¿Si no me importa? —repitió Jane, debatiéndose entre la carcajada y el llanto—. Pues claro que no me importa, necio.

El futuro incierto de la posada cruzó por su cabeza y la emoción se disipó un segundo, aplacada por el temor de no poder mantener el establo durante mucho más tiempo, ni aquella yegua. Pero se esforzó para borrar esa idea. No quería pensar en cosas tan tristes. Todavía no.

—Bueno, estos dos caballos se han ganado una buena ración de avena, por no mencionar un buen cepillado, así que...

—Le ayudaré, si no le importa.

El hombre esbozó una sonrisa.

—Pues claro que no me importa, necia.



Tall Ted, Tuffy y el joven postillón Joe se acercaron a saludar a Gabriel. Los tres parecían muy contentos de volver a verlo. Sonreían tanto que Jane se dio cuenta de que a Tuffy le faltaba un diente. Cuando los hombres hubieron intercambiado las noticias de los últimos días, regresaron a sus literas a descansar un poco, aprovechando aquel domingo relativamente tranquilo.

Agarró las riendas de *Athena* y la metió en el establo; el animal tenía las orejas alerta y parecía pendiente de las siluetas, sonidos y olores de aquellos caballos desconocidos. Jane respiró hondo. Siempre le había gustado el olor de los establos —haya, cuero, caballos—, a diferencia de la mayoría de las damas. Pero al caminar junto a Gabriel Locke percibió otra fragancia, supuso que debía de ser el acre tónico que utilizaba para afeitarse. Inspiró aquel olor masculino y, por un momento, le recordó a John.

Athena resopló con nerviosismo y ella le acarició el cuello y le murmuró algunas palabras para tranquilizarla.

Gabriel condujo a *Sultán* hasta su cuadra y volvió para ayudarla a meter a *Athena* en el espacio vacío contiguo.

—Por lo menos a este chico ya lo conoce.

Athena se resistió un momento, pero entre los dos, y el cubo lleno de comida que le enseñaron, consiguieron que entrara. Gabriel rodeó el animal y al pasar junto a ella le rozó el hombro con el suyo.

—Ya está, chica. Aquí estarás bien —murmuró. Por un momento, Jane pensó que se lo decía a ella.

Después entró en la sala de aparejos y salió al poco con un cepillo y una almohaza para cada uno. Le pasó a Jane un juego por encima de la puerta y entró en la cuadra de *Sultán*.

La mujer empezó a deslizar la almohaza por el lomo y los costados de *Athena*, que iba perdiendo pelo y suciedad, y siguió con el cepillo. Se dio

cuenta de que Gabriel hacía exactamente lo mismo y cepillaba al caballo con movimientos circulares.

—Imagino que *Sultán* es suyo.

—Sí. Me lo regaló mi tío hace poco. Espero que no le importe.

—Podría haberlo dicho.

—Pensé que podría suscitar dudas sobre el origen del dinero o resentimiento entre los demás mozos.

Sin duda. La propiedad de un caballo como aquel daría pie a preguntas. Jane tenía unas cuantas.

Siguieron trabajando en amigable silencio durante un buen rato, y entonces ella retomó la conversación:

—Recuérdeme cómo se conocieron usted y John.

—En un mercado de caballos en Londres.

—¿Tattersall?

—Sí.

—¿Y allí trabajaba usted también como herrador?

—No.

—Pero lo había sido en algún sitio, ¿no?

—Llevo muchos años trabajando con caballos, con distintos cometidos.

—¿Y cómo aprendió el oficio? ¿Empezó como aprendiz desde pequeño o...?

Negó con la cabeza.

—Mi abuelo se dedicaba a los caballos, y yo era su sombra de pequeño. Incluso tenía un martillo de juguete e imitaba todo lo que él hacía. Mi tío se unió al negocio y yo ayudaba siempre que podía. Hice de todo, fui mozo, herrador, e incluso limpié excrementos. Me gusta todo lo relacionado con estos animales. Su inteligencia. Su fuerza y nobleza. El vínculo que se crea cuando te ganas su confianza.

Sus palabras hicieron que Jane recordara los años que había pasado con *Hermione*, y esperó que ella y *Athena* pudieran, con el tiempo, construir la misma complicidad.

—¿Es usted del valle de Pewsey? —le preguntó.

—Mi tío vive cerca de allí, aunque mis padres residen en Newbury. Les

habría gustado que eligiera otra profesión, pero quería seguir los pasos de mi tío y mi abuelo.

—Entonces este es el trabajo perfecto para usted —comentó ella—. ¿Le gusta trabajar aquí?

Gabriel se encogió de hombros.

—Hay días difíciles. Ver cómo se maltrata a algunos animales, haciendo que tiren de carruajes sobrecargados por estas colinas haga el tiempo que haga... —Negó con la cabeza—. La vida de un caballo de diligencia no es mucho mejor que la de los esclavos que reman encadenados en un barco.

—Y si piensa eso, ¿por qué se queda aquí?

—Tengo mis motivos.

Jane se detuvo un momento para mirarlo.

—¿Motive que le gustaría compartir conmigo?

La miró a los ojos.

—No.

Jane lo miró un rato más, analizando la resolución de sus ojos negros. Decidió dejarlo correr. De momento.

—Bueno... Me alegro de que haya vuelto —respondió.

—Ah, ¿sí?

—Sí. —La mirada fija del hombre la desconcertó y apartó la vista hacia *Athena*—. Con un regalo como este, ¿cómo no iba a alegrarme?



A primera hora del martes, Thora estaba sentada tras el mostrador de recepción pensando en los últimos acontecimientos. No le gustaba nada la idea de que su herrador comprara un caballo tan caro, y mucho menos que se lo regalara a Jane. ¡Lo nunca visto! Su nuera había intentado justificarlo aduciendo que había sido idea de John, un obsequio que hacía mucho tiempo que quería hacerle. Había argumentado que lo de ir a buscar un caballo para ella había sido una de las cosas que había llevado a John hasta Londres, Epsom y Bath. Por lo visto, en algún momento de esos viajes había contado

con la ayuda del señor Locke, pero el propósito no se cumplió en todos aquellos meses después de la muerte de John. La señora Bell no daba crédito. Sí, su hijo había estado perdidamente enamorado de Jane y eso le había llevado a hacer toda clase de tonterías, pero sabía muy bien lo que hacía respecto a los caballos.

John había mencionado hacía algunos años el interés de su mujer por comprar un caballo para poder montarlo. Pero él le había quitado la idea de la cabeza. Le recordó que vivía rodeada de ellos. No había espacio en los establos de la posada para uno que no se ganase el sustento, a menos que Jane quisiera verlo amarrado a una calesa. Ella no había aceptado esa vida para el animal, y ambos habían olvidado el asunto. O eso pensaba.

Miró el reloj, se levantó y se acercó a la ventana.

Esperaba ver a Charlie Frazer aquella mañana, pues no había podido hacerlo el domingo anterior. Se había sentido un poco triste y deprimida desde que había vuelto de visitar a Nan y a Talbot. Pero estaba segura de que un paseo con el cochero la animaría.

El *Quicksilver* llegó puntual, entre el estruendo de los caballos, el tintineo de los aparejos y el sonido de la bocina; el apuesto guardia del Correo Real lo condujo hasta el patio con una alegre melodía. Tendría que vigilarlo. Ya había visto a Cadi mirando a Jack Gander en más de una ocasión. Aunque en ese momento en la posada solo había alojados unos pocos huéspedes, dudaba que disfrutaran del concierto a una hora tan temprana. Pero ella sí.

Volvió al escritorio un poco más contenta.

Poco después entró Charlie Frazer quitándose el sombrero. Se pasó la mano por su espeso pelo gris.

—Hola, Charlie.

—Thora...

Levantó la vista ante su tono de voz. Ni rastro de su habitual sonrisa. El cochero agachó la cabeza y se miró el sombrero, pareció inspeccionar el ala.

—¿Qué ocurre, Charlie?

—¿Puedo hablar contigo?

—Ya estás hablando conmigo.

—En privado, quiero decir.

«Cielo santo». Se atusaba el pelo nervioso, evitaba su mirada, ¿y quería hablar con ella en privado? ¿Qué diantre ocurría?

—Está bien. A estas horas todavía no hay nadie en el despacho. —Lo guio hasta la estancia y le abrió la puerta. Se preguntó si debería dejarla abierta para evitar que él pudiera decir algo demasiado personal. Pero decidió cerrarla y se volvió hacia el hombre—. ¿Y bien?

El señor Frazer vacilaba y despertó la antigua impaciencia de Thora. Nunca había podido soportar que le hicieran perder el tiempo.

—Venga, escupe ya, Charlie.

—El Correo Real... va a dejar de pasar por Bell Inn.

—¿Qué?

El cochero asintió con tristeza.

—El subdirector de correos se está planteando la posibilidad de dejar de pasar por Ivy Hill y parar en el nuevo hotel del señor Drake en la carretera.

Sintió una opresión en el pecho y el resto de sus preocupaciones desaparecieron.

—Me dijiste que eso no pasaría.

—Me equivoqué.

—¿Charlie Angus Frazer admitiendo que se ha equivocado? Es el fin del mundo tal como lo conocemos.

Él seguía muy serio.

—Sí, eso me temo.

Thora se hundió en la silla.

—¿Y no puedes interceder por nosotros? ¿No puedes utilizar tu conocido encanto para convencer al Correo Real para que siga disponiendo de nuestros servicios?

—¿Y darle esa satisfacción a Hugh Hightower, mi rival de toda la vida? Lo odio desde que somos niños.

Se dejó caer en la silla que había delante de la mujer y tiró el sombrero encima del escritorio.

—¿Qué te ha hecho?

—Se portó muy mal conmigo en la infancia. Cuando mi familia se trasladó a Andover desde Inverness, se lo pasó en grande dejándome bien claro que no

era bienvenido. Mi padre trabajaba para el suyo, y nunca dejó que lo olvidara. Les contaba toda clase de mentiras y calumnias a mis amigos, y a Eudora Foster, la chica más guapa del pueblo. Yo le había echado el ojo. Y Hugh estaba decidido a ganarse sus favores.

—¿Y lo consiguió?

—No. Pero se casó con él de todas formas.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Por lo visto yo sobrevaloré mis encantos, como tú bien me dices que suelo hacer. Y subestimé la influencia del padre de la chica. Él quería que su hija se casara con Hugh. Tenía más educación. Era más rico. Pero estoy convencido de que ha terminado lamentándolo.

—Sin duda —comentó Thora con sequedad, observando con atención la perturbada expresión de Charlie.

Él carraspeó.

—Aunque pudiera hacer algo para convencer a Hightower, me temo que ya es tarde. Ya están revisando los contratos.

La mujer se quedó pensativa.

—Tiene que haber algo que podamos hacer. Estoy segura de que no romperán el contrato sin darnos la oportunidad de demostrar nuestra valía.

—No lo sé. Pero intentaré averiguar todo lo que pueda. —Se levantó—. Empezaré por Jack. Como guardia, es empleado de la oficina de correos, y quizá conozca más detalles que yo.

—Gracias —contestó ella—. Y aparte de Jack, ¿esto puede quedar entre nosotros? Se lo explicaré a Jane y a Patrick, pero no quiero que los empleados se preocupen.

—Claro. Eres la primera persona a la que se lo he dicho. —Alargó el brazo y le estrechó la mano con fuerza—. Haré todo lo que pueda para ayudarte, Thora. Ya lo sabes. Ojalá pudiera hacer más.



Thora tuvo que marcharse a hacer un recado, y fue Patrick quien le explicó a

Jane que el hotel Fairmont podría quedarse con el Correo Real. Se lo dijo y después se marchó tranquilamente a la cafetería. No parecía preocupado en absoluto.

Cuando salió del despacho, ella tomó la nueva tarjeta de visita del señor Drake.

«Parece que no ha perdido mucho tiempo, ¿no?», pensó con rabia. «Competición amistosa, ¿eh?».

Tiró la tarjeta a la basura.

Cadi llamó a la puerta.

—Mmm... ¿señora? Un tal señor Hightower ha venido a verla.

A Jane se le encogió el corazón. «Oh, no». ¿El subdirector de correos habría escuchado sus quejas cuando hablaba con su cuñado? Eso no les beneficiaría.

Respiró hondo y reordenó las pilas de papeles sobre el escritorio.

—Hazlo pasar, por favor, Cadi.

Unos segundos después, un hombre altísimo, que hacía honor a su apellido, entró en el despacho vestido con un elegante chaqué de color bermellón, el mismo tono de muchas de las diligencias del Correo Real. Jane se preguntó si sería el uniforme «oficial» de trabajo.

—Imagino que es usted la señora de John Bell, ¿no es así?

—Sí. ¿Cómo está, señor Hightower? Siéntese, por favor.

Pero él se quedó en pie.

—No me quedaré mucho tiempo. He venido por cortesía profesional para informarle de los inminentes cambios que se van a realizar en la ruta Devonport-Londres. —Alzó una ceja con ironía—. Pero me parece que ya lo sabe.

—Acaban de comunicármelo. Y como podrá imaginar estoy muy sorprendida. Pero me alegro de que esté usted aquí. Así tendré la oportunidad de enseñarle las muchas mejoras que estamos acometiendo para proporcionar mejor servicio todavía a nuestros clientes, en especial a los pasajeros del Correo Real. Si es tan amable de seguirme, le enseñaré lo que hemos hecho hasta ahora y...

Él levantó la mano.

—Me temo que no tengo mucho tiempo.

Jane se tragó el orgullo y le resumió las reformas iniciadas y las previstas. Al describirlo, todo parecía bastante trivial. Deseaba haber tenido más tiempo para preparar su discurso.

—Todo eso es estupendo, señora Bell. Pero he basado mi decisión en la rapidez y la eficiencia. Y lo cierto es que el hotel del doctor Drake está al lado de la carretera; y eso nos resulta muy conveniente. Detenerse allí a cambiar los caballos permitirá a nuestras diligencias evitar la costosa subida, nos ayudará a ahorrar tiempo y será menos agotador para los caballos. No tener en cuenta esos factores sería una negligencia por mi parte.

—Lo comprendo, pero Bell Inn tiene una larga y fructífera relación con el Correo Real, y hemos empezado todas estas reformas pensando en este servicio, mientras que el hotel del señor Drake todavía no ha demostrado su valía.

El señor Hightower se pasó la mano por la barbilla.

—Bell Inn ha tenido el privilegio de colaborar con el servicio postal durante muchos años, eso es cierto. Pero mi deber es mirar hacia el glorioso futuro del Correo Real, y no al pasado. —Se volvió a poner el sombrero—. Bueno, gracias por su tiempo y su comprensión. Que tenga un buen día, señora Bell.

La puerta todavía no se había cerrado del todo cuando Patrick asomó la cabeza en el despacho con impaciencia.

—¿Y bien? ¿Cómo ha ido? ¿Qué ha dicho?

Jane dejó caer la cabeza sobre las manos.

—Estamos acabados.



CAPÍTULO

33

Cuatro días después, Thora estaba sentada tras el mostrador principal pensando en lo que podían hacer para conservar la clientela del Correo Real y la posada. De pronto se dio cuenta de que tenía al lado el periódico *Salisbury*, justo abierto por la sección de empleo. ¿Habría estado Colin repasando los anuncios en busca de algún puesto que ocupar por si el negocio se iba a pique o terminaban vendiéndolo? Deslizó el dedo por los anuncios. Tal vez ella también debiera empezar a buscar...

De pronto apareció Charlie con paso alegre. Teniendo en cuenta las malas noticias que le había dado recientemente, la mujer se sorprendió y se molestó un poco de verlo tan contento.

—Es sábado, Thora. Ya sabes lo que significa eso.

Ella le contestó con sequedad:

—¿Que todo el mundo querrá bañarse esta noche?

—Eso también, no hay duda. Pero lo más importante es que hoy tengo la noche libre.

Como los domingos no se repartían cartas, la mayoría de cocheros del Correo Real tenían fiesta los sábados. Al día siguiente, las diligencias regresaban a Londres cuando el cochero lo creía conveniente. Pero antes se reunían en las ciudades de las intersecciones, como Andover, Hounslow y Hockliffe, donde disfrutaban de una noche de diversión.

—Ah, sí —contestó la señora Bell, pasando la página del periódico—. Tu noche de fiesta con los demás cocheros.

—Sal conmigo esta noche, Thora. Vivamos un poco.

Se lo quedó mirando, sorprendida de su sincera expresión y de la oferta.

—Tus compañeros te echarán de menos.

—Ya sabes que estaría encantado de sacrificar el tiempo que paso con ellos a cambio de poder estar un rato contigo.

Como vio que no contestaba, insistió reclinándose sobre el mostrador.

—Ven conmigo a Andover. Me han invitado a una fiesta. Y sería un honor que vinieras conmigo.

—Después de la horrible noticia que me diste hace unos días, no creo que sea el mejor momento para asistir a ningún festejo irreverente.

—Al contrario, es el momento perfecto. Y es una velada perfectamente respetable. En realidad, es más que respetable. Está de moda.

—Ah, ¿sí? ¿Y dónde se supone que se celebrará esa fiesta tan elegante? — No se esforzó ni un ápice en ocultar su sarcasmo—. ¿En el club Stag?

—No. En casa de Hugh Hightower, el subdirector de correos.

Elevó sus pobladas cejas para dar mayor énfasis a su anuncio.

La mujer respondió alzando también las cejas.

—¿El subdirector? ¿Pero no me habías dicho que no os llevabais bien? ¿Por qué te ha invitado a una fiesta si es tu gran rival?

—No me ha invitado. Lo ha hecho su mujer. Me la encontré ayer por casualidad, y me ha invitado a ir.

—¿Y te ha invitado porque su marido y tú trabajáis los dos en el Correo Real o porque todavía le gustas?

—Eso fue hace mucho tiempo, Thora. Y además, la única mujer que me gusta a mí eres tú.

Se preguntó si aquello sería verdad. Notó que le faltaba el aire y se sintió un poco mareada.

—Gracias, Charlie. Pero no puedo ir contigo. Mi nuera me necesita aquí.

—No es verdad —la interrumpió Jane, sacando la cabeza por la puerta del despacho. Aunque se corrigió enseguida:

—Bueno, claro que te necesitamos, Thora, pero nos las apañaremos sin ti una noche. A fin de cuentas, el sábado no solemos tener mucho trabajo.

—Pero todos esos baños...

—Les pediré a Dotty y a Ned que empiecen a calentar agua antes de lo habitual. No te preocupes. Tú sal y disfruta.

—Piénsalo bien, Thora. Así tendrás la oportunidad de ganarte con tu encanto al subdirector y aumentar las posibilidades de la posada de conservar el Correo Real —añadió Charlie.

—Si mi encanto es nuestra única baza para evitar perder el contrato, que Dios nos ayude.

—Tonterías, Thora —insistió él—. Subestimas tus encantos, tanto como yo sobrevaloro los míos. Entre los dos seguro que los dejamos bien impresionados.

—De eso no hay duda. Pero... si hay alguna posibilidad de que pueda ayudar a nuestra causa, iré contigo.

—Me siento halagado —bromeó él, llevándose la mano al corazón y fingiendo una reverencia.

Y después añadió:

—Iremos en el *Quicksilver*. Elegancia y rapidez.

—¿No va contra las normas?

—No tratándose de Andover, está de camino de todas formas. Lo de traerte de vuelta a casa después de la fiesta... Yo no diré nada si tú tampoco lo haces.

—Podría encontrar otra forma de volver.

—Ni hablar. ¿Y privarme del placer de dar un paseo de vuelta a la luz de la luna a solas contigo?

Thora lo miró de reojo.

—Pensaba que se trataba de ayudar a la posada.

—Para eso vas tú. Yo voy para estar contigo.

Ella puso los ojos en blanco.

—La verdad es que haces honor a tu mote.

—¿Y cuál es? —Puso pose de boxeador—. ¿Charlie Relámpago? ¿El Fabuloso Frazer?

—Charlie el Encantador.

—Ah. Ese. Me alegro de que estés de acuerdo. —Sonrió—. Te pediría que te pusieras un vestido bonito, pero no quiero tentar a mi suerte.

Ella entornó los ojos.

—Hombre listo.

Cuando Charlie se marchó, Jane le suplicó:

—Thora, póngase algo bonito. Ya hace mucho tiempo que falleció Frank, y John nos dejó hace más de un año. Nadie pensará mal de usted. Ya ha llevado demasiado luto.

—Le dijo la sartén al cazo —contestó con sequedad—. ¿Cuándo vas a dejar tú de llevar luto, Jane?

—Yo... no creía que usted quisiera que lo hiciera.

La miró con tristeza.

—No quiero que vistas de negro por mí, sino por John. No quiero que olvides a mi hijo.

—Claro que no lo olvidaré.

Thora se arrancó un hilillo de la manga.

—Estaba pensando en mi vestido de noche verde y negro.

—Muy festivo —bromeó su nuera.

—Por lo menos es de alivio luto.

—Es un comienzo —convino.



Mientras Alwena ayudaba a Thora a prepararse para salir, Jane se dispuso a ocuparse de algunos asuntos en el mostrador de recepción.

Llegó una diligencia. Mientras Patrick y Colin salían a recibirla, ella se acercó a la ventana y observó cómo se apeaban en el patio los pasajeros del *Zephyr*. Una mujer en particular le llamó la atención. El modernísimo vestido de viaje verde brillante y el vistoso sombrero que lucía la hacían destacar entre los caballeros, ataviados todos con trajes sobrios, y una anciana acompañada de una doncella de oscuro. Era muy raro que una mujer viajara sola, en especial tratándose de una dama. Se preguntaba de dónde vendría y adónde se dirigía.

Como tenía mucha curiosidad, volvió al mostrador de recepción y observó a los clientes que iban entrando al vestíbulo. La mayoría de ellos se dirigían al

salón comedor a toda prisa con la intención de poder picar algo; con suerte, con el tiempo suficiente y la temperatura adecuada para poder disfrutarlo. Pero aquella mujer caminaba despacio llevándose la mano a la espalda, probablemente con la intención de aliviar la inevitable rigidez que le habrían provocado las largas horas de confinamiento en el carruaje. Cuando terminó sus quehaceres en el patio, Patrick volvió a entrar. Pero cuando vio que su cuñada estaba en la recepción, la saludó con la mano y se fue al bar.

La dama de verde se separó del grupo y se acercó al mostrador.

—¿Puedo ayudarla? —ofreció Jane, sintiéndose todavía extraña en la recepción.

—Necesito una habitación, privada. Y que no haya que subir muchas escaleras, por favor.

Pensó que debía de dolerle algo, pues parecía demasiado joven como para tener alguna dificultad para subir escaleras por algún otro motivo. No podía tener más de veintiocho o veintinueve años.

—Por supuesto. ¿Solo para una noche?

La mujer esbozó una sonrisita.

—No lo sé.

—¿Quiere que la ayude a organizar lo necesario para viajar hasta el siguiente destino? Imagino que ha viajado todo o lejos que ha podido con el *Zephyr*.

—Pues... no estoy segura. ¿Puedo confirmárselo más tarde? Estoy tan cansada...

—Claro. Comuníquemelo cuando quiera. Puede quedarse en la habitación todo el tiempo que desee. Entretanto, no dude en comunicarnos cualquier cosa que necesite.

—Gracias.

Firmó el registro y Jane notó que esbozaba otra mueca de dolor.

—¿Se encuentra bien, señora... North? —preguntó, echando un vistazo rápido al registro.

—Estoy un poco resentida del viaje tan tortuoso, pero supongo que se me pasará. Solo necesito descansar.

—Lo entiendo perfectamente. Si quiere la acompaño yo misma a la

habitación. No está muy lejos. —Vio que el joven McFarland llevaba un par de botas recién pulidas para otro huésped—. Colin, cuando termines con eso, por favor, ocúpate de que traigan el equipaje de la señora North a la número tres, y pídele a Alwena que lleve agua cuando termine de ayudar a Thora.

—Sí, señora.

Acompañó a su huésped y juntas subieron un tramo de escaleras.

—La he instalado en una de nuestras habitaciones favoritas. Tiene una elegante alfombra nueva y un colchón de plumas.

Le dedicó una sonrisa cálida y la recién llegada se la devolvió.

Abrió e hizo un gesto a la mujer para que entrara. Observó con un orgullo extraño la aireada estancia, con sus flamantes cortinas y ropa de cama con estampado de rosas.

—Hemos estado haciendo algunas reformas.

—Es muy bonita.

—Aquí tiene algunas toallas y jabón. Alwena será su doncella. Subirá enseguida a traerle agua caliente para el lavamanos. Allí hay una silla inodoro. O también puede utilizar las nuevas letrinas para señoras que encontrará en el jardín. —Señaló en dirección a la ventana—. Si tiene hambre después de descansar, podrá cenar en el comedor. El desayuno se sirve de seis a diez. Pero si prefiere que le subamos una bandeja a la habitación, puede pedirselo a Alwena: chocolate, magdalenas tostadas, huevos...

—Gracias, así lo haré, ¿señora...?

—Disculpe. Soy Jane Bell.

—¿Usted es la posadera?

—Mmm.. soy la propietaria, sí.

La mujer se rió y le brillaron los ojos.

—No parece usted muy segura de eso.

Jane se sintió cohibida y se explicó:

—Era la posada de mi marido. Todavía me estoy acostumbrando al título.

—Lo siento. ¿Hace mucho tiempo que falleció?

—Un año. Pero nos las vamos apañando. Quizá durante su estancia también conozca a mi cuñado y a otra señora Bell, mi suegra. Es un negocio familiar.

Alguien llamó a la puerta abierta, con timidez. Colin se plantó delante con

la maleta y la sombrerera en las manos.

—Adelante, Colin.

El chico dejó el equipaje y se marchó enseguida. Alwena apareció justo después, hizo una pequeña reverencia y se las arregló para no derramar el agua que llevaba.

Jane se dirigió hacia la puerta.

—Bueno, la dejo en las competentes manos de Alwena. Como ya le he dicho, no dude en pedirme cualquier cosa que necesite.

—Gracias, señora Bell. Lo haré.

Estuvo a punto de decirle que la llamara por su nombre de pila, pero se contuvo. Aquello no era una visita de cortesía.

—Espero que pronto se encuentre mejor. Buenas noches.

Bajó a recepción. Cuando Patrick fue a relevarla, se escapó a los establos para ir a ver a *Athena*. Confiaba en que la señora Rooke no echara en falta las tres zanahorias que había tomado de la despensa.



CAPÍTULO

34

A la hora acordada aquella misma tarde, Charles Angus Fraser entró en el vestíbulo ataviado con un abrigo de noche muy formal, chorrera blanca y... falda escocesa. Medias, zapatos negros y escarcela. Uniforme escocés de gala completo.

Thora negó con la cabeza.

—Dios mío, Charlie. Desde luego, tú sí que sabes cómo pasar desapercibido.

Él le hizo una reverencia.

—Gracias, muchacha.

La mujer pensó para sí que estaba muy guapo con la vestimenta de su tierra natal. Pero no pensaba admitirlo. Aquel hombre ya tenía demasiada confianza en sí mismo.

—Estás preciosa, Thora. —Le abrió la puerta—. ¿Nos vamos?

Tal como había hecho la vez anterior, se sentó junto a él en el banco del cochero. Pero aquella noche, el señor Frazer no parecía tener ninguna prisa, y dejó que los caballos fueran al trote, encantado, según dijo, de poder disfrutar de la cálida tarde y de la compañía.

Coincidió con él, era muy agradable. Agradeció que hiciera menos viento, así no se le estropearía el peinado que Alwena se había esmerado tanto en hacerle.

Cuando llegaron a Andover, contempló la ciudad con interés.

—Así que aquí es donde creciste.

—Sí, después de que mi padre nos trajera desde Inverness. Él y el señor Hightower habían servido juntos y después le ofreció trabajo.

—Qué considerado.

Charlie asintió.

—Era un hombre bueno y humilde. Pero cuando murió, Hugh heredó la mayor parte de sus propiedades, que tanto trabajo le había costado reunir, y ni un ápice de su bondad. Es un pedante engreído.

—¿Y esa es tu opinión personal sobre él o lo piensa más gente?

—¿Alguna vez has coincidido con él?

—Solo de pasada. Trataba directamente con Frank, y después con John, todo relacionado con el contrato o algún retraso ocasional.

—Entonces dejaré que saques tus propias conclusiones.

—¡Ya es tarde para eso! Deberías haberlo pensado antes de generarme prejuicios contra él. ¿Cómo me lo voy a ganar ahora?

—¿Thora Bell adulando a un hombre? Eso no me lo pierdo.

Entraron en el patio de la posada de Andover, donde enseguida fue más que evidente que Charlie era bien conocido y apreciado. Los mozos lo saludaron con amabilidad, se ocuparon del carruaje y los caballos, y aceptaron las monedas que él les dio a cambio.

Cuando el señor Frazer ayudó a bajar a Thora, ella advirtió las curiosas miradas de los trabajadores y maldijo mentalmente a sus madres por no haberles enseñado que mirar fijamente era de mala educación. Su acompañante sonrió y le ofreció el brazo; ella lo aceptó y se olvidó de los demás. Juntos se dirigieron hacia su destino.

—Ha sido muy buena idea no plantarse ante la puerta del subdirector de correos con el vehículo de la compañía —comentó ella con sequedad.

—Eso mismo pienso yo. Es mejor no dar que hablar. Ni despertar su ira. Además, esta noche no soy un cochero, soy un caballero que acompaña a una dama encantadora a una fiesta.

—Y dale... —Thora le dio un codazo—. Espero no avergonzarte. Estás tan...

—Guapo. Venga, sé que quieres decirlo.

—Guapo. Y yo tan... gris.

—Creo que la palabra que buscas es «preciosa».

—¿Con este vestido?

—Bueno, preferiría verte vestida de rojo Correo Real, pero me alegro de que estés conmigo de todas formas, y con el vestido que sea. Thora Bell, tú podrías ponerte un saco y seguirías siendo la mujer más arrebatadora de la fiesta.

Ella le apretó el brazo.

—Ya basta. Eso es exagerar.

—En absoluto. Solo acabo de empezar.

Llegaron a la mansión, de ladrillo rojo con la barandilla y la puerta blancas, y les abrió un sirviente. En el vestíbulo los recibió la anfitriona, una criatura de rostro dulce que lucía unos tirabuzones dorados propios de una mujer mucho más joven que ella. Aunque era atractiva, sin duda. Llevaba un vestido de satén de color rosa y crema, y lucía una agradable sonrisa en su rostro, ligeramente arrugado.

Cuando posó su benigna mirada en el acompañante de Thora, sonrió con más ganas y le brillaron los ojos azules.

—¡Charlie Frazer!

Él inclinó la cabeza sobre la mano extendida de la dama.

—Señora Hightower. Es un placer volver a verla. Permítame decirle que está usted encantadora. ¿Acaso ha descubierto la fuente de la juventud eterna? Porque juro que no ha envejecido usted ni un día desde que cumplió dieciocho años.

—Oh, qué exagerado.

Recordó haber respondido de la misma forma a los halagos del cochero y esperó no haber parecido tan boba.

—Me alegro de que haya aceptado mi invitación. La verdad es que pensaba que no vendría. —Se volvió hacia Thora con una sonrisa firme—. ¿Y quién es su acompañante? Me parece que no nos conocemos.

Charlie miró a la aludida con calidez.

—Permítame que le presente a la señora Thora Bell. Una buena amiga.

—Ah... la señora Bell. Su marido era Frank Bell, ¿no?

Ella asintió.

—Un hombre encantador, y una gran pérdida, estoy segura. Bienvenida.

—Gracias, señora Hightower. Es usted muy amable.

—Por favor, llámeme Eudora. —Ladeó la cabeza y sus tirabuzones rubios se balancearon en el aire—. Thora... Es un nombre inusual, pero me gusta. Tiene fuerza.

—Sí, le va como un guante —afirmó el señor Frazer—. Es una de las mujeres más fuertes que conozco, tanto de carácter como físicamente. No la desafiéis a un pulso.

Le dio un codazo en el costado.

En el rostro de la anfitriona aparecieron unos hoyuelos indulgentes y dijo:

—Te aseguro que no pensaba hacerlo, Charlie.

De pronto un caballero saludó al cochero desde la otra punta de la sala.

—Vaya, no me digas que está aquí Frazer... ¡Que me cuelguen! ¡Me alegro de verte, viejo amigo! ¿Todavía te dedicas a hacer crujir el látigo por el rey y por el país? —Se volvió hacia otro hombre—. Sedwick, ven para que te presente al mejor látigo que he tenido la suerte de conocer y la mala suerte de combatir.

El hombre puso el brazo sobre los hombros de Charlie, lo arrastró hasta un grupo de hombres y empezó a compartir con ellos las hazañas del recién llegado, tanto en la carretera como en el cuadrilátero de boxeo.

Thora había olvidado que había sido boxeador de joven. Eso explicaba el otro mote que él había mencionado, Charlie Relámpago.

Eudora Hightower se quedó mirando cómo se alejaba, con una mirada distante en su hermoso rostro. Era evidente que seguía enamorada de Charlie.

Entonces la mujer pareció recordar dónde estaba y se volvió hacia Thora con una cálida sonrisa. Miró con discreción el vestido gris y negro.

—Veo que todavía lamenta su pérdida.

—Algunas pérdidas son difíciles de olvidar —asintió.

—Sí, así es... —contestó la mujer con dulzura, buscando al señor Frazer de nuevo con la mirada.

Thora miró a su alrededor y reconoció a un hombre alto y delgado entre la gente, justo al lado de la chimenea. No recordaba haber hablado con Hugh Hightower últimamente, pero al volver a verlo, se dio cuenta de que lo había

visto varias veces a lo largo de los años, cuando pasaba por la posada para tratar negocios del Correo Real o en alguna inspección.

El anfitrión cruzó la estancia hacia ellos con el ceño fruncido. Era evidente que había visto a Charlie, y quizá también hubiera advertido cómo lo miraba su esposa.

—Eudora, ¿qué está haciendo aquí Frazer? Dime que no lo has invitado tú.

—Pues sí, querido. Me tropecé con él por casualidad en la ciudad, y me pareció lo más correcto, teniendo en cuenta su relación laboral con el Correo Real.

—No parece una relación muy amistosa. —Vio a Thora—. Oh, disculpe.

—Querido, te presento a la señora Thora Bell.

—Ah, la señora Bell. ¿De la posada de Ivy Hill?

Le impresionó que la recordara.

—Sí. La posada ha pertenecido a mi familia durante muchas generaciones. Al principio se la conocía como el Ángel, y después pasó a llamarse Bell Inn.

Él asintió.

—Recuerdo la posada del Ángel. Un establecimiento muy respetable. ¿Y sus padres eran...?

—Harold y Mariah Stonehouse.

—Ah, sí, el señor Stonehouse. Un hombre y un posadero excelente.

Sintió un emotivo placer al escuchar aquellas palabras.

—Gracias, señor Hightower. Estoy completamente de acuerdo con usted.

—Es una lástima ver que la vieja posada se haya deslucido tanto. Aunque me temo que la edad nos trata igual a todos. Excluyendo a las damas presentes, claro.

A Thora le vino a la cabeza una respuesta ingeniosa, pero se mordió la lengua. Quiso interceder por Bell Inn, pero como era consciente de que estaba en compañía de otra dama y que aquello era una reunión social, cambió de opinión.

Entonces se acercó un sirviente y le ofreció un vaso de ratafia que llevaba sobre una bandeja de plata. Ella lo aceptó para tener algo que hacer con las manos, pero nunca le habían gustado las bebidas dulces ni las alcohólicas en general. A Frank sí. Y mucho.

Por detrás de ella oyó el cortante susurro de Hugh Hightower:

—¿Un cochero y la esposa de un posadero? De verdad, Eudora... piensa en nuestra reputación.

—Tampoco somos tan aristócratas, Hugh. Tú trabajas para ganarte el pan, igual que lo hizo tu padre...

Thora tomó un sorbo de su bebida como si no estuviera oyendo nada. Fingiendo que aquellas palabras no le dolían.

Charlie seguía en la otra punta del salón, entreteniendo a su ávido público con intrépidas anécdotas de bandoleros, contando que había vuelto a capturar a más de un prisionero de guerra francés que se había cruzado en su ruta y cómo había tenido que sortear acumulaciones de nieve que llegaban hasta la cruz de los caballos.

Thora no pudo evitar sonreír al escuchar aquellas verídicas pero un tanto exageradas historias. Aquel hombre debería escribir novelas de aventuras. Los Hightower se mezclaron entre la gente y ella se quedó un poco apartada; no le importaba sentirse fuera de lugar, pero le frustraba no hacer nada para su causa de intentar salvar la posada.

Al final, Charlie volvió con ella.

—Lo siento, no quería abandonarte. ¿Puedo traerte otro vaso de lo que sea que estés tomando?

—No, gracias. Es un mejunje dulzón espantoso.

—¿Has tenido suerte con Hightower? Te he visto hablando con él.

—Me temo que no. Aparte de que guarde un buen recuerdo de mi padre...

Charlie asintió y miró a sus anfitriones, ocupados al otro lado de la estancia recibiendo a más invitados.

—Ya sé que debería hacer algo para congraciarme con él, pero no soporto la idea de tener que halagarlo.

Thora suspiró.

—Ni yo tampoco.

—Pues no lo hagas —le aconsejó—. La única tarea que tienes esta noche, por muy difícil que te resulte, es mirarme con adoración y reírte de todos mis chistes. Y estar preciosa colgada de mi brazo, claro, aunque eso ya lo haces sin tener que esforzarte.

Lo miró de reojo.

—¿Y por qué se supone que debo mirarte con adoración? ¿Para poner celosa a Eudora?

—No —contestó, poniéndose serio de pronto.

—¿Desearías que nunca te hubiera dejado? ¿Que te hubiera elegido a ti?

—No.

—¿Y entonces?

—Para que vea que por lo menos existe una mujer que cree que valgo la pena.

Thora se conmovió y lo agarró del brazo.

—Oh, Charlie... pues claro que sí.

Los músicos empezaron a tocar una enérgica música y él se animó de pronto.

—¡Oh! Un baile escocés. Dime que bailarás conmigo, muchacha.

—Hace años que no bailo nada parecido. Pero lo intentaré por ti.

—Estupendo. Tú sígueme.

Cuando Charlie y Thora terminaron de bailar, se vieron rodeados de una multitud que los admiraba y animaba. No había duda de que aquel hombre sabía cómo entretener a la gente.

Todo el mundo contemplaba a aquel apuesto hombre de la falda escocesa. Todo el mundo excepto su anfitrión.

Cuando estaban recuperando el aliento y tomando ponche frío, Hugh se abrió camino entre la gente en busca de Charlie.

—Vaya, si es el hijo del cochero de mi padre —empezó a decir—. Y vestido de caballero, ¿o debería decir de dama? A esa falda que llevas le faltan unos cuantos centímetros para considerarse decente y está bastante pasada de moda.

—Esta es la falda que llevaba mi padre cuando le salvó la vida al tuyo —respondió Frazer.

—Así huele... ¿No has oído hablar de las lavanderías? A mí me parece un harapo.

Sonrió como si hubiera hecho un chiste, pero era la única persona que parecía divertirse, aunque se oyeron una o dos risillas nerviosas.

Thora entrelazó el brazo con el de Charlie y lo estrechó a modo de advertencia. Él se las arregló para reprimir la rabiosa contestación que tenía preparada.

Hugh frunció el labio superior.

—¿Sabéis? Frank Bell intentó cortejar a mi Eudora, igual que hiciste tú hace tantos años, pero ella tampoco quiso nada con él.

Parpadeó sorprendida. ¿Frank se había fijado en aquella mujer antes que en ella?

Y Hightower continuó:

—Tiene sentido que hayas venido con la esposa de otro de los repudiados de mi esposa. Has acabado ganando una triste viuda.

Charlie apretó los dientes y se le dilataron las aletillas de la nariz.

—Como digas una palabra más, Hugh, que Dios me...

—Y madre de un par de inútiles, si la memoria no me falla.

Eudora suspiró y Thora se puso tensa, se preparó para abofetear a aquel hombre ella misma.

Charlie apretó el puño.

—¿Qué prefieres, Hightower, que te ponga un ojo morado o que revele tu mayor secreto?

—No te atreverás.

—¿Qué prefieres?

—Me da igual.

¡Zas! Charlie lanzó un rápido rechazazo a la cara del subdirector y el hombre se tambaleó hacia atrás.

—Maldito Frazer...

Recuperó el equilibrio y se abalanzó hacia delante asestándole un buen puñetazo en la mandíbula al cochero.

—¡Charlie! —gritó alarmada Eudora, llevándose sus pequeñas manos a la boca como si fueran las alas de un cisne asustado.

Su marido la fulminó con la mirada y volvió a atacar. Pero esa vez Frazer estaba preparado y se agachó, evitando el golpe. Entonces agarró a Hightower por la cintura y tiró de él; ambos hombres cayeron al suelo.

Los músicos dejaron de tocar sus instrumentos y los bailarines tropezaban y

se daban media vuelta para ver a qué se debía tanto alboroto. Varios hombres despertaron de su estupor y corrieron para interceder, algunos abalanzándose sobre Charlie para detenerlo, y otros ayudando a Hightower a levantarse y conteniéndolo.

El señor Frazer se deshizo de sus captores, pero Thora lo agarró con fuerza del brazo.

—Venga, Charlie. Deberíamos marcharnos. Por favor, discúlpennos, señora Hightower.

Eudora tenía los ojos como platos y la boca entreabierta, pero consiguió asentir. La señora Bell no se esforzó en disculparse con el anfitrión, por mucho que fuera el subdirector del Correo Real.

Sacó a Charlie de la casa y empezaron a caminar calle abajo.

—Me parece que no volverán a invitarte en un tiempo.

El hombre suspiró.

—Muy cierto.

—¿Por qué, Charlie? Ya sabías que estaba intentando provocarte. ¿Por qué has dejado que lo consiguiera?

—He intentado contenerme. He aguantado que se riera de mi *kilt* y mi país. Pero no he podido soportar que se metiera contigo.

—Oh, venga... Seamos sinceros. Estabas defendiendo tu orgullo. No el mío.

—Nos estaba mirando por encima del hombro a los dos.

—Soy muy consciente de que no pertenezco a la misma clase social que los Hightower y la mayor parte de los invitados de esa fiesta, y no me importa. Yo me crié en una posada, sirviendo a esta clase de gente, e incluso de más alta alcurnia. En realidad, los que pertenecen a clases altas ya de nacimiento suelen ser más amables que los que han conseguido ascender por sus propios medios. Las personas como él aprovechan cualquier oportunidad para hacer saber a todo el mundo que son alguien y exigen que se les trate en consecuencia. Es posible que Hightower haga honor a su nombre por su altura, pero es un hombre pequeño, Charlie. Y necesitará algo más que unos cuantos insultos para hacerme daño.

Él esbozó una mueca de dolor.

—Lo siento, Thora. Yo tenía la esperanza de que pudiéramos mejorar la situación de la posada, pero lo que he hecho ha sido perjudicaros.

—Bueno, es un hombre arrogante insoportable, y también inseguro, rasgos de carácter que suelen ser las dos caras de la misma moneda. Igual que la vanidad y la inseguridad son las dos caras de muchas mujeres.

—Hugh Hightower, ¿inseguro?

—¿Tú no lo serías si estuvieras en su situación? ¿Si supieses que la mujer a la que amas está enamorada de otro hombre? Que tal vez incluso desearía haberse casado con otro. ¿Te imaginas cómo debe de sentirse?

—Sí, creo que me hago una idea.

Lo miró, sorprendida de ver su sombría expresión. ¿Se refería a Eudora o...? No estaba segura de querer saberlo. Así que le preguntó:

—¿De verdad hubieras revelado su mayor secreto?

—No.

Thora levantó la mano.

—No me digas lo que es, pero... ¿tiene que ver con Eudora?

—Es posible. Pero no diré nada más.

—No querría que lo hicieras.

Él negó con la cabeza.

—Deberías saber que sería incapaz de hacer eso. Soy un hombre de honor.

—¿Y por qué lo has amenazado con hacerlo?

—Para darle la posibilidad de elegir.

Ella agachó la cabeza y después lo observó con desaprobación.

—Querrás decir que lo has hecho para tener una excusa para pegarle.

Thora sintió que ya había regañado suficiente a Charlie por aquella noche. Se sacó un pañuelo del bolso y se lo ofreció.

—Te sangra el labio.

Se paró en la calle y se limpió la boca.

—Supongo que he perdido cualquier posibilidad de que me des un beso, ¿no?

Miró el labio lleno de sangre y la mejilla hinchada.

—Definitivamente no es una opción muy tentadora en este momento.

Aunque en realidad sí que se sentía un poco tentada. Una parte de ella

quería darle un beso en la mejilla y aliviar su rostro y su orgullo heridos. Pero se resistió. Se recordó que no sería bueno recompensar aquella clase de comportamiento.

Siguieron caminando.

—Me alegro de que le pegaras justo en ese momento, Charlie —le dijo esbozando una sonrisa traviesa—. Estaba a punto de retarlo a un pulso. Y entonces sí que hubiera sufrido una buena humillación.



CAPÍTULO

35

Más tarde, subidos en el *Quicksilver*, avanzaron en amistoso silencio de vuelta a Ivy Hill. El señor Frazer se llevaba la mano libre a la mandíbula de vez en cuando para masajearla.

—Hugh tiene mejor brazo de lo que había imaginado. Y yo estoy oxidado para que haya conseguido alcanzarme.

—Ya no eres un jovencito. —Thora le dio un toquecito con el codo en la barriga—. Despídete de Relámpago Charlie.

—Vaya... ¿Siempre tienes que ser tan directa?

Ella respiró hondo y percibió el olor a hierba recién cortada y a lavanda.

—He sido directa desde que era pequeña, y no tengo ninguna duda de que lo seguiré siendo cuando sea una vieja gris. O quizá debería decir más vieja y más gris.

—Espero estar aquí para verlo.

—Pues no creo que muchos hombres quisieran ese destino.

—Yo no soy como la mayoría.

—Ya me estoy dando cuenta.

Dejó que él le observara el perfil.

—Estás preciosa bajo la luz de la luna, Thora. Tus ojos brillan mucho más que esas pobres estrellas.

Ella se volvió para mirarlo. Vio cómo le brillaban los ojos mientras la contemplaba. Notó cómo pegaba el hombro al suyo. Su rodilla...

—Es posible que Relámpago Charlie ya no esté —comentó la mujer—,

pero ya veo que Charlie el Encantador está vivo y coleando.

Él sonrió y esbozó una mueca de dolor al hacerlo.

Hicieron el resto del camino en silencio. Ella iba mirando el cielo y las velas que brillaban tras las ventanas de las mansiones ricas que iban dejando atrás al cruzar Wishford: parecían miles de estrellas más que iluminaban la noche.

Cuando al fin cruzaron el arco de la posada en dirección al patio del establo, Thora vio a Gabriel Locke sentado en un banco, al lado de un postillón dormido. Gabriel se levantó y le dio un codazo al joven al tiempo que le decía:

—Ve a decirle al guardia que ha llegado el *Quicksilver*.

El chico se marchó corriendo a cumplir con el recado y el señor Locke se adelantó para sostener los caballos mientras Frazer desmontaba y ayudaba a bajar a la señora Bell.

Cuando estuvo bajo las antorchas que lucían en el patio, volvió a mirar al cochero.

—¿Qué te ha pasado, Charlie? ¿Estás bien?

Se envalentonó.

—Ah, eso... He intentado robarle un beso y la señora Bell me ha dejado así.

—No le haga ni caso, señor Locke —terció Thora—. Dios sabe que eso no es cierto. No conozco a ningún hombre que diga más tonterías que él.

Mientras Gabriel se ocupaba de los caballos, Frazer la acompañó a hasta la puerta de la posada.

—Ojalá pudiera quedarme —le dijo en voz baja.

El tono áspero y el sentido que encerraba la frase la sorprendieron, pero se mantuvo impassible y fingió no percibir el deseo en su voz.

—Pero tienes que ir a Bagshot y el *Quicksilver* tiene que estar en Londres mañana, así que debes irte. —Se esforzó por sonreír—. En realidad, será mejor que te des prisa. Ya viene tu guardia.

Se acercó a ella.

—¿Estás segura de que no quieres darme ese beso? Ya sabes que llevo años esperando que me bese el ángel de la posada del Ángel...

—Me temo que ese ángel hace tantos años que desapareció como Relámpago Charlie. —Prefirió ofrecerle la mano—. Buenas noches, Charlie. Ve con cuidado. Y gracias por... una noche memorable.

Jane vio llegar a Charlie y a Thora desde la ventana. Esperaba que hubieran pasado una noche agradable y conseguido mejorar las posibilidades de la posada.

Cuando el *Quicksilver* salió rugiendo del patio dejó caer la cortina y se dio media vuelta. Algo le rozó el pie al pasar por el suelo.

Gritó. Se subió a una silla de un salto, sabiendo que era una reacción absurda. Pero no pudo evitarlo, ni tampoco pudo reprimir un segundo chillido cuando el ratón salió de debajo de armario de su habitación.

Se preguntó qué podía hacer. ¿Se quedaría atrapada allí como si fuera una representación en piedra del temor femenino? No pensaba bajar. La idea de que aquella criatura le trepara por la falda hizo que se estremeciera. Estaba muy bien donde estaba.

De pronto la puerta se abrió de par en par, produciendo un ruido muy fuerte al golpear contra la pared.

Y al otro lado vio a Gabriel Locke, semiagachado, con los ojos muy abiertos, en alerta, y las manos hacia delante, preparado para pelear. Examinó la habitación.

—¿Qué ocurre?

La vio subida a la silla. El brillo receloso de sus ojos se apagó y se enderezó.

—No me diga que...

Ella asintió.

—Hay un ratón. Y esta vez está vivo.

Gabriel negó con la cabeza, poniendo los brazos en jarras.

—Pensaba que la estaban asesinando, mujer. Menudo grito.

—Tenía la puerta cerrada. ¿Cómo ha...?

Gabriel se volvió para comprobar los daños.

—La he roto. —Pasó el dedo por el canto—. Puedo arreglarla. Tampoco es que el cierre fuera muy bueno. Debería tener un pestillo mejor.

En aquel momento ella se alegró de no tenerlo. Señaló hacia el dormitorio.

—Por favor, encuéntrelo.

—¿Cómo ha entrado?

Jane hizo un gesto con la cabeza en dirección a *Kipper*, que estaba sentado cerca de la estufa. El animal los miró con despreocupado interés y se lamió una pata.

—Supongo que lo ha traído el gato.

—Entonces también puede sacarlo.

Locke se cruzó de brazos y se apoyó en el marco de la puerta.

—¿Se va a quedar ahí sin más?

—Me ha dado un susto de muerte. Deme un minuto para recuperarme.

—¿Estaba asustado? ¿Y qué hay de mí?

—¿De un ratón? Pues no le aconsejo que entre en los establos. Los mozos y yo ya los conocemos por sus nombres.

Jane volvió a estremecerse.

—No lo haré.

Pero sus palabras le recordaron algo...

El ratón volvió a cruzar la estancia y ella se llevó la mano a la boca para reprimir otro grito. *Kipper* le dio un golpecito juguetón cuando pasó por su lado, pero no lo persiguió y el animalillo desapareció debajo del escritorio.

Gabriel negó con la cabeza y frunció los labios.

—Juega con la comida. Ya le dije que no le diera de comer. Ahora no sirve para cazar ratones.

—Por favor, atrápelo.

Gabriel suspiró y se enderezó.

—Está bien. ¿Tiene una escoba?

—Sí, en aquella esquina. Pero... no lo mate, ¿eh?

—¿Y qué quiere que haga con él? ¿Que le ate un lacito al cuello y lo adopte?

—No, claro que no. —«Usted no». Señaló una caja hecha de papel maché —. Ahí hay una caja de guantes vieja. Métalo ahí.

Gabriel puso los ojos en blanco.

—Es mucho más difícil cazar un ratón sin hacerle daño.

—Ya lo sé. Pero tengo mis motivos. Por favor.

Él volvió a suspirar.

—Usted manda.

Jane no durmió bien aquella noche. El ruido que hacía el ratón de vez en cuando, al arañar la caja, la despertaba.

—Deberías estar contento de estar vivo —murmuró enfadada, después volvió a darse media vuelta y se puso una almohada encima de la cabeza.



Por la mañana, Jane se levantó pronto y se vistió sola, pues eligió un corsé corto y un vestido con un corpiño que se abrochaba por delante. Se puso una capa larga y un gorrito con visera, y salió cuando la calle High todavía estaba muy tranquila y la mayoría de los comercios seguían cerrados.

Cuando llegó al patio de la iglesia poco después, abrió la puerta, se encaminó hacia el cobertizo y dejó su pequeña ofrenda donde se viera bien.

Una vez cumplida su extraña misión, volvió a la posada para desayunar con Thora y poder preguntarle cómo le había ido la noche en casa de los Hightower.

El informe de su suegra fue mucho peor de lo que había imaginado.

—¿Charlie le pegó al subdirector de correos? —repitió incrédula—. Eso no puede ser bueno. Pero no creo que nos haga responsables a nosotros del comportamiento de Charlie. La posada no es propiedad del señor Frazer, nos pertenece a nosotros, los Bell...

—Tampoco tiene muy buena opinión sobre nosotros. A mí me llamó «pequeña viuda triste» y de John y Patrick dijo que eran un par de fracasados.

—No puede ser... —lamentó.

—Pues sí —insistió la mujer, con brillo en los ojos—. Me dieron ganas de pegarle a mí también.

—No me extraña. —Suspiró—. ¿Y ahora qué?

—No lo sé. Tengo que ir a la casa de beneficencia cuando salga de la iglesia, le prometí a la señora Mennel que ayudaría a servir la comida del

domingo. Pero después supongo que iré a hablar con Talbot para ver si nos puede aconsejar.

Jane advirtió que Thora se mostraba reticente ante la posibilidad de volver a visitar a Talbot, y se preguntó a qué se debería.

—Buena idea —la animó—. Y ya que va, pregúntele cuándo podrá venir a otra reunión, lo más pronto posible. Y yo hablaré con el señor Locke. Entre todos, seguro que se nos ocurre algo que podamos hacer para conservar el Correo Real.

—Ojalá. Pero entretanto, yo no me encariñaría mucho con ese caballo nuevo si estuviera en tu lugar.



Cuando salieron de la iglesia, las dos mujeres volvieron juntas. Había sido muy extraño ver a desconocidos en el que Jane siempre había considerado el banco de la familia de Rachel. Ya sabía que sus nuevos ocupantes seguían apellidándose Ashford —el señor Ashford y su madre—, pero le resultaba desconcertante de todas formas. Su antigua amiga se había sentado con Mercy y Matilda Grove. Se preguntó si o habría sido decisión suya o de los nuevos ocupantes de Thornvale.

Se separaron cerca de la señal de la posada. Thora entró para recoger algunas cosas que quería llevar a la casa de beneficencia y Jane volvió a la cabaña. Dejó su libro de oraciones y el bolsito, y, sin querer, se puso a pensar en su caballo.

Athena ya llevaba allí una semana y poco a poco se iba acostumbrando a su nuevo entorno, y a ella, que se pasaba por la cuadra a menudo para cepillarla, hacerle correr un rato agarrándola de las riendas o llevarle una manzana o una zanahoria que sacaba de la despensa. Se le encogió el corazón al pensar en la posibilidad de tener que vender la yegua, por no mencionar la posada.

Fue hacia los establos deseando pasar un rato con *Athena* mientras pudiera. Y quizá montarla, siempre que Gabriel Locke no tuviera ninguna objeción.

El herrador no puso reparos, aunque le pidió que se quedara un rato dentro

del cercado, igual que había hecho con *Sultán*, y que esperase un poco antes de montarla en campo abierto. A ella le pareció bien y fue a pedirle a Cadi que la ayudase a cambiarse de ropa. Después regresó a los establos.

Mientras Gabriel ensillaba a *Athena*, Jane intentó meterle el freno en la boca. La yegua relinchó y cabeceó, pero el señor Locke le dio una orden con la voz grave y volvió a quedarse quieta, entonces ella le colocó las bridas.

Después le agarró la cabeza con delicadeza y le habló con mucha solemnidad:

—Tu mamá y yo éramos buenas amigas. Y espero que tú y yo también lo seamos.

Parecía que el animal la observara con cierta calidez, con aquellos enormes ojos negros; se le dilataron las aletas de la nariz. Jane se metió la mano en el bolsillo y la extendió para enseñarle un terrón de azúcar. La yegua lo olisqueó y después lo mordisqueó con entusiasmo. La mujer alargó el brazo para acariciar el brillante pelo del animal.

Cuando estuvo preparada, se subió al taburete y, desde allí, Gabriel la ayudó a subir de lado. Ella se sujetó al cuerno de la silla con la rodilla derecha, mientras Gabriel la ayudaba a colocar la bota en el estribo. Después reajustó las riendas.

Cuando el herrador desató la cuerda, *Athena* dio algunos pasos nerviosos, pero después se rindió a su firme seguridad.

—Tranquila, tranquila, chica.

Jane chasqueó la lengua para que empezara a pasear por el cercado, y después le hizo la señal para que empezara a avanzar al trote. ¡Su paso era mucho más firme que el de *Ruby*! La amazona se acomodó y alcanzó el ritmo deseado.

Algunos minutos después, como todo iba tan bien, forzó a la yegua a adoptar medio galope, y el animal subía y bajaba con aquellos andares suyos tan suaves. No pudo evitar sonreír. Cuánto había echado de menos una yegua tan buena como aquella.

Tras el paseo, el señor Locke la ayudó a desmontar y caminó junto a ella mientras guiaba a *Athena* hasta los establos. Entonces llegó una diligencia y los mozos cruzaron el patio para recibirla. Gabriel le quitó la montura a la

yegua por Jane, pero ella prometió encargarse después de cepillarla.

Un nuevo sonido de cascotes anunció la llegada de un segundo vehículo. A través de la enorme puerta del establo, Jane vio a un postillón montado sobre uno de los cuatro caballos que iban seguidos de un precioso carruaje privado. Los mozos seguían ocupados con la diligencia, y Gabriel se acercó al segundo coche para atenderlo él mismo. Agarró las riendas del animal que lideraba el tiro mientras el jinete desmontaba.

—Bueno, yo ya he terminado —anunció el joven estirando el cuello hacia un lado y después hacia el otro. Señaló el carruaje que tenía a la espalda—. Este caballero se dirige a Epsom. Y le daré un consejo: ofrézcale sus mejores caballos y su mejor mozo, o se arrepentirá.

—Gracias. Lo haré.

Jane sintió curiosidad y salió de la cuadra para asomarse a la puerta y poder ver mejor. Del coche se bajó un caballero muy bien vestido. El señor Locke lo vio, vaciló y después se dio media vuelta.

El hombre lo miró, empezó a volverse y lo miró otra vez.

—Que me... Usted es Locke, ¿verdad?

Gabriel se volvió con desgana.

—Sí. ¿Quién lo pregunta?

—Jeremy Ford. Usted me vendió un fabuloso par de purasangres hace dos años. De color gris. Ambos ejemplares maravillosos. ¿Qué está haciendo usted aquí? No puede usted estar trabajando en este lugar.

«¿Le vendió... purasangres?». Jane estaba muy confusa.

—Estoy ayudando a un amigo.

—Ah. ¿Asistirá a la reunión de Doncaster en septiembre?

—No, me he retirado de las carreras. Pero, como puede ver, sigo trabajando con caballos.

El hombre asintió y frunció el ceño.

—Tenía pensado ir a verle pronto. Estoy buscando un nuevo caballo de caza, pero...

El señor Locke se sacó una tarjeta del bolsillo del abrigo y se la entregó al caballero.

—Vaya a ver a este hombre. Él me enseñó todo lo que sé.

El caballero le echó un vistazo a la tarjeta.

—Gracias. Lo haré. —La guardó en el bolsillo del chaleco y se encaminó hacia la posada. Al momento, se dio media vuelta—. ¿Puedo invitarle a una copa?

—Gracias, pero no. Tengo mucho que hacer.

—¿Y cuánto tiempo lleva... ayudando aquí?

—Más o menos un año. ¿Por qué?

—Entonces no debe de haber llegado a sus oídos nada sobre el carruaje que encontraron...

Gabriel miró por encima del hombro y se dio cuenta de que Jane estaba en la puerta del establo. Entonces dijo de repente:

—Mmm... sí. Disculpe. Tengo que marcharme. Espero que pase un buen día, señor.

El herrador se marchó, y el caballero entró en el establecimiento.

Jane siguió al señor Locke.

—¿Qué es eso de que antes vendía purasangres?

Gabriel resopló y se encogió de hombros.

—Ya le dije que he pasado mucho tiempo trabajando con caballos.

—Pero trabajar con caballos y venderlos son dos cosas muy distintas.

—Es posible, pero están relacionadas. Mi tío cría caballos.

Se quedó mirándolo.

—¿Por qué tengo la sensación de que me está ocultando cosas?

Él separó los labios como si fuera a contestar, pero al final se dio media vuelta y se marchó hacia la cochera.

—¿Adónde va?

—Tengo muchas cosas que hacer, señora Bell.

Ella esbozó una mueca, dolida por el tono tan brusco con el que le había contestado.

—En cuanto a eso... tenemos que celebrar otra reunión.



CAPÍTULO

36

Jane se fue a la cabaña esperando poder descansar unos minutos y pensar en todo lo que había descubierto últimamente: la probable y dolorosa pérdida del Correo Real, y ahora, la revelación de que su humilde herrador había vendido purasangres. De pronto, el hecho de que fuera propietario de *Sultán* tenía más sentido. ¿Sería verdad que el caballo había sido un regalo de su tío?

Se quitó la rebeca y se sentó delante del pianoforte. Pero solo había tocado algunos acordes cuando alguien llamó a la puerta y la alejó de sus pensamientos.

Cadi entró con una expresión aterrada en el rostro.

—Señora Bell, ¡venga, rápido!

«¿Y ahora qué?», pensó exasperada.

—¿Qué ocurre, Cadi?

—Una huésped se ha encerrado en su habitación y se niega a salir. No abre la puerta ni contesta. Hemos escuchado un llanto, después un golpe fuerte como si algo o alguien se cayera. Alwena tiene mucho miedo de que haya pasado algo malo.

Se le hizo un nudo en el estómago.

—¿La señora North?

La doncella asintió enérgicamente.

Se levantó y siguió a la joven por el patio hasta que entraron juntas en la posada.

Mientras subían las escaleras, Cadi dijo:

—He intentado encontrar primero a Thora, pero Dotty dice que se ha marchado a ayudar a la casa de beneficencia.

Se enfadó un poco al saber que había ido a buscar a Thora antes que a ella. Pero enseguida deseó que su suegra estuviera allí con ellas: Tenía mucha experiencia manejando situaciones difíciles y siempre parecía saber qué hacer.

Llegaron a la habitación número tres y se encontraron a la señora Rooke llamando sin parar a la puerta, pero no recibía respuesta. Al ver a Jane levantó ambas manos.

—Ya lo he intentado. Ahora le toca a usted. Abriría la puerta, pero la señora Bell tiene mi cinturón de herramientas, bueno... imagino que es suyo, claro.

—Me parece que Patrick tiene la llave maestra —repuso Jane.

La cocinera negó con la cabeza.

—El señor Patrick jamás entraría en la habitación de una huésped sin su permiso.

Se sintió aliviada al oír que su cuñado respetaba ciertas reglas morales después de todo.

Llamó a la puerta.

—¿Señora North? Soy yo, Jane Bell. Nos conocimos ayer.

No hubo respuesta. Ningún sonido.

—Cadi —susurró—. Ve a buscar las llaves maestras que tiene el señor Bell.

—No me las quiere dar.

—Pues dile que las traiga él. Y rápido.

—Sí, señora.

La chica se marchó a toda prisa y apareció Alwena.

—Hace un rato estaba llorando mucho —explicó la asustadiza doncella—. Y ahora está demasiado callada. Temo que haya pasado algo terrible. No creerá que se ha suicidado, ¿no? O que algún bandolero ha entrado por la ventana y la haya atacado...

—No, Alwena, para nada —contestó con severidad—. Y que no me entere de que vas por ahí difundiendo esos rumores, ¿me entiendes?

—Sí, señora.

Patrick apareció con gran estruendo por la escalera.

—¿Qué diantre está pasando?

La doncella le explicó la situación haciendo uso de todas las expresiones de asombro y pesimismo que tenía en su arsenal.

—¡Madre mía! —Le entregó las llaves a su cuñada—. ¿Quieres que vaya a buscar a mi madre a la casa de beneficencia?

Estuvo tentada de contestarle que ella podía encargarse de aquello, pero tenía mucho miedo a lo que pudiera encontrarse al otro lado de la puerta.

—Sí, por favor.

A continuación se volvió hacia la habitación número tres.

—¿Señora North? Voy a utilizar la llave maestra para entrar. Soy yo, ¿de acuerdo? Voy a entrar...

«Dios, dame fuerzas».

Abrió la puerta y asomó la cabeza. Como no vio nada, pasó y cerró la puerta a su espalda, por si la mujer pudiera estar medio desnuda. Inspeccionó la habitación, iluminada por la luz del sol que se colaba entre las contraventanas abiertas. A primera vista, la estancia parecía vacía.

—¿Señora North?

Avanzó. Cuando llegó a los pies de la cama se detuvo en seco y tomó aire. En el suelo vio a la joven... con un camisón manchado de sangre. El orinal que había en el suelo también estaba lleno de sangre. A Jane se le revolvió el estómago y sintió una opresión en el pecho. No podía respirar. Aquella escena le hizo viajar atrás en el tiempo, muy atrás, a momentos horribles y familiares, que tantas veces había rememorado en la cabaña. Ni una vez, ni dos...

—¡Señora North!

Olvidó aquellos terribles recuerdos y corrió hacia delante para arrodillarse junto a la mujer en el suelo. Buscó el pulso.

«Gracias a Dios».

Corrió de nuevo hasta la puerta y la abrió un poco.

—Cadi, dile a Colin que vaya a buscar al doctor Burton y a la señora Henning. Alwena, trae agua caliente y trapos.

—Sí, señora —contestó Cadi, y se marchó pasillo adelante tirando de

Alwena del brazo para que la siguiera.

Jane volvió junto a la joven, que estaba hecha un ovillo en el suelo. Tenía los ojos cerrados. ¿Estaba inconsciente a causa de toda la sangre que había perdido o se había golpeado la cabeza al caer al suelo?

—Señora North, ¿puede oírme? —preguntó, dándole unas palmaditas en la mejilla—. Aguante. He mandado a alguien a buscar al médico.

La mujer contrajo el rostro.

—Ya no puede hacer nada. Es demasiado tarde. Lo he perdido, ¿verdad? ¡Otra vez! No debería haberme hecho ilusiones. ¿Por qué...? —Con el dolor dibujado en el semblante, se tendió boca arriba y se tapó la cara con las manos—. Es culpa mía. No debería haber viajado. Oh, ¿qué he hecho? ¿Qué he hecho?

—No es culpa suya, señora North. En absoluto. Shhh... —Se sentó en el suelo, separándose un poco de las zonas más manchadas, pero tampoco le importó ensuciarse la falda. Le levantó la cabeza a la mujer y se la apoyó en el regazo—. Venga, señora North. Todo irá bien. Tranquilícese...

Y así es como la encontró Thora diez minutos más tarde, cuando entró con el agua y los trapos en lugar de Alwena. Se quedó mirando la escena con la boca abierta y alternando la mirada entre la sangre, la señora North y Jane, que estaba sentada en medio del desastre acariciándole la cabeza a aquella mujer y susurrándole palabras de consuelo con un nudo en la garganta.

A Thora se le llenaron los ojos de lágrimas.

La joven levantó un poco la cabeza y gimoteó:

—¡Le he estropeado la alfombra nueva! ¡Y era su habitación preferida! Lo siento mucho.

—No tiene nada por lo que disculparse, señora North. Ni lo piense.

La mujer bajó la mirada y tiró de su camisón ensangrentado.

—No quiero que nadie me vea así.

—Entonces será mejor que la lavemos. El médico y la comadrona no tardarán en llegar para asegurarse de que no es necesario hacer nada más.

La señora North negó con la cabeza, le temblaban los labios.

—No se puede hacer nada. Lo sé muy bien.

—Tranquilícese. Usted quédese tumbada. Ahora mismo vuelvo.

Jane alargó el brazo, alcanzó una almohada y, con mucha delicadeza, se la colocó debajo de la cabeza. Después se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—¿Un aborto? —susurró Thora.

Asintió, todavía con aquella sensación de opresión en el pecho.

—Colin ha ido a buscar al médico y a la señora Henning.

Su suegra levantó la palangana y los trapos que llevaba en la mano.

—Me he encontrado a Alwena a los pies de la escalera con esto en la mano, pero con miedo de subir. Pero me parece que necesitaremos mucha más agua. Tal vez incluso la bañera. ¿Voy a buscarla o prefieres que me quede con ella?

Por un momento se sintió tentada de ir. Una parte de ella deseaba estar en cualquier lugar que no fuera aquella habitación llena de manchas rojas, que olía al hierro de la sangre. Pero le contestó:

—Te lo agradezco, pero ya me quedo yo.

Thora regresó enseguida y juntas bañaron a la señora North y limpiaron el suelo. Le pidieron a Alwena que subiera un cubo lleno de agua fría para poner en remojo el camisón hasta que pudieran llevarlo a lavar. Al ver la prenda, la doncella juró que jamás había visto tanta sangre y no creyó a Jane cuando le aseguró que la mujer no había intentado suicidarse, ni tampoco había entrado ningún ladrón por la ventana que la hubiera apuñalado, ni ninguna de las demás teorías disparatadas que la joven barajaba, presa del pánico. Aunque tenía que admitir que la chica tenía mucha imaginación.

Después Jane le pidió a Cadi que fuera a la casita de madera a buscar un camisón y un vestido para la huésped, desoyendo las protestas de la mujer.

—Podría estropearlos.

—No se preocupe. Eso no importa.

Además, tampoco había nadie en su vida que fuera a verla con ropa interior de encaje.

Mientras la ayudaba a ponerse las prendas, no pudo evitar fijarse en el temblor de las pálidas piernas de la mujer y en la ligera hinchazón de su abdomen, que todavía no había desaparecido.

La comadrona y el doctor llegaron uno detrás del otro, pero la señora Henning enseguida echó al médico afirmando que ella se ocuparía. Después de

examinarla y de asegurarle que podría volver a intentar ser madre, le dio una infusión de hierbas relajantes y mucho algodón para que pudiera utilizarlo como protección hasta que dejara de sangrar del todo. Antes de marcharse, le recomendó que descansara y evitara viajar en los siguientes días.

Cuando se fue, la señora North volvió la cabeza sobre la almohada y miró a Jane.

—Vuelvo a pedirle disculpas por los inconvenientes.

—Ni lo mencione. No es ninguna molestia. Y en este momento eso es lo de menos.

—Es usted muy amable. Parece que necesitaré la habitación durante unas cuantas noches más.

—Puede quedarse todo el tiempo que necesite. Nosotros cuidaremos de usted.

Aquellas amables palabras parecieron conmocionar a la joven, que se puso a llorar otra vez.

—Gracias —susurró, con la voz ronca.

—¿Quiere que avise a alguien? O si lo prefiere puedo subirle papel y pluma para que pueda escribir un mensaje a quien la esté esperando.

La señora North negó con la cabeza y le resbaló una lágrima por la mejilla pálida.

—No me espera nadie.

Jane remitió las sábanas de la cama y se sentó en el borde, confiando en que su huésped no se ofendiera por las confianzas que se estaba tomando. Esperó a que la mujer se explicara, pero no insistió.

—Iba a sorprender a Geoffrey. Antes de que se marchara a las Indias Occidentales. Estará fuera por lo menos un año. Y quería decírselo en persona.

—¿Acababa de descubrir que estaba en estado?

La mujer asintió.

—Había aplazado la visita con el médico que me lo confirmaría. Pensando que si esperaba un poco y dejaba que se asentara... No quería dejarme llevar por la emoción y darle la noticia a mi marido antes de tiempo, cosa que ya había hecho en una ocasión anterior y de la que me arrepentí mucho. —Negó

con la cabeza—. No creo que los hombres tengan la capacidad de encariñarse de un hijo al que nunca han visto. Al que nunca han sostenido entre sus brazos. O por lo menos Geoffrey no podía. Claro que se sintió decepcionado. No es un desalmado. Pero no conseguía entender que yo estuviera tan triste. Y que no pudiera dejarlo atrás y seguir con mi vida.

Jane hizo un gesto afirmativo. John tampoco había terminado de comprenderlo, ni tampoco se había tomado las pérdidas tan a pecho como ella. La joven continuó:

—Y cuando por fin envié un mensaje a nuestro doctor, descubrí que se había marchado de la ciudad para asistir a alguna conferencia médica. Así que esperé. George no tenía que marcharse hasta principios de mes, así que pensé que tenía tiempo. Pero entonces llegó una carta que requería que mi marido fuera cuanto antes. Algún asunto de negocios urgente, no recuerdo qué, y había un barco que zarpaba en unos días. Mientras él preparaba su equipaje pensé en decirle lo que sospechaba. Pero no sé... Por algún motivo tuve la sensación que decírselo era como tentar a la suerte. Seguro que le parezco tan supersticiosa como su doncella.

Jane esbozó una mueca al recordar todo lo que había dicho Alwena.

—La ha escuchado, ¿no?

La señora North asintió y retomó el hilo:

—Mi médico me llamó en cuanto se marchó mi marido. Cuando me examinó parecía optimista, estimó la fecha probable del parto y me dijo que estaba bastante seguro de que en esa ocasión sería diferente. Pronto tendría un bebé entre mis brazos que me haría compañía mientras mi marido estaba de viaje.

»Y eso me hizo reaccionar. George estaba a punto de marcharse del país durante un año, quizá más tiempo, sobre todo si no tenía algún motivo concreto para volver antes. Supongo que pensé que si lo sabía podría cambiar de idea sobre el viaje y no dejar que yo me enfrentara sola al embarazo y al parto. No tengo mucha familia, ¿sabe? Y quería tener a algún ser querido conmigo.

—Me parece lo más normal.

Jane alargó el brazo y le estrechó la mano, se le habían llenado los ojos de lágrimas.

—Pero no tenía la certeza de que una carta pudiera llegarle antes de embarcar. Y por eso decidí comprar un billete para el carruaje más rápido que pudiera encontrar con la idea de llegar a puerto antes de que zarpara el barco.

Negó con la cabeza muy despacio y prosiguió:

—Pero después de todas las horas que pasé ayer en la carretera, empecé a temer la posibilidad de haber cometido un terrible error. Empecé a encontrarme mal y tenía calambres en la espalda. Temía lo peor, porque ya me había pasado antes. Por eso decidí quedarme aquí a pasar la noche. Para descansar. Y con la esperanza de que las nauseas y el dolor se debieran solo al movimiento del carruaje. Qué necia. Qué estúpida.

Se puso a llorar otra vez.

—Usted no podía saber que iba a pasar esto, señora North. Mi suegra siempre presumía de no haber perdido ni un solo día de trabajo mientras estaba embarazada. E incluso viajó con su marido hasta una subasta de caballos en Salisbury algunos meses antes de dar a luz.

Jane había escuchado a Thora contar aquella historia en más de una ocasión, cuando John había intentado explicar a su incansable madre el motivo de que su joven esposa no pudiera ayudar con la pesada limpieza anual de primavera o a achicar agua de la bodega el año que se inundó, o por qué se quedaba en la casita de madera la mayor parte del tiempo. No recordaba las palabras exactas de su suegra, pero siempre había adoptado un tono de exasperada desaprobación respecto a la «perezosa» esposa de su hijo. No sabía que la señora Henning le había sugerido largos periodos de descanso en la cama, tanto con la esperanza de evitar otro aborto como para recuperarse cada vez que ocurría. Y como la señora North, ella también había decidido que era menos incómodo y decepcionante para todos si guardaba en secreto sus embarazos, que siempre resultaron ser infructuosos.

—Le agradezco mucho que intente hacer que me sienta mejor —susurró la joven.

—Ya sé que en realidad no puedo. Las palabras no sirven de mucho consuelo. Pero comprendo su dolor.

La señora North la miró con atención. Demasiada.

—Me entiende, ¿no?

Asintió, y la mujer prosiguió:

—¿Cuánto tiempo hace?

Jane iba contestar, pero se detuvo al ver a Thora en la puerta entreabierta. ¿La habría escuchado? Se miraron a los ojos un momento... y entonces su suegra entró en la habitación con una bandeja como si no hubiera oído nada. Quizá fuera así y solo había imaginado esa expresión en su rostro.

Convencieron a la señora North para que tomara un poco de té, y la mujer terminó durmiéndose.

—Me quedaré un rato con ella. Tú debes de estar agotada —dijo Thora.

—Gracias. La verdad es que necesito ir al baño.

La acompañó hasta el pasillo y cerró la puerta de la habitación con delicadeza. La felicitó en voz baja:

—Lo has hecho muy bien, Jane.

—Eso espero. Ojalá pudiera hacer algo más por ella.

Su suegra la observó con atención.

—¿Cómo has sabido lo que tenías que hacer?

—Yo... No lo sé —vaciló.

—Recuerdo que la señora Henning fue a la cabaña algunos años después de que tú y John os casarais. Hubo... ¿más veces?

Apretó los labios, con el corazón acelerado.

—Sí —contestó con tristeza.

—Y... ¿fueron todas al principio, durante los primeros meses?

—No.

—Jane. ¿Estabas embarazada cuando yo me marché?

Tragó saliva y se esforzó para poder asentir.

—Me pareció notar algún cambio en ti. ¿Y no me lo dijiste porque...?

La mujer guardó silencio en busca de las palabras adecuadas.

Su nuera se puso tensa esperando que dijera algo como «¿Acaso no creías que quería saber que esperabas un nieto mío?»

—... Porque creías que me mostraría poco comprensiva —concluyó.

—No creí que tuviera sentido darle esperanzas a nadie, y menos cuando estaba segura de que volvería a decepcionar a todo el mundo —susurró.

—¿De cuánto estabas cuando...?

—De cuatro meses y medio. La última vez.

—Ojalá me hubieras escrito para decírmelo. ¿Se lo contaste a alguien? — preguntó, con una mueca de dolor.

—Solo a la señora Henning.

—Lo siento, Jane. Siento no haber estado para apoyarte.

Se sorprendió al oírle decir aquello, pero se advirtió que no debía dar demasiada importancia a sus amables palabras. Se encogió de hombros.

—No es culpa suya. Usted estaba con su hermana.

—Pero tú no tenías una madre o una hermana. Debería haberte ayudado — repuso, con pesar.

Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero contestó con estoicismo:

—Gracias, Thora. Pero eso ya quedó atrás.

Se marchó, bajó las escaleras y salió como entumecida. Había esperado que Dios salvara al niño que llevaba en el vientre durante el último embarazo, dado que ya le había arrebatado a John. El embarazo estaba más avanzado esa vez; le empezaron a apretar los vestidos y se le hincharon un poco los pechos y el vientre. Pero como en aquel momento estaba de moda vestir prendas de cintura alta y poco marcada, su secreto estaba a salvo. Había estado a punto de decírselo a Mercy justo cuando empezó a tener pérdidas. Se puso de parto antes de tiempo y la señora Henning no pudo hacer nada por evitarlo. Jane se había tendido en la cama llorando amargamente mientras su hijo venía al mundo a pesar de haberlo abandonado ya. No hubo llanto de recién nacido. No movía las piernecitas ni gimoteaba. Solo era una criatura acurrucada en la mano de la comadrona, inmóvil y silenciosa. Pequeña y extrañamente... traslúcida, pero no había duda de que era un bebé. Su bebé. Ella no había sufrido mucho dolor ni sufrimiento físico. ¿Pero emocionalmente? Oh, sí, aquella herida todavía no había cicatrizado. Y probablemente jamás lo haría.



Jane pasó varias horas en compañía de Emily North durante los dos días siguientes. Regresó a la habitación número tres una última vez cuando la

señora Henning le dijo a la paciente que ya podía viajar. Tenía mejor aspecto, aunque seguía un poco débil.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le preguntó.

—Irme a casa, supongo. Geoffrey ya habrá zarpado.

—Mencionaste que no tenías mucha familia, pero espero que por lo menos tengas una o dos amigas en las que confiar. Para que puedan hacerte compañía mientras tu marido no está.

—Tengo muchas conocidas, señora Bell...

—Jane —le recordó.

—Jane. Pero a ninguna la considero una amiga del alma. Ya no. —Levantó una mano—. No. No sientas pena por mí. Es culpa mía. Nunca he sido una buena amiga. Siempre he sido una mujer muy ocupada, centrada en mis propias preocupaciones. Y después de casarme dejé de verme con las más cercanas. Una de ellas viene a visitarme de vez en cuando, pero noto que nos hemos distanciado. Con la otra he perdido el contacto. Y ahora que Geoffrey se ha marchado, desearía poder hablar con ella. Disculparme. Pero me temo que es demasiado tarde.

—Bueno, ya sabes que aquí siempre serás bien recibida si alguna vez quieres venir a visitarme o escribir. Y aquí me encontrarás siempre que necesites hablar con alguien que pueda comprenderte.

—Gracias, Jane. Lo valoro más de lo que te imaginas.



CAPÍTULO

37

Durante la estancia de la señora North, Jane había olvidado un poco la inminente pérdida del tráfico del Correo Real, inevitable a menos que encontraran una solución, y pronto. Tenía menos de un mes para presentarle su plan al señor Blomfield, y no tenía ni idea de cómo podría demostrar que habían aumentado los beneficios si perdían los viajeros y los ingresos que le proporcionaba regularmente el servicio postal.

Había convocado otra reunión. Pero esta vez amplió el plan. En lugar de convocar únicamente a las personas que ocupaban puestos de responsabilidad, había decidido incluir a todos los trabajadores para que pudieran ayudarles a encontrar una solución.

Compartió sus intenciones con Thora y se apresuró a levantar la mano antes de que su suegra pudiera decir una sola palabra.

—Y no quiero ninguna tontería como la otra vez... eso de pensar que no quiero que esté. Claro que quiero.

—No fue ninguna tontería —contestó, con un brillo vulnerable en los ojos—. John me dejó muy claro antes de morir que no me querías aquí mucho tiempo.

—Yo nunca he dicho eso. Jamás. Quizá no quería que supervisara usted nuestra pequeña cabaña, pero jamás tuve celos de que estuviera en la posada. Y tampoco lamento que haya vuelto.

—Ah, ¿no? Bueno... me alegro.

—Pero ¿qué hay de su hermana? Ya lleva usted aquí dos meses. ¿No le

importará que se quede mucho tiempo?

Su suegra negó con la cabeza.

—Bueno, estoy segura de que su nuevo marido no me querrá tener mucho tiempo por allí.

—¿Lo ha dicho él o es una suposición suya?

—En realidad fue bastante amable. Pero yo no podía seguir allí. Necesito hacer cosas.

—Pues me alegro de escucharlo. No se me ocurre nadie mejor que usted para ayudar a salvar Bell Inn.

Thora se puso muy recta y volvió a adoptar su fría y estoica expresión.

—Muy bien. Pues consigámoslo.

Se reunieron todos en la cafetería, que estaba muy tranquila a aquella hora del día. Jane se levantó y explicó la situación. La estancia se llenó de gruñidos de protesta.

—¡Ni siquiera tienen un cocinero como Dios manda! —aulló la señora Rooke—. Un pelele afrancesado no sabe cómo satisfacer el apetito de tipos como Charlie Frazer o Jeb Moore. Y por lo que he oído decir, todavía hay polvo y yeso por todas partes.

—Y su bodega y su bar no tienen ni punto de comparación con los nuestros. Tenemos que encontrar una forma de demostrar que somos mejores —añadió Bobbin.

—Es imposible que los mozos del señor Drake puedan cambiar los caballos tan rápido como nosotros. Tenemos más experiencia —insistió Tall Ted.

Gabriel levantó la mano.

—Bueno, me temo que eso no está relacionado solo con la experiencia, Ted. Hace poco he estado en una posada en Epsom. Y allí son capaces de hacer el cambio en dos minutos.

—¿Dos minutos dice? —repitió Old Tuffy, con tono burlón—. Eso es imposible.

—Lo he visto con mis propios ojos. Me enseñaron su método.

—Mmm... Entonces será mejor que nos enseñes a hacerlo.

Jane intervino:

—El señor Hightower dijo que basaría su decisión en la eficiencia y la velocidad. Si pudiéramos demostrar que somos más rápidos que en el hotel Fairmont y que al Correo Real le interesa más parar aquí, entonces es posible que cambie de opinión y mantenga el contrato que tiene con nosotros.

—Yo conozco a dos de los tipos que el señor Drake ha contratado en el Fairmont. Los dos son de Wishford. Y les aseguro que yo puedo vencerlos en cualquier cosa. Soy más fuerte y más rápido —aseguró Ted

—Y más alto.

—Que cualquiera de ellos. Y Tuffy, bueno...

—Tiene experiencia.

—Exacto.

—Pero eso no significa que me niegue a aprender cosas nuevas —matizó Tuffy—. Y menos si eso significa que podré conservar mi trabajo. Enséñanos, Gable, y aprenderemos. Les vamos a dar una buena lección a esos chicos de Wishford.

Walter Talbot se inclinó hacia delante.

—Me parece que ahí has acertado de pleno, Ted. Hugh Hightower es el hombre más competitivo que conozco. Criquet, boxeo, lo que sea. Y una competición podría ser justo lo que necesitamos.

—¿Una competición? —repitió Patrick, con escepticismo.

—Sí... —Talbot alzó la vista al techo mientras le daba forma a la idea—. Si Hightower quiere eficiencia y rapidez, que sea la posada más rápida y eficaz la que gane la competición. ¿Cómo podemos hacernos una idea de la clase de servicio que va a ofrecer el Fairmont si todavía no está abierto al público? No hay duda de que el señor Drake le ha vendido una idea de que será «un modelo de eficiencia moderna en un entorno elegante», tal como ha escrito en los anuncios. ¿Pero cómo puede demostrarlo cuando sus mozos no han cambiado los caballos del Correo Real ni una sola vez?

—Eso es cierto, pero no olviden que al señor Hightower también le gusta la situación del Fairmont, justo al lado de la nueva carretera —apuntó Jane—. No podemos competir con eso.

—¿Por qué no?

—Dice que quiere evitar que las diligencias del Correo Real tengan que subir la colina de Ivy Hill.

—Eso agota a los caballos, no podemos negarlo —asintió Gabriel.

—Pero recuerden, amigos míos, que todo lo que sube debe bajar. Es cierto que las diligencias pierden un poco de tiempo al ascender, pero después los caballos pueden descansar durante el suave y largo descenso. Y eso es algo que perderían si se quedan en la carretera —repuso Talbot.

—Nos va a costar mucho vender ese argumento —arguyó Thora—. O demostrarlo.

—Merece la pena intentarlo.

—¿Pero creen que Hightower aceptará la competición? —planteó Jane—. No es muy ortodoxo, por así decirlo. Ese hombre tiene autoridad más que suficiente como para tomar la decisión que le plazca.

—Bueno, no pasa nada por preguntar. ¿Pero quién debería ir a hablar con él?

Los presentes intercambiaron miradas cohibidas, pero nadie se ofreció.

—Como no hay voluntarios... —concluyó Jane con ironía—. Se lo preguntaré yo, aunque me pregunto si primero deberíamos negociarlo con el señor Drake. Si él acepta, será más fácil convencer al señor Hightower.

—¿Y por qué iba a aceptar cuando ya se ha agenciado el contrato con su personal sin experiencia? —preguntó Thora.

—Oh, Jane tiene sus recursos —terció Patrick, con una sonrisilla—, tiene a ese hombre comiendo de la palma de su mano.

Muchos de los presentes la miraron alzando las cejas, Gabriel Locke incluido. A la aludida le trepó una oleada de calor por el cuello.

—Patrick, no me gusta que insinúes esas cosas. El señor Drake y yo somos amigos, colegas. Nada más.



Jane fue a ver al señor Drake en cuanto terminó la reunión. Sentada en la nueva recepción del hotel Fairmont, le expuso la proposición de la forma más

positiva que fue capaz, convencida de que él la rechazaría.

—Me parece un plan estupendo —contestó James—. ¿Se le ha ocurrido a usted?

Ella negó con la cabeza.

—No. He reunido a todo mi personal y les he pedido que compartieran sus ideas.

—Pero ha sido idea suya.

—Bueno, sí, aunque creo que ha sido Talbot quien ha sugerido lo de la competición.

—Me alegro de que Walter Talbot ya no trabaje en la posada, porque tendría que intentar robárselo. Es un hombre impresionante. Por lo que he oído decir, tiene una reputación formidable.

—Sí, tuvimos suerte de contar con sus servicios durante mucho tiempo.

James frunció los labios.

—¿Y en qué está pensando? ¿Dos diligencias tiradas por cuatro caballos y nuestros mozos compitiendo mano a mano?

—Podría ser difícil encontrar dos diligencias similares que no se estén utilizando durante el día. Por no mencionar a los dos cocheros. Pero si tuviéramos una, podríamos turnarnos, y pedir que alguien imparcial cronometre los cambios. Y ya sabe que el señor Hightower nunca aprobaría que utilizáramos un coche del Correo Real, para no arriesgarse a sufrir retrasos.

—Excepto, tal vez, un sábado por la noche —contestó el hombre.

—Ah... ¡buena idea! Quizá podamos utilizar el *Quicksilver*, antes de que vuelva a Londres. Y la diligencia que lo acompaña.

—Sí, eso podría funcionar. ¿Pero por qué limitarlo al cambio de caballos? ¿Por qué no involucramos a todo el personal y comparamos toda la experiencia desde el punto de vista de un pasajero? Quién tiene el mejor porteador, la mejor comida y al posadero más encantador...

El señor Drake movió las cejas con actitud cómica.

Jane puso los ojos en blanco.

—Tampoco nos pasemos.

—¿Y por qué no? ¿Quién quiere vivir a medio gas?

—Está claro que usted no.

—Oh, Jane. ¿Por fin empieza usted a entenderme?



Cuando terminó la reunión de personal, Thora y Talbot salieron juntos de la posada, tomaron la calle High y se dirigieron a Ivy Green. Era un lugar donde habían pasado muchas horas juntos durante sus años de juventud, jugando al críquet o a pillar, o haciendo volar cometas en la zona de hierba. Había un montón de chicos jugando a la pelota aquella mañana de agosto, entre ellos la mujer distinguió a Delbet Prater y a dos de los hijos de los Paley.

—Gracias otra vez por dejar de lado tu trabajo para venir a ayudarnos.

—¿Cuándo he sido capaz de decirte que no, Thora?

Ella lo miró con ironía.

—Pues bastante a menudo, por lo que recuerdo.

—Pero nunca te he negado mi ayuda cuando me la has pedido. Siempre hemos hecho buen equipo tú y yo.

—Así fue sí, hace mucho tiempo. Hasta que nos marchamos, cada uno por nuestros motivos.

Él asintió.

—Tengo que admitir que tu partida me dejó muy sorprendido. Me hizo comprender que me había quedado demasiado tiempo, cuando podría haber estado trabajando en otro sitio a cambio de un salario más alto, y con menos preocupaciones.

—Me alegro de haberte ayudado —contestó Thora, sarcástica—. Nadie te obligó a quedarte tanto tiempo. ¿Por qué lo hiciste?

—Porque me gustaba ser tu mano derecha.

Los chicos lanzaron la pelota, que se detuvo cerca de ellos. Talbot se acercó a recogerla y se la volvió a lanzar a los muchachos, que la estaban esperando.

Después prosiguió:

—Y porque tenía la esperanza de que cuando pasara tu periodo de luto

nuestra relación pudiera... cambiar. Me respetabas como gerente, pero no como hombre. No del todo. Y lo cierto es que tenía muchas ganas de que me vieras como un hombre.

Thora lo miró, pero apartó la vista con el corazón acelerado.

—Al final me di cuenta de que mientras siguiera trabajando para tu familia nunca me verías como un posible compañero —añadió.

Thora sintió un nudo en la garganta.

—¿Te refieres a que seamos compañeros de negocios?

Él negó con una mueca de amargura.

—No, no me refiero a eso.

La señora Bell ya sabía que se refería a que quería ser su marido, pero... ¿casarse con Walter Talbot? ¿El joven que había escalado socialmente desde que era recepcionista hasta convertirse en gerente? ¿El hombre con el que tenía tantas discusiones y que podía ser tan directo como ella, e igual de decisivo? ¿Al que la gente admiraba y quería, mientras que ante ella solo se sentían intimidados? ¿El hombre que se había ganado su confianza y amistad...?

Talbot se pasó la mano con frustración por el poco pelo que le quedaba.

—No es así como quería decírtelo. Ya me diste largas en la granja y ahora aquí también. Maldita sea, mujer. Tú sí que sabes cómo confundir a un hombre.

—Y tú sabes cómo sorprender a una mujer.

—Ya debías de saber lo que sentía por ti. Lo que quería pedirte...

Ella levantó la mano.

—No. No tengo ninguna intención de volver a casarme. Me he prometido que jamás volveré a entregarle a nadie las riendas de mi vida. Todavía me estoy recuperando de la última vez que lo hice. Y tengo mucho que perder.

Él frunció el ceño.

—Comprendo cómo te sentiste después de perder el establecimiento. Primero a manos de Frank, después a las de John y ahora con Jane. Yo estaba allí, ¿recuerdas?, cuando se llamaba la posada del Ángel. Cuando los hombres se disputaban tus sonrisas. Pero tú te casaste con Frank sabiendo que el negocio acabaría siendo legalmente suyo algún día, cuando tu padre falleciera.

—Me hizo perder la cabeza. Era encantador. Y yo era demasiado joven y no sabía nada del mundo.

—Lo recuerdo muy bien.

Sí, el guapísimo Frank Bell le había hecho perder la cabeza, y su relación había avanzado muy deprisa. Él había parecido muy seguro y tenía muchísimos planes de futuro. Y se había mostrado prendado de Thora y sus encantos. Aunque al mirar la situación desde la distancia, ella se preguntaba si lo que le había gustado era la posada del Ángel y la perspectiva de convertirse en su propietario algún día. Por lo menos estaba claro que el negocio se había sumado a sus atractivos.

—Pero por aquel entonces a ti te gustaba Nan.

Talbot negó con la cabeza.

—Me gustaste tú primero, pero no te diste cuenta. Y, por lo visto, eso no ha cambiado.

—No tenía ni idea...

—Tú solo tenías ojos para Frank Bell. Y te negabas a escuchar nada negativo sobre él. Pero aquello fue entonces, Thora. ¿De qué tienes tanto miedo ahora? ¿Qué tienes que perder?

—Ah... O sea, que como no tengo propiedades, ¿debería casarme con cualquiera porque no tengo nada que perder?

—No pensaba que me vieras como «cualquiera».

—Pues claro que no. Pero sigo teniendo mucho que perder, mi independencia sin ir más lejos.

—¿Tan importante es para ti la independencia? ¿Hay algo que temas que yo te prohibiera hacer?

—¿Prohibirme? —repitió Thora—. La mera idea de que algún hombre pudiera tener derecho a prohibirme cualquier cosa ya despierta en mí una intensa rebeldía.

Talbot se volvió hacia ella.

—¿Confías en mí?

—¿A qué te refieres? ¿Quieres saber si te confiaría mi vida? ¿Mi corazón? ¿Mi futuro?

—Sí, todas esas cosas.

¿Confiaba en él? Veía a Talbot como su amigo. Pero no pensaba compartir su vida con nadie más. No pensaba volver a lavar los calcetines sucios de ningún hombre y perder la poca independencia que tenía. Pero tampoco quería perder su amistad...

Talbot se acercó un poco más a ella y bajó la voz.

—Thora. Un marido debe ser el cabeza de familia, eso es cierto. Pero no olvides que también debe estar dispuesto a dar su vida por la de su mujer.

—Yo no necesito que nadie dé su vida por mí.

—¿Nadie? —Alzó las cejas.

—No necesito que me salven.

—En eso discrepo contigo. Todos necesitamos que nos salven. Pero tienes razón, no me necesitas. Y lo cierto es que yo tampoco te necesito a ti. Pero te quiero, Thora Stonehouse Bell. Y quiero que seas mi esposa.

La mujer tragó saliva. Con fuerza. Le vinieron a la cabeza imágenes de Charlie, de la posada y de Jane, por no mencionar las advertencias que ella misma le había hecho a su hermana.

Había llegado la hora de seguir sus propios consejos.

Negó con la cabeza.

—Lo siento, Talbot. Pero no.



Thora regresó a la posada y se sorprendió mucho al descubrir que el señor Drake había aceptado participar en la competición que había sugerido Talbot. Se sintió aliviada y preocupada al mismo tiempo. Ahora tenían que convencer a Hugh Hightower para que aceptara. Que el cielo los ayudara.

James Drake había informado a Jane de que el subdirector de correos pensaba ir a Fairmont al día siguiente, por la tarde, para inspeccionar los establos nuevos. La mujer viajó en la calesa para poder hablar con Hugh Hightower allí y evitar el largo trayecto hasta Andover.

Su suegra se quedó esperando en el despacho de la posada, acompañada por Patrick, rezando para que todo saliera bien.

Jane volvió al poco de partir con el fracaso escrito en el rostro.

—Ha dicho que no. Rotundamente. Ni siquiera ha querido escucharme. «Ridículo» —repitió, imitando el tono fanfarrón del subdirector—. «Eso no es reglamentario. Una pérdida de tiempo».

La mujer sacó el papel en el que ella y James Drake habían anotado los términos de la competición propuesta y lo tiró sobre el escritorio.

Thora suspiró.

Patrick se cruzó de brazos y se recostó en la silla.

—Podría decir que ya os lo advertí, pero no lo haré.

—¿Y ahora qué? —preguntó Jane.

—Ahora a rezar —contestó su suegra.

—¿Y qué cree que he estado haciendo?

Thora vio al señor Frazer cruzando el vestíbulo en dirección a la cafetería con el pelo húmedo y peinado hacia atrás, recién salido del baño. Se levantó decidida a hablar con él. Quizá pudiera darles algún consejo. Tal vez supiera cuál era el talón de Aquiles de Hightower. O si cabía la posibilidad de que estuviera abierto a recibir sobornos, pensó medio en serio, recordando que el hombre tenía un secreto.

Mientras compartían un pequeño refrigerio, le explicó a Charlie todo lo que había ocurrido desde la última vez que él había estado allí. Bueno, casi todo. Omitió la proposición matrimonial de Walter Talbot.

Él la escuchó con atención. Adoptó una expresión distante mientras reflexionaba en busca de posibles soluciones, pero no le dio consejos ni demasiadas esperanzas. Habían desaparecido sus perpetuas sonrisas y su envalentonamiento. No bromeó con la idea de boxear contra Hightower ni de desafiarlo en duelo. Al contrario, el cochero estaba completamente serio y resuelto.



El jardín que había detrás de Ivy Cottage estaba rodeado por un muro de piedra con una puertecita lateral, y otra al final, que daba a la pradera del

pueblo. En el cercado había un árbol con un columpio, un banco y un huerto. El resto era una extensión de hierba que las chicas utilizaban para jugar.

Durante los descansos de la tarde, Rachel había aceptado jugar a bádminton con tres de las chicas. Entretanto, la pequeña Alice estaba sentada en el columpio, y la alumna más veterana de la escuela la estaba empujando. Había otra chica recostada en el banco, leyendo un libro de poesía.

«Sssh». «Clac». El volante le dio a Rachel en la cara. Era la tercera vez que le pasaba. Supuso que Fanny lo debía de estar haciendo a propósito. Las chicas disfrutaban viendo cómo se asustaba y después se agachaba para recogerlo. Oh, ojalá hubiera tenido hermanos...

«Sssh». «Clac». Ahí venía de nuevo. Rachel gritó e hizo una mueca de dolor, pero no le alcanzó. Las niñas se rieron. Y lo que fue peor, cuando la joven abrió los ojos se dio cuenta de que había un hombre de pie junto a la valla, presenciando su humillación.

Nicholas Ashford.

La mujer se ruborizó.

Le entregó la raqueta a una de las chicas.

—Toma, ocupa mi puesto, por favor.

Matilda Grove abrió la puerta y tiró del hombre para que entrara, era evidente que él no quería hacerlo.

Iba muy bien vestido, con un traje de color azul, un chaleco a rayas, pantalones y sombrero. En una mano llevaba un ramito de rosas. De color melocotón.

Rachel le sonrió.

—Hola, señor Ashford.

—Señorita Ashford...

Se inclinó sobre las flores y ella le hizo una reverencia.

A su alrededor, las niñas susurraban con curiosidad.

Matilda explicó:

—Ha dicho que solo quería dejar las flores, pero he pensado que era una lástima que no te viera aprovechando que estaba aquí. Él no quería molestar, pero le he asegurado que no era ninguna molestia. —La señorita Matty se marchó del jardín con un brillo en los ojos—. Bueno, les dejo.

Cuando la verja se cerró, el hombre carraspeó.

—Pensaba que estaría usted en una sala de estar o algún salón. No sabía que estaba usted aquí fuera, con todas estas... alumnas.

¿Qué había querido decir... testigos? ¿Entrometidas? Cualquiera de esas descripciones habrían sido perfectamente válidas.

—Sí, una de las formas que tengo de ayudarlas es acompañar a las chicas mientras están fuera —le explicó—. Aunque me temo que no se me dan muy bien sus juegos. Nunca he sido una persona atlética.

—Bueno, hay cualidades más importantes.

Posó sobre ella su tímida mirada llena de admiración y ella sintió que volvía a sonrojarse.

El señor Ashford bajó la vista y entonces pareció recordar el ramo que llevaba en la mano.

—Quería traerle estas flores. Le dije que lo haría y soy un hombre de palabra.

Y por lo que había aprendido Rachel, era algo muy importante.

—Espero haber elegido las adecuadas —añadió—. Pensaba que sería fácil, hacer un ramo y ya está, pero me temo que no me ha quedado muy bien.

Era verdad, algunas de las rosas ya estaban mustias y los tallos eran desiguales.

—No importa —respondió ella—. Es muy considerado por su parte. Y estoy segura de que la señorita Groves tendrá un jarrón que pueda utilizar para...

—¡Un jarrón! —Se dio una palmada en la sien con la mano que tenía libre—. No tiene jarrón. Pues claro... Menudo idiota. Debería haberlo pensado. Le traeré otro ramo. Uno mejor que este. En un jarrón de Thornvale que debería usted haberse quedado y...

Rachel le presionó el brazo para detener sus remordimientos.

—Señor Ashford. Nicholas. No pasa nada, se lo aseguro.

Al notar el contacto de su mano y escuchar su nombre en los labios de la mujer, él se quedó en silencio y se la quedó mirando muy serio.

Ella alargó las manos un tanto vacilante.

—¿Puedo?

—Oh... Por supuesto.

Alargó las rosas. Ella advirtió tres vendajes que llevaba en los dedos y varios arañazos.

—Oh, vaya —murmuró.

—Ya lo sé. Tendría que haberme puesto guantes. Como ya le he dicho, he subestimado la espinosa aventura que tenía entre manos.

Rachel se rio del comentario.

—¿Le duele?

Negó con la cabeza.

—Ha valido la pena si usted está contenta.

—Lo estoy.

—Bien. Oh, estoy seguro de que le gustará saber que su jardinero ha accedido a retomar su horario completo. Él se encargará de tenerlo todo en perfecto estado.

—Me alegro.

—Ya imaginaba que le gustaría saberlo. —Miró a las chicas—. Yo... ya sé que este no es el lugar adecuado. Pero esperaba poder acordar algún momento en que poder venir a visitarla... formalmente.

Dos de las niñas que estaban más cerca se llevaron las manos a la boca para reprimir sendas risitas.

—Niñas, por favor, danos al señor Ashford y a mí un poco de intimidad.

—¡Oh! In-ti-mi-daaaad... —repitió Fanny arrastrando las letras—. Debe de querer besarla.

—¡Fanny! —la regañó la alumna mayor.

El hombre se puso rojo como un tomate.

Las estudiantes jamás se habrían comportado de esa forma tan inadecuada si Mercy hubiera estado allí.

—Lo siento, señor Ashford —dijo Rachel—. Quizá pueda venir en otra ocasión, o escribir y sugerir un momento mejor.

Él asintió, suspiró aliviado y se marchó hacia la verja del jardín.

—Sí, sí. Buena idea. Volveré a visitarla. O le escribiré. Que tenga un buen día, señorita Ashford.

—Igualmente, señor Ashford. Y gracias otra vez por las rosas.



Dos días después de que el señor Hightower rechazara la propuesta de Jane, un mensajero le trajo una nota. Estaba sentada en la cafetería con Thora y Charlie cuando llegó y la abrió allí mismo.

—Es de Hugh Hightower.

La leyó y después levantó la vista del papel completamente perpleja.

—Ha cambiado de idea. La competición se celebrará el próximo sábado.

Su suegra frunció el ceño.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No tengo ni idea.

Le entregó la nota.

La mujer se puso los anteojos, la leyó y después miró a Charlie por encima de las lentes.

—¿Qué has hecho?

—¿Yo?

Ella entornó los ojos.

—Dime que no lo has amenazado con contar su secreto.

El hombre frunció el ceño.

—¿Por quién me tomas?

—Ya lo amenazaste una vez.

—Pues sí, lo amenacé. —Levantó el puño con actitud juguetona—. ¡Para que vuelva a vérselas con mi gancho de izquierdas!

—Charlie...

—Te estoy tomando el pelo, Thora. Deberías conocerme mejor. Te juro por mi honor que no he amenazado a ese hombre.

—¿Entonces debo suponer que convenciste a la señora Hightower para que obligara a su marido a aceptar?

El cochero abrió la boca para protestar, pero cambió de táctica. Y dijo:

—Si hubiera creído que eso podría funcionar, lo habría hecho.

Jane se levantó.

—Bueno, cualquiera que sea el motivo, me alegro de que tengamos una oportunidad. Vamos a sacarle el máximo provecho.



CAPÍTULO

38

Aquella misma tarde se reunieron en el patio para empezar a trabajar con los mozos de las cuadras. Jane y Thora aguardaban junto a Charlie Frazer y Gabriel Locke para mostrarles todo su apoyo.

No tenían una diligencia del Correo Real para practicar, pero Jane se había tragado su orgullo y le había pedido prestado a *sir* Timothy su carruaje, que era bastante parecido.

Charlie había dormido muy poco aquella noche para poder estar con ellos esa mañana. Aunque ella imaginaba que lo había hecho para complacer a Thora.

Colin llegaba tarde. Otra vez. Pero en esa ocasión era porque la señora Bell había insistido en que el joven se quedara a trasladar las pertenencias de uno de los huéspedes de una habitación a otra. Por lo visto, el joven se había equivocado y no le había dado su cuarto habitual. El cliente no se había quejado, pero Thora sí.

Jane se había dado cuenta de que en ciertos aspectos las cosas habían mejorado entre el chico y su suegra. Ella ya no era tan crítica con él como persona —o como McFarland—. Pero seguía sacando faltas a su forma de trabajar.

Mientras esperaban a que llegara Colin, Tall Ted le planteó a Charlie:

—Gable dice que ha visto a un grupo de mozos cambiar los caballos de una diligencia en solo dos minutos. ¿De verdad es posible?

El cochero asintió.

—Ya lo creo, y te lo digo por experiencia. Una vez un pasajero me desafió a hacerlo. Y me cronometró con su reloj de oro. Yo conseguí hacer el cambio en dos minutos y medio, y únicamente con ayuda de un cuidador y el guardia. Aunque he oído decir, al igual que el señor Locke, que hay quien lo consigue en menos tiempo.

Tuffy esbozó una mueca y arrugó su viejo rostro con escepticismo.

—Me cuesta creerlo. ¿Desenganchar cuatro caballos de un carruaje para poner otros cuatro en solo ciento veinte segundos?

—Y, sin embargo, es lo que se hace en muchas posadas hoy en día —repuso Gabriel uniéndose a la conversación.

El viejo mozo de cuadra negó con la cabeza.

—Cuando yo empecé en esto lo normal era hacerlo en un cuarto de hora o, como poco, diez minutos. Y si conseguíamos hacerlo más rápido, bueno, en ese caso lo celebrábamos con una pinta.

Miró a Thora esperanzado, pero ella apretó los labios.

—Hoy no habrá pintas, Tuffy.

El hombre agachó los hombros.

—Por lo menos durante el entrenamiento —añadió Jane, para suavizar el golpe—. Aunque podemos daros algún refrigerio mientras hacéis las pruebas.

Charlie intervino entonces:

—Yo también recuerdo bien aquellos tiempos, Tuffy. Pero ahora, a menos que haya que hacer alguna otra cosa como cobrar los pasajes, anotar algo en el registro, bajar paquetes, o cosas por el estilo, yo diría que la media está en unos tres minutos por cambio.

—¿Tres minutos? —Tuffy volvió a negar con un gesto—. El mundo está loco. Dentro de cuatro días nos pedirán que volemós.

Jane se aferraba a la esperanza.

Para la competición del sábado siguiente, su equipo estaría compuesto por dos mozos de cuadra —Tuffy y Tall Ted—, Charlie —como cochero—, y su guardia, Jack Gander. El señor Hightower insistía en que las diligencias del Correo Real debían conducir las diligencias los hombres con experiencia y siempre debían llevar a bordo un guardia oficial. También participarían en la competición Bertha Rooke, Jane, Colin y Bobbin.

Cuando Colin apareció corriendo al fin, Jane empezó a decir:

—Como ya sabéis, nos han concedido una oportunidad para demostrar nuestra superioridad frente al nuevo hotel del señor Drake. Ya sé que cambiar los caballos de una diligencia en plena calle no es lo mismo que lo que hacéis cada día aquí, pero con un poco de suerte la competición nos servirá para demostrar la eficacia de nuestros servicios.

Tuffy se rascó la cabeza.

—Será mejor que utilice palabras más sencillas si quiere que la entendamos todos, señora.

—Perdón. —Se volvió hacia Gabriel—. Le he pedido al señor Locke que se encargue él de explicar el papel de los mozos de cuadra en la competición.

Él asintió y tomó el relevo.

—El *Quicksilver* y el *Exeter* arrancarán desde nuestro extremo de la calle High. Cada uno llevará un cochero, un guardia y cuatro pasajeros a bordo. Cuando el señor Hightower dé la señal, las dos diligencias avanzaran hasta una línea pintada con tiza, y ahí será cuando vosotros entraréis en acción: cambiaréis los cuatro caballos por otros, inspeccionaréis los arneses y las correas, les daréis agua a los animales y los cepillaréis.

—Entretanto —añadió Jane—, dos pasajeros varones bajarán desde lo alto de la diligencia y ayudarán a bajar a las damas. Yo llevaré la bolsa con el correo y los paquetes que traiga el guardia hasta nuestro buzón, y sacaré las cartas que haya para enviar. Colin bajará dos maletas de veinte kilos cada una de la parte de atrás de la diligencia y se las llevará a Hightower. La señora Rooke le dará un trozo de tarta a cada pasajero, y Bobbin le ofrecerá una jarra a Charlie.

—Vaya, claro... Él sí que tomará una pinta —gruñó Tuffy.

—Y por fin —concluyó Gabriel—, cuando hayáis terminado de cambiar los caballos, apartaos a toda prisa, porque Charlie hará crujir el látigo sobre las cabezas de los líderes y conducirá la diligencia hasta la línea de meta. El primer carruaje en llegar gana.

—Parece fácil —comentó Tall Ted muy animado—. Les demostraremos a esos chicos de Wishford cómo se hace.

—No nos confiemos —le advirtió Jane—. A esos chicos de Wishford

también los están entrenando.

Gabriel se volvió hacia Ted y Tuffy.

—Para empezar, vamos a hacer un cambio tal como lo hemos hecho hasta ahora, y yo os cronometraré.

Se sacó un reloj del bolsillo. Jane se dio cuenta de lo elegante que era: un diseño moderno con una segundera más pequeña insertada en la esfera.

Adelantaron el carruaje de los Brockwell y prepararon los caballos. A la señal de Gabriel, los mozos de cuadra empezaron a cambiar los animales. Con las prisas y al saberse observados, chocaron, se les enredaron los arneses y tuvieron que poner bien las escaleras varias veces.

Por fin completaron el cambio y se volvieron hacia Gabriel para que anunciara el veredicto, Tuffy muy sonriente y Tall Ted agachando la cabeza avergonzado.

Gabriel esbozó una mueca contrariada al mirar el reloj.

—Nueve minutos y treinta segundos.

Tuffy levantó el puño con aire triunfal.

—¡Eso se merece una pinta!

Gabriel negó con la cabeza y le posó la mano en el hombro al anciano.

—Bueno, por lo menos sabemos de donde partimos. Y el trabajo que tenemos por delante.

Se dirigió a Charlie Frazer.

—¿Algún consejo?

El hombre asintió y dio un paso adelante.

—Todo cochero tiene su método; os explicaré el mío encantado. Aunque os advierto que no suelo verme en la necesidad de ganar ninguna competición. Para hacer el cambio rápido, todo el mundo tiene que saber el sitio que debe ocupar, y no tropezar los unos con los otros.

Cuando dijo eso, Ted volvió a agachar la cabeza, y Charlie le dio una palmada en la espalda para animarlo.

Y prosiguió:

—Yo creo que un buen cochero puede ayudar pidiéndole al pasajero que viaja a su lado que desabroche las riendas justo cuando la diligencia se para. El primer mozo de cuadra desengancha las correas exteriores del caballo líder

y cambia el caballo, mientras que el segundo mozo desengancha el resto de las correas, desacopla los caballos que van junto a las ruedas, y cambia el que va delante. El cochero se baja todo lo rápido que puede y termina de cambiar a los líderes.

Finalizó haciendo una floritura con la mano. Jane pensó que iba a hacer una reverencia y todo.

Tuffy se lo quedó mirando con la boca abierta.

Tall Ted frunció los labios.

—¿Eso es lo que se suponía que debíamos hacer cada vez que llegabas?

Miró a su compañero con incredulidad.

Y Tuffy dijo:

—La mayoría de veces me preguntaba qué diantre hacías.

—Bueno, yo trabajo con distintas posadas a lo largo de mi ruta y ya sé que cada establecimiento tiene sus métodos —explicó el cochero muy cortés—. Yo creo que el que he descrito es el ideal, aunque no siempre se hace así.

Gabriel asintió.

—La posada del Marqués de Epsom utiliza un sistema parecido. Es un poco complicado, pero yo sé que podéis hacerlo. Tengo mucha confianza en vosotros. Tenemos una semana. Ya podemos ponernos a trabajar.



Durante toda la semana siguiente, los mozos de cuadra practicaron la rutina cada vez que tenían un momento libre. Gracias a la dirección de Gabriel, se esforzaron para mejorar la maniobra en cada uno de los pasos y utilizaron el carruaje de Timothy Brockwell en los descansos. Hicieron todo lo que pudieron para atender a la perfección a las diligencias del Correo Real que paraban. Charlie y Jack Gander les ayudaban siempre que su tarea se lo permitía.

El día anterior a la competición, Jane estaba paseando por el patio con una libreta y un lápiz en la mano, esperando a que los mozos de cuadra volvieran a empezar. Thora estaba sentada en un banco con un montón de ropa por zurcir, y

de vez en cuando miraba por encima de las gafas para comprobar sus progresos.

Cuando los caballos estuvieron bien colocados, Gabriel se miró el reloj de bolsillo entornando los ojos para ver bien la segunda.

—Y... ¡ya!

Tall corrió hacia delante para desenganchar al líder y cambió el caballo de atrás, mientras que Tuffy desacoplaba los posteriores y cambiaba el de la parte de delante. Joe, que estaba haciendo el papel de cochero en ausencia de Charlie, saltó y terminó de cambiar a los líderes.

Gabriel consultó el reloj y no consiguió reprimir una mueca de fastidio.

—Cuatro minutos y cuarenta segundos.

Jane anotó el tiempo en la libreta y gritó:

—¡Otra vez!

Gabriel se pasó la mano por la cara con cansancio.

—Creo que deberíamos descansar.

—Pero tenemos que seguir practicando —dijo ella—. Todo depende de esto.

Los hombres rugieron.

Justo en ese momento *sir* Timothy entró a caballo en el patio; estaba muy atractivo, vestía chaqué y botas negras. Proyectaba una imagen arrebatadora subido a su caballo negro. Saludó a los demás con educación, y después miró a la mujer.

—Hola, Jane. He venido a llevarte a dar una vuelta.

—No puedo. La competición es mañana.

—Ya lo sé. Por eso he venido. Y te conozco lo suficiente como para saber que estarás siendo muy dura, tanto con tu personal como contigo misma. Necesitas un descanso.

Se sintió tentada, pero tenía mucho que hacer.

—Gracias, pero yo...

—Oh, venga Jane —intervino Thora—. *Sir* Timothy tiene toda la razón. Ve a liberar un poco la tensión que nos estás transmitiendo a todos.

—A los chicos les vendrá bien descansar —añadió Gabriel.

Jane resopló.

—Está bien. Por lo visto estoy en minoría. La verdad es que me encantaría enseñarte mi caballo nuevo.

Sir Timothy alzó las cejas.

—¿Caballo nuevo?

La mujer miró a Gabriel y se dio cuenta de que aguardaba su respuesta con expectación.

—Yo... te lo explicaré mientras cabalgamos.

Después de cambiarse rápidamente y ponerse un vestido para montar con ayuda de Cadi, Jane volvió al establo. Una vez allí, Gabriel la ayudó con habilidad a subir a la silla de montar. Como de costumbre, le colocó la bota en el estribo. Pero aquella vez ella se sintió extrañamente cohibida al sentir que él la estaba agarrando del tobillo, en especial con *sir Timothy* allí, observándolo todo. En cuanto terminaron, se alisó la falda asegurándose de que tenía las piernas bien tapadas. Después reajustó las riendas e hizo chasquear la lengua para ponerse en movimiento.

Sir Timothy observó a *Athena* y dio un silbido.

—Es un buen ejemplar. Y se parece mucho a tu antigua yegua, ¿no?

—Sí, mucho.

El hombre tiró de su caballo para que se pusiera junto a la yegua. *Athena* resopló y le lanzó al semental una salvaje mirada de advertencia.

—Tranquila, chica —murmuró Jane.

—Tenga cuidado —le comentó Gabriel—. Todavía no está acostumbrada a ese caballo negro.

Sir Timothy lo miró con cierta extrañeza y avanzó.

Cruzaron el arco de la posada a un modesto trote y siguieron colina abajo. Ante ellos se extendían los campos verdes salpicados de amapolas, y el cielo azul sobre sus cabezas. Cuando el terreno empezó a ser más llano comenzaron a avanzar a medio galope. «Ah...».

La mujer sonrió a su acompañante.

—Tenías razón. Necesitaba esto.

La cálida brisa del verano se llevó la tensión y sus temores.

A medida que se acercaban a Wishford, Jane percibió un olor acre. Olfateó el aire. ¿Alguien estaba quemando rastrojos?

—¿Hueles a humo?

Él asintió y frunció el ceño.

—Pues sí.

Cuando se acercaron a la carretera, ella miró hacia Fairmont. Se le desbocó el corazón. Vio una columna de humo que ascendía hacia el cielo. ¿Salía de la casa? Se llevó una mano al pecho. No. El establo nuevo.

Entonces escucharon el grito de un hombre que aullaba:

—¡Fuego! ¡Fuego! ¡Hay fuego en el establo!

Jane supuso que sería uno de los albañiles. Se le volvió a acelerar el corazón. Toda la haya y la paja. ¡Los pobres caballos!

Por un momento se quedó helada sobre la montura, presa del pánico. ¿Dónde estaba James? Miró a todas partes, pero no vio a nadie. Entonces se bajó del caballo.

—¡Jane! —gritó Timothy alarmado.

Desmontó a toda prisa y agarró ambos pares de riendas.

Ella se agarró la falda y echó a correr. Cruzó la verja y dejó atrás la mansión en dirección al edificio nuevo.

Cuando llegó al establo vio el humo y a un mozo de cuadra que estaba intentando salvar a los caballos. Había embriado a un obstinado y aterrorizado semental pardo y tiraba de él con las riendas.

—¿Dónde está el señor Drake? ¿Está a salvo?

—No lo sé, señora.

Cruzó el umbral con indecisión. Oyó el crepitar del fuego detrás de una puerta al fondo del edificio. Quizá fuera la sala de aparejos o donde guardaban la comida. Por debajo de la puerta salía tanto humo que parecía un río negro.

Sir Timothy la alcanzó y entró a toda prisa para ayudar a sacar a los caballos. Un asustado ejemplar gris relinchaba y corcoveaba pateando con las pezuñas las paredes de la cuadra. Agarró una cuerda que estaba colgada de un gancho y la utilizó para hacer un lazo alrededor del cuello del animal, y así pudo sacarlo del establo.

Después gritó por encima del hombro:

—¡Jane, sal!

—Quiero asegurarme de que James está bien. ¿Tú lo ves?

Timothy volvió corriendo dentro, la agarró del brazo y la sacó del establo con firmeza.

—Vámonos.

Otros hombres llegaron corriendo, venían de la mansión y de otros edificios colindantes, pero seguía sin haber ni rastro del propietario.

—¡Allí!

Sir Timothy señaló hacia arriba y Jane levantó la vista para ver qué había llamado su atención.

El piso superior estaba en llamas. James estaba al otro lado de la puerta de carga intentando sofocar el fuego con una manta.

Cuando los vio a todos abajo les gritó:

—¡Vayan a buscar ayuda!

Ella asintió y les gritó a los hombres que pasaban:

—Hay escaleras y cubos en el sótano. ¡Vayan a por ellos!

Después cruzó el patio a toda prisa, saltó por encima de una montaña de madera y se apresuró hasta su yegua, que estaba amarrada junto a la verja. Timothy corría a su lado. Cuando llegaron junto a *Athena*, él se agachó y unió las manos enguantadas. Como tantas veces había hecho durante su larga amistad, Jane apoyó la bota sobre sus dedos entrelazados y él la empujó hacia arriba.

A continuación montó él también en su caballo.

—Reuniré a los hombres Brockwell Court y avisaré a los de Wishford al pasar.

—Yo traeré ayuda de la posada y de Ivy Hill —añadió ella.

Jane subió la colina al galope mientras Timothy descendía hacia la carretera de Wishford. Cuando llegó a lo alto de la loma, algunos minutos más tarde, la mujer dirigió a *Athena* hacia el arco de la posada.

Y allí vio a Gabriel saliendo del establo, llevando a *Sultán* por las riendas. Se volvió en cuanto oyó el sonido de los cascos que se acercaban al galope. Y al verla gritó:

—¿Qué pasa?

—¡Fuego! —chilló, señalando en la dirección por la que había venido—.

En Fairmont House.

Jane vio a Tuffy, a Ted y a Joe trabajando en el patio. La señora Rooke y Dotty estaban sentadas en el porche desplumando gallinas.

Gabriel frunció el ceño, concentrado, y después miró a su alrededor.

—Tuffy, engancha el carro. Chicos, cargad todas las latas y cubos que tengamos. Tendremos que montar una brigada de aguadores.

—¿Y por qué tenemos que dejarnos la piel para ayudar al hombre que está intentando dejarnos sin trabajo? —cuestionó la cocinera.

Gabriel montó a *Sultán* y respondió:

—Mañana seremos rivales. Hoy somos vecinos.

Los mozos de cuadra se apresuraron a hacer lo que les había ordenado el señor Locke, y Jane siguió su camino, cabalgando por el pueblo y pidiendo ayuda a gritos. Cuando llegó a la verja de la iglesia vio al sacristán con su pala.

—¡Toque la campana! ¡Hay fuego en Fairmont House!

El señor Ainsworth tiró la pala y corrió hacia la iglesia.

La mujer galopó de vuelta a Fairmont; el sonido de las campanas se disipaba mientras se alejaba. Cuando llegó a su antiguo hogar, se sintió aliviada al ver que Gabriel había llegado antes que ella y que ya se había unido a los albañiles y al personal de Fairmont para formar una fila que llegaba hasta el estanque que había detrás de la mansión. James estaba en lo alto de una escalera apoyada contra la pared del establo, esperando a que le llegara el primer cubo. Los carros procedentes de Bell Inn y Brockwell Court entraron retumbando por la puerta, y mucha gente llegó caminando desde Ivy Hill, bajando a toda prisa la colina cargados con cubos y latas.

Entre la multitud y el humo, Jane vio a *sir* Timothy, a Thora, a Talbot y a Joe. Y Patrick estaba justo al lado del estanque, llenando cubos de agua con sorprendente energía y velocidad. Se conmovió al verlo. Reconoció a algunos clientes habituales de la posada, además de al señor Paley, la señora Bushby y al señor Cottle, el carnicero. Y a algunos lugareños más que conocía de vista pero no por el nombre. Otras personas llegaban de los alrededores de Wishford y se unían a la fila.

Se emocionó al ver a personas de ambos pueblos dejando atrás sus disputas

para ayudar a un vecino necesitado. Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero parpadeó para hacerlas desaparecer. Probablemente solo fuera el humo. No era el momento de ponerse sentimental.

Así que tomó un cubo y se colocó en la hilera.

Una hora después habían conseguido apagar el fuego. Para entonces, la parte oeste del establo —la sala de aparejos y el almacén de haya— estaba completamente destruida.

Oyó a *sir* Timothy —siempre tan interesado por esas cosas— preguntándole al jefe de mozos de cuadra de Fairmont:

—¿Cómo ha empezado?

—No lo sé. Imagino que habrá sido cosa de alguno de los albañiles fumándose un puro.

—O una chispa de algún candil —opinó el señor Kingsley.

Teniendo en cuenta que era de día, Jane dudaba que los candiles hubieran provocado el fuego.

Se dio cuenta de que James Drake no decía nada. Estaba allí plantado mirando el establo destrozado, con los dientes apretados y la cara manchada de hollín. Se sintió mal por él.

Poco a poco, los empleados fueron entrando en el edificio principal y los albañiles y los lugareños se fueron marchando a sus casas y a sus comercios.

Cuando ya solo quedaban Jane, Gabriel, James y *sir* Timothy, este dijo:

—Teniendo en cuenta la competición de mañana, cuesta creer que el fuego fuera un accidente.

—¿Crees que alguien lo provocó de forma intencionada? —preguntó la mujer.

—¿Tú no lo pensarías si fueras el señor Drake?

—¿Pero quién podría hacer una cosa así? Espero que no pienses que yo he tenido algo que ver —respondió ella.

—Jamás pensaría algo así de ti, Jane. Pero quizá haya sido alguno de tus empleados.

Ella barajó una posibilidad, pero la rechazó enseguida.

—Estoy segura de que no puede ser.

A su lado, James respiró hondo y echó los hombros hacia atrás. Enterró las sospechas de *sir* Timothy diciendo:

—Estoy de acuerdo. Lo más probable es que haya sido un accidente, y no evitará que compitamos contra Bell Inn mañana.

—Pero, James, mire este desastre. —Ella señaló el edificio medio carbonizado—. Si quiere posponer la competición algunos días, yo...

—No, Jane —contestó, recuperando su impávida seguridad—. La competición se celebrará según lo planeado. Y a pesar del contratiempo, ganaremos.



Una vez apagado el fuego, Thora volvió caminando hasta la posada. Se lavó la cara y las manos sucias en la bomba de agua y después entró en el despacho con la intención descansar unos minutos. Se enfadó mucho al encontrarse a Colin McFarland sentado al escritorio.

—¿Por qué no has venido a ayudar a apagar el incendio?

El joven se puso en pie.

—No me he enterado hasta que ya estaba apagado.

—¿No te has enterado? Pero si lo sabe todo el pueblo. Ah... — Comprendió lo que ocurría y alzó la barbilla—. Estabas otra vez en casa de tus padres, ¿no? Comprendo que quieras ayudar a tu familia, pero a veces pienso que pasas más tiempo allí que haciendo el trabajo por el que te pagamos aquí. —Pasó un dedo por encima del escritorio polvoriento—. Este despacho nunca estuvo así de dejado cuando estaba Talbot. Y, por cierto, él sí que ha encontrado tiempo para venir a ayudar en el incendio.

Colin suspiró y murmuró:

—Pues claro...

—¿Qué has dicho? —preguntó Thora, con aspereza—. No pienso permitir que nadie hable mal de Walter Talbot.

—No me atrevería, créame. —El chico negó con la cabeza—. Usted solo habla mal de mí: «Colin, has cobrado mal al señor Sanders. Talbot siempre le

cobraba menos» —repitió lo que ella le había dicho, tomándose demasiadas confianzas—. «Colin, ¿por qué haces dos viajes? Talbot era capaz de llevar una docena de maletas de una sola vez». «Colin, ¿por qué diantre has instalado al señor Peterson en la habitación cuatro? Ya te he dicho que siempre lo hospedamos en la número seis».

—Bueno, es verdad —se defendió ella—. Ese hombre ronca como un oso y en esa habitación hay un armario que ayuda a amortiguar el sonido. También fue idea de Talbot.

El chico alzó las manos al cielo.

—Talbot esto... Talbot lo otro... Ya lo entiendo. Era el porteador y el gerente perfecto. Y yo nunca seré ni la mitad de bueno. Nadie lo será. Jamás estará usted contenta con ningún otro hombre.

La mujer parpadeó, la acalorada reacción del joven, que normalmente era un muchacho tranquilo, la había sorprendido.

Colin se marchó del despacho muy enfadado, y un segundo después la señora Rooke apareció en la puerta con un brillo astuto en los ojos. No había duda de que lo había escuchado todo.

Apoyó su fornido hombro en el marco de la puerta y dijo:

—El chico tiene razón, ¿sabe? Es usted demasiado dura con él. No es culpa suya que no sea Walter Talbot. Dios solo hizo uno, y no es muy probable que volvamos a ver un hombre como él.

Thora se puso en pie. Ya había tenido bastante. Pero antes de que tuviera la oportunidad de pedirle a la impertinente cocinera que se marchara, Bertha levantó la mano para cortarla.

—Ya sé que no es asunto mío, pero también sé por Sadie y Marta Bushby que últimamente ha estado pasando mucho tiempo con el señor Talbot. Que ha vuelto a darle esperanzas. Si no va a aceptarlo nunca, dígaselo claramente, para que deje de esperarla. Así puede que alguna otra mujer tenga alguna oportunidad con él. Después de la guerra no quedaron muchos hombres por aquí y, desde luego, hay muy pocos tan buenos, trabajadores y respetables como él.

—Ya se lo he dicho.

Bertha frunció el ceño.

—¿Qué? ¿Lo ha rechazado?

Asintió.

—¡Thora Bell! Pensaba que era usted más inteligente.

—Bertha Rooke, cuidado con lo que dices.

—Adelante, ya puede despedirme si quiere. No creo que ninguno de nosotros vaya a seguir trabajando aquí durante mucho tiempo, así que ¿por qué no decir lo que pienso si con ello puedo conseguir mejorar las cosas? Aunque por lo visto es demasiado tarde.

—Sí, ya es tarde, así que ve a ocuparte de tus cosas y deja que yo me ocupe de las mías. No queremos que la cena se retrase también.

La cocinera se marchó ofendida, pero Thora no sintió ninguna satisfacción después de haberla puesto en su sitio.

Al contrario, se le hizo un nudo en el estómago al pensar que quizá Colin y Bertha tuvieran razón. «¿Sería demasiado tarde?».



CAPÍTULO

39

No estaban preparados, pero la mañana del sábado llegó. Cuando el sol empezó a brillar sobre el tejado de la posada y en el patio, Gabriel Locke y los mozos de cuadra ya estaban en pie y afrontaban su último entrenamiento.

Jane salió a mirar. A medida que se acercaba la hora de la competición se sentía más ansiosa y nerviosa. Los hombres completaron la maniobra del cambio y miraron a Gabriel con expectación.

Él frunció el ceño mirando el reloj. Irradiaba tensión por los cuatro costados.

La mujer aguardó. Apretaba los puños y se clavaba las uñas en las palmas de las manos.

—¿Y bien?

—Sigue sin ser suficiente. —Miró a los hombres—. Habéis mejorado, no me malinterpretéis, pero todavía no lo dominamos.

Tuffy se frotó la nuca.

—Demuéstramelo otra vez, Gable. Si te veo hacerlo una vez más, quizá consiga hacerlo bien.

—De acuerdo.

Volvieron a repasar la maniobra y el herrador ocupó el lugar del mayor de los mozos de cuadra. Se movía a una velocidad impresionante. El hombre sustituido lo observaba, asintiendo con la cabeza y la mirada despierta tratando de seguir todos sus movimientos, recreando las acciones de su amigo con sus manos huesudas.

Después, Gabriel les dijo a todos:

—Vamos a hacer un descanso, chicos. Volveremos a empezar dentro de diez minutos.

Tall Ted y Joe asintieron y se marcharon arrastrando los pies por el patio hasta la fuente.

La dueña de la posada se puso en jarras.

—No es momento de descansar. ¡La competición es esta tarde!

—Ya lo sé, Jane —espetó el señor Locke—. Y no nos ayuda que nos lo recuerde cada cinco minutos.

Ella se arredró ante el tono áspero de Gabriel. Era evidente que estaban todos muy nerviosos.

—Gable, ¿por qué no ocupas mi lugar en la competición? —comentó Tuffly acercándose—. A mí no me importa y tú eres mucho más rápido. Yo ya me estoy haciendo viejo para esta clase de competiciones.

Gabriel lo agarró del hombro.

—El mozo eres tú. Puedes hacerlo.

Pero Jane comentó en voz baja.

—Usted es el herrador de la posada, señor Locke. No estaríamos quebrantando las normas.

Él negó con la cabeza.

—Yo tan solo soy el entrenador.

En ese momento llegó el Correo Real y los hombres se apresuraron a cambiar los caballos de una diligencia de verdad. Jane se apartó un poco, deseaba poder hacer algo para ayudar. La tarea que ella tenía encomendada, junto a Colin, la señora Rooke y Bobbin, era relativamente sencilla, y ya la hacían en el tiempo adecuado. Todo dependería de los mozos.

Patrick salió de la posada y después de ocuparse de sus obligaciones se acercó para entregarle una carta.

—Ha llegado esto para ti.

—Gracias.

No reconoció la caligrafía femenina. La persona remitente había escrito la dirección bastante mal. Pero su nombre se leía con claridad.

Desdobló la hoja. En el interior había un recorte de periódico acompañado

de algunas frases escritas a mano:

Cuando se marchó usted, empecé a rebuscar entre las montañas de periódicos viejos de Goldie (¡nunca tira nada!) para ver si en algún momento se había publicado algo sobre John. Esto es lo que encontré. He pensado que le gustaría leerlo.

Jane tomó la noticia recortada y empezó a leer.

Carruaje mortal encontrado

Se ha encontrado abandonado en el bosque cerca de Epsom un carruaje que coincide con la descripción del vehículo involucrado en una colisión en mayo, que provocó la muerte de un hombre, John Bell, de Ivy Hill, Wilts. Las autoridades le han seguido el rastro hasta una posada de la zona. El cochero había contratado el carruaje aquel mismo día, había pagado en efectivo y por adelantado, y no llegó a devolver el vehículo. No lo han encontrado y tampoco ha sido identificado. Las autoridades sospechan que debió de dar un nombre falso en la posada. Se ha solicitado a cualquiera que tenga información sobre el cochero que informe a las autoridades.

Se le hizo un nudo en el estómago, de pronto se sentía confusa y alarmada. Cuando levantó la vista se encontró con los ojos de Gabriel.

—¿Qué ocurre?

Se acercó a él y le entregó el recorte de prensa.

—Encontraron el carruaje que acabó con la vida de John abandonado en el bosque.

Leyó la noticia. Su silencio llamó la atención de Jane, que lo observó con recelo.

—Ya lo sabía, ¿verdad?

—Yo... oí algo al respecto en Epsom, cuando usted se marchó.

—¿Por qué no me lo dijo?

Él se encogió de hombros.

—Todavía no han encontrado al cochero. En realidad no había nada nuevo que contar.

—¿Nada nuevo? —respondió incrédula, recuperando el papel de periódico—. Aquí pone que el cochero contrató el carruaje utilizando un nombre falso ese mismo día.

Gabriel asintió.

—Varios testigos pudieron describir el vehículo y, cuando lo encontraron, fueron capaces de identificarlo como el que había provocado el accidente.

—¿Accidente? ¿Quiere que crea que un hombre lo alquiló con un nombre falso y después atropelló a mi marido por casualidad y a la velocidad suficiente como para acabar con su vida?

El hombre la miró un momento a los ojos y después bajó la vista.

—Quizá contratara el carruaje con algún otro fin perverso y sencillamente John se puso en medio cuando el otro intentaba escapar.

Ella negó con la cabeza muy despacio, cada vez más enfadada.

—Usted no piensa que sucediera eso. Se lo noto en la cara. Piensa que alguien asesinó a John a propósito, ¿verdad?

El herrador esbozó una mueca de dolor.

—Eso no podemos saberlo. Pero es una posibilidad.

—¿Cuánto hace que lo sospecha? Este recorte no tiene fecha, pero no es reciente.

—Oí rumores poco después del accidente, pero nada concreto.

—¿Y entonces por qué permitió que yo pensara otra cosa? —Hizo ondear el papel—. ¿Por qué tengo que enterarme de esto ahora, más de un año después, y de la mano de un desconocido?

Gabriel miró hacia el otro extremo del patio y se dio cuenta de que los mozos estaban mirando.

—Shhh... baje la voz, Jane.

—¡No quiero! Acabo de averiguar que mi marido no murió en un accidente desafortunado, sino que podrían haberlo atropellado intencionadamente, ¿y tengo que bajar la voz?

Él puso una mano en el brazo de la mujer.

—Tranquila.

Ella apartó la mano.

—No me diga que me tranquilice, señor Locke. No tiene ningún derecho. Pensaba que podía confiar en usted. ¿Por qué no me lo dijo?

—Porque tampoco me habría ayudado a devolverle a John. Y pensé que únicamente conseguiría provocarle más dolor.

Jane recordó que, en Epsom, él le había dicho que se sentía culpable por la muerte de John, como si hubiera sido culpa suya. Pero estaba segura de que no había tenido nada que ver. Lo miró con los ojos entornados.

—¿Qué más me ha ocultado?

Él apretó los dientes.

—¿Quién querría hacerle daño a un modesto posadero?, y ¿por qué? — prosiguió la mujer, mirándolo fijamente.

Gabriel apartó la vista mientras se pasaba la mano por la cara.

—Ahora no tenemos tiempo para eso, Jane. Ya lo pensaremos después. En este momento, debería asegurarse de que usted, Colin, la señora Rooke y Bobbin están preparados para hacer su parte en la competición.

Jane negó con la cabeza.

—¿Esto tiene algo que ver con el préstamo de John?, ¿con el dinero perdido? ¿También me está ocultando algo sobre eso?

—¡No hay ningún dinero perdido! —respondió irritado.

Ella se sintió como si le hubiera dado un bofetón. Los mozos que estaban al otro lado del patio, Tall Ted, Tuffy y Joe, se volvieron de golpe para mirarlos.

El herrador la condujo hasta el establo y empezó a hablar bajando la voz:

—Jane, no sé de dónde ha sacado la idea de que John escondió ese dinero en alguna parte, pero no es cierto. Se lo gastó. Hasta el último centavo. Lo perdió todo en las apuestas de caballos.

La mujer se quedó sin respiración.

—¿Qué...?

Él asintió con gesto serio.

—Por eso fue a Epsom. Y a Newmarket, y a Brighton y a Bath.

—Pero... fue a verle a usted. Para comprar caballos.

—Es posible que esa fuera su intención inicial. Pero después decidimos ir

juntos a las carreras. John sabía que yo tenía buen ojo para los caballos, y apostó lo mismo que yo. Al principio los dos ganamos un poco de dinero y el éxito se nos subió a la cabeza. Después de aquello, John siguió buscándome en las carreras, quería que yo lo ayudara a decidir a cuáles apostar. Y en algunas acerté y en otras no: no soy vidente. Empezó a perder dinero. Mucho. Yo también perdí, pero llegó un momento en que decidí dejar de apostar. Intenté convencerlo de que también lo dejara. Pero él estaba seguro de que recuperaría el dinero que había perdido si conseguía más fondos, y así ni usted ni su madre tendrían por qué enterarse de nada. Cuando perdió el dinero del préstamo, le pidió un poco más al tipo equivocado. Un hombre que no olvida las deudas.

—¿Me está diciendo que ese hombre asesinó a John?

—No puedo demostrarlo, pero parece probable.

—¿Y quién es ese hombre?

—No sé cómo se llama. Pero conozco a los de su calaña.

—¿Pero por qué querría matar a John? Ahora nunca recuperará su dinero.

—Yo pienso que cuando se dio cuenta de que nunca cobraría, decidió tomar represalias. Para mandar un mensaje a los demás deudores, imagino. Pagad o ateneos a las consecuencias.

—Pero usted era amigo de John. ¿No podía haberle ayudado?

El dolor se reflejó en su rostro.

—Lo intenté, pero no me dejó. Le advertí que no volviera por Epsom. Que era peligroso. Pero él fue de todas formas. Le pregunté el nombre del sinvergüenza que le había dejado dinero y cuánto le debía, pero se negó a decírmelo, no quiso que lo ayudara. Era un hombre orgulloso.

—¡¿Orgulloso?!

Pronunció la palabra con amargura.

—Jane... —Gabriel le puso una mano en el brazo, en un intento por consolarla—. John no era un mal hombre. Solo era... débil en ese sentido.

Ella negó con la cabeza.

—¿Y usted lo sabía y no me dijo nada? Todo este tiempo he estado cuestionando a Blomfield, investigando, haciéndome preguntas, e intentando salvar este lugar por John, cuando él terminaría perdiéndolo en las apuestas de

todas formas...

—No lo está salvando por él, Jane. Lo está salvando por usted, y por las personas que trabajan para usted.

Ella apartó el brazo.

—Debería haberme dicho la verdad. Pero me mintió y fingió ser una persona que no era. Un modesto herrador con un purasangre en propiedad, un reloj caro y una cuenta bancaria en Wishford. Soy una necia.

—Usted lo estaba pasando mal. Pensé que la verdad solo serviría para empeorar las cosas. ¿Por qué cree que me he sentido tan culpable y me he alejado del mundo de las apuestas? ¿Por qué cree que vine aquí a echar una mano?

—¿Echar una mano? —se burló ella, negando con la cabeza—. Ya es demasiado tarde para ayudar: John está muerto. Y si su ayuda viene en forma de mentiras y engaños, no la quiero. No quiero tener a un hombre en quien no puedo confiar viviendo a mi lado. —Entonces otra idea rondó por su cabeza—. ¿Y cómo sé que esto es cierto después de comprobar que mintió usted en todo lo demás?

Jane se dio media vuelta y se marchó corriendo hacia la cabaña, cerró la puerta con fuerza y echó el cerrojo nuevo que le había instalado Gabriel. Le pareció irónico y, por un momento, olvidó la conmoción y el dolor. «Es muy probable que el cerrojo ni siquiera funcione...».

Una sensación de angustia arrasó todos sus pensamientos. Se sentó en el borde de la cama y se llevó las manos a la cara. Las emociones se apoderaron de ella. Traición. Decepción. Rabia. Humillación. Su marido, un adicto a las apuestas. Un mentiroso. Un impostor. ¿Cuál era su problema? ¿Por qué siempre se sentía atraída por los hombres equivocados? ¿Hombres en los que no podía ni debía confiar? Había estado a punto de confiar en Gabriel Locke, pero había descubierto que él también era un mentiroso.

Alguien llamó a la puerta, pero no abrió. Se tendió y se puso una almohada encima de la cabeza.



Jane despertó un rato después. Había llorado hasta quedarse dormida. Se levantó y se lavó. Mientras se secaba con una toalla, venció la tentación de volver a la cama, quedarse escondida en la casita de madera y evitar a todo el mundo, en especial al señor Locke.

La peor parte de la conmoción había pasado y la rabia había menguado, y admitió que lo que le había explicado el herrador acerca del paradero del dinero era perfectamente creíble.

Respiró hondo e hizo acopio de fuerzas. Se dijo que no necesitaba esconderse. Con suerte nadie habría escuchado lo que había hecho su marido y la verdad probable de cómo había muerto. Ya hablaría más tarde con Gabriel Locke. Aunque no sabía qué le diría. Pero primero tenían que prepararse para la competición.

El señor Locke tenía razón en una cosa. Ella no estaba intentando salvar la posada por John. Por lo visto, tenía que salvarla de John, por el bien de todas las personas que dependían del establecimiento.

Salió a la calle, echó un vistazo por el patio y frunció el ceño al ver la falta de actividad. ¿No estaban practicando? ¿Dónde se había metido Gabriel Locke?

Los demás hombres seguían allí. Tall Ted, apoyado en la puerta del establo.

—Gable se ha marchado, señora.

—¿Se ha ido? —Sintió que se le paraba el corazón por un momento—. ¿Qué quiere decir que se ha marchado?

—Después de que ustedes dos tuvieran esa... mmm... discusión, él recogió sus cosas y se marchó.

—Maldita sea —exclamó entre dientes.

El joven Joe negó con la cabeza.

—No es propio de Gable irse así. Ha debido de costarle mucho.

Ted esbozó una mueca.

—No creo que vayamos a ganar sin él.

—No podemos —terció Tuffy—. Sin él no tenemos ninguna oportunidad.

—Pues claro que podemos ganar —opinó Jane, con disimulada desesperación—. Vosotros sois los mozos.

Ted agachó la vista.

—Pero él es nuestro líder.

«Oh, ¿qué he hecho?», se lamentó ella mentalmente, entrelazando las manos. «Él me mintió o me ocultó la verdad», se recordó. «No pienso ir a buscarlo. No señor».

Su cuñado salió de la posada y se plantó en el porche cruzado de brazos.

—La competición empieza dentro de una hora, Jane.

—Gracias por la valiosa información, Patrick.

Le dedicó una sonrisa amarga y después se dirigió a Tuffy.

—¿Has visto por dónde se ha marchado?

—Sí, señora. En dirección a Wishford.

La mujer resopló. Claro. Siempre fue Wishford.

Ella no había tenido intención de provocar la marcha de Gabriel. Se había quedado perpleja y enfadada, pero básicamente con John. No había hablado en serio cuando le había dicho que no lo quería allí.

Empezó a caminar. Cuando cruzó el arco advirtió mucha actividad en la calle High. El personal del Fairmont estaba empezando a montar su equipo. Mozos y postillones deambulaban intranquilos intercambiando miradas preocupadas.

Jane se volvió hacia su postillón más menudo, era joven, pero montaba muy bien.

—Joe, saca el caballo más rápido que tengamos y toma el camino de herradura para atajar por el prado y llegar hasta la carretera de Wishford. Encuentra a Gabriel y pídele que vuelva.

El chico la miró alzando las cejas.

—No puedo. El caballo más rápido que tenemos es *Athena*, y no me deja montarla.

Tall Ted dio un paso adelante y dijo con un tono conciliador:

—¿Por qué no va usted, señora Bell, y se lo pide con delicadeza? Sé que si lo hace él volverá. Gabriel es un auténtico caballero.

«¿Un caballero?» se preguntó indignada. «¿Un caballero que miente y finge ser una persona que no es?» Pero acalló esa vocecita al recordar que aquellos hombres veían a Gabriel como su líder. Y para ganar iba a necesitar toda la confianza de sus hombres.

Empezó a pasear de un lado a otro. «No pienso suplicarle».

—Cuarenta minutos, Jane —anunció Patrick, esbozando una pícaro sonrisa satisfecha—. A menos que prefieras darte por vencida ya mismo y terminar con esto.

Se mordió el labio para reprimir las lágrimas. Sintió la tentación de rendirse. ¿Por qué iba a molestarse en intentarlo cuando tenía a tantos hombres en su contra: el señor Drake, el señor Blomfield, el señor Hightower, Patrick, y ahora también Gabriel?

De la posada salió la tímida Alwena, seguida de Cadi, Dotty y la señora Rooke, que tenía cara de preocupación. Después apareció Ned, el chico encargado de preparar las mesas en el restaurante, y Bobbin. Todos se quedaron allí plantados muy serios, mirándola. Esperando a que ella tomara una decisión. Que los salvara.

—¡Oh, está bien! Iré. Ensillad a *Athena*, rápido.

—¡Sí, señora!

Los mozos se pusieron manos a la obra. Incluso el viejo Tuffy se movía con sorprendente rapidez para ayudar a embridar al caballo. Era evidente que estaban convencidos de que su destino estaba en las hábiles manos de Gabriel. Y Jane estaba de acuerdo.

Unos minutos después, Tuffy sacó a *Athena* del establo, que salió con las orejas echadas hacia atrás y los ojos muy abiertos, como observando la gran cantidad de gente allí reunida. La mujer le levantó un poco la cabeza y le susurró:

—No me falles ahora, chica.

Ted le echó una mano para subir y Jane aterrizó en la silla con muy poca elegancia. Tiró de la tela del vestido y las enaguas para taparse las piernas lo mejor que pudo. No tenía tiempo de ponerse el vestido de montar.

—Buena suerte, señora —dijo el viejo Tuffy, con la mano en el corazón.

Ella tomó las riendas.

—¡Adelante, chica, arre!

Consiguió con mucha facilidad que la yegua pasara del trote al medio galope y a galopar a toda velocidad. Cruzó la verja, dejó atrás la posada y salió a la carretera. Bajó la colina a toda prisa, levantando grava a su paso,

antes de volver al camino de herradura, deseando con toda su alma alcanzar a Gabriel a tiempo.

Cuando cruzaba la pradera y se acercaba a Wishford vio la silueta de un hombre cabalgando por la carretera.

Incluso desde aquella distancia reconoció el caballo castaño y la confiada postura del señor Locke sobre la silla.

Sin duda tuvo que oír el ruido de los cascos de *Athena*, porque se volvió para mirar por encima del hombro.

Jane levantó la mano.

—¡Gabriel! ¡Espere!

Él se detuvo, dio media vuelta a *Sultán* y se quedó parado, esperando mientras ella se acercaba.

La mujer intentó analizar su expresión. No parecía dolido o enfadado, tal como ella esperaba, ni tampoco satisfecho. Aunque tenía aspecto de cansado.

—No iba exactamente deprisa. ¿Había apostado usted a que vendría a buscarle?

—Ya no me dedico a las apuestas, señora Bell.

Ella se acercó un poco más.

—¿Por qué se marcha?

—Usted me dejó muy claro que quería que lo hiciera.

Detuvo la yegua junto al caballo de Gabriel.

—Estaba asombrada y enfadada. Pero siento haberle hablado con tanta dureza.

—Y yo lamento no haber sido del todo sincero con usted. —Ladeó la cabeza—. Debe de tener muchas ganas de ganar esa competición si ha decidido venir a disculparse.

Ella asintió.

—Ya pensaré en todo lo demás luego, pero de momento quiero ganar. Quiero conservar ese contrato y salvar la posada. Pero no podemos hacerlo sin usted. No puedo hacerlo sin usted. Por favor, no me deje, Gabriel.

Él entrecerró los ojos. Y, por un momento, Jane temió haber dicho algo malo. Haberle provocado otro enfado.

Pensó en qué más podía decir para convencerlo. Pero entonces él cambió

de postura y su obediente caballo empezó a moverse.
Gabriel levantó la barbilla en dirección a Ivy Hill.
—Vamos.



CAPÍTULO

40

Cuando Jane y Gabriel Locke aparecieron en lo alto de la colina juntos, Thora dejó escapar un largo suspiro y murmuró una oración de agradecimiento. Había estado a punto de perder la esperanza.

También se había preparado para ocupar el lugar de Jane en la competición si era necesario, pero dudaba mucho de las posibilidades que tenían de ganar sin que el señor Locke estuviera allí para liderar a los mozos de cuadra.

El resto del personal se había reunido en la calle High, con evidente nerviosismo. Cuando llegaron los líderes todo el mundo los vitoreó. Charlie levantó la vista y miró a Thora con una sonrisa en los labios que no llegó a asomar a sus ojos.

Tuffy se acercó al señor Locke cuando desmontaba. Jane no escuchó lo que le dijo el mozo de cuadra, pero Gabriel contestó:

—¿Estás seguro, Tuffy?

El anciano asintió.

—Lo tenemos todo pensado. Yo haré de pasajero. Eso puedo hacerlo sin problemas.

—Está bien.

Los dos laterales de la calle High estaban llenos de espectadores y ruidosos vendedores que ofrecían refrescos. El oportuno señor Prater había improvisado un tenderete delante de su tienda con caramelos, parasoles y abanicos de bambú para combatir el calor de la tarde. Su hija se abrió paso entre la multitud repartiendo propaganda. Los Craddock le habían preparado a

su hijo adolescente una bandeja con panecillos cubiertos de glaseado y raciones pequeñas de tarta recién salidos de la panadería. Los del bar habían sacado a la calle barriles llenos de cerveza tostada y otra más suave para ofrecer a la sedienta multitud.

Jack Gander, el guardia del Correo Real, tocaba melodías festivas con la bocina para entretener a la gente mientras esperaban el comienzo de la competición. Cuando llegó la hora señalada, el señor Hightower le hizo señas desde la calle y Jack hizo sonar una señal para llamar la atención de todo el mundo.

El subdirector de correos se puso en pie, se subió a una caja y anunció las normas:

—La competición que se celebrará hoy entre Bell Inn y el hotel Fairmont se realizará de la forma siguiente: cada uno de los equipos llevará a cabo un cambio completo de caballos y correo, bajarán y subirán el equipaje, darán de comer a los pasajeros y mmm... darán agua a los cocheros.

Los espectadores rieron a carcajadas.

A Thora le sorprendió la alegría de Hightower, que al principio se había negado a celebrar la competición. Por lo visto le gustaba tener público.

El hombre se volvió y señaló hacia el final de la calle High. Un hombre saludaba desde la ventana de uno de los edificios.

—El señor Gordon será quien decida el ganador de la carrera desde su posición sobre la línea de meta. ¿Los competidores están preparados?

Tal como se había decidido, el *Quicksilver* y el *Exeter* estaban situados en el otro extremo de la calle, cada uno con cuatro caballos y preparados para comenzar. Jack Gander corrió para unirse a Charlie.

Thora se dio cuenta de que el cochero del equipo del Fairmont era Jeb Moore, el desagradable conductor que la había traído desde Salisbury. Pensó que aquello era un punto a su favor, convencida de que aquel hombre tan desaseado no podía hacerle sombra a Charlie; dando por hecho, claro está, que no sacara el látigo corto prohibido por la ley.

Los cocheros, los guardias y las personas que hacían las veces de pasajeros subieron a las diligencias; mientras los mozos, las cocineras, los camareros, postillones y posaderos esperaban en la línea de tiza que habían dibujado

hacia la mitad de la calle, y donde Hugh Hightower aguardaba para supervisar todo el proceso.

Por detrás de él, la mujer vio a su hijo apoyado contra la fachada de una tienda, con los brazos cruzados. No vio a Talbot por ninguna parte, cosa que le sorprendió.

El subdirector de correos alzó una bandera blanca y cuando la multitud guardó silencio la bajó haciendo una floritura.

Los guardias hicieron sonar las bocinas y los carruajes empezaron a avanzar. Thora se llevó una mano al corazón y murmuró una oración. Por el rabillo del ojo vio que Patrick se enderezaba para poder ver por encima de las cabezas de la gente.

Muy cerca, los dos equipos de mozos colocaron a un segundo cuarteto de caballos en posición: los que irían pegados a las ruedas, a ambos lados de la calle, y los líderes juntos.

Cuando las diligencias se acercaron a la línea de tiza y empezaron a aminorar el ritmo, Tuffy —ahora como pasajero—, desenganchó al líder y sostuvo las riendas a la orden de Charlie. Gabriel Locke corrió hacia delante para desenganchar las correas exteriores del líder y, cuando el carruaje se detuvo, pasó las riendas hacia el otro lado y cambió el caballo de atrás. Ted trabajaba a toda prisa, desenganchando el resto de correajes, desacoplando los animales de las ruedas y cambiando el de fuera. El señor Frazer, a quien Thora jamás había visto bajarse tan rápido de la diligencia, terminó de cambiar a los líderes.

La mujer miró al equipo del Fairmont: ¡el de Bell Inn iba por delante!

Entretanto los «pasajeros» empezaron a moverse. Tuffy bajó con cuidado del banco del cochero, mientras el joven Joe descendió de lo alto de la diligencia con facilidad y abrió la puerta para ayudar a Cadi y a Alwena a hacerlo desde dentro del carruaje.

Al mismo tiempo, el diestro Jack Gander bajaba de un salto y abrió la portezuela del maletero. Tomó una bolsa de correo de diez kilos y se la entregó a Jane, que la llevó con mucho esfuerzo hasta la escalerilla y allí recogió el saco de envíos y volvió a entregársela al guardia, aunque por poco se le cae y tuvo que pararse a agarrarla mejor para evitar arrastrarla por el

suelo. ¿Tan débil era su nuera, o es que alguien había metido ladrillos en ese saco?

Thora miró nerviosa a sus contrincantes y vio que el señor Drake trasladaba sus bolsas con facilidad y sonreía a Jane con picardía mientras lo hacía.

A continuación, Jack abrió el compartimento bajo el banco del cochero, donde se guardaban los paquetes. Jane fingió firmar el registro de recepción y después se los llevó al señor Prater, el cartero, que aguardaba junto a Hightower.

Al mismo tiempo, Colin se apresuraba para bajar dos maletas muy pesadas y llevarlas hasta la escalerilla de carga. La señora Rooke se acercó a la diligencia con paso lento y ofreció a cada uno de los pasajeros un trozo de tarta, mientras Bobbin le entregaba una jarra de cerveza espumosa a Charlie. Se la tomó de un trago y volvió a subirse a la diligencia. Los mozos se apartaron del vehículo y el cochero hizo crujir el látigo por encima de las cabezas de los líderes. Los caballos empezaron a avanzar y corrieron hacia la línea de meta.

Thora miró hacia el *Exeter*. Frazer había conseguido que sus caballos arrancaran antes que los del vehículo rival, pero ahora el equipo del Fairmont estaba ganando velocidad y les comía el terreno. ¿Se atrevería el miserable Jeb Moore a sacar el látigo prohibido de su escondite? No parecía que fuera a atreverse delante del señor Hightower, pero eso no le impidió azotar a los caballos en el lomo mientras Charlie solo hacía crujir la fusta en el aire. El *Exeter* acortó distancias y terminó por alcanzar al *Quicksilver*.

La señora Bell se llevó ambas manos al corazón.

«Por favor, por favor...»

Los dos equipos avanzaron en paralelo hasta la línea de meta entre vítores, gritos y el retumbar de los cascos en el suelo. Cinco metros, tres uno...

La mujer contuvo la respiración.

Asomado a la ventana del primer piso, el señor Gordon anunció:

—¡Gana el *Quicksilver*!

La multitud vitoreó con entusiasmo. Thora parpadeó. ¡Habían ganado! ¿Bell Inn había ganado? Parecía demasiado bueno para ser verdad.

Más aclamaciones. Cadi y Alwena se abrazaron y la primera no dejaba de gritar y saltar. *Sir* Timothy se acercaba a Jane, pero antes de que pudiera alcanzarla apareció Mercy y abrazó a su amiga con una gran sonrisa.

Bobbin se dejó llevar por la alegría y abrazó a Bertha Rooke, todo lo que pudo abarcarla. La cocinera le devolvió el abrazo y, presa de la euforia, lo levantó algunos centímetros del suelo. El joven Joe se lanzó sobre la espalda de Gabriel y el herrador lo llevó un momento a caballito, mientras Tall Ted y Tuffy bailaban una danza de celebración.

Tres de los hombres que habían cruzado la línea de meta dentro de los vehículos volvieron a pie. El cochero y el guardia del equipo contrario, rendidos y con la cabeza gacha. Jack Gander, con una sonrisa de oreja a oreja, saludaba a la multitud como si fuera un héroe, y se llevaba los dedos al sombrero para saludar a las damas, cosa que estaba haciendo estragos entre las mujeres, Cadi incluida.

La señora Bell alargó el cuello buscando a Charlie. Pero el cochero no aparecía.

James Drake cruzó la calle y le tendió la mano a Jane con elegancia. A Thora empezaba a resultarle simpático aquel hombre.

Hugh Hightower, que seguía subido a una escalerilla, consultó su reloj de bolsillo y le hizo gestos al guardia del equipo contrario, que se acercó enseguida a él. Le dijo algo que quedó silenciado por los vítores, pero a continuación, el guardia tocó la bocina con fuerza interrumpiendo el alboroto de la calle. El público se volvió hacia el punto de donde procedía el sonido y las voces se acallaron.

El subdirector de correos cerró el reloj del bolsillo y levantó la mano para pedir silencio.

—A pesar de que el equipo de Bell ha cruzado la línea de meta en primer lugar, no ha ganado con el margen suficiente como para compensar la distancia que separa la posada de la carretera y la ascensión a la colina de Ivy Hill. Por tanto, declaro vencedor al hotel Fairmont. Ese será el establecimiento que se dará servicio al Correo Real de ahora en adelante.

Esa condición no se había estipulado de antemano. A Thora se le encogió el corazón. Ya había imaginado que aquello era demasiado bueno para ser

verdad.

—¡Sí! —exclamó Jeb Moore, alzando el puño al aire.

Pero nadie más lo celebraba, ni siquiera el personal del Fairmont. Y muchas personas protestaron.

—¿Qué? —gritó Ted enfadado.

Tuffy dijo algo que... mejor no repetir.

El señor Locke frunció el ceño con una expresión sombría y se llevó las manos a las caderas. Y Jane se limitó a quedarse quieta, con la boca entreabierta, mirando al señor Hightower incrédula.

Entre las quejas y los rugidos, James Drake se acercó a la escalerilla con una expresión difícil de descifrar, pero, desde luego, no era un gesto victorioso.

Y entonces habló en voz alta, para que todo el mundo lo escuchara:

—Señor Hightower, me temo que el Fairmont debe darse por vencido. No estaremos preparados para proporcionar al Correo Real el servicio adecuado para cumplir con el contrato de este año. —Miró a Jane—. Pero si mi encantadora colega estuviera dispuesta a darnos la revancha el año que viene, solo tiene que decirlo.

El señor Drake le tomó la mano a Jane y la alzó en reconocimiento a su triunfo.

—¡La vencedora! ¡Con total justicia!

Sí, era definitivo, a Thora empezaba a caerle bien el señor Drake.

Se oyeron más aclamaciones. Hugh Hightower abrió la boca como si pretendiera protestar. Pero al ver el abrumador apoyo que la propietaria de Bell Inn recibía de la gente, incluyendo el aplauso de *sir* Timothy, y al haberse pronunciado el señor Drake de una forma tan pública, pareció darse cuenta de que no le quedaba más remedio que aceptar el resultado con elegancia. Aunque eso significara que su viejo rival, Charlie Frazer, fuera el cochero ganador.

¿Dónde estaba Charlie? Thora volvió a buscarlo entre la multitud, pero no lo vio. ¿Por qué no había vuelto a celebrarlo?

Eudora Hightower apareció entre la gente y se dirigió a ella. Thora no se

había percatado de que había acudido a Ivy Hill con su marido.

—Enhorabuena, señora Bell —empezó a decir, deteniéndose justo a su lado.

—Gracias, señora Hightower. Aunque yo he tenido poco que ver con la victoria.

—No sé por qué, pero lo dudo.

Entonces la mujer la miró con lástima, una expresión que contrastaba con las felicitaciones de un momento antes.

—Siento lo del señor Frazer. ¿Estaban ustedes muy unidos?

Thora frunció el ceño. «¿Siento?» ¿Por qué? ¿Y por qué hablaba en pasado? Se le hizo un nudo en el estómago. No podía haberle pasado nada a Charlie.

—Éramos y seguimos siendo buenos amigos. ¿Por qué?

—Espero que no le hiciera ninguna promesa.

—¿Promesa? —repitió confundida—. No.

—Bien. —Suspiró aliviada.

—Señora Hightower, ¿de qué me está hablando? ¿Le ha ocurrido algo? Lo he visto durante la competición y parecía estar bien.

—¿No lo sabe?

Eudora se llevó una mano al pecho, cubierto de encaje.

—¿Saber el qué? —inquirió, nerviosa.

—Siento ser yo quien se lo diga. Pero se marcha, a partir de ahora se encargará de la ruta Devonport-Londres.

La señora Bell parpadeó mientras se esforzaba por entender lo que le estaba diciendo aquella mujer.

—Vino a ver a mi marido la semana pasada —le explicó—. Jamás habría imaginado que fuera capaz de visitar a Hugh con el sombrero en la mano. Se disculpó por su comportamiento en la fiesta y por cualquier atención que pudiera haberme mostrado en el pasado y provocado rumores. Y con actitud sumisa, si es que alguien puede imaginarse a Charlie Frazer actuando con sumisión, le pidió que no le hiciera pagar a usted o a Bell Inn por su conducta. Le suplicó que aceptara la competición y les diera una oportunidad justa de demostrar su valía. A cambio, dijo que se marcharía del condado. Que pediría

el traslado a otra ruta lejos de aquí, fuera de la jurisdicción de Hugh.

—Ah, ¿sí? —acertó a decir.

—Sí. Me parece que a Manchester. Ya había pedido el traslado a Bath el año pasado. Pero se retractó de la petición hace algunos meses.

«Cuando yo volví a Ivy Hill», imaginó Thora con el corazón acelerado.

—En cualquier caso, mi marido aceptó la oferta. Ya sabe que hace mucho tiempo que quiere deshacerse del señor Frazer.

—Ya me imagino.

Thora se dio cuenta de que ese era el motivo por el que el subdirector de correos había cambiado de idea y había accedido a aquella competición tan poco ortodoxa. La posibilidad de librarse de Charlie el Encantador de una vez por todas había sido una tentación demasiado grande.

—Charlie siempre hablaba muy bien de la posada, de la familia Bell y de sus empleados. Pero en especial de usted. He pensado que debería saberlo. La tiene en muy alta estima.

—Y yo a él —confesó. Sentía una opresión en el pecho y el corazón acelerado al darse cuenta de lo que Charlie había sacrificado por ella. Sobre todo su orgullo.

—¿Sabe si el traslado se hará efectivo de inmediato o si continuará con el *Quicksilver* hasta que le busquen un sustituto?

—Supongo que ya se ha marchado. De hecho, me parece que tiene programado un viaje en diligencia hoy mismo.

—Qué lástima —contestó—. Me habría gustado darle las gracias. Y despedirme.

Eudora Hightower estrechó un segundo la mano de Thora, tenía los ojos azules llenos de lágrimas.

—Es un hombre al que cuesta decirle adiós.

A la señora Bell le sorprendió advertir que a ella también se le agolpaban las lágrimas, pero parpadeó para hacerlas desaparecer. Le dio las gracias a la mujer por habérselo dicho, se irguió y se marchó de vuelta a la posada.

Jane y Patrick la alcanzaron por el camino.

—¿Dónde está Charlie? Quería darle las gracias por haber participado en la competición —comentó su nuera.

—Yo también. Pero según me han dicho se marchó justo después de cruzar la línea de meta. Probablemente ya esté camino de Bagshot.

«Para recoger sus cosas y desaparecer de nuestras vidas para siempre», pensó para sus adentros. Le habría gustado poder contar lo que había hecho por ellos, pero si Frazer no se lo había explicado a ella, probablemente no quería que lo supiera nadie.

—¿Por qué no ha esperado a volver con el Correo Real?

—Órdenes de Hightower. Viajará en diligencia —respondió, tras respirar hondo.

Patrick la miró detenidamente e intervino:

—¿Sabe? La única diligencia que va a Bagshot a esta hora es la *Flying Fiddle*. Y sale de la posada de Crown, en Wishford, en... —miró su reloj de bolsillo— cuarenta minutos.

Thora se paró en seco y miró a su hijo, sorprendida de su intuitiva sugerencia.

—¿Estás intentando deshacerte de mí?

—En absoluto, madre. Pero es muy difícil vivir arrepentido.

—Y tú de eso sabes algo, ¿no?

A él le brillaron los ojos azules, que tanto se parecían a los suyos.

—Un poco, sí.

Cuando Thora los dejó y desapareció a través del arco del patio, su nuera resistió el impulso de seguirla. Quería ir en busca de Gabriel y el resto del equipo para volver a darles las gracias. Pero Patrick se quedó allí, y parecía sorprendentemente ansioso por repasar los detalles de la competición y la victoria.

—¡Pensaba que al viejo Tuffy le iba a dar una apoplejía! ¿Y viste la cara que puso Hightower cuando el señor Drake nos concedió la victoria? Eso fue...

Los dos estuvieron hablando delante de la posada durante un buen rato mientras aceptaban las felicitaciones de algunos transeúntes que todavía iban de camino a casa después del evento.

Entonces Walter Talbot se acercó a ellos.

—Siento llegar tarde, a uno de los carneros se le quedó atascado el cuerno en una verja. De no haber sido así, habría llegado antes. Me he enterado de la buena noticia cuando venía de camino y quería felicitarlos.

—Gracias, Talbot —contestó Jane—. Y le vuelvo a agradecer la idea de sugerir la competición.

—Bueno, me parece que fue idea de Ted —respondió con modestia—. Yo solo tuve el mérito de reconocer el potencial de la proposición.

—Sí, eso se le da muy bien —opinó la mujer, con una sonrisa.

Pero él no se la devolvió.

—¿Está Thora? Me gustaría felicitarla a ella también.

—Oh, mmm... Estaba aquí, pero...

Jane miró en dirección al arco de la entrada mientras pensaba qué decir.

Justo en ese momento, su suegra apareció montada en la calesa gritándole a *Ruby*: «¡venga, vejestorio, adelante!». Concentrada como estaba en el caballo y en su destino, no se dio cuenta de que estaban allí.

Talbot preguntó:

—¿Por qué tiene tanta prisa?

—Ella, mmm... —vaciló Jane

Pero Patrick contestó sin tapujos:

—Va a buscar a Charlie Frazer.

Ella miró a Talbot mientras él veía desaparecer a Thora colina abajo. Los labios ligeramente entreabiertos, sus ojos... El dolor que vio reflejado en ellos le partió el corazón.

—Para darle las gracias —se apresuró a añadir ella—. Por la competición, ya sabe. Él ha sido quien ha conducido, y ha tenido que marcharse justo después. Eso es todo.

¿De verdad era todo? No estaba segura, pero tenía que hacer algo para intentar aliviar la herida.

—Claro. Bueno... —Walter carraspeó—. Les deseo lo mejor.



Quince minutos después, Thora entraba por primera vez en su vida en la posada de Crown, un lugar del que había renegado hacía ya muchos años. Paseó la vista por aquel el bar, tan mal iluminado. «Allí...». Suspiró aliviada cuando vio una figura familiar sentada a la mesa del fondo.

—¿Pensabas escabullirte sin decir adiós? Es muy impropio de ti.

Charlie levantó la vista sorprendido.

—¿Thora...?

Levantó la palma de la mano para interrumpirlo; no quería que se hiciera ilusiones.

—He venido a despedirme en persona. Y a darte las gracias. Eudora me ha explicado lo que hiciste. Y me puedo imaginar lo mucho que te costó. Lo valoro muchísimo.

—No hice nada tan formidable. Ya hace tiempo que barajo la posibilidad de pedir un traslado, por mucho que haya dejado que Hightower creyera que estaba haciendo un gran sacrificio. Ya has visto las ganas que tiene de deshacerse de mí: insistió en que tenía que marcharme el mismo día de la competición y me compró el billete él mismo.

—¿Habrías venido a despedirte de mí si te hubiera dado más tiempo?

Charlie se encogió de hombros.

—No lo sé. He pensado que así sería más fácil.

—¿Más fácil para ti o para mí?

—Para los dos, supongo.

Se sentó a su lado.

—Supongo que tienes razón. Pero por muy difícil que sea, quiero que sepas que jamás olvidaré lo que has hecho por nosotros, y que siempre serás bienvenido a la posada, por lo menos mientras yo tenga algo que decir. Y sé que hablo también por Jane.

—Gracias, Thora.

Ella tomó aire y se obligó a continuar:

—Ya sé que las cosas entre nosotros no han salido como a ti te habría gustado. Pero te echaré de menos, Charlie, y siempre te consideraré un buen amigo. Y... he venido a darte algo. —Tragó saliva—. Algo que me dijiste que hace años que deseas. Aunque no sé si tú todavía...

Charlie alzó las cejas.

—Si es lo que pienso que es, la respuesta es sí, definitivamente.

—¿Incluso aunque signifique una despedida?

Él vaciló y esbozó una triste sonrisa.

—¿Tiene que serlo?

A la mujer se le saltaron las lágrimas.

—Me temo que sí.

—Está bien —contestó él, con otra sonrisa traviesa—. En ese caso me quedo con lo que hay. Los ladrones no tienen el privilegio de elegir.

Ella entendió lo que intentaba decirle y admiró su valentía.

Entonces se inclinó hacia delante para darle un beso en la mejilla, pero él volvió la cabeza y le plantó un beso en los labios.

Thora abrió los ojos sorprendida.

Charlie suspiró con dramatismo.

—Supongo que ahora querrás darme una bofetada en la misma mejilla donde pensabas darme un beso, ¿no?

—Sí —contestó ella, muy tranquila—. ¿Pondrías la otra mejilla?

Él le puso la mejilla y ella lo sorprendió —y se sorprendió a sí misma— acercándose.

—Un beso de despedida —dijo.

Charlie se recostó en la silla con una sonrisa satisfecha en los labios.

—¡Por fin! ¡Un beso de la bella de Bell Inn y el ángel de la posada del Ángel! Ahora ya puedo morirme contento.

—No te mueras, Charlie Frazer. Vive muchos años con felicidad.

—Lo haré si tú lo haces también, Thora Bell.

Ella le tendió la mano. Una mujer de negocios dispuesta a cerrar un trato.

—No será fácil, pero haré lo posible.

El cochero le estrechó la mano y después se la llevó a los labios para despedirse una última vez.



Más tarde, aquella misma noche, Jane estaba sentada en la puerta de su cabaña acariciando a *Kipper*, que estaba tumbado a su lado. Estaba agotada, pero todavía se sentía demasiado nerviosa como para irse a dormir. Menudo día habían tenido.

El patio estaba en calma, y la única luz que quedaba era la que iluminaba el cartel reparado de la posada. Ya no esperaban la llegada de más carruajes aquella noche y dentro del edificio habían empezado a apagar las velas.

Levantó la cabeza para mirar las estrellas, más visibles ahora que el patio se había quedado a oscuras. Pensó en John. Llevaba muchos meses tratando de asimilar la idea de que hubiera muerto. La información recibida aquella mañana había roto la poca paz que sentía y, al mismo tiempo, ahora podía dar respuesta a algunas de las dudas que le asaltaban. Había encontrado las piezas que faltaban. Y podía olvidar otras teorías que había barajado.

No se lo había contado a su suegra. Y decidió no hacerlo, por lo menos hasta que se viese obligada por las circunstancias. Thora había idealizado a John, aquello sería un golpe muy cruel. Mientras pensaba en ello y tomaba la decisión de guardar silencio, se dio cuenta de que estaba haciendo exactamente lo mismo que ella le había recriminado a Gabriel. Sabía que aquello no justificaba su decisión de ocultarle la información a Thora, pero la ayudó a comprender los motivos por los que el señor Locke le había ocultado información. Todavía no estaba segura de poder confiar del todo en aquel hombre. Con suerte, y con el tiempo, tal vez eso acabaría cambiando.

Oyó cómo crujía y se deslizaba la puerta del garaje. Miró hacia el arco y vio salir a Gabriel con *Sultán*, con las alforjas cargadas y una maleta en la mano.

Se le aceleró el corazón al ver al hombre que la había ayudado a ganar aquel día, pero un segundo después se dio cuenta de lo que significaba el equipaje.

Se levantó y se quedó quieta, presa de una lucha de emociones encontradas, y esperó mientras él se acercaba.

—¿Se marcha? —le preguntó.

—Sí.

—Pero, yo... no hablaba en serio cuando dije que quería que se fuera. Lo

siento. Pensaba que lo había entendido.

—Volví para ayudarles con la competición. Y ganaron.

—Ganamos.

—Pero ahora tengo que irme, esta vez amistosamente. —Consiguió esbozar una leve sonrisa—. Tengo cosas que hacer en Epsom y en el valle de Pewsey. Ya he hablado con Fuller. Volverá a sustituirme hasta que encuentren un nuevo herrador.

—Pero usted es mucho más que un herrador.

El hombre amarró el asa de la maleta a la silla de montar y se volvió hacia ella. Alargó los brazos muy despacio y tomó la mano de Jane entre las suyas. Qué grandes, qué callosas, qué fuertes.

—Le irá bien, Jane Bell —dijo en voz baja—. Lo sé.

A ella le temblaba la barbilla.

—Ah, ¿sí?

—Tengo mucha confianza en usted —afirmó él.



CAPÍTULO

41

Thora se ofreció a quedarse en recepción durante gran parte de la semana siguiente, cosa que permitió que su nuera pudiera trabajar en el informe que debía entregar al señor Blomfield. Leyó algunas partes y le dio su opinión cuando se la pedía pero, por lo demás, apenas hizo comentarios. Intentó recordarse que también estaba en juego su futuro, pero en su interior no estaba convencida. Después de todo el alboroto de la competición, se sentía extrañamente desanimada.

Jane salió del despacho y le enseñó el aumento de ingresos que preveía, los beneficios resultantes y el plazo que proponía para pagar el préstamo.

—Me parece bien —dijo, después de quitarse los anteojos.

Jane la miró con reservas.

—¿Está bien, Thora?

—Pues claro.

—¿Hay algo de lo que quiera hablar?

—No. —Miró a su alrededor—. Me parece que está todo controlado. Las facturas pagadas. El personal ya ha cobrado. Los menús preparados. Las reparaciones en curso.

—No me refería a la posada. Lo que quiero decir es que si hay algo más sobre lo que quiera hablar. Sobre... cualquier cosa que le preocupe.

Le vino a la mente la imagen de una persona a la que tenía mucho cariño, su cara de decepción. Había sido ella la causante de ese desengaño.

—¿Y qué podría preocuparme? —replicó—. Venga, ve a terminar ese plan.

Su nuera se quedó mirándola un rato más. Después se dio media vuelta y se metió en el despacho.

Al poco llegó una diligencia y Patrick y Colin salieron a recibirla. Thora se asomó a la ventana para contar los pasajeros que podrían necesitar servicio de restaurante. Se dio cuenta de que hacía un día gris. Podía empezar a llover en cualquier momento, y lamentó por adelantado las huellas mojadas que tendrían que limpiar cuando se marcharan los pasajeros.

Volvió a recepción suspirando.

El reverendo entró por la puerta principal.

—Hola, Thora. He venido a decirle que Nan Talbot ha muerto esta mañana.

Se le encogió el corazón.

—¿Qué?

—Nan Talbot ha muerto —repitió—. La señora Paley todavía está allí, ayudando a Sadie, pero yo he tenido que volver. He pensado que querrías saberlo.

Por un momento se quedó hundida en la silla, sin aliento. Pero un segundo después se levantó y se marchó hacia el vestíbulo.

—Gracias, Parson.

—Yo puedo llevarla si quiere. Parece que va a llover.

Pero ella no contestó; cada vez avanzaba más deprisa, salió de la posada y bajó por la calle High. Cuando dobló la esquina para salir del pueblo ya había empezado a correr.

«Talbot».

La lluvia empezó a caer con suavidad, pero al poco fue arreciando y le caló el vestido.

Llegó a la granja empapada, con un dolor en el costado y sin aliento. Se detuvo en la entrada para recuperarse, inclinándose hacia delante con las manos en la cintura. Cuando se irguió lo vio, y se le encogió el corazón.

Habían colgado un cartel nuevo en la valla que le daba nombre a la casa de Talbot.

«Granja del Ángel»

Se quedó de piedra sin dejar de mirarlo. Tenía los ojos y las mejillas mojadas y se pasó la mano por la cara. «Solo la lluvia...».

Abrió la verja y la cruzó corriendo en dirección a la casa, suponiendo que él estaría dentro, lamentándose. Mientras se acercaba, oyó el sonido disonante que hacía alguien cortando madera bajo el chaparrón. Se detuvo y se volvió hacia la cabaña donde guardaban la leña, preguntándose quién estaría fuera con aquel tiempo. No podía ser Talbot, y menos en un momento como ese.

Sadie salió de la casa con un chal gris sobre la cabeza y dirigió la vista hacia donde miraba la recién llegada.

—Lleva ahí una hora. —La mujer negó con la cabeza—. No quiere dejarlo. Lo he intentado. La señora Paley también lo ha intentado...

Thora se dio media vuelta y fue hacia la cabaña.

—¡Llévese un paraguas por lo menos!

Pero no hizo caso. Rodeó la vivienda y allí estaba, con la cabeza descubierta, en magas de camisa y pantalones, y las botas cubiertas de barro. Reconocería su perfil en cualquier parte, aquella larga nariz aguileña, las mejillas y la barbilla afilada...

—Walter Talbot... ¿Qué estás haciendo?

La miró y le resbaló un hilo de agua por la frente, entre las cejas y por la nariz. Tenía el pelo empapado y la camisa pegada a los hombros y los brazos.

Pero el hombre volvió a su tarea con una expresión decidida. Levantó el hacha por encima de la cabeza y la dejó caer con un golpe seco que partió el tronco por la mitad. Colocó otro, repitió la operación y lanzó los trozos a la pila.

La mujer avanzó hacia él.

—¡Talbot! —repitió mientras se acercaba, pero o bien no la oía por el sonido de la lluvia o prefería no contestar.

Esperó hasta que él bajó el hacha para alcanzar otro tronco y se puso a su lado.

—¡Para! —le ordenó, agarrándolo de los brazos para detenerlo—. Nan ya no está. Y trabajar no es la forma de reaccionar ante esto.

—Ja. Eso es lo que he hecho todo estos años.

—Ya lo sé.

Lo agarró de sus firmes hombros y notó cómo temblaba. Hizo que se volviera hacia ella muy despacio.

—Lo siento. Ya sé que duele.

Talbot intentó apartar la vista. El dolor. Pero ella lo vio, y lo comprendía.

Thora Stonehouse no era una mujer dada a las demostraciones afectivas. Nunca lo había sido. Pero abrazó a Walter Talbot con fuerza. Él se quedó allí un momento, tenso e inflexible. Después, lentamente, y algo vacilante, la estrechó entre sus brazos. Nunca se habían tocado de aquella manera, apenas se habían rozado y, desde luego, nunca se habían abrazado.

La mujer apoyó la cabeza en su hombro con mucha cautela. Él dejó reposar la mejilla en la cabeza de Thora. Se quedaron allí, bajo la lluvia, durante un doloroso y dulce momento, hasta que ella se retiró.

—¿Qué estamos haciendo aquí fuera como si fuéramos un par de patos atontados? Entremos antes de que acabemos muertos de frío. Sadie ya tiene bastante trabajo con lo que hay.

—Tienen peor aspecto que un par de gatos mojados —murmuró Sadie cuando entraron chorreando en la casa—. Siéntense junto al fuego y yo traeré un poco de té para que entren en calor. Eche otro tronco al fuego, señor Talbot. Con toda la leña que ha cortado tenemos más que de sobra.

El hombre obedeció.

Más tarde, cuando ya se habían secado con toallas y habían puesto los zapatos a secar junto al fuego, él se marchó un momento. Al poco regresó y le dio algo a Thora.

Su chal violeta, muy bien doblado.

—Pero yo se lo regalé a Nan —protestó.

—Ya lo sé. Pero ella me pidió que te lo devolviera cuando muriera. Y su broche también. —Señaló el camafeo que seguía prendido al chal—. Y quiso que te trasladara un mensaje: «Dile a Thora que recuerde lo que le dije sobre los regalos».

Se puso el chal sobre los hombros y acarició el camafeo con un dedo. Invadida por los recuerdos, notó una sensación de calidez.

Se excusó y entró de puntillas en la habitación de Nan. Sadie y la señora

Paley, después de lavarla, le habían puesto un vestido de elegante satén y arreglado el pelo con esmero. Parecía que estuviera apaciblemente dormida. Pero cuando se acercó a la cama y vio su silueta inanimada más de cerca, le quedó perfectamente claro que la verdadera Nan —su alma, su espíritu, su esencia— ya no estaba allí. Se había marchado a algún sitio mucho mejor.

Alargó el brazo y tocó la mano fría de la mujer, y después volvió a acariciar el broche.

—Gracias, Nan —susurró—. Lo recordaré.



Rachel Ashford estaba tumbada encima de la cama hecha, con la esperanza de poder dormir una siesta. Desde que había llegado un mes antes, se había esforzado mucho por resultar útil en Ivy Cottage —cosiendo, tejiendo manoplas para el próximo invierno y supervisando los recreos de las niñas—, pero sabía que eso no era suficiente. No podía seguir mucho tiempo más aprovechándose de la hospitalidad de Mercy. Tenía que encontrar una forma de ganarse la vida.

Por el pasillo pasó un grupo de niñas corriendo, cosa que solían hacer continuamente, haciendo preguntas, discutiendo porque alguna había utilizado el cepillo de otra sin pedir permiso, o riendo por alguna tontería. ¿También habría sido tan ruidosa y despreocupada a esa edad? Sin duda Ellen lo había sido. Ella y Jane habían hablado mucho de niñas sobre sus sueños, compartían secretos en voz baja, subidas a las ramas de los árboles... Pero todo aquello había ocurrido hacía mucho tiempo.

La vida en Thornvale había sido muy tranquila, por lo menos durante los últimos años. Todavía no estaba acostumbrada a compartir la casa con tanta gente, entre tanto ajetreo. Pero se dijo que ya se habituaría.

Clavó los ojos en el retrato que el señor Basu había colgado en la pared. Su madre aparecía sentada con ella sobre el regazo, y su larga y elegante mano sostenía la manita de Rachel. Ellen estaba al lado, apoyada en el hombro materno.

Ya hacía mucho tiempo que su madre había fallecido, pero todavía la añoraba. Otra cosa que ella y Jane tenían en común. Por primera vez se preguntó cómo se habría sentido su antigua amiga cuando tuvo que mudarse de la enorme Fairmont House a la minúscula cabaña de la posada, aquellas escasas dos o tres habitaciones que Rachel había despreciado sin decirlo. Y allí estaba ella, con sus pertenencias apiñadas en una sola estancia.

Al contrario de lo que le había ocurrido a Jane en su momento, ella no tenía un marido con quien compartir su acogedor segundo hogar.

Estaban juntas cuando su amiga conoció a John Bell varios años atrás. Habían viajado a Bath con Ellen —que acababa de comprometerse— para visitar los talleres de las modistas y sombrereros de esa ciudad tan moderna. Su hermana quería elegir su vestido de novia; y ella, uno para su puesta de largo, que se habría celebrado antes si su madre hubiera seguido con vida.

Mientras estaban de compras, Jane las convenció para entrar en una librería, «solo un minuto», les prometió sabiendo que las hermanas preferían mirar sombreros.

Cuando entraron, las tres se sintieron intrigadas por un hombre muy atractivo que estaba hojeando una novela muy concentrado. A Rachel le había resultado ligeramente familiar, aunque no conseguía recordar dónde lo había visto antes. Conocía a algunas personas en Bath, pero no creía que ese hombre fuera una de ellas. Como no lo reconocía, supuso que quizá se lo hubiera encontrado en un baile o en una cena celebrada por algún amigo en común.

—¿Quién es ese hombre tan atractivo? Cielos, Jane, ¡cómo te está mirando! ¡Diría que es amor a primera vista! —susurró Ellen, con poca delicadeza.

Tal vez si hubieran sabido de quién se trataba desde el principio, las cosas habrían sido distintas. Para todos.

A veces todavía le costaba creer que la orgullosa Jane Fairmont se hubiera casado con un posadero. ¿Se habría arrepentido?

Volvió a preguntarse si Timothy habría llegado a pedirle a Jane que se casara con él. O si solo desearía haberlo hecho. ¿Lamentaba no haberse casado? ¿O le daba las gracias a Dios por haber escapado al matrimonio conservando intacta la reputación de su familia? Dudaba mucho que llegara a saberlo algún día.

Suspiró y volvió a pasear la vista por su pequeña habitación: su cama individual y la librería, todavía medio vacía. Entonces recordó algo y se volvió hacia la mesita para mirar el ramo de rosas de color melocotón que Nicholas Ashford, en un gesto muy considerado, le había traído del jardín de Thornvale. Las flores ya empezaban a marchitarse y los pétalos se caían. Quizá tuviera que considerar más seriamente su proposición. Y pronto.



La semana siguiente, después de enterrar a Nan, muchos amigos y vecinos fueron de visita para expresar sus condolencias e interesarse por Walter. Thora también había pasado bastante tiempo en la granja, ayudando a limpiar la habitación de la fallecida y la sala de estar, y a poner al día algunas tareas del hogar que habían quedado por hacer cuando Sadie se había tenido que concentrar en la enferma.

Las visitas ya se habían marchado, aunque la mesa seguía llena de comida. Talbot le había dado a Sadie algunos días libres para que pasara tiempo con su familia. Había trabajado muchísimo los últimos meses, cuidando de Nan, y se merecía un poco de descanso.

Cuando se marcharon los Paley, ya solo quedó Thora. Había estado muy ocupada las últimas horas ofreciendo comida y bebida a los invitados de Talbot y rellenando las bandejas. Y todavía seguía atareada, no dejaba de recoger cubiertos sucios y de limpiar todo lo que se había derramado o ensuciado.

—Ya has hecho más que suficiente, Thora. Déjalo un rato y ven a descansar un minuto —propuso Walter.

—No estoy cansada.

—Pues yo me estoy cansando solo de verte.

—Está bien.

Se secó las manos y se sentó en el sofá, junto a la silla de Talbot.

—¿Qué tal va el plan de Jane?

—Se lo va a presentar a Blomfield esta tarde.

—¿Vas a ir con ella?

—No, lo tiene todo atado. Aunque me gustaría estar en la posada cuando vuelva para saber cómo le ha ido.

—Claro. —Miró el reloj que había sobre la repisa de la chimenea—. Márchate cuando quieras.

—Todavía tengo tiempo.

—Bien.

Se quedaron allí sentados un rato mirando hacia cualquier parte menos el uno al otro. El sonido de las agujas del reloj resultaba ensordecedor.

La mujer entrelazó los dedos sobre el regazo.

—¿Quieres que te traiga algo para comer o beber?

—No, gracias. ¿Cómo esperan que un solo hombre se coma todo eso? —dijo, mirando hacia la mesa.

—Sadie te ayudará cuando vuelva. Tiene un gran apetito.

—Sí, pero la comida no aguantará mucho. Llévate cosas a la posada.

Ella asintió.

—O quizá... podría llevarme algo a casa de los McFarland y dejárselo de camino.

La miró sorprendido.

—Eso es muy considerado por tu parte, Thora. Una idea excelente.

Ella restó importancia a los elogios:

—Es lo mínimo que puedo hacer. Llevo demasiado tiempo culpando a todos los McFarland por algo que hizo uno de ellos. Me equivoqué, y tú tenías razón.

—Jamás pensé que te escucharía decir estas palabras. —Le brillaron los ojos—. Pero debería advertirte que Eileen McFarland podría rechazar la comida por considerarla caridad.

—Si lo hace le recordaré que no es de buena educación decepcionar a un hombre que está de luto.

Walter recuperó su semblante taciturno. Ella había intentado bromear para animar el ambiente, pero solo había conseguido recordarle su pérdida. Lamentó haber dicho algo tan desconsiderado y en la habitación volvió a reinar un silencio incómodo.

Talbot miró a su alrededor y posó la vista en la puerta de la vieja habitación de Nan.

—Qué tranquila se ha quedado la casa. Qué vacía la siento.

—Sadie volverá pronto —le recordó.

—Sí. Aunque hemos hablado sobre la posibilidad de que trabaje solamente media jornada. Preparar la comida principal para los chicos y para mí. Limpiar un poco y hacer la colada. No creo que la necesite todo el día ahora que Nan ya no está. Sadie se hace mayor y no le importaría poder pasar más tiempo con su familia.

—Lo entiendo.

Walter respiró hondo, con una mirada distante en los ojos.

—La verdad es que nunca he vivido solo. He vivido con mis padres, con otros chicos en la escuela, con vosotros en la posada y, finalmente, aquí, con Nan y Sadie. No me malinterpretes, no me estoy lamentando. Me he acostumbrado a estar rodeado de gente. Me va a costar habituarme a vivir yo solo.

—No tienes por qué.

La miró frunciendo el ceño.

—No tengo por qué... ¿qué?

—Vivir solo.

La miró y esbozó una sonrisa de medio lado, algo vacilante.

—Thora Bell, ese es un comentario bastante descarado, si no lo estoy malinterpretando. —Se le borró la sonrisa—. ¿O te estoy malinterpretando?

Ella bajó la vista y tiró de un hilillo que asomaba de la manta que estaba doblada encima del sofá.

Al ver que no contestaba, el hombre frunció el ceño de nuevo.

—No me digas que te estás ofreciendo a trabajar para mí otra vez o te...

—No es eso lo que quería decir.

La mujer se sonrojó al escuchar sus propias palabras y se levantó nerviosa. Alcanzó un vaso de agua vacío y se volvió hacia la cocina.

—Supongo que debería empezar a recoger la comida que quiero llevar a casa de los McFarland...

Talbot también se puso en pie y la agarró de la muñeca, deteniéndola justo

antes de que desapareciera en la habitación contigua. Thora levantó la vista para mirarlo. Bien arriba. Era muy alto. Y muy masculino. Tragó saliva.

Entonces le quitó el vaso de la mano muy despacio, se agachó para dejarlo en la mesa y se volvió para mirarla. Ella parpadeó, no estaba muy segura de lo que se proponía. El hombre levantó la mano y le acarició la mejilla. Por una vez, no se puso tensa por su gesto de afecto ni sintió ganas de apartarse. Al contrario, le hubiese gustado acercarse más.

La miró a los ojos, y después se agachó, muy despacio, hasta que posó los labios sobre los de ella. Por un momento, la mujer se quedó allí sin saber muy bien cómo reaccionar. Hacía tanto tiempo que nadie la besaba de aquella forma...

La besó con firmeza y calidez. Le gustó y le devolvió el beso.

Él se retiró un poco para mirarla. Y con la voz ronca por la emoción empezó a decir:

—Tú y yo tenemos mucha historia juntos, y...

—Sssh. Nunca se te ha dado bien dar discursos, Talbot. No empieces ahora —susurró, poniendo la yema de los dedos sobre los labios del hombre.

Se puso de puntillas y volvió a besarlo.



CAPÍTULO 42

Jane dejó el informe de su plan financiero sobre el escritorio del señor Blomfield. Se sentía orgullosa de sí misma por haberlo terminado una semana antes de lo previsto. Tomó asiento delante de él para esperar a que lo revisara y le dijera lo que pensaba, con las manos entrelazadas, rezando para que sus planes bastaran para convencerlo. Agradecía saber que otras personas también estaban rezando.

Pero el señor Blomfield empujó la carpeta hacia ella sin abrirla siquiera.

—No.

Parpadeó sorprendida.

—Pero si todavía no ha leído la propuesta. Y hemos conseguido conservar el contrato con el Correo Real, por lo que...

—Eso es irrelevante.

—Como verá en el informe, he invertido gran parte de mis capitulaciones matrimoniales en reformas, y tengo previsto hacer más. —Dio unos golpecitos con el dedo en la carpeta de piel—. Aunque podría pagar unos cientos de libras para cancelar parte del préstamo como muestra de buena fe, si eso sirve de ayuda.

—No. Y tampoco voy a cambiar de idea. Y menos ahora que su licencia está a punto de caducar.

—¿Qué?

—La licencia estaba a nombre de su marido, y sin la licencia Bell Inn no puede seguir abierta.

A Jane se le encogió el corazón.

—No lo entiendo; la posada ha seguido funcionando con normalidad tras la muerte de John y nadie me lo ha mencionado.

—La licencia que él le transfirió como heredera le proporciona una prórroga de tres meses en caso de defunción. Podría solicitar una a su nombre, pero no se suelen expedir a mujeres.

El señor Blomfield sonrió con condescendencia.

Cómo era posible que él estuviera al corriente de que le había caducado la licencia y ella no lo supiera? ¿El banquero lo había sabido desde el principio? Era evidente que estaba disfrutando al asestarle ese golpe. Le dieron ganas de gritarle: «¡tendría que habérmelo dicho antes!», pero no quiso enfurecerlo.

Era decepcionante, sobre todo después de haber ganado la competición.

Apretó los puños y contuvo las emociones.

—No sabía que mi licencia estaba a punto de caducar. Gracias por informarme. Me ocuparé de ese descuido inmediatamente.

—Puede intentarlo, pero no es tan fácil. Estoy seguro de que Thora Bell podrá ponerla al corriente de los detalles. En realidad, me sorprende que no lo haya hecho ya.

«A mí también», pensó. Se puso en pie y se dio media vuelta para marcharse, mordiéndose el carrillo para no romper a llorar.

El banquero deslizó la carpeta por la mesa.

—No olvide su plan.

Jane se dio media vuelta.

—Quédeselo. Enséñeselo a sus socios y asegúreles que la licencia estará vigente cuanto antes.

Esperaba que sus palabras aparentaran más seguridad de la que sentía ella.

Volvió caminando hasta la posada y, agotada, se metió en el despacho. ¡Cómo odiaba ser portadora de tan malas noticias cuando todo el mundo se había esforzado tanto!

—¿Y bien? —inquirió su suegra.

Ella y Patrick la aguardaban sentados.

Jane negó con gesto serio.

—Me ha dicho que nuestra licencia está a punto de caducar, ¡y ni siquiera

ha leído el plan!

Thora cerró los ojos con fuerza.

—¡Maldita sea, qué rápido pasa el tiempo!

Le lanzó una mirada muy elocuente a su hijo, pero después levantó ambas manos en defensa propia.

—Se me había olvidado por completo.

Jane consiguió ocultar su exasperación.

—¿Y qué tengo que hacer para pedir una nueva?

—Tienes que comparecer ante los magistrados en un tribunal de primera instancia —explicó Patrick—. Y demostrar que eres una persona con buen carácter.

—¿Y qué importa mi carácter?

—Los viajeros se ponen a sí mismos y ponen sus posesiones bajo tu protección. No sería la primera vez que se descubre que un posadero está aliado con algún grupo de bandoleros o ladrones.

—El señor Blomfield me ha dicho que no suelen dar licencias a mujeres —espetó.

—A las mujeres casadas no se les conceden licencias en ningún caso —contestó Thora—. Incluso aunque sean ellas las que hacen todo el trabajo, como suele ser el caso. Solo se otorgan a las viudas y, a veces, a alguna mujer soltera.

—¿Y entonces porqué me ha dicho el señor Blomfield que tengo tan pocas probabilidades de conseguirlo? Él sabe que soy viuda.

—Arthur Blomfield cree que lo mejor para la posada es que se venda o que se la quede algún hombre. —Volvió a mirar a Patrick—. Y si no es por eso, imagino que realmente piensa que no tienes ninguna posibilidad de demostrar que eres una persona competente.

—Y usted... ¿Está de acuerdo con él?

La mujer negó con la cabeza.

—Yo no pienso que ningún hombre sea superior por naturaleza a ninguna posadera.

Se dio cuenta de que su suegra no había hecho ninguna mención a la posadera en particular.

—Pero no soy ninguna experta. Deberías preguntárselo a *sir* Timothy —
añadió Thora.

—Muy bien, eso haré.

Jane llamó a la puerta principal de Borckwell Court como tantas veces había hecho cuando era más joven.

El mayordomo abrió y Jane sonrió al anciano sirviente.

—Buenos días, Carville. Me gustaría hablar con *sir* Timothy sobre un asunto legal, si está disponible.

Supuso que el hombre le pediría que esperara, pero le indicó con gestos que pasara al vestíbulo.

—Por aquí, señora.

—¿No debería anunciarme?

—No, señora.

El mayordomo no le dio más explicaciones.

Le sorprendió agradablemente que Timothy pudiera atenderla sin demora. Se quitó el manto de los hombros y se lo dio al sirviente, pero decidió no quitarse el sombrero. Le daba un poco más de altura y seguridad.

Carville la acompañó hasta el estudio que Timothy tenía en la planta baja, donde como magistrado se ocupaba de los deberes de su competencia, derivados de su condición de mayor terrateniente de la comunidad; igual que lo había sido su padre, *sir* Justin, antes que él.

El sirviente abrió la puerta y anunció:

—Tiene una visita, señor.

Timothy levantó la vista de la correspondencia a regañadientes, y la expresión de ligera irritación enseguida se transformó en un gesto de satisfacción.

Se puso en pie.

—Jane. Me alegro de verla. Qué sorpresa tan agradable.

Jane miró hacia la puerta justo cuando el mayordomo la cerraba, y entonces dijo:

—Me sorprendió que Carville no viniera a comprobar primero si estabas ocupado antes de dejarme pasar.

—Ya hace muchos años que le pedí a Carville que te hiciera pasar sin preámbulos. Y el hombre tiene mejor memoria de lo que creía. Aunque, por supuesto, eso fue cuando solías venir de visita... a menudo.

La miró a los ojos y ella notó que se sonrojaba.

Fue la primera en apartar la vista, sentándose y fingiendo interés por los papeles que tenía en el escritorio.

—Espero no estar interrumpiendo algo importante.

Él miró los documentos como si acabara de recordar su existencia y volvió a sentarse.

—Oh, no. Nada importante. Estoy revisando unos casos para las próximas sesiones.

—De eso quería hablarte.

Él frunció el ceño confundido, o quizá decepcionado.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué?

—Nuestra licencia está a punto de caducar.

—Ah. Claro. Debería haberlo imaginado.

Esbozó una sonrisa poco convincente.

—¿Podrías ayudarme a hacer los trámites necesarios o supondría algún conflicto de intereses o algo parecido?

—Estaré encantado de indicarte lo que tienes que hacer. Pero hubiera sido preferible que me lo hubieras comentado hace algunas semanas. El orden del día para las sesiones de mañana está completo.

—Pero... la licencia caduca dentro de dos días.

—Mmm. Le haré llegar un mensaje a Winspear y veré qué se puede hacer. Entretanto, ¿ya has pensado quién responderá por ti, tus dos fiadores?

—No. ¿Quién habló por John?

—George Phillips, de la posada Crown, y Harlan Godfrey, del bar.

—¿La competencia?

Sir Timothy se encogió de hombros.

—Estos reglamentos son pura burocracia. John también habló por ellos.

—Nunca llegué a conocer a George Phillips. Y al señor Godfrey solo lo conozco por su terrible reputación. ¿Tiene que ser alguien del ramo?

—No. Pero siempre ayuda. Alguien que esté en la misma situación

comprende los reglamentos a los que se le pide que se acoja.

—¿Y a quién me sugerirías?

—¿El señor Godfrey hablaría por ti?

—No sé si quiero que lo haga.

—Los magistrados están acostumbrados a que sea él la persona que hable a favor de Bell Inn. Por desgracia, no tienes tiempo para entablar relación con el señor Phillips con tan poco tiempo.

—¿Y qué me dices de... del señor Drake? Él es propietario de un buen hotel en Southampton.

—Arriesgado. Es un recién llegado. Los magistrados no lo conocen. Aunque su estatus como propietario podría ayudar. ¿Habría a tu favor?

—Creo que sí. Tendré que preguntárselo. ¿Y qué me dices de alguien como Mercy Grove? No es posadera, pero tiene una escuela y es descendiente de una de las familias fundadoras de Ivy Hill.

—Pero es una mujer.

—¡Y yo también!

Él levantó la palma de la mano con actitud de consuelo.

—Ya lo sé. Y los fiadores pueden ser mujeres, pero teniendo en cuenta que tu caso ya es irregular, no te lo aconsejaría. Lord Winspear no es un hombre de mentalidad avanzada y no cree que los negocios sean de la incumbencia de personas del «sexo débil».

—¿Y qué me dices del vicario? Estoy convencida de que el señor Paley hablaría bien de mí.

—Estoy seguro de que sí. Pero imagino que no sabe mucho sobre la gestión de una posada ni de lo bien que afrontas según qué responsabilidades específicas como posadera.

—¿Acaso puede saberlo alguien? Todavía estoy aprendiendo.

Él contestó con paciencia.

—Soy consciente de que puede parecer una formalidad innecesaria, Jane, pero es importante. Cualquiera que sirva bebidas alcohólicas tiene que ser responsable de saber cómo hacerlo bien. También debemos asegurarnos de que un posadero no permitiría que en su establecimiento se hagan apuestas o, y disculpa por mencionarlo, se practique la prostitución. —Abrió un cajón y

sacó un documento impreso—. Esta es la lista de todas las obligaciones que tienes, además de prometer que garantizarás un buen comportamiento en la posada. Los propietarios que no acatan estos preceptos podrían ser acusados de gestión fraudulenta.

Jane suspiró.

—Me lo miraré bien. Y quizá le pida consejo también a Thora.

—Sí, tiene mucha experiencia, pero no olvides que ella nunca ha poseído una licencia. Y, Jane... —vaciló un segundo—, no te aconsejo que le pidas nada a tu cuñado. Se metió en algunos líos de joven, y lord Winspear tiene mucha memoria. Su comparecencia como fiador no te haría ningún bien. Además, al tratarse de un familiar, podrían verlo como alguien poco objetivo.

—Comprendo.

Sir Timothy le habló sobre las preguntas que les formularían a ella y a sus fiadores, y cómo solían responderse.

—Parece que está todo muy claro —comentó Jane.

—No te confíes. Por supuesto, yo estaré de tu lado. Y Bingley es un tipo la mar de agradable, pero lord Winspear... Es muy puntilloso con las regulaciones y parece que le guste poner las cosas difíciles.

Jane había conocido a aquel hombre de joven, pero hacía años que no lo veía.

—Lo tendré en cuenta. —Se puso en pie—. Bueno. Gracias por tu tiempo y tu ayuda.

Sir Timothy también se levantó y la acompañó hasta la puerta.

—Jane, tengo que preguntártelo... ¿Realmente sigues queriendo ser posadera? ¿Dirigir el negocio tú sola?

Percibió algo en su tono de voz que la empujó a mirarlo a la cara.

—Estoy tan asombrada como tú.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

—¿Lo que quiero? En absoluto. Te aseguro que no pensaba que terminaría dedicándome a esto.

—En ese caso me gustaría...

—Te gustaría... ¿qué?

El hombre vaciló.

—Poder ser de más ayuda.

—Ya me has ayudado. Muchísimo. Y cuento con tu apoyo en las sesiones, siempre que eso no comprometa tu posición, claro. Jamás te pediría que hicieras algo poco ético.

—Ya sé que no lo harías. Pero yo no tengo ninguna duda sobre ti. Te conozco desde hace demasiado tiempo y demasiado bien como para tenerlas.

Cuando llegaron a la puerta principal se detuvieron y *sir* Timothy tomó la mano enguantada de Jane.

—Jane Fairmont Bell... posadera con licencia. ¿Quién lo iba a decir?
Jane sonrió y negó con la cabeza.

—Yo no.



CAPÍTULO

43

Al día siguiente, Jane se vistió con esmero para acudir a las sesiones. Eligió un vestido de paseo de color gris, de semiluto, con la esperanza de parecer una viuda competente y respetable.

—No te dejes intimidar por Winspear —le aconsejó su suegra—. Estoy segura de que lo intentará.

Ella asintió y después le preguntó:

—¿Va a venir?

Thora evitó su mirada.

—Yo... tengo cosas que hacer esta tarde. Pero te irá bien.

Sintió una punzada de rechazo. Se preguntó si realmente tendría algo que hacer o si pensaba que asistir a la sesión era un voto de confianza que no quería darle.

Patrick tampoco iba a acudir. Se había marchado a Salisbury, aunque Jane no sabía por qué. Por tanto ella sería el único miembro de la familia que estaría presente en la audiencia de aquel día.

Las sesiones se celebraban de forma rotativa en el salón municipal de Ivy Hill, el Crown de Wishford, y el Pelican, en Stapleford. La de ese día tendría lugar en las dependencias del Consejo del salón municipal. Y la presidirían lord Winspear, el señor Bingley y *sir* Timothy.

Jane llegó pronto, igual que Mercy y el señor Drake. Esperaba que el señor Godfrey apareciera. Al poco entraron las señoritas Cook: Charlotte convenientemente discreta, como pedía la situación, mientras que Judith

saludó con la mano muy vigorosa a Jane al tiempo que esbozaba una sonrisa que dejaba entrever sus hoyuelos.

Lord Winspear, que era el magistrado de mayor edad, ocupaba la silla central de la mesa sobre el estrado, flanqueado por *sir* Timothy y el señor Bingley. Cada vez entraban más personas en la sala y ocupaban los pocos asientos que quedaban, otros permanecían de pie o se apoyaban en la pared del fondo. Lord Winspear rugió:

—¿Qué hace aquí toda esta gente? Esto es una reunión formal, no una representación teatral. Guarden silencio o haré que desalojen la sala.

Jane reprimió el impulso de mover las rodillas o golpetear con el pie mientras ellos repasaban otros asuntos. Cada minuto que pasaba se sentía más nerviosa, y el señor Godfrey todavía no había aparecido.

Al fin el señor Winspare consultó sus notas y anunció:

—Y ahora llegamos a la petición para renovar la licencia. El primer nombre del orden del día es el de la señora de John Bell. Una entrada de última hora. —Fulminó a *sir* Timothy con la mirada antes de fijar la vista en Jane—. Haga sus alegaciones, por favor.

Ella se levantó y se dirigió al trío de magistrados.

—Como ya deben de saber, mi marido, John Bell, era el anterior propietario de Bell Inn, pero falleció el año pasado. Y he venido a pedir una licencia en su lugar.

—¿Entonces tiene usted intención de ocupar el puesto de posadera? —preguntó el magistrado mayor, con unos ojos tan negros como el broche azabache de Jane.

—Sí, milord.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —repitió confusa—. Porque la licencia está a punto de caducar y...

—No, ¿por qué quiere hacerlo? —insistió—. Jane Fairmont... ¿posadera? Recuerde que yo conocía a sus padres. Su madre se estaría removiendo en la tumba si supiera lo que su hija pretende hacer con su vida.

Sintió una opresión en el pecho. Miró fijamente a aquel hombre. Había acudido como invitado a su casa cuando Fairmont era un hogar elegante y ella

hija de una pareja de aristócratas. ¿Tendría razón? ¿Su madre se estaría removiendo en la tumba? Desde luego, no lo aprobaría. Notó cómo le trepaba el calor hasta la cara y se esforzó por reprimir las lágrimas. No podía echarse a llorar delante de aquella gente. Se negaba. Recordó lo que le había advertido Thora y levantó la barbilla, obligándose a mirar a aquel hombre a los ojos.

Entonces intervino *sir* Timothy:

—Lord Winspear, las motivaciones de la señora Bell para continuar con el negocio de su marido no son de la incumbencia del tribunal.

—Oh, deje que hable ella, Borckwell. Ya sé que ustedes eran amigos de niños. —Volvió a mirar a Jane—. Le vuelvo a preguntar, ¿por qué?

Respiró hondo, se aferró a su compostura con las dos manos, y contestó:

—Es cierto, milord, que convertirme en posadera nunca fue uno de mis sueños de juventud. Pero estas son las circunstancias que me ha deparado el destino.

—¿El destino? ¿El destino la obligó a casarse con un posadero?

La mujer tragó saliva.

—No. Tomé esa decisión porque quise. —Miró un segundo a *sir* Timothy—. Pero yo no elegí que mi marido muriera tan joven. Y me sorprendió tanto como a los demás que me hubiera dejado la posada a mí. Pero he decidido hacer honor a su decisión y cumplir con mi deber con el personal, los proveedores y los clientes.

—Muy noble —contestó con sequedad.

Sir Timothy volvió a intervenir:

—Dada su intención, ¿quién es su primer fiador?

—El señor James Drake.

James se puso en pie. Vestía una elegante levita azul marino y un chaleco a rayas, y parecía seguro y muy tranquilo.

—¿Drake? No conozco a ningún Drake —dijo Winspear—. ¿Quién es usted, señor, para tener voz en este asunto?

—Milord, seguro que ha oído hablar del nuevo hotel que el señor Drake ha abierto en la antigua mansión Fairmont —se adelantó *sir* Timothy.

—¿Ha convertido el hogar familiar de mis viejos amigos en un hostel? ¿Y

se supone que debo felicitarlo? No sé nada de este hombre ni veo por qué tendría que dar valor a su testimonio.

—Es posible que el señor Drake sea nuevo aquí, pero ya lleva años dirigiendo un hotel con mucho éxito en Southampton.

—Si el señor Drake tiene tanto éxito en la próspera ciudad de Southampton, ¿por qué iba a tener algún interés en la intrascendente loma de Ivy Hill?

Jane pensó que era una pregunta interesante, aunque no entendía qué relación podía tener con la renovación de su licencia. ¿Estaba juzgando la perspicacia de Drake para los negocios o su juicio en general?

La mujer conservó la calma y no se tomó a mal las duras palabras del magistrado.

—La primera vez que vi el nombre de Ivy Hill fue mientras revisaba los planos de la nueva carretera —comenzó a decir—. Y me pareció un lugar lleno de oportunidades.

El magistrado lo miró con escepticismo.

—Algo me dice que no es la única razón.

—Puede ser. Pero no es nada que tenga relación con el asunto que nos ocupa. Pero, si quiere, podemos compartir una botella de Chambertin una tarde de estas y le contaré todas las historias que quiera.

—Sí, ya imagino que sí —contestó, con malicia—. Y dígame, señor próspero hotelero, ¿realmente cree que puede hablar a favor de la señora Bell y sus capacidades como posadera?

—Así es, milord.

—¿Y en qué se basa?

—Es posible que Jane Bell no tenga mucha experiencia, eso es verdad. Pero es muy inteligente y, en mi opinión, tiene mucho talento natural. Cuando supo a qué me dedicaba, me hizo preguntas muy interesantes, demostró una gran perspicacia al pedirme consejo. Es posible que no lo sepa todo... todavía. Pero aprende muy rápido y la experiencia pronto le enseñará el resto. Poco después de conocer a la señora Bell ya la consideraba una de las mujeres más entusiastas que conozco. Creo que será una gran competidora, tal como ha demostrado la reciente prueba que hemos librado por hacernos con el contrato del Correo Real. Yo, como mínimo, estoy impaciente por disfrutar de

una larga y provechosa relación.

—¿Está usted casado, señor?

James echó la cabeza hacia atrás extrañado.

—No, milord. No he tenido el privilegio. Pero si pretende insinuar que estoy halagando a la señora Bell con la esperanza de ganarme sus favores, se equivoca.

—¿No quiere ganarse sus favores?

Jane se dio cuenta de que estaba moviendo repetidamente la rodilla y deseó que *sir* Timothy objetara a esa pregunta, pero no lo hizo.

—Pues claro que sí —contestó James—. Pero ese no es el motivo por el que he venido.

Sir Timothy carraspeó.

—Habla muy... bien de la señora Bell.

El magistrado mayor esbozó una sonrisita.

—Sí, ya lo creo.

James asintió y se sacó un par de hojas dobladas del bolsillo.

—Si me lo permiten, milores, aquí les entrego mis licencias, renovadas con regularidad como pueden ver, libres de faltas. Espero que los documentos le den mayor crédito a mi testimonio en el caso de que mi palabra no baste.

Lord Winspear agitó la mano para restar importancia a sus documentos.

—Gracias, señor Drake. Pero cada Consejo tiene sus propias regulaciones. Y hablando de eso, ¿dónde está la licencia para ese nuevo establecimiento del que habla? No recuerdo haberle expedido ninguna.

—Es el último nombre de la sesión de hoy, milord —aclaró el alguacil—. A la que llegaremos a media noche, a este ritmo.

—Muy bien. Sigamos adelante. ¿Su segundo fiador es...?

—El señor Godfrey.

Jane miró a su alrededor con un nudo en el estómago. ¿Dónde estaba? Lo cierto es que había accedido a ir a regañadientes.

—Ah. Nuestro viejo amigo, y lo digo con poca convicción, el señor Godfrey. —Miró por encima de sus gafas y escudriñó la multitud que se había reunido en la sala—. ¿No ha venido? Era de suponer. Bueno, sin un segundo fiador no podemos proceder.

Entonces Mercy Grove se puso en pie.

—Yo haré las veces de fiador, o fiadora, en este caso. Puede que no sea posadera, pero puedo hablar con fiabilidad de la señora Bell.

—Gracias, señorita Grove. Pero, por favor, siéntese. El papel de fiador es cosa de hombres.

Timothy empezó a decir:

—No hay ninguna ley que impida que una mujer...

—Hay un prejuicio, *sir* Timothy. Un fuerte prejuicio. Además, es posible que la señorita Grove tenga una escuela, pero eso no la cualifica para hablar a favor de una posadera.

—En ese caso yo haré las veces de fiador —anunció el vicario, levantándose.

Lord Winspear suspiró con fuerza.

—Señor Paley. Usted es un hombre de Dios, no un hombre de negocios.

—No estoy de acuerdo, compañero. ¿Acaso no me encargo de supervisar una iglesia, varias casas de caridad, la parroquia y la sacristía, al mismo tiempo que me esfuerzo por tener contentos a los feligreses, a quienes podríamos también llamar clientes?

Sus palabras le recordaron a Jane lo que la señora Paley había dicho en la reunión de la Sociedad de Damas Té y Labores. Quizá hubiera sido su mujer quien le había escrito ese discurso.

—Buen intento, señor Paley —dijo lord Winspear—. Pero será mejor que nosotros dejemos que usted se encargue de los asuntos de la iglesia y usted deje que nosotros nos ocupemos de los asuntos legales.

Jane tragó bilis. Tenía la sensación de que se le estaba escapando el futuro y casi se mareó al pensar en todas las personas que dependían de ella y a las que iba a decepcionar.

—Por tanto, sin un segundo fiador cualificado, no tenemos más remedio que declinar la expedición de la licencia, y es posible que sea para bien. Una dama es educada para bordar y tocar el pianoforte. No tiene ni idea de gestionar una posada. Cómo negociar con cerveceros y rutas de diligencias, tratar con clientes, cocheros, borrachos, y lo que es peor...

—Milord, si me disculpa... —irrumpió una voz desde el fondo de la sala

—, parece que usted sí lo sabe.

El magistrado frunció el ceño.

—¿Quién ha dicho eso? ¿Quién osa interrumpirme de esta forma tan descarada?

Thora empezó a caminar y los presentes se apartaron para hacerle sitio.

—Quizá quiera que le demos trabajo en Bell Inn, milord. —La mujer miró a Jane—. ¿Crees que podemos encontrarle algo?

Lord Winspear negó lentamente con la cabeza y se reclinó en la silla.

—La señora Bell. Debería haberlo imaginado. Siempre ha tenido la lengua demasiado larga.

La aludida se plantó ante los magistrados con las manos entrelazadas sobre la falda.

—Milord. Me alegro de volver a verle.

—Igualmente. ¿Usted también ha venido a ofrecerse como fiadora?

—No, milord. Jane no me lo pidió.

—Ah... ¿tal vez tema que no vaya usted a hablar bien de ella?

Se encogió de hombros con despreocupación.

—Sin duda le he dado motivos para temerlo. ¿Acaso permitiría usted que yo hablara en su favor teniendo en cuenta que es mi nuera? ¿No rechazaría cualquier testimonio que yo pudiera dar por ser una persona parcial y poco fiable, con intereses personales en el procedimiento que nos ocupa?

—Entiendo su punto de vista. Y si fuera usted cualquier otra mujer, o cualquier otro miembro de la familia, la rechazaría sin dudar. Pero conozco muy bien su sinceridad tajante. Y soy incapaz de imaginar que pueda usted aprobar que una dama dirija su posada.

—Puedo dar testimonio del carácter de Jane —respondió, con sinceridad.

—Pero no es solo su carácter lo que nos ocupa hoy aquí, sino su habilidad para dirigir a su personal y a los clientes.

—En cualquier caso, milord, imagino que una dama como Jane, con sus delicados modales, esperará la mejor de las conductas tanto de su personal como de sus clientes, al igual que cualquier Bell.

—¿Está diciendo que no le preocupa en absoluto la capacidad de Jane Bell como posadera?

Thora y lord Winspear se miraron a los ojos un segundo. Y Jane contuvo el aliento recordando todas las miradas de desaprobación que su suegra le había lanzado, y sus muchas disputas. Estaba claro que albergaba dudas respecto de ella. Y probablemente le encantaría tener la oportunidad de expresarlas.

—Jamás habrá otro posadero como mi padre. Era un caballero y era justo pero firme. Sabio y generoso. Sabía como alentar a todos sus trabajadores, desde un postillón hasta la cocinera más cascarrabias, y conseguía que dieran lo mejor de sí mismos y se mostraran orgullosos del trabajo bien hecho. Servía igual a la más pobre y asustada sirvienta que iba de camino a un nuevo trabajo que a una viuda de alta cuna, con la misma humildad y calidez. Y Jane me recuerda a él en muchos sentidos. Es lo bastante inteligente como para saber cuándo debe pedir ayuda y cuándo debe tomar una decisión desagradable ella misma. Es buena y siempre está dispuesta a hacer sacrificios, y no es tan orgullosa como para no ensuciarse las manos y ayudar a su personal y servir a sus clientes. Esas son las características de un buen líder. Creo que Jane Bell será una posadera excelente. Y yo prometo hacer todo cuanto esté en mi mano para ayudarla en su empeño.

La estancia se quedó en silencio.

Jane miró incrédula a su irritante y desaprobadora suegra, como si no la reconociera. Como si la estuviera viendo por primera vez.

Hasta lord Winspear permaneció momentáneamente paralizado. Pero enseguida recuperó ese brillo en la mirada.

—Un discurso muy emotivo, señora. ¿Lo ha dicho en serio?

—Pues claro. Ya sabe que yo nunca elogio a alguien si puedo evitarlo.

—La verdad es que sí.

El magistrado se quedó mirándola un rato más y después levantó las manos.

—Bueno. Ya veo que os habéis compinchado todos contra mí. Por tanto, no pondré más objeciones. Espero, más que creerlo, que Jane Bell sea la gran posadera que todos afirmáis que es.

Jane suspiró aliviada.

—Milord —repuso, con tono persuasivo—, ¿por qué íbamos a estar todos compinchados contra usted? Todavía me acuerdo de cuando venía a Fairmont House por Navidad a compartir con mis padres una copa y unas castañas

asadas. Y después cantaba *God Rest Ye Merry, Gentlemen* con su fabulosa voz de barítono. Nunca lo olvidaré.

El magistrado carraspeó.

—Este no es lugar para ponerse nostálgico.

—Entonces venga a la posada algún día y reviviremos esos preciosos recuerdos de las Navidades que pasamos en compañía de mis padres.

—Su madre fue una mujer excelente. Se parece mucho a ella.

—¿Sí? Es el mayor cumplido que podría hacerme.

Jane dudaba mucho que se pareciera a su madre, pero le gustó descubrir el altísimo concepto que aquel hombre tenía de ella.

—Sí, bueno... —Lord Winspear volvió a carraspear y se puso serio—. Ya es suficiente. Todavía no hemos terminado. Tenemos que cumplir con el reglamento. ¿Está preparada para hacer su juramento, señora Bell?

Jane reprimió una sonrisa.

—Sí, milord.

El hombre le leyó las estipulaciones formales y terminó con una severa advertencia:

—Recuerde, Jane Fairmont Bell, que si quebranta la normativa no dudaré en citarla ante este tribunal para acusarla de alteración del orden público. — Le lanzó a Timothy una mirada amenazante—. Y me dará igual las conexiones familiares que pueda tener.

Jane asintió con seriedad.

—Lo recordaré, milord. Y gracias.



Cuando la sesión llegó a su fin, la gente empezó a dispersarse y algunas personas se quedaron a felicitar a Jane. Ella les dio las gracias a James y al señor Paley por haber hablado en su favor, pero pensó que lo mejor era mantener las distancias con *sir* Timothy mientras estuvieran en los tribunales.

Hubo más personas que se acercaron a ella, como la señora Klein y la señorita Morris, de la Sociedad de Damas Té y Labores, aunque Jane no vio a

nadie más de la posada. Dio las gracias con educación a todo el mundo, pero no dejaba de estirar el cuello para otear por encima de las cabezas de la gente, en busca de Thora. La vio en una esquina de la habitación, la señorita Cook la había arrinconado.

Mercy se acercó para abrazarla, y acto seguido se excusó diciéndole que le encantaría quedarse a hablar con ella, pero que tenía que volver rápidamente a Ivy Cottage para ver cómo le iba a Rachel con las chicas. Se despidió de su amiga y, cuando volvió a mirar, su suegra ya se había marchado.

Jane se abrió paso entre la gente, agradeciendo las felicitaciones de los presentes a su paso. Al final salió del edificio y, echándose una carrerita poco femenina, a medio camino de Potters Lane consiguió alcanzar a Thora, que volvía sola a la posada.

Quería preguntarle si de verdad creía todo lo que había afirmado sobre ella, pero decidió callar. Conocía muy bien su lengua afilada. Para salvar la posada, podría haber hablado con más seguridad de la que sentía. De ser así, tampoco la culparía.

—Gracias, Thora —optó por decir.

Ella asintió sin pararse, y Jane empezó a caminar a su lado. Presa de un impulso, entrelazó su brazo con el de su suegra y contuvo el aliento esperando que rechazara el gesto de acercamiento. Pero le estrechó la mano unos segundos. Y dijo:

—Antes me pasaba el día renegando, preguntándome en qué pensaba John para dejarte a ti la posada. Pero ahora lo entiendo todo. Mi hijo te conocía mejor que nadie, tal vez incluso mejor de lo que te conoces a ti misma. Y, de alguna forma, él sabía que eras la persona perfecta para dirigir el negocio cuando ya no estuviera. Para salvarlo.

Se emocionó al escuchar el inesperado y sorprendente elogio. En ese momento ya no estaban en la audiencia.

—Gracias, Thora —repitió, con un nudo en la garganta—. Espero que tenga usted razón.

—Suelo tenerla —respondió, mirándola de reojo—. No me falles.

Jane se detuvo en una esquina, en lugar de cruzar la calle en dirección a la

posada.

—Adelántese usted. Yo iré directamente al banco a llevar la licencia.

—Muy bien. Pero no tardes.

Asintió. Se volvió hacia la calle High y se encaminó con energía al edificio de piedra y ladrillo que se erigía al final. En cuanto llegó a la puerta de Blomfield, Waters y Welch, entró sin dilación.

El joven asistente se puso en pie al verla.

—Lo siento, señora Bell, pero el señor Blomfield no está...

No se detuvo a escuchar las excusas.

—No se moleste, ya sé dónde está la puerta.

—Pero...

Empujó la puerta del despacho del señor Blomfield y se quedó de piedra cuando vio al hombre que había tras el escritorio.

No se trataba del señor Blomfield, sino de alguien a quien no conocía. Y el hombre que ocupaba la silla del visitante... era Patrick Bell.

—Ah, Jane —dijo su cuñado—. Precisamente estábamos hablando de ti.

—Ah, ¿sí? Pensaba que estabas en Salisbury.

—Y lo estaba. —Señaló al hombre que había detrás del escritorio—. Me parece que ustedes no se conocen. Jane Bell, permite que te presente al señor Welch, de la firma antes conocida como Blomfield, Waters y Welch.

—¿Antes? No comprendo.

El hombre se puso en pie.

—Señora Bell, desearía haberla conocido en mejores circunstancias. Por favor, siéntese.

—Pero... Le entregué al señor Blomfield una copia de nuestro plan financiero y he venido a pedir una prórroga del préstamo. Acabo de salir del tribunal de primera instancia y venía a enseñarle la licencia. ¿Dónde está?

—La verdad es que no lo sé —confesó el señor Welch—. Supongo que a estas horas, lejos de aquí.

—¿A qué se refiere?

—Se ha fugado.

Jane se quedó con la boca abierta.

—¿Qué? ¿Por qué?

Patrick le tendió una pila de documentos.

—Aquí tienes la copia del préstamo que pidió John. Échale un vistazo.

Jane alternó la mirada entre su cuñado y los papeles, alzando las cejas.

—¿De dónde la has sacado?

—Estaba en el cajón del escritorio de John. Me avergüenza confesar que yo, mmm... la tomé prestada. —Señaló la primera página—. ¿Notas algo... extraño ahí?

Miró la página del índice. La firma de John. La de Blomfield. Entonces una cifra le llamó la atención y volvió a mirar.

—¿Cinco mil libras? Pero si eran quince mil...

—O eso nos hizo creer Arthur Blomfield.

—Pero yo vi la copia original del contrato del préstamo, y la firma de John. Entonces el señor Welch dijo:

—Mi teoría es que Blomfield ha estado malversando fondos del despacho. Y para ocultarlo, aumentó la suma del préstamo de su marido.

Patrick asintió.

—Blomfield siempre estaba haciendo inversiones arriesgadas y creo que lo que hizo fue «tomar prestado» dinero para invertir con la intención de devolverlo, pero al final lo perdió. Tras la muerte de John pensó que podría salvarse, siempre que nunca apareciera la copia original del préstamo. La primera vez que me enfrenté a él, negó haberse metido en ningún chanchullo. Dijo que era la palabra de mi hermano contra la suya. Dijo que esto era una falsificación. Pero todos sabemos que es más fácil añadir un número delante del cinco que quitarlo. Poco después me pidió que le entregara la copia del contrato, insinuando que, a cambio, conseguiría que yo fuera el propietario de Bell Inn a finales de verano. Y admito que me sentí tentado, pero solo por un momento. Desde entonces he estado buscando la mejor forma de proceder. Pensé en acudir a los magistrados, pero al final decidí llevar la copia del contrato a los socios que estaban en Salisbury.

El señor Welch asintió.

—Ya hace bastante tiempo que sospechábamos que Blomfield estaba malversando fondos, pero nunca tuvimos pruebas. Ahora ya las tenemos.

Patrick esbozó una mueca.

—Por desgracia, me descarté demasiado rápido y Blomfield ha desaparecido antes de que sus socios pudieran reaccionar y acudir a la justicia.

—¿De verdad ha desaparecido? —quiso saber la mujer.

El banquero asintió.

—El apartamento que tiene en el piso de arriba está vacío y no le ha facilitado ninguna dirección nueva a la casera. Venderemos las posesiones que ha dejado aquí al marchar con tanta prisa, pero no podremos compensar todo lo que hemos perdido. Alégrese de haber sacado lo que quedaba de sus capitulaciones matrimoniales, señora Bell, porque probablemente también se lo hubiera llevado. El señor Waters y yo compensaremos como podamos a todas las personas que han perdido dinero, pero necesitaremos tiempo y, si no andamos con cuidado, quizá acabemos teniendo que declararnos insolventes.

—Lamento escuchar eso, señor Welch.

—Gracias. Pero ese es nuestro problema, señora Bell. No suyo. Permítame que la felicite por los progresos que ha conseguido en la posada, y por su excelente plan financiero. —Dio unos golpecitos sobre la carpeta que tenía delante—. Y en nombre del señor Waters y en el mío, me alegro mucho de poder comunicarle la concesión de la prórroga de las cinco mil libras que nos debe.

El banquero alivió el peso de los hombros de Jane, que se las arregló para esbozar una sonrisa temblorosa.

—Gracias, señor Welch.

Patrick se levantó.

—¿Me permites acompañarte, Jane? Tenemos muchas cosas de que hablar.

—Claro.

Dejaron al pobre banquero intentando arreglar el desastre que había provocado Arthur Blomfield.

Salieron del local y tomaron la calle High. Jane miró a Patrick de reojo.

—¿Cuánto hace que lo sabes?

—He sospechado que algo no iba bien desde que Blomfield evitaba decirnos la cantidad total del préstamo, por lo menos desde que confirmó que no había visto la copia de los documentos del préstamo.

—¿Lo sabe Thora?

Él negó con la cabeza.

—Aunque me sorprendió rebuscando en los cajones del escritorio de la cabaña y, sin duda, estará sospechando lo peor.

—¿Rebuscaste entre las cosas de John y decidiste no contarme lo que habías encontrado? ¿Cuándo fue eso? —inquirió, disgustada.

—Cuando me ofrecí a ir a buscar las llaves de la bodega de John. Lo siento, Jane. Me llevé algo que no me pertenecía y estuve tentado de utilizarlo en beneficio propio o, por lo menos, disfrutar viendo como Blomfield se retorció. Y estuvo mal por mi parte, lo sé. Espero que puedas perdonarme.

Miró a su cuñado y suspiró.

—Bueno... supongo que lo entiendo. ¿Habrá alguien que nunca haya sentido la tentación de actuar de una forma egoísta? Pero tú hiciste lo correcto al final, y eso es lo que cuenta. Hemos conseguido la licencia y la prórroga, así que, de momento la posada está a salvo.

—¡Viva!

—¿Estás siendo sarcástico o realmente estás contento por mí?

—Lo estoy. De verdad.

—Entonces seguiremos hablando del tema... —Levantó un dedo, muy seria—. Pero no vuelvas a entrar en la cabaña.

Patrick alzó la mano.

—Lo prometo.

—Y se acabaron los secretos. Y se acabó fisgonear —añadió—. Thora ya ha tenido suficientes disgustos. Ella quiere confiar en ti. Y yo también.

—Ya lo sé. Cosa que me recuerda que será mejor que volvamos cuanto antes a la posada.

—Ah, ¿sí? ¿Por qué?

Patrick sonrió.

—Ya lo verás.



CAPÍTULO

44

Cuando llegaron a la posada, a Jane le llamó la atención el alboroto del patio. En lugar de entrar por la puerta principal, los cuñados pasaron de largo y cruzaron el arco. Ella se paró en seco al contemplar el hervidero en que se había convertido el lugar.

En cuanto los vio llegar, Thora fue a recibirlos.

—¿Qué pasa? —le preguntó Jane, sorprendida por el despliegue de mesas, sillas y bancos, y las guirnaldas de banderillas que colgaban de un extremo al otro del patio. Los mozos y las doncellas llevaban bandejas, colocaban manteles sobre tablones de madera y los adornaban con jarrones de flores. La señora Rooke permanecía en el centro y dirigía a todo el mundo, dando indicaciones con muy buen humor.

—¿Es que no lo ves, Jane? —contestó su suegra—. Te estamos organizando una fiesta.

La miró sorprendida y volvió a observar la escena.

Bertha había obrado un milagro con la comida comparable al de los panes y los peces, y se había sacado de la manga un banquete improvisado. Daba la impresión de que todas las existencias de la despensa y la tienda entera de los Craddock estaban allí: una mesa llena de pasteles y galletas, además de sus riquísimas tartas de mermelada, jamón, una buena pieza de ternera fría y un pollo bien carnosos. La cocinera había suplido la carencia de acompañamientos con patatas, col y pepino picado. Para beber, jarras llenas de limonada y tazas de té y café.

—Cielo santo, señora Rooke, se ha superado —celebró la homenajead—. Estoy asombrada de ver tanta abundancia, y con tan poca antelación.

—Bueno, me he cobrado algunos favores... Hoy es un gran día para todos y quería aportar mi granito de arena.

Jane se armó de valor y posó la mano sobre el fornido brazo de la cocinera.

—Y lo ha hecho, ¡sobradamente!

Bertha sonrió. Era la primera vez que veía a aquella mujer con una actitud verdaderamente complaciente.

Cuando acabaron con sus tareas, tres músicos empezaron a afinar sus instrumentos. Eran Tall Ted al violín, Colin a la flauta y Tuffy, que tocaba la mandolina dulce.

Unas horas más tarde, cuando el crepúsculo empezó a extender su oscuro manto, el desfile de invitados se convirtió en un goteo. Jane, que se había puesto su vestido lavanda, se sentó un momento y contempló el patio iluminado por las antorchas, los candiles y el parpadeo de las velas que habían encendido dentro de algunos botes de cristal. Y se sintió feliz. Tanto que le dolía el corazón.

Patrick se había ido al despacho, pero Thora y Talbot seguían allí; él lucía un brazalete negro en honor a Nan. También estaba el personal: la señora Rooke, Tuffy, Tall Ted, Joe y los demás postillones. Cadi y Alwena. Colin, Bobbin y Ned. Viejos amigos del pueblo, como el señor y la señora Paley, y nuevos, como James Drake, la señora Klein y las señoritas Cook de la Sociedad de Damas Té y Labores, que estaban sentadas y tomaban té entre risas. Y su querida Mercy, con su tía.

Ojalá Rachel hubiera asistido para completar el trío de antiguas amigas. La maestra debía de haber advertido su cara de decepción cuando habían aparecido sin ella, porque le había lanzado una triste mirada comprensiva.

No habían acudido ni el señor Bingley ni lord Winspear, cosa que no le sorprendía. Pero le hizo mucha ilusión ver que *sir* Timothy cruzaba el arco de la posada al caer la noche. Tall Ted dejó el violín y se apresuró a ocuparse de su caballo.

—Solo necesito que lo ates y le des agua. No me quedará mucho rato.

El invitado sacó dos botellas muy bien envueltas de una de sus alforjas.

Jane se acercó a recibirlo.

—Hola, Timothy. Pensé que no te arriesgarías a provocar el enfado de lord Windspear asistiendo a la fiesta.

Sonrió.

—No me quedaré mucho, pero quería felicitarte. He traído un par botellas de buen champán para la merecida celebración. —Miró el bullicioso patio—. Pero ahora veo que tendría que haber traído más. Parece que haya venido la mitad de Ivy Hill.

—Gracias. Es muy amable por tu parte. —Llamó la atención del mozo al pasar—. Ned, por favor, llévale estas botellas a Bobbin y pídele que las abra.

El chico asintió y se marchó corriendo a cumplir con el recado.

—Hoy me he sentido muy orgulloso de ti, Jane —confesó *sir* Timothy—. Lo has hecho muy bien.

—Gracias, aunque el señor Drake y Thora me han salvado.

—Pero ya te habías ganado su buena opinión de antemano, no lo olvides. Ellos solo han dado fe del buen carácter que has tenido siempre y de tu creciente competencia como mujer de negocios.

Se sintió muy complacida por sus elogios.

—Gracias, Timothy. Eso significa mucho viniendo de ti.

Él se quitó el sombrero. Agachó la vista y espetó:

—Jane, dime si parezco un impertinente, pero... ¿hay algo entre tú y el señor Drake?

Vaciló sorprendida por la pregunta, aunque después de los efusivos elogios del señor Drake, ¿qué podía esperar que pensara?

—Tienes razón, Timothy —respondió riendo—, eres terriblemente impertinente.

Se volvió y le dio las gracias a Ned, que volvía con dos copas.

—Tome un poco de champán. —Le dio una copa a Timothy—. Es un regalo de un viejo amigo rico que tengo. Probablemente no sea el mejor que tiene, pero... —Se encogió de hombros y le sonrió.

Él le devolvió la sonrisa, pero su tono serio no era acorde con la expresión de su cara.

—Para ti siempre lo mejor, Jane. —Levantó la copa—. Por Jane Fairmont Bell. Una mujer excelente y una posadera excelente.

A ella se le saltaron las lágrimas y parpadeó para hacerlas desaparecer. Aquel era un día de celebración y para hacer planes de futuro, no para revivir antiguos remordimientos.

—Gracias. —Se obligó a sonreír y brindó con él—. Por los viejos amigos.

Volvió a pensar en Rachel. Aquella antigua amiga que había desaparecido como si la hubieran arrancado de algún viejo retrato familiar. Se sentía incompleta. ¿*Sir Timothy* también estaría acusando su ausencia?

Notó el cosquilleo del champán bajándole por la garganta y la sensación le resultó más placentera que el sabor. Advirtió que él dejaba la copa sin haber tomado ni un sorbo. Le hizo una reverencia y después se internó entre la gente, con la misma actitud de siempre, seguro y cómodo en su papel de gran terrateniente, conocido y respetado por todos. Jane lo observó por encima de la copa. Saludó a Thora; habló educadamente con Mercy y Matilda; estrechó la mano del señor Drake; se unió a los aplausos cuando la improvisada banda de músicos terminó una canción y, después, despidiéndose con la mano de los asistentes en general y de ella, se marchó hacia el establo en busca de su caballo. Al poco cruzó el arco y se fue con la misma elegancia con la que había llegado. Ella siguió mirándolo hasta que desapareció de su vista.

En ese momento se acercó Mercy. Su amable y comprensiva mirada estuvo a punto de volver a arrancarle algunas lágrimas, ¡cuántas emociones la embargaban!

—¿Estás bien, Jane? —le preguntó con delicadeza.

Respiró hondo.

—Estoy mejor que bien. —Sonrió al darse cuenta de que era cierto—. De hecho, soy una posadera excelente —añadió, haciéndose eco del brindis de Timothy.

—Me alegro de escucharlo. Es tu noche, a fin de cuentas.

—Es la noche de todos. Bueno, de casi todos...

Se le volvió a encoger el corazón. ¿Pero qué esperaba? Ella tampoco había asistido a la fiesta que Rachel había ofrecido en Thornvale.

—Le pedí a Rachel que viniera con nosotras, pero estaba esperando la

visita del señor Ashford, así que... —comentó su amiga, con delicadeza.

Ella asintió y preguntó:

—¿Y quién se encarga de vigilar a las chicas esta noche?

—Se ha ofrecido Martha Bushby.

—Ah. Muy amable por su parte. —Le dio a Mercy la copa que *sir* Timothy no había probado—. Champán de Brockwell Court.

—A mí nunca me ha gustado, pero a Matty le encantará.

Le estrechó la mano y volvió con su tía.

Cuando la vio marcharse con las demás, Jane reprimió una sonrisa. Contempló el patio abarrotado y pensó en todos los que sí habían acudido. Miró a Thora y volvió a conmoverse al recordar la firmeza con que la había defendido aquella mañana. No solo era su amiga, también era su familia. Al pensarlo, se sorprendió sonriendo de nuevo.

Gabriel Locke no estaba. Suponía que se habría vuelto a la granja de su tío. Debería estar allí celebrándolo con ellos, porque él los había ayudado a ganar la competición. Jamás habrían vencido al equipo del señor Drake sin lo mucho que se había esforzado en entrenar a los chicos y sin su habilidad como líder. Jane deseó poder parecerse más a él en ese sentido. Iba a necesitar esa capacidad para terminar de cumplir sus planes y dirigir al personal de la posada durante las semanas y los meses que tenían por delante. Les habían dado una segunda oportunidad, y no pensaba desaprovecharla.

Gabriel no estaba, pero James Drake sí, justo al otro lado del patio. Había sido su rival en la competición por el Correo Real, pero también un gran apoyo y su fiador ante el tribunal. Volvió a pensar en sus palabras, en cómo la había elogiado como mujer y como posadera, y sintió un pequeño aleteo de... ¿qué? ¿Felicidad? ¿Atracción? ¿Esperanza? No estaba del todo segura de lo que sentía por aquel hombre. Pero sentía algo. Miró hacia él y lo sorprendió mirándola. Cuando sus miradas se cruzaron el señor Drake sonrió y la luz de las velas acentuó las arrugas que se le habían formado en las mejillas. Parecía relajado. Satisfecho. Bebía de su copa un poco apartado del barullo general y las conversaciones que bullían a su alrededor. Jane se acercó.

—¿Se divierte? —le preguntó él cuando la vio aproximarse.

—Pues sí. ¿Y usted?

El señor Drake sonrió.

—Ahora sí.

Encontraron un par de sitios en una de las mesas y se dispusieron a disfrutar de la excelente comida, la buena compañía y la música festiva. Observaron encantados y divertidos a las extrañas parejas que bailaban. El señor Shabner y la tía Matty daban palmas mientras el joven Joe se marcaba un bailecito él solo. Cadi y Alwena lo convencieron a él y a otro postillón para que bailaran con ellas.

Entonces Cadi se dirigió a los presentes:

—¡Necesitamos más parejas!

Ned y Dotty se sumaron. Talbot le sugirió hacer lo mismo a Thora, pero ella lo rechazó para marcharse a rellenar la jarra del té. Patrick salió del despacho y también intentó convencer a su madre para que bailara con él. Pero enseguida se dio por vencido y se puso a bailar con la cocinera. El señor y la señora Paley también se unieron al grupo.

James la miró con los ojos verdes rebosantes de calidez.

—Baile conmigo, Jane.

—Encantada.

Le tendió la mano y ella la aceptó.

Se acercaron al grupo y se unieron a las demás parejas. Al ritmo de la música empezaron a bailar en círculos, primero en un sentido y después en el otro. Las parejas se colocaron hombro con hombro; James no dejaba de mirarla fijamente. Después terminaron todos en círculo, primero tomados de la mano derecha, después de la izquierda.

Por el rabillo del ojo Jane vio una figura que emergía de las sombras que ocultaban el arco. Se le aceleró el corazón. Por un segundo pensó que Gabriel había vuelto. Pero cuando se dio cuenta de quién era, su decepción desapareció.

Rachel. Al final había ido.

Se excusó ante James y se fue a buscar a su vieja amiga.

—Rachel, me alegro de que hayas venido.

—¿De verdad? No estaba segura de si debía hacerlo.

—Pues claro que sí. Significa mucho para mí.

—Espero no llegar demasiado tarde.

Se arriesgó e hizo una broma:

—Siempre te ha gustado llamar la atención, por eso llegas la última.

Le devolvió la sonrisa algo vacilante.

—Últimamente solo puedo hacerlo en la iglesia y la escuela. Tu fiesta es el momento estelar de mi agenda social.

La recién llegada miró a los presentes. Jane se preguntó si estaría buscando a *sir* Timothy.

—Mercy me ha dicho que estabas esperando la visita del señor Ashford...

Asintió un poco avergonzada.

—Le he hecho llegar mis disculpas. No quería perderme la oportunidad de felicitarte por tu éxito.

—Gracias. Hemos conseguido conservar el contrato del Correo Real y ya tengo mi licencia, pero todavía debemos aumentar los beneficios. Aún nos queda mucho por hacer.

—Espero que todo te salga a pedir de boca.

—Yo también. Por suerte, no estoy sola.

—Ya veo. —Volvió a pasear la mirada por el patio, las mesas llenas de comensales, los músicos y los bailarines—. Madre mía, esto sí que es una fiesta, y no lo que yo organicé en Thornvale.

—Pues no puedo atribuirme el mérito. —Se dio media vuelta en busca de las personas responsables y las señaló con sutileza—. Ha sido cosa de la señora Rooke, Dotty, Cadi, Alwena, Ned y Colin, además de los mozos, Ted y Tuffy, que lo han preparado todo mientras yo estaba en el tribunal por el asunto de la licencia.

—¿Y ya sabes que ha sido Thora quien se ha paseado por el pueblo invitando a todo el mundo?

—Ah, ¿sí? —preguntó, buscando a Thora entre la multitud—. Tenía la duda...

«Por eso había llegado tarde al tribunal».

Cuando Jane se volvió de nuevo, se sorprendió al ver que Rachel la estaba mirando con cara de sorprendida. Negó lentamente con la cabeza.

—No me puedo creer lo mucho que has cambiado. Ahora eres una gerente

estupenda y te tuteas con tus empleados.

Se alegró de no percibir censura en su voz. Y contestó:

—Supongo que no es tan diferente de lo que era supervisar menús y sirvientes en Fairmont o en Thornvale.

—Cierto. —Rachel dejó escapar una carcajada—. ¿Te acuerdas de cuando éramos niñas? Nos pasábamos el día subidas a los altísimos pinos mecidos por el viento compartiendo sueños y planes de futuro.

—Claro que me acuerdo.

—Últimamente he pensado mucho en ello. En especial desde que me trasladé a vivir con Mercy. No recuerdo exactamente qué soñaba para mi vida entonces, pero...

—Yo sí. Decías que te casarías, que vivirías en una casa elegante y solo tendrías dos hijos, porque no querías correr demasiado riesgo de morir durante el parto o estropear tu figura.

Rachel se rio.

—¿Eso decía? Me pregunto cómo creía que iba a conseguir todo eso. Ahora me parece una tontería.

Jane levantó la barbilla al recordar.

—Y yo soñaba con tocar el pianoforte para el rey o aprender a saltar con *Hermione*.

—Bueno, eso también. Pero recuerdo que querías casarte y tener muchos hijos, una gran familia.

Esbozó una mueca de dolor. Las palabras de su amiga le sentaron como una puñalada, aunque no había sido intencionada.

—Y aquí estamos. Las dos solas. Ninguna está viviendo la vida que había soñado o había pensado que llevaría —añadió la señorita Ashford, después de suspirar con melancolía.

Jane guardó silencio un momento. El dolor desapareció al tomar conciencia de algo. Sintió una revelación que le provocó un hormigueo en el pecho y más calor que cualquier copa de champán. Sí, ella había perdido a sus padres, a su marido y a sus bebés. Pero no estaba sola. Alternó la mirada entre los muchos rostros de seres queridos que hablaban entre ellos, bromeaban y se reían, o bailaban. Dios le había concedido su mayor deseo: una familia grande, cálida

y complaciente, y la había encontrado en el personal de la posada y la comunidad de Ivy Hill.

Aquella chica ingenua que pasaba las horas sentada en la copa de un árbol jamás habría imaginado en qué se convertiría su vida. Y nada de eso era lo que ella había esperado o elegido. Pero no se cambiaría por nadie.

Le sonrió a su vieja amiga.

—Yo no estoy sola, Rachel. Y tú tampoco. Y jamás lo estarás, siempre que dependa de Mercy o de mí. Venga, ve a divertirte.

—¿No vienes?

—Ahora voy.

La invitada cruzó el patio. Cuando se acercó a la mesa, Mercy la recibió con una sonrisa radiante y James se levantó para ofrecerle su sitio.

Los músicos pararon de tocar un momento y cuando los asistentes dejaron de aplaudir, Talbot se puso a gesticular para llamar la atención de los presentes.

—Tengo algo que anunciar.

Esperó a que todo el mundo guardara silencio y después miró a Thora, que estaba sentada a su lado en el banco. Tenía una expresión difícil de descifrar, pero cuanto más atención captaba más incómoda se la veía.

—Como todos sabéis —anunció Walter—, he pasado por la vida sin atarme a nadie, matrimonialmente hablando, aunque sí me siento atado a este lugar, y a todos vosotros.

Miró a Jane, que estaba al otro lado del patio.

—Espero que no le importe, Jane, que usurpe unos minutos de su fiesta para celebrar algo todavía más querido por mí que esta vieja posada. —Puso una de sus ásperas manos en el hombro de Thora—. Y con gran orgullo y asombro quiero anunciaros que esta mujer, la señora Bell, ha aceptado hacerme el hombre más feliz del mundo convirtiéndose en mi esposa.

Jane contuvo la respiración, sorprendida y encantada al mismo tiempo. El silencio perplejo que se adueñó de las mesas enseguida desapareció tras una oleada de vítores y aplausos.

Thora esbozó una mueca.

—He dicho que me casaría contigo, vejstorio. No que te haría feliz.

Los asistentes rompieron a reír.

—Pero si ya lo has hecho...

Talbot le sonrió con cariño, después se agachó y le dio un beso en la mejilla.

Ella le dio una palmada juguetona en el hombro.

—Ya basta. No creo que nadie quiera ver como dos viejos se hacen arrumacos.

—Pues me da igual.

Volvió a besarla.

Se oyeron más aclamaciones, y los músicos empezaron a tocar una pieza muy alegre que encajaba a la perfección con la feliz ocasión.

Walter volvió a pedirle a su prometida que bailara con él, y ella aceptó. Ver a la rígida y entrometida Thora dando saltitos de la mano del hombre, totalmente entregada a una alegre danza en grupo, hizo que a Jane se le saltaran las lágrimas. La excepcional sonrisa de su suegra ensalzaba sus rasgos y le quitaba años. Parecía joven, hermosa y feliz.

Jane miró a través del arco en dirección al cartel de la posada, con la placa recién pintada colgada de dos sólidas cadenas.

«Completa».

Y agradeció que fuese cierto. Dios le había llenado el corazón de amor, familia y esperanza en el futuro.

NOTA DE LA AUTORA

Si te pareces a mí, probablemente te encanten las historias que hablan sobre pueblos de Inglaterra, ya sea en libros o en películas o en televisión. Sagas como *Larkrise to Candleford*, *Cranford* y *Thrush Green* —una serie de novelas publicadas a lo largo de varios años y que yo creo que, en parte, inspiraron la serie *Mitford*, de Jan Karon—. ¿Y has leído *Gresham Chronicles*, de Lawana Blackwell? A mí me encantó. Yo creo que lo que nos atrae de estas series son esas comunidades tan unidas llenas de personajes extravagantes, que crean un escenario idílico donde esconderse cuando necesitamos un respiro de este frenético mundo moderno. O quizá solo sea por el acento británico. Sea cual fuere el motivo, espero que también disfrutes de mi primera serie.

Ivy Hill es un lugar ficticio, pero hay muchos pueblos parecidos en Inglaterra. Me he inspirado para el diseño de Ivy Hill en la villa de Lacock, en el condado de Wilts, lugar que he tenido el privilegio de visitar en varias ocasiones. Se utilizó para rodar en parte películas como *Orgullo y Prejuicio* (1995), *Cranford* (2007), *Emma* (1996) y, recientemente, se ha grabado allí una escena de un mercado para la serie *Downton Abbey* (temporada 6). Aunque yo estoy utilizando Lacock como modelo básico para diseñar el pueblo de Ivy Hill, he situado la villa un poco más al sur, en la antigua ruta del Correo Real entre Davenport y Londres, cerca de Salisbury y el pueblo real de

Great Wishford.

Durante un viaje que hice a Inglaterra en el año 2014, una lectora que vive en el condado de Wilts nos invitó a mi vieja amiga y compañera de viajes Sara y a mí a visitarla. Katie Read y su familia tienen una enorme granja con establos llamada Pewsey Vale Riding Centre, y enseñan a montar y organizan competiciones. A Sara y a mí nos encantó conocer a Katie, quien nos propuso un agradable paseo en dos tranquilos caballos y nos presentó a su personal y a su precioso caballo *Harry*. Nos encantó conocer a su suegra, Jacky, que vive con su marido en una casita de madera con un tejado de paja de más de quinientos años de antigüedad, donde pudimos disfrutar de una taza de té acompañada de pastelitos y de una agradable conversación. Por eso, y gracias a los cálidos recuerdos de aquel día, he situado a la familia de Gabriel Locke en el valle de Pewsey. También quiero darle las gracias a Katie por leerse el libro con atención para darme el visto bueno acerca de los detalles sobre caballos y equitación. Cualquier error que haya quedado es responsabilidad mía.

Si has leído mis anteriores novelas, probablemente sepas que me gusta rendir homenaje a mis autoras preferidas mediante pequeños guiños a su trabajo. Y este libro no es ninguna excepción. He incluido algunas frases sacadas de *Norte y Sur*, de Elizabeth Gaskell (uno de mis libros o miniserie preferidos), y también una escena inspirada en *Far From the Madding Crowd*, de Thomas Hardy. Es posible que también reconozcas uno o dos detalles de *Orgullo y Prejuicio*, y la oración de Talbot recuerda mucho a las que escribía la mismísima Jane Austen. Algunas lectoras me han escrito y me han dicho que les encanta encontrar esos tesoros escondidos en mis libros. Quizá tú también seas una de ellas.

También quiero darle las gracias al reverendo Tim Schenck por el artículo que posteo en su blog, titulado *Is Your Sexton Nuts?*, que me dio la idea para crear al sacristán al que le gusta hablar con los ratones.

La Sociedad de Damas Té y Labores está inspirada en las mujeres de uno de mis clubes de lectura preferidos, el Tantalizing Ladies Tea: A Christian Book Coterie, que me ha incluido en varias de sus reuniones. Beverly, Kristine, Judy, Sherri, Becky, Phyllis, Ti Any, Shari, Kelly, Julia y Teresa,

gracias por vuestras tardes rebosantes de risas y deliciosas comidas. Me habéis mimado mucho, y ¡me encanta ser miembro honorífico del club!

La talentosa Anna Paulson fue mi ayudante mientras escribía este libro y me ayudó a documentarme sobre rutas del Correo Real, carruajes y posadas, entre otras cosas. También me ayudó a tener controlados los plazos, solucionar problemas, editar el texto y mucho más. Le estoy muy agradecida por haberme ayudado con el libro inicial de la primera serie que escribo.

También quiero darle las gracias a Cari Weber, que me ayudó a plantear la serie en su totalidad y hace tan bien la función de lectora de prueba y fabulosa amiga.

Estoy en deuda con Michelle Griep, autora y fantástica crítica, que me ayudó a reajustar y pulir el manuscrito. Si todavía no has leído sus libros, ¡te los recomiendo!

Y como siempre, quiero darle las gracias a mi agente, Wendy Lawton, y a mis editores, Karen Schurrer y Raela Schoenherr, por las muchas formas que tienen de defender mi trabajo.

Además, reitero mi gratitud a Sara Ring, que me acompañó en los viajes, hizo fotografías y aceptó la difícil tarea de pasar tiempo conmigo en diferentes posadas repartidas por Inglaterra. Si quieres ver algunas imágenes relacionadas con este libro, puedes visitar el apartado de documentación de mi página web.

Hablando de la web, asegúrate de visitar el nuevo portal de la serie, TalesFromIvyHill.com, y podrás encontrar más cosas sobre los libros: fotos, listas de personajes, mapas, avances de las próximas entregas, y más.

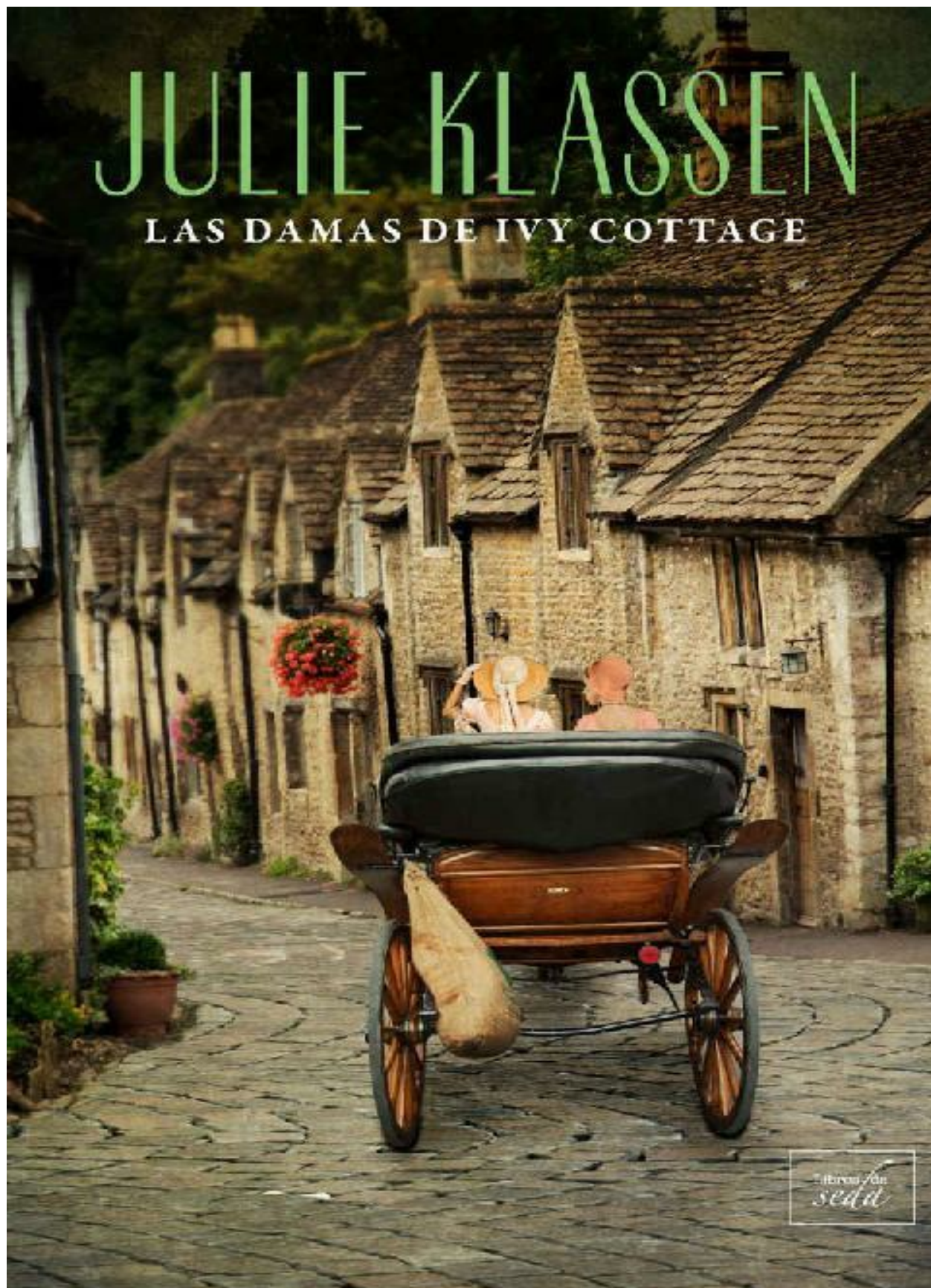
Y por último, quiero que sepas que te valoro mucho, ¡querida lectora! Gracias por pasar una temporada conmigo en Ivy Hill. Espero que vuelvas pronto. Tendré una habitación preparada para ti en Bell Inn, una taza de té caliente esperándote y viejas y nuevas historias que contarte.

Descarga la guía de lectura gratuita
de este libro en:

<https://librosdeseda.com/>

JULIE KLASSEN

LAS DAMAS DE IVY COTTAGE



© 2011 by
sedd

LAS DAMAS DE IVY COTTAGE

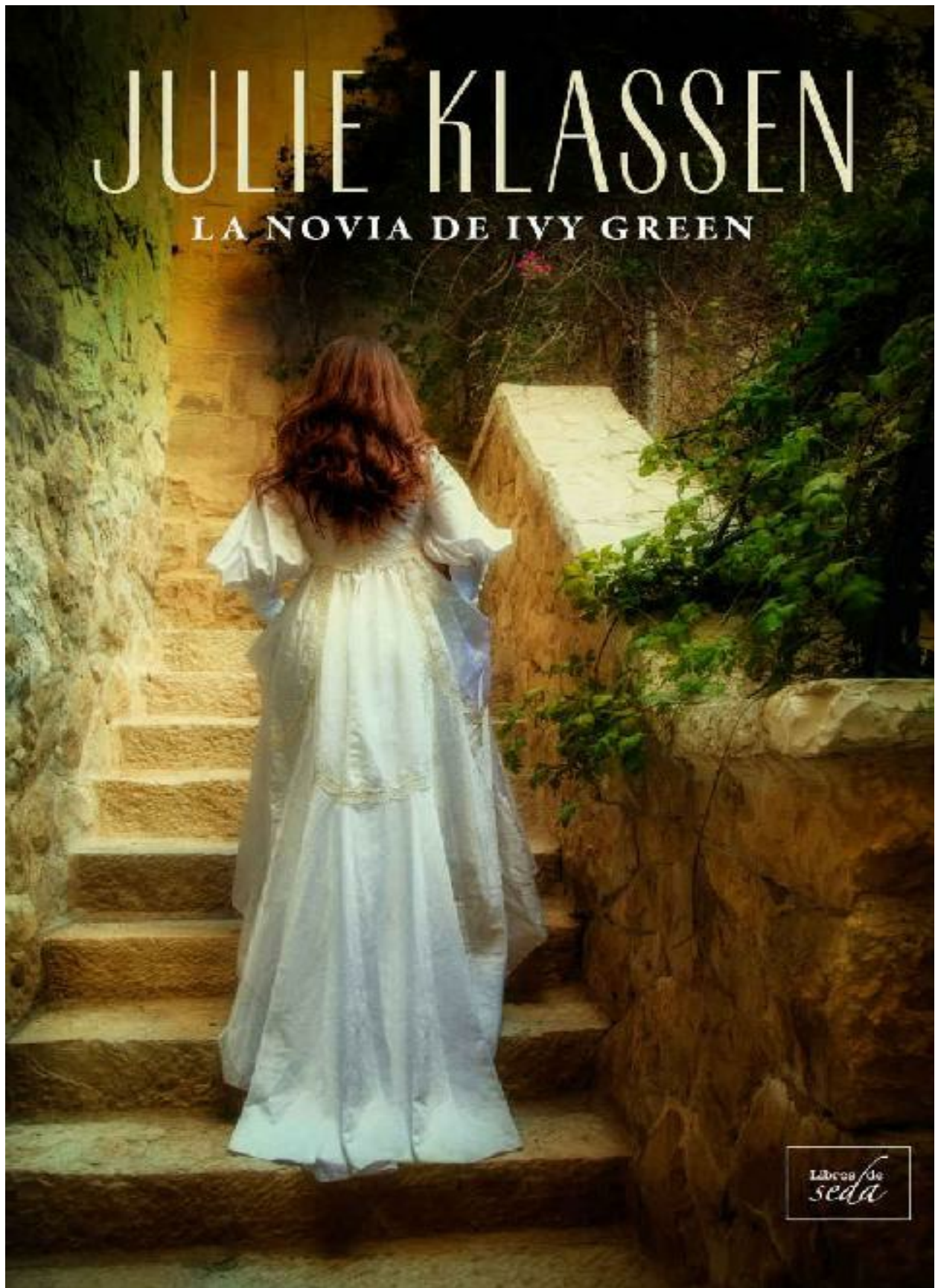
Una situación desesperada, un montón de viejos libros... y algo o alguien que se oculta entre ellos.

Rachel Ashford vive en Ivy Cottage con Mercy Grove. Ella es una señorita que ha ido a menos y tiene que encontrar la manera de ganarse la vida. Las mujeres del pueblo la animan a que abra una biblioteca por suscripción con los muchos libros que ha heredado y los que ha recibido en donación. Lo que no espera es encontrar un par de asuntos misteriosos entre ellos... Y menos que, quien un día le rompió el corazón, la ayude a buscar pistas.

Por su parte, Mercy hace tiempo que ha abandonado la idea de casarse y vive centrada en sus hijas. Sin embargo, de repente varios hombres parecen interesados en comprar Ivy Cottage, y sospecha que el asunto tiene que ver con Rachel. ¿Qué o quién ha atraído a esos hombres? Puede que, al buscar la respuesta, todos se lleven una sorpresa...

JULIE KLASSEN

LA NOVIA DE IVY GREEN



Libros de
seda

LA NOVIA DE IVY GREEN

Varias historias que parecen una cosa y serán otra... Y una novia inesperada que sorprenderá a todos.

Ivy Hill sigue siendo un lugar idílico en el que muchos de los aldeanos han encontrado el amor... Pero no todos. Jane Bell está deshecha. Gabriel Locke ha vuelto y le ha dejado claras sus intenciones, pero ella no quiere dejar su posada... y alguien a quien no esperaba, regresa al pueblo; Mercy Grove ha perdido su escuela y sigue soltera. Ama a alguien, sí, pero él está fuera de su alcance... Quizá la solución sea marcharse; una nueva modista llega al pueblo, alguien que, sin embargo, parece que no es quien dice ser; y, por último, está la señorita Brockwell, decidida a casarse con un caballero con título al que no ama. El destino, jugueteón, acabará por sorprenderlos a todos con una novia inesperada.



Julie Klassen ama todo lo que tiene que ver con Jane —Jane Eyre y Jane Austen—. Licenciada por la Universidad de Illinois, trabajó en el mundo editorial durante dieciséis años y ahora se dedica a escribir a tiempo completo. Tres de sus libros: *La institutriz silenciosa*, *En la casa del guarda* y *Fairbourne Hall* han ganado el premio Christy a la mejor novela histórica. El secreto de *Pembroke Park* ganó el premio Minnesota a la mejor historia de ficción. Julie ha ganado también el premio Midwest y el Christian Retailing Best, y ha resultado finalista en los premios RITA y en los premios ACFW's Carol. Ha escrito también una trilogía, *Historias de Ivy Hill*, de la que *La posadera de Ivy Hill* es el primer libro y a la que siguen *Las damas de Ivy Cottage* y *La novia de Ivy Green*. Ella y su marido tienen dos hijos y viven en las afueras de St. Paul, Minnesota.